LIBRARY OF PRINCETON
JUN 1 1993
THEOLOGICAL SEMINARY

BT 660 .G8 H56 1920
Hinojosa, Juan Jos´e.
Santa Mar´ia de Guadalupe

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/santamariadeguad00hino

PBRO. JUAN JOSE HINOJOSA

EDICION ESPECIAL

HOMENAJE AL CUMPLIR
100 AÑOS DE SU NACIMIENTO

El Padre Hinojosa.

Hay almas pacificadoras, en quienes la estrepitosa catarata de la vida se acuesta y apacigua en serenos remansos; refugios de encantada suavidad entre los breñales de la SELVA OBSCURA; escondidos rincones de extático silencio en donde se apagan y se pierden todos los fragores de la brusca montaña. Almas pacificadoras cuyo apostolado de dulzura es más dulce hoy que nunca, hoy que la vida se nos ha hecho toda fiebre y tumulto. De estas almas pacificadoras es el asombroso y casi ignorado Monseñor Gay; de estas almas pacificadoras es—bajando de aquellas excelsitudes—el ingenuamente delicioso Fernán Caballero; de estas almas pacificadoras es el Padre Hinojosa.

Pequeño, enflaquecido y sin color, cuerpo casi incorpóreo, deslízase por las calles de Monterrey ajeno a toda cosa exterior, abstraído en El que llena su alma. La fama de su virtud se dilata como un aroma por el valle entero. Mas su humildad abrumadora—a la que exijo el dolor de acoger este prólogo—mezclada con cierta ingénita timidez, hace que no muchos conozcan los tesoros de ciencia, de poesía y de amistad que guarda aquel espíritu pudorosamente efusivo.

En éstas páginas hay algunos destellos. Sin rebuscadas perfecciones, con una espontaneidad fresca y amable que ya vamos perdiendo en nuestro afán de preciosismo, con un gusto delicado y puro en el que hasta los descuidos toman aire de gracia, el alma se derrama, sube y atrae, llora y canta. Se encontrarán varias cosas suavemente magistrales, como MELANCOLIA y EL RETIRO. Todo en asonancias, cuya música blanda y libre hace rima—asonante también —con el alma del poeta.

D
Calm
NOW

Santa María
DE
Guadalupe

Dos Sermones sobre la Aparición, por el Sr. Pbro. Juan José Hinojosa; seguidos de la antigua Relación de D. Antonio Valeriano, traducida por D. Luis Becerra Tanco.

LIBRARY OF PRINCETON
APR 1 1993
THEOLOGICAL SEMINARY

MONTERREY
1920

Monterrey, Agosto 25 de 1920

NIHIL OBSTAT.

Raphael Plancarte,
Censor.

IMPRIMATUR.

Luciano a Pace,

Vic. Cap

A nuestra augusta Reina y dulce Madre

Santa María de Guadalupe

en el XXV aniversario de su Coronación.

La Aparición

de María Sma. de Guadalupe. probada por el sentimiento cristiano.

Sermón

predicado en la Basílica de Ntra. Sra. de Guadalupe en la fiesta de la Arquidiócesis de Linares el 12 de Agosto de 1908.

Vidit a longé et illico agnovit venientem filium suum.

Vió a lo lejos y al punto reconoció a su hijo, que se acercaba.

(Tobías, Cap. VI, 6.)

Al contarnos el regreso del joven Tobías a la casa de sus padres, apunta el escritor sagrado una circunstancia llena de poesía y de ternura, que viene a mi memoria en estos solemnes momentos "Ana, nos dice, la madre de Tobías, iba todos los días, cuando su hijo se hallaba ausente, a sentarse junto al camino sobre la cima de un montecillo desde el cual podía mirar a distancia. Observando, pues desde allí en cierta ocasión, en espera de su hijo, vióle a lo lejos y al punto lo reconoció." Gózome, hermanos míos, en pensar que ese montecillo es el Tepeyac, que esa madre es María y que en ese hijo estamos nosotros representados. En las faldas de esta colina quiso nuestra Reina que se le erigiera su alcázar, quiso nuestra Madre que se levantara su hogar que es el hogar común de todos los mexicanos, hogar bendito que ella ilumina con la luz de su rostro y calienta con el fuego de su amor. ¡Ah! ¡Con cuánto anhelo los hijos dispersos suspiran por él, con cuánto regocijo vienen a buscarlo, con qué suspiros y lágrimas atraviesan el umbral de sus puertas! Pero no es menor, ciertamente, el amor y la ternura con que nuestra Madre nos espera; para esperarnos ha tomado posesión de este sitio, y desde la cima del montecillo sagrado, como la madre de Tobías, atalaya constantemente los horizontes de mi patria y extiende su vista por todo el territorio en que sus hijos se hallan dispersos; sus maternales ojos los divisan, su corazón los atrae. Porque si desde aquí difunde por toda la patria, como la aurora desde el Oriente, los apacibles rayos de su bondad: no se contenta, no, con vernos desde lejos: quiere tenernos cerca de sí, quiere mirarnos a sus plantas y decirnos con la voz elocuente de los hechos: Aquí me tenéis,

soy vuestra Madre.

Y cuando dóciles a su llamamiento, vencidos por el atractivo de su amor dirigimos hacia acá nuestros pasos, paréceme que palpita de gozo su corazón de Madre reconociéndonos desde lejos: "vidit el longé et illico agnovit venientem filium suum."

Pero si es el corazón más que los ojos el que anuncia a la madre que sus hijos vienen y el que le hace reconocerlos, no de otra manera que por el corazón deberá el hijo corresponder a ese reconocimiento, ni habrá otra palabra que con más elocuencia persuada al hijo que no se engaña, que la voz del corazón que le grita: ella es tu madre.

Son muchas las veces que nos enseñan que aquí se apareció la Virgen Santísima, que aquí nos vino a buscar y a ofrecernos su proteción, que nos dejó pintada por Ella esa bendita Imagen, prenda perpetua de su perpetuo amor. Los efectos palpables de la Aparición de la Virgen Santísima en la rápida conversión de las razas de Anáhuac, la tradición constrante, los templos pinturas y demás históricos monumentos, los antiguos manuscritos las informaciones levantadas en diversas épocas, y sobre todo, la voz autorizada de nuestros Pastores y la más autorizada aún, del Sumo Pontífice, nos repiten de consuno señalando la santa Imagen: Mirad allí a vuestra Madre; pero si todas estas autoridades nos convencen, el corazón nos persuade: él es quien vé desde lejos a aquella Señora que bajó un día a estos lugares, "vidit et longe;" él es quien la mira dibujar con sus manos benditas esa Imagen celestial, "vidit a longe;" él es en fin, quien siente su presencia en este templo que Ella llena con la majestad es su gloria y con las efusiones de su amor: "et illico cognovit." Al hablarnos, pues, del prodigio guadalupano quisiera no precisamente demostrároslo sino hacéroslo sensible al corazón; yo os diré: aquí se apareció la Virgen Santisima, esa es la Imagen que pintaron sus manos, que su cariño nos legó: y añadiré en seguida: su amor de Madre lo exige, nuestro filial amor nos lo persuade. Hé aquí hermanos míos anunciando en breve palapra, el objeto y el plan de mi discurso.

Yo no hablo a los incrédulos, y por lo mismo no esgrimiré las armas de la crítica: otros lo han hecho con éxito. Por otra parte, tengo para mí que Dios Nuestro Señor no ha querido dar a la creencia guadalupana la

evidencia del sol, para que la entendieran mejor los humildes que los sabios, y para que esa dulce creencia fuera conquista del alma y no tan sólo de la orgullosa razón. Yo no hablo a los incrédulos; ellos no me entenderían porque no aman a la Virgen Santísima; hablo a los creyentes, a los que pueden comprender las razones del amor: este es el criterio con que debe estudiarse el portento guadalupano, porque al aparecerse en el Tepeyac la Virgen Santísima, no se propuso ofuscar nuestros ojos ni domeñar nuestra rebeldía, sino ganar nuestros corazones; su venida no es la aparición fulminante del camino de Damasco, sino la dulce y apacible del mar de Tiberiades que distinguió antes que nadie la mirada amorosa de Juan.

Ella que nos llamó a su presencia, Ella que al vernos de lejos nos reconoció al instante, ahora que nos hallamos a sus plantas se dignará iluminarnos para que nuestra alma la vea, "vidit et longé," y tocar el arca sagrada de nuestros pechos, para que conmovido el corazón la sienta: "et illico agnovit." Pidámosle con fervor esta gracia, hermanos míos, saludándola con las palabras del ángel. "Ave María".

"Vidit e longé." etc.

Todos sabemos el lugar que ocupa la Virgen Santísima en el plan y en la historia de la Religión católica: Ella es el lazo más dulce que une a Cristo Salvador con la humanidad redimida; Ella es el instrumento precioso de la redención, la que nos muestra en sus brazos a Jesús, y nos atrae a sus pies y nos reparte sus caricias; Ella vela solícita por todas las almas redimidas, las consuela, las ilumina y las ama. Si hay alguna verdad en la religión que sin estar expresamente definida por la Iglesia, sea sin embargo confesada, y lo que es más, íntimamente sentida por todos los fieles, es sin duda alguna, esta verdad: María nos ama: es nuestra Madre. Y ¿no véis, señores, cómo la luz de ese amor baña de lleno el portento guadalupano? ¡Ah! Quien conoce y siente el amor de la Virgen Santísima, amor tierno y encendido, y por lo mismo eficacísimo, no necesita sino que le narren la historia de la Virgen indiana, para exclamar en el éxtasis de la gratitud y de la fé: esa historia no es una invención de los hombres: es la realidad más elocuente: el amor de la Virgen Madre palpita en ella. Dícese que si el Nuevo Mundo no hubiera existido, lo hubiera hecho

surgir del seno de las ondas del genio intrépido de Colón. Es una hipérbole, pero si el poder del genio es limitado, no lo es en su esfera el del amor. El amor obra prodigios que no realiza el genio. El amor de Dios hizo salir al mundo de la nada, el amor de Cristo redimío al mundo, el amor de María ejecutó el portento guadalupano. El mexicano humilde y sencillo, pobre y desgraciado, había de inclinar el corazón de la Madre de Dios con tal ternura, que era imposible que esa ternura compasiva de nuestra Madre celestial no dejara un monumento que la atestiguase: el monumento está allí, arca de nuestra alianza con el cielo, oliva de nuestra paz, iris de nuestra esperanza; el monumento está allí recordándonos perpetuamente cuánto nos ha amado María. ¡Ah! En este siglo escéptico hemos aprendido por desgracia a dudar de muchas cosas; pero nada logrará conmover un punto nuestra fé en la Madre cuya ternura iluminó nuestra ignorancia, salvó nuestra flaqueza, consoló nuestra desgracia. Y como creo, Madre mía, en la realidad de tu amor, como lo siento y lo palpo, también creo en sus obras: no puedo dudar de la realidad de tu aparición, porque no puedo dudar de tu amor.

Y ese amor de la Virgen Santísima, es tanto más eficaz, cuanto más compasivo. Sí: el amor de María le exigía su aparición, porque nosotros sus hijos necesitábamos de Ella. Cuando la humanidad se hallaba miserablemente degradada y perdida, el amor de Dios le hizo bajar a este mundo a salvarnos, y escogió para obra tan grande, el momento en que la humanidad la llamaba con las voces de sus miserias más hondas, y de sus lágrimas más angustiosas. La Virgen Santísima, reflejó de la bondad del Creador, imita en todo las obras de la Providencia, como anuncia la luz el foco de que procede. Ella también descendió a nuestra Patria en el momento preciso en que nuestra necesidad la reclamaba. La raza mexicana iba a desaparecer de nuestro suelo; bajo la espada del conquistador, bajo el látigo del encomendero, bajo la opresión del ambicioso, sufría tanto y era tan desgraciada, que parecía imposible que no se conmoviera en su favor el corazón compasivo de nuestra Madre. Nuestras lágrimas, nuestra necesidad, nuestros clamores la llamaban; ¡cómo había de hacerse sorda a tales voces la que siempre amó a los hombres con maternal ternura! Ella es, miradla. Viene a salvar a sus hijos pequeños y delicados; y como Cristo Señor Nuestro se vistió para redimirnos, de nues-

tra humana naturaleza, la Virgen toma la figura y el color de nuestra raza, se aparece a un indito, nos promete su perpetua protección y nos deja en prenda esa Imagen celestial que roba nuestras almas. ¡Ah! conocemos su corazón; como no dudamos de las obras de su amor, tampoco podemos dudar de las de su bondad compasiva.

Por otra parte, algo sabemos de la historia de María en el mundo, y eso acaba de confirmar nuestra creencia. Desde que el cristianismo comenzó a propagarse, empezaron también los fieles a experimentar de un modo palpable el amor poderosísimo de la Madre de Dios y a sentir no sólo su poder en milagros y beneficios, sino también su presencia en celestiales apariciones. No hay nación católica en el Viejo Mundo que no haya recibido siquiera alguna visita de la Virgen Santísima, ni siglo alguno de la Iglesia que no haya sido honrado por una o muchas de esas apariciones: apariciones muchas de las cuales fueron selladas con milagros y autorizadas por la Iglesia, apariciones que acaba de coronar de una manera espléndida la Virgen Santísima con la de Lourdes, cuya verdad acrisolada con todos los recursos de la crítica moderna, ha brillado con los fulgores de una evidencia meridiana. Pues bien: el Nuevo Mundo debía gozar de parecidos privilegios, y jamás podremos creer que la Virgen Santísima se hubiera olvidado para siempre de la América; que si por ventura hay preferencias en un corazón maternal, deben ser precisamente en favor de los hijos más desvalidos. Después de la Cruz, las plantas virginales de María deberían santificar estos países; y así sucedió: México, una de las primeras naciones de las del Nuevo Mundo que recibieron la fe, ufánase sin que ninguna otra se lo dispute, de la aparición más célebre de la Reina del cielo en este Continente, de la más venerada y auténtica, la de María de Guadalupe, la Reina de mi Patria, Patrona de la América. No podemos dudar del portento guadalupano sin borronear toda la divina historia de la Iglesia de Dios, sin poner en tela de juicio el amor que la Virgen nos profesa, sin blasfemar de su materno corazón.

Pero hay otra razón que debía obligar a María Santísima a presentarse en estos lugares y a dejarnos su Imagen bendita: la fé y el amor de los fieles. ¡Que fé, qué lágrimas e incendios de amor y de ternura ha excitado en los fieles de México la divina Guadalupana! Desde que Ella consagró con su presencia este collado, desde que florecieron estas rocas al contacto

de sus plantas virginales, hacia aquí se han dirigido las miradas de todos los católicos mexicanos durante más de tres siglos; por millares han venido los fieles a besar el suelo que la Virgen pisó, a venerar la Imágen que nos dejó como prenda de su amor; han venido aquí con todas sus necesidades, con todas sus miserias, con todos sus dolores, buscando la mano maternal que cura y que consuela; han venido, sobre todo, con ese amor filial en que rebosa el corazón mexicano, para ofrecer a la Virgen Santa no sólo sus pobres bienes, sino el tesoro de sus tesoros: su corazón; y han venido, Virgen Santísima, porque te han conocido desde lejos porque no han dudado un punto de las palabras cariñosas que pronunciaron tus labios: Aquí recibiré piadosa a todos los que a mí acudan, escucharé sus ruegos, remediaré sus necesidades, enjugaré sus lágrimas: aquí me mostraré Madre amorosa de todos los mexicanos. Por eso han acudido en tropel a estos lugares. ¡Oh Reina de mi Patria!, cuántos en ella te aman y te llaman Madre; por eso venimos nosotros desde las lejanas fronteras, y aquí nos tienes que, dóciles a tu llamamiento, queremos tomar parte en ese himno de amor y de fé, que sin interrupción te han cantado durante cuatro centurias tus hijos los mexicanos.

Y ese culto a la Guadalupana Madre y a su Imagen bendita, no se ha limitado a esta Basílica, porque no todos los mexicanos pudieron llegar hasta ella: y no contentándose con suspirar de lejos por el hogar querido en donde mora la Madre, han multiplicado las copias de la Imagen celestial, le han erigido altares y capillas, y hasta templos magníficos casi tan suntuosos como éste; y donde quiera, hasta en tierras extranjeras, veneran é invocan a la joya de la Patria, á la Virgen Guadalupana. Pues bien, todo ese amor, todos esos honores, todo ese culto, sobre todo, cuando nuestros Prelados lo promueven, y lo aprueba y bendice la Iglesia, no dejarán de tener un objeto real, ni puede faltarles la base granítica de un hecho. ¡Oh! No podía ver eso desde el cielo la Virgen Santísima: cultos tan espléndidos, tanta fé, religiosidad tan grande y sobre todo amor tan intenso y tan confiado, apoyados en una fábula; ¡no! su dignidad generosa de Reina del cielo, no puede consentirlo, ni mucho menos podrá pasar por ello su amor de Madre.

Y no diga alguno que la Virgen Santísima no previó tales cultos en la época de su aparición: ella los vió desde lejos, porque cumplía á su

gloria de Madre de Dios el estar dotada de mirada profética en cosa que tanto le atañía. Y si en su vida mortal conoció sus futuros destinos cuando dijo: "Bienaventurada me llamarán todas las generaciones", ¿Verá por ventura menos, ahora que está iluminada por la luz de la gloria, ahora que viendo a Dios, puede descubrir en El, como en un espejo limpísimo, toda la sucesión de las cosas? La providencia que la destinaba para Madre de los hombres en el orden de la gracia, debió, sin duda, hacerla más previsora que nuestras madres de acá abajo, a quienes nunca pudo adelantarse el amor de sus hijos. Corazones cristianos que habéis honrado tanto a María, que tanto habéis llorado en su presencia, que habéis creído en su aparición con tanta fe, que la habéis amado tanto: ¿Podréis creer que no se ha adelantado ella a vuestra fe con la realidad de su aparición, con la dádiva de su Imagen? ¿Podréis creer que vuestra fe la habrá sorprendido, y que haya de avergonzarla vuestro confiado amor? ¡Ah! Tapad vuestros oídos cuando escuchéis tales blasfemias como los fieles de Constantinopla al escuchar las de Nestorio!

Ya lo veis, hermanos míos: el amor de María que no es fingido y de nombre sino acendrado y tiernísimo, la inmensa compasión de su corazón maternal al vernos necesitados, y el instinto de Madre, que a la luz profética de la gloria vió de lejos nuestra confianza, adivinó nuestros cultos y presintió nuestro amor, obligáronla a hacer con nosotros lo que hizo siempre con los pueblos cristianos..... ¿Qué digo? a hacer con nosotros algo extraordinario, a favorecer a este pueblo como al Benjamín de las naciones, con amorosas preferencias.

Robustas son las pruebas históricas de todo género que presentan los apologistas guadalupanos: ellas confunden al impío e ilustran al creyente; pero el corazón del hijo ha menester de otras pruebas: las del corazón; por éstas no sólo conocemos, sino que sentimos la verdad guadalupana y la presencia de nuestra Madre en estos lugares; ellas nos conducen hasta sus pies, ellas robustecen nuestra confianza, e inflaman hasta el incendio nuestro corazón.

Sí; nosotros sentimos en estos lugares la mirada de la Madre que nos compadece y que nos ama, y ante su divina Imagen, ya no envidiamos al dichoso Juan Diego, porque también a nosotros nos sonríe la Virgen San-

tísima; porque también a nosotros nos habla desde su corazón y nos dice: "¡Hijos míos!"

Y está escrito que los padres de Tobías, estrechándole entre sus brazos, besáronle y lloraron con él: tal me parece que se inclina sobre nosotros nuestra Madre celestial, que.... ¿Osaré decirlo? que besa amorosamente nuestras frentes purificadas por la gracia, que llora sobre nosotros al recibir nuestras lágrimas y que nos pregunta con cariñosa solicitud por nuestras necesidades y aflicciones. Y al recibir las íntimas confindencias de nuestro pecho abriendo las riquezas de su bondad, no hay dolor que deje sin consuelo, ni miseria que no alivie, ni necesidad que deje sin remedio.

Hermanos míos, que de lejos habéis venido a los pies de la Madre atraídos por el imán de su amor, hermanos míos, que traéis desde aquellas lejanas regiones y de tantos fieles corazones que suspirando se quedaron allá, tantos encargos para presentarlos a la Reina del cielo: ya estáis en su presencia, ya contempláis su Imagen; ha llegado la hora de abrirle vuestros corazones; mis labios deben callar para que hablen vuestras almas. Besad mil veces el suelo que santificaron sus plantas; que la efusión de vuestro más puro amor la salude y la bendiga mil veces. Y luego, cuando las lágrimas hayan desahogado vuestro pecho, con confianza ilimitada pedidle; ¡Pedidle mucho, mucho a la que tiene poder de Reina y corazón de Madre!

¡Oh, Virgen Santísima! Deja que mis indignos labios terminen invocándote este elogio que debiendo dar a conocer la ternura de tu corazón, sólo ha logrado expresar la frialdad del mío! ¡Oh Virgen Santísima! Sé que te son gratas las bendiciones de los hombres, porque son tus hijos; ¡Nosotros te bendecimos! Sé que amándonos como nos amas, buscas el eco de ese amor en nuestros corazones: ¡Nosotros te amamos! Sé, por fín, que te duelen nuestras dolencias y que deseas hacernos bien: ¡Nosotros te invocamos! Míranos, y acuérdate al mirarnos de todos los hermanos nuestros que no pudieron llegarse a tus pies, pero que nos acompañan con el deseo: mírarnos, porque al mirarnos, remediarás nuestras miserias: la voz de nuestros males clama a tí, pidiéndote la fé y la piedad que nos roba el vorágine de los negocios y de la industria de aquella capital fronteriza.

Tú, sí, tú nos diste al santo y celoso Pastor (1) que nos gobierna y en cuyas manos, instrumento de la Providencia, está el destino y la esperanza de los religiosos Neoloneses. Consérvanoslo, Madre, y corone tu piadosa bondad el beneficio que comenzó a dispersarnos. Bendice al clero, que en medio de sus duros trabajos halla su consuelo en honrarte, y cifra en tí, después de Dios, toda su confianza.

(1) El Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. Leopoldo Ruiz, entonces Arzobispo de Linares.

Bendice aquellas obras de celo y apostolado cristiano que bajo tu protección van naciendo o desarrollándose lozanas, y ya prometen óptimos frutos: el Seminario, la doctrina cristiana, las escuelas. Derrama, por fin, tus bendiciones sobre todo aquel pueblo cristiano. Oye en particular, como lo prometiste, las súplicas que te dirigimos en este lugar santo los que tenemos la dicha de postrarnos a tus pies; y al bendecirnos a nosotros, no te olvides, Madre, de tus hijos ausentes. Haz que al separarnos con dolor de tus plantas, para ellos y para nosotros llevemos tu cariño, tus recuerdos y tu bendición. Así sea.

La Aparición

de María Sma. de Guadalupe probada con argumentos de razón y autoridad.

Sermón

predicado en la Basílica de Ntra. Sra. de Guadalupe, en la fiesta de la Arquidiócesis de Linares, el 12 de Agosto de 1920.

¿Unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?
De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí.
(S. Lucas, 1, 43.)

La Santa Iglesia inspirada sin duda por aquel Espíritu de verdad que siempre la asiste, nos recuerda el pasaje evangélico de la Visitación de la Virgen Sma. a su prima Isabel en las montañas de Hebrón, al conmemorar y celebrar otra visita la que la Madre de Dios se dignó hacer a nuestra patria en los primeros días de Diciembre del año 1531 Palpables son las analogías de los dos hechos. Supo la Virgen santa por la revelación del Arcángel el milagroso embarazo de su prima, que llevaba en su seno, ella que hasta entonces había sido estéril, al "Profeta del Altísimo que había de marchar delante del Señor y preparar sus caminos"; y vió también a la luz de la gloria, que ya alboreaba el crepúsculo del día del Evangelio en el continente americano, y se trazaban los caminos de los que iban anunciándole la paz y la salud. Su corazón, siempre lleno de caridad y de ternura llevó a la Virgen Sma. a las montañas de Judea para consolar y servir a su prima en las necesidades de su embarazo; y su amor de Madre la trajo a estas montañas para ayudar a estas regiones grávidas de Cristo, en su laborioso tránsito de la esterilidad de muerte del paganismo a la vida fecunda del Evangelio. Con su presencia llevó la Virgen Sma. la gracia y la alegría a la casa de Isabel, y con su visita trajo a las razas abatidas del Anáhuac la gracia del bautismo, la alegría de los hijos de Dios, la protección soberana de su misericordioso poder, que con su Imagen, ya no había de abandonar a estas apartadas regiones. ¿Cómo no regocijarnos nosotros, como la dichosa Isabel, al sentir la presencia de María en nuestro suelo, al oír su suavísima voz, al escuchar sus promesas de paz y de protección amorosa? ¿Cómo no exclamar como la dichosa anciana, Unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me, de donde a mi que la madre de mi Señor venga a mi? Y ¿Cómo no repetirá mi patria las palabras regocijadas de Isabel: He aquí que desde que llegó a mis oídos la voz de tu saludo, se han estremecido de gozo mis entrañas, y siento que una vida nueva late en mi pecho y anima mi corazón?

He aquí los sentimientos, a. h. m. que llenan nuestras almas, cuando, venidos desde lejos, llegamos a este lugar consagrado un día por la visita de la Reina del Cielo, santificado siempre por la presencia de su Imagen soberana. La escena evangélica surge en nuestras almas, y vemos a la Madre de Dios que viene a visitarnos, contemplamos su Imagen, creemos escuchar su voz dulcísima que nos saluda, y al oirla, el júbilo más intenso tradúcese en esa expresión muda, pero elocuente, de las grandes emociones: las lágrimas. Unde hoc mihi? Que yo esté cerca de tí, que yo te vea, que sienta tu presencia, y escuche mi alma el eco de tu voz que me llama hijo ¿De dónde a mi tanto bien, unde hoc mihi?

Y es tan grande ese bien, h. m., que es natural que el alma tema perderlo; que tema el alma creyente que lleguen algún día a sus oídos, como el silbo de la serpiente, las palabras insidiosas de la duda y la negación; que se contriste, en fin al ver la desgracia del hermano que duda o del pródigo que niega. He aquí porqué me ha parecido conveniente el enunciar sintéticamente, y como en breve cuadro, pues no consiente otra cosa la brevedad de mi oración, las principales pruebas de razón y de autoridad, que ilustran la historia de la Aparición; y para que surtan todo su efecto, trataré de desvanecer antes que todo cierta fatídica sombra que suele oponerse en muchas almas al pleno brillo de la verdad. No trato de enseñar a los maestros ni de ilustrar a los sabios, antes les pido venia para hablar en su presencia; diríjome a las almas sencillas, ávidas de verdad porque rebosan amor, que ahora me escuchan o que pueden escuchar después el eco de mi voz.

Dignare me laudare te, Virgo Sacrata. Permíteme que te alabe, Virgen Santísima. Iluminen mi mente, inflamen mi corazón, rebustezcan mi debilidad los efluvios de gracia que partiendo de tu corazón irradian desde tu Imagen sobre el sagrado recinto de este lugar. Yo te lo pido humildemente al saludarte con mis hermanos, repitiendo las palabras del arcángel, y las que en aquella visita te dirigiera Isabel, **Ave María.**

I

Al dirigir una mirada a la historia para confirmar en ella el hecho glorioso de la Aparición de María Sma. en tierra mexicana y la donación de

su Imagen, lo que ante todo, llama la atención y, lo diré claramente, sorprende y casi desconcierta al investigador, es el silencio que guardan de este hecho los escritores públicos de aquella época, y principalmente los que debieron narrarlo antes que todos, los cronistas franciscanos. ¿A qué negarlo? El famoso argumento del silencio, explotado por los adversarios de la Aparición, es especioso, y ha logrado desorientar a muchos espíritus no sólo enemigos de la Religión, sino aun sinceros creyentes. Que Juan Bautista Muñoz, volteriano y escéptico, esgrimiera sus armas para apurar el famoso argumento, robusteciéndolo con otras pruebas no menos falsas y capciosas, en cosa que se comprende; pero no deja de sorprender, repito, que un espíritu tan sereno y cristiano como el del Sr. Icazbalceta, se haya visto oscurecido por el desdichado argumento, envolviendo a muchos otros en las sombras de su negación. Nadie niega la competencia del Sr. Icazbalceta en asuntos históricos; pero nótese que acostumbrado el historiógrafo a documentos escriturales, no es el juez más competente para juzgar de otros monumentos, y sobre todo del victorioso e invencible argumento de la tradición; pudo preocuparle y le preocupó en efecto el no hallar el hecho consignado en las fuentes más explotadas por él, las historias y crónicas: en una palabra le deslumbró el silencio. Por lo demás, cualquiera que sea la autoridad del Sr. Icazbalceta, no es ciertamente de mayor peso que la de más de 300 escritores e historiógrafos, que han defendido la Nación, muchos de ellos tan competentes como aquel, y de los cuales algunos han hecho de la Aparición el objeto casi exclusivo de sus estudios.

Ya en su tiempo decía el gran Bossuet que tiene más fuerza para la verdad un argumento positivo que cincuenta negativos; y más, añadiremos, si se trata de hechos pasados y remotos, por cuanto es más difícil hacerse cargo de los motivos que ocasionaron o precisaron su omisión. Desde luego debemos advertir que ese silencio no es completo, está muy lejos de serlo, pues si comunmente los historiadores públicos lo omiten, otros escritos y monumentos contemporáneos afirman el hecho de la Aparición. Ahora, el argumento negativo pierde todo su peso, y antes bien puede contribuir a la causa de la verdad, si se hace luz sobre los motivos que determinaron la omisión. Intentémoslo. El silencio del Ilmo. Sr. Zumárraga, está fuera de duda que es perfectamente explicable. Es muy

probable que el V. Prelado no levantara informaciones en forma regular y jurídica, del milagro: pudieron impedírselo las circunstancias de la incipiente y trabajosa Iglesia mexicana, y su propio viaje a España que verificó algunos días después de la Aparición, y duró tres años: pudo ser también que el venerable Prelado, antes de expedir documentos oficiales, quisiera que el tiempo y los sucesos vinieran a confirmar la buena fe y perfecta sinceridad de los dos indios testigos de la Aparición.

Bastará por fin para explicar el silencio del Sr. Zumárraga, lo que se afirmaba ante la Sta. Sede al pedir la confirmación del Patronato: que no se encuentra en los archivos episcopales ni siquiera una firma auténtica del primer Obispo de México. Con tan grande carencia de documentos, ¡Qué fuerza podrá tener en sana lógica el no encontrarse noticia de la Aparición, que sin duda cuidaría de escribir el V. Prelado? Además, tenemos noticia de buena fuente de que el Sr. Arzobispo de México, Ilmo Sr. Mendoza, fué encontrado un día leyendo las actas de la Aparición; y el P. Mezquia, persona digna de crédito, afirmó haber visto en el convento de Victoria en España, una carta del Sr. Zumárraga en que la Aparición se refería. Consta además que en tiempo del Sr. Zumárraga se construyó la primera hermita de Guadalupe, consta que sus sucesores la mejoraron, consta que era desde la mitad del siglo XVI un centro de devoción y de peregrinaciones, consta que el Sr. Montúfar procesó en 1556 al P. Bustamante, el primero que osó declamar públicamente contra esta devoción; es pues evidente que los primeros Obispos de México aprobaron tácticamente y aun por actos positivos la devoción guadalupana, que tenía por base la Aparición: cosa que no hubieran hecho si la hubieran tenido por falsa o siquiera dudosa, puesto que esos mismos Prelados en el 1r. Concilio Mexicano en 1555, reprimieron severamente las devociones falsas, o supersticiosas. ¡Oh Venerables Prelados! Se os ha querido hacer cómplices de la negación del hecho más glorioso y trascendente de nuestra historia religiosa, y hé aquí que vuestras cenizas protestan de tamaña calumnia, y vuestra conducta la desmiente; porque desde entonces y siempre los Arzobispos de México han tenido a gloria el venerar y defender el prodigio guadalupano.

Una de las cosas que pueden dar más luz para explicar el silencio de

los escritores franciscanos, que fueron los primeros que escribieron acerca de las cosas de Nueva España, es el desacuerdo que existió por entonces entre algunos de sus Prepósitos que sostenían los privilegios de la Orden, y los representantes de la autoridad episcopal. Sabido es que este desacuerdo se acentuó poco después en el gobierno del Sr. Montúfar por el repartimiento de doctrinas y parroquias. El Arzobispo había tomado a su cargo la hermita y la devoción de Guadalupe, y no es extraño que se encontrara entre los franciscanos un Bustamante que se levantase con saña contradiciendo una devoción que, por otra parte, era odiosa a los dominadores españoles, y que aun a algunos píos religiosos les era sospechosa de idolatría, por cuanto temían que so pretexto de venerar en el Tepeyac a la Madre de Dios, (decían algunos) adoraran los indios a la madre de sus dioses, "entendiendo la devoción por lo antiguo y no por lo moderno de ahora" como se expresaba Sahagún. Después del proceso que se instruyó contra Bustamante, Provincial entonces, no podían los franciscanos hablar de Guadalupe sin tocar la honra de su religión. Ni el P. Motolinia ni el P. Mendieta que escribieron por entonces sus historias de indios, mencionan la Aparición, ni siquiera el culto de Guadalupe. A ellos, tan conocedores de las cosas de México, no pudo ciertamente ocultárseles que había una Capilla dedicada a la Sma. Virgen objeto de un culto especial, de peregrinaciones y romerías; y menos pudo ocultárseles después del desgraciado suceso del P. Bustamante: luego su silencio es calculado; no es desconocimiento, sino discreción; dícenos a las claras que tenían razones poderosas, acaso una consigna o un mandato, para no mencionar ni siquiera una vez el nombre de Guadalupe. Hay más: si ellos hubieran sido enemigos de la Aparición, ellos los padres y mentores de los indios, no les hubieran dejado en un error; en su deber estaba el haberlos desengañado, y al no hacerlo, parece que tácitamente lo aprobaban. Sahagún escribió también entonces su Historia General de Nueva España enmendada en 1598. En su obra se hace mención incidental de la devoción guadalupana, en la cual reprocha el peligro de idolatría; dice además que se ignora el origen de esa devoción. El Sr. Cngo. D. Agustín de la Rosa, prueba que es interpolado el texto de Sahagún; pero aunque no lo fuera, su misma preocupación por las idolatrías (Icazbalceta dice que las veía en todas partes) no menos que el incidente de Bustamante, pudo hacerlo parcial. Torquemada escribió poco después; y siguiendo las huellas

de Sahagún, menciona, pero no hostiza como aquél el culto del Tepeyac. Es notable que al copiar a Sahagún (según parece), suprimiendo algo, corrigiera sus expresiones. En su obra escribió por extenso la vida del P. Bustamante, y ni menciona siquiera el suceso escandaloso en que intervino; ¿Cuánto menos pudiera hablar de la causa que lo promovió? Véase pues cómo es explicable, y hasta obvio y natural, el silencio de estos escritores que iniciaron y dieron el tono a la historia eclesiástica de aquellos tiempos.

Pero sobre todas estas causas hay una que viene a solucionar y a desvirtuar por completo el famoso argumento del silencio, asignándole una razón precisa, poderosa y natural: las relaciones entre vencedores y vencidos, entre españoles e indios. Era cosa poco menos que imposible que los españoles que se creían raza prepotente y superior, y despreciaban al indio hasta el grado de negar su racionalidad, admitiesen, bajo la palabra de dos indígenas, un prodigio que igualaba al indio a su señor, y aun en cierto modo lo exaltaba sobre él, al hacerle objeto de la predilección maternal de la Madre de Dios. Era natural que en aquellas circunstancias nadie se atreviera a publicar autoritativamente aquel prodigio, ni acaso conviniera hacerlo, cosa que hubiera resultado sin duda contraproducente, por las contradiciones que hubiera suscitado; cosa que podría acarrear a los naturales, y a los mismos misioneros, odios, calumnias y oposiciones que tal vez hubieran sido un serio obstáculo a la predicción del Evangelio y a la conversión de los indios. De aquí procedió sin duda cierta atmósfera contraria a la Aparición, entre los poderosos y los ricos, que pudo ocultar a muchos la verdad del prodigio, y aun prevenir contra él a algunos espíritus aduladores u orgullosos.

La verdad empera a pesar del forzado silencio y de las parciales oposiciones y rebedías, seguía tranquila su curso ordinario extendiéndose, afianzándose y esclareciendose cada vez más; bien así como el manantial que brota en la montaña, corre casi oculto a través de las selvas que fertiliza, venciendo los obstáculos que se oponen a su paso y recibiendo de continuo las afluencias que lo engruesan, hasta que convertido en río, baja a regar la pradera. Dios N. Sr. que todo lo ordena con suavidad y eficacia permitió sin duda las sombras de q' hemos hablado, para purificar y acendrar la historia Guadalupana, para que los fieles buscaran con más ahinco y abrazaran con más fruición una verdad que hubiera perdido

mucho de su celestial fragancia si no hubiera soportado la prueba y la contradicción.

II

Desde el primer libro impreso sobre la Aparición de María Sma. de Guadalupe, que publicó el P. Sánchez en 1648, sacando principalmente su narración de "algunos papeles antiguos," el silencio de los escritores se convirtió en verdadera afluencia de narraciones y de libros: sin duda que habrían cesado las causas del recato, y apenas roto el silencio, manifestóse, como en floración de primavera, en mil escritos, la constante y universal tradición. Entre esos escritos ha merecido siempre particular atención el publicado en lengua nahuatl por el Lic. Luis Lasso de la Vega, que no es sino una transcripción de la relación de D. Antonio Valeriano, contemporáneo de los sucesos, hombre de esmerada educación y de grande autoridad como pocos. Esta narración de Valeriano es la más antigua y auténtica de las que se han publicado; fué escrita a raíz de los sucesos (pruébese que lo fué por los años de 1540 a 1545) en elegante idioma mexicano. Este fué el original que tradujo con cierta libertad pero unciosamente el Lic. D. Luis Becerra Tanco, como se deduce de las declaraciones juradas del mismo Becerra Tanco y del erudito Sigüenza; pasó dicho original de manos del noble azteca D. Fernando Ixtlicochitl (quien también lo tradujo parafrásicamente), a las del mencionado Sigüenza. La relación de Valeriano, traducida por Tanco, que es la que todos conocemos, respira, según dice D. Ignacio M. Altamirano, la suavidad y el genio de la lengua nahuatl: y según todos podemos comprobarlo, respira sobre toda la ternura y la unción propias del suceso que refiere: es el eco dulcísimo de las palabras de María. Por esta relación nos trasladamos a la época misma de la Aparición, pues, como ya se dijo hasta ella remonta su origen. Este solo escrito, cuya autenticidad está plenamente probada, nos bastaría para tener noticia cierta del suceso milagroso; pero prueban los eruditos que hubo otras antiguas relaciones, y el Dr. Uribe atestigua haber visto una que se conservaba en la biblioteca de la Universidad el año 1778.

Prueban también la Aparición, los cantares. Eran estos uno de los medios de que se valían los naturales para perpetuar la memoria de los sucesos;

entonábanlos en sus fiestas y solemnidades religiosas, y tenían entre ellos la autoridad que gozan entre nosotros los documentos y escrituras públicas. El Concilio Primero mexicano mandó que esos cantares fueran revisados por los párrocos y sacerdotes, para que no contuvieran cosas supersticiosas; gozaban pues de autoridad civil y eclesiástica, y merecían plena fe. En las fiestas y saraos que hacían los indios en el Tepeyacatl, cantaban siempre la Aparición. El primero de esos cánticos fué el que compuso el cacique Francisco Plácido, y que se cantó en la primera traslación de la Imagen, pocos días después de la Aparición. Túvolo en sus manos al escribir su obra el P. Florencia, quien lo hubo del anticuario Sigüenza y Góngora. Cánticos como éste entonaban todavía los indios en tiempos cercanos a los nuestros.

Otro de los medios que usaban los naturales para escribir su historia, eran los mapas y pinturas: como carecían de escritura fonética, esta era su escritura, y las pinturas históricas eran tenidas entre ellos como dignas de toda fe. Hubo muchas pinturas contemporáneas de la Aparición que la consignaban. Becerra Tanco dice haber visto en poder de D. Fernando de Alba una de mucha antigüedad, y Boturini logró reunir en su célebre Museo Indiano, algunas de esas pinturas. También en dos anales de incontestable autenticidad y que comienzan antes de la conquista, se refiere en su fecha, la Aparición. Finalmente vienen a confirmarla los testamentos. Boturini reunió varios del siglo XVI en que se menciona la Aparición, entre los cuales es célebre el de Juana Martín, pariente de Juan Diego, en el cual expresamente se dice haberse aparecido la Virgen al Indio Juan y haberle dado su Imagen.

Yo no sé que más pudiera pedirse para testificar hasta la evidencia cualquier hecho; y cierto que nadie tendría escrúpulo en llamar histórico otro suceso cualquiera, comprobado con dos o tres siquiera de las innumerables pruebas que confirman la Aparición. Y sin embargo, tenemos otra prueba más fehaciente, más irrefragable, que es el verdadero sostén del prodigio guadalupano: la tradición.

Cuando es cosa plenamente probada que un suceso era tenido por verdadero e incluso desde el siglo en que acaeció, por personas honorables que vinieron y trataron a los que en el suceso intervinieron; cuando la

creencia en ese suceso así cimentada ha venido perpetuándose y generalizándose cada día más y más hasta llegar a ser la creencia más amada de un pueblo; cuando ese pueblo vive en cierto modo de ella, por estar tan íntimamente ligada a sus sentimientos religiosos, a sus tradiciones y costumbres y a su misma historia, esa creencia no puede rechazarse, ni negarse el suceso que le sirve de base, sin negar y destruir al pueblo mismo. Tal es para el pueblo mexicano la creencia en María Sma. de Guadalupe. Un autor nada sospechoso, después de estudiar todas las tradiciones mexicanas, decía: Si hay en México una tradición antigua, general y constante, es la de la Virgen de Guadalupe. La universalidad de esa creencia en los últimos siglos, está a la vista de todos: hablan los templos, las efigies, los monumentos, las imágenes, el culto, toda la vida religiosa del pueblo mexicano. Y en cuanto al siglo de la Aparición, la universalidad y firmeza de esa creencia fué evidenciada en las célebres informaciones de 1666. Veintiuno fueron los testigos examinados en el proceso apostólico, llevado a cabo con toda escrupulosidad y ajustado a los más adoptados procedimientos jurídicos. Ocho indios de Cuautitlán, patria de Juan Diego, de los más provectos, pues dos de ellos pasaban de 120 años y otros dos de 100, once religiosos de reconocida ciencia y autoridad y pertenecientes a diversas órdenes, y dos nobles seglares, depusieron todos, bajo la santidad del juramento, la universalidad de la tradición recibida de quienes trataron a los mismos que intervinieron en el suceso milagroso; su testimonio referíase en particular al de otros muchos testigos que trataron al Prelado e indios favorecidos por la Sma. Virgen, y en general a la creencia y seguridad común: todos atestiguaban la tradición como general, indudable, invariable. De uno solo de estos testigos, Becerra Tanco, decían sus contemporáneos, atendidos sus conocimientos, gravedad y autoridad, así como también las autoridades en que apoyaba la suya, que él solo era un compendio de la tradición. Pues ¿Qué proceso de importancia fué sustentado jamás con testigos tan acordes y de tanto peso y que, como el de estos, encerraran el testimonio de toda una nación? No creo que nadie pueda leer con atención y buena fe las informaciones del 1666, sin que se sienta convencido. Por esto la tradición guadalupana es social y jurídicamente incontrovertible; y por esto la santa Iglesia al referir en el Oficio Eclesiástico el Milagro de la Aparición, le pone por base y cimiento la tradición: Uti antiqua et constanti traditione

mandatur. ¿Qué importa el silencio calculado de algunos? ¿Qué importan raras voces discordantes? Piérdense entre la voz imponente y decisiva de una tradición antigua, universal y constante Antiqua et constanti traditione mandatur.

III

Pero hay más: Dios N. Sr. se ha servido confirmar el prodigio guadalupano con los milagros, que son el sello de su autoridad y la prenda divina de la verdad que confirman. La santa Iglesia nos lo indica cuando dice en el Oficio Eclesiástico que es honrada la aparecida Imagen con gran concurso de pueblos y grande copia de milagros: "Ingentil colitur populorum ac miraculorum frecuentia." Ya en el mismo siglo de la aparición escribía el historiador Bernal Díaz del Castillo: "Y vean los santos milagros que ha hecho y hace cada día," y la fama de las bondades de María de Guadalupe no se ha desmentido jamás. Entre esos beneficios descuellan por su publicidad la cesación de la terrible inundación de la ciudad de México en 1629 y la de la peste en 1737, hechos que motivaron la jura del patronato de la Sma. Virgen de Guadalupe. Entre los beneficios particulares sólo mencionaré uno, calificado como milagroso por la autoridad episcopal y por los médicos eminentes que primero sobre los hechos y después sobre los procesos o informaciones lo examinaron: la curación instantánea completa y radical, de Sor Jacinta María de S. José, que encontrándose en estado de agonía después de largas y penosas enfermedades, volvió repentinamente a su plena salud en Puebla de los Angeles el 12 de Diciembre de 1755 a la invocación y contacto de una Imagen de María Santísima de Guadalupe. —En tres ocasiones se ha examinado oficialmente y con toda minuciosidad la santa Imagen por comisiones de pintores eminentes: en 1666 cuando las informaciones en 1751 con motivo de la confirmación del patronato, y finalmente en 1787: y todos han declarado bajo juramento que admiran la santa Imagen como obra de Dios, así por su estructura inexplicable como por su conservación; pues su perfección y carencia absoluta de aparejo, y su admirable, resistencia a todas las causas que debían haberla destruído, están fuera de todas las reglas del arte y de la humana provisión. Aquí es el caso de repetir: Peritis in arte credendum est. Por lo que a mi toca, juzgo necesario el creerles mientras no se pre-

sente un ejemplar semejante en la materia, en el arte y en la conservación. Pero sobre todos estos prodigios está, por su trascendencia, la rápida y completa conversión de los Indios desde la Aparición cuando antes se mostraban tan remisos y contrarios a la fe. "A Ella le debemos la fe," nos dicen a una voz nuestros Prelados; pruébanlo con datos fehacientes nuestros historiadores, y confiésanlo hasta algunos heterodoxos, como el protestante Branroft. Pues cuando Dios N. S. ha hablado con la voz de sus milagros y la eficacia de su intervención, ¿Podrá un cristiano dudar siquiera del prodigio guadalupano? ¡Oh Dios nuestro! Necesitaba de esa prueba de fé sencilla de los que no podemos registrar archivos ni comprobar tradiciones; necesitábamos de esa prueba que asegura invariablemente nuestra creencia y nos la ha otorgado con abundancia tu providente misericordia.

Pero de los milagros como testigos de un hecho público, así como también de la tradición y de los demás argumentos que se refieren a una creencia religiosa, sólo es juez competente la Iglesia; y a todas esas pruebas que hemos esbozado, tan múltiples, tan convincentes, tan magníficas, viene a dar su última sanción la autoridad de la Iglesia. Porque tratándose de un hecho como el de la Aparición, cuyo origen y fin entran plenamente en el dominio religioso, a la Iglesia debemos consultar en último término, a ella que es juez sin apelación y maestra sin mácula de la verdad; y tócale a ella afianzar a los vacilantes y afirmar más y más a los creyentes, con aquel divino magisterio que recibió de Jesucristo. Se ha querido hacer distinción en este asunto, entre la verdad histórica y la verdad teológica; pero teniendo las dos por término y objeto un hecho mismo, huelga tal distinción, pues no hay en realidad dos verdades, sino una verdad presentada bajo distintos aspectos; como no hay dos hechos, sino uno solo al cual se llega por caminos diferentes. Para el Católico, tratándose de hechos religiosos, la viá de la autoridad de la Iglesia es la gran vía a la cual convergen todas las otras vías.

Pues bien: la Iglesia ha hablado. Desde los tiempos de la Aparición nos consta que han hablado si no con documentos públicos, sí con sus hechos, los Obispos de la ciudad de México, y después de palabra y de obra todo el Episcopado nacional: ellos han enseñado y glosado la Aparición, y han hecho de este lugar y de esta Imagen, el centro religioso más importante

y más célebre de la nación mexicana. Desde el V. Zumárraga que condujo en triunfo la sta. Imagen a su primera hermita, hasta los actuales pastores que unánimes la coronaron hace cinco lustros, todos nos señalan con su mano la sagrada montaña, el templo secular, la Imagen Sacratísima. Este templo, h. m. cuya primera piedra fué la hermita del V. Zumárraga, es el monumento nacional y autorizado, testigo a la vez de la tradición y de la enseñanza de todo el episcopado nacional que lo ha levantado restaurado, embellecido, y que ha sostenido en él un culto espléndido. Y a esa enseñanza práctica, añaden nuestros Pastores la de viva voz: oíd el resumen de sus instrucciones en las siguientes palabras del V. Concilio Mexicano, repetidas y sancionadas por todos los Obispos nacionales sin excepción. "La maravillosa Aparición de Santa María de Guadalupe, sin ser un dogma de fe como pudiera interpretarse por la sencilla devoción de algunas almas piadosas es una tradición antigua, constante y universal en la nación mexicana, revestida de tales caracteres y apoyada en tales fundamentos, que no sólo autorizan a cualquier católico para creerla, sino que ni aun lo permiten contradecirla sin mayor o menor temeridad."

Y estas enseñanzas del episcopado mexicano, han sido siempre estimuladas, apoyadas y confirmadas por la Sta. Sede. Después de los maduros exámenes que se acostumbran en estos casos, la Sede Apostólica concedió la fiesta y el Oficio propio de Ntra. Sra. de Guadalupe, confirmó el Patronato, erigió esta insigne Colegiata, y honró esta Iglesia con el título de Basílica, concedió el nuevo Oficio, decretó la Coronación, y declaró por fin a María Sma. de Guadalupe Patrona de la América Latina. En más de cien documentos pontificios, dice el P. Antícoli, es celebrada la excelsa Reina de los mexicanos. Y al decretar estos honores, la Santa Sede ha supuesto la Aparición como causa de ellos, pues tal es el motivo alegado en las peticiones, motivo que ha aprobado al otorgarlas benignamente. Y nótese que la autoridad de la Iglesia se nos impone: "Declaramos, decretamos, y mandamos decía Benedicto XIV en la Bula del Patronato, que la mencionada Madre de Dios Santa María de Guadalupe sea reconocida y venerada como la principal patrona de la Nueva España." A este tenor se estableció la fiesta de precepto del 12 de Diciembre en que se conmemora la gloriosa Aparición; y ¿Cómo pudiéramos sin creer en ella acatar y observar los mandatos Apostólicos? La Iglesia pues,

Católicos, la Iglesia maestra de la verdad, nuestro guía y nuestra Madre, la Iglesia con toda su autoridad nos asegura del beneficio incomparable que en su Aparición y en su Imagen nos hizo la Reina del Cielo y sería un desconocimiento del magisterio de la Iglesia un desacato a su autoridad, una desobediencia a sus preceptos y un insulto flagicioso a su prudencia y sabiduría, el negar, el dudar siquiera del prodigio guadalupano.

Pero ¡Oh Dios mío! Se necesitará de todo esa autoridad, de todas esas razones, de toda esa evidencia para creer en una predilección que nos honra, en un beneficio que tanto nos enaltece? ¿No seríamos indignos de un favor tan grande de nuestra Madre celestial, si la sinceridad de nuestra fé no correspondiera a la generosidad de su amor? Quien puede dudar de las bondades de una madre no merece recibirlas. Grandes son ciertamente las razones que tenemos para creer en la Aparición de la Virgen Sma. y en la dádiva de su Imagen; incontestables los argumentos que las apoyan: las relaciones, los monumentos de varios géneros, la invicta tradición, los milagros, la autoridad de la Iglesia cuanto pudiese desear el espíritu más exigente. Empero el alma creyente no ha menester de todo ese aparato para creer en el beneficio de María: más que verlo, lo siento y vive de él, porque en él descansa su corazón, y porque experimenta constantemente sus efectos.

La dichosa Isabel, al recibir la visita de María, se sintió iluminada por una luz superior: su corazón vió más q' sus ojos, y quedó patente ante ella el arcano escondido al mundo: la divina maternidad de la Virgen. ¡Y qué desgracia fuera la nuestra, oh católicos, si cerrándose nuestros ojos a la luz de lo alto, no reconociéramos en la graciosa indita allí retratada a la Reina de los cielos, que dejando sus celestiales aulas y ocultando su gloria, bajó a visitarnos en día para siempre feliz, y nos dejó en su Imagen la prenda de su amor y de su protección! La prudencia confirma; pero el amor adivina; y ese amor nos ha traído, oh Virgen Santísima, oh Madre nuestra, a esta sagrada montaña, nos ha revelado tus bondades, y al disfrutar de tus maternales ternuras, nos has hecho exclamar como a Isabel: Unde ho mihi? ¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí?

¡Oh Madre que bajaste un día a esta montaña que nos veniste a visitar

y nos dejaste en prueba de tu perpetua protección tu santa Imagen de Guadalupe! Permanece con nosotros; jamás, mientras vivamos a tu sombra, mientras tu Imagen sea venerada en nuestro suelo, jamás faltará en México la fé de Cristo, jamás perecerá la nación, ni sesarán nuestras desventuras sino amorosos castigos de una Providencia que nos quiere salvar. ¡Oh Madre! No nos dejes ser ingratos: afirma en nuestras almas tu creencia y tu culto Protégenos ampáranos. Y pues venimos hoy a traerte el mensaje de aquellos hijos tuyos que desde la frontera vuelven hacia acá sus ojos y sus plegarias, acoge benigna nuestros cultos, y escucha nuestras peticiones: huérfanos por la muerte de nuestro llorado Pastor (1) remedia nuestra mayor necesidad alcanzándonos de Cristo, Pastor de los Pastores, un legado suyo que haga florecer en nuestro suelo la religión y la piedad. Habla a cada uno de tus hijos que tienes en tu presencia o que desde lejos dirijen a tí sus pensamientos; y al escuchar tu voz dulcísima que nos anuncia la paz, como a Isabel, como a Juan Diego, sentiremos como ellos iluminarse nuestras mentes y saltar de júbilo nuestro corazón.

(1) El Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Francisco Plancarte y Navarrete, fallecido el 2 de Julio de 1920.

Historia de la Aparición.

Texto de la Antigua Relación escrita en nahuatl por D. Antonio Valeriano, y traducida por D. Luis Becerra Tanco.

(Tradición del Milagro)

CORRIENDO el año del nacimiento de Cristo Señor Nuestro de 1531 y del dominio de los españoles en esta ciudad de México y su provincia de la Nueva España, cumplidos diez años y casi cuatro meses; extinguida la guerra, y habiendo comenzado en aqueste Reino el Santo Evangelio, sábado muy de mañana, antes de esclarecer la Aurora, a nueve días del mes de Diciembre, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido, de los recién convertidos a nuestra santa fe católica, el cual en el santo bautismo se llamó **Juan,** y por sobrenombre **Diego,** natural, según fama, del pueblo de **Cuautitlán,** distante cuatro leguas de esta ciudad hacia la parte Norte de la Nación mexicana, y casado con una india que se llamó **María Lucia,** de la misma calidad que su marido, venía del pueblo en que residía (dícese haber sido el de **Tolpetlac,** en que era vecino) al templo de Santiago el mayor, Patrón de España, que es en un barrio de **Tlatelolco,** Doctrina de los religiosos del Señor San Francisco, a oir la Misa de la Virgen María. Llegando, pues, al romper del alba, al pie de un cerro pequeño que se decía **Tepeyacac,** que significa **extremidad o remate agudo de los cerros,** porque sobresale a los demás montes que rodean el valle y laguna en que yace la ciudad de México, y es el que más se le acerca, y el día de hoy se dice de Nuestra Señora de Guadalupe, por lo que se dirá después de esto: oyó el indio en la cumbre del cerrillo, y en una ceja de peñascos que se levanta sobre lo llano a orilla de la laguna, un canto dulce y sonoro, que según dijo le pareció de muchedumbre y variedad de pajarillos, que

cantaban juntos con suavidad y armonía respondiéndose a coros los unos a los otros con singular concierto, cuyos ecos reduplicaba y repetía el cerro alto, que se sublima sobre el montecillo; y alzando la vista al lugar donde a su estimación se formaba el canto, vió en él una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un hermoso Arco-Iris de diversos colores, que se formaba de los rayos de una luz y claridad excesiva que se mostraba en medio de la nube. Quedó el indio absorto y como fuera de sí en un suave arrobamiento, sin temor ni turbación alguna, sintiendo dentro de su corazón un júbilo y alborozo inexplicable, de tal suerte, que dijo entre sí: ¿Qué será esto que oigo y veo? o ¿A dónde he sido llevado? ¿Por ventura he sido trasladado al paraíso de deleites, que llamaban nuestros mayores origen de nuestra carne, jardín de flores, o tierra celestial, oculta a los ojos de los hombres? Estando en esta suspensión y embelesamiento, y habiendo cesado el canto, oyo que lo llamaban por su nombre **Juan,** con una voz como de mujer, dulce y delicada, que salía de los esplendores de aquella nube, y que le decían que se acercase: subió a toda prisa la cuestecilla del collado, y habiéndose aproximado.

PRIMERA APARICION

Vió en medio de aquella claridad una hermosísima Señora muy semejante a la que hoy se ve en su bendita Imagen, conforme a las señas que dió el indio de palabra, antes que se hubiera copiado, ni otro la hubiese visto: cuyo ropaje, dijo (que brillaba tanto, que hiriendo sus esplendores en los peñascos brutos que se levantan sobre la cumbre del cerrillo, le parecieron piedras preciosas labradas y transparentes, y las hojas de los espinos y nopales que allí nacen, pequeños y desmedrados por la soledad del sitio, le parecieron manojos de finas esmeraldas, y sus brazos troncos y espinos, de oro bruñido y reluciente; y hasta el suelo de un corto llano que hay en aquella cumbre, le pareció de jaspe matizado de colores diferentes): y hablándole aquella Señora con semblante apacible y halagüeño en idioma mexicano, le dijo:

—"Hijo mío, Juan Diego, a quien amo tiernamente como pequeñito y delicado (que todo esto suena la locución del lenguaje mexicano) ¿A dónde vas?"

Respondió el indio:

—"Voy, noble dueño y Señora mía, a México, y al barrio de Tlatelolco a oír la Misa que nos muestran los ministros de Dios y sustitutos suyos."

Habiéndolo oído María Santísima, le dijo así:

"Sábete, hijo mío muy querido, que soy la siempre Virgen María Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Criador de todo y Señor del cielo y de la tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostré mi clemencia amorosa, y la compasión que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aficiones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio: y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir a la ciudad de México, y al palacio del Obispo, que allí reside, a quien dirás que yo te envío, y cómo es gusto mío que me edifique un templo en este lugar: le referirás cuanto has visto y oído: y ten por cierto tú, que te agradeceré lo que por mi hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oído, hijo mío, mi deseo; vete en paz, y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres: y así harás en esto todo el esfuerzo que pudieres"

Postrándose el indio en tierra, le respondió:

—"Ya voy, nobilísima Señora y dueña mía, a poner por tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora"

Habiéndose despedido el indio con profunda reverencia, cogió la calzada que se encamina a la ciudad, bajada la cuesta del cerro que mira al Occidente. En ejecución de lo prometido, fué vía recta Juan Diego a la ciudad de México, que dista una legua de este paraje y montecillo, y entró en el palacio del señor Obispo: era éste el Ilustrísimo Señor D. Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de México. Habiendo entrado el indio en el palacio del señor Obispo, comenzó a rogar a sus sirvientes que le avisasen para verle y hablarle; no le avisaron luego, ora porque era de mañana, o porque le vieron pobre y humilde; obligáronle a esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegado a la presencia de Su Señoría, hincado de rodillas, le dió su embajada, diciéndole: "Que le enviaba la Madre de Dios, a quien había visto

y hablado aquella madrugada;" y refirió todo cuanto había visto y oído, según que dejamos dicho. Oyó con admiración lo que afirmaba el indio, extrañando un caso tan prodigioso; no hizo mucho aprecio del mensaje que llevó, ni le dió entera fe y crédito, juzgando que fuese imaginación del indio, o sueño; o temiendo que fuese ilusión del demonio, por ser los naturales recién convertidos a nuestra sagrada religión; y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que había referido y le halló constante con todo, lo despidió diciendo, que volviese de allí a algunos días, porque quería inquirir el negocio, a que había ido, muy de raíz, y le oiría más despacio, por informarse (claro es) de la calidad del mensajero, y dar tiempo a la deliberación. Salió el indio del palacio del señor Obispo muy triste y desconsolado, tanto por haber entendido que no se le había dado entera fe y crédito, cuanto por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima., de quien era mensajero.

SEGUNDA APARICION

Volvió Juan Diego este propio día sobre tarde puesto el sol, al pueblo en que vivía, y a lo que se presume por los rastros que de ello se han hallado era el pueblo de **Tolpetlac** que cae a la vuelta del cerro más alto, y dista de él una legua, a la parte del Nordeste. **Tolpetlac** significa **lugar de esteras de espadaña,** porque sería en aquel tiempo única ocupación de los indios vecinos de este pueblo el tejer esteras de esta planta. Habiendo, pues, llegado el indio a la cumbre del cerrillo, en que por la mañana había visto y hablado a la Virgen María, halló que le aguardaba con la respuesta de su mensaje: así que la vió, postrándose en su acatamiento, le dijo:

—"Niña mía, muy querida, mi Reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste; y aunque no tuve luego la entrada a ver y hablar con el Obispo, hasta después de mucho tiempo, habiéndole visto, le di tu embajada en la forma que me ordenaste; oyóme apacible y con atención: mas a lo que yo vi en él, y según las preguntas que me hizo, colegí, que no me había dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez, para inquirir de mí más despacio el negocio a que iba y escudriñarlo muy de raíz. Presumió, que el templo que pides se te labre, es ficción mía, o antojo mío, y no

voluntad tuya; y así te ruego, que envíes para esto una persona noble y principal, digna de respeto, a quien deba darse crédito: porque ya ves, dueño mío, que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo; y que no es para mí este negocio a que me envías; perdona Reina mía mi atrevimiento si en algo he excedido a el decoro que se debe a tu grandeza; no sea que yo haya caído en tu indignación, o te haya sido desagradable con mi respuesta."

(Este coloquio en la forma que se ha referido, se contenía en el escrito histórico de las naturales; y no tiene otra cosa mía, sino es la traslación del idioma mexicano en nuestra lengua castellana, frase por frase.)

Oyó con benignidad María Santísima lo que le respondió el indio, y habiéndole oído, le dijo así:

—"Oye, hijo mío muy amado, sábete que no me faltan sirvientes ni criados a quienes mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar, si quisiera, y que harían lo que les ordenase; mas conviene mucho que tú hagas este negocio y lo solicites, y por intervención tuya ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo: y así te ruego, hijo mío, y te ordeno que vuelvas mañana, a ver y hablar al Obispo, y le digas que me labre el templo que le pido, y que quien te envía, es la Virgen María, Madre del Dios verdadero"

Respondió Juan Diego:

—"No recibas disgusto Reina y Señora mía, de lo que he dicho, porque iré de muy buena voluntad, y con todo mi corazón a obedecer tu mandato, y llevar tu mensaje, que no me excuso, ni tengo el camino por trabajo; mas quizá no seré acepto, ni bien oído, o ya que me oiga el Obispo no me dará crédito; con todo, haré lo que me ordenas, y esperaré, Señora en la tarde en este lugar, al ponerse el sol, y te traeré la respuesta que me diere: y así queda en paz, alta niña mía, y Dios te guarde."

Despidióse el indio con profunda humildad, y se fué a su pueblo y casa. No se sabe si dió noticia a su mujer o a otra persona de lo que le había sucedido, porque no lo decía la historia; sino es que confuso y avergonzado de que no se le hubiera dado crédito, no se atrevió a decirlo hasta que vió el fin de este negocio.

SEGUNDA APARICION

En el día siguiente, domingo diez de Diciembre vino Juan al templo de Santiago **Tlatelolco** a oír misa, y asistir a la Doctrina Cristiana, y acabada la cuenta que acostumbran los ministros evangélicos hacer a los feligreses naturales en cada parroquia, por sus barrios (que entonces era una sola, y muy dilatada la de Santiago **Tlatelolco,** que se dividió después en otras, cuando hubo copia de sacerdotes), volvió el indio al palacio del señor Obispo, en obediencia del mandato de la Virgen María; y aunque le dilataron mucho tiempo los familiares del señor Obispo en avisarle para que le oyese, habiendo entrado, humillado en su presencia, le dijo con lágrimas y gemidos,"cómo por segunda vez había visto a la Madre de Dios en el propio lugar que la vió la vez primera; que le aguardaba con la respuesta del recado que le había dado antes; y que de nuevo le habia mandado volver a su presencia a decirle que le edificase un templo en aquel sitio en que la había visto y hablado; y que le certificase como era la Madre de Jesucristo la que lo enviaba, y la siempre Virgen María."

Oyóle con mayor atención el señor Obispo, y empezó a moverse a darle crédito; y para certificarse más del hecho, le hizo algunas preguntas y repreguntas acerca de lo que afirmaba, amonestándole que viese muy bien lo que decía, y acerca de las señales que tenía la Señora que lo enviaba: y aunque por ellas reconoció que no podía ser sueño ni ficción del indio, para asegurar mejor la certidumbre de este negocio, y que no pareciese liviandad el dar crédito a la relación sencilla de un indio plebeyo y cándido, le dijo: que no era bastante lo que le había dicho, para poner luego por obra lo que pretendía; y que así le dijese a la Señora que lo enviaba, le diese algunas señas de donde coligiese que era Madre de Dios la que lo enviaba, y que era voluntad suya que se labrase un templo." Respondió el indio, "que viese cuál señal quería, para que la pidiese" Habiendo hecho reparo el señor Obispo, que no había puesto excusa en pedir la señal el indio ni dudado en ello, antes sin turbación alguna había dicho que escogiese la señal que le pareciese, llamó a dos personas, las de más confianza de su familia, y hablándoles en la lengua castellana, que no entendía el indio, les mandó que lo reconociesen muy bien, y que se aprestasen luego que se despidiese, para ir en su seguimiento; y que sin perderlo de vista, y sin que él sospechase que lo seguían, con cuidado fuesen en pos de él hasta el lugar que había señalado,

y en que afirmaba haber visto la Virgen María; y que advirtiesen con quién hablaba, y le trajesen razón de cuanto viesen y entendiesen: hízose así conforme la orden del señor Obispo. Despedido el indio de la presencia de Su Señoría, salieron los criados en su seguimiento, sin que él lo advirtiese, llevándole siempre a los ojos. Luego que Juan Diego llegó a un puente por donde se pasaba el río, que por aquella parte, y casi al pie del cerrillo desagua en la laguna, que tiene aquesta ciudad al Oriente, desapareció el indio de la vista de los criados que lo seguían: y aunque lo buscaron con toda diligencia, habiendo registrado el cerrillo por una y otra parte, no lo hallaron, y teniéndole por embaidor y mentiroso o hechicero, se volvieron despechados con él; y habiendo informado todo al señor Obispo, le pidieron que no le diese crédito y que le castigase por el embeleco, si volviese.

TERCERA APARICION

Luego que Juan (que iba por delante a una vista de los criados del señor Obispo) llegó a la cumbre del cerrillo, halló en él a María Santísima, que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio en su presencia le dijo: "cómo en cumplimiento de su mandato, había vuelto al Palacio del Obispo, y le había dado su mensaje: y que después de varias preguntas que le había hecho, le dijo no era bastante su simple relación, para tomar resolución en un negocio tan grave, y que te pidiese, Señora, una señal cierta, por la cual conociese que me enviabas tú, y que era voluntad tuya que se te edificase templo en este sitio."

Agradecióle María Santísima el cuidado y diligencia con palabras cariñosas; y mandóle que volviese al día siguiente al mismo paraje, y que allí le daría señal cierta con que el Obispo le diese crédito: y despidióse el indio cortésmente, prometida la obediencia.

Pasó el día siguiente, lunes 11 de Diciembre, sin que Juan Diego pudiese volver a poner en ejecución lo que se le había ordenado; porque cuando llegó a su pueblo, halló enfermo a un tió suyo, llamado Juan Bernardino, a quien amaba entrañablemente, y tenía en lugar de padre, de un accidente grave, y con una fiebre maligna, que los naturales llaman **Cocoliztli;** y compadecido de él, ocupó la mayor parte del día en ir en

busca de un médico de los suyos, para que le aplicase algún remedio: y habiéndole conducido a donde estaba el enfermo, y héchosele algunas medicinas, se le agravó la enfermedad al doliente; y sintiéndose fatigado aquella noche, le rogó a su sobrino que tomase la madrugada antes que amaneciese, y fuese al Convento de Santiago **Tlatelolco** a llamar a uno de los Religiosos de él para que le administrase los Santos Sacramentos de la Penitencia y Extrema—Unción, porque juzgaba que su enfermedad era mortal. Cogió Juan Diego la madrugada del día martes 12 de Diciembre, caminando a toda diligencia a llamar uno de los sacerdotes, y volver en su compañía por su guía: y así como empezó a esclarecer el día, habiendo llegado al sitio por donde había de subir a la cumbre del montecillo por la parte del Oriente, le vino a la memoria el no haber vuelto el día antecedente a obedecer el mandato de la Virgen María como había prometido; y le pareció, que si llegase al lugar en que la había visto,había de reprenderlo, por no haber vuelto como lo había ordenado: y juzgando con su candidez, que cogiendo otra vereda, que seguía por lo bajo y falda del montecillo, no le vería ni detendría; y porque requería prisa el negocio a que iba, desembrazado de este cuidado, podría volver a pedir la señal que había de llevarle al señor Obispo: hízolo así; y habiendo pasado el paraje, donde mana una fuentecilla de agua aluminosa, ya que iba a volver la falda del cerro, le salió al encuentro María Santísima.

CUARTA APARICION

Vióla el indio bajar de la cumbre del cerro, para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca y con la claridad que la vió la vez primera, y díjole:

—"¿A dónde vas, hijo mío, y qué camino es el que has seguido?"

Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado; y respondió con turbación, postrado de rodillas:

"Niña mía muy amada, y Señora mía, Dios te guarde. ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No tomes disgusto de lo que te dijere. Sabe, dueña mía, que está enfermo de riesgo un siervo tuyo, y mi tío de un accidente grave y mortal; y porque se ve muy fatigado, voy de prisa al

Templo de Tlatelolco en la Ciudad, a llamar un sacerdote, para que venga a confesarle y olearle; que, en fin, nacimos todos sujetos a la muerte; y después de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar a obedecer tu mandato. Perdóname, te ruego, Señora mía, y ten un poco de sufrimiento, que no me excuso de hacer lo que has mandado a este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta."

Oyó María Santísima con semblante apacible la disculpa del indio, y le dijo de esta suerte:

—"Oye, hijo mío, lo que te digo ahora: no te molestes ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad, ni otro accidente penoso, ni dolor. ¿No estoy aquí yo que soy tu madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y dulzura? ¿No estás en mi regazo, y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas pena ni cuidado alguno de la enfermedad de tu tío, que no ha de morir de ese achaque; y ten por cierto que ya está sano" (y fué así, según se supo después., como se dirá adelante.)

Así que oyó Juan Diego estas razones, quedó tan consolado y satisfecho, que dijo:

—"Pues envíame, Señora mía, a ver al Obispo, y dame la señal que me dijiste, para que me dé crédito"

Díjole María Santísima:

—"Sube, hijo muy querido y tierno, a la cumbre del cerro en que me has visto y hablado y corta las rosas que hallares allí, y recógelas, en el regazo de tu capa, y tráelas a mi presencia y te diré lo que has de hacer y decir."

Obedeció el indio sin réplica, no obstante que sabía de cierto que no habia flores en aquel lugar, por ser todo peñascos, y que no producía cosa alguna. Llegó a la cumbre, donde halló un hermoso vergel de rosas de castilla, frescas, olorosas y con roció; y poniéndose la manta o tilma, como acostumbraban los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella, y llevólas a la presencia de la Virgen María,que le aguardó al pie de un árbol, que llaman **Cuauzahuatl** los indios, que es lo mismo

que **árbol de tela de araña,** o **árbol ayuno,** el cual no produce fruto alguno, y es árbol silvestre, y sólo da unas flores blancas a su tiempo; y conforme al sitio, juzgo que es un tronco antiguo, que hoy persevera en la falda del cerro, a cuyo pie pasa una vereda, por donde se sube a la cumbre por la banda del Oriente, que tiene el manantial de agua de alumbre de frente: y aquí fué, sin duda, el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita imagen; porque humillado el indio en la presencia de la Virgen María, le mostró las rosas que había cortado; y cogiéndolas todas juntas la misma Señora, y aparándolas el indio en su manta, se las volvió a verter en el regazo de ella, y le dijo:

—"Ves aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás, que por señas de estas rosas, haga lo que le ordeno; y ten cuidado, hijo, con esto que te digo; y advierte que hago confianza de ti. No muestres a persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu capa, sino en presencia del Obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora: y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi templo."

Y dicho esto, le despidió la Virgen María. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendría buen suceso, y surtiría efecto su embajada; y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar alguna, las venía mirando de rato en rato, gustando de su fragancia y hermosura.

APARICION DE LA IMAGEN

Llegó Juan Diego con su postrer mensaje al palacio episcopal; y habiendo rogado a varios sirvientes del señor Obispo que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que enfadados de sus importunaciones, advirtieron que abarcaba en su manto alguna cosa: quisieron registrarla, y aunque resistió lo posible a su cortedad, con todo le hicieron descubrir con alguna escasez lo que llevaba: viendo que eran rosas, intentaron coger algunas viéndolas tan hermosas, y al aplicar las manos por tres veces, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas o tejidas con arte en la manta.

Dieron los criados noticia de todo al señor Obispo; y habiendo entrado el indio a su presencia y dándole su mensaje, añadió que llevaba las señas que le había mandado pedir a la Señora que lo enviaba: y desplegando

su manta cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas, y se vió en ella pintada la Imagen de María Santísima, como se ve el día de hoy.

Admirado el señor Obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosos, y con rocío, como recién cortadas, siendo el tiempo más riguroso del invierno en este clima, y (lo que es más) de la Santa Imagen que pareció pintada en la manta, habiéndola venerado como cosa celestial, y todos los de su familia que se hallaron presentes, le desató al indio el nudo de la manta, que tenía atrás en el cerebro, y la llevó a su Oratorio; y colocada con decencia la Imagen, dió las gracias a nuestro Señor y a su gloriosa Madre.

Detuvo aquel día el señor Obispo a Juan Diego en su palacio, haciéndole agasajo; y el día siguiente le ordenó que fuese en su compañia y le señalase el sitio en que mandaba la Virgen Santísima María que se le edificase Templo. Llegados al paraje señaló el sitio y sitios en que la había visto, y hablado las cuatro veces con la madre de Dios: y pidió licencia para ir a ver a su tío Juan Bernardino, a quién había dejado enfermo: y habiéndola obtenido, envió el señor Obispo algunos de su familia con él, ordenándoles, que si hallasen sano al enfermo, lo llevasen a su presencia.

QUINTA APARICION

Viendo Juan Bernardino a su sobrino acompañado de españoles, y la honra que le hacían, cuando llegó a su casa le preguntó la causa de aquella novedad; y habiéndole referido todo el progreso de sus mensajes al señor Obispo, y como la Virgen Santísima le había asegurado de su mejoría: y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le había dicho que estaba libre del accidente que padecía, afirmó Juan Bernardino, que en aquella misma hora y punto había visto a la misma Señora en la forma que le había dicho: y que le había dado entera salud; y que le dijo: "cómo era gusto suyo que se le edificase un Templo en el lugar en que su sobrino le había visto; y asimismo que su Imagen se llamase **Santa María de Guadalupe"** no dijo la causa; y habiéndolo entendido los criados del señor Obispo, llevaron a los dos indios a su presencia: y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad, y el modo con que había cobra-

do salud, y qué forma tenía la Señora que se le había dado; averiguada la verdad, llevó el señor Obispo a su palacio a los indios a la ciudad de México.

Ya se había difundido por todo el lugar la forma del milagro, y acudían los vecinos de la ciudad a venerar la Imagen, Viendo, pues, el concurso grande del pueblo, llevó el señor Obispo la Imagen Santa a la Iglesia Mayor, y la puso en el altar, donde todos la gozasen, donde estuvo mientras se le edificó una ermita en el lugar que había señalado el indio, en que se colocó después con procesión y fiesta muy solemne.

Esta es toda la tradición sencilla, y sin ornato de palabras; y es en tanto grado cierta esta relación, que cualquier circunstancia que se añada, si no fuere absolutamente falsa,, será por lo menos apócrifa; porque la forma en que se ha referido es muy conforme a la precisión, brevedad y fidelidad con que los naturales cuerdos, e historiadores de aquel siglo escribían, figuraban y referían los sucesos memorables.

El motivo que tuvo la Virgen para que su Imagen se llamase Guadalupe, no lo dijo; y así no se sabe, hasta que Dios sea servido declarar este misterio.

Hasta aquí llega la tradición primera, más antigua y más fidedigna.

LLENA DE GRACIA

JUAN JOSE HINOJOSA

LLENA DE GRACIA

PROSAS Y VERSOS DEDICADOS A LA

VIRGEN SANTISIMA

1918

MONTERREY, N. L., MEXICO

LICENCIA ECLESIASTICA

NIHIL OBSTAT

Dr. Fortinus Gómez,

Censor

IMPRIMATUR

Monterrey, die 15 Jannuarii, 1918

Lucianus a Pace,

Vic. Gral.

ADVERTENCIAS

Un joven y cristiano poeta, que es ya una gloria para nuestro suelo, dijo hermosamente, y con toda verdad por lo que a él toca, que

Es nuestra vida una canción
Que cada uno ha de rimar
Al ritmo de su corazón.

Y así debería ser, en efecto, para todos, si fuera nuestra vida como Dios quiere que sea, ordenada y armónica, noble y elevada, santa y divina. Si así fuera, ni las alegrías la desvanecerían, porque estuvieran enfrenadas por la moderación, ni los dolores harían en ella disonancia, porque jamás carecerían de consuelo y cumplirían siempre su divina misión de purificarla y elevarla. Todo esto obra en nuestra vida la fe cristiana cuando vivimos bajo su influencia. Y como todo esto es ideal y prácticamente bello, diremos con verdad que la Religión es santa y divina poesía, y la vida cristiana una armoniosa canción.

Todos los que han cantado ese poema saben muy bien que una de sus más dulces notas es este nombre divinamente hermoso: María. La Virgen Santísima, "llena de la gracia divina" y de todas las humanas gracias, es poesía para el alma cristiana, porque en ella contempla la belleza ideal con todos sus encantos, y porque en ella encuentra el amor maternal con todas sus ternuras, consuelos y esperanzas. Confieso que a la Virgen Santísima debo yo una gran parte de la poca poesía que halla rimado en mi vida "al ritmo de mi corazón", y también de mis palabras, pues aficionado desde niño a la música del verso, me he servido de ella con frecuencia para expresar los conceptos de mi mente y las efusiones de mi alma.

Nunca me he creído poeta, porque carezco de genio; pero en fin, algo de poetas sí tenemos todos los que llevamos en el alma la fe cristiana y con ella el germen de divinos ideales y amores. Mis versos, inspirados en esa fe, han consolado mis tristezas, aquietado mis ansias, endulzado mis soledades; han elevado mis pensamientos y encendido santamente mis afectos: por eso los conservo con amor. De entre ellos, escojo ahora

algunos de los dedicados a la Virgen Santísima, para formar este librito, ofreciéndolos de nuevo a Aquella que los inspiró, alegre porque deseo obsequiarla, temeroso porque no sé si ellos, más bien que delinear, vayan a ofuscar su celestial belleza.

Este mismo temor me detuviera acaso en mi propósito si no me animara otro motivo, el que mis versos, aunque de escaso mérito literario, puedan tal vez, por lo que tienen de piadosos, encender en algún pecho la devoción a María, o servir de intérpretes a quienes ya le son devotos y buscan ayuda para rimar exteriormente la canción que ya entona su alma.

Y a la consecución de ese fin, de llevar a mis hermanos a la dulce María, me ha parecido conducente añadir a mis versos algunas páginas en prosa, que escribí hace tiempo, y que, a mi entender, manifiestan, dentro de la fe cristiana, la alta razón y la dulzura del culto de la celestial Señora. A los devotos de la Virgen Santísima el pensar en María les será tan dulce como el cantarle. Servirán también esas páginas de introducción a mis cantos.

No pretendo hacer una obra literaria y de mérito artístico: mis canciones son sencillas, espontáneas y sin pretensiones. Esto mismo me pone al abrigo de la vanidad, pues sé que poco valen, y de la crítica, pues, como dijo un escritor, sobre dos cosas no tiene fuerza el huracán: sobre la robusta encina que victoriosamente le resiste, y sobre la menuda yerba que no le opone resistencia alguna.

Monterrey, Enero de 1918.

Juan José Hinojosa.

LA DEVOCION A LA

VIRGEN SANTISIMA

LA DEVOCION
A LA
VIRGEN SANTISIMA

I.

No falta quien se admire del culto singular y excelentísimo que la Iglesia católica y con ella sus verdaderos fieles profesan a la Virgen María; los incrédulos se burlan de ese culto, los herejes se escandalizan de él; y sin embargo, nada más puesto en razón que honrar a María desde el punto que a la luz de la fe conocemos quién es ella y lo que Dios ha hecho por ella.

Yo invito, pues, al cristiano lector a cuyas manos llegare este librito, invítole a que medite un poco conmigo en las grandezas de María, en lo racional y provechoso de su culto, en la dulzura de su amor.

Yo espero de Dios que este escrito le hará amar un poco más a aquella a quien Dios ama tanto, y le ilustrará un poco, si es que lo necesita, para que no se deje conmover por las vanas quejas de los protestantes que tachan de superstición el culto que tributamos a María y los honores que le rendimos; ¡como si no fuera Dios N. Sr. el primero que la ha honrado y la honra! ¡como si Jesucristo pudiera estar celoso del amor que profesamos a la que El ama tanto, o creyera que le robábamos a El los honores que tributamos a su Madre bendita!

Toda nuestra Religión se levanta, como un edificio sobre su base, sobre el dogma de la encarnación del Hijo de Dios para redimir el género humano: pues bien, veamos cómo el culto de la Virgen Santísima, es como el complemento del que profesamos a J. C. nuestro Redentor. La obra de la Redención tuvo por objeto libertar al hombre del pecado y constituirlo hijo de Dios; y es natural que la Virgen Santísima, como que fué la creatura que más directamente coadyuvó a esa obra admirable, fuera también la que gozara más que nadie de sus saludables frutos. Cuando veamos pues sublimada por Dios a la Virgen Santísima, no creamos que esa gracia singular es independiente de la Redención, sino por el contrario, recorde-

mos que es su fruto más precioso. María honra a Jesucristo que la redimió y la exaltó, y el brillo de la pureza y santidad de María, no es otra cosa que el reflejo más puro del Sol de Justicia, Cristo. Por esto un santo la llamó: hija primogénita de la Redención. Y por esto el honor que tributamos a María Santísima, recae en último término sobre Jesucristo nuestro Señor cuya gracia hizo a María digna de un honor y una alabanza especialísima.

II.

Por otra parte, si Dios ha hecho cosas maravillosas para elevar y engrandecer a su Madre bendita, si la ha llenado de gracias y carismas, ¿No nos cumple a nosotros alabar y bendecir a la que Dios ha engrandecido? Y si le ha dado un poder de acción y de intercesión proporcionado a su gracia y dignidad, ¿No vemos en esto mismo que la voluntad de Dios es que alcancemos muchas, muchísimas mercedes por medio de ese poder de María? Pensemos pues un poco en la dignidad y gracia que Dios ha concedido a la Virgen Santísima.

"Ha hecho en mí cosas grandes, dijo ella, el que es Todopoderoso." Acerquémonos pues con reverencia, descalzándonos del peso de nuestras preocupaciones, para admirar la maravilla de Dios, la zarza ardiente en que aparece la gloria del Altísimo.

Maravillas sin cuento hizo el Señor en el universo mundo; los cielos y la tierra ensalzan su poder y su sabiduría, y el cielo de las almas refleja su amor y su bondad. Pero si cuando Dios creó el universo sólo se propuso manifestar sus perfecciones, al crear a María propúsose mucho más: quizo el Padre celestial manifestar aquel amor eterno e inefable que profesaba a su Hijo, preparándole una digna morada. Y si jamás acabaremos de admirar las maravillas de la naturaleza, ¿Cómo podremos apreciar dignamente las excelencias de esta obra maravillosa de la gracia? Nadie puede sondear los mares ni los abismos del cielo; pues ¿Quién podrá medir, vislumbrar siquiera este mar de gracia, este abismo de virtud, esta obra admirable del amor del Omnipotente? Y si María como Hija de Dios Padre, como tabernáculo vivo que Dios preparaba a su Hijo, es inefable y divina, no lo es menos como Madre verdadera de Dios. Porque Jesucristo,

Dios y hombre, amaba a María; amábala con amor inefable y misterioso, amábala como a su madre. Y ¿qué gracias, qué prerrogativas no concedería tal hijo o tal madre? En sus manos tenía Jesucristo los tesoros que ganó con su sangre: ¿Cómo no los derramaría con profusión sobre su madre bendita? Y el que se asienta en el cielo a la diestra del Padre, en dónde colocaría el trono de su madre sino en lo más encumbrado de las celestiales moradas, sobre los hombres, sobre los ángeles, sobre todo lo creado? Finalmente, el Espíritu Santo que ennoblece y perfecciona las almas, el Espíritu Santo que renueva la faz de la tierra, que es vida, fuerza, belleza, amor, derramóse sobre aquella alma purísima de María, criada por el Padre para ser su hija predilecta, escogida por el Hijo para ser su madre, derramóse, digo, con tal profusión y la amó y la santificó de tal manera, que nunca podrá nuestra lengua decirlo, ni adivinarlo nuestra inteligencia. Todo esto es evidente a la luz de las verdades católicas, y desde el punto que creemos y adoramos el divino misterio de la encarnación del Hijo de Dios. Y como la Iglesia cree este misterio, también admite sus consecuencias. He aquí por qué la Iglesia honra a María, y la ama y la bendice. María es el triunfo de la gracia, es la obra de Dios, y amándola y glorificándola, amamos y glorificamos a Dios en la obra más bella y admirable de su poder y de su amor.

III.

"Bien está que sean grandes la dignidad y las prerrogativas de María, pudiera alguno decir; bien está que Dios nuestro Señor la haya escogido para los más altos misterios y que brille entre los bienaventurados como el lucero entre las estrellas; pero ¿Qué tenemos que ver nosotros con ella? Ya que Dios la ha elevado, nos bastará con saludarla de lejos, como de lejos se saluda a una reina, puesto que su misma elevación la aleja de nosotros." Quien tal dijera, daría a entender a las claras que no comprende un punto de las vías de la Providencia, y que jamás ha leído en las obras de Dios. Dios no hizo sus obras separadas y distantes para que vivieran en un aislamiento egoísta y desconsolador; sino que las encadenó a todas y las armonizó de tan maravillosa manera, que de la mutua dependencia se originara en ellas la belleza y el orden, y publicaran con esto la inteligencia y la bondad infinita de su Autor. Y cuanto más alto

lugar ocupa una cosa en la escala de los seres, mayores beneficios presta a cuanto le rodea o le está subordinado, y con mayor fuerza concurre al orden y a la armonía del universo. Y por esto el sol que ocupa tan alto puesto en el mundo visible de los cuerpos, hace girar en torno suyo los astros que le cortejan, y mándales en sus brillantes rayos la luz y la vida. Lo mismo sucede en el mundo de las almas; y al elevar el Señor a la Virgen Santísima a la dignidad de Madre suya, al hacerla "primogénita de la Redención", no sólo la envuelve de cerca en los resplandores de su divinidad, sino que también le da sobre los demás hijos de Dios, sobre los demás redimidos por la gracia, una influencia y un poder proporcionado a su dignidad y preeminencia. Dios es el mismo en todas sus obras; y por lo mismo, las obras de la gracia guardan con las de la naturaleza una armonía y correspondencia admirable. ¿Qué mucho pues que busquen la protección de la Reina del cielo, los que conocen su elevación y su poder? ¿Qué mucho que se pongan bajo la influencia de la que está llena de bondad y de gracia, y que soliciten humildemente la intercesión de la que, hallándose en tan íntimas relaciones con Aquel a quien llama hijo suyo, todo nos lo puede alcanzar del que es Omnipotente?

Pero hay más: las relaciones que nos ligan con María Santísima son, no tan sólo de protección misericordiosa, sino de amor; así lo ha querido Aquel que nos la dió por Madre. La Iglesia nos enseña a llamar Madre a María, y lo que es más a tenerla como a tal; y nosotros creemos dócilmente a la voz de la Iglesia, ya que le fué prometida por siempre la asistencia divina, a la voz de la Iglesia, digo, que nos hace tan dulce revelación; y guiados por ella, amamos a María, llamámosla en nuestras necesidades, derramamos en su seno nuestro llanto, la importunamos tal vez con nuestras necedades de niño, y experimentamos con cuanta verdad dijo el poeta:

¡Es dulce para el hombre tener madre!

No se contentó el Señor con participar a sus creaturas el sér y la vida que al crearlas les donó, sino que quiere hacerlas también partícipes de su poder, de su autoridad, de su paternidad: y esto lo vemos en todas las cosas, en el mundo de los cuerpos, en el mundo de las almas, en el cielo de la gracia: Dios es el mismo en todas partes.

No se asuste, pues, la herejía, porque llamamos a María nuestra Madre; antes reflexione un poco y verá como la cosa más natural que quien nos dió una madre para la vida humana, nos depare otra para la vida espiritual; piense que quien es tan bueno que quiso comunicar su paternidad a sus creaturas en el mundo natural, ¿Porqué no ha de hacer cosa parecida en el mundo sobrenatural de la gracia?

IV.

"Pero no véis, dirá alguno, que con esa confianza en María, con ese perpetuo clamoreo y esa continua demanda de gracias y mercedes a la que por grande y buena y poderosa que se la suponga, no es nuestro Dios, no véis que quitáis al Dios verdadero y único lo que a El solo corresponde, es a saber, el tributo de nuestras súplicas y de nuestra confianza filial? ¿No nos ha enseñado y exigido El esa confianza, en el Evangelio? Y si tenemos un Padre que está en los cielos, ¿a qué buscar en otra parte el socorro, ni siquiera la intercesión? Esto dicen en efecto algunos herejes, quienes deslumbrados por esas aparentes razones, trastornan el orden suave y armonioso de la Providencia, y por querer honrar más a Dios, le desagradan negando a sus amigos más queridos, y sobre todo a su madre bendita, los honores inferiores y subordinados que El quiere que se les tributen. A Dios nuestro Señor primeramente debemos nuestras súplicas y nuestra confianza; pero esto no quita que también confiemos en los amigos de Dios. Con esos raciocinios exclusivistas, vendríamos a parar a un absolutismo necio e impío: necio, porque se opone a todo buen sentido; impío porque quitaría a Dios esa gloria de que se ufana en su bondad: la de hacer participantes a sus creaturas de su autoridad, de su honor y hasta de su adorable paternidad. Examinémoslo despacio.

Dios nos provee de todo en el orden natural: su Providencia hace caer la lluvia del cielo, y madura los trigos del campo para proveer a nuestro sustento: hasta los cabellos de nuestra cabeza los tiene contados, y nadie nos toca sin su permiso; y sin embargo quiere que no despreciemos en nuestra vida los medios humanos: el trabajo, el esfuerzo, la constancia; y que nos valgamos los unos de los otros: el amigo, del amigo; el pobre, del poderoso; el hijo, de sus padres: complácese el Señor en ver desde el cielo cómo se corroboran entre sus hijos esos mutuos lazos de confianza

y dependencia. Pero sobre toda confianza en los propios esfuerzos, y en cualquier auxilio y poder humano, quiere que tengamos asentada nuestra vida en la roca firme de la confianza en su divina Providencia. Penetrad en el mundo espiritual de la vida cristiana, y encontraréis ese orden y esa armonía. Repitámoslo: Dios es el mismo en todas partes, y en todas sus obras se refleja la misma sabiduría y la misma bondad. Para la vida cristiana Dios nos ha dado los medios de desarrollarla en las mil y mil prácticas de piedad y de virtud que nos enseña la Iglesia, en los objetos que con su bendición santifica y por los que hace llegar hasta nosotros misteriosas influencias, en los santos sacramentos que son las vías ordinarias de la gracia, y finalmente en el trato y comercio con los ángeles y los santos: en la cima de todos ellos y muy cerca de Cristo Señor nuestro está la Virgen María; por eso tiene poder y gracia sobre todos los santos; Cristo nos la dió por Madre y por eso a ella clamamos, en ella confiamos, y es ella nuestra vida, dulzura y esperanza. Sabemos que la razón última de nuestra esperanza está en Dios, que Cristo es el mediador supremo, y la Virgen Santísima no es sino un medio dispuesto por la Providencia para que lleguen a nosotros las gracias que Cristo nos ganó; pero medio animado: las gracias pasan no sólo por sus manos sino también por su corazón; por eso la amamos y confiamos en ella, y a ella acudimos. Quitad la confianza en nuestros amigos, en nuestros padres, y destruiréis la vida humana: quitad la confianza en las oraciones de la Iglesia, en la intercesión de los santos, en la que es Reina y Madre de misericordia, y destruiréis en gran parte la vida cristiana.

Reflexionemos además que la confianza que debemos a Dios, no debe volvernos presuntuosos; que si Nuestro Señor es muy bueno, nosotros somos muy indignos; y nada más natural a quien reconoce su propia indignidad que buscar el amparo e intercesión de la que es inocente y pura, y amada de Dios entre todas las criaturas. Cristo es nuestro intercesor y medianero, es verdad; pero si Cristo quiere hacer partícipes de este oficio a sus santos y sobre todo a su Madre bendita, ¿Quién habrá de oponerse a su voluntad soberana? María nos da la mano para llegar a Cristo; es la mediadora ante el mediador. Por María, a Jesús, dicen los santos.

¿Y quiénes son los que con más confianza y piedad descansan en su vida y en su muerte en la amorosa Providencia de Dios, sino los devotos

de María? El ser piadoso para con Vos, oh Virgen Santísima, nos prepara e inclina a serlo para con Dios nuestro Señor; y la confianza en Vos, dulce Madre nuestra, nos conduce a una mayor y más sólida y legítima confianza en nuestro Padre celestial.

Y no se diga que nada de esto se lee en el Evangelio: no es así; pero aunque así fuera, reflexionemos que en el Evangelio se contienen los primeros gérmenes y el más alto ideal de la vida cristiana; pero en cuanto a los pormenores de su desarrollo, éstos han venido presentándose en la Iglesia bajo la vigilancia de los pastores legítimos y la dirección del Espíritu de Dios. Aun el que no tenga fe en las promesas de Dios a su Iglesia, verá esto claramente en los milagros sin número que en la Iglesia se obran por intercesión de María Santísima, y en los excelentes frutos de santidad y virtud que produce en las almas la devoción a la Reina del Cielo.

Concluyamos pues de lo dicho, que María, abogada y Madre nuestra dulcísima, es un beneficio de la bondad divina, y uno de los mayores dones que debemos a Cristo, Salvador de nuestras almas; don delicado de su corazón amorosísimo, del que no disfrutan sino sus verdaderos fieles.

V.

"Pero sabemos, dirá todavía alguno, que el mayor deber del hombre es el de amar a Dios, y amarle no como quiera, sino con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas: deber que resume toda la ley y toda la religión, y que al mismo tiempo que eleva y dignifica al hombre, lo prepara para la eternidad. Y siendo nuestro corazón tan estrecho, el amor a María no puede crecer en él sin mengua y perjuicio del divino amor". ¡Oh! sí, es verdad que amar a Dios Ntro. Señor es nuestro deber y nuestra gloria, y ese amor rey, asentado en el trono más elevado de nuestro corazón, debe dirigir e iluminar todos nuestros amores; pero sin aniquilarlos: domina, no excluye. De otro modo, sería un sacrilegio toda estimación sincera y todo afecto y cariño por ordenado y legítimo que pareciese. ¡Qué mal comprende a Dios quien so pretexto de darle gloria, destruye y aniquila el mundo que crió! Nó: el santo amor de Dios no se

opone a nuestros legítimos afectos en nuestra vida humana, o en nuestra vida divina: al contrario, los santifica y los bendice, ordenándolos en último término a su divina gloria. Lo único que Dios reprueba es el desorden y el exceso.

Y nada más ordenado y suave que el casto amor a la Virgen Santísima en las almas cristianas: por que ¿A quién han de amar ellas fuera de Dios mejor que a Aquella a quien el Señor ha amado con divina predilección y con misteriosa ternura? Las almas puras ¡Oh María! corren tras el olor de tus virtudes; y como te conocen y saben que eres amable, que eres piadosa, que eres madre, no te escatiman sus afectos ni te cierran su corazón.

Notemos que el amor a Dios puede ser de dos modos: esencial y afectivo. El primero es un amor de preferencia y estimación, por el cual reconocemos con la inteligencia y con el corazón, a Dios como a nuestro Criador y Señor, reconocemos su soberana excelencia y deseamos amarle sobre todo: este amor es absolutamente indispensable al hombre, criatura de Dios, hijo de Dios, que debe estar dispuesto a perder todo antes que la amistad y gracia de su Dios, y a morir mil veces antes que ofenderle. En esto se basa el segundo amor, que es el afectivo, amor sensible, fervoroso y tierno, que no siempre está en nuestra mano, pero al cual debemos aspirar con humildad, con fe y constancia, bien que discretamente, según nuestras fuerzas y la medida de la gracia que Dios nos conceda. Mientras amemos a Dios sobre todas las cosas, con el amor esencial y de preferencia que antes dijimos, nuestros afectos hacia El, aunque no siempre sean tan tiernos como otros afectos, llevarán siempre, por proceder del amor de preferencia que le tengamos, un valor y dignidad al que no igualarán jamás los otros afectos. A María Sma. la amamos por Dios y según Dios. El amor a María Sma. no es, pues, un amor de preferencia, sino subordinado al amor divino, y por lo mismo, sus afectos, por tiernos y delicados que sean, son también esencialmente subordinados. No pongamos tasa a nuestra afectuosa ternura hacia nuestra Madre celestial, porque siempre serán cortos nuestros afectos para lo que ella merece, y porque siendo esos afectos hijos de un amor subordinado al divino, siempre serán ordenados y conformes con la divina voluntad. No nos cansaremos de repetirlo: Dios quiere que honremos a María, Dios quiere que la amemos, y por esto nos la ha dado por Madre.

VI.

Conocidísima es la frase de San Agustín: "Nos hiciste, Señor, para tí, e inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en tí:" y que el santo tenía razón al expresarse así, lo sentimos todos en este mundo, en donde todo pasa, todo engaña, y aun lo que más nos ilusiona y lisonjea, viene a dejar al cabo helado y vació nuestro corazón. El saciar nuestras almas con su vista y su amor, nos lo ha reservado Dios para la gloria: dichoso quien hace de su vida una aspiración constante y una continua preparación para tan divinos desposorios.

Pero la aspiración no es la posesión, y las almas puras, cuanto más se desprenden de las creaturas y de lo visible, tanta mayor necesidad tienen de un alimento celestial y divino que aquiete y conforte su corazón. Dios no hace el vacío en nuestras almas para darles por alimento la nada y la desesperación; y derrama en ellas el vino riquísimo de su amor sensible, a medida que se hallan más preparadas para recibirle. ¡Oh gracia celestial, oh amor divino! quien ha saboreado una gota de tu dulzura, no vuelve a confundirla con cosa alguna de la tierra! Los santos lo han gustado con menos restricciones, y embriagados de dicha, han comenzado a experimentar en la vida los éxtasis del cielo. Mas ese amor es tan puro y celestial, que no se hermana con las imperfecciones de una alma que comienza a caminar por las vías del Señor. Para suplirlo, la Iglesia nos propone sus devociones, tan dulces y tan suaves: una de las principales de ellas es al de la Virgen Santísima. El amor de María, es el perfume del paraíso que consuela y eleva a esas almas que se van desprendiendo de los bienes caducos de este mundo: el amor de María mantiene sensibles y afectuosos esos corazones, los encanta y alegra, y a su suave claridad de aurora esperan la llegada del sol de la gracia, y del día de la gloria. Suple, pues, en nuestras almas imperfectas el amor a la Virgen Santísima los efectos que en ellas debía causar el amor divino, las dispone para él: y cuando éste llega, todavía queda aquel en nuestras almas, porque el amor de Dios no destruye, sino más bien perfecciona todas nuestras legítimas afecciones.

¡Qué consuelo, qué encanto y felicidad la de las almas puras que viven en comunicación afectuosa con la Virgen Inmaculada! ¡Qué entu-

siasmo y placer las enagena al celebrar sus festividades, al cantar sus alabanzas, al venerar sus imágenes! Auras de primavera, perfume de pureza, suave calor de vida celestial anima a los corazones juveniles cuando se les enseña a conocer y amar a María: bien sabido lo tienen los colegios, las comunidades, las familias en donde reina María con ese reinado de amor y de bondad que le ha concedido el Señor. ¡Ah! Los herejes al privarse de la devoción a María Santísima, al condenarla como una superstición, se privan ellos y quisieran arrebatar a los demás uno de los mayores consuelos que Cristo ha dado a sus servidores: el amor de su Madre bendita. Acaso les alcance a ellos el reproche que San Pablo dirigió a los romanos gentiles, llamándolos sine affectione, hombre sin corazón. Esta es sin duda una de las causas de ese contraste que han notado algunos observadores atentos, entre la alegría franca y sincera de los hogares y comunidades católicas y la frialdad melancólica y sombría que suele dominar entre los protestantes.

VII.

Y no creamos que el amor de la Virgen Santísima en las almas sea un mero divertimiento, o un poético sentimentalismo que nada influye en las costumbres y en la vida real. Luego que una alma ama deveras a la Virgen, se apodera de ella el amor a la pureza y a la virtud, que son los encantos con que va ataviada la Reina de las vírgenes; el devoto de María, al levantar a ella su corazón, lo desprende y lo eleva de lo terreno, y mira con una precisión y nitidez arrobadora el ideal de virtud que llevamos todos en el alma, pero que con tanta frecuencia lo ofuscan y hasta lo borran las pasiones y los vicios. El que ama a María, se siente desde luego movido a imitarla, a quitar de sí el vicio, el pecado, cuanto contrasta con la pureza inmaculada de la Virgen, y a acercarse a ella mediante la trabajosa adquisición de las virtudes que tan amables en ella se muestran. Y como no hay nada en el mundo más activo y eficaz que el amor, cuanto más, ama una alma a la Virgen Santísima, mayores prodigios de elevación y transformación obra en ella ese amor. En el devoto de María, o la devoción y el amor se apagan, o triunfa la virtud con espléndido triunfo; y como María está cerca de Dios, al acercarnos a ella nos acercamos a Dios; y como Dios es la pureza y la santidad, al purificarnos

caminamos hacia Dios fuente de toda santidad, y preparamos mediante su gracia el vaso de nuestro corazón para que Dios lo llene con el perfume divino de su amor. "Limpia del templo de Dios, y luego penetrará en él," decía divinamente Bossuet. Y como el amor de Dios es la primera de las virtudes y fin de todas las otras, es también la que más brilla en María y la lección más alta que la Virgen da a sus devotos: ella los lleva como de la mano al pié del trono de la Belleza eterna y del eterno Amor en donde la adoración, la alabanza y la caridad divinizan al alma uniéndola con Dios.

OFRECIMIENTO

DIOS te salve, María,
Del universo gloria y poesía,
Mística flor, purísima azucena
Del santo aroma de la gracia llena.

¡Oh de mi vida celestial aurora,
Mi divina Señora!
Estas marchitas flores
Brotaron al calor de mis amores.

Yo las pongo a tus pies, por que animadas
Revivan a la luz de tus miradas.
Pobres páginas tristes,

Tibios destellos de mi fe sencilla,
Serán, si de tu vida las revistes,
Luz de las almas y del bien semilla.

FLORES DEL BREVIARIO

(TRADUCCIONES)

" ALMA REDEMPTORIS MATER "

DE los mares de la vida clara estrella,
Alma Madre del divino Redentor,
Que eres pura y santa y bella,
Y eres puerta refulgente
Del alcázar del Señor!
Tu socorro omnipotente
Presta al pueblo que caído
Lucha en vano por alzarse
De su mísera abyección.

Tú que fuiste
De los cielos regocijo,
De natura admiración,
Cuando a luz, oh Virgen, diste
A tu hijo
Y a tu Dios,
Siempre pura, siempre incólume,
Madre y Virgen: abre ahora
Ese broche pudoroso
De tu labio virginal,
Y a los pósteros de Eva pecadora
Tú repíteles, Señora,
Aquel Ave que tú oiste
Del enviado celestial.

" AVE REGINA COELORUM "

SALVE, Reina de los cielos
Y Señora de los ángeles!

¡Salve, raíz de aquel vástago
Que salud da a los mortales!
Puerta oriental y nacarado trono
De la luz sempiterna, ¡Dios te salve!
Gózate, gloriosa Virgen
Que en belleza sobresales
Entre las vírgenes todas,
Y eres cuanto bella amable.

Al recibir nuestro saludo humilde,
Ruega a Cristo inmortal por los mortales.

" REGINA COELI LAETARE "

ALEGRATE, Reina del cielo,
Que Aquel que en tu seno llevaste,
Venciendo a la muerte invencible
Surgió de la tumba triunfante.

¡Cumplió su palabra! ¡Aleluya!
Ya vive inmortal y glorioso.

Alégrate, Reina. ¡Aleluya!
Y ruega al Señor por nosotros.

" SALVE REGINA "

DIOS te salve, gloriosa y compasiva
Reina del cielo y de los hombres Madre!
¡Vida y dulzura y esperanza nuestra,
Dios te salve!

Desterrados de ameno paraíso
A ti claman los míseros mortales,
Los pobres que a una pobre pecadora
Llaman madre.

Y gimiendo y llorando, hasta los cielos
Nuestros suspiros suben a buscarte
Desde este de dolores y de lágrimas
Triste valle.

¡Ea, pues, Señora y abogada nuestra!
Vuelve a nosotros la mirada afable
De esos tus ojos, de misericordia
Rebosantes.

Y después del destierro de esta vida
Muestra a tus siervos al divino Infante
Fruto bendito de tu casto seno,
Virgen Madre.

¡Oh clemente, oh piadosa, oh dulce Virgen!
¡Dios te salve!

" AVE MARIS STELLA "

De los mares clara estrella,
Del Señor augusta Madre,
Virgen siempre inmaculada:
¡Dios te salve!
Como a puerta de los cielos
Te saludan los mortales.

Toma en tus labios divinos

La salutación del ángel,
Y cambiando el nombre infausto
De otra madre.
En paz trueca nuestras lágrimas
Cuando al alma digas: Ave.

Somos cautivos: ¡Libértanos!
Somos ciegos: la luz baje
De tus ojos, que esta noche
Nos aclare.
Pídelo a Dios, y en ventura
Se trocarán nuestros males.

¡Oh Señora, Virgen, Reina!
¡Muestra que eres nuestra Madre!
Por ti escuche nuestros ruegos
Incesantes

Aquel que quiso ser tuyo
Y en tus brazos reclinarse.

¡Oh Virgen entre las vírgenes,
Casta entre todas y amable!
Las cadenas de la culpa
Despedace
Tu poder; haznos humildes
Y castos como los ángeles.

Que sea pura nuestra vida,
Que crucemos este valle
Sin desviarnos de la senda,
Tú delante,
Hasta llegar ¡oh ventura!
De la patria a los umbrales.

¡Gloria a Dios! Eternamente
Se dé al Padre,
Y al Hijo y al Santo Espíritu
Alabanza perdurable.

" QUEM TERRA "

AQUEL a quien adoran y bendicen
Los mares y la tierra y las estrellas,
El que la triple máquina del mundo
Rige y gobierna,
Enciérrase ¡Oh prodigio!
En el seno feliz de una doncella.

El que es Señor del luminar del día
Y a quien adora la nocturna reina,
Con su celeste gracia preparóse
Morada más excelsa,
Y de una Virgen Madre
En el seno purísimo se hospeda.

¡Oh prodigio de Dios! ¡Virgen dichosa,
Arca impoluta que humanado encierra
Al de los mundos soberano Artífice,
A aquel Dios que sujeta
Con uno de sus dedos
Los abismos del cielo y sus esferas!
¡Oh doncella feliz, a quien anuncia
El mensajero celestial, que es ella
La que, a la sombra del divino Espíritu,
Habrá de ser la puerta

Por donde el Deseado
Haya de entrar en la llorosa tierra!

¡Gloria a Ti que naciste de la Virgen,
¡Oh Jesús! todo honor para Ti sea;
Y con el Padre y el divino Espíritu
Vive, Señor, y para siempre reina!

" OH GLORIOSA "

OH tú la más gloriosa de las vírgenes,
Astro resplandeciente entre los astros!
Al mismo que te creara, tú dichosa
Lo estrechas, tierno niño, entre tus brazos,
Y le das a gustar, como a hijo tuyo,
El dulce néctar de tu pecho casto.

El bien que disipara Eva infelice
Tú nos devuelves en el germen santo
Que das al mundo; y con tu rica dádiva,
Las puertas del palacio soberano
Abres a los mortales, que hasta entonces
Sólo tuvieron por herencia el llanto.

¡Escogida de Dios! Tú eres la puerta
Por do el Rey de los cielos humanado
Quiso entrar en el mundo; tú la casa
Llena de luz, del Verbo tabernáculo.
Dad a la vida que os donó la Virgen,
Oh redimidas gentes! vuestros cánticos.

¡Oh Jesús que naciste de la Virgen!

A Ti alabanza dicen nuestros labios;
A Ti y al Padre y al divino Espíritu
Himnos de gloria férvidos cantamos.

" PRAECLARA CUSTOS "

OH esclarecido amparo de las vírgenes,
Oh Madre del Señor, Virgen excelsa!
Tú eres la puerta del celeste alcázar,
Gozo del cielo y esperanza nuestra.

Cándido lirio que brotó entre abrojos,
Nívea paloma que el olivo llevas,
Tallo gentil que el bálsamo destila
Que cura nuestras culpas y miserias.

Inexpugnable torre al monstruo insano,
Del náufrago infeliz amiga estrella:
¡Defiéndanos tu diestra protectora!
¡Tu luz dirija nuestra planta incierta!

Disipa del error la sombra oscura,
Sirte dolosa a nuestros ojos muestra,
Y a los que en mar tan proceloso piérdense
Vuélvelos, Madre, a la segunda senda.

¡Oh Jesús que naciste de la Virgen!
¡Gloria y loor para tu nombre sea!
A Ti, y al Padre, y al divino Espíritu
Honor rendimos y alabanza eterna.

" OH STELLA JACOB FULGIDA "

OH estrella de Jacob, Plácida aurora
Que la aurora del cielo más espléndida,
Luz que a la lumbre de los astros vence
En suavidad, en gracia y en pureza!

Las almas que con cándidos ropajes
Allá en la corte celestial se asientan,
Te aplauden con amor, mientras tu gloria
El coro de las vírgenes celebra;

Y entretejidos con nevados lirios,
Ramos en flor, de alheña, te presentan,
Que nunca, oh Virgen, igualar lograron
El cándido esplendor de tu pureza.

¡Ah! Que también al celestial concierto
Se una la voz de nuestra baja tierra,
Y suba hasta los astros, celebrando
Tu gloria singular, Virgen excelsa!

¡Oh Jesús que naciste de la Virgen!
¡Gloria y loor para tu nombre sea!
A Ti, y al Padre, y al divino Espíritu
Honor rendimos y alabanza eterna.

INTIMAS

EL COLEGIAL *

CUANDO la lumbre dorada
De la aurora sonriente
Aparece en el oriente
De entre las ondas del mar,
Tras las horas de reposo
Se despierta el alma mía:
En ti pensando, María,
¡Oh qué dulce es despertar!

Llega el sol, y con sus rayos
Al estudio me convida,
Y en tu honor, Madre querida,
Yo lo abrazo con afán,
Y al terminar el estudio,
Cuando la campana toca,
Mi corazón y mi boca
Tierna plegaria te dan

¡Es tan alegre el trabajo
Si tú le das alegrías!
¡Son tan hermosos los días
Si tú al alma le das paz!

¡En este valle de lágrimas
Son tan bellos los abrojos
Cuando los miran tus ojos,
Cuando les vuelves tu faz!...

* Pido a mis lectores especial indulgencia para estos versos, que escribí cuando apenas contaba catorce años. Acaso la ingenuidad de sus sentimientos pueda suplir los defectos de su forma. Las siguientes composiciones de esta sección pertenecen también a la época de mi juventud.

Si a veces, solo, abatido,
Vertiendo llanto me hallara
Y nadie me consolara
En mi terrible dolor,
Aun quedábame un consuelo
Que reanimaba mi vida:
Eras tú, Madre querida,
Era, Señora, tu amor!

Y entre el mar de mis dolores
Agitado, revoltoso,
Oí tu acento amoroso:
"No llores, ¿No estoy aquí?
Y si con dura inclemencia
Te hiere dolor impío,
¿A qué afligirte, hijo mío?
¿No velo siempre por ti?"

Y en mi pecho la tormenta
Cesó como por encanto,
Y tú enjugaste mi llanto
Dando paz al corazón.
¡Ah! quien se acoge a tu gracia,
Quien va a buscarte en su duelo,
Encuentra siempre consuelo,
Encuentra siempre perdón.

La vida triste se alegra
En ti pensando, Señora;
¡Te hace tan encantadora
Tu pureza virginal!...
¿Quién ha sentido en el mundo
Gozo mayor que el que siente

A quien halaga sonriente
Tu cariño maternal?

Por eso, Madre, es mi encanto
Ofrecerte con ternura
El aroma y la frescura
De blandas flores de abril;
Por eso encuentro alegría
En ti pensando, y mi alma
Vive en deliciosa calma
Estando yo en tu redil.

Disfrute siempre, a tu amparo,
De ese inefable contento,
Esté en ti mi pensamiento,
Tu dulce amor arda en mí;
Y cuando Dios, de mi vida
Cortare el hilo delgado,
Muera en tu amor inflamado,
Muera yo pensando en ti.

MIS FLORES

ESTRELLA que en mis noches te levantas,
Dulce Madre María,
Ya vengo a repetir aquí a tus plantas
Mi perpetua elegía.
Tú que cambias en júbilo mi duelo
Y mi pena en dulzura,
Déjame estar aquí... ¡tanto consuelo
Hallo en ti, Virgen pura!
No me olvidé, Señora, que de mayo

Son para ti las flores,
Y en las que abrió del sol el primer rayo
Te traigo mis dolores.
Si las flores del alma están marchitas,
Si exhalaron su esencia,
¡Ah! recuerda las penas infinitas
De mi pobre existencia,
Y acógelas así, Virgen piadosa,
Por el tierno cariño
Con que un tiempo a tus pies puse otra rosa:
Mi corazón de niño.
Y si al ruego abundante pero helado
De mi llanto y dolores,
De mi vida en el campo desolado
Han nacido otras flores;
Para tí son, y de esperanza lleno
Las traigo reverente,
Con las que crecen en el valle ameno
Regadas por la fuente.
Ambas húmedas van: con el roció
Las del rosal y palma;
Y las que brotan en el pecho mío
Con el llanto del alma...
Y ahora, oh Madre, ¿pediré el consuelo
De mi dolor prolijo,
Y que te apiades, te diré, del duelo
Y del llanto de un hijo?
Mas ¿no dicen bastante aquellas flores?
Acaso el alma mía
Con toda su esperanza y sus dolores
No va en ella, María?

Cuando el sol entre nubes adormido
Se oculte en occidente,
Lánguidas ya mis flores, con descuido
Inclinarán su frente.
¡Quién me diera también que en tu presencia
Y a tu sombra querida,
Exhalando de amor suave esencia,
Terminara mi vida!...

FLORES DE MAYO

Mater pulchrae dilectionis.
Madre del amor hermoso.

EN el fondo del alma entristecida
Guardo un amor desde mi tierna infancia,
Como la flor marchita y abatida
Conservar suele viva su fragancia.

Tan casto es ese amor, que de la fuente
Que fecunda entre flores la pradera,
No es más límpida el agua transparente
Ni más pura la gracia lisonjera.

Fué mi primer amor: cuando mi alma
De la vida en la aurora se entreabría,
Brotó como perfume en suave calma
Ante este nombre celestial: María.

Ella, la dulce y celestial señora,
Mi corazón robó con su presencia;
Ella alumbró con claridad de aurora
El plácido soñar de mi inocencia.

Fué mi primer amor: para ella fueron
Los transportes del alma que hoy suspira,
Y su nombre sagrado repitieron
Los primeros acentos de mi lira.

Cuando natura, alegre despertaba
Del sol de primavera al débil rayo,
Postrado ante su altar, le consagraba
Las flores de mi amor con las de mayo.

Lo recuerdo: la imagen de María
Circundada de antorchas y de flores
Estaba en el altar, y ante él ardía
La lámpara inmortal de mis amores.

Ambiente de virtud y de pureza,
Brisas del cielo, mi alma respiraba,
Y su ingenuo candor y su belleza
La Virgen sin mancilla acrecentaba.

¡Cuán rápidos pasaron esos días!
De la vida fugaz en el torrente!
Mas no de sus aromas y alegrías
El recuerdo me queda solamente:

También guardo la mística ternura;
Y cuando torna el sol de primavera,
Y cuando ufana muéstrase natura
Y de flores se cubre la pradera,

Otra vez, mis recuerdos evocando
A los pies de la Virgen de las flores,
Vengo a ofrecerle, de emoción llorando,
Con las flores del campo, mis amores.

Y allí siento que mi alma se reanima
De la Virgen sin mancha a la mirada,
Como al calor del sol se alza y sublima
La rosa por la noche marchitada.

Hoy, del mes a la Virgen consagrado
Ya se respira el perfumado ambiente,
Y como siempre, en el altar ornado
Se ve a la Virgen, bella, sonriente.

Voy a sus pies; más húrtanme la calma
Vagos recuerdos, y el dolor me abruma.
¿Quién empañó la limpidez de mi alma?
¿Porqué ofuscó su claridad la bruma?

Mas me queda el amor; con mis dolores
Ofreceré a la Virgen mi cariño,
Y símbolo serán mis pobres flores
Del amor que conservo desde niño.

. . . . . .

¡Madre! Yo te conozco: es ese pecho
Vena de amor y de bondad tesoro;
Por eso, Madre, en lágrimas desecho
Te traigo mis afectos y mi lloro.

¡Madre! En la triste arena de la vida
De luchar y sufrir ya estoy cansado;
Busca por eso mi alma entristecida
En tí un consuelo al pecho lacerado.

Sé que tú das valor al que combate
Y es tu ruego materno omnipotente:
Por eso hoy, Madre, que el dolor me abate,

Doblo humillado ante tu altar mi frente.

Y aquí de tu mirada al suave rayo
Se reanima, Señora, mi confianza.
¡Ah! cuál se afirman a la luz de mayo
Mis recuerdos, mi amor y mi esperanza!

¡Cómo la paz retorna bienhechora!
¡Cómo se enciende ante tu altar mi anhelo!
¡Ah! si tu culto encantador, Señora,
Es un reflejo vívido del cielo!...

¿Quién a tu amparo recurrió algún día
Sin sentir de tu amparo el don precioso?
¡Tú eres consuelo universal, María;
Te llamas Madre del amor hermoso!

LA VIDA

MADRE! A ti vengo. El mundo me abandona...
¡Es muy ingrato el mundo, Madre mía!
Mas aquí, ¡cuán tranquilo es mi descanso
Bajo tu vista!
Miro a veces pasar ante mis ojos
Fantasmas vanos de ilusoria dicha
Que fascinan mi espíritu e inquietos
La paz me quitan;
Y entonces vengo, oh Madre, a tu regazo
Con el alma de angustias oprimida,
Y hallo a tus plantas, bondadosa Virgen,
La paz bendita.
Engañosa amistad, tierno cariño
Y juvenil y ardiente simpatía,

En mi pecho cual bellos arreboles
Luego se agitan;
Y el pobre corazón se va tras ellos,
Su sutil estructura no analiza;
Y al querelos asir, soplan las auras
Intempestivas...
Cae por tierra mi ilusión, lloroso
Vuelvo a tus plantas con el alma herida;
Y tú, del corazón curas las llagas
Con tu sonrisa.
Flores que se abren a la luz primera
Y se marchitan al calor del día,
Breve ilusión y desengaño eterno,
¡Eso es la vida!
¡Triste vida, Señora! ¡Ah! Si en el mundo
No fueras tú mi protección dulcísima,
Si en tu materno corazón no hallara
Siempre acogida,
¡Cómo mi anhelo sucumbiera entonces
De ingratitud y desengaños víctima,
Y mi paz y mi júbilo trocáranse
En agonía!
Mas por ti se ilumina mi existencia,
En ti tengo mi encanto y mis delicias;
Y si a tu altar el desconsuelo traigo,
Llevo la dicha.
Permite, pues, oh Madre, que a tus plantas
Hoy me descargue de las penas mías,
Y deja que a la sombra de tu amparo
Por siempre viva.
Fijo en tu amor mi corazón errante

Y en las alturas mi esperanza fija,
Quieta y benéfica, abnegada y dulce
Corra mi vida.

TRISTEZA

MADRE! ¿Por qué en mi corazón marchito
No entusiasmo y placer como solía,
Sino vaga y letal melancolía
Causa la nota de tu amor bendito?

Si hoy como ayer imploro tus favores,
Si hoy te amo, Madre, como ayer te amaba,
¿Por qué del sol que entonces me alumbraba
Hoy se anublan los suaves resplandores?

¿Será que al prolongarse mi destierro
Muriendo van las ilusiones mías,
Que no pueden vivir las alegrías
En el triste arenal por donde yerro?

¿Será que el mal que tiraniza al hombre
El aire que respira ha envenenado?
¿Será que llevo el corazón manchado
E indigno soy de pronunciar tu nombre?

¿Será?... No sé, pero abatida el alma
Al levantar hasta tus pies su vuelo,
Siente agitarse brisas de consuelo
Y de tu trono descender la calma.

No sé, pero tu amor y tu belleza
Endulzan mi letal melancolía,
Y al pronunciar tu nombre, Madre mía,

Tiene suaves encantos mi tristeza...

¡Permite, pues, oh Madre, que te adore;
Y pues que sabes que en tu amor me inflamo,
Permíteme decirte que te amo,
Y que a tus plantas maternales llore!...

SAFICOS

MADRE! Confiado a tus altares llego,
Porque eres tú de mi azarosa vida
La bendecida estrella que mis noches
Fúlgida alumbra.
Siempre en mis penas te pedí consuelo,
Siempre en mis dudas imploré tu amparo,
Tú fuiste el faro que en el mar del mundo
Rumbo me diste.
Cuando en sus bodas el divino Esposo
Con mi alma unióse y me llamó su amigo,
Cuando conmigo renovó portentos
Pródigo el cielo;
Bajo tu amparo, bienhechora Virgen,
Mi sacerdocio coloqué, y no en vano,
Por que tu mano protectora entonces
Tú me tendiste.
Hoy que ya cruzo, vacilante el paso,
Tímida el alma en su fervor primero,
Por el sendero que a los suyos Cristo
Quiso trazarles;
Al que en tu diestra protectora fía,
Al que imploró tu maternal clemencia,
Da en su indigencia, compasiva Madre,

Tierna morada.
Cuando a mi voz de la Sagrada Víctima
Corra la sangre en el altar, Señora,
Da en esa hora tu favor al pobre
Mísero esclavo.

Tú de pureza virginal modelo,
Tú de inocencia y de candor tesoro,
La que yo imploro, castidad preciosa
Préstame, oh Madre.

Jamás en pecho mancillado abrigue
La inmaculada carne del Cordero;
¡Madre! Prefiero hasta la muerte al negro
Crimen de Judas.

No dejes, Madre, que el turbión del mundo
En flor agoste mi virtud sencilla;
Llegue a la orilla del que voy cruzando
Mar proceloso.

Ya oigo rugir la tempestad bravía;
Se abre a mis pies el tenebroso abismo
Donde el cinismo y la maldad insana
Quiere arrastrarme.

Mas a los pliegues de tu manto asido,
Si a mi alma das la protección que implora,
Verás, Señora, cómo cruzo el mundo
Alta la frente.

¡Madre! novel y tímido en la lucha,
No en mis esfuerzos y valor confío;
Tan sólo fío en tu materno amparo:
¡Nunca me falte!

¡MADRE! *

MADRE! Las ilusiones de la vida,
Nubes que el sol de la amistad doraba,
Deshaciéndose van, y las tinieblas
Se extienden ya sobre la tierra ingrata.
¿En dónde están mis juveniles bríos?
¿En dónde mi ternura y mi esperanza?
¡Oh, Madre! Los afectos que en mi pecho
Anidaron ayer, como bandada
De pájaros canoros, dispersáronse;
Hoy mi marchito corazón no canta:
¿Cómo entonar los cánticos de gozo
Sobre una tierra yerma y desolada?
Sólo queda una nota jubilosa
En el triste silencio de mi alma:
Es tu recuerdo, Madre; es de tu nombre
La dulce cifra, para mí tan grata,
Cual del hogar la imagen al ausente,
Y al desterrado el nombre de la patria.
¡Oh, dulce nombre de mi Madre! ¡Joya
Donde brillan mi amor y mi esperanza!
¡Rayo de luz que en medio de mis noches
Me anuncias una aurora no lejana!
¡Dulces amores de la Madre mía
Que en el silencio y lobreguez del alma
Me habláis de los divinos resplandores,
Y me traéis perfumes de la patria!
A vuestra voz elévase mi frente
Y mi abatido corazón se ensancha.

* Esta y las siguientes composiciones de esta sección pertenecen a la pequeña colección de versos titulada "Asonancias".

¡Madre! las ilusiones de la vida
Huyeron cual palomas espantadas;
Mas no estoy solo, que tu amor me queda,
¡Rayo de luz que me ilumina el alma!

EN MAYO

A mi alma penetré, Virgen Santísima,
Para buscar en ella
Una flor que traer a tus altares,
Un perfume, una esencia
Que derramada ante tu altar sagrado,
Hasta tu trono celestial subiera;
Y sólo hallando lágrimas y abrojos,
Sólo hallando miserias,
Tomé mis aflicciones y mis lágrimas
Y vine a ti con ellas;
Que si el amor filial las ilumina
Y a tus pies las presenta,
Para tí que eres Madre,
—Y una Madre tan buena—
Los abrojos son flores,
Las lágrimas son perlas...

¡MATER DOLOROSA!

OH Virgen de los dolores!
Quien contempla ese cuchillo
Que el corazón te atraviesa
Y en el alma llevas fijo,
Quien ve tus lágrimas puras
Caer rodando hilo a hilo,
Quien adivina lo acerbo
De ese piélago infinito
De penas, en donde lucha
Tu corazón abatido,
Y a la sombra de tu duelo
Viene a poner sus martirios,
Y al verte llorar, oh Madre,
Se pone a llorar contigo;
Aunque lleve horribles ansias
Devorándole, aunque mísero,
No haya en la tierra una espina
Que su pecho no haya herido,
Siente al punto del consuelo
Soplar los aires suavísimos,
Siente alzarse la esperanza
Cual visión del paraíso;
Y al recordar que a su lado
Tú sufres y sufre Cristo,
Llega a besar sus cadenas
Y a bendecir sus martirios.
¿Quién consiguió, aunque leyese
De mi pecho en lo mas íntimo,
De mis penas y ansiedades

Penetrar en los abismos?
¿Quién pudo de mis dolores
Medir el piélago hondísimo?
Mas, lo sé: no son más grandes
Que tus dolores los míos;
Nunca, Madre dolorosa,
Alzó su queja el proscrito
Tan triste, tan angustiada
Como tu triste gemido;
Jamás en humano pecho
Del dolor el dardo inicuo
Penetró tan hondamente
Como en tu pecho purísimo.
Paloma que en el desierto
Lloras sin bosque y sin nido,
Hermoso tallo agostado,
Puro y blanquísimo lirio
Por el rigor inflexible
Del huracán combatido:
Yo comprendo tus dolores,
Yo concibo tu martirio,
Que si eres pura, inocente,
¡Ah! son culpables tus hijos.
Nuestra es la culpa, Señora,
Y tuyo es, Madre, el suplicio.
¡Ah, si mi llanto endulzara
Ese tu llanto amarguísimo!
Por acordarme del tuyo,
Madre, mi dolor olvido.
Deja, deja que a tus plantas
Se agrupen los redimidos;

Permíteles que a tus lágrimas
Las suyas junten contritos,
Y que al pie de tus altares
Vengan a llorar tus hijos,
Sus pecados, tus dolores
Y la muerte del Ungido.

MATER AMABILIS

De bondad y de ternura
Manantial inagotable
Es en el erial del mundo
El corazón de una madre;
Y dos madres darnos quiso
El Señor en sus bondades:
La que nos ame acá abajo,
La que allá arriba nos ame.
¡Oh mi Madre la del cielo!
En mis íntimos pesares
Busqué siempre la mirada
De tus ojos maternales;
Y siempre encontré en tu seno
Manantial inagotable
De bondad y de ternura.
¡Oh corazón de mi Madre!

SE ACABA MAYO

SE acaba mayo; marchítanse
Las flores que en tus altares
Pusieron, Virgen Santísima,
Blancas manos virginales.
¡Ay! en el fondo del alma
También están marchitándose
Las que un día mi inocencia
Te consagró, dulce Madre:
Sencillez, candor dulzura,
Sinceridad adorable...
¡Es tan tiránico el mundo!
¡Es la voluntad tan frágil!
¡Es tan pesado el esfuerzo
Que en esta lucha incesante
Tiene que poner el alma
Del suelo por levantarse!...
¡Madre! ¡Vuela a mi socorro,
Mira que el alma se abate,
Mira que rotas sus alas
Le faltan la luz y el aire!...
¡Oh sencillez, oh candor,
Oh brisas primaverales!
Aquí vuelvo a respiraros,
Aquí a los pies de mi Madre!...

LIRICAS

INMACULADA

I

CUANDO en Edén tras de fatal querella
Cerró la noche del dolor oscura,
Nuncio de paz y prenda de ventura
En el cielo de Adán brilló una estrella.
Era una Virgen pudorosa y bella
Que sujetaba a la serpiente impura:
Vióla Adán, y su llanto de amargura
Se trocó en gozo al recrearse en ella.
Desde entonces el hombre delincuente
Al levantar su combatida frente,
La mira como aurora de esperanza;
Y al verla el pobre corazón palpita,
Y siente renacer la paz bendita
Que baja desde el Iris de la Alianza.

II

La nieve que corona la montaña,
La fuente rebosante y cristalina,
El brillo de la estrella matutina
Y la alma luz que los espacios baña,
Nunca el candor que tu limpieza entraña
Pudieron igualar, Virgen divina,
Que es toda imagen pálida y mezquina
Y al dibujar tu perfección la empaña.
¡Oh aparición de célica hermosura!
Al cielo arroba tu beldad amada
Y al triste suelo la esperanza infunde.

Ten compasión de nuestra raza impura
Y míranos, oh Madre, y tu mirada
En castidad divina nos inunde.

III

EN el valle una fuente: en sus cristales
La casta luna su semblante asoma;
Le brinda el lirio su gentil aroma
Y el ave sus cadencias celestiales.
A abrevarse en los frescos manantiales
Baja el cordero de la agreste loma;
Su cándido plumaje la paloma
Purifica en los límpidos raudales.
Del valle de la vida clara fuente
Eres tú, oh Virgen, celestial María,
Por el cielo y la tierra celebrada;
Las almas puras buscan tu corriente
Y beben tu pureza, y a porfía
Te llaman con amor La Inmaculada.

IV

EN el serrano monte, en la llanura,
En el claror que a amanecer empieza,
Por doquiera en la gran naturaleza
La inmensa gloria del Señor fulgura.
Pero ¿Quién como tú tan bella y pura
Del Excelso publica la grandeza,
Si es sol entre los astros tu pureza
Y cielo de los cielos tu hermosura?

Cuando el Creador Eterno hubo acabado
Sus obras, satisfecho sonreía;
Mas al verte sin mancha y sin pecado
A ti, su obra mejor, Virgen María,
Así exclamó de júbilo inundado;
"¡Eres pura, eres bella, amada mía!"

V

NI el canto de la amable filomena
Ni del són de la fuente la dulzura,
Ni la endecha que plácida murmura
La mansa brisa en la floresta amena,
Prestaran, Madre, a mi sencilla avena
Bastante suavidad, fuego y ternura
Para cantarte a ti, que eres tan pura,
Para cantarte a ti, que eres tan buena.
Mientras te aclama el ángel en el cielo
Y que eres pura, santa, inmaculada,
La Iglesia del Señor al mundo dice,
¿Cómo ensalzarte mi impotente anhelo?
¡Ah! Cállase mi voz avergonzada,
Mas mi amor, en silencio te bendice.

AMOR

MADRE! Yo quiero un canto dedicarte
Que oiga la tierra en santo arrobamiento;
Pues los amores que en el alma siento
Tan sólo así pudiera declararte.
Quiero la gracia sin igual del arte,

Quiero de aves dulcísimo concento,
Quiero el fuego inmortal del sentimiento
Un himno arrobador para cantarte.
Mas ¿Qué podrá la insuficiencia humana
Mientras cantan los ángeles en coro
A la estrella sin par de la mañana?
En silenciosa adoración te imploro;
Que si es mi voz insuficiente y vana,
De amor, oh Virgen, a tus plantas lloro.

GUADALUPE

DEL Anáhuac feliz en los vergeles
Una flor germinó de encantos llena;
Nunca, cual ella, rosa ni azucena
Regocijó a pastoras ni a donceles.
Es una imagen: los contornos fieles
De la que tierra y cielos enajena,
De la virgen sin par, dulce y morena,
Allí pintaron célicos pinceles.
Y fabricó mi patria un relicario,
Joya del arte, del amor santuario,
Para guardar el celestial tesoro.
Y no hay riquezas, ni esplendor, ni fama
Que ame mi patria, como adora y ama
A la que es su delicia y su decoro.

TU IMAGEN

LLENA de luz, de gracia y poesía
Llevo tu imagen, celestial Señora
Acá en mi corazón, y hora tras hora
Se complace en mirarte el alma mía.
¡Y cómo reina plácida alegría,
Dulce sosiego, claridad de aurora,
Bajo la amable gracia protectora
De tu materno amor, Virgen María!
Cual bajo el techo de su fiel morada
Se olvida el luchador de los honores
De la sangrienta pugna fratricida,
Así, mi dulce Madre, a tu mirada
Olvido yo mis luchas y dolores
Y sueño en la inocencia de mi vida...

SIMBOLOS

(A NTRA. SRA. DEL ROBLE)

I

COMO la aurora en el cielo,
Tú en las almas, Madre mía
Anuncias la luz del día,
La esperanza y el consuelo.
¿Quién hay, Madre, que en su duelo
Al implorar tu favor
No siente de su dolor
Mitigarse los rigores?
¿A quién no das tus favores?

¿A quién negaste tu amor?

II

Entre espinas y entre abrojos,
Sin bienestar y sin calma,
Con dolores en el alma
Y lágrimas en los ojos,
Busca el hombre los despojos
De su dicha y su inocencia,
Y halla, oh Madre, en tu clemencia
El tesoro que perdió,
Paraíso que labró
La divina omnipotencia.

III

Si amenaza la tormenta
Robando su luz al día,
Vuelve al pecho la alegría
Cuando el iris se presenta;
Y cuando la paz se ausenta
Del humano corazón,
A ti clama en su aflicción
Y por ti la paz alcanza,
Que eres iris de esperanza
Y señal de salvación.

IV

En este valle del llanto
Plantó un Jardín el Señor,

Con tal gracia y tal primor
Que de los cielos fué encanto;
Tu corazón puro y santo
Fué ese huerto, Madre mía;
Y las almas a porfía
Van en busca de sus flores,
Y aspiran en sus olores,
Virtudes, paz, alegría.

V

Como de flores sin cuento
Primavera hace derroche,
Como de estrellas la noche
Puebla el ancho firmamento;
Tú, Madre, desde tu asiento
De la gloria celestial,
Fertilizas este erial
Cuando la gracia le envías,
Que eres fuente de alegrías
Y de la gracia canal,

VI

Cercan al hombre culpado
Tinieblas y desventura,
Que no hay noche más obscura
Que la noche del pecado;
Mas si alza el rostro humillado
Buscando plácida estrella,
Te ve a ti, radiante y bella,

De las almas soberana,
Lucero de la mañana,
Que gracia y perdón destella.

VII

Cuando el pobre peregrino
Por sus culpas fatigado
De la senda se ha extraviado,
Tú le vuelves al camino;
Y si al fin de su destino
Al dejar el triste suelo
A la patria tiende el vuelo
De la fe y de la esperanza,
Por ti la victoria alcanza,
Que eres la puerta del cielo.

EN LA PRIMERA COMUNION

CON el alma de gozo inundada,
Rebosando entusiasmo y amor,
Ante tu imagen,
Virgen sagrada
Traigo la ofrenda
De mi oración.
Yo bien sé que insonoro y sin arte
Es el himno que traigo a tus pies,
Mas si me dejas,
He de cantarte
Con mis amores
Y con mi fe:

Y las frases de fe y de cariño
Aunque en rudo lenguaje infantil,
Cuando del labio
Brotan del niño,
Como perfume
Suben a ti.
Llegó Mayo, y de verde atavío
La pradera y los campos vistió,
Y en los boscajes
Y cabe el río
Todo es contento,
Dicha y amor.
¿Qué no has visto cuál se abren las flores
Y es el prado florido vergel?
Para ti, Madre,
Son sus primores,
Y tu belleza
Se pinta en él.
Ya desatan su lengua las aves,
Y es mas grata su dulce canción.
¿Sabes qué nombre
Cantan? ¿Lo sabes?
¡Pues es tu nombre,
Madre de Dios!
¿Cómo no ha de cantarte Natura
Si eres, Virgen, su Reina sin par?
¿Si los encantos
De su hermosura
Son un reflejo
De tu beldad?
La inocencia se ve en tu mirada,

Te reviste la gracia gentil,
Todos te llaman
La Inmaculada,
Todos su encanto
Fijan en ti.
Eres Véspero en noche serena,
Eres iris de dicha y de paz;
Limpia corriente,
Blanca azucena,
Rayo de luna,
Flor celestial.
Yo te miro entre antorchas y flores
Su hermosura ofuscar y su luz.
¡Bendita Madre
De mis amores!
¿Quién tan hermosa?
¿Quién como tú?
El olor de sus rosas más frescas
Amoroso te brinda el vergel,
Y para cielo
Donde aparezcas,
Tiende la aurora
Su rosicler.
Y bondad derramando y ternuras
Todo alegras mirándolo tú,
Y corren todas
Las almas puras,
Tras los perfumes
De tu virtud.
De albos trajes se mira ataviada

La inocencia a tus plantas llegar.
Y en su plegaria
Dulce y confiada
Tras de tus huellas
Al cielo va.
¿No la ves con amor, Madre mía?
¿No es verdad que te place su voz?
Pues a la suya,
Virgen María
Uno mi pobre
Flébil canción.
Y hoy que mi alma dichosa fué un cielo,
Hoy que vino a mi pecho Jesús,
Cúmplase, Madre,
Mi último anhelo:
Que sonriente
Me mires tú.

EXCELSA Y COMPASIVA

OH entre vírgenes, Virgen escogida!
Tú que del triste mundo te levantas
Con la luna y estrellas a tus plantas
Y por los mismos ángeles servida.
Acepta nuestra voz, pues eres buena,
Voz que sube a tu espléndida morada
Y con amor te llama "Inmaculada,
Llena de encantos y de gracia llena".
Pues eres cuanto excelsa, compasiva,
Gozo del triste, Madre del que llora,
Mira a tus hijos a tus pies, Señora,

Llenos de amor y de confianza viva.
Tú que los vientos y la mar serenas,
Tú que cambias en flores los abrojos,
Enjúgales el llanto de los ojos
Y alíviales la carga de sus penas.

EN TU CORONACION

AL verte tan celebrada
¡Oh divina Madre mía!
Al ver en tan fausto día
Tu cabeza coronada,
Y a la multitud postrada
Al pie de tu altar bendito,
Al escuchar ese grito
Que va a buscarte a la altura
Y es expresión de ternura
Y de entusiasmo infinito;
Yo también siento una llama
En mi pecho levantarse,
Y entusiasmado agitarse
El corazón que te ama;
También mi labio te aclama,
También aplauden mis manos,
Y también con mis hermanos,
De mi amor como despojos,
Dejan lágrimas mis ojos
Ante tus pies soberanos.
Si cuando quise cantarte
Fueron tan pobres mis labios,
Hoy tengo, Madre, a los sabios

Y artistas para alabarte;
Hoy amor, riquezas, arte
Que a tus pies postrados tienes
Todos me prestan sus bienes;
Pues al suyo, Madre mía,
Mi amor junto y mi alegría
Para coronar tus sienes.
¡Reina del cielo! Perdona:
Es divina tu grandeza
Y de tu augusta cabeza
No es digna nuestra corona;
Mas sé que el afecto abona
Valer, belleza y decoro,
Y tú sabes que el tesoro
Que valora nuestros dones,
Lo forman los corazones
Más que las perlas y el oro.
Y en ese trono, Señora,
Do el amor te ha colocado,
En ese altar levantado
Por un pueblo que te adora,
Alzate, divina aurora,
Luz de los cielos, fulgura;
Y al ver tu excelsa hermosura,
Sienta el pueblo mexicano
Que es poderosa tu mano
Y maternal tu ternura.

INMACULADA

PUES que me invitan para obsequiarte.

¿Cómo pudiera negarme yo?
Aunque sin méritos, sin luz, sin arte,
Mi pobre cítara debe cantarte.
¡Aquí estoy, Madre! ¡Madre, aquí estoy!
El santo afecto que desde niño
Como una estrella fulgura en mí,
La luz suavísima de tu cariño,
Será el adorno que el desaliño
De estos mis versos venga a cubrir.
Cuando afanosos todos tus hijos
De tu pureza cantan en prez,
Y en ti mantienen los ojos fijos,
Y al celebrarte con regocijos
Hacen derroche de amor y fe;
Cuando los ángeles mismos, tu gloria
Vienen alígeros a celebrar,
Cuando los cánticos a tu memoria,
Cuando los himnos de tu victoria
Llenan del mundo la extensa faz;
¿Cómo pudiera faltarme aliento?
¿Cómo pudiera faltarme voz?
¡Ah! si no tengo gracia y talento,
Raudo desbórdase mi sentimiento
Y habla muy alto, Madre, mi amor!
¿Cómo faltárame filial ternura
Si en ti me inspiro, Virgen sin par?
¡Si eres tan santa, si eres tan pura,
Si se enamoran de tu hermosura
Cuantos admiran tu majestad!
El dulce brillo de tu mirada,
Esa apacible gracia gentil

Con que constante vas ataviada,
Tienen al alma siempre arrobada
Cuando amorosa se fija en ti.

Eres el astro que en la serena
Noche fulgura con suave luz;
Flor la más rica de vega amena,
Límpido arroyo, casta azucena,
Copo de nieve, eso eres tú.

Eres del alma plácida aurora,
Astro que brillas en el cenit,
Eres la lumbre que el cielo dora,
Eres... ¿Qué puede decir, Señora,
Mi torpe lengua, digno de ti?

Por eso, oh Madre, de aquestas flores
Que enamorado traigo a tu altar,
De estas cadencias, de estos loores,
No estoy contento, ¡no! Mis amores
Jamás el labio decir podrá.

Mas no es preciso que el labio diga
Lo que quisiera cantar mi amor.
¿A qué, Señora, tanta fatiga?
¡Los sentimientos que el pecho abriga
Los adivina tu corazón!

Y sin embargo, Madre adorada,
¡Como me inunda dulce placer
Cuando te invoca mi alma angustiada,
Cuando te llamo "La Inmaculada",
Y jubiloso canto a tus pies!

¡Madre! ¡Mirándote su duelo olvida
El alma triste que va a tu altar,

Respira aromas de eterna vida
Y oye el acento que la convida
Al cielo hermoso donde tú estás!
Allá te miro, Reina del cielo,
Vida del alma, júbilo y luz;
Los ecos lléguente del triste suelo,
Y cumple, oh Madre, mi único anhelo:
¡Desde la gloria mírame tú!

ROSAS

PUES que te gustan las flores,
Pues que te agradan las rosas,
A tus altares llevamos
Las más bellas y olorosas;
Esas que brotan del alma
Cuando se enciende en amores,
Esas que aroman los labios
De los pobres pecadores.
Haz que las lleven los ángeles
Hasta tu excelso santuario,
¡Madre! acéptalas, que son
Las rosas de tu Rosario.
Tú en cambio piadosa míranos,
Porque el mirar de tus ojos
Cambia en dicha nuestro duelo
Y en flores nuestros abrojos.
Se troncará, si nos miras,
La tempestad en bonanza,
Y darán las almas, rosas
De amor, de fe y de esperanza.

CANCIONES

A MARIA INMACULADA
EN SUS FIESTAS JUBILARES

PROTECTOR de mi patria, venerado
Arcángel que pusiste
Tu trono sobre el risco tapizado
Por las eternas nieves que sublima
Del Popocatepetl la enhiesta cima!
Tú que siempre benéfico extendiste,
Sobre el Anáhuac triste
La sombra tutelar de tu cuidado;

Tú que el duelo de México has llorado
Y sembraste en la tierra ensangrentada
La oliva de la paz que hoy nos cobija,
Tú que en mi patria la mirada fija
Mantienes vigilante,
Y despierto el oído
Para escuchar su canto o su gemido,
Responde: cuando el alba fulgurante
De aqueste hermoso día
Su pabellón de grana desprendiera,
¿No escuchaste los ecos de alegría
Que del Norte, de Ocaso y Mediodía
Regocijado el viento condujera?
¡Ah! la patria de Hidalgo y de Morelos
Teatro no ya de fratricida lucha,
Sino de lid pacífica, a los cielos
El himno manda que vibrar se escucha
Y los confines del Anáhuac llena.
¡Oh! tú que raudo escalas
La atmósfera serena,
Y los espacios hiendes,
Cuando tu vuelo majestuoso extiendes:
¡Ah! llévame en tus alas,
Que quiero ver ahora
Cómo se agita el mexicano suelo,
Y del alto Sonora
Al Yucatán lejano,
Desde el Golfo al Pacífico Oceano,
La madre Patria con filial anhelo
La fiesta de su Reina conmemora.

Allí está; suavemente
En abundosos valles reclinada,
A los fulgores de la luz naciente,
Coronada la frente,
Y de sencillas galas ataviada,
Yo la miro agitarse entusiasmada
Y repetir en cantos de alegría
El adorado nombre de María.
En el gran festival de los cristianos,
Agape de las almas que dispuso
La Iglesia, donde cien pueblos hermanos
En el incendio de un amor unidos
Celebran a su Madre Inmaculada,
Hoy mi patria feliz su parte toma,
Y a la faz de los pueblos conmovidos
Bella y radiante en el convite asoma.
Una voz paternal vino de Oriente,
Y a la alegre noticia que de Roma
Trajo el fluido ligero, y que anunciaba
El año jubilar, luego ferviente
La Patria demostró que no se acaba
Su religiosa fe: viose agitarse
Con entusiasmo inmenso
Al pueblo mexicano,
Y despreciando la impotente saña
Del infierno tirano,
Ascender jubiloso a la montaña
En donde puso un día
Su planta pura y virginal María...
¡María! Luz radiante

Fulgura, ángel bendito, en tu semblante
Cuando su nombre escuchas. ¡Qué! ¿Su gloria,
Su adorable bondad te es tan querida?
Tú conoces su historia,
Tranquila luz jamás oscurecida,
Idilio del Señor con su creatura
Que estáticos de asombro y de ternura
Contemplaron los ángeles.
  Sabes que el universo la proclama
Como Reina y Señora,
Lo mismo en la tormenta atronadora
Que en el murmullo suave de la brisa;
Sabes que el pobre en su favor la llama,
Y que el ángel la adora,
¡Y que el humano corazón la ama!
Viste cuál fulguró en el pensamiento
Del Eterno Creador, como sonrisa
Que la sublime Majestad velaba,
Cuando el inmoble asiento
De los orbes gigantes asentaba;
Y sabes bien que ni por un momento
En su perfidia aleve
Pudo la culpa exhalación malsana,
La estrella oscurecer de la mañana.
  ¡No es más pura la nieve,
No es más limpia la gota de rocío,
No hay nada más hermoso
Que tu Madre Santísima, Dios mío!
¡Ah! tú la viste, arcángel venturoso,
Y estático asistente

Al momento feliz en que sonora
La voz de Jehová la proclamaba
Del dragón vencedora,
Reina del cielo; y púdico rendiste
Tu amor y adoración a tu Señora.
Dime: ¿Pudo la aurora
Mostrarse ante su célica hermosura?
¿O pudo el ángel su mirada pura
Fijar sobre su faz deslumbradora?
Y los cielos de amor se estremecieron,
Y los ángeles todos se postraron,
Y en armoniosos himnos prorrumpieron,
Y así a la Madre de su Dios cantaron:
"Los plectros eternales
Resuenen hoy con nueva melodía,
¡Oh coros celestiales!
¡Cantad con alegría
La concepción sin mancha de María!
¿Quién es esta que sube,
Del arenal del mundo, reclinada
Sobre dorada nube,
En delicias bañada,
Y con eternas galas ataviada?
Como el alba es hermosa;
Como la luz de la mañana brilla
La Virgen pudorosa
Del mundo maravilla,
Hija del hombre, amable y sin mancilla.
La sombra del pecado
No pudo oscurecer a la doncella

Cuyo pie delicado
La antigua sierpe huella;
¡El triunfo del Señor mirad en ella!
Casta como la luna,
Como el rey de los astros escogida,
No hay azucena alguna
Tan bella y tan querida
En los jardines de la eterna vida.
¡Salve, de gracias llena!
¡Salve, entre espinas rosa delicada!
Aparición serena
Dulcísima y amada,
¡Madre de Dios, excelsa, Inmaculada!
¡Felices los mortales
Que Madre tal reciben este día!
¡Oh coros celestiales!
¡Cantad con alegría
La concepción sin mancha de María!"
Así en coro los ángeles cantaron
Y en los senos profundos
Del espacio, agitáronse los mundos
Y los divinos ecos prolongaron.
Diez lustros hace que por vez primera
Regocijado el suelo
A los celestes cantos respondiera:
Hoy vuelve la graciosa primavera,
Y a la Reina del cielo
Con cantares y dones
Corren a festejar los corazones.
Ya sé por qué mi patria se conmueve;

Ya sé por qué la tierra mexicana
Entrega al aire leve
Los cantos de su lira soberana,
Y a celebrar se apresta
Ebria de gozo tan solemne fiesta.
Es que escuchó en el monte Vaticano
De la voz del Señor el eco vivo,
Es que el augusto anciano
Que allí mora cautivo,
La voz alzando y la potente diestra,
Mostró de nuevo la visión divina,
La estrella matutina,
La Virgen cuya planta
Al dragón infernal pisa y quebranta.
¡Oh, triste humanidad! Tu duelo olvida,
Oculta tu dolor, alza tu frente,
Y las victorias canta
De la Virgen, sin mancha concebida.
Las gracias de la fuente,
Los tesoros que encierra
Flores y encantos la espaciosa tierra,
El verdor de los prados,
Las perlas de los mares
Y el límpido cristal de mil colores,
Y de todas las rosas los olores
Llévalos como ofrenda a sus altares.
Pide al mar sus rumores,
Su voz al huracán; al arroyuelo
Que apacible murmura
Pídele su monótona dulzura,

Y su silencio majestuoso al cielo;
A la brisa sus quejas y sus sones,
Y al ave de las frondas sus canciones;
Pulsa la excelsa lira
De la madre inmortal naturaleza
Que ora ruge potente, ora suspira,
Y de la Virgen pura
Cantarás con amor y gentileza,
En épicas estrofas su grandeza,
Y en notas delicadas su ternura.
Y a las gracias perennes de natura
Presta el alma que siente,
Y al toque de tu amor omnipotente
Les darás nueva vida,
Nueva luz, nuevo encanto,
¡Porque en tu pecho llevas escondida
La fuente de lo grande y de lo santo!
  ¡Arcángel protector! Préstame aliento:
También mi alma de júbilo rebosa,
Y al contemplar el triunfo soberano
De la Virgen graciosa,
Fuego en el alma siento
Y en llanto se desborda el sentimiento.
    ¡Virgen Inmaculada,
Encanto de los cielos, Madre mía!
Yo quisiera, Señora,
Cantarte tan divina melodía,
Que el espacio llenara
Y en éxtasis la tierra la escuchara;
Pero en vez de cantarte, el alma llora...
. . . . . .

¡Oh, celestial aurora
En la noche perenne de mi vida!
¡Oh, de mi pecho dulce soberana!
¡Oh, mi Madre querida!
Acepta tú nuestro filial anhelo,
Y ten piedad de la miseria humana
Que imitando los ángeles del cielo
Hoy celebra llorando de alegría
Tu limpia Concepción, Virgen María.

1904

A MARIA SANTISIMA

EN LA CORONACION DE NTRA. SRA. DEL ROBLE

I

QUE te cante yo a ti? Yo que mi huella
Dejo en el polvo de la tierra oscura,

A ti que eres la estrella
Más brillante del cielo, la criatura
De todas más hermosa, la más pura?
  ¿Que te cante yo a ti, Reina y Señora?
¿Cómo ensalzar con lengua pecadora
Tu nombre que es tan santo?
¿Cómo al júbilo el llanto,
Como la noche cantará a la aurora?
  Mas si el amor, Señora, es elocuente,
Y si en débil sonido
Todo el afecto del amor sentido
Logra expresar un corazón ardiente;
Lo intentaré: no quiero que se diga
Que soy tan desdichado,
Que hay en mi pecho un átomo olvidado
Que tu querido nombre no bendiga;
Lo intentaré: permite que te alabe
Y disculpa a quien férvido te aclama;
Soy un pobre mortal que nada sabe,
¡Pero que tiene un corazón que te ama!

II

  ¿Qué diré? ¿Que eres bella?
Y en qué belleza encontraré, Señora,
De tu hermosura singular la huella?
La sonrosada aurora,
La luz de la mañana,
La juventud lozana,
La exuberante vida en primavera,
Los valles y las flores

Y el cintilar de la nocturna esfera,
Los matices de todos los colores
Y de las gracias todas el encanto,
Nunca pudieron tanto
Que a pintar alcanzaran tu belleza.
¿Qué diré? ¿que eres pura?
La gran naturaleza
En la cándida nieve de la altura,
En la trémula gota de rocío,
En cuanto por su nítida limpieza
Arroba y embelesa,
Un reflejo sombrío,
Un vestigio dejó de tu pureza.
En ti de gracia todos los primores
Juntó de Dios la bienhechora mano,
Como las aguas puso en el oceano,
Como puso en el sol los resplandores.
Las almas de las cándidas doncellas,
La del niño inocente,
De la que tú destellas
Bebieron su pureza refulgente;
Y a quien se fija en ellas,
Ya no parecen bellas
Si antes vió la pureza de tu frente.
Cuando yo era pequeño, Madre mía,
Y en mi inocente anhelo
Soñaba con los ángeles del cielo,
Toda pureza que en el mundo vía,
Una sombra no más me parecía
De aquella que en mi mente soñadora,
De lejos vislumbraba;

Entre nubes de aurora
Esa belleza ideal se levantaba,
Excelsa, refulgente,
Amable, peregrina
Con la sonrisa de tu faz divina,
Con la célica albura de tu frente.
Y no era vano mi sencillo empeño,
Mi sueño no era un sueño:
Todas las almas puras,
Cuando alzaron la frente a las alturas
Siempre te han contemplado
Bella y sin par como la luz del día,
Y todas rebosantes de alegría
Tu gracia y tu candor han celebrado.
  ¿No escuchas, Madre mía?
El ingenio y el arte,
El amor, las cadencias, la armonía,
El raudo pensamiento,
Cuanto del bajo mundo se separa,
Y sube al cielo en generoso aliento,
Llega a ti a saludarte,
Y en concierto magnífico a cantarte
El himno que el Arcángel preludiara:
  ¡Dios te salve, María!
¡Virgen entre las vírgenes, serena
Estrella de la mar, limpia azucena!
Toda humana criatura
Debió nacer manchada
En las turbias corrientes de la vida;
Sólo tú siempre pura,
En gracia concebida

Y de gracia colmada,
¡Inmaculada, siempre, Inmaculada!

III

¡Ah! ¡Cuál se apaga mi atrevido acento
Y se ofusca mi osado pensamiento
Ante el brillo supremo de tu gloria!
Mas... la amable victoria
De tu dulce bondad no he bosquejado.
Yo sé, Madre, yo siento,
Que bajo tu radiante vestidura,
En lo más hondo de tu ser sagrado,
Guardas como tesoro más preciado
Que tu santa pureza y tu hermosura,
Un corazón piadoso y delicado,
Una alma palpitante de ternura.
¡Oh bendita entre todas las mujeres,
Oh Madre entre las madres!
¡Cuán dulce y buena eres!
El universo que tu gloria canta,
Viene a besar tu planta,
Aun más que por tus gracias seducido,
Por tu bondad dulcísima atraído.
Dios que te criara para Madre suya,
Llena de encantos y de gracia llena,
Quiso que más que todo fueras buena,
Y su inmensa bondad formó la tuya.
Y el hombre que en la tierra,
Pobre proscrito condenado al llanto,
Libra tan cruda guerra,

Y sufre y llora tanto,
Adivina que Dios en ti ha escondido
El tesoro más santo:
Un amor puro, compasivo y tierno;
¡Un corazón materno!
Y cuando llega hasta tus pies rendido,
Y alza hacia ti los ojos,
Ve extenderse tu diestra bendecida
Que restaña la sangre de su herida
Y que convierte en flores sus abrojos;
Siente que tú le amas,
Que con toda verdad Madre te llamas
De bondad y clemencia,
Que tu amparo convierte
En suavidad lo duro de su suerte,
Y que es tu amor la luz de su existencia.
  Por eso en todas partes,
Con el anhelo de su fe cristiana,
Para rendirlo a ti, su soberana,
Pide al amor, al genio y a las artes
Lo más florido de la herencia humana.
Por eso te corona,
Y atento ve que la corona cuadre,
Más que a lo excelso de tu real persona,
A tu bendito corazón de Madre.
Por eso y por tenerte más presente,
Doquier y a toda hora,
Alza tu imagen, celestial Señora,
O bella, así como la vió su mente,
O humilde y toscamente delineada,

pero siempre sonriente,
Pero siempre amorosa y apiadada.
Por eso cada pueblo, cada tierra,
Quiere ser de tu amor depositaria,
Y te labra el santuario
Que hasta ti eleve—místico incensario,—
La olorosa oblación de su plegaria.
¡Oh santuario del Roble!
Un pueblo grande y noble
Mira en ti su refugio y su consuelo;
Y al presentir la tempestad o el duelo,
Y cuando sufre y llora,
Llevado por su fe, divino instinto,
Viene a buscar en tu feliz recinto
A su consoladora,
A su Reina sin par, Madre y Señora;
Y franquea las puertas,
Y prosternado, oh Virgen, a tus plantas,
Siempre recibe bendiciones santas
De tus manos abiertas, ¡siempre abiertas!...
¡Oh Madre soberana!
¡Qué bien te mira aquí la fe cristiana!
¡Con qué confianza ruega
El pobre pecador que a ti se llega!
Tras la humilde apostura
De tu imagen bendita y venerada,
Sin que cieguen sus ojos
Él contempla la luz de tu hermosura
Por el fanal de la bondad velada;
Y a ti puede llegarse sin sonrojos

Cuando así humillas tu imperial grandeza
Al trono que te da nuestra pobreza.
  Si cielo y tierra tu pureza ensalzan,
Si los astros publican tu hermosura,
Esas voces que se alzan
A ti desde el dolor y la amargura,
Esos mil corazones
Que de ti recibieron gracia y dones
Y que de amor llorando te bendicen
¡Himno mejor a tus bondades dicen!

IV

  ¡Perdona, Reina mía,
Si para celebrar tu gallardía
Es mi voz tan escasa,
Hielo parece el fuego que me abrasa,
Desconcierto mi pobre poesía!
  ¡Perdóname, Señora
Si ofusqué tu figura santa y bella!
¿Cómo la noche pintará a la aurora
Y cómo el polvo alcanzará la estrella?

1910

BREVES LECCIONES DE RELIGION

por el

Pbro. Juan José Hinojosa

PRIMER GRADO

MONTERREY, N. L.
1935

Monterrey, Octubre 7 de 1935
Puede imprimirse.
José Guadalupe,
Arzobispo de Monterrey.

INTRODUCCION

Hoy como nunca es indispensable al cristiano un conocimiento claro y preciso de su Religión, ya que hoy más que nunca se descuida su enseñanza y aun positivamente se la combate con encarnecimiento. Y sin embargo, ¿Qué cosa puede importar más al hombre que el conocimiento y práctica de la Religión verdadera? Ella es el único medio para conocer y lograr el hombre su destino; ella sola le aclara el objeto de la presente vida y su fin último en la futura. Y si no sabe esto, ¿Qué sabe? Y de qué le servirá al hombre ganar todo el mundo si pierde el alma?

Fuera aparte de esa suprema importancia personal, tiene la Religión para el hombre un soberano interés social. Sin Religión no hay moral; en la Religión están los cimientos de la justicia, de la libertad y de la fraternidad humana; la Religión creó la verdadera civilización que por esto se llama cristiana, y sólo ella puede conservarla. Es pues el conocimiento y práctica de la Religión la cosa más importante para el hombre.

Para facilitar su estudio, siquiera sea nocional, a los jóvenes y a las personas que lo necesitan, se han escrito estas breves lecciones: ellas prepararán al lector para un estudio más amplio. Sólo le suplicamos que las lea y medite con aquella buena voluntad con que se busca lo que se ama y cuyo interés se comprende. Y pues se trata de nuestras relaciones con Dios, nuestro creador y nuestro padre, busque el lector en estas páginas la verdad soberana de la Religión no menos que con el corazón y la mente, que con la fe y la oración.

SINTESIS

DE LAS PRINCIPALES VERDADES REVELADAS POR DIOS Y ENSEÑADAS POR LA IGLESIA CATOLICA.

1. Hay un sólo Dios. Dios es un ser espiritual, infinitamente perfecto.

2. Dios ha creado todas las cosas, para su gloria; y las dirige a todas con sabiduría y bondad.

3. El hombre fué creado por Dios, a su imagen y semejanza, (por su alma espiritual), y puesto en un estado sobrenatural de hijo suyo y heredero de la gloria.

4. El hombre, dotado de libertad, desobedeció a Dios y pecó (en sus primeros padres Adán y Eva), y perdió los dones sobrenaturales de la gracia, quedando sujeto al pecado.

5. Dios prometió al hombre un Redentor, para volverlo a su gracia y amistad.

6. Este Redentor anunciado por los profetas y esperado por la humanidad es Jesucristo nuestro Señor.

7. Dios nos ha revelado que en la unidad de su ser subsisten tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

8. El Hijo para redimirnos se hizo hombre, tomando cuerpo y alma humana, por obra del Espíritu Santo, en el seno virginal de María.

9. Jesucristo es el Hijo de Dios hecho hombre.

10. La Virgen María es Madre de Dios, porque en su seno se hizo hombre el Hijo de Dios.

11. Jesucristo padeció y murió en cruz, para salvarnos: resucitó y subió a los cielos, y ha de venir a juzgarnos para dar a los buenos la vida eterna y a los malos castigo eterno, proporcionado a sus delitos.

12. Todos hemos de resucitar para vida eterna en el cielo o para muerte eterna en el infierno.

13. Por los sacramentos, recibimos la gracia de Dios.

14. En la Eucaristía está Jesucristo sustancialmente presente.

15. Jesucristo estableció su Iglesia a la que todos debemos pertenecer para salvarnos.

LECCION I.

Dios

DIOS es un ser espiritual, infinitamente perfecto, causa y principio de todas las cosas.

Llámanse ateos, los hombres que niegan la existencia de Dios. Imposible es que un hombre de recto corazón y de sana inteligencia pueda llegar a convencerse de que Dios no existe; pero sí hay algunos ateos teóricos que le niegan, y muchos ateos prácticos que no le tienen en cuenta en su conducta.

A Dios no le conocemos intuitivamente. es decir, no lo vemos por los sentidos ni por visión inmediata de la mente; pero sí lo conocemos con certeza a través del mundo que él creó, mediante la razón y los sentimientos del corazón. Expondremos algunas pruebas de la existencia de Dios.

1a.—Las cosas todas están sujetas a cambios continuos y a un constante movimiento: cada ser supone un conjunto de seres anteriores por los cuales ha venido a la existencia actual: si buscamos el origen de este proceso de causas y efectos y de ese constante movimiento, no podremos prorrogarlo hasta lo infinito, pues es absurda una serie infinita de dependencias; además, siendo dependientes todos los eslabones, toda lá serie será también dependiente (Sto. Tomás); luego tendremos que llegar a un principio de todo movimiento y casualidad: ese es Dios.

2o.—El mundo nos revela a Dios como la obra a su autor. Alcemos la vista al cielo: la grandeza y claridad de los astros y el orden perfecto con que recorren sus órbitas nos hablan de un supremo Ordenador que llamamos Dios. Extendamos nuestras miradas por la tierra: la majestad de las montañas, la fertilidad de los valles, los mares, los ríos, la innumerable variedad de plantas y animales, nos están diciendo que existe un Artífice supremo que ha construido y adornado para el hombre ese palacio. Finalmente fijémonos en cualquier ser organizado: la admirable estructura, disposición y finalidad de sus miembros para servir a la vida, nos están acusando la sabiduría, poder y previsión del Autor de la naturaleza. Orden, belleza, finalidad indican una inteligencia, una voluntad, una previsión e intención y un poder supremos.

3o.—El hombre es un ser esencialmente religioso, como lo prueba el que todos los pueblos hayan tenido una religión, y el que el alma humana no encuentre reposo, principalmente en las situaciones angustiosas de la vida, sino en pensamientos religiosos; y sólo la creencia en un Dios supremo da satisfacción racional a ese instinto y a esa necesidad religiosa del hombre.

4o.—La Ley moral imperativa y obligatoria, supone la existencia de Dios. Si Dios no existiera, no existirían tampoco leyes morales ni deberes propiamente dichos; el mal quedaría sin castigo y la virtud sin premio, supuesto que no habría un supremo legislador y juez de las conciencias. La creencia en Dios es un postulado necesario del orden moral. Finalmente, el imperio de la ley moral en la sociedad y el reinado en ella de la justicia y de la paz, es imposible sin la creencía en Dios, base de toda justicia y felicidad. El ateísmo es destructor, y conduce a la anarquía, a la rebelión y la tiranía. La creencia en Dios es un postulado necesario del orden social.

No hay más que un Dios. La unidad del mundo universal sujeto a unas mismas leyes físicas, morales e intelectuales nos manifiesta la unidad del supremo principio de todas las cosas. El ser absoluto, independiente de todo lo creado y de quien todo depende no puede ser más que uno.

Dios es un ser infinitamente perfecto, por que todas las perfecciones de las cosas están en Dios, como en su origen, en un grado eminente, y porque no hay perfección posible que no tenga en Dios el fundamento de su posibilidad, es decir, que no esté en Dios.

Dios es un ser espiritual, pues el espíritu es superior a la materia y ésta es esencialmente limitada; Dios es eterno, infinitamente sabio, santo, poderoso, bueno, etc., atributos consiguientes a la infinita perfección de su ser.

Dios, por lo mismo que es sabio y bueno, tiene cuidado de sus creaturas, y las dirige a los particulares fines de cada una de ellas, y al fin general de la creación, sin forzar la voluntad de los seres libres: la libertad de éstos explica la existencia del mal en el mundo. A ese cuidado que Dios tiene de sus creaturas y principalmente del hombre, lo llamamos Providencia.

A todas estas verdades que sobre Dios nuestro Señor nos enseña la razón natural, les da mayor precisión y firmeza la divina revelación.

LECCION II.

Religión en general.
Su necesidad

RELIGION en general es "el conjunto de nuestros deberes para con Dios," o de un modo más preciso: "la institución que tiene por objeto el cumplimiento de dichos deberes."

CULTO es el homenaje que rendimos a Dios.

REVELACION es la enseñanza dada por Dios al hombre. Dios puede hablar al hombre, pues ¿Cómo no podrá comunicarse con nosotros quien nos ha dado todos los medios de comunicación? El hombre está obligado a atender con sumo cuidado todas las divinas enseñanzas, o sea a la revelación, si es que Dios nos ha hablado.

La Religión es necesaria al hombre, porque éste está obligado a tributar a Dios el debido culto y a obedecerle como a su Creador, Señor, Legislador y Bienhechor supremo.

No hay cosa más importante para el hombre que la Religión, porque sólo por ella puede entablar sus debidas relaciones con Dios, conocer y cumplir sus deberes y llegar a la felicidad en la vida futura.

La Religión ha sido siempre mirada como de sumo interés para la moralidad, civilización y felicidad de la sociedad, y con razón, pues sin religión, el interés, el egoísmo y la fuerza serían los únicos móviles de la humana sociedad, la moral no tendría sólida base, y la justicia, la beneficencia, la honradez y demás virtudes sociales se ausentarían de la sociedad: estas virtudes sólo florecen al influjo de la Religión.

La Religión puede ser natural o revelada: natural, la que se apoya sólo en la razón humana; revelada, la que se apoya principalmente en la divina revelación.

No basta al hombre la Religión natural, porque la razón humana es débil y no enseña al hombre todo lo que él necesita saber para complacer a Dios, conocer y lograr su destino sobre la tierra y su último fin; y la voluntad humana es todavía más débil, y está inclinada al mal, y necesita de un auxilio sobrehumano para cumplir sus deberes. En materia de religión nunca se ha contentado el hombre con sus propias fuerzas: siem-

pre ha buscado revelaciones y auxilios sobrehumanos. Por otra parte los seres sobrehumanos pueden engañarlo y de hecho lo han engañado como se ve en las mil supersticiones de las religiones falsas. Instintivamente busca el hombre un auxilio enteramente sobrenatural o divino: comprende que no se basta a sí mismo, y que sólo una revelación y un auxilio de Dios pueden darle seguridad.

Entre las religiones que existen en el mundo, alguna debe ser verdadera, pues de lo contrario o Dios no se cuidaría del hombre, o lo habría definitivamente abandonado; sólo una puede ser verdadera, pues como ellas se contradicen entre sí, no pueden ser verdaderas al mismo tiempo. Decir que cualquiera religión es buena para servir a Dios, es decir que a Dios le agrada lo mismo la verdad que la mentira.

Por tanto el hombre está obligado a buscar la verdadera Religión si no la conoce, y a practicarla si tiene la dicha de conocerla: no hay cosa más importante para el hombre, pues de ello depende la rectitud de su vida y su salvación.

Estudiaremos el hecho de la verdadera Religión en la Religión Cristiana, considerando sumariamente los principales argumentos que demuestran que Dios la ha revelado.

LECCION III.

Divinidad de la Religión Cristiana.

Para quedar convencidos de la divinidad de la Religión Cristiana, es decir, de que procede de Dios y ha sido revelada por El, nos basta fijar la atención: 1o. en las excelencias del Cristianismo, y en su preeminencia sobre las demás religiones; 2o. en los hechos divinos que la confirman: milagros y profecías.

1o. EXCELENCIA del Cristianismo. El Cristianismo nos da la idea de Dios más grande y más conforme con la razón; nos da la idea más noble y excelsa del hombre, de su origen y de sus destinos; y finalmente nos da la idea más adecuada y alentadora de las relaciones entre Dios y el hombre, y nos proporciona los medios más eficaces para agradar a Dios, que es lo que constituye la religión. Además todo espíritu desapasionado que

estudie el Cristianismo, tendrá que reconocer la sublimidad de sus dogmas y la pureza y elevación de su moral; la verdad de estas aserciones la palparemos al estudiar los dogmas y la moral cristiana en el decurso de esta obrita. La Religión cristiana es profesada por las naciones más civilizadas y por la parte más noble de la humanidad, y ha contado siempre y cuenta en su seno gran número de hombres sabios, virtuosos y benéficos, como ninguna otra religión.

Como por sus frutos se conoce el árbol, podemos conocer la bondad del Cristianismo por sus efectos. En las almas que sinceramente lo profesan, produce y ha producido siempre la virtud, la elevación moral y la santidad. En la sociedad ha hecho reinar la verdadera libertad, la justicia y la fraternidad humana, que sólo tienen base sólida en los dogmas cristianos, y de hecho sólo han reinado en las naciones cristianas. Enumeraremos los principales efectos sociales del Cristianismo, que constituyen la civilización: el Cristianismo abolió la esclavitud, suavisó las costumbres, moralizó las sociedades, inspiró la caridad, redimió y enobleció a la mujer y dió firmeza y estabilidad a la familia, inició y protegió todas las legítimas libertades políticas a la vez que el respeto y obediencia a la legítima autoridad, y finalmente estableció los principios del derecho de gentes, última conquista de la civilización. Haciendo reinar en el mundo la idea de Dios, base y principio de toda justicia y civilización, puede decirse que de hecho el Cristianismo renovó la sociedad y trajo al mundo la verdadera civilización.

Ahora bien, una Religión tan excelente en sí misma, tan fecunda en sus obras de bondad y elevación y tan superior a todas las otras por sus principios y sus frutos no puede ser sino divina. No se puede negar la divinidad del Cristianismo sin negar la Providencia, y por tanto a Dios.

2o—PROFECIAS Y MILAGROS. La segunda prueba de la divinidad del Cristianismo, es decir, de que procede de Dios, la forman las profecías y los milagros: ellos constituyen la prueba más popular y evidente y son como el sello divino que acredita el origen celestial de la Religión Cristiana.

PROFECIA es la manifestación o predicción de lo que está por venir y no puede preverse por causas naturales. Es cosa evidente que sólo Dios puede conocer las cosas futuras del modo dicho, pues solo El es omniscio: de donde se sigue que una Religión confirmada por profecías remotísimas y evidentes, lleva una señal de la intervención de Dios y está confirmada

por El. La Religión Cristiana está confirmada por innumerables profecías: la Redención estaba anunciada y fué esperada desde el principio de los tiempos; los profetas del pueblo judío anunciaron las circunstancias de la época, nacimiento, vida y pasión del Redentor, con muchos siglos de anticipación, y esas profecías se cumplieron en Jesucristo (véase la lección XII); el mismo Jesucristo profetizó muchas cosas que se han cumplido a la letra (véase la lección XIII y XIV).

MILAGRO es un hecho superior o contrario a las leyes de la naturaleza. Es claro que sólo Dios puede hacer verdaderos milagros, pues sólo El es el dueño absoluto de la naturaleza y autor de sus leyes, y además, no puede permitir que nadie en su nombre, para engañarnos, cambie las leyes que El ha dado. La Religión Cristiana está confirmada con innumerables milagros de primer orden, así del orden físico, como las curaciones y resurrecciones operadas por Jesucristo (véase la lección XIII), como del orden moral, como la conversión del mundo por doce pobres pescadores, la duración y estabilidad de la Iglesia, etc., (véase la lección XIV). Entre esos milagros ocupa el primer lugar la resurrección de Jesucristo y su continua acción en el mundo.

A los milagros bíblicos debemos añadir los que en la serie de los siglos y aun en nuestros días se han hecho, en nombre o por el poder de Jesucristo y de sus santos. Muchos de estos milagros (como los de Lourdes) están plenamente comprobados por la más severa crítica moderna y han sido hechos por la invocación pública de Jesucristo como Hijo de Dios: son pues como una continua manifestación de Jesucristo ante el mundo, y comprueban su doctrina y su religión.

Luego el Cristianismo, que de un modo tan evidente y por nadie imitado lleva las señales externas de divinidad, es decir los milagros y las profecías, es divina y revelada por Dios.

Al considerar los divinos fundamentos de la Religión Cristiana, no hay hombre de buena fe que no exclame: ¡El dedo de Dios está aquí!

LECCION IV.

Iglesia Católica.

Para que se conservara en toda su pureza su doctrina, Jesucristo Nues-

tro Señor estableció una **Iglesia.** Entendemos por Iglesia: "La congregación de los fieles regida por los Obispos bajo su cabeza el Papa vicario de Jesucristo."

Profetizado estaba que no todos los cristianos conservarían íntegra la fe: en efecto muchos se han separado de la Iglesia, para formar sectas; a éstos los llamamos herejes o heterodoxos.

Jesucristo dió a su Religión una forma social. La Iglesia es una sociedad visible, porque congrega a los hombres; en la Escritura se la llama **ciudad, reino, rebaño, cuerpo;** de ella debemos recibir la enseñanza, los sacramentos y la dirección espiritual. Es preciso no solamente creer en Jesucristo, sino también pertenecer a la sociedad por él establecida, es decir, a la Iglesia.

Pero como también las sectas se dan el nombre de Iglesias de Jesucristo, es necesario saber conocer la verdadera Iglesia. Esto no es difícil para quien ama la verdad, porque Jesucristo fundó a su Iglesia como "la ciudad sobre la montaña," a la vista del mundo.

En una ocasión memorable Jesucristo dijo a San Pedro estas palabras: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi "Iglesia" y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella." (Mateo XVI 16.) De lo cual debemos deducir que allí donde esté el sucesor de San Pedro, allí estará la verdadera Iglesia. Ahora bien, el sucesor de San Pedro o el "Papa" está en la Iglesia Católica, luego ésta es la verdadera Iglesia de Jesucristo. Desde los más antiguos tiempos se atenían los fieles a este razonamiento compendiado en esta fórmula: Donde está Pedro, allí está la Iglesia.

Además Jesucristo dió a su Iglesia notas y señales con que a primera vista pudiera reconocérsela entre las sectas que se adjudicaran el nombre de Iglesia de Jesucristo. Estas notas son: Unidad, Santidad, Catolicidad y Apostolicidad.

UNIDAD.—Jesucristo Nuestro Señor comparaba su Iglesia a un rebaño guardado por un solo pastor, a un edificio levantado sobre una piedra fundamental, y a un reino, y pedía a su Padre que los suyos fueran **Uno...** San Pablo llama a la Iglesia un cuerpo en perfecta unidad orgánica. Esta unidad brilla únicamente en la Iglesia Católica Romana: todos los católicos tienen una misma fe, un solo culto y un solo jefe: el Papa. Las sectas no tienen unidad ni en su fe, ni en su gobierno.

SANTIDAD.—En las sagradas escrituras se llama a la Iglesia, santa e

inmaculada, esposa de Jesucristo, etc., y es nota que naturalmente corresponde a la verdadera Religión, fundada y asistida por Dios. La Iglesia Católica Romana es santa por su doctrina moral, admirable aun para los impíos; por su cabeza, Cristo Nuestro Señor; por los medios que ofrece a los fieles para santificarse, por sus miembros, pues la santidad y las virtudes han florecido siempre en la Iglesia; y finalmente por los milagros que jamás han dejado de obrarse en su seno. Si hay católicos de malas costumbres, es porque no siguen las reglas de conducta que la Iglesia les propone. En ninguna secta ha brillado nunca la santidad.

CATOLICIDAD.—Jesucristo dió a su Iglesia el carácter de católica o universal: estaba profetizado que la Iglesia se extendería por todo el mundo y J. C. envió a sus Apóstoles a predicar el Evangelio a todas las gentes.

Sólo la Iglesia Romana se extiende por el mundo entero y lleva a todas partes la luz de la fe. Cuenta con mayor número de adeptos que las sectas heréticas. Ella sola abraza todas las edades desde "Jesucristo" su fundador. Ella sola lleva el nombre de Católica y nadie se lo disputa.

APOSTOLICIDAD.— Jesucristo estableció su Iglesia sobre los apóstoles, que fueron los encargados de predicar el evangelio. Sólo la Iglesia Católica se remonta en la serie de sus pastores hasta los apóstoles: de quienes son sucesores y la serie de los romanos pontífices se remonta hasta Pedro. Los herejes y cismáticos perdieron la apostolicidad al separarse de la Iglesia: ella puede decirles: vosotros sois de ayer.

La Iglesia Católica pues, es la verdadera Iglesia de Jesucristo, y las sectas heréticas son ramas cortadas del árbol de la Iglesia, que no pueden tener vida. Por tanto podemos concluir que quien no pertenece a la Iglesia Católica, no profesa la verdadera Religión de Jesucristo Nuestro Señor, y que quien por su culpa está fuera de la Iglesia Católica, no puede esperar salvación.

LECCION V.

Depósito de la Revelación.

La Revelación Divina está contenida en la Sagrada Escritura y la Tradición y tiene por custodio a la Iglesia.

1o. SAGRADA ESCRITURA.—La Sagrada Escritura o sea la Biblia, es la Palabra de Dios escrita en los libros inspirados por el Espíritu Santo.

Consta de dos partes: el Antiguo y el Nuevo Testamento.

El Antiguo Testamento, llamado así porque encierra la alianza hecha por Dios con su pueblo de Israel, contiene la revelación divina desde Moisés hasta Jesucristo, y consta de 45 libros divididos en Históricos, Legales, Sapienciales (o doctrinales), y Proféticos. El Nuevo Testamento, llamado así porque contiene la nueva alianza hecha por medio de Jesucristo Nuestro Redentor, contiene 27 libros, a saber: los cuatro Evangelios (S. Mateo, S. Marcos, S. Lucas y S. Juan), las Actas, las Epístolas de los Apóstoles y el Apocalipsis. Al catálogo de los Libros Sagrados se le llama Canon.

2o. TRADICION.—La Tradición divina es la Palabra de Dios no escrita. Los Apóstoles no escribieron todos los hechos, enseñanzas y preceptos de Jesucristo; sino que algunos los trasmitieron de viva voz a la Iglesia, y ésta los conserva con el nombre de Tradición.

La existencia de la Tradición se prueba no sólo por la autoridad de la Iglesia, sino también por la Sagrada Escritura. En efecto, en el Evangelio de San Juan se lee que el Señor hizo muchas cosas que no fueron escritas, y el Apóstol San Pablo advierte que se guarden las tradiciones.

La divinidad de la Sagrada Escritura y la Tradición quedó probada cuando probamos la divinidad de la Religión, pues son fundamento y parte esencial de ella.

Lo mismo la Sagrada Escritura que la Tradición, necesitan de un depositario e intérprete que las conserve, las proponga a los fieles y las interprete con autoridad divina. Los libros y las doctrinas más claras se prestan a interpretaciones y aplicaciones muy distintas y aun contradictorias, si no hay quien con autoridad las interprete; esto se ve en los protestantes que, como carecen de interpretación autorizada, profesan doctrinas muy diversas, se han dividido en muchas sectas, y ni siquiera tienen un canon invariable.

La Iglesia es la depositaria e intérprete autorizada de la Sagrada Escritura y la Tradición. Esto lo veremos con más claridad en la lección siguiente.

LECCION VI.

Constitución y Autoridad de la Iglesia

Nuestro Señor Jesucristo estableció su Iglesia como una sociedad perfecta.

Llamábala reino, ciudad, edificio levantado sobre una sola piedra, etc., y estos símiles y otros textos del Evangelio entrañan su constitución y autoridad.

CONSTITUCION.—La Iglesia como sociedad perfecta tiene una cabeza que dirige, auxiliares que ayudan a ésta en el régimen, y fieles que obedecen.

El Papa sucesor de San Pedro es el Jefe supremo de la Iglesia, y los Obispos, sucesores de los Apóstoles, gobiernan las Iglesias particulares bajo la dirección y órdenes del Papa.

Los Presbíteros administran los sacramentos y predican la divina palabra bajo la dirección de los Obispos. Los Diáconos y demás ministros ayudan a los Presbíteros en algunas de sus funciones. A esto se llama la Jerarquía divina de la Iglesia. Además la Iglesia ha establecido algunos grados de honor y jurisdicción como Cardenales, Patriarcas, Arzobispos, etc.; a ésto se llama la Jerarquía eclesiástica o de derecho humano.

AUTORIDAD.—La Iglesia tiene tres poderes: el de enseñanza, el de ministerio y el de gobierno.

1o. ENSEÑANZA.—Jesucristo dijo a sus Apóstoles: "Id y enseñad a todas las naciones.... y mirad que yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos." (Mat. XXVIII. 20) La Iglesia enseña, pues, con autoridad divina, y es infalible en sus solemnes decisiones en materia de fe y moral, como que goza de la asistencia divina; por eso es llamada en la Sagrada Escritura, columna y firmamento de verdad (I. Tim. 3, 15).

Los Obispos en unión con el Papa forman la Iglesia docente y los fieles la creyente.

La infalibilidad reside en la Iglesia docente, ya dispersa por el mundo, ya reunida en concilio; y también en su supremo Jefe el Papa, cuyas solem-

nes decisiones son infalibles cuando habla ex—cátedra, es decir, cuando define algún dogma de fe, como Doctor supremo de la Iglesia. Así lo definió la misma Iglesia en el Concilio Vaticano. Jesucristo encargó a San Pedro el confirmar a sus hermanos en la fe.

2o. MINISTERIO.—Jesucristo dió a sus apóstoles el poder del bautizar, de perdonar los pecados, de consagrar la Eucaristía, etc.; a este poder de administrar los sacramentos y de dirigir oficialmente el culto divino lo llamamos MINISTERIAL: lo ejerce la Iglesia por los que han recibido las sagradas órdenes: los obispos, sacerdotes y ministros.

3o. GOBIERNO.— El Señor destinó a San Pedro para el cargo de Pastor universal y Jefe de la Iglesia, cuando le dijo: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y yo te daré las llaves del reino de los cielos (símbolo del supremo poder), y todo lo que atares en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo." (S. Mateo XVI. 16-19). Y en efecto le confirió el Señor a San Pedro todo este poder, cuando le dijo: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas." (Juan XXI, 17). En las "Actas de los Apóstoles" se ve que San Pedro se hallaba siempre a la cabeza del apostolado, y que desde los primeros tiempos de la Iglesia comenzó a ejercer su autoridad, la cual se fué desarrollando conforme lo fueron exigiendo las circunstancias y los tiempos. El poder de Pedro fué establecido para el bien de la Iglesia, y debe durar lo que la misma Iglesia. El Papa es el sucesor de Pedro. El Papa tiene, pues, la suprema autoridad de la Iglesia.

Después del Papa, a los Obispos toca gobernar y administrar las Iglesias particulares. "El Espíritu Santo os ha constituido Obispos para regir la Iglesia de Dios." (Act. XX. 28).

En virtud de estos poderes, el Papa en toda la Iglesia y los Obispos en sus Diócesis dan leyes en materias religiosas y morales, leyes que obligan en conciencia a los súbditos.

La unidad, el orden y la disciplina que reinan en la Iglesia, su perfecta organización, la duración del pontificado, etc., etc., nos dicen claramente que la Iglesia Católica es la obra de Dios. (Véase la lección XIV).

LECCION VII.

Elementos de Religión. Dogmas. Fe.

Tres son los elementos de la Religión: Dogmas, culto y Moral.

DOGMAS.—Llamamos dogmas, a las verdades que la Religión nos enseña.

Estas pueden ser de dos clases, unas a las que puede llegar por sí misma nuestra razón; otras a las que ella no alcanza.

Siendo limitada nuestra razón, debe haber verdades de un orden superior a ella, que puede Dios proponernos como objeto de nuestra creencia. A estas verdades las llamamos **Misterios.**

Si hay misterios para el hombre en las cosas de la naturaleza, con más razón los habrá en las sobrenaturales y divinas.

Los misterios no son contrarios a nuestra razón, sino superiores a ella. Los más grandes teólogos y filósofos no han encontrado en los misterios de la Religión nada que contradiga a la razón.

Llamamos fe a la adhesión de nuestro entendimiento a las verdades reveladas por Dios creyéndolas porque El las ha revelado. Por medio de la fe rendimos a Dios el homenaje de la primera de nuestras facultades: la inteligencia.

La fe nos es necesaria porque Dios nuestro Señor nos la exige, y porque ella nos da a conocer con certeza los problemas de la eternidad, cuyo conocimiento nos es indispensable.

La fe no nos humilla; al contrario, honroso es para nosotros el confesar nuestra limitada comprensión, y el ser instruidos por Dios. Por medio de la fe conocemos muchas verdades a que no alcanza por sí sola nuestra razón: la fe es para nuestra inteligencia lo que para la vista del astrónomo, el telescopio de que se sirve para ver el cielo.

Finalmente la fe nos es sumamente útil, porque nos dirige por los caminos de la justicia y de la santidad, nos estimula a obrar el bien, y llena nuestro corazón de consuelo y de esperanzas.

LECCION VIII.

Dogmas. Santísima Trinidad.

Los principales dogmas que la Religión nos enseña como revelados por Dios y que la Iglesia propone a nuestra creencia, son los siguientes: 1o. Existencia y naturaleza de Dios. 2o. Santísima Trinidad. 3o. Creación del mundo y del hombre, y Pecado Original. 4o. Redención. 5o. Gracia y Sacramentos. 6o. Remuneración o sea la vida futura.

Hablamos ya en la lección primera, de Dios y de sus atributos: sólo debemos añadir aquí, que la Religión confirma con su autoridad las verdades que sobre la existencia, naturaleza y atributos divinos enseña la razón natural, dándoles de este modo más firmeza y estabilidad, e impidiéndonos caer en error en materia de tanta importancia.

SANTISIMA TRINIDAD. Este dogma fundamental de nuestra fe consiste en creer que en Dios hay tres Personas, a saber, Padre, Hijo y Espíritu Santo, no siendo las tres sino un solo Dios, pues subsisten en una misma naturaleza o esencia divina. El Padre engendra al Hijo y de ambos procede el Espíritu Santo.

En Dios hay pues, tres personas en una sola naturaleza.

Este dogma es ciertamente un gran misterio que nunca podremos comprender; pero jamás podremos afirmar su imposibilidad, pues no hay en los términos en que se enuncia, absurdo o contradicción. Este dogma revelado en la S. Escritura, fué definido de un modo preciso por la Iglesia en los primeros Concilios ecuménicos. Debemos, pues creerlo bajo la palabra de Dios que nos lo ha revelado.

Sin embargo, la razón encuentra en este misterio claridades inefables. Veámoslo.

Dios desde la eternidad vive y vivirá siempre; es el Dios vivo, según la expresión de la Escritura: Dios es un espíritu, y como tal, se conoce y se ama: esto constituye las operaciones y relaciones interiores de Dios, o sea su vida íntima. Sin esto Dios sería el ser eternamente solitario e inerte. Así, pues, el Padre engendra al Hijo (que es su Pensamiento o su Verbo) y de ambos procede el Espíritu Santo (que es su Amor). Pero el pensamiento y el amor en Dios no son accidentales, sino reales y subsistentes como Dios mismo, constituyendo personas realmente distintas, que subsisten en un mismo Dios.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen un solo y mismo ser o natu-

raleza, y por lo mismo, tienen una misma bondad, una misma santidad, etc.; es decir son un solo Dios.

Mas nunca podremos nosotros comprender cómo y por qué los actos interiores de Dios constituyen personas, y cómo subsisten en una misma esencia; y en esto está el misterio.

Dios N. S. ha puesto su imagen y como su sello en todas las creaturas salidas de sus manos. Encontramos la imagen de Dios en nuestra alma y en todos los seres espirituales, que piensan y quieren, y el pensamiento y la voluntad subsisten en la misma alma o espíritu. Encontramos la imagen de Dios en los seres materiales que están constituidos por las tres dimensiones: longitud, latitud y profundidad. Encontrámosla en todas las cosas, cuya belleza y perfección consiste en la unidad y la variedad.

Figura sencilla y hermosa de la Sma. Trinidad es el sol que a la vez que existe, ilumina y calienta. Lo es también un triángulo cerrado por tres lados y tres ángulos iguales.

Nuestro Señor Jesucristo mandó a sus apóstoles que bautizaran a todos los hombres en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo; y el cristiano fiel, cree y profesa este dogma, porque el Señor lo ha revelado, y glorifica a Dios eternamente con aquella jaculatoria: Gloria al Padre al Hijo y al Espíritu Santo.

LECCION IX

Creación del mundo y del hombre.

Entre los pueblos antiguos, para explicar el origen del mundo algunos creyeron en la eternidad de la materia, otros juzgaron que el mundo había salido de Dios por vía de emanación, como sale el agua de la fuente: sólo el pueblo judío, instruído por Dios, profesó la verdadera doctrina que el mundo había sido creado por la voluntad del Omnipotente. Esta verdad es dogma de fe católica.

CREAR, es, como se dice vulgarmente, hacer una cosa de la nada, es decir, sin materia preexistente; o sea dar la existencia a una cosa que antes no existía. No se diga, pues, que la nada fué la materia de que Dios

hizo al mundo, porque de la nada nada se hace. Pero allí donde nada existe, comenzó a existir el mundo porque Dios lo creó, y en este sentido se dice que el mundo fué hecho de la nada. La Sagrada Escritura expresa el acto creador de Dios, con estas palabras: "El dijo y las cosas fueron hechas; El mandó y las cosas fueron creadas."

El sistema de la eternidad del mundo es absurdo, porque lo es el afirmar que cosa contingente y sujeta a continuas mudanzas sea eterna, y porque en este caso el mundo no tendría causa ni razón de ser. El sistema de la emanación es absurdo porque nada puede salir de Dios de esta manera, pues Dios ni tiene partes ni puede perder nada. El sistema de la creación no es absurdo, porque enseña que el mundo comenzó a existir creado o causado por Dios; le da pues al mundo una causa o razón de ser. Es misterioso porque nosotros no nos podemos imaginar cómo las cosas comenzaron a ser causadas por Dios porque no conocemos el arte creador. La creación pues, es un misterio que debe creerse porque Dios lo ha revelado; pero es un misterio que todo lo explica, y que no puede negarse sin caer en el absurdo.

La formación del mundo hasta quedar en el estado en que ahora se encuentra, se verificó en seis días consecutivos. Generalmente entienden por días en este caso los intérpretes de la Escritura, no días naturales, sino períodos de tiempo indeterminado: esto significa la palabra hebrea **iom** de que se sirve la santa Escritura.

Nuestra santa Religión nos enseña también que el hombre, la creatura más noble del mundo visible, fué creado por Dios. Dios formó al cuerpo del hombre de la tierra, y creó una alma racional, a imagen y semejanza suya, que unió a aquel cuerpo, y quedó hecho el hombre. Del costado del primer hombre sacó Dios a la primera mujer, para que no fuera ni su ama, ni su esclava, sino su compañera; y de esta primer pereja procedió el género humano.

Algunos han afirmado que el hombre procede por evolución de animales menos perfectos; que no es más que un mono perfeccionado. La teoría de la evolución como ley general, está hoy desprestigiada entre los hombres de ciencia. A nosotros nos basta decir que contra ella se rebela nuestra dignidad de seres racionales y de hijos de Dios. Nuestra alma espiritual no pudo proceder sino de Dios que la creó. Por lo demás, y en todo caso, Dios que destinaba al hombre a un destino sobrenatural,

pudo y quiso intervenir directa e inmediatamente en su creación, y así lo hizo. Aun cuando no tuviéramos otra razón, la Palabra de Dios es para el cristiano la garantía cierta y firmísima de su noble origen.

LECCION X.

Pecado Original.

Según nos enseña la segunda Escritura, Dios Nuestro Señor creó al hombre en un estado perfecto, teniendo en completa armonía todas sus facultades, y le colocó en el Paraíso en donde debía pasar una vida feliz. Además, por un beneficio inapreciable, Dios otorgó al hombre la gracia santificante, la cual le constituía hijo adoptivo de Dios, le eximía de la ignorancia y de la muerte y le daba derecho a la posesión de Dios en la gloria eterna: éste es el estado que llaman de **justicia original,** estado que no se debía al hombre por su propia naturaleza, y por lo mismo, es un estado sobrenatural, gratuitamente concedido al hombre por la bondad de Dios.

Impuso el Señor a nuestros padres una prohibición que ellos quebrantaron, instigados por el espíritu del mal. Tentóles el demonio (que quiere decir espíritu mentiroso o calumniador) y comieron del fruto prohibido. "Seréis como dioses," les dijo el diablo, y les presentó el fruto hermoso a la vista y agradable al paladar; el pecado de nuestros primeros padres, fué, pues, de ambición, soberbia y de torpe sensualidad. El Señor les había dicho: "si comiereis el fruto prohibido, moriréis;" y habiendo desobedecido el precepto del Señor, quedaron sujetos a la pena del pecado; perdieron la justicia original; la ignorancia, las pasiones, las enfermedades y la muerte fueron en adelante su patrimonio. Notemos de paso que la soberbia y la sensualidad suelen ser también la causa de todos nuestros vicios y pecados.

Según la doctrina de la Iglesia, Adán perdió no sólo para si, sino también para su descendencia, la integridad y perfección natural, y los dones sobrenaturales que Dios le había concedido; trasmitió a sus pósteros una naturaleza viciada y corrompida, y les transmitió también ese estado de odio y enemistad con Dios en que le puso el pecado: nacemos, según la expresión de la Escritura, "hijos de ira y maldición;" esto es lo que se

llama el pecado original.

El que pierde un patrimonio, lo pierde para sí y para sus hijos; y el que tiene una naturaleza viciada, no puede transmitirla sana a su descendencia. Por otra parte, todos formamos con Adán un ser moral; y así como la ignominia o el honor de un padre alcanza a su familia, así nos pasó a todos la mancha moral del padre común de la humanidad; por esto se llama pecado **de origen,** que es muy distinto en su causa y en sus efectos de los pecados personales. Por lo demás, la doctrina del pecado original es un misterio de fe, que debemos creer bajo la palabra de Dios.

Pero si es misteriosa la causa, son palpables los efectos: todos los males de que nos lamentamos, son efectos del pecado original y de los demás pecados. Por el pecado original quedó nuestra naturaleza inclinada al mal y nuestra inteligencia llena de ignorancia y de tinieblas, nuestra voluntad débil y sujeta a las pasiones. Para sobreponernos a todos estos males, pero sobre todo para volver a la gracia y a la amistad de Dios, necesitamos absolutamente de un Redentor.

Sólo la Virgen Santísima estuvo exenta de la culpa original, por privilegio especial de Dios, concedido en virtud de los méritos futuros de Aquel de quien debía ser Madre: a este privilegio llamámoslo "Inmaculada Concepción de María."

LECCION XI.

Redención.

La infinita misericordia de Dios, compadeciéndose de la miseria y desgracia del hombre caído en pecado, degradado y sujeto a la esclavitud del demonio, quiso salvarle por medio de la Redención, misterio inefable que encierra toda la economía del Cristianismo.

Era necesario levantar al hombre caído y volverle a la gracia y amistad de Dios; era necesario reconquistar el título perdido de hijo de Dios y el derecho a la posesión de Dios en el cielo; era menester en fin dar a Dios una satisfacción digna de la infinita Majestad ultrajada por el pecado. Claro está que el hombre no podía hacer esto; pudo el hombre venderse pero no redimirse, dice S. Agustín. Para esto Dios dispuso que su Hijo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, encarnara, tomando nuestra

naturaleza e incorporándose a la humanidad: de este modo, el Hombre Dios pudo dar a la Divinidad una satisfacción digna de ella, a nombre de la humanidad a la que se había incorporado, y reconquistar para ésta los títulos y derechos perdidos. Este misterio se verificó en Jesucristo Redentor del mundo.

"En el principio, dice el Evangelista S. Juan, existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios.... y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros." "En Jesucristo, dice el Apóstol S. Pablo, habita corporalmente la plenitud de la divinidad."

Según la doctrina de la Iglesia, en Jesucristo hay dos naturalezas, la divina y la humana, unidas en una sola persona, la del Verbo. Como hombre, pudo padecer y morir; como Dios, sus padecimientos y su muerte fueron de un mérito infinito. Ofreciendo a su Padre celestial esos merecimientos por la humanidad, redimió a ésta de la esclavitud del demonio y del pecado, y satisfizo a la justicia divina.

La culpa del primer Adán nos perdió, y nos salvan los méritos del segundo Adán, que es J. C., padre de la humanidad regenerada. Jesús quiere decir Salvador; Cristo quiere decir Ungido, o sea Sacerdote y Rey. Es Sacerdote y Víctima porque se ofreció a Sí mismo sobre el ara de la Cruz para la salud del mundo. Es Rey, porque "todo poder le fué dado en el cielo y en la tierra;" dió a los hombres la Ley cristiana, y toda rodilla debe doblarse ante El. Finalmente, le llamamos Maestro, porque nos enseño nuestro origen y destino, nuestros deberes y nuestras esperanzas: su doctrina está encerrada en el Evangelio, y la Iglesia que El fundó la conserva y la predica al mundo.

Nos incorporamos a J. C. y participamos de sus méritos por medio de la fe y los sacramentos.

LECCION XII.

Jesucristo, Promesas y Figuras.

Siendo Jesucristo nuestro Redentor y nuestro Maestro, siendo para nosotros, como El decía CAMINO DE VERDAD Y VIDA, conviene conocerle

lo mejor que podamos, y para esto es necesario estudiarlo en las profecías y figuras que lo anunciaron, en la historia de su vida, y en la Iglesia que lo adora y lo predica.

Desde que nuestros primeros padres perdieron la gracia en el Paraíso, Dios les prometió un Redentor, y esa fué la primera promesa que anunció al Salvador del mundo: entre las tradiciones de todos los pueblos antiguos se encuentran huellas de esa promesa y de esa esperanza; pero para conservarlas en toda su fuerza Dios escogió primero a los patriarcas y después al pueblo Judío como depositarios de ellas. Abraham fué el primer patriarca a quien Dios prometió que de su descendencia nacería el Redentor, promesa repetida a Isaac, hijo de Abraham, y a Jacob, hijo de Isaac. Jacob tuvo doce hijos padres de otras tantas tribus que vinieron a formar un pueblo o nación, a la cual Dios escogió por suya. Jacob se llamó también Israel, y por esto al pueblo que descendió de él se le llama israelita. Entre los hijos de Jacob, Dios escogió a Judá para que de su posteridad naciera el Mesías, y le prometió además que el cetro o dominación real estaría entre sus pósteros hasta que viniera el Cristo; por esto el pueblo israelita se llamó también Judio; y finalmente al santo rey David descendiente de Judá le prometió el Señor que de su descendencia y real familia nacería el Salvador. De esta manera Dios N. Señor fué precisando la promesa que hizo a la humanidad entera representada en su cabeza Adán. Los profetas avivaron más en el pueblo escogido la fe en el Mesías y anunciaron con muchos siglos de anticipación las circunstancias de su vida.

Además Dios N. S. anunció y prefiguró en personas y en escenas del pueblo escogido al Mesías y a su Iglesia, de tal modo que el Apóstol S. Pablo pudo decir que a aquel pueblo "todo le sucedía en figura." Así por ejemplo: en Isaac hijo único de Abraham, llevando la leña y el fuego al monte donde debía ser sacrificado por su padre, ¿Quién no ve a Jesucristo, Hijo único de Dios, llevando al Calvario la Cruz en que habrían de inmolarle? En la serpiente de bronce que hizo levantar Moisés en el desierto sobre un poste, y cuya sola vista servía de medicina a los mordidos por las serpientes, ¿Quién no vé a Jesucristo levantado en la Cruz, cuya eficiencia sana nuestras almas del veneno de la serpiente infernal, del pecado? Del mismo modo podemos discurrir de los ritos y de todos los sucesos de aquel pueblo, de tal manera que viene a ser una profecía continua de

Jesucristo. Así, Adán padre del género humano, representaba a Cristo como padre de la humanidad redimida, Moisés como legislador, David como rey; Sansón prefiguró su fuerza y su poder, Salomón su sabiduría, José su inocencia, y así los demás grandes personajes del pueblo judío.

El género humano, acosado por la idolatría y los vicios, sentía la necesidad de un Redentor, y su propia miseria le despertaba el deseo y la esperanza del Enviado de Dios. Así es como Jesucristo ocupa toda la historia antigua; en las promesas de Dios y en la fe y la esperanza del pueblo judío destinado a preparar su venida, y en las aspiraciones y deseos de la humanidad necesitada de un Redentor.

LECCION XIII.

Jesucristo. Su vida,

La vida de Nuestro Señor Jesucristo ofrece un contraste maravilloso de gloria y de voluntaria humillación; El quiso pasar una vida pobre y humilde, y morir con una muerte dolorosa, como que venía a redimir al género humano con sus voluntarias humillaciones, sus trabajos y su sangre; pero al mismo tiempo, desde su nacimiento hasta su muerte, su vida entera está marcada con el sello de una gloria incomparable; sus milagros, su sabiduría, sus virtudes y su amor, nos revelan la divinidad de su persona: "Nosotros hemos visto su gloria, dice el evangelista S. Juan, gloria correspondiente al Unigénito del Padre."

Jesucristo N. S. nació en Belén, en el tiempo preciso en que el Mesías debía nacer según las profecías de Israel y de Daniel; nació de una Virgen de la tribu de Judá descendiente de la real estirpe de David; circunstancias todas anunciadas por los profetas. Nació pobre, en una gruta, pero los ángeles cantaron su nacimiento, le anunció una estrella misteriosa, y vinieron a adorarle los reyes del oriente.

Pasó treinta años oculto en Nazaret, para dar a los hombres los ejemplos que más necesitan, los de sumisión, humildad y trabajo, puesto caso que ésta es la vocación de la mayor parte de los hombres. Llegado el tiempo señalado por Dios, es anunciado por el Bautista, y sale a predicar su Evangelio: prodigios sin cuento acompañan esta predicación: los ciegos ven, los cojos andan, quedan limpios los leprosos, resucitan los muertos,

y los pobres son evangelizados. Toda la naturaleza le obedece, calma los mares y los vientos, anda sobre las aguas, y multiplica los panes para saciar el hambre de las multitudes; sus prodigios revelan no solamente su poder y su gloria, sino principalmente su amor; casi todos sus milagros los obra condolido de las miserias humanas, y pasa haciendo el bien. Predica su celestial doctrina, y funda su Iglesia. Todo es en El, bondad y dulzura; y por esto le siguen las multitudes y le reciben en triunfo en Jerusalem; pero los fariseos le envidian, y maquinan su muerte: le crucifican y El ofrece voluntariamente su vida a Dios para pagar las culpas de la humanidad.

Muere; pero a su muerte tiembla la tierra y se oscurece el sol. Le depositan en un sepulcro, pero al tercer día resucita, como lo había anunciado, y se presenta muchas veces vivo y glorioso, a sus apóstoles, habla con ellos, se sienta a su mesa, y les invita a que lo toquen para que se cercioren de la verdad de su resurrección y puedan anunciarla al mundo. Finalmente les envía a predicar el Evangelio al mundo entero; les promete el Espíritu Santo, y delante de ellos asciende gloriosamente al cielo. He aquí en breve resumen la vida prodigiosa de Nuestro Señor Jesucristo, vida que se relata en los Evangelios, escritos por los apóstoles y primeros discípulos.

Estos escribieron a raiz de los hechos; pues de la simple lectura de los tres primeros evangelios y de otros libros canónicos se deduce evidentemente que fueron escritos antes de la destrucción de Jerusalem que se verificó pocos años después.

El Apóstol S. Juan dice en una de sus cartas: "Lo que hemos visto y oído, lo que hemos contemplado y tocado con nuestras manos, esto es lo que os anunciamos."

LECCION XIV.

Jesucristo después de su resurrección.

Los apóstoles, después de recibir de un modo maravilloso al Espíritu Santo que Jesucristo les había prometido, llenos de ciencia y virtud sobre-

naturales, propagaron el Evangelio por todo el romano imperio y aun más allá: al fin del siglo I. el cristianismo florecía, fructificaba y crecía en el mundo conocido. Esta conversión del mundo no puede dejar de mirarse como milagrosa si se atiende a que los apóstoles carecían de por sí de todos los medios humanos, ciencia, virtud, recursos pecuniarios, poder, etc., y se les oponía toda la fuerza inmensa del paganismo y todos los vicios y pasiones humanas.

Durante tres siglos los césares romanos con todo su poder persiguieron a la Iglesia inundando de sangre cristiana todo el imperio; al fin el cristianismo venció, y los mismos emperadores se sujetaron a la fe. Ese triunfo del cristianismo, y el valor y constancia de muchos millones de mártires, nos prueban la asistencia constante de Jesucristo en su Iglesia.

En los siglos IV y V las herejías desgarraron el interior de la Iglesia atacando su doctrina; pero la Iglesia salió de la prueba con su doctrina perfectamente definida y acatada por la generalidad de la cristiandad. Lo mismo ha sucedido con todos las herejías que casi constantemente han surgido en el seno de la Iglesia durante veinte siglos: la Iglesia ha logrado vencerlos definiendo y desarrollando su doctrina. Esta ha sido unánimemente profesada por millones de católicos, y sin variar jamás, nunca ha sido convencida de error. Este hecho asombroso y único en la historia, indica la asistencia continua de Jesucristo.

Desde el siglo IV en adelante los bárbaros inundaron el imperio romano y destruyeron la antigua civilización en occidente: la Iglesia sin el auxilio de Dios, debería también haber perecido; pues ella no sólo conservó la fe y la semilla de la antigua civilización, sino que convirtió a los bárbaros, y en un proceso de siglos, los educó y produjo la grande civilización cristiana.

Desde el siglo VII el mahometismo combatió a las naciones cristianas, y puso en inminente peligro al cristianismo por espacio de ocho siglos; pero el triunfo quedó al fin por éste; en muchas ocasiones de la lucha pudo verse el auxilio providencial; sobre todo en las decisivas victorias de Lepanto (siglo XVI) y de Viena (siglo XVII).

La serie no interrumpida de los sumos Pontífices, a la que no iguala ninguna otra dinastía, y que por tan terribles pruebas ha pasado (como la del siglo X y la del cisma de occidente en el siglo XV), prueba la asistencia constante de Jesucristo a su Iglesia.

En el siglo XI los griegos se separaron de la unidad de la Iglesia, y ésta se vió compensada con la conversión de los pueblos del norte; en el siglo XVI el protestantismo separó de la Iglesia a muchas naciones, pero la Iglesia reparó los daños con la verdadera reforma, y con la cristianización del nuevo mundo.

El espíritu de fe y la vida cristiana se ha visto siempre rejuvenecida en la Iglesia, por los santos y por las órdenes religiosas por ellos fundados: eso se vió de un modo especial en el siglo XIII y en el siglo XVI. Los dones sobrenaturales, milagros y profecías, se han visto siempre en la Iglesia.

La impiedad y la revolución han atacado a la Iglesia en los últimos siglos; pero ésta se ha visto más unida y disciplinada que nunca, se extiende más cada día en las naciones protestantes y los pueblos paganos, y ha confirmado sus dogmas y definido su doctrina social, única esperanza de salvación para la civilización y la sociedad.

Por tanto podemos decir que es evidente en la historia el auxilio constante de Jesucristo a su Iglesia, lo cual confirma la divinidad del Salvador y de su Obra.

LECCION XV.

La Gracia.

Los méritos de nuestro Redentor Jesucristo se nos aplican por medio de LA GRACIA.

Importa sobre manera conocer la naturaleza y los efectos de la gracia, para poder estimarla y buscarla.

La gracia es el fruto de los méritos de J. C. Llámase gracia porque es un don del cielo enteramente gratuito, pues no podemos merecerlo ni hay cosa ninguna con que pueda pagarse. Distínguense dos clases de gracia: la santificante y la actual. La santificante puede definirse: un nuevo ser que se da al hombre, y que le hace agradable a Dios e hijo suyo adoptivo, que le ennoblece y lo eleva a un estado sobrenatural, y le da derecho a la gloria eterna. Llámase también en las santas escrituras, VIDA Y CARIDAD, porque es origen de la vida sobrenatural y de la caridad y amor de Dios.

Sin la gracia, nosotros no podemos merecer nada en orden a la vida eterna, y nuestras buenas acciones sólo tienen un mérito natural y terreno; por la gracia nuestros actos son capaces de un mérito sobrenatural y divino, y dignos de la vida eterna.

Cuéntase que Arquímides decía: dame donde apoyarme y moveré el cielo y la tierra. La gracia es la palanca y el punto de apoyo; por ella nuestras acciones merecen el cielo. Y es que la gracia de Dios nos icorpora a C. J. y nos eleva a un estado sobrenatural.

La gracia actual, es un auxilio sobrenatural que nos da Dios Nuestro Señor para ejecutar obras buenas en orden a la vida eterna. La gracia actual ilumina nuestra inteligencia, y dirige y robustece nuestra voluntad. Llámase también en la santa Escritura, LUZ, UNCION, VIRTUD de lo alto.

La gracia de Dios nos da fuerza para todas las virtudes: Todo lo puedo, decía S. Pablo, en aquel que me conforta. No nos quita la libertad, sino que ayuda nuestra debilidad.

A nadie le faltan las gracias necesarias para salvarse, pues J. C. mereció la gracia para todos, y "Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad" (I. Tim.II. 4). Pero a nosotros nos toca corresponder a la primera gracia, e implorar y buscar las ulteriores por medio de la oración y los sacramentos que son los medios ordinarios para adquirir la gracia.

LECCION XVI.

Sacramentos.

Siendo la gracia un don gratuito, Dios la da a quien quiere y del modo que quiere; y a nosotros sólo nos toca implorarla humildemente por la oración y buenas obras y buscarla allí donde el Señor la ha puesto para que la busquemos, esto es, en los sacramentos.

SACRAMENTO, es un signo sensible establecido por J. C. para darnos su gracia. Sólo Dios, autor y dueño de la gracia, ha podido establecer los sacramentos; la santa Iglesia solamente ha establecido las ceremonias accidentales que acompañan a su administración, para honrar y enaltecer ante los fieles esos mismos sacramentos que de por sí son santos y divinos,

J. C. dió a sus sacramentos una forma sensible, porque los destinaba a nosotros, seres sensibles, ayudándonos de este modo a comprender mejor las cosas espirituales.

Los sacramentos son el tesoro común de los fieles: todos los reciben por igual en la sustancia y enséñannos a mirarnos mutuamente como hermanos e hijos de Dios.

Los sacramentos se diferencían esencialmente de la oración, genuflexiones, ceremonias, etc., obras llamadas SACRAMENTALES, en que éstas alcanzan o impetran la gracia según las disposiciones de los que las hacen, mientras que los sacramentos causan la gracia por sí mismos, en virtud de la institución divina.

Los sacramentos son siete. Por la sagrada Escritura y la Tradición nos consta que no son ni mas ni menos que siete. Así lo definió la Iglesia en el Concilio de Trento.

Los siete sacramentos vienen a corresponder a los pasos y progresos de la vida espiritual.

El primero es el BAUTISMO, por el cual nacemos a la vida de la gracia, y se nos confiere el ser de cristianos e hijos de Dios; por él entramos en la Iglesia y adquirimos la gracia santificante. Se confiere derramando agua natural sobre la cabeza del bautizado, lo que significa la purificación del alma, diciendo: "Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo." El sacerdote es el ministro ordinario de este sacramento; pero en necesidad extrema puede bautizar cualquier persona, aunque en este caso debe preferirse a quien sepa hacerlo mejor y sea más digno. Es deber grave de los padres el procurar el bautismo a sus hijos en los primeros días de su nacimiento.

LA CONFIRMACION aumenta la gracia, desarrolla la vida espiritual del alma y da fuerza para confesar y practicar la fe. Confiérelo el Obispo, mediante LA UNCION del óleo y la COMUNICACION del Espíritu Santo, con lo cual recibe el cristiano una especie de consagración.

Continuaremos estudiando los demás sacramentos en las lecciones siguientes.

LECCION XVII

Penitencia.

El Sacramento de la penitencia fué establecido por N. S. J. C., para la remisión de nuestros pecados.

Que existe en la Iglesia el poder de perdonar los pecados, dedúcese de aquellas palabras de J. C.: "A quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retuviereis les serán retenidos." Claro está que este poder no es arbitrario; y de su misma naturaleza se deducen las condiciones con que debe ejercerse y los cargos del ministro que lo ejerce; éste es JUEZ del penitente, pues debe saber lo que perdona, y juzgar de las faltas y de las disposiciones del que se confiesa; es MEDICO para curar la herida del pecado, pues no debe ejercer en vano su potestad, sino ver de que el penitente se enmiende; es MAESTRO, porque debe ilustrar la conciencia del penitente; es por fin PADRE, pues ocupa el lugar de J. C. nuestro bondadoso Redentor. Por lo mismo es necesario que el penitente manifieste clara y distintamente el estado de su conciencia, acusando sus faltas con sincera contrición. Dios N. S. no puede hacer las paces con el pecado, y por lo mismo, nunca perdona sin que haya en el pecador arrepentimiento.

Para poder absolver de los pecados se requiere en el ministro, orden y jurisdicción; es decir, debe de ser sacrerdote y además debe ejercer su potestad sobre los súbditos o sea sobre los fieles que le ha asignado la legítima autoridad, porque el juez sólo juzga y sentencia a sus subordinados.

Para ser absuelto el penitente debe confesarse, arrepentirse y aceptar la penitencia que le imponga el confesor. Para poder confesarse bien necesita examinar antes su conciencia. Decimos pues que son cuatro los actos del penitente a saber:

1.—EXAMEN DE CONCIENCIA; debe ser atento y más o menos detenido según las circunstancias lo exigen.

2.—CONFESION; debe ser humilde, dolorosa e íntegra o completa. Deben acusarse cuando menos todos los pecados mortales cometidos desde la última confesión bien hecha, en su especie y número en cuanto sea posible, y todos los olvidados involuntariamente en confesiones anteriores.

3.—CONTRICION o arrepentimiento de haber ofendido a Dios. La contrición debe fundarse en motivos sobrenaturales, como en la amabilidad de Dios ofendido, el deseo de obtener su gracia, el temor del infierno, etc., y por lo mismo debe ser SOBERANA Y UNIVERSAL. Debe por fin

abrazar el propósito de la enmienda.

4.—SATISFACCION; debe aceptarse la penitencia que imponga el confesor, y proponerse cumplirla, pues sin aceptar la sentencia no está completo el juicio; queda con el deber de cumplirla, aunque ese cumplimiento no afecta a la confesión.

La confesión es necesaria para todos los que han cometido algún pecado mortal después del Bautismo. Ha sido llamada por los Padres: tabla de salvación después del naufragio.

La contrición perfecta, es decir, por puro amor de Dios sobre todas las cosas, perdona los pecados aun antes de la confesión, con tal que se tenga el propósito de confesarse a su tiempo.

No hay remedio más eficaz para los males del alma, y regenerar las costumbres, que la confesión frecuente, humilde y sincera; no hay tampoco bálsamo más suave para el corazón afligido por el remordimiento. Los que se confiesan bien, sienten su conciencia aliviada de un grande peso, y el alma alegre y ligera como si tuviese alas. Debemos dar gracias a J. C. por el inmenso beneficio que nos hizo al establecer el sacramento de la Penitencia.

LECCION XVIII.

La Eucaristía.

Como el sol entre los astros, así brilla la Sagrada Eucaristía entre los demás sacramentos; es como el centro de todas las prácticas de la religión y atrae a sí las miradas y los corazones de los fieles.

En la sagrada Eucaristía está Jesucristo, real y sustancialmente presente, tal como se halla en la gloria sentado a la derecha del Padre Celestial.

Eucaristía quiere decir ACCION DE GRACIAS. Se le llama también Sacramento del Altar, Santísimo Sacramento, Comunión, Pan de los Angeles, etc.

En la antigua alianza fué prefigurado este Sacramento en el árbol de la vida, en el maná, en los panes sagrados, etc. En la nueva lo prefiguró Jesucristo en la multiplicación de los panes y lo anunció en términos

clarísimos: "Este es el pan del cielo, decía entre otras cosas; el que come de este pan vivirá eternamente. Y el pan que yo os daré es mi propio cuerpo para la vida del mundo" (S. Juan, Cap. IV).

Estableció el Señor este Sacramento en la última cena en que celebró con sus apóstoles la ceremonia del Cordero Pascual. Tomó el pan en sus manos; y dando gracias a su Padre Celestial, lo repartió entre sus discípulos diciendo: "Tomad y comed: este es mi cuerpo." Y tomando un cáliz bendijo el vino dando gracias y diciendo: "Bebed todos de él, porque ésta es mi sangre, la sangre del nuevo testamento que será derramada por muchos. Haced esto en mi memoria." (S. Mateo XXVI, 26.)

No podía haber hablado el Señor en términos más claros; pero si aún pudiera alguien dudar de que daba a sus palabras un sentido propio y no figurativo, como pretenden los protestantes, las expresiones de la promesa, que antes citamos (S. Juan cap. VI) no dejan a los herejes otra excusa que la rebeldía y la mala fe.

La tradición, y la autoridad de la Iglesia, ilustran y afirman más y más la fe del cristiano sobre este augusto Misterio.

La razón no puede hacer objeciones sobre la Eucaristía, porque nosotros sólo conocemos las apariencias de las cosas, pero no las sustancias; y en la Eucaristía decimos que está SUSTANCIALMENTE JESUCRISTO.

Cuando el Señor anunció la Eucaristía, algunos de los judíos dijeron: "Dura es esta palabra: ¿Quién podrá creerla?" y se separaron del Señor. Esto hacen aún en el día de hoy algunos pobres hermanos nuestros por no prestar fe a la palabra amorosa del Salvador.

La Eucaristía es un Misterio de fe: lo creemos bajo la autoridad de Jesucristo.

Jesucristo existe entero y vivo así en la Hostia como en el Cáliz, y en cualquier fragmento o porción de ellos, porque está en la Eucaristía vivo y en todo su ser, tal como está en el cielo. Tomó la forma de pan, porque es el alimento espiritual de nuestras almas: nos da y conserva la vida de la gracia.

Debemos recibir la Sagrada Comunión por lo menos una vez al año; y además en peligro de muerte; en este caso se llama Viático, que quiere decir ALIMENTO PARA EL CAMINO.

Debe recibirse en gracia de Dios, en ayunas y con grande fe y devoción. Recibir la Eucaristía con una alma manchada con pecado mortal,

es un enorme sacrilegio.

La Iglesia quiere que recibamos la Sagrada Comunión muy a menudo, y si es posible, todos los días. La recepción frecuente de la Comunión es el medio mejor para asegurar la salvación eterna del alma. Dichoso el cristiano que se alimenta con frecuencia y con devoción, del Pan celestial; se cumplirán en él las palabras del Señor: "El que come de este pan vivirá para siempre."

LECCION XIX

Extrema — Unción

Sabiendo muy bien que nunca necesita el hombre la divina gracia tanto como en el fin de su vida, N. S. Jesucristo estableció el Sacramento de la Extrema—Unción que purifica al hombre de sus culpas y de las reliquias de ellas, fortalece el alma para el último combate, y da salud al cuerpo si le conviene. El apóstol Santiago en su Epístola católica dice estas palabras: "¿Se enferma alguno entre vosotros? llame a los Presbíteros de la Iglesia y oren por él ungiéndole con el óleo en el nombre del Señor; y la oración nacida de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará, y si se hallare con pecados se le perdonarán."

La Extrema—Unción es de suma importancia para los que se hallan en peligro de muerte, y sus efectos son: la gracia para el alma, y la salud o alivio para el cuerpo, si conviene.

Se confiere por el sacerdote ungiendo con Oleo Santo los órganos principales de los sentidos, pronunciando al mismo tiempo ciertas oraciones.

La extrema—unción debe recibirse en cuanto sea posible, después de la confesión y del Sagrado Viático; con devoción y arrepentimiento de los pecados.

Gravísima es la obligación de los que tienen el cuidado de los enfermos, de procurarles la recepción de este Sacramento a su debido tiempo, y no esperar para ello los últimos momentos; pero a los que improvisamente quedan destituidos de sus sentidos debe también procurárseles la Extrema Unción; y aun a los que por desgracia mueren aparentemente, sin haber recibido este sacramento, debe también administrárles "sub conditione si vivis," por ser probable que en ocasiones conserven vida por algún

tiempo después de la muerte aparente, y muy principalmente si la muerte fué repentina.

¡Que culpables son los que exponen a riesgo gravísimo la salvación de sus enfermos dejando la extrema-unción para última hora, cuando es muy difícil que el enfermo tenga las debidas disposiciones! Nunca será excesivo el cuidado que pongan los fieles en procurar para sí y para los suyos, para la hora de la muerte, los auxilios de la Religión, pues de esos momentos supremos depende la eternidad.

LECCION XX.

Orden.

La Religión necesita de personas que estén consagradas a ejercer las funciones del culto, predicación y demás oficios sagrados, y para esto estableció Jesucristo N. Señor el sacramento del Orden sacerdotal, por lo cual quedan consagrados al culto del Señor los ministros de la Iglesia y reciben gracias particulares para ejercer convenientemente las divinas funciones. El Apóstol S. Pablo excitaba a su discípulo Timoteo a que "resucitara y desarrollara en sí mismo la gracia que se le había dado por la imposición de las manos" es decir, por la consagración sacerdotal.

Como en la antigua alianza Dios se había separado para su servicio a la tribu de Laví, en la nueva separa y consagra por medio de este sacramento a los sacerdotes y demás ministros. Esto quiere decir CLERO: porción separada o escogida para el servicio de Dios.

El sacramento del orden lo confieren los Obispos por diversas ceremonias, principalmente por la imposición de las manos, por medio de la cual el ordenado recibe al Espíritu Santo, o sea la gracia sacramental.

El sacramento del orden tiene diversos grados, a saber: Los OBISPOS (esto es, vigilantes) que tienen la plenitud del sacerdocio, consagran a los demás ministros, y gobiernan la Iglesia; PRESBITEROS (estos es, ancianos) que administran los sacramentos, predican, bendicen, etc.; DIACONOS y SUBDIACONOS que ministran y ayudan al Sacerdote en el altar. Los órdenes menores, que propiamente hablando no constituyen un sacramento, son cuatro: a saber, los de OSTIARIO, LECTOR, EXORSISTA Y ACOLITO; por la TONSURA seentra en el clericato.

El orden imprime en el que lo recibe el carácter sacerdotal, carácter que no puede perderse aun cuando el ministro se haga indigno de su ministerio. Debemos siempre venerar a los Sacerdotes y demás ministros, por razón de la dignidad que han recibido y del ministerio que ejercen.

Además les debemos gratitud y amor, porque de ellos recibimos los sacramentos, ellos oran por nosotros y ofrecen el Santo Sacrificio; ellos nos enseñan y nos guían hacia Dios. Por esto el pueblo fiel les llama PADRES.

LECCION XXI.

Matrimonio.

El sacramento del matrimonio mira al bien social, santifica la unión indisoluble de los esposos cristianos, dándoles gracias para llevar santamente el estado del matrimonio y cumplir con sus cargos y deberes, principalmente por lo que mira a la formación y educación cristiana de la familia.

Nuestro Señor Jesucristo elevó el contrato matrimonial a la dignidad de sacramento; así es que entre cristianos no hay verdadero matrimonio sin sacramento. Para que sea válido, por lo general debe celebrarse ante el Párroco y dos testigos, y no debe haber entre los pretendientes ningún IMPEDIMENTO que obste al matrimonio.

Los principales impedimentos canónicos son los parentescos de consanguinidad hasta el 3er. grado, y de afinidad lícita hasta el 2o. grado.

El vínculo matrimonial es indisoluble: sólo la muerte lo desata; así es que nunca puede ser lícito el verdadero divorcio, o sea la separación de dos esposos para contraer nuevo matrimonio. La simple separación de cohabitación puede ser lícita en casos muy excepcionales.

El matrimonio llamado civil, no es válido ni legítimo ante Dios y la conciencia; sin embargo además del matrimonio religioso, es preciso registrar civilmente el contrato matrimonial, para obtener los efectos civiles.

El ministro del matrimonio son los esposos que mutuamente se expresan la voluntad de contraerlo; pero regularmente es necesaria la presencia del sacerdote autorizado.

El sacramento del matrimonio debe recibirse en gracia de Dios.

El matrimonio es la base de la familia cristiana, la cual lo es de la sociedad. En la familia bendecida por Dios, encuentra el hombre los auxilios y consuelos que necesita, y la paz y el bienestar a que puede aspirar en el mundo. No hay lugar más sagrado sobre la tierra, fuera del templo de Dios, que el hogar doméstico consagrado y santificado por el sacramento del matrimonio.

LECCION XXII

Dogmas.—La Comunión de los Santos.

Hemos dicho que la Iglesia en este mundo forma un todo o cuerpo moral del que todos los católicos somos partes o miembros; ahora debemos añadir que esta Iglesia terrestre que se llama también MILITANTE está unida a los bienaventurados que ya reinan en el cielo con Cristo, o sea la Iglesia TRIUNFANTE, y a las almas que se purifican en el otro mundo o sea la Iglesia PACIENTE. J. C. nuestro Señor, como cabeza y jefe de todos las almas redimidas, es el lazo de unión que las liga y estrecha entre sí, y reparte y comunica a todas la vida de la gracia.

Por otra parte, la Iglesia triunfante ayuda con el tesoro de sus méritos y oraciones a la Iglesia militante, y ésta a su vez a la paciente, no de otro modo que en un cuerpo, unos miembros ayudan a los otros, y en una sociedad se auxilian mutuamente las partes que la forman. Los santos piden por nosotros, y nosotros rogamos por las almas del purgatorio. Además, los que estamos en el mundo, pedimos y hasta merecemos los unos por los otros, auxiliándonos mutuamente en el orden espiritual. A todo esto se llama la COMUNION DE LOS SANTOS.

Sucede en el mundo espiritual lo que en el físico, que el trabajo y las acciones de los unos redundan en bien y provecho de los otros. Y en verdad que, habiendo sido creado el hombre, no para pasar una vida aislada y egoísta, sino para vivir socialmente y ser útil a la gloria de Dios y al bien de sus hermanos, nada más conforme con su naturaleza que esta comunicación de bienes espirituales de que venimos hablando. La

Religión no destruye la naturaleza humana, sino que la perfecciona y la eleva.

¡Qué consolador es este dogma de la Comunión de los Santos! Por él sabemos que estamos unidos en Cristo con nuestros parientes y amigos difuntos, y que los sufragios que hagamos por éstos, como oraciones, limosnas, etc., les son provechosos; por él sabemos que los santos interceden por nosotros, y podemos implorar confiadamente la protección y las súplicas de los que ya reinan con Cristo, sobre todo, de la Reina del Cielo, nuestra Madre la Virgen María. Por él en fin se suple nuestra impotencia en favor de nuestros hermanos, pues siempre podemos ayudarles con nuestras oraciones.

LECCION XXIII.

Dogmas.—Vida futura.

La Religión cristiana, acorde con nuestra razón natural, nos enseña que nuestra alma subsiste después de su separación del cuerpo, es decir después de la muerte, y que para ella comienza una nueva vida, en la cual recibirá de Dios N. S. el premio o castigo de sus buenas o malas obras. Todos los pueblos lo han creido así, y sería un insensato y un impío quien afirmara que todo se acababa para el hombre con la vida presente, porque contradeciría a su razón, a su conciencia y a la palabra de Dios.

Además, la Religión nos enseña que con la presente vida termina el tiempo que Dios nos ha dado para merecer, y que al terminar su vida, el hombre será juzgado por Dios, y recibirá un premio eterno en el cielo, o un eterno castigo en el infierno, según sus obras.

El Evangelio hace muchas veces mención del fuego eterno, castigo de los réprobos, y de la gloria eterna, premio de los buenos.

Como nuestra alma aspira naturalmente a una dicha eterna, también debemos temer una eterna desgracia.

Nuestra alma, es, por su propia naturaleza, indestructible, como que es un ser espiritual; así es que el premio o castigo que se le imponga, será conforme a su naturaleza, es decir, eterno.—El pecador renuncia libre-

mente a Dios, y pone su último fin en las criaturas, y muriendo obstinado en su rebeldía, o sea en estado de pecado mortal, Dios a quien renunció, le separa para siempre de su lado y le impone una pena proporcionada a sus crímenes; y como ya no puede arrepentirse ni hacer penitencia, porque pasó para él el tiempo de libertad, resulta que permanecerá siempre en aquel triste estado. Quien voluntariamente se sacara los ojos, permanecería para siempre privado de la vista si hubiera de vivir eternamente. En cuanto a la pena positiva que se imponga a cada réprobo, ésta, como hemos dicho, será proporcionada al número y gravedad de sus pecados, cosa sólo conocida de Dios.

Por el contrario, los justos que murieron en gracia de Dios, serán admitidos al goce de su Señor, y no perderán jamás aquel estado de dicha y felicidad, porque ya no podrán pecar.

Las almas que mueren en gracia de Dios, pero debiendo alguna pena por sus culpas, la satisfacen y se purifican en el PURGATORIO. Ya hemos advertido que podemos nosotros ayudar con nuestros sufragios a las almas del Purgatorio: "Es santo y saludable pensamiento, dice la santa Escritura, orar por los difuntos; para que sean librados de sus pecados." (II Machab. XII, 43.) La tradición y la autoridad de la Iglesia confirman esta verdad.

Muy conveniente parece que nuestros cuerpos que son partes sustanciales de nosotros mismos, participen de la gloria o desdicha de nuestras almas; y así será en efecto, pues la Religión nos enseña el dogma de la RESURRECCION DE LA CARNE, es decir, que el último día de los tiempos, por un milagro de la omnipotencia del Señor, resucitarán nuestros cuerpos para unirse con nuestras almas y participar de su suerte eterna. La palabra de Dios es la garantía de esta verdad. Esta general resurrección se verificará el día del juicio, en el que ante todos los hombres congregados a la voz omnipotente del que los creó, bajará del cielo por segunda vez Jesucristo lleno de gloria y majestad, y juzgará al mundo; a los justos los pondrá a su derecha, y a los réprobos a su izquierda, y dirá a los primeros: "Venid benditos de mi Padre a poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo"...; y a los réprobos les dirá: "Id malditos al fuego eterno"... "E irán estos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna." (Mateo XXV. 41, 46.)

LECCION XXIV.

CULTO:

Ya hemos dicho que se llama CULTO al homenaje que el hombre rinde a Dios.

El culto puede ser interno y externo; privado y público.

El culto interno es el que dirigimos a Dios con los actos de nuestra alma, sin que se traduzca por palabras o signos exteriores, el segundo es el que se manifiesta al exterior. Para cumplir con el deber que tenemos de honrar a Dios, no basta con adorarlo en lo secreto del corazón, sino que es preciso expresarle nuestras adoraciones con todo nuestro ser; y por tanto, siquiera en algunas ocasiones, también nuestro cuerpo debe tomar parte en el culto que a Dios dirigimos, con oraciones, genuflexiones, etc. Pero peor sería reducir nuestro culto a actos puramente exteriores, porque estos son vanos y mentirosos cuando no proceden del corazón. Nuestro Señor Jesucristo decía: "Los verdaderos adoradores adorarán a Dios en espíritu y en verdad.

El culto privado es el que dirige a Dios un individuo particular o una familia en lo privado del hogar; público es el que a Dios se rinde socialmente en el templo (lugar público destinado a la oración) y el que a Dios tributa la Iglesia por medio de sus ministros. No basta con adorar a Dios en lo secreto del hogar, porque siendo nosotros seres sociales, debemos reconocer a Dios ante los demás hombres y ante la sociedad. La sociedad misma, como tal, está obligada a rendir a Dios el debido culto, pues que tiene a Dios por autor, y Dios es el soberano lo mismo de la sociedad que del individuo. Las naciones, pues, como los individuos, deben reconocer la Religión verdadera, y por medio de ella tributar al Señor el culto que le es debido.

Nuestro culto a la Divinidad se expresa principalmente por medio de la oración y del sacrificio: de estas dos cosas hablaremos en las lecciones siguientes:

LECCION XXV.

LA ORACION.

El medio más fácil y usado para rendir a Dios nuestros homenajes, es la Oración. Defínese comunmente la Oración diciendo que es la elevación de nuestra alma a Dios.

La Oración puede ser LAUDATORIA o IMPETRATORIA, según que tenga por fin principal honrar a Dios Nuestro Señor, o alcanzar sus favores. En la primera se comprenden las adoraciones, alabanzas, acciones de gracias, actos de amor, etc.; en la segunda los ruegos y peticiones que pueden tener por objeto obtener el perdón de los pecados, los bienes espirituales y los temporales, para nosotros y para los demás hombres. Aun la Oración impetratoria, si se hace con las debidas disposiciones, es un homenaje que se hace a Dios, porque por ella reconocemos implícitamente y honramos las perfecciones de Dios, a saber, su poder, su bondad, su sabiduría, su misericordia, etc. La Oración es necesaria, 1o. porque debemos expresar al Señor nuestra sumisión y nuestro amor, y porque El mismo nos ha mandado orar; 2o. porque sin la oración no obtendremos las gracias que necesitamos para guardar la ley de Dios y salvarnos.

Dios N. S., que nos ha concedido el favor de poder orar; nos ha hecho en ello una gran merced, porque por medio de la Oración podemos conseguir innumerables favores, para nosotros y para nuestro prójimo; en ella tenemos el remedio seguro de nuestras necesidades, una fuente de consuelos y de merecimientos y un medio infalible para asegurar la eterna salvación de nuestra alma. Dios N. S. ha prometido escuchar nuestras oraciones, cuando éstas sean hechas con las debidas condiciones; y por lo mismo, la oración es de una eficacia segura, principalmente cuando tiene por objeto los bienes espirituales y celestiales.

Nuestra oración debe ser humilde, confiada, perseverante y hecha en nombre y por los méritos de J. C. Para esto, debemos recogernos antes de orar, pues la oración irreverente más bien ofende a Dios que le honra. "Antes de la oración prepara tu alma, y no quieras ser como el hombre que tienta a Dios."

Donde quiera podemos orar, pero principalmente en la Iglesia, que es llamada por esto "Casa de Oración." (Luc. XIX, 46) "Conviene, siempre orar," es decir, tener el espíritu de oración, y practicarla con frecuencia, principalmente en los peligros y tentaciones; en estas puede ser la oración obligatoria, si de otra manera no puede vencerse la tentación. Los buenos cristianos, nunca omiten la oración de la mañana y de la noche.

S. Agustín dijo con razón que el que sabe bien orar, sabe vivir bien.

LECCION XXVI.

SACRIFICIO.

La segunda manera de honrar a Dios N. S. y atraernos sus bendiciones es el "Sacrificio;" éste constituye el acto principal del culto externo y público y es preciso que tengamos una idea exacta de él.

Se entiende por "Sacrificio", la oblación de una cosa, hecha a Dios para rendirle los homenajes que le son debidos. Se ofrece por un sacerdote, y la cosa ofrecida se destruye en honor de la divinidad, reconociéndose con este acto el dominio absoluto que tiene el Señor sobre todas las creaturas. Los fines del sacrificio son cuatro: adorar a Dios, reconociéndole su dominio y poder, darle gracias por los beneficios que nos dispensa, alcanzar el perdón de nuestros pecados, e impetrar los divinos favores.

Cosa notable es que el rito sagrado del sacrificio se ha practicado por todos los pueblos y en todas las religiones, lo cual nos persuade que pertenece a las más antiguas tradiciones del género humano, y que ha sido establecido por Dios como el modo público y solemne con que quiere ser honrado. De hecho nos consta que El estableció los sacrificios de la Ley Antigua, y el gran Sacrificio de la Nueva Ley.

Todos los antiguos sacrificios eran figura y representación del Sacrificio de J. C. que se ofreció a Sí mismo en el altar de la Cruz, para la redención del género humano, J. C. es la víctima pura, racional, infinitamente agradable a los ojos del Altísimo, como que es el Hijo de Dios humanado; El es el que con su sangre reconcilió al cielo con la tierra.

Para perpetuar el Sacrificio de la Cruz, J. C. N. S. estableció el del altar, que se llama Misa, y que no es distinto de aquel, sino el mismo en sustancia ofrecido de modo diferente: el de la Cruz fué "cruento" (o con derramamiento de sangre), y el del Altar, incruento. La Misa la estableció N. S. en la última cena. No hay pues para el cristiano, obra con que mejor honre a la Majestad de Dios, y procure su propio bien, que la MISA oída con humildad y devoción: por esto santificamos principalmente con ella el día del Señor.

La Misa se ofrece solamente a Dios, pero puede ofrecerse a la divina

majestad en honor de algún santo. Aprovecha así a los vivos como a las almas del purgatorio. Aprovecha principalmente a aquellos por quienes se ofrece. Participa con particularidad de la Misa, aquel que en ella recibe la Sagrada Comunión.

LECCION XXVII.

Culto de los Santos.

Además del culto supremo que damos a Dios, y que llamamos ADORACION, hay un culto secundario que llamamos VENERACION y lo referimos a los ángeles y a los santos, y sobre todo a la Reina de ellos, María Santísima, Madre de Dios.

Si honramos en este mundo a nuestros padres y superiores, a las personas constituídas en dignidad, a los héroes y a los sabios, ¿Por qué no hemos de tributarles especiales honores a los santos que triunfaron del mundo y que ya reinan con Dios?

Aunque Dios N. S. es el apoyo y fundamento de nuestra esperanza, también tenemos confianza en los Santos, y les pedimos que rueguen por nosotros ante el Señor como amigos suyos que son.

Dios nos dispensa en el orden natural muchas gracias por medio de nuestros padres y bienhechores; lo mismo quiere hacerlo en el orden sobrenatural por medio de los santos y sobre todo de la Santísima Virgen María.

Jesucristo N. S. es el supremo mediador entre Dios y los hombres, pero esto no quita que también los Santos participen secundariamente del oficio de intercesión, y que sean nuestros medianeros ante el mismo J. C. Señor nuestro.

María Santísima participa más que ningún otro Santo de este poder de intercesión y mediación porque está más íntimamente unida con Cristo, y por la gracia excelentísima que corresponde a la que es Madre de Dios y Reina del cielo.

Llamamos SANTOS, a aquellos que la Iglesia ha CANONIZADO, es decir, ha declarado que reinan con Dios, y decretado que se les honre con culto público y solemne.

La Iglesia quiere que honremos a los santos procurando principalmente imitar sus virtudes.

Llamamos MARTIRES a los que han dado su vida por la fe. La Iglesia ha canonizado a la mayor parte de los mártires.

Como se ve el culto de los santos es un resultado de la unión que la Iglesia de la tierra tiene con la del cielo, o sea del dogma consolador de la COMUNION DE LOS SANTOS, que ya explicamos en otro lugar.

LECCION XXVIII.

Imágenes y reliquias.

El culto que tributamos a J. C. N. S., a la Virgen Sma. y los santos, es de dos maneras, absoluto y relativo; absoluto o directo es el que rendimos directamente a Dios y a los santos, relativo es el que les rendimos en sus imágenes y demás cosas que los representan.

Guiados por el buen sentido, los católicos veneran y dan culto a las imágenes, no por lo que son en sí, sino por lo que representan: este culto pasa a la persona representada. Así cuando un hijo besa el retrato de su padre, o le tributa honores, no es el papel ni el lienzo al que honra, sino a su padre allí retratado. El objeto de nuestro culto no son las apariencias, sino la sagrada persona representada por aquellas apariencias exteriores. Las imágenes avivan en gran manera el fervor y la devoción de los fieles. Además, las imágenes están dedicadas al culto y consagradas por la bendición de la Iglesia; y algunas son objeto de particular devoción porque Dios se ha servido de ellas para dispensarnos grandes mercedes.

Damos también culto relativo a la Cruz, porque es la insignia del cristiano y nos recuerda a Cristo que en ella nos redimió. Además, Dios ha comunicado a la señal de la Cruz una secreta virtud contra el demonio; y éste tiembla ante la Cruz en donde fué vencido, como tiembla el delincuente ante el instrumento de su castigo. Por todo esto los cristianos hacen con fe y devoción la señal de la Cruz que es la bandera de nuestra fe, representa a Cristo y es arma poderosa contra nuestros enemigos.

Las reliquias de los santos merecen también los honores de nuestro culto, porque nos recuerdan a los santos a quienes pertenecen, y fueron

como consagradas por su contacto. Si tributamos honores a los restos de nuestros antepasados, ¿Cuánto más debemos rendírselos a los de los santos que fueron templos de Dios, y que el día de la resurrección participarán de la gloria de que ya disfrutan sus almas bienaventuradas?

A los santos dirigimos oraciones particulares, y en honor de ellos rezamos el Padre nuestro, pidiendo a Dios por intercesión de los mismos santos.

Cuando más se estudian las prácticas de la Iglesia se las encuentra más racionales y más conformes con los sentimientos de nuestro corazón, y sólo la impiedad o la temeraria ignorancia pueden ponerlas en ridículo.

LECCION XXIX

Moral.—Generalidades.

Dios es esencialmente santo y perfecto y por lo mismo, al crear al mundo quiere que en él se refleje su perfección y santidad. Por esto ha puesto a los seres físicos leyes de orden y de armonía, y a los seres inteligentes leyes morales; los primeros guardan las leyes que Dios les impuso, de una manera inconsciente y necesaria; los segundos las guardan o las violan de un modo espontáneo y libre: si las guardan, hacen méritos que Dios premiará; si las violan, hacen pecado que Dios castigará, viniendo a ser el premio lo que corone el orden y el castigo lo que lo restablezca. La voluntad de Dios que quiere en todo el orden y la santidad, se llama "ley eterna."

La ley que debe regir las acciones libres del hombre la llamamos "ley moral." La ley que Dios ha impreso en nuestros corazones, y en cuanto la conocemos por la razón se llama "ley natural;" a las leyes que Dios nos ha impuesto por medio de la revelación las llamamos "leyes divinas"; a las que nos imponen los que tienen derecho de mandarnos, las llamamos "humanas"; si estas proceden de la Iglesia serán "eclesiásticas."

"Toda potestad viene de Dios," dice el apóstol S. Pablo, y por lo mismo desobedecer a los que nos mandan con legítimo derecho, es desobedecer a Dios y violar la ley moral.

El cumplir la ley de Dios y observar el orden moral es la misión que tenemos en el mundo y el medio único de llegar a nuestro último fin.

Para no extraviarnos en el conocimiento de nuestros deberes morales, Dios nos ha dado por guía a la Santa Iglesia, cuyas definiciones solemnes sobre la moral son infalibles, lo mismo que las que se refieren a la fe.

Conocemos la ley de Dios y el orden moral aplicado a la práctica, por medio de la "conciencia," que es el juicio que nos formamos de la licitud o ilicitud de una acción La "conciencia recta" (es decir conforme a la ley) que nos formemos justa y prudentemente, debe ser la última norma de nuestras acciones.

La violación de la ley se llama "pecado", el cual puede ser "grave" o "leve" según la ley violada y la mayor o menor culpabilidad del que la viola.

El pecado mortal es una grave ofensa a la ley moral; se llama "mortal" porque nos priva de la gracia que es la vida divina del alma. El pecado leve suele llamarse "venial."

El cristiano debe esforzarse para ser no sólo "justo", cumpliendo exactamente la ley, sino también "virtuoso" y "perfecto", procurando la mayor elevación y perfección de sus acciones. "Sed perfectos, dijo N. Señor, como vuestro Padre Celestial es perfecto." El Evangelio es una ley de justicia y de perfección. A esta perfección llevada a un alto grado la denominamos "santidad."

LECCION XXX.

Deberes para con Dios.

Nuestros deberes tienen por objeto a Dios, a nosotros mismos y a los demás hombres.

Siendo nosotros creaturas de Dios, claro está que tenemos deberes para con él, y éstos serán los primeros y más nobles de nuestros deberes.

Siendo Dios un ser espiritual, y siendo también nuestra alma un espíritu, nuestras principales relaciones para con Dios serán asimismo espirituales. Las almas se relacionan por la fe y la confianza y por el amor, de donde se deduce que las virtudes de nuestra alma que miran a Dios, o sean las virtudes teologales, son: fe, esperanza y caridad. Debemos creer en Dios y en cuanto El nos ha revelado y enseñado: de esta manera rendimos a Dios el homenaje de nuestra inteligencia.

Si no creyéramos ni confiáramos en nuestros padres y amigos, sería imposible el amor filial y la amistad. Así sin nuestra fe en Dios es imposible establecer nuestras relaciones con El, sirviéndole y amándole.

El que no cree en las verdades que Dios nos ha revelado, se llama infiel; el que niega algún dogma de fe se llama hereje.

Falta también a su fe el que duda de alguna verdad enseñada por la fe, el que se avergüenza de su fe y su religión o hace burla de ellas, y el que se expone al peligro de perderlas, con malas lecturas, o trato íntimo en materias religiosas con personas incrédulas, y finalmente el que de cualquier modo favorece la irreligión o la herejía.

Inútil sería nuestra fe en Dios si no confiáramos en El y en sus divinas promesas: la esperanza viene a ser como una consecuencia de la fe. El que desconfía de la divina bondad, el que desespera de la salvación de su alma, el que no abriga la esperanza de que en sí mismo se cumplan las promesas de Dios, falta a sus deberes de creatura hijo de Dios, e injuria a la infinita clemencia y bondad del Señor. Peca también contra la esperanza, el que se apoye en la bondad de Dios y en la confianza de que le perdonará para entregarse al pecado. No debemos olvidar que si Dios es infinitamente bueno, también es justo y santo, y que si de parte de Dios no faltarán sus divinas promesas, por nuestra falta podemos perdernos. "Obrad vuestra salvación con temor y temblor."

De la fe y la esperanza se deduce la caridad: consiste la caridad en tener de Dios N. S. la debida estima, mirando en El nuestro bien supremo, y estimando su amistad más que ningún otro bien. Ama a Dios sobre todas las cosas, dice el P. Ripalda, el que desee perderlas todas, antes que ofenderle. Debemos procurar también el amor afectivo hacia el Señor, dirigiendo a El los afectos más nobles de nuestro corazón. Ofendemos la caridad no sólo con el odio a Dios (¡Pecado horrible y satánico!), sino también con el olvido y menosprecio del Señor, y con cualquiera ofensa a su santa ley.

LECCION XXXI.

Deberes para con Dios.

(CONTINUACION)

Debemos expresar a Dios nuestra sumisión y nuestro amor por medio del culto, de la manera que queda dicho en las lecciones anteriores.

Es obligación del cristiano, orar y santiticar el domingo (o día del Señor) y los demás días festivos. Los domingos y días de fiesta deben santificarse principalmente oyendo la Misa. Muy conformes con el espíritu de la Iglesia es practicar en el día domingo algunas otras buenas obras, como oír la palabra de Dios, leer buenos libros, dar limosnas, visitar a los enfermos, etc. La Iglesia nos manda santificar los días festivos absteniéndonos del trabajo material y servil. El que trabaja en día de fiesta sin grave y urgente necesidad, peca contra el precepto de la Iglesia. El fin de los días fstivos, después de honrar a Dios, es dar descanso al cuerpo y alimento a la vida espiritual del alma.

Peca contra el culto que debe a Dios, el que no profesa la verdadera Religión y el que no la practica. Peca también el que tributa a otros seres el culto que debe a Dios, el que invoca al demonio y el que cree en supersticiones o las practica.

El espiritismo está condenado por la Iglesia como una grande superstición. En las prácticas espiritistas interviene el demonio enemigo de Dios, pues no pueden ser ni Dios ni los ángeles o espíritus buenos los que se prestan a esas farsas y mentiras, respondiendo al llamamiento de un cualquiera o satisfaciendo la vana curiosidad de los hombres. Sabemos muy bien que Dios y sus ángeles, cuando se manifiestan a los mortales, lo hacen para un alto fin y de una manera majestuosa y digna. Por otra parte sabemos por la fe, que las almas de los difuntos van desde la muerte al lugar que Dios les asigna, y no pueden hallarse a merced de evocaciones y prácticas supersticiosas y ridículas. Creer en el espiritismo es renunciar a la fe cristiana, y ponerse al nivel de los antiguos idólatras que consultaban a sus oráculos y pitonisas. El demonio es padre de la mentira, siempre ha engañado y tratará siempre de engañar a los incautos mortales.

Son también supersticiosas muchas prácticas del llamado magnetismo animal, del hipnotismo llevado a cierto punto, etc., y están conexas con el espiritismo. El cristiano debe, bajo pena de pecado mortal, evitar esas prácticas siempre que aparezca en ellas algo de sobrenatural; y aun las más sencillas de esas cosas no dejan de ser peligrosas y expuestas, pues el diablo se sirve en ocasiones de ciertas fuerzas naturales a las

que añade algo de sí, para engañar a las almas, y en estos casos es muy difícil distinguir lo natural de lo diabólico. Esta manera de proceder engañosa y taimada es muy propia del espíritu del mal.

También están condenadas por la Iglesia las doctrinas y prácticas de la llamada Teosofía. No debe asistirse a reuniones teosóficas.

Ofendemos también a Dios jurando en vano o sea con mentira, y jurando como cierta una cosa dudosa. El que jura hacer algún mal, peca, pero no debe cumplirlo; si el mal que jura es grave, el pecado también lo será. El que jura sin necesidad falta a la reverencia que debe al santo nombre de Dios, y por esto peca venialmente. El que jura con verdad y por grave necesidad, en negocios de importancia, no peca, antes honra a Dios.

Es también pecado no cumplir, pudiendo hacerlo los votos o promesas que hacemos a Dios o a sus santos.

Debemos hacer oración a Dios con frecuencia, y principalmente en las tentaciones y peligros. Debemos también implorar la intercesión de los santos, y sobre todo de la Sma. Virgen pues es voluntad de Dios el que ellos y principalmente la Madre de Dios nos ayuden a salvarnos.

LECCION XXXII.

Deberes del hombre para consigo mismo.

El hombre tiene deberes para consigo mismo, porque se los ha impuesto Dios, Señor y dueño del hombre. Debe éste conservar su vida, y el atentar contra ella por el suicidio es un crimen, porque no es el hombre dueño absoluto de su propia existencia, y porque al quitársela, falta a las obligaciones que tiene con su familia y con la sociedad. ¡Triste muerte la del que muere revelándose contra la soberana voluntad de Dios y faltando a todos sus deberes! No sólo debe el hombre conservar su vida, sino también instruirse y educarse para ser útil a la familia y a la sociedad. Para esto ha de poner mucho cuidado en conocer y seguir su VOCACION, es decir, el estado y oficio o profesión a que le destine la Providencia: para conocerlo hay que considerar bien nuestras aptitudes, inclinaciones y demás

circunstancias, y tener presente que la vida de este mundo es una preparación para la eterna.

El trabajo físico o intelectual es un deber del que nadie puede prescindir.

Debe procurar el hombre de un modo especial su perfección moral, evitando toda clase de vicios y adquiriendo las virtudes naturales y cristianas.

Debemos huir principalmente de los que nuestro catecismo llama vicios o pecados capitales, a saber: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza, y adquirir las virtudes opuestas.

Para llegar a ser lo que nuestra vocación; o sea la voluntad de Dios exige de nosotros, es preciso trabajar por perfeccionarnos moralmente. He aquí algunos medios para lograrlo: Procuremos conocernos a nosotros mismos, estudiando nuestro carácter. Procuremos corregir sin descanso nuestras malas inclinaciones, y desarrollar las buenas. Procuremos corregir en particular la pasión que más nos domine. Procuremos dirigirnos en todo por la conciencia y la razón, y no por el gusto o capricho. Excelente medio de perfección moral es el examen de conciencia. Imploremos humilde y constantemente la gracia de Dios.

El cristiano debe aspirar a la mayor perfección posible según su estado. Sed perfectos, dijo N. S. Jesucristo, como vuestro Padre Celestial es también perfecto.

Los llamados CONSEJOS EVANGELICOS no obligan a todos, sino a los que tienen para ello vocación especial: son el camino de la perfección y santidad cristiana. El catecismo los expresa en estas palabras: pobreza voluntaria, estado de castidad y vida de obediencia.

LECCION XXXIII.

Deberes para con nosotros mismos.

La sana moral lo mismo que la Religión prohiben al hombre toda clase de desórdenes por lo que mira a los placeres sensuales. Dios puso el deleite en el uso de nuestros sentidos, como estímulo y no como fin; así por ejemplo, el gusto en la comida no es el fin que debemos proponernos

al comer: puede comerse CON GUSTO; pero el comer únicamente POR GUSTO, sería un desorden, y un pecado de GULA. Lo que decimos del gusto puede extenderse a todos los otros sentidos. En todos debe evitarse el desorden y el exceso.

Y hablando de esto debemos hacer hincapié en lo inmoral y desastroso del vicio de la embriaguez. Por ese vicio el hombre se priva de la más noble de sus facultades, la inteligencia, y se pone en estado de cometer toda clase de desórdenes, cargándose con la responsabilidad de ellos; se convierte en una furia, y disgusta y martiriza a su familia y a cuantos tratan con él; rebaja y embota sus facultades y va embruteciéndose poco a poco; se acarrea a sí mismo enfermedades sin número, y causa infinitos males a sus descendientes, porque les transmitiría una naturaleza débil y emponzoñada. ¡Qué responsabilidad tan grande la del que se entrega al repugnante vicio de la embriaguez!

En cuanto a la funesta pasión de la deshonestidad e impureza, la ley de Dios la condena con especial severidad. No solamente prohibe el adulterio y la fornicación, sino también todo lo que es contrario a la virtud de la castidad; pensamientos, conversaciones, deseos, miradas y cualquiera clase de acciones. Este pecado siempre es mortal, aún tratándose de pensamientos, con tal que haya deleitación con pleno consentimiento: es deshonroso a los ojos de los hombres, aborrecible ante Dios y desastroso en sus consecuencias; oscurece la luz de la razón, embota los sentimientos nobles, y debilita el cuerpo, predisponiéndolo a toda clase de enfermedades. Es preciso huir de las ocasiones que inducen a la impureza: lecturas lascivas, cuadros o pinturas indecentes, representaciones teatrales indecorosas, tratos inconvenientes, malas compañías, etc.; peca quien voluntariamente se expone al peligro inminente de pecado. Los mejores remedios contra ese pecado de impureza son: la oración (principalmente en las tentaciones), la devoción a la Virgen Santísima, la mortificación, y sobre todo el frecuente uso de los santos sacramentos.

Para evitar la intemperancia, la impureza y demás vicios parecidos, debemos acordarnos de nuestra dignidad de seres racionales y de cristianos El Apóstol San Pablo nos aconseja respetarnos a nosotros mismos como templos de Dios.

Siempre nos está prohibida la mentira, la cual es intrínsecamente mala, tanto por el abuso que se hace con ella de esta nobilísima facultad de

hablar, con la cual nos dotó Dios N. S., como también porque sobre la veracidad descansa el trato social.

LECCION XXXIV.

Nuestros deberes para con el prójimo.

Teniendo todos los hombres igual naturaleza, un mismo origen y un mismo fin, y habiendo sida hechos para vivir en sociedad, tenemos deberes y derechos recíprocos que es preciso cumplir y respetar. Aparte de nuestra común naturaleza, somos también hermanos por la redención y por la gracia, y la voluntad de Dios es que vivamos en el mundo unidos por el estrecho lazo de la caridad fraternal. Por aquí puede comprenderse la malicia del homicidio, pecado que con razón horroriza a la conciencia cristiana. No podemos nosotros sin hacernos reos de ese pecado quitar la vida a nuestro prójimo, aunque sea nuestro enemigo, ni aun siquiera acelerar su muerte, fuera del caso de guerra justa, de la pena de muerte inflingida por la legítima autoridad, y de la propia y necesaria defensa; en este último caso, es decir, cuando alguien nos ataca injustamente puede rechazarse con la fuerza al injusto agresor, y aun quitarle la vida si no hay otro medio para salvar la propia. La justicia y la caridad nos vedan pasar los límites de la estricta defensa.

Se ve desde luego que la ley natural y divina no se limitan a prohibirnos el homicidio, sino también cualquier daño corporal, o moral causado a nuestro prójimo: corporal, como enfermedades, golpes, heridas, etc.; moral, como humillaciones, injurias, maldiciones, etc. El bien común y la caridad cristiana prohiben toda venganza. Y como nuestra Religión y la moral cristiana tratan de reformar al hombre no sólo en el exterior sino en el alma y corazón, nos son también prohibidos los odios, los deseos de venganza o de cualquier mal para nuestro prójimo, la cólera injusta o inmoderada, el desprecio, etc.

Mas si es pecado cuanto tiende a perjudicar al prójimo en su vida física o moral, mucho más lo será lo que tiende a perjudicarle en su vida espiritual y cristiana. El inducir al pecado directa o indirectamente a nues-

tro prójimo se llama ESCANDALO. Son escandalosos los que enseñan el mal, los que hacen propaganda de inmoralidad e irreligión por medio de periódicos, folletos, libros, etc., etc., los que promueven o representan comedias inmorales, los que pintan cuadros indecorosos, los que no evitan el mal pudiendo evitarlo, o no apartan a sus subordinados del peligro, los que dan malos ejemplos, etc. etc. Ntro. Señor condena en el evangelio con frases durísimas el escándalo, sobre todo el que se da a los niños y a los inocentes.

Piense el hombre que bastante tiene con sus propios pecados, y no se haga reo de los pecados ajenos.

LECCION XXXV

Deberes para con el prójimo.

Para con nuestros prójimos tenemos dos clases de deberes; de justicia, y de caridad; de justicia respetando sus personas, sus derechos y sus bienes: de caridad, amándoles y haciéndoles bien. A unos y otros deberes estamos obligados por la ley natural, y por la ley positiva de Dios.

El evangelio insiste sobremanera en la caridad para con nuestro prójimo, y al investigar las relaciones que tenemos con él no debemos perder de vista ese gran precepto de la caridad. Quiere Dios nuestro Señor que como complemento del deber que tenemos de amarle a El y como prueba de ese amor, amemos también a nuestro prójimo. "El que dice que ama a Dios y no ama a su hermano, es un mentiroso," dice el Apóstol San Juan.

El segundo mandamiento de la ley, dijo el Salvador, es semejante al primero: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo." Para cumplir este precepto, es necesario no querer mal a nadie, antes desear a todos toda clase de bienes, orar por todos y hacerles bien según podamos. Este amor no admite excepciones; y por precepto expreso de J. C. debemos amar de esta manera hasta a nuestros enemigos, estando dispuestos a perdonarles, y no excluyéndoles de nuestras oraciones ni de nuestros servicios en casos de necesidad.

Se deduce de esto la necesidad para el cristiano de hacer OBRAS DE MISERICORDIA. Enseñar, corregir, aconsejar a nuestro prójimo, guiados siempre por la prudencia, es para nosotros una necesidad; lo mismo que

socorrer a los necesitados con nuestras limosnas y servicios personales. En necesidad EXTREMA de nuestro prójimo, estamos obligados bajo precepto grave a socorrerlo siquiera en lo necesario para sacarlo de aquel gravísimo peligro o extrema necesidad. Los ricos deben dedicar al menos una parte de lo superfluo, es decir de lo que no han menester para sus actuales necesidades, a hacer caridad, y de hacer servir en alguna forma sus riquezas al bien común.

Si de otro modo no podemos ayudar a nuestro prójimo, procuremos hacerlo siquiera con nuestras oraciones.

No puede esperar salvarse aquel que jamás hace obras de misericordia.

Continuaremos estudiando más al por menor nuestros deberes para con el prójimo.

LECCION XXXVI.

Deberes de padres e hijos.

Si con todos nuestros prójimos tenemos deberes, claro está que los tendremos más estrechos con las personas que se hallan más ligados a nosotros por el parentesco, por la autoridad, por los beneficios, trato social, etc.

La ley santa del Señor menciona antes que todos los otros, los deberes que tenemos para con nuestros padres, indicándolos con estas palabras: honrarás a tu padre y madre. En efecto, nuestros padres son las personas a quienes más debemos y esos deberes están comprendidos en la palabra "honrarás." Les debemos dice el catecismo, reverencia, obediencia y socorros. LA REVERENCIA comprende el amor y el respeto; pecaría el hijo que alimentara en su corazón aversión o antipatía contra sus padres, el que se avergonzase de ellos, los menospreciase o insultase.

El buen hijo mira a sus padres como a los representantes sobre la tierra de la divina paternidad de Dios, les habla con respeto, soporta sus defectos y escucha sus consejos; y sobre todo les ama. Debemos obedecer a nuestros padres en todo lo que no contradiga a la ley y voluntad de Dios, porque Dios les ha dado autoridad sobre nosotros. Les debemos por fin socorrer cuando necesiten de nuestros auxilios.

El catecismo resume los deberes de los padres para con sus hijos en

estas palabras: sustentarlos, doctrinarlos y darles estado no contrario a su voluntad. En lo que suelen faltar con más frecuencia los padres es en el segundo de esos deberes: doctrinarlos.

Muchos padres hay que creen cumplir con su deber de padres con criar a sus hijos, descuidándose de EDUCARLOS: se engañan; todavía más importante es la educación que la crianza, porque ¿De qué les sirve la vida si no se les enseña a conducirse bien ni a salvarse? Deben pues los padres educar a sus hijos, darles buen ejemplo, reprenderles con prudencia, instruirlos en su religión y en sus deberes y dirigirlos para que lleguen a ser buenos cristianos. Y no han de olvidar los padres que deben procurar a sus hijos más que nada el bien espiritual, enseñándoles las oraciones y la doctrina cristiana, procurando que cumplan con sus deberes religiosos, disponiéndolos para la primera Comunión, etc. Deben por fin los padres fijarse mucho en los maestros a quienes encomendaren la educación de sus hijos; pecan los padres que entreguen a sus hijos en manos de maestros sin religión ni buenas costumbres y que los puedan pervertir con sus palabras o ejemplos.

Los casados se pertenecen mutuamente y se deben amor, fidelidad y auxilio.

No sólo a nuestros padres, sino también a nuestros maestros y superiores les debemos respeto y obediencia, y ellos a su vez deben procurar el bien de sus discípulos y subordinados. Semejantes deberes ligan a los amos y sus criados.

En particular debemos respeto y obediencia en todo lo que no contradiga a la ley de Dios, a las autoridades así eclesiásticas como civiles; pues unas y otras han recibido de Dios el poder porque "de Dios procede toda autoridad."

LECCION XXXVII.

Deberes sociales.

El derecho de propiedad procede de la naturaleza, se funda en la naturaleza del hombre, y en el trabajo cuyos frutos asegura, es absolutamente necesario para el buen orden y para la existencia de la sociedad, y está garantizado por todas las leyes divinas y humanas.

La ley natural y la religión condenan no sólo el robo, sino también cualquiera clase de injusticia por la cual se perjudique a alguien en sus intereses materiales, como el descuidar el pago de las deudas, el usar de fraudes y engaños en el comercio, el destruir o empeorar las cosas o bienes ajenos, etc.; lo mismo que el faltar a sus compromisos en asuntos de intereses, el defraudar el debido salario al obrero, o sirvientes, etc. El que ha robado o perjudicado injustamente a otros, queda con la obligación de restituir lo que robó, o de reparar los perjuicios causados; esta obligación es grave si se trata de materia grave, y debe cumplirse lo más pronto que se pueda. Por lo demás, la restitución puede hacerse ocultamente. Peca también el que en diversiones inmoderadas o en el funesto vicio del juego dilapida sus propios bienes con perjuicio de su familia, y el que teniendo sobre abundancia de bienes, no atiende a la caridad y beneficencia, y a que sus bienes sirvan al bien social.

Lo que se ha dicho de los bienes o intereses materiales, debe extenderse a los morales; la honra y el buen nombre que pertenece a cada cual. Nadie puede calumniar ni difamar a alguno, (aun en cosas ciertas pero secretas) sin incurrir en pecado; y quien tal hace queda obligado a restituir en lo posible la honra a quien se la quitó, y a reparar los males que con eso le causó.

El pecado de injusticia puede ser grave o leve según la materia robada o los perjuicios causados.

Conviene ser en esta materia sumamente delicados así por conciencia como también por pundonor. Sírvanos de estímulo que la honradez es sumamente apreciable aun a los ojos del mundo.

LECCION XXXVIII

Deberes sociales.

Siendo nosotros miembros de la Sociedad, estamos obligados a cooperar al bien social en cuanto nos sea posible, a respetar a las autoridades legítimas y a obedecer las justas leyes dadas para el bien común. Hay leyes de menor importancia, llamadas penales, que sólo obligan conciencia a pagar después de la sentencia la multa o la pena que impongan dichas leyes.

Como miembros de la Iglesia, debemos respetar a las autoridades eclesiásticas, y obedecer las leyes que el Sumo Pontífice da para toda la Iglesia y cada obispo en su diósesis. Algunas leyes de la Iglesia las hemos mencionado ya en el discurso de estas lecciones. Debemos recordar ahora la ley del ayuno. En general como cristianos nos obliga a todos el precepto de la penitencia, sin la cual, dijo Nuestro Señor, nadie se salvará. Hay muchos modos de hacer penitencia, pero el más común es el ayuno. En particular, debemos ayunar los días que lo mande la Iglesia, siempre que no estemos excusados por edad, enfermedad o trabajo que nos impida el ayuno. En cada caso particular, bueno será consultar al párroco o al confesor.

Nos manda también la Iglesia oír Misa los domingos y días festivos, y abstenernos en esos días, de trabajos serviles. Nos manda igualmente confesarnos y comulgar, por lo menos una vez al año. Aunque bajo pecado grave sólo mande la Iglesia la confesión y comunión anual, su deseo es que todos comulguemos con más frecuencia, y, si es posible diariamente. Por nuestro estado o por nuestras necesidades particulares, a veces podemos estar obligados a recibir los sacramentos, y muy particularmente lo está todo cristiano que se halle en peligro de muerte. El precepto de los diezmos obliga "según las costumbres recibidas y aprobadas en los obispados." Nos prohibe la Iglesia el leer libros impíos o inmorales, y suscribirnos o leer periódicos que exprofeso hacen la guerra a la Religión. Nos prohibe también el inscribirnos en las sociedades secretas que ella ha condenado. A esas sociedades, puesto que ocultan sus últimos fines, no podemos favorecerlas con nuestro nombre, dinero o servicios, pues nos exponemos a cooperar a fines perversos; la Iglesia que las conoce perfectamente y sabe que son grandemente hostiles a la Religión, nos prohibe inscribirnos en ellas o favorecerlas.

Digamos ahora alguna palabra acerca de la Iglesia considerada como Sociedad.

Por razón de su fin y de su institución la Iglesia es la más excelente y noble de las sociedades humanas, y abraza todos los tiempos y todos los lugares. Existiendo la Iglesia en el mundo por institución divina, y teniendo un fin diverso que la Potestad civil, ésta no puede lícitamente oprimir a aquella, ni impedirle su desarrollo y su acción en todo lo que le compete, antes debe favorecerla, pues una y otra tienen por objeto el bien

del hombre, aunque en diverso sentido y por diversos medios.

Como sociedad extena, tiene la Iglesia el derecho de adquirir en propiedad aquellos bienes que son necesarios para sus fines, el de asociación para fines religiosos, etc.

En el orden espiritual la Iglesia es independiente, así como lo es en el orden temporal la potestad civil; pero ninguna puede desentenderse de los derechos de la otra; antes deben favorecerse mutuamente, y en los asuntos mixtos cada potestad debe abstenerse de impedir el racional y legítimo ejercicio de los derechos y atribuciones de la otra. El medio más obvio para conservar la armonía y evitar disputas principalmente en los tiempos actuales es el de los mutuos convenios que suelen llamarse "concodatos."

LECCION XXXIX

CONCLUSION.

Todo cristiano debe poner empeño en el estudio de su Religión, puesto que ella es el medio que tiene para arreglar su vida, para cumplir con sus deberes y sobre todo para salvarse; y sucede por desgracia que son muy pocos los que conocen bien la Religión, y la mayor parte de los incrédulos aunque instruidos en otras cosas, son ignorantes en materias religiosas, y se les podría decir con S. Pablo: Blasfeman de lo que ignoran.

Cuanto más se estudia la Religión más se ve la belleza y sublimidad de sus dogmas, la armonía y razón profunda de sus doctrinas, la pureza de su moral, y no puede menos de amársela.

Si alguna vez encontramos dificultades en el estudio de nuestra Religión o bien nos las proponen los incrédulos, no vacile nuestra fe, seguros como estamos de la verdad de nuestros dogmas garantizados por la autoridad de Dios; sino que atribuyendo la aparente dificultad a nuestros escasos conocimientos, refirámonos a la Iglesia en cuyo seno estamos, y que por medio de sus sabios y doctores ha combatido victoriosamente en todos tiempos todas las herejías y los ataques todos de la impiedad. Nadie podrá ponernos objeción alguna que no haya sido refutada y pulverizada

por los defensores de la fe.

Apóyase nuestra fe en la palabra de Dios, y para defenderla de la impiedad, no estamos solos, sino que vivimos en el seno amoroso de la Iglesia, por medio de la cual Dios nos ha concedido ese riquísimo don de la fe.

BREVES LECCIONES
DE
RELIGION

POR EL PBRO.

JUAN JOSE HINOJOSA

TERCERA EDICION

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

MONTERREY, N. L.

1922

Nihil Obstat.
Dr. Paulus Cervantes
Censor

Imprimatur
J. Joannes a J.
Archiep. de Monterrey

RECOMENDACIONES.

Del Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de Linares.

Es de todo punto necesario a un buen católico tener ante todo una idea clara y completa de nuestra adorable Religión y de las sólidas bases en que se apoya, a reserva de instruirse después más ampliamente en todos o determinados puntos de ella. Para adquirir esa idea general, creemos que podrá ser muy útil la presente obrita, que es un estudio compendiado y breve a la vez que completo de Religión: y por lo mismo, la recomendamos vivamente a todos los católicos de nuestra Arquidiócesis, y en particular a aquellos de los socios de la H. Orden de los Caballeros de Colón que no estén muy versados en esta materia, y a nuestros muy amados jóvenes de la A. C. J. M. y de las Congregaciones Marianas.

Monterrey, Abril 27 de 1922.

J. Juan de J.
Arz. de Linares.

Del Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de Michoacán

Hace catorce años dábamos nuestra aprobación para que se imprimieran las "Breves Lecciones de Religión" del Pbro. D. Juan José Hinojosa, y nos felicitábamos entonces porque los fieles pudieran aprovecharse de lecciones que en pocas palabras sabían encerrar tanta doctrina con toda la precisión teológica del caso y con cierta tendencia apologética tan necesaria en nuestros días.

Con mayor razón damos ahora, que se trata de reimprimirlas, esta nueva recomendación, pues que la necesidad de instruirse ha aumentado a medida que nuestra última revolución ha extendido más que antes la ignorancia religiosa, agravando la situación con el esparcimiento de tantos errores que tienden a desmoronar los mismos cimientos de la sociedad.

Una de las mejores pruebas de la divinidad de nuestra Religión, para quien quiera que reflexione un poco, es que su doctrina nunca envejece ni se arrancia, sino que ha sido y es—(y por tanto simpre será)—capaz de llenar las aspiraciones de todos los hombres, pueblos y épocas.

Hoy pues, que en medio de la asfixia del materialismo ansían los pueblos algo que les devuelva la vida nada mejor que suministrarles este aire espiritual y sobrenatural que se respira en la montaña sagrada de la Religión, única capaz de armonizar a todas las clases sociales para que cumplan con el fin nobilísimo que el Creador de la misma Sociedad les impuso.

Morelia, Abril 10 de 1922.

Leopoldo Ruíz

Arz. de Michoacán.

Del Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo de Tamaulipas.

Hay un librito de muy modesta apariencia que calladamente va haciendo mucho bien á las almas y que deseamos ardientemente que lo haga mayor todavía: BREVES LECCIONES DE RELIGION, escrito por el Sr. Canónigo de la Catedral de Monterrey, D. Juan J. Hinojosa. No vamos a hacer el elogio de la obra que de suyo se recomienda, como todo lo que sale de la correcta pluma del distinguido cuanto modesto escritor regiomontano; nos limitamos solamente á recomendar á los católicos la lectura de obra tan importante.

Bien sabido es que los primeros y más trascendentales deberes que el hombre tiene que cumplir, son los que lo ligan con Dios, su primer Principio y su último Fin; pero seguramente que no los podrá cumplir si no los conoce, y de aquí, la necesidad de estudiarlos para conocerlos y saborear sus frutos.

Y á quién se oculta que el estudio de esos deberes es de absoluta necesidad, principalmente en nuestros tiempos de criminal indiferencia, burdo materialismo, desquiciamiento social y de hambre y sed de goces materiales que degradan al hombre y arruinan la sociedad?

En efecto; si la sociedad ha de salvarse, no ha de ser por medio de teorías y sistemas filosóficos, que jamás han hecho la felicidad de un solo hombre, que engañado con alhagadoras promesas, siente cada día más abrumador el peso de sus miserias, más ardiente la sed de felicidad que ve perderse allá á lo lejos entre los celajes de una esperanza siempre fallida.

Sólo Dios puede salvar la sociedad por medio de su divino Hijo, en nombre del cual únicamente pueden salvarse los hombres. Conocer á Dios y á Jesucristo su Hijo á quién envió á la tierra: he aquí el conocimiento por excelencia que el hombre debe adquirir, so pena de que los demás conocimientos, si no se dirigen á este ó con él se relacionen, le sirvan muy poco para alcanzar la verdadera felicidad.

Facilitar estudio tan importante es lo que se ha propuesto con su obra el Sr. Canónigo Hinojosa, acomodándose á nuestros tiempos en que se vive tan de prisa y todo se desea simplificado.

Mucho deseamos ver esta obra en manos de los católicos, principalmente de nuestra juventud y de las personas que disponen de muy poco tiempo para dedicarse al estudio de obras voluminosas. Creemos también que haría mucho bién si se adoptara como obra de texto en los colegios, aunque para esto quizá fuera conveniente darle la forma dialogada.

De todos modos esperamos que la segunda edición tenga mayor éxito que la primera, y, que BREVES LECCIONES DE RELIGION, sea la semilla fecunda que lleve á muchas almas la luz, el consuelo y la esperanza.

C. Victoria, á 7 de Abril de 1922. Fiesta de los Dolores de María.

José Guadalupe

Obispo de Tamaulipas.

PREFACIO.

No hay duda de que el mayor mal de nuestro siglo es la indiferencia religiosa. Preocupados con exceso muchos hombres por atender a las necesidades de la vida, apenas si conocen la Religión de sus mayores, su propia Religión, y dejan correr los años faltando al primero de sus deberes que es dar a Dios el debido culto, y desatendiendo el mayor de sus intereses que es asegurar la suerte eterna de su alma. Muchos ponen por excusa el que no poseen un libro en que breve y sucintamente puedan instruirse. Ojalá que estas lecciones puedan ser ese libro. No faltan por cierto obras solidísimas y hermosas, de todo género y estilo, que tratan de Religión; pero acaso no todos puedan haberlas a la mano tan fácilmente como esta obrita, y acaso también pueda ella despertar especial interés por adaptarse más particularmente a ciertas exigencias del medio en que vivimos. Mi intento al escribir y coleccionar estas lecciones es el ofrecer a los católicos de mi país que no pueden dedicarse a estudios más extensos, un breve compendio de la Religión Católica; y a nuestros jóvenes un librito manual que les dé desde luego un conocimiento general de la Religión, y los aficione e introduzca en esta clase de estudios.

Como preámbulo y preparación permítaseme transcribir la siguiente página del ilustre filósofo Balmes, tan conocido y leído entre nosotros; en ella pondera la importancia y necesidad de conocer y practicar la Religión, y la locura criminal de los que la miran con indiferencia.

"La vida es breve, la muerte cierta: de aquí a pocos años, el hombre que disfruta de salud más robusta y lozana habrá descendido al sepulcro, y sabrá por experiencia lo que hay de verdad en lo que dice la Religión sobre los destinos de la otra vida. Si no creo, mi incredulidad, mis dudas, mis invectivas, mis sátiras, mi indiferencia, mi orgullo insensato, no destruyen la realidad de los hechos: si existe otro mundo donde se reservan premios al bueno y castigos al malo, no dejará ciertamente de existir porque a mí me plazca el negarlo; y además esta caprichosa negativa no mejorará el destino que según las leyes eternas me haya de caber. Cuando suene la última hora, será preciso morir, y encontrarme con la nada o con la eternidad. Este negocio es exclusivamente mío, tan mio, como si yo existiera solo en el mundo: nadie morirá por mí; nadie se pondrá en mi lugar en la otra vida, privándome del bien, o librándome del mal.

Estas consideraciones me muestran con toda evidencia, la alta importancia de la Religión; la necesidad que tengo de saber lo que hay de verdad en ella; y que si digo "sea lo que fuere de la Religión, no quiero pensar en ella," hablo como el más insensato de los hombres.

"Un viajero encuentra en su camino un río caudaloso; le es preciso atravesarle, ignora si hay algún peligro en este o aquel vado, y está oyendo que muchos que se hallan como él a la orilla, ponderan la profundidad del agua en determinados lugares, y la imposibilidad de salvarse el temerario que a tentearlos se atreviese. El insensato dice: "¿Qué me importan a mí esas cuestiones?" y se arroja al río sin mirar por dónde. He aquí el indiferente en materias de Religión." (Véase la nota 1.)

Pero con ser tan importante el estudio de la Religión, lo es más todavía su prática; y en el mismo acto de buscar la verdad, debe tomar tanta parte, por lo menos, el corazón, como la inteligencia. Fácilmente se estudia y se reconoce lo que se ama.

A este propósito quiero copiar aquí unas líneas hace años dirigidas a un joven y que pueden servir a muchos:

"Temo por ti, amigo mío, no porque dude de la sinceridad y firmeza de tu fé, sino por que me parece que arraiga más en tu inteligencia que en tu corazón. Estudia tu Religión; sí, bien haces en estudiarla, en penetrarte de su verdad soberana; la luz hace bien al espíritu fuerte que para ella fué creado; pero yo añadiré: gusta de tu Religión, practícala, prueba sus divinos frutos, exprime el bálsamo suavísimo que contiene y que regocija y extasía al corazón del hombre: así amarás tu fé, no sólo porque es bella, sino porque te hace bien; será para ti no sólo la claridad de tus ojos, sino la vida de tu alma, y ni el sofisma, ni el escarnio, ni el martirio podrán arrancarla de tu corazón."

Advertiré finalmente que, teniendo la Religión por fin nuestra unión con Dios, preciso es no sólo buscarlo, sino también atraerlo, llamarlo: oremos siempre antes de entregarnos al estudio que la Religión. Si despreciamos este supremo recurso que Dios nos ha dado para llegar a El, aun en medio de la luz no poseeremos la fe, como sucede por desgracia a algunos sabios cuya ciencia los lleva hasta el umbral del templo sin que penetren en él. La fé, según la misma Religión lo enseña, es un don de Dios, es una gracia, que si jamás falta a quien debidamente la busca y

la implora, se retira de quien la reta y desdeña. Esa dignidad, y dijéramos, esa delicadeza, de la fe, es sin duda una de sus más bellas prerrogativas. Busquemos pues la verdad, o mejor dicho, afirmémonos en ella, puesto que ya somos cristianos; pero siempre con un espíritu dócil y humilde y con un corazón amoroso y suplicante.

Breves Lecciones DE RELIGION

DEFINICION Y DIVISION

RELIGION en general es el conjunto de nuestras relaciones para con Dios. En particular entendemos por RELIGION la institución que tiene por objeto el conocimiento de esas relaciones y el cumplimiento de los deberes que de ellas se derivan. En uno y otro sentido estudiaremos la Religión en estas lecciones.

El estudio de la Religión comprende cinco partes:

1º APOLOGETICA, que trata de demostrar la necesidad de la Religión en general, y la verdad de la Religión Cristiana y Católica.

2º HISTORICA, que manifiesta el desarrollo histórico de la Religión desde su principio hasta nuestros días.

3º DOGMATICA, que expone los misterios y dogmas de la Religión Católica.

4º CULTUAL, que trata del culto que rinde a Dios la Iglesia Católica y con ella los fieles.

5º MORAL, que trata de los deberes del cristiano y de las leyes y preceptos para ordenar rectamente la vida y alcanzar nuestro último fin.

PRIMERA PARTE

APOLOGETICA

LECCION PRIMERA

DIOS

Dios es un ser espiritual, infinitamente perfecto, causa y principio de todas las cosas. Le llamamos también Creador, porque todo lo creó; Señor, porque es dueño de todo. Los cristianos le llamamos nuestro Padre Celestial.

Se llaman ateos los que no creen en la existencia de Dios.

Los materialistas niegan que existe otra cosa fuera de la materia, la cual suponen necesaria y eterna: por tanto niegan a Dios: son verdaderos ateos. La materia es ciega, limitada y mutable, como se ve a primera vista, y Dios es esencialmente infinito e inmutable, como ser necesario y perfecto.

Los panteístas dicen que el mundo es Dios, lo cual equivale a decir que no hay otro Dios que el mundo; por tanto, los panteístas son ateos disimulados. El mundo es la obra de Dios y distinto de El, como es distinta la causa de lo causado y el artífice de su obra.

Los positivistas dicen que Dios no puede ser conocido ni su existencia demostrada por la razón, sino tan sólo objeto del sentimiento; por tanto, los positivistas o son francamente ateos, porque niegan a Dios o dudan de El (y casi todos van a dar a este extremo,) o cuando menos abren la puerta y favorecen al ateísmo. Es verdad que nosotros no conocemos a Dios intuitivamente, es decir, viéndole en sí mismo, ni le demostramos a priori por principios anteriores a El; pero sí le conocemos y demostramos a posteriori por las obras de sus manos, subiendo del efecto a la causa, de la obra al artífice. (Véase la nota 2.)

La existencia de Dios es una verdad evidente a la razón y sentida por el corazón. La razón natural nos lleva a buscar un principio de todo ser, una causa de todas las cosas, un poder que todo lo ha creado y una sabiduría que todo lo ha ordenado maravillosamente; ese poder, esa sabiduría, ese ser principio de todo ser, es Dios.

Cuando levantamos la vista al cielo, al ver la hermosura y la grandeza del firmamento nos sentimos como arrobados, y nuestra alma busca naturalmente a alguien cuya inmensidad llena los cielos y de cuya gloria es un reflejo el universo; y sólo encuentra satisfacción a este anhelo en esta palabra que acude a nuestros labios: Dios.

Cuando nos encanta cualquier espectáculo, por ejemplo, cuando contemplamos por primera vez dilatado y fértil valle desde lo alto de una montaña, la misma idea viene a nuestra mente y el mismo sentimiento a nuestro corazón, expresándolo con la misma palabra: Dios.

Semejante efecto nos causa la consideración de lo pequeño: una flor, un insecto, cualquiera de las maravillas de la creación contemplada con un espíritu inteligente y atento, lleva el pasmo a nuestra mente y la alegría a nuestra alma, levantándola al Autor de lo que nos parece, y es en efecto, más que una obra de arte, un prodigio de sabiduría y de bondad.

El orden que hay en el mundo, la sabiduría que revelan las leyes de la naturaleza, la unidad admirable que brilla en el universo, todo nos está proclamando a su soberano Autor. ¿Qué es la poesía sino el sentimiento y la idealización de las bellezas que Dios ha puesto en el mundo? ¿Qué es la ciencia sino el conocimiento de las cosas y de sus leyes, es decir, de aquel rayo de inteligencia y sabiduría que Dios ha puesto en todas sus obras?

Con Dios, la naturaleza toda nos parece animada y viviente; sin Dios, el cielo con su inmensidad sería un inmenso vacío, la tierra con sus bellezas un cadáver que finge la vida, y las maravillas todas del mundo serían absurdos vivientes que llevarían a nuestra mente la confusión y a nuestro corazón el desconsuelo. Por eso el Profeta exclamaba: "Los cielos narran la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos." Y hasta los paganos confesaban la convicción profundísima que les producía el espectáculo de la naturaleza. "¿Quién será tan insensato, decía Cicerón, que al mirar el cielo no sienta que hay Dios?"

De Dios nos hablan igualmente nuestros más íntimos sentimientos; y en las aflicciones y en los peligros, lo mismo que en las grandes alegrías, es tan natural al hombre clamar a Dios, como el respirar y el vivir. ¡Qué tristeza y obscuridad debe reinar en una alma que no cree en Dios! Pero

con la fé en Dios, la vida más obscura y trabajosa se ilumina y se llena de esperanza.

Y luego, ¿Qué sería el orden moral, lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, si Dios no existiera? Sin legislador no hay ley; sin sanción no hay justicia; sin Dios, seríamos el juguete de la suerte las víctimas de la fatalidad y de la injusticia de la fuerza y de la desgracia.

He aquí cómo nuestros instintos y nuestros sentimientos lo mismo que nuestra razón, nos hablan de Dios. El negar a Dios sería una locura y un crimen. Por esto, por más que blasfeme el ateo y aunque dude el impío, nunca negará a Dios ni dudará de El un corazón recto y sano, una alma no infatuada por la soberbia ni pervertida por el vicio.

¡Oh mi Dios! El universo canta tus glorias; pero si todas las cosas se redujeran a la nada, todavía me hablara de Tí mi corazón!

LECCION SEGUNDA

Atributos divinos.

No hay más que un Dios. La unidad del mundo universal sujeto a unas mismas leyes materiales, intelectuales y morales, nos manifiesta que no hay más que un creador y legislador supremo. Por otra parte, siendo Dios un ser infinitamente perfecto, como vamos a manifestrlo, no puede haber muchos dioses, pues si los hubiera, se limitarían mutuamente en su esencia, poder, etc. y ninguno sería Dios.

Dios es el ser necesario, principio de todo ser, y existente de por si: de aquí se derivan sus perfecciones.

Dios es infinitamente perfecto. En efecto, en Dios están en grado eminente todas las perfecciones que vemos en los seres de la creación, porque es fuente y origen de ellas. Ninguna perfección existe o puede existir que no tenga en Dios su origen o el fundamento de su posibilidad; luego en Dios están todas las perfecciones existentes y posibles. Además, cada ser es tanto más perfecto por naturaleza, cuanto más elevado está en la escala de los seres, luego el ser supremo será sumamente perfecto. Por otra parte, siendo Dios el ser necesario, principio de todo ser existente

o posible, de nadie puede recibir mayor ser o mayor perfección, tiene en sí mismo la plenitud del ser, y por tanto la soberana y absoluta perfección que no es otra cosa que la plenitud del ser: perfecto es aquel a quien nada le falta; y por esto mismo, Dios es absolutamente infinito en sus perfecciones, a las que nada puede faltar, pues son absolutas y plenas como su ser. Pero Dios tiene todas las perfecciones no numéricas y extensivamente, sino virtual y eminentemente, identificadas con su esencia divina, y así todas las perfecciones del mundo están en Dios de un modo eminente y como causa y principio de ellas: esta advertencia podrá servirnos para soltar todas las objeciones de los panteístas.

El ser divino y las divinas perfecciones son ciertamente para el hombre misterios insondables. ¿Cómo un insecto pudiera comprender la sublimidad de la inteligencia humana? ¿Y no somos nosotros ante Dios menos que ante nosotros un insecto? ¿Pues cómo pretenderemos comprenderlo? Pero sí podemos, así por la razón natural, como principalmente ayudados de la divina revelación, conocer algo de las perfecciones divinas, aunque de una manera velada y misteriosa.

En el mundo hay seres materiales y espirituales: éstos son más perfectos que aquellos, como nuestra alma es más noble y perfecta que nuestro cuerpo. Por esto, cada ser es tanto más noble, cuanto más espiritual; y por esto el ser infinitamente perfecto, Dios, es un ser espiritual en sumo grado: es un espíritu purísimo, como dice el catecismo.

Siendo Dios un ser espiritual y perfectísimo, cuenta entre sus perfecciones la inmensidad y está presente a todo el mundo que El creó. No quiere decir esto que Dios se mida por el mundo, porque Dios no tiene extensión material sino presencia espiritual. Está todo en todas partes, porque ve todas las cosas, conserva todas las cosas y todo lo puede en todas las cosas, o como suele decirse, está en todas partes por esencia, presencia y potencia. No podemos pues escondernos de su mirada ni substraernos a su poder. "A dónde huiré de tu presencia, oh Señor? (le decía a Dios el Profeta David); si subo a los cielos allí estás, si bajo a los abismos allí te encuentro." Como Dios es espíritu, penetra nuestros pensamientos y lée mejor que nosotros en el fondo de nuestras almas: estamos a sus ojos patentes y manifiestos, sin que podamos ocultarle el último repliegue de nuestro corazón. La mirada de Dios debe llenarnos de reverencia para no ofenderlo, porque es nuestro rey; pero también

debe llenarnos de confianza y ternura porque es nuestro padre.

Dios es eterno: el principio de donde todo procede claro está que debe ser anterior a todas las cosas y a todo otro principio, es decir debe ser eterno. Dios, así como no es limitado por la extensión de las cosas porque es inmenso, así tampoco es medido por la sucesión de las cosas porque es eterno. Dios es infinito en todas sus perfecciones, y no lo sería si no fuera eterno.

Sirvámonos de los símbolos de la naturaleza para vislumbrar las divinas perfecciones de su Autor. Cuando un hombre va recorriendo un camino, poco a poco va descubriendo las cosas que se ofrecen a su vista; pero si sube a una montaña, puede descubrir de una mirada el camino en toda su longitud y el valle en toda su extensión. Nosotros vemos todas las cosas sucesivamente en el camino de nuestra vida transitoria; Dios que está sobre todos los seres y sobre todos los tiempos, conoce todas las cosas en sus causas y en sus efectos; ve todo lo pasado y prevé todo lo futuro desde la cima de su eternidad, con una mirada tan penetrante y tan clara como la infinita elevación y perfección de su ser. Por esto dijo el Profeta: "Todas las cosas están desnudas y manifiestas a sus ojos."

Dios, por lo mismo que es infinitamente bueno, no puede olvidar a una siquiera de sus creaturas: Tiene cuidado de ellas, y sobre todo vela por el hombre, la obra maestra de sus manos en este mundo visible. A ese cuidado que Dios tiene de sus creaturas y principalmente del hombre, lo llamamos Providencia. Nadie puede negar la providencia de Dios sin negar también su bondad, su sabiduría, etc.; es decir, sin negar a Dios.

Todas estas verdades que sobre Dios Nuestro Señor nos insinúa y demuestra la razón natural, también nos las ha enseñado más precisa y extensamente el mismo Dios, por medio de la revelación, (como veremos más adelante,) dándoles de este modo más claridad y firmeza.

LECCION TERCERA

Religión en General. — Su necesidad.

La Religión es necesaria al hombre, porque éste está obligado a tributar los debidos homenajes a Dios, su Creador, Señor, y Bienhechor supremo: por estos títulos le debe adoración, obediencia, gratitud y

amor. Conocer y cumplir estos deberes, y mediante eso llenar el fin para que Dios ha creado al hombre, tal es el objeto de la Religión.

Es verdad que Dios no necesita de nuestros homenajes, siendo como es perfectísimo en sí mismo, suficientísimo y felicísimo; pero en el hecho de habernos creado, quedamos nosotros sujetos a la ley moral que manda a la creatura honrar al Creador, porque esto es justo y debido. El que Dios se baste a sí mismo, no nos libra a nosotros de las obligaciones que para con El tenemos. Por otra parte, como Dios nos ama, no pueden serle indiferentes nuestro amor y nuestros homenajes. El hombre no puede desentenderse de la Religión sin separarse del sendero de sus deberes, que es el de su último fin y de su suprema felicidad.

Es también necesaria al hombre la Religión para ordenar rectamente su vida moral y social. Desligado el hombre de Dios que es su centro, quedará del todo desorientado; no podrá dar fundamento sólido ni buena dirección a sus actos morales, asi privados como sociales: ni tendrá para ellos el estímulo necesario de la sanción; finalmente, quedarán sin su objeto principal sus más altas y nobles facultades que tienen a Dios por término y fin supremo.

La Religión ha sido siempre mirada como de sumo interés para la civilización, moralidad y bienestar de la sociedad, y con razón, porque sin ella el egoísmo y la fuerza serían las únicas leyes de la humana sociedad, la justicia carecería de base, la beneficencia, la honradez y demás virtudes sociales serían impracticables, puesto que éstas sólo florecen bajo la influencia de la Religión. Así lo han comprendido todos los pueblos. "Si recorres el orbe terrestre, decía un filósofo pagano, podrás encontrar ciudades sin murallas, sin instrucción, sin gobierno, sin habitaciones fijas; pero no sin templos y sin dioses. Creo más fácil edificar una ciudad en el aire que unir y armonizar sus ciudadanos sin el vínculo de la Religión." (Véase la nota 3.)

La Religión puede ser de dos maneras: natural y sobrenatural. La primera es la que se funda sólo en los dictámenes de la razón; la segunda es la que se apoya en la revelación, y por esto se llama también revelada.

Revelación es la enseñanza dada por Dios al hombre.

Puede Dios hablar al hombre; pues ¿Cómo no podrá comunicarse con nosotros quien nos ha dado todos los medios de comunicación que tenemos? Negarlo, sería negar a Dios.

El hombre está obligado a atender con suma diligencia a las divinas enseñanzas, o a la revelación, si es que Dios nos ha hablado. Así es que para probar la verdad de una Religión, bastaría aducir las pruebas directas de su origen sobrenatural y divino; y de este modo probaremos la verdad de la Religión Cristiana. Pero conviene mostrar antes la necesidad absoluta que tiene el hombre en su es tado actual, de una Revelación divina, porque así tienen más peso aquellas pruebas y se encuentra el hombre mejor dispuesto y más obligado a admitirlas. Por tanto, en las lecciones siguientes estudiaremos primero, la necesidad que tiene el hombre de la divina revelación, y después el hecho de ella verificado en la Religión Cristiana.

LECCION CUARTA

Necesidad de una Religión revelada.

La necesidad de una religión revelada se ve por la experiencia de todos los siglos, y se evidencia por varias razones. Desde luego, es una gran prueba de esa necesidad el hecho de que todos los pueblos han pretendido basar sus religiones en la revelación y no en la razón natural. La religión natural nunca ha existido como institución social, y han resultado enteramente vanos e infructuosos los intentos que por establecerla se han hecho: así sucedió en Francia con el teísmo en el siglo XVIII. Es imposible que los hombres se pongan de acuerdo ni siquiera por un día en los dogmas fundamentales de la existencia y naturaleza divina, de la creación, etc.: ¡Cuánto menos en el conjunto de verdades, de deberes y de prácticas que exige una religión por rudamentaria que sea! Se ha visto siempre principalmente en estos últimos tiempos que a medida que los hombres van separándose de la Religión revelada, van cayendo en el ateísmo práctico, en el olvido de Dios, y por último en el ateísmo doctrinario: el positivismo materialista y transformista en el siglo pasado, y ese espiritualismo panteísta a donde parece se inclina el pensamiento del racionalismo actual, nos están revelando la impotencia de la razón por lo que mira a los problemas que más nos interesan: el conocimiento claro y firme de las relaciones que nos ligan con la Divinidad; y nos manifiestan la facilidad con que la inteligencia humana se desvía y yerra en la investiga-

ción de nuestro origen y de nuestros destinos.

Apuntemos ahora algunas razones directas que prueban la necesidad de la revelación. Ofrécesenos de ella una gran presunción con sólo dar una mirada al conjunto de la vida humana. Nuestras miserias, nuestra inclinación al mal y las desgracias sin número que pesan sobre la humanidad, deben hacernos presumir que la humana naturaleza no está sana y tal como salió de las manos del Creador; que hallándose como se halla degradada y enferma, debe ser también culpable; que acaso necesitamos que Dios nos tienda una mano piadosa que cure nuestros males y nos haga posible el cumplimiento de nuestros deberes y el arribo a nuestro final destino. Esa piadosa mano es la Religión revelada.

Pero entremos en pormenores para evidenciar más esa necesidad.

1º Necesita el hombre de la revelación, para honrar a Dios debidamente cumpliendo los deberes que tiene para con El, para conocer su voluntad respecto de nosotros, y las condiciones que El pone para el perdón de nuestros pecados y la consecución de nuestro último fin. Nada de esto nos enseña con claridad y precisión la razón natural, como se ve por el hecho de las diversas y contrarias opiniones que tienen los hombres, aun los más sabios, cuando se separan de la revelación, sobre estas cosas que tanto nos importan.

2º Necesitamos también de la revelación para dirigir rectamente nuestra vida moral. El hombre sin la enseñanza de lo alto no puede conocer en toda su amplitud sus deberes, y además se siente débil, mal inclinado y combatido por pasiones terribles; no sabe tampoco cuál es su destino final, ni cual la sanción de la ley moral; carece pues del conocimiento de sus deberes, y de estímulos y fuerza para cumplirlos. Fuera de la revelación, los hombres más sabios y virtuosos han caído en errores y han aprobado los vicios más detestables: aun los sabios modernos, al dejar la revelación, luego al punto o legitiman las pasiones humanas o se declaran impotentes para vencerlas. Necesita pues el hombre de la revelación para su vida moral.

3º Finalmente, no menos necesita de ella para su vida social: a) Para establecer sobre sólidas bases la familia, fundamento de la sociedad. Es evidente y lo enseña la experiencia que, sin el auxilio de la Religión revelada, la familia se disuelve por el divorcio y por los vicios. b) Para determinar, regular y suavizar las relaciones entre los miembros de la

sociedad: sin la revelación divina, apenas podremos persuadirnos de nuestra fraternidad; de aquí es que las sociedades sin religión se pierden o por la tiranía y la esclavitud o por la anarquía y la disolución. c) Para regular y afianzar las relaciones políticas entre gobernantes y gobernados, y entre las naciones unas con otras: sólo en la revelación divina encuentran base sólida la autoridad la obediencia y la justicia. No se armonizan los diversos elementos que componen la humana sociedad, sino con la intervención directa de una autoridad superior a la social y a la humana: la divina.

No podemos pues ni honrar a Dios debidamente, ni conocer y cumplir nuestros deberes individuales y sociales sin un auxilio superior a nosotros, sin una religión revelada.

Condensaremos en una todas estas razones.

Nuestro sentido íntimo nos dice que hemos sido creados para la felicidad, y es ésta nuestra mayor aspiración, sin que podamos renunciar a ella: y nos dice también con evidencia que no podremos adquirirla en este mundo ni en el otro sino por el cumplimiento de nuestros deberes, que constituyen el fin para que Dios nos puso en este mundo. Todo hombre que piensa, cuando se da cuenta de sí mismo y de cuanto le rodea, tiene que hacerse forzosamente estas preguntas: ¿Quién soy yo? ¿De dónde vengo y a dónde voy? ¿Cuál es mi origen? ¿Cuál mi destino y cuáles las vías para llegar a él? ¿Qué deberes tengo para con Dios, para conmigo mismo y para con los demás hombres? Todos los hombres que razonan y miran con serenidad la vida se han hecho estas preguntas, y cuando se han atenido a la sóla razón natural, han errado espantosamente, contradiciéndose unos a otros en todo. Necesitamos pues de la Revelación como de medio indispensable para el cumplimiento de nuestros destinos y la consecución de la felicidad: y por consiguiente, esa Revelación es para nosotros la cosa más importante y vital, la única cosa necesaria en expresión del Evangelio.

Teniendo pues el hombre tanta necesidad de la Revelación, debe aspirar a ella, e implorar por gracia lo que bien puede presumir que no se le debe de justicia, (como arriba notamos); y Dios que es la infinita bondad, no dejará de acudir a su remedio. La Religión Revelada es la respuesta divina a esas necesidades y aspiraciones del hombre; es el punto en que Dios y el hombre se encuentran y el nuevo lazo que los une.

LECCION QUINTA

Necesidad de una Religión Sobrenatural.

Llamo religión sobrenatural en el sentido más estricto de la palabra, a la religión revelada directamente por Dios. Porque entre Dios y el hombre, dícenos la razón que puede haber seres intermedios, espíritus superiores al nuestro, los cuales podrán hablar al hombre de por sí o en nombre de Dios. Puede haber pues religiones falsas, no sólo inventadas por el hombre, sino también impuestas o patrocinadas por seres superiores al hombre.

La necesidad de una religión estrictamente sobrenatural, o sea revelada directamente por Dios, se manifiesta por la falsedad evidente de todas las religiones fuera de la que Dios reveló a la humanidad.

Todos los pueblos han profesado alguna religión, y todos han pretendido apoyar su religión en revelaciones reales o fingidas, o en el trato y comunicación con seres que están sobre la naturaleza sensible. El mundo entero, con excepción del pueblo judío, abrazó el politeísmo, antes de la venida de Jesucristo; pues algunas religiones del Asia, de base monoteísta desconocían la verdadera naturaleza de Dios, y tanto por sus doctrinas como por sus prácticas y efectos pueden considerarse como politeístas o paganos. Lo mismo podemos decir de las modernas sectas de el espiritismo y el teosofismo, y las mismas razones que condenan a las religiones paganas, (y que vamos a enunciar), condenan a esas modernas supersticiones, como podrá comprobarlo cualquiera.

Se deducirá del estudio de los hechos, que para el hombre no hay ni ha habido jamás una religión que satisfaga sus necesidades y lo lleve a Dios, sino es la que nos ha venido directamente de Dios, la Cristiana; y aun se podrá deducir una prueba de la verdad de ésta por la exclusión de las otras, porque la única religión que nos lleva a Dios y que satisface las necesidades espirituales y morales del hombre, no puede dejar de ser verdadera.

La falsedad de las religiones paganas consta por los hechos siguientes:

1º Por su multiplicidad y diferencias esenciales entre sí, es decir por su falta de unidad. La humanidad es una, uno es Dios, y una debe ser la

Religión para toda la humanidad. No hay ni ha habido religión pagana capaz de ser el centro de una religión universal; todas las religiones paganas son y han sido siempre nacionales o regionales, esencialmente diferentes y contradictorias entre sí.

2º Ninguna religión pagana se remonta al orígen de la humanidad, ni ha subsistido íntegra en su esencia, ni ha logrado conservarse pura, ni menos extenderse por el mundo entero.

3º Todas ellas ignoran a Dios o lo niegan o lo desfiguran; no enseñan a honrarlo, ni dan a conocer su voluntad y sus designios sobre la humanidad.

4º Carecen de una doctrina armónica y lúcida: están llenas de sombras, de contradicciones, errores y absurdos.

5º Son ineficaces para elevar y santificar las costumbres públicas y privadas. Muchas de ellas favorecen la inmoralidad; ninguna es compatible con el legítimo progreso de la humanidad.

6º Finalmente, les falta el sello sobrenatural que las acredite, es decir, verdaderos milagros y profecías, claros y seguros, y sobre todo los de primer orden.

La falsedad de todas las religiones paganas quedará todavía más evidenciada si nos fijamos en la religión greco—romana, que es la que nosotros conocemos más, que fué la religión del pueblo más culto y poderoso de la antigüedad, y contra la cual más que contra ninguna otra tuvo que luchar el Cristianismo.

Al paganismo greco—romano lo condenan los hechos siguientes:

1º No concía a Dios. El alma suspiraba por El, las altas inteligencias lo vislumbraban, y nunca el paganismo dió sobre Dios a la humanidad un rayo de luz. Puesto que el hombre puede conocer a Dios, tiene también deberes para con El; pues bien, nunca el paganismo indicó esos deberes, ni pudo el hombre cumplirlos mientras aquel reinó.

2º Falta de amor. Los dioses no eran amados, ni exigían amor, ni podían exigirlo; menos podían exigir las virtudes que del amor proceden. Prueba elocuente es esta del carácter diabólico del paganismo: el diablo no ama porque está separado del centro del amor que es Dios.

3º Oscuridad y tinieblas. La mitología era un caos, y el espíritu humano hecho para la luz, no veía en el paganismo sino sombras, confusión y desorden.

4º Falta de justicia. Los grandes errores de la humanidad pagana, errores teóricos y prácticos, sobre la autoridad, el derecho, etc., hay que atribuirlos al paganismo que o los enseñaba o los aprobaba. Lo inferior es un reflejo de lo superior, y el mundo pagano lo era de sus dioses. El egoísmo reinó individual y socialmente entre los paganos, de donde procedía el despotismo, la disolución de la familia, la esclavitud, (más de las dos terceras partes de los habitantes del imperio eran esclavos, es decir, propiedad exclusiva de sus dueños, quienes los vendían, trataban, y explotaban a su antojo), la degradación de la mujer, la crueldad, el desprecio a la vida humana (en el circo morían los hombres a millares para divertir al pueblo) y otras muchas llagas sociales que llevaron al abismo al mundo pagano.

5º La falta de moralidad. El paganismo era incapaz de producir sólidas virtudes y de curar la llaga de inmoralidad que corroe al género humano: por el contrario, se atribuían a los dioses todos los vicios de los hombres. Ni siquiera dió una noción clara del bien y del mal, antes profesaba en muchos casos la doctrina desoladora de la fatalidad. O suprimía el mal o lo hacía necesario, dice un autor. De aquí procedió la más espantosa corrupción de las costumbres privadas y públicas.

6º Falta de eficacia restauradora. Finalmente el paganismo romano en los tiempos del imperio se mostró absolutamente incapaz para salvar y restaurar a la sociedad que se desquiciaba: nada opuso a la ruina de la libertad y de la moralidad; y nunca enseñó una idea ni una práctica salvadora, antes al contrario llegó a arrastrar por el suelo su último resto de dignidad cuando deificaba a Nerón y a otros monstruos a los que aclamaba con el nombre de divinos emperadores. (Véase la nota 4)

La humanidad había llegado a un punto en que desengañada de su propia impotencia y de la de todas las religiones idolátricas, sólo de Dios podía esperar el remedio y la salvación. Por esto a El se volvían las almas nobles esperando la intervención del cielo y el cumplimiento de las tradiciones en Aquel que había de venir, tradiciones que más o menos vivas, se conservaban en todos los pueblos de la tierra. Oh! en medio de la noche lúgubre y fría ¿Como no abrirse las almas al sol de Dios?

Hemos insistido en manifestar la necesidad de una revelación divina, porque esta necesidad es la sólida base en que se apoya el Cristianismo, que es esa divina revelación, don sobre todos los dones que Dios ha hecho

al hombre, cuya verdad espléndida vamos a estudiar con el auxilio de Dios en las siguientes lecciones.

LECCION SEXTA

Divinidad de la Religión Cristiana.

Para quedar convencidos de la divinidad de la Religión Cristiana, es decir, de que procede de Dios y ha sido revelada por El, nos basta fijar la atención: I en la excelencia del Cristianismo; II en los hechos divinos que lo confirman.

I.

La excelencia del Cristianismo se conoce primeramente examinándolo en sí mismo y en sus efectos.

1º El Cristianismo es excelente en sí mismo. En efecto, nos ilustra sobre los problemas que más nos interesan, a saber, la existencia y naturaleza de Dios, el origen del mundo y del hombre, nuestro último fin y el modo de conseguirlo. No hay pregunta del alma que deje sin respuesta adecuada; no hay necesidad espiritual a la que no ofrezca remedio oportuno. Sus dogmas, si por una parte son misteriosos, como de un orden superior al de la razón humana, por otra se nos presentan llenos de luz en sí mismos y de armonía entre sí y con relación a nosotros; su moral es purísima; sus leyes justas y santas, y si en ocasiones nos parecen severas por su misma perfección, nos ofrece por otra parte medios suaves y eficaces para cumplirlas. Finalmente, responde a nuestras más sanas aspiraciones, alivia nuestras miserias y dolores y llena el alma de luz, de consuelo y de esperanza. **(Véase la nota 5)**

La doctrina Cristiana tan hermosa, tan racional y tan conforme a nuestra naturaleza en su lado más noble, es la mejor apología de la Religión. Sólo puede blasfemar de ella quien no la conoce. Todo esto lo iremos comrpobando con la exposición detallada de las doctrinas y prácticas de la Religión en el discurso de esta obrita.

2º Pruébese además la excelencia del Cristianismo, por sus saludables efectos.

a) Cuando apareció en el mundo, la tierra estaba cubierta por las sombras de la idolatría: las religiones paganas eran un conjunto de supersticiones absurdas, por medio de las cuales, el demonio tiranizaba a las gentes; porque no cabe duda del carácter preternatural y diabólico del paganismo. Jesucristo libertó al mundo de esas tinieblas de muerte, hizo irradiar sobre él la grande idea de Dios, casi borrada por la idolatría, y, lo que es más, como mediador y redentor, restableció el trato y comunicación de la humanidad con Dios, para la santificación y salvación de la misma humanidad.

b) El Cristianismo restauró la moralidad y las buenas costumbres profundamente lastimadas por el paganismo. En Roma pagana, señora entonces del mundo, había llegado a tal punto la corrupción de las costumbres, que no es posible describirlas sin rubor: la religión pagana fomentaba los vicios más detestables, y los filósofos los aprobaban o como debilidades tolerables, o como males sin remedio. El gran imperio romano hubiera perecido, anegado en los lodazales del vicio, a no haber aparecido el Cristianismo, que con su moral purísima y con la eficacia de su virtud, regeneró al imperio romano y después al mundo entero. Aun hoy día la doctrina de Cristo detiene a la humanidad en su precipitada caída a los abismos del mal, y hace florecer en medio del mundo combatido por los vicios, virtudes admirables que honran a la humanidad y regocijan al cielo.

c) El Cristianismo dignificó a la mujer, tan degradada por el paganismo, haciendo que fueran respetados sus derechos y la debilidad de su sexo, y estimadas sus prendas y virtudes: hasta el amor verdadero y legítimo fué idealizado y santificado por el Cristianismo cuando santificó a la mujer; y la santificó para que fuera digna compañera del hombre y santa madre de sus hijos. Restauró asímismo la familia, base de la sociedad, fundándola sobre la unidad e indisolubilidad del matrimonio, asegurando los derechos del niño, ese débil ser que con harta frecuencia era en el paganismo sacrificado o expuesto, y estrechando a los miembros del hogar con el doble vínculo del amor y del respeto.

d) El Cristianismo nos enseñó el dogma de la fraternidad humana y

nos dió el precepto de la caridad: con esto abolió poco a poco la esclavitud, la grande plaga de las sociedades antiguas, y suavizó el trato humano haciendo imposible aquella crueldad que no se saciaba sino con sangre humana que corría a torrentes en el circo o sobre los altares de inicuas divinidades: y sobre todo creó la beneficencia pública y privada, y produjo la caridad fraternal, una como virtud del corazón y múltiple en sus mil manifestaciones.

e) El Cristianismo finalmente, al dar al hombre idea exacta de sí mismo, se la dió también de sus derechos y deberes sociales, e hizo imposible en una sociedad verdaderamente cristiana, así la tiranía y el despotismo de los antiguos imperios paganos, como la insubordinación y la anarquía que llevan a su ruina a los pueblos. Y aún más: al enseñarnos las leyes eternas de la justicia, puso las bases del derecho de gentes, antes desconocido, e hizo más raras las guerras internacionales, dándoles por única razón de ser, no la ambición, sino la justa demanda o la legítima defensa. Ahora el derecho podrá ser atropellado, pero no desconocido.

El Cristianismo, pues, regeneró al mundo, e hizo reinar en él la verdad, la justicia, la caridad y la paz: es el autor de la verdadera civilización que por esto se llama cristiana. Compárese a cualquier nación civilizada por el Cristianismo con las más adelantadas de la gentilidad así de los tiempos pasados como de los presentes, y se verá en un punto cuánto debemos al Cristianismo.

Ahora bien, una religión tan racional, luminosa y bella en sus dogmas, tan elevada en sus enseñanzas, tan eficaz en sus efectos, una religión que dignifica y eleva así a los individuos como a los pueblos que la profesan, una religión en fin que no sufre comparación con las demás que han existido o existen en el mundo, pues se eleva sobre ellas como el cielo sobre la tierra, esa religión, digo, es enteramente sobrehumana, lleva señales evidentes de su origen celestial, no puede proceder sino de Dios.

Y esta conclusión adquiere toda la fuerza de la evidencia si atendemos a la Providencia que Dios tiene con el hombre, pues no puede permitir la divina bondad que una religión que se nos presenta con caracteres tan sobrenaturales de verdad y de santidad, sea una mentira. Decir lo contrario sería blasfemar de Dios o negarlo.

LECCION SEPTIMA

Divinidad de la Religión Cristiana.

II.

Probada la divinidad del Cristianismo por sus caracteres íntimos, es decir por su propia exelencia y por sus efectos, réstanos confirmarla por sus signos externos, los milagros y las profecías, que son como el sello que acredita su divino origen.

1º Milagro es un hecho superior a las leyes de la naturaleza. Los milagros son posibles, pues Dios autor de las leyes naturales puede suspenderlas o cambiarlas. Negar la posibilidad de los milagros es negar a Dios.

Podemos nosotros conocer los milagros, pues aunque no conozcamos todas las leyes y fuerzas de la naturaleza, sí podemos conocer lo que está sobre ellas; no podemos saber todo lo que la naturaleza puede, pero si lo que no puede. Así diremos que es un hecho que está sobre las leyes naturales el que el fuego no queme en caso dado la materia combustible que quema en todo caso igual. Esto mismo podemos decir de las fuerzas ocultas llamadas magnetismo, hipnotismo, sugestión, etc.; aunque estas fuerzas no nos sean bien conocidas ni podamos saber a punto fijo a dónde llegan, sí podemos saber con seguridad a dónde no alcanzan. Por ejemplo, es evidente que nunca el magnetismo o la sugestión cicatrizarán en un instante una llaga purulenta.

Los espíritus malos acaso podrán en ocasiones obrar de una manera maravillosa sobre la naturaleza visible; pero su poder sobre ella será siempre muy limitado, pues la omnipotencia sólo pertenece a Dios. Además Dios N. Sr. en su Providencia no permitirá a nadie confirmar en su nombre con hechos prodigiosos, una doctrina que tenga divinos caracteres. Y finalmente, hay milagros de primer orden que sólo puede hacerlos Dios, como son los milagros de creación que suponen un poder supremo, pues es propio de Dios obrar sin tiempo y sin medios, es decir por su sola voluntad: tales son, por ejemplo, la reposición instantánea de un órgano destruído, la resurrección de un muerto, etc.; la razón y el sentido común

nos dicen que estos milagros son propios del Creador.

Con estas nociones ya podemos afirmar que los milagros hechos en confirmación de una doctrina o religión santa y digna de Dios, son un sello divino y una prueba irrecusable de su verdad.

Ahora bien, la Religión Cristiana está confirmada con innumerables milagros, muchos de ellos de primer orden: luego es divina. En efecto, Jesucristo hizo en su vida milagros sin cuento: ejerció un poder absoluto y omnímodo sobre toda la naturaleza; su vida pública fué una serie no interrumpida de milagros de todo género; sobre todos ellos está su resurrección gloriosa, suceso en que principalmente apoyaban los Apóstoles su predicación y que rubricaron ellos con su sangre. Después, milagros innumerables hicieron en nombre del Salvador los Apóstoles y los propagadores del Evangelio en todos los siglos (como S. Agustín en Inglaterra, S. Francisco Javier en el Japón, etc.,) los hicieron los mártires y los santos, los hizo en particular y los hace todavía Jesucristo N. S. en la Eucaristía y la Sma. Virgen María, Madre de Dios, en sus imágenes y santuarios. Al hablar de los milagros modernos, bastará recordar los de Lourdes, plenamente comprobados con todos los recursos de la ciencia. En el órden moral mencionaremos la conversión del mundo por doce pobres pescadores, hombres sin letras ni poderes humanos; la constancia y valor de millones de mártires; la duración y vitalidad de la Iglesia, etc. Todos estos milagros hechos por Jesucristo, en su nombre o por su poder, para propagar o confirmar la divinidad de su misión, de su persona o de su obra, son prueba evidente de esa divinidad.

2º Profecía es la predicción de un suceso futuro que no puede ser previsto por causas naturales.

No puede negarse que Dios conozca las cosas futuras, sin negar su infinita sabiduría, a la que están manifiestas todas las cosas creadas con sus efectos así necesarios como libres: la ciencia de Dios, como todas sus perfecciones, es infinita. Es claro que sólo Dios puede conocer lo futuro, sobre todo aquello que depende de las voluntades libres o de la disposición especial de la divina Providencia. La profecía, por tanto, es verdadero milagro de orden intelectual, y cuando confirma una religión, es un testimonio auténtico de su divinidad.

Ahora bien, la Religión Cristiana está confirmada con innumerables profecías. Cristo N. S. hizo muchos anuncios de cosas futuras e imprevistas a la penetración humana predijo su pasión, la defección de los Apóstoles, las negaciones de S. Pedro, su propia resurrección, la próxima destrucción del pueblo judío, la propagación del Evangelio, la firmeza y perpetuidad de la Iglesia, etc.; cumplió además todas las innumerables profecías que sobre El se habían hecho en el Antiguo Testamento; la época de su venida, el objeto de su misión, las circunstancias principales de su nacimiento, vida y pasión, el éxito de su empresa, la conversión del mundo, la nueva alianza, etc., todo estaba predicho por los profetas con muchos siglos de anticipación. Además el Antiguo Testamento era un anuncio continuo del Nuevo, por cuanto todos los sucesos del pueblo de Dios y las personas notables de él, anunciaban a Jesucristo o a personas o sucesos del Testamento Nuevo: es tan continua y perfecta esa correspondencia entre la Religión Judía y la Cristiana, que verdaderamente llena de admiración a quien la estudia. Esto no sólo indica que el Antiguo Testamento era preparación del Nuevo y la Ley el preámublo del Evangelio, sino también es una confirmación y prueba del Cristianismo por cuanto se ve que estaba profetizado con una disposición y previsión que no puede ser sino divina. No omitiremos, por fin, que los santos en la serie de los siglos cristianos, han hecho, por virtud del Salvador, innumerables profecías que han tenido perfecto cumplimiento. Así pues la Religión Cristiana tiene en su favor la prueba inconcusa de las profecías, y por tanto, está marcada con un sello infalible de divinidad.

Al considerar los divinos fundamentos de la Religión Cristiana, no hay hombre de buena fe que no exclame: El dedo de Dios está aquí.

Y siendo tan necesaria al hombre una religión sobrenatural, como lo vimos en las lecciones pasadas, y debiendo él estar en espera de Dios y de su divina revelación, es evidente que faltaría a la fidelidad y a la confianza que a Dios debe, si cuando de modo tan claro se le manifiesta en el Cristianismo, todavía lo desconociera rechazando la mano que le tiende para salvarlo. Sto. Tomás dice que el pecado de incredulidad es el mayor de los pecados y la mayor de las desgracias. ¡Ah! qué desgraciado y criminal fuera el hombre, si, oprimido como está por infortunios y miserias sin número, amenazado por mil peligros, acosado por el hambre de la felicidad y viendo abrirse a sus pies la sima pavorosa de la eternidad,

aún fuera rebelde a la gracia de Dios y pecara contra la misericordia divina, su último refugio!

LECCION OCTAVA

Iglesia Católica.

Advertiremos ante todo que en esta y las siguientes lecciones damos por supuesta la autoridad de las santas Escrituras, de las cuales trataremos después a su debido tiempo. Las Escrituras Sagradas son parte integral de la Religión Cristiana, que, como toda institución, no puede existir sin una palabra escrita que le sirva de sólido fundamento. Probada, pues, la verdad del Cristianismo, ha quedado probada la autoridad de la Escritura. Todos los cristianos, desde el principio hasta nuestros días, aun los herejes y cismáticos, cuando han reconocido a Cristo, han reconocido también la divina autoridad de la Escritura. Al pretender pues manifestar la divinidad de la Iglesia Católica, contra los cismáticos y herejes, suponemos la autoridad de las Escrituras que ellos mismos admiten.

El hombre es un ser no solamente espiritual, sino también sensible y social; y por esto para que una idea obre sobre la humanidad, es necesario que influya en ella de un modo visible y permanente, encarnando en una institución que le sirva de órgano. Así es que la Religión, si ha de adaptarse a la naturaleza del hombre, debe tomar la forma de una sociedad visible y permanente. Así lo han intentado todas las religiones, aun las más rudimentarias, y esto sucedió con la Religión verdadera. Jesucristo dió a su Religión la forma de una sociedad perfecta en su orden, a la cual llamó Iglesia. Esta palabra quiere decir congregación o sociedad. Estableció Jesucristo su Iglesia, para que su doctrina se conservara en toda su fuerza, para que se propagara por todo el mundo, diera sus divinos frutos y se perpetuara hasta el fin de los tiempos.

Entendemos por Iglesia "La congregación de los fieles cristianos regida por los Obispos bajo su cabeza el Papa, Vicario de Jesucristo"

Que Jesucristo N. S. estableciera su Religión en esa forma de sociedad, es decir que fundara su Iglesia, se ve con evidencia en los Evangelios

en donde principalmente están consignados su vida, su doctrina y sus preceptos. En ellos, a cada paso habla el Señor de su Iglesia, y la llama "reino, ciudad, casa, rebaño," etc., símbolos que indican una sociedad perfecta. Así lo comprendieron y enseñaron los Apóstoles. San Pablo llama a la Iglesia un cuerpo perfecto con una perfecta organización (A los Eferios IV.) Así lo han profesado siempre los fieles, y hasta las sectas pretenden darse el título de verdadera Iglesia.

Siendo esto así, es preciso para salvarse no solamente creer en Jesucristo, sino también pertenecer a la Iglesia que El fundó. Un miembro que no está unido al cuerpo, no puede gozar de la vida de ese cuerpo. "Quien no escucha a la Iglesia, sea tenido como gentil y publicano," dijo el Señor (San Mateo XVIII 17). De aquí la antigua fórmula: "Fuera de la Iglesia no hay salvación," que quiere decir que no se salvará quien por su culpa esté fuera de la Iglesia o se separe de ella.

Profetizado estaba que no todos los cristianos conservarían íntegra la fe. En efecto, muchos se han separado de la verdadera Iglesia de Jesucristo para formar sectas: a estos los llamamos herejes o heterodoxos si niegan alguna o varias verdades de la fe; y cismáticos si niegan el reconocimiento o la obediencia al Sumo Pontífice, cabeza visible de la Iglesia.

Pero como también las sectas se dan el nombre de iglesias de Jesucristo, es necesario saber distinguir la verdadera Iglesia de las falsas. Esto no será difícil para quien ama la verdad, porque Jesucristo fundó su Iglesia como la "ciudad sobre la montaña," a la vista de todos para que todos pudieran reconocerla.

Conocemos la verdadera Iglesia, en primer lugar por el primado de San Pedro, en segundo por las notas que son propias de la Iglesia de Jesucristo.

Siendo la Iglesia, como ya se ha visto, una sociedad visible y perfecta, necesita de un lazo central y directivo también visible; siendo un cuerpo necesita una cabeza; siendo una sociedad necesita un jefe, y el simple buen sentido nos dice que no debía de dejar Jesucristo a su Iglesia, aunque El la animara siempre con su Espíritu, sin un jefe visible órgano de su dirección, vicario suyo. Mas sólo la Iglesia Católica tiene un jefe, como es evidente; luego sólo ella es la verdadera Iglesia, y quien no está con ella no está con Jesucristo, está contra El.

En una ocasión memorable Jesucristo dijo a S. Pedro estas palabras: "Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella: y a ti te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares sobre la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado en el cielo". (S. Mateo, XVI, 18 y 19.) Y en otra ocasión le dijo el Señor al mismo S. Pedro: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas" (S. Juan XXI, 17) De lo cual debemos deducir, puesto que la Iglesia fué establecida sobre S. Pedro y a él se le encomendó el supremo poder en ella, su gobierno y dirección, debemos deducir, digo, que allí donde está el sucesor de S. Pedro allí estará la verdadera Iglesia. Ahora bien, el sucesor de S. Pedro es el Romano Pontífice, el Papa, el cual gobierna a la Iglesia Católica; luego ésta es la verdadera Iglesia de Jesucristo. Desde los más remotos tiempos se atenían los fieles a este sencillo razonamiento, compendiado en esta fórmula: "Donde está Pedro allí está la Iglesia".

LECCION NOVENA

Notas de la Iglesia.

Jesucristo dió a su Iglesia ciertas notas o señales por las que a primera vista pudiera ser reconocida entre todas las sectas que se adjudican el nombre de Iglesia. Estas notas son: la unidad, la santidad, la catolicidad y la apostolicidad. Desde los primeros siglos los fieles cristianos han cantado en el símbolo de la fe: "Creo en la Iglesia, una, santa, católica y apóstolica." Estudiemos estas notas y veamos cómo corresponden perfectamente a la Iglesia Católica, y sólo a ella.

1º La Iglesia es "una". Jesucristo N. Sr. comparaba a su Iglesia a un rebaño guardado por un solo pastor, a un edificio levantado sobre una piedra fundamental, a un reino, etc., y en la última cena pedía al Padre que sus discípulos fueran "uno" para que en esto conociera el mundo la divina misión del Maestro (S. Juan XVII, 21.). Esta unidad brilla de un modo espléndido en la Iglesia Católica y solamente en ella. Todos los católicos tienen una misma fe, y un mismo jefe. Admirable es esa unidad de la Iglesia aun para los mismos incrédulos. Todos los fieles esparcidos

por el mundo entero, recitando el mismo símbolo, acatando las mismas doctrinas, participando del mismo sacrificio y de los mismos sacramentos administrados con idénticas ceremonias, obedeciendo en fin a sus legítimos pastores sujetos todos al Pontífice: tal es la ciudad de Dios, la Iglesia Católica; sólo ella ofrece al mundo el espectáculo de la unidad de las inteligencias, de los corazones y de los actos. A las Iglesias cismáticas les falta la unidad de régimen: no tienen jefe ni vínculo central. Los protestantes están divididos en centenares de sectas, y casi no hay un dogma que sea común entre ellos: no tienen unidad en la fe, ni en el culto, ni en el gobierno, ni en cosa alguna. El protestantismo es la disolución.

2º La Iglesia es "santa". Jesucristo pidió a su Padre la Santidad para los suyos (S. Juan XVII, 19,) y en la Escritura se llama a la Iglesia "santa e inmaculada." (A los Efisios V, 27.) La Iglesia Católica es santa por su fundador Jesucristo, por su doctrina moral admirable hasta para los impíos, por sus medios de santificación entre los cuales ocupan el primer lugar los sacramentos; y finalmente por la santidad que de hecho produce en gran parte de sus miembros, sobre todo en aquellos que se abandonan enteramente a su dirección. Si hay católicos malos, es porque no siguen las reglas de conducta que la Iglesia les da. La santidad en grado heroico la vemos constantemente en muchos miembros de la Iglesia, y aparece no pocas confirmada por Dios N. S. con milagros y otros dones sobrenaturales. Manifiéstase también en las instituciones de piedad, de celo o de caridad, en la práctica de los consejos evangélicos, en las órdenes religiosas, y en los santos, llenos del divino Espíritu, que siempre han existido en la Iglesia, edificándola con sus virtudes. Fuera de la Iglesia no se ven ni se han visto nunca esas manifestaciones del Espíritu de Dios y de su virtud. Los cismáticos desde su separación carecen de nuevas manifestaciones de santidad, se extinguió su celo de apostolado y de perfección monástica; ningún progreso moral ni religioso se advierte en esos pueblos cuya vida parece haberse paralizado con el funesto cisma. Los protestantes carecen de sacramentos y otros medios eficaces de santificación, no tienen órdenes monásticas, y aun cuando posean algunos hombres virtuosos, su virtud está muy lejos de presentar caracteres sobrenaturales: aun no comienza a escribir el protestantismo sus "Vidas de los Santos."

3º La Iglesia es "católica"; esta palabra significa "universal". Jesucristo dió a su Iglesia el carácter de católica: en efecto, así estaba profetizado en el Antiguo Testamento, así correspondía al fin de la Iglesia, que fué establecida para la salvación de todo el mundo, y al mandato del Salvador que dijo a sus Apóstoles: "Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda creatura" (S. Marcos XVI, 15). Sólo la Iglesia Romana se extiende por todo el universo y lleva a todas partes la luz de la fe, sólo ella abraza todas las edades desde Jesucristo su fundador, y ella finalmente cuenta con mayor número de adeptos que cualquiera secta y acaso que todas las sectas juntas. Estas están localizadas cada una de ellas en una o varias naciones, y no abrazan la generalidad de los siglos (los cismáticos se separaron de la Iglesia en el siglo IX, los protestantes en el siglo XVI); y cada una de ellas cuenta con bien pequeño número de adeptos; no tienen pues la catolicidad ni de tiempos, ni de lugares, ni numérica. Sólo la Iglesia Romana lleva en todas partes y ha llevado siempre el nombre de Católica sin que nadie se lo dispute.

4º La Iglesia es "Apostólica", es decir, debe tener la misión y potestad que recibieron los Apóstoles a quienes envió Jesucristo a predicar el Evangelio dándoles la potestad de enseñar, gobernar y administrar los sacramentos: aquella pues será la verdadera Iglesia, que tenga como heredados esa misión y esos poderes, transmitidos sin interrupción hasta los actuales pastores. Ahora bien, sólo la Iglesia Católica se remonta hasta los Apóstoles en la serie de sus pastores y principalmente en la sucesión jamás interrumpida de los Romanos Pontífices sucesores de S. Pedro, Jefe del Apostolado, que fundó su silla en Roma. Los cismáticos perdieron la apostolicidad al separarse de la Iglesia central y de la cabeza que debe unir todos los miembros; los protestantes puede decirse que son de ayer, y como están en la imposibilidad de demostrar su origen apostólico y su legítima misión, no pueden ser la verdadera Iglesia: a unos y a otros les falta la nota de la apostolicidad.

Con el fin de aumentar más y más nuestra confianza en la Iglesia, fijemos aún nuestra atención en algunas de sus prerrogativas por más que ya estén comprendidas en modo general en las citadas notas. La índole de esta obrita sólo nos permite hacer breves indicaciones.

1º La Iglesia Católica creó la civilización cristiana, pues la virtud civilizadora del Cristianismo, no obró sobre la humanidad transformándola y elevándola, sino por medio de la Iglesia, que es, como ya lo hemos notado, órgano social de la fe. El cisma y las sectas no aparecieron sino cuando la civilización cristiana fundada por la Iglesia ya comenzaba a fructificar. ¿Y podrá ser malo el árbol que tales frutos produce? (Véase la nota 6.)

2º El hecho sólo de que la doctrina católica, tan divina y humana al mismo tiempo, tan elevada y tan bella, haya sido profesada durante tantos siglos por tan grande número de sabios y hombres virtuosos, sin variar jamás, y siempre adaptándose al legítimo progreso del hombre, sin que pueda encontrarse absurdo en sus dogmas ni mácula en su moral, es un hecho único en su género, es un verdadero prodigio del orden intelectual y moral, que demuestra la excelencia de esa doctrina, su origen divino y una particular providencia de Dios que vela por ella. No ha habido jamás secta, escuela ni doctrina humana que no haya tenido que corregirse, retractarse, mudarse mil veces. Los cismáticos tienen cierto fondo de doctrina permanente, pero sin luchas, sin progreso; su inmovilidad es la de la muerte. El protestantismo ha variado sin cesar de doctrina: ya en su tiempo el gran Bossuet con copia de erudición lanzó contra el protestantismo este argumento terrible: Tú varías, luego no eres la verdad.

3º Es un hecho inconcuso que la Iglesia Católica convirtió al Cristianismo a todos los pueblos hoy cristianos. Los griegos, fecundos en el apostolado cuando eran católicos, desde su separación quedaron estériles como la rama cortada del árbol. Ningún pueblo debe su fe a los protestantes: y si últimamente han comenzado a preocuparse por las misiones, por los escasos resultados de las que sostienen se ve la falta de espíritu de ellas, sobre todo si se las compara con las misiones católicas.

4º El hecho patente a todos de la sucesión jamás interrumpida de los Pontífices Romanos desde S. Pedro hasta nuestros días, es único en la historia, admiralbe aun para los heterodoxos, y que no puede explicarse sino por un auxilio especial de Dios N. Sr. Añádase a esto la disciplina y perfecta organización de la Iglesia Católica, su estabilidad y firmeza a pesar de las luchas que en todo los siglos ha tenido que sostener contra toda clase de enemigos exteriores e interiores, los auxilios extraordinarios y a veces evidentemente sobrenaturales con que ha triunfado y con que en ciertas épocas se ha como rejuvenecido, y se verá en la Iglesia algo

divino, se verá en ella la obra de Dios.

5º El don de milagros según el Evangelio debe ser perpetuo en la Iglesia. (S. Marcos XVI, 17). Pues bien, los milagros jamás han dejado de obrarse en el seno de la Iglesia Católica; aun en los actuales tiempos se verifican y son comprobados con todos los recursos de la ciencia: basta recordar los de Lourdes. En las sectas no se han visto nunca verdaderos milagros, ni siquiera pretenden tenerlos los protestantes. Esto sólo bastaría a cualquier hombre sincero para conocer la verdadera Iglesia de Dios.

6º En fin, Jesucristo profetizó a sus discípulos persecuciones, y basta conocer un poco el corazón humano para comprender que la verdad y la justicia suscitarán siempre oposiciones y rebeldías. La Iglesia Católica más que ninguna otra institución ha sido objeto de persecuciones. Las sectas hacen fácilmente alianza con la impiedad. Sólo la Iglesia tiene el mérito y la gloria de las persecuciones, y en ellas la última señal de su divinidad.

Todas estas señales no solamente distinguen a la Iglesia Católica de las sectas, sino que dándole caracteres enteramente sobrenaturales, son una prueba que acredita la divina misión que la Iglesia ejerce ante la humanidad. Ella se presenta, en efecto, ante los hombres, y después de haberles mostrado los títulos de la Religión que predica, les dice: La última prueba de la divinidad del Cristianismo a la vez que de la divina legación que yo ejerzo, soy yo misma. (Véase la nota 7.)

LECCION DECIMA

Objeciones contra la Religión.

No trataremos de resolver una por una las objeciones que contra la Religión suelen aducir los incrédulos o se nos pueden ocurrir a nosotros, porque esta obrita no es propiamente de controversia, sino más bien de exposición: esta es bastante para consolidar nuestra fe. Sin embargo, haremos algunas observaciones generales que puedan servir para orientarnos en medio de las dificultades que se nos opongan contra la Religión, sus dogmas o sus preceptos.

1º La Religión tiene por objeto nuestra reparación: es una aproximación de Dios y el hombre mediante un esfuerzo mútuo, si así puede decirse. Ella nos enseña que Dios ha hecho por el hombre cosas verdaderamente maravillosas: siendo el ofendido, nos ofrece el perdón, ordena todas las cosas a nuestra salvación, nos da a su Hijo por Redentor, quien haciéndose hombre padece y muere por nosotros, funda su Iglesia, nos da su gracia y hasta a Sí mismos en los sacramentos....Si esto hizo Dios ¿Qué deberá hacer el hombre? La equidad y la razón exigen del hombre un esfuerzo, y por lo mismo la Religión debe costarnos. Esto nos explica dos cosas. Primera, las apostasías así individuales como sociales: como la Religión pide esfuerzos y el hombre es libre, es lógico que haya muchas defecciones. Segunda, nos explica las dificultades que encontramos para conservar íntegra nuestra fe y puras y cristianas nuestras costumbres. Todo cuesta en la vida: ¿Cuánto más constará la salvación? Con todo, Dios ha hecho lo más, y al exigirnos algún esfuerzo nos da su gracia para llevarlo a cabo. Los triunfos de la fe y de la virtud son el mérito y la gloria del hombre, y su mayor alegría aun en esta vida.

2º No hay cosa de importancia que no ofrezca dificultades: Dios N. Sr. no ha querido eximir de esta ley general, a la Religión revelada. Por una parte las altas materias de que trata y por otra nuestra debilidad intelectual y moral son causa de esas dificultades que, por lo demás, son útiles, pues si al que procede con flojedad o mala fe sirven de escándalo, al hombre sincero y amante de la verdad le sirven de estímulo, de prueba y de merecimiento.

3º Como en otras materias un vez bien asegurados de una verdad no nos conmueven algunos reparos aunque no podamos darles por de pronto completa solución, así en materias religiosas, convencidos de la verdad de la Religión y en posesión de la fe, no debemos perturbarnos por alguna objeción cuya solución no esté a nuestro alcance: a su debido tiempo la resolveremos, u otros se encargarán de resolverla. Esto pide la razón y esto nos exige la fe: sin esta prudencia y cordura, es imposible no sólo la fe divina, sino toda idea firme y toda humana convicción.

4º No es absurdo aquello que no comprendemos, sino aquello que repugna a la razón, o sea aquella afirmación cuyos términos se excluyen. Si algún dogma o misterio nos parece absurdo, estemos seguros que no hemos comprendido bien los términos o el sentido en que lo enseña la Iglesia.

5º No hay ni puede haber verdadera oposición entre la revelación y las ciencias naturales, pues no puede la verdad oponerse a la verdad. Por otra parte, grandes sabios católicos han puesto en evidencia el acuerdo entre la fe y la ciencia. Si se nos ofrece alguna oposición aparente entre ellas, estamos ciertos de que o la verdad científica de que se trata no está bien comprobada, o no le hemos dado su verdadero sentido a la S. Escritura. Precisamente el que hasta hoy no se haya podido probar desacuerdo entre la ciencia y la S. Escritura, sino por el contrario, el haberse encontrado entre ellas maravilloso concierto es un verdadero prodigio y una prueba más de la verdad de la Religión. (Véase la nota 8.)

6º Para juzgar rectamente de hechos históricos relacionados con la Religión, téngase presente esta antigua regla de jurisprudencia: Distingue los tiempos y concertarás los derechos: es decir, hay que tener muy en cuenta las épocas, costumbres y demás circunstancias en que se verificaron los hechos de que se trata. Téngase esto presente al leer las historias de la infancia de la humanidad y de épocas remotísimas narradas en la S. Escritura, y al estudiar la historia de la Iglesia. También recordemos que es ordinario en la S. Escritura encerrar bajo la corteza de sucesos naturales o milagrosos, sublimes enseñanzas religiosas, morales o proféticas, a las cuales debe principalmente atenderse al leer aquellos sucesos.

7º Al estudiar la historia de la Iglesia tengamos presente que ella está compuesta de hombres, bien que asistidos por Dios; en ella hay que distinguir el elemento divino y el humano. Por esto no debemos extrañarnos de encontrar faltas y defectos, no en la Iglesia misma o en lo que le es esencial, sino en algunos de los hombres que la componen o representan. A pesar de todo, se verá que prevalece siempre, aun en el cuerpo exterior y visible de la Iglesia, la justicia y santidad del Espíritu Santo que la anima y la preserva, pero sin anonadar al hombre y su libertad.

8º Finalmente, notemos que Dios N. Sr. se acomoda regularmente en materias religiosas a nuestro modo de ser y al modo mismo con que El obra por medio de la naturaleza. Como en la semilla puso la planta y aun la especie, así en algunas palabras reveló dogmas y prácticas que después se han desarrollado y delineado con toda claridad y precisión mediante la dirección y autoridad de la Iglesia asistida por el Espíritu Santo. En este sentido admite un progreso y desarrollo la doctrina cató-

lica, sin mutación ni innovación esencial; y así como en germen, se encuentran en la Escritura santa muchas verdades dogmáticas y disciplinarias que después ha explicado y definido la Iglesia. Ella misma, en su desarrollo y constitución, ha estado sujeta a esta ley general; pues sus derechos y autoridad, enunciados en términos generales en el Evangelio, fueron ejercitándose, desarrollándose y precisándose según lo pidieron las circunstancias, hasta el grado y forma en que hoy los tiene y ejerce.

SEGUNDA PARTE

HISTORICA

LECCION UNDECIMA

Generalidades.

Para conocer la Religión es necesario tener siquiera una idea de su historia: por medio de ella vemos una de las dotes más importantes de la Religión verdadera: su perpetuidad. Ascendiendo hasta la cuna de la humanidad, vemos que allí comienza con la historia de ella, la de la Religión, y bajando desde allí por la corriente de los siglos, vemos en el crecimiento y desarrollo de la Religión la intervención continua y extraordinaria de Dios en el mundo. Pero como la Religión tiene por centro a Jesucristo y toda ella se apoya en El y se dirije a El, conoceremos la historia de la Religión al estudiar la de Jesucristo en su triple existencia, profética, real y póstuma, o sea en la espectación y preparación para su venida, en su vida real, y en su obra que es la Iglesia.

La fuente principal de la historia de la Religión son nuestros libros santos.

Damos por supuesta la autoridad de la S. Escritura, que, como ya hemos dicho, queda admitida al admitir la divinidad de la Religión Cristiana. Aun el incrédulo no podrá menos que reconocer el fondo de verdad histórica de unos libros que son las escrituras públicas y fundamentales de instituciones de tanta importancia como el pueblo judío en la antigüedad, y el Cristianismo y la Iglesia en los tiempos nuevos.

Dios N. Sr. creó al hombre y lo puso en el paraíso terrenal, elevándolo por gracia a un estado muy superior al que por su naturaleza le correspondía. Habiendo perdido el hombre la gracia y la inocencia, arrojado del paraíso por su desobediencia, entró en nuevas relaciones con Dios, desde que, al pronunciar sobre él la sentencia que lo condenaba, le prometió un Redentor, siendo esta promesa y su cumplimiento, la base y la norma de sus nuevas relaciones con Dios, es decir de la Religión única posible al hombre en su estado actual.

Los descendientes de Adán y Eva recibieron de ellos las promesas y los preceptos divinos, y los transmitieron de viva voz a su posteridad: según esas tradiciones honraron a Dios; pero olvidándose de ellas poco a poco, llegaron a tal grado de perversión que Dios les destruyó por el diluvio universal, salvando empero a la raza humana en la familia de Noé, que fué encontrado justo delante del Altísimo. Por los hijos de Noé, que fueron Sem, Cam y Jafet, se propagó de nuevo el humano linaje y se conservaron las divinas tradiciones; pero dispersándose los hombres después que en castigo de su soberbia el Señor confundió su lenguaje en la torre de Babel, (primer monumento del orgullo y de la debilidad del hombre, como dice Bossuet), la impiedad, la idolatría y los vicios volvieron a enficionar al género humano. Entonces Dios N. Sr. proveyó a la conservación de las tradiciones por medio de la elección de un pueblo con el que quiso estar en continua comunicación, un pueblo que fuera el centro de la Religión verdadera y la raíz de donde, a la venida del Redentor, había de brotar el árbol que cobijara toda la tierra. Para esto escogió a Abraham como padre de los creyentes y primera piedra del edificio de la Religión. Abraham pudo conocer a Sem hijo de Noé, y recibir de él las tradiciones: Dios lo estableció en la tierra de Canaán, la que le dió por herencia a él y a sus pósteros, que fueron los judíos y formaron el pueblo de Dios.

Fuera de este pueblo, todos los de la tierra cayeron en la idolatría y en las supersticiones más monstruosas: cuando, llegada la plenitud de los tiempos, vino a la tierra el Redentor, no había un solo pueblo que conservara la creencia en Dios como base de su Religión. Quiso la Providencia que así conocieran los hombres la necesidad del auxilio divino, y de una continua comunicación de Dios N. Sr. con el hombre para que éste conservara la fe y el culto de la Divinidad, y para que asentara sobre una

religión revelada, como única base posible, la fraternidad humana, la justicia y la moralidad.

Por otra parte, los estudios que se han hecho de las religiones politeístas dan a conocer que en sus origenes ellas tuvieron principios monoteístas, y que la creencia en un Dios único fué la primera creencia de la humanidad. Igualmente, en casi todas las religiones se encuentran huellas de las antiguas tradiciones y de los sucesos más culminantes consignados en la Biblia, tales como la caída del hombre, el diluvio, la esperanza de la redención, etc.

La historia del pueblo de Dios es la historia de la Religión en su primera faz o sea en el Antiguo Testamento, porque el pueblo judío fué gobernado directamente unas veces y protegido siempre por Dios, cuya palabra consignada en los libros santos era la ley fundamental de la nación. Sin embargo, ya desde entonces, principalmente en el tiempo de los reyes, se advertía la distinción de los dos poderes eclesiástico y civil, que debía adquirir firmeza y precisión después del Evangelio. Aquel pueblo vivió por espacio de veinte siglos, de un modo prodigioso en medio de los grandes imperios que le rodeaban y que absorbían a los pueblos vecinos mientras ellos mismos eran a su vez arrollados por otras razas y otros imperios más pujantes: vivió protegido siempre por el Señor, su Dios, y alimentado con la esperanza del Mesías. Veamos cómo fueron precisándose las promesas de Dios con respecto a la redención, y las esperanzas del pueblo israelita.

LECCION DUODECIMA

Jesucristo antes de su venida.

Cuando fué predicado el Evangelio, los judíos se escandalizaban de las humillaciones del Hijo de Dios, y los gentiles las tenían como una locura, dice S. Pablo. Esto sucede todavía en el mundo: a la incredulidad moderna también se le hace duro reconocer al Hijo de Dios hecho hombre en la persona de Jesús, por más que admira y venera su persona. Para afirmar pues más nuestra fe en la divinidad de Jesucristo, será conveniente estudiarlo no solamente en sus voluntarias humillaciones, sino también en sus magníficas glorias; y ninguna más magnífica y refulgente

que la que resulta de la historia de su vida que llena todos los tiémpos con la esperanza de su venida y con la extención de su reinado.

Por otra parte, siendo Jesucristo nuestro Maestro y Redentor, es necesario conocerlo cada vez mejor para adherirnos más a El, para que El sea para nosotros camino, verdad y vida: a este fin lo estudiaremos siquiera sea brevemente, en las promesas que lo anunciaron, en la historia de su vida, y en su obra, la Iglesia que lo adora y lo predica.

Ya hemos dicho que la primera promesa del Redentor fué hecha a nuestros primeros padres al ser arrojados del paraíso, promesa de que se encuentran huellas en todos los pueblos de la tierra; pero para perpetuarla eligió Dios a Abraham a quien prometió que de su descendencia nacería el Redentor, promesa repetida a Isaac y a Jacob. Este tuvo doce hijos padres de otras tantas tribus que vinieron a formar el pueblo escogido. Jacob se llamó también Israel, y por esto al pueblo que de él salió, se le llamó Israelita. Entre los hijos de Jacob, Dios eligió a Judá para que de su posteridad naciera el Mesías, y le prometió además que el cetro o dominación estaría entre sus pósteros hasta que viniera el Cristo; por esto el pueblo israelita, se llamó también judío. Después de un largo cautiverio en el Egipto, Moisés enviado por Dios, libertó al pueblo judío de la esclavitud por medio de portentos admirables, y lo condujo a la tierra de promisión, la Palestina, dándole una ley religiosa y civil. Desde entonces quedó organizada y establecida la Religión en la forma que perduró hasta Jesucristo. Moisés fue también profeta, y transmitió las promesas del Mesías. Finalmente al santo Rey David, desendiente de Judá, le prometió el Señor que de su posteridad y real familia nacería el Salvador. Los profetas avivaron más en el pueblo escogido, la fe en el Mesías, y anunciaron con muchos siglos de anticipación el tiempo preciso y las demás circunstancias de su vida.

El Antiguo Testamento está lleno de anuncios y profecías referentes a Jesucristo, su vida y su obra, algunas de ellas tan claras y acordes con lo acaecido después, que más parece relación de cosas pasadas que profecías del porvenir. Son admirables sobre todo las profecías de David, Isaías y Daniel en las que se anuncian detalladamente la pasión y los triunfos del Mesías, y la época precisa de su venida. (Véase la nota 9.)

Además Dios N. S. anunció y prefiguró en personas y en escenas del pueblo escogido, al Mesías y a su Iglesia, de tal modo que el Apóstol S.

Pablo pudo decir que a aquel pueblo todo le acontecía en figura. Así por ejemplo, en Isaac, hijo único de Abraham, llevando la leña y el fuego al monte en donde debía ser sacrificado por su padre, ¿Quién no ve a Jesucristo, Hijo único de Dios, entregado por El a la muerte para nuestra salvación, llevando la cruz en que había de ser crucificado? En la serpiente de bronce que hizo levantar Moisés en el desierto y cuya sola vista servía de medicina a los mordidos por serpientes, ¿Quién no ve a Jesucristo cargando sobre sí el peso de nuestras culpas y enclavado en la Cruz, cuya eficacia sana nuestras almas del veneno de la sepiente infernal, del pecado? Del mismo modo podemos discurrir sobre los ritos y todos los sucesos importantes de aquel pueblo, de tal manera que viene a ser una profecía continua de Jesucristo. Así, Adán, padre del género humano, representaba a Cristo como padre de la humanidad redimida; Moisés como legislador, David como rey; Sansón prefiguró su fuerza y su poder, Salomón su sabiduría y su pacífico reinado, José su inocencia, y así los demás grandes personajes de los judíos. Verdaderamente queda uno sorprendido al estudiar el Antiguo Testamento, viendo su admirable correspondencia con el Nuevo; puede decirse que el pueblo de Dios fué una profecía de Jesucristo y su Iglesia, profecía que duró cuarenta siglos, al mismo tiempo que no vivió aquel pueblo sino de la esperanza de las bendiciones prometidas por Dios y del anhelo por el que había de venir, glorificándolo así aun antes de su nacimiento.

El género humano, acosado por la idolatría y los vicios, sentía la necesidad de un Redentor, y su propia miseria le despertaba el deseo y la esperanza del Enviado de Dios. Precisamente en la época de la venida del Señor, casi todas las naciones esperaban un gran personaje, un enviado del cielo, de tal manera que corresponde perfectamente al Salvador este nombre que le dan las S. Escrituras: El Deseado de las naciones. Y así es cómo Jesucristo ocupa toda la historia antigua: por las promesas de Dios, por la fe y la esperanza de la humanidad.

LECCION DECIMA TERCERA

Jesucristo en su Vida.

La vida de Nuestro Señor Jesucristo ofrece un contraste maravilloso de gloria y de voluntaria humillación; El quiso pasar una vida pobre y humilde, y morir con una muerte dolorosa, como que venía a redimir al género humano con sus humillaciones, sus trabajos y su sangre; pero al mismo tiempo, desde su nacimiento hasta su muerte, su vida está marcada con el sello de una gloria incomparable; sus milagros, su sabiduría, sus virtudes y su amor, nos revelan la divinidad de su persona. "Nosotros hemos visto su gloria, dice el evangelista S. Juan, gloria correspondiente al Unigénito del Padre" (S. Juan I, 14.)

Jesucristo N. S. nació en el tiempo preciso en que el Mesías debía nacer según el profeta Daniel; nació en Belén, de una Virgen de la tribu de Judá descendiente de la real estirpe de David, circunstancias todas anunciadas por los profetas. Nació pobre, en un establo, pero los ángeles cantaron su nacimiento, le anunció una estrella misteriosa, y vinieron a adorarle los reyes del oriente.

Pasó treinta años oculto en Nazaret, para dar a los hombres los ejemplos que más necesitan, los de sumisión, humildad y trabajo, puesto caso que ésta es la vocación de la mayor parte de los hombres. Llegado el tiempo señalado por Dios, es anunciado por el Bautista, y sale a predicar su Evangelio; prodigios sin cuento acompañan esta predicación: los ciegos ven, los cojos andan, quedan limpios los leprosos, resucitan los muertos, y los pobres son evangelizados. Toda la naturaleza le obedece: calma los mares y los vientos; anda sobre las aguas, y multiplica los panes para saciar el hambre de las multitudes. Sus prodigios revelan no solamente su poder y su gloria, sino principalmente, su amor: casi todos sus milagros los obra condolido de las miserias humanas, y pasa haciendo el bien. Su carácter era un conjunto admirable de firmeza y suavidad; de amor al hombre y aborrecimiento al pecado; de pureza y santidad sin tacha, y de alentadora misericordia. Otros hombres han sido sublimes en alguna de sus cualidades, por su genio, por su valor, por su corazón; Jesucristo fué sublime en todo, y siempre: lo mismo por la elevación y claridad de

su inteligencia, como por la ternura y bondad de su corazón, como por la firmeza sobrehumana de su voluntad. Siempre elevado, y siempre sencillo. Le admiran los sabios, se le acercan los niños, le aman todos, con excepción de los empedernidos en la maldad. Imposible nos es resumir ni siquiera bosquejar su doctrina: sublime y fecunda, a la vez que clara y sencilla, se basa en el amor de Dios y del prójimo, en el sacrificio y la abnegación, en la fe y la esperanza, y en una confianza sin límites en nuestro Padre Celestial. Esa doctrina ha santifcado a millares de almas, ha renovado la faz del mundo, ha salvado al hombre de su ruina moral, y aun hoy día, es el ideal más puro y elevado y la única esperanza ante el diluvio de males que amenazan a la humanidad. Predica esa celestial doctrina, y funda su Iglesia. Todo es en El, bondad y dulzura; y por esto le siguen las multitudes y le reciben en triunfo en Jerusalén. Pero los fariseos le envidian, y maquinan su muerte: le crucifican y El ofrece voluntariamente su vida a Dios para pagar las culpas de la humanidad. (Véase la nota 10).

Muere; pero a su muerte tiembla la tierra y se oscurece el sol. Le depositan en un sepulcro, pero al tercer día resucita como lo había anunciado, se presenta muchas veces, vivo y glorioso, a sus apóstoles, habla con ellos, se sienta a su mesa, y les invita a que lo toquen para que se cercioren de la verdad de su resurrección y puedan anunciarla al mundo. Finalmente les envía a predicar el Evangelio al mundo entero; les promete el Espíritu Santo, y delante de ellos asciende gloriosamente al cielo. He aquí en breve resumen la vida prodigiosa de Nuestro Señor Jesucristo, vida que se relata en los Evangelios, escritos por los apóstoles y primeros discípulos.

El Apóstol S. Juan dice en una de sus cartas: "Lo que hemos visto y oído, lo que hemos contemplado con nuestros ojos y tocado con nuestras manos, esto es lo que os anunciamos." (1ª de S. Juan I, 1 y 2.)

LECCION DECIMA CUARTA

Jesucristo después de su resurrección.

Los apóstoles, después de recibir milagrosamente el Espíritu Santo que Jesucristo les había prometido, quedaron llenos de valor, de ciencia y de virtud, y comenzaron la predicación del Evangelio: a ellos se unió S. Pablo,

a quien se apareció el Señor, quedando en un momento convertido de perseguidor en apóstol. Los apóstoles eran hombres sencillos e ignorantes; pero iluminados, sostenidos y dirigidos por la gracia de Cristo, convirtieron al mundo. Jesucristo les había dicho: "He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos," (S. Mateo XXVIII, 20,) y en cumplimiento de esa promesa, el Señor que vive glorioso en el cielo en donde "está sentado a la diestra del Padre," vive también y vivirá siempre sobre la tierra. En efecto, la vida se manifiesta por la acción, y Jesucristo manifiesta su vida por su acción constante y soberana en el mundo. Véamoslo.

1º Vive Jesucristo real y verdaderamente en la Eucaristía, en donde recibe las adoraciones de su Iglesia. La vida del Señor en la Eucaristía se ha manifestado y se manifiesta por los efectos maravillosos del divino Sarcamento, en el orden religioso y moral, por el sentimiento de la Iglesia que ha hecho de la Eucaristía el centro del culto y del amor de los fieles, y por los innumerables milagros eucarísticos con que siempre, aun en nuestro siglo, ha atestiguado el Señor su presencia en la Eucaristía.

2º Se ha manifestado y se manifiesta Jesucristo en el mundo de un modo palpable aun para los hombres más rudos, por los innumerables milagros que ha obrado por medio de sus apóstoles, de sus mártires y santos, de las reliquias de su pasión, de la divina Eucaristía, de la Santísima Virgen María, etc. La historia de la Iglesia está llena de esos prodigios verificados en su seno en todos los siglos hasta en nuestros días y que nos están revelando la gloria y el poder de Jesucristo.

3º Vive Jesucristo por su influencia en la sociedad y por los beneficios que ha derramado en ella. Recordemos el cambio operado por El en el mundo, cuyos efectos más visibles fueron: la abolición de la esclavitud, la elevación de la mujer, la solidez de la familia, la suavidad y moralidad de las costumbres, el respeto al derecho así público como privado, la caridad y fraternidad, en una palabra, todo lo que hay de más elevado y noble en la sociedad, y que constituye la civilización. Esta es obra de Jesucristo no sólo por su doctrina, sino también por su acción constante, que hace germinar y florecer esa doctrina.

4º Vive Jesucristo en el amor de sus fieles. Nadie es amado más allá de la tumba; Jesucristo lo ha sido, lo es y lo será siempre, con un amor que llega a la adoración y hasta el martirio, en infinidad de almas; y que en

muchas de ellas, en las de los santos, se manifiesta con caracteres enteramente sobrenaturales y divinos.

5º Vive por fin Jesucristo en el mundo, por su Iglesia, la sociedad que El fundó, y con la cual prometió estar hasta el fin de los tiempos amparándola y protegiéndola.

Recordemos brevemente lo que ya hemos dicho: no hay institución humana comparable con la Iglesia que lleva diecinueve siglos de duración siempre perseguida y jamás vencida, siempre rejuvenecida y renovada en su espíritu interior, siempre regida por sus pontífices, siempre santificando al mundo y glorificando a Jesucristo su divino fundador. De esta manera, Jesucristo llena con su gloria todos los siglos, así los que le precedieron como los que han seguido a su vida mortal. Esa gloria suya, es incomparable, excelsa, divina, y ella, lo mismo que todas las grandes pruebas de la Religión, proclama su divinidad que El anunció y que profesa y ha profesado siempre el Cristianismo como uno de sus dogmas fundamentales. (Véase la nota 10.)

Demos una mirada a la historia de la Iglesia, compendiada en sus luchas y en sus triunfos. Apenas nacida la Iglesia tuvo que luchar contra el paganismo del romano imperio; la lucha fué tenaz: duró tres siglos, en los que en diez sangrientas persecuciones se vió teñido con la sangre de los mártires todo el imperio; pero la Iglesia quedó vencedora en el reinado de Constantino. El paganismo concluyó. Luchó después la Iglesia contra los herejías que negaban la divinidad del Verbo o su verdadera encarnación, lucha terrible en que entre la multitud de sectas que la combatían parecía sucumbir la doctrina católica; pero ésta salió de la lucha, limpia y esplendente; mientras que los herejías de Arrio y Nestorio pasaron a la historia. Cuando los bárbaros inundaron la Europa, sólo en la Iglesia encontraron resistencia, no física sino intelectual y moral; ella salvó la inteligencia y civilizó a los bárbaros. Mahoma la atacó después con su doctrina y el poder formidable de sus armas: la lucha contra el mahometismo duró más de siete siglos; pero la Iglesia quedó al fin vencedora. La última victoria que hirió de muerte al poderío munsulmán la de Lepanto, fué evidentemente providencial y milagrosa. Se levantó por entonces el protestantismo: la herejía separó a muchas naciones del seno de la Iglesia, pero la Providencia le deparó muchas más en la América cristianizada en ese siglo. El protestantismo dividido en centenares de sectas, herido

en su raíz por la incredulidad, ha caído en la disolución más espantosa, mientras la Iglesia prospera de nuevo en las mismas naciones protestantes, como Alemania, Inglaterra y Estados Unidos del Norte. La incredulidad ataca hoy día a la Iglesia: pero ya la incredulidad comienza a dar sus frutos de perdición que la perderán a ella misma: el socialismo y la anarquía. No se sabe a donde llegará la desolación que cause al mundo el socialismo anárquico y ateo; pero la Iglesia está en pié, única institución religiosa y social capaz de regenerar a la sociedad desvanecida, porque es la única que posee una doctrina salvadora, fija y luminosa como la estrella polar, la doctrina de Cristo; porque es la única institución asentada sobre la inconmovible roca de la palabra divina, y asistida por el poder divino de Jesucristo.

TERCERA PARTE

DOGMATICA

LECCION DECIMA QUINTA

Fe.

Tres son los elementos de la Religión: Dogmas, Culto y Moral.

Llamamos dogmas, a las verdades que la Religión nos enseña. Estas pueden ser de dos clases, unas a las que puede llegar por sí misma nuestra razón; otras a las que ella no alcanza.

Siendo limitada nuestra razón, debe haber verdades de un orden superior a ella, que puede Dios proponernos como objeto de nuestra creencia. A estas verdades las llamamos misterios.

Si hay misterios para el hombre en las cosas de la naturaleza, con más razón los habrá en las sobrenaturales y en las divinas.

Los misterios no son contrarios a nuestra razón, sino superior a ella. Los más grandes teólogos y filósofos no han encontrado en los misterios de la Religión nada que contradiga a la razón.

La fe humana es una virtud natural, una especie de instinto que nos hace amar lo noble y elevado, y que entra como elemento en todas las virtudes, pero principalmente en las que constituye el trato humano. Sin esa fe no hay amistad, ni sincero y sólido afecto, ni patriotismo, ni virtud social alguna. Pues así como las humanas relaciones se radican en la fe humana, así nuestras relaciones con Dios, que forman la Religión como virtud del alma, se apoyan en la fe divina de que vamos a hablar.

Llamamos fe a la adhesión de nuestro entendimiento a las verdades reveladas por Dios, creyéndolas porque El las ha revelado. Por medio de la fe rendimos a Dios el homenaje de la primera de nuestras facultades: la inteligencia. La fe nos es necesaria porque Dios nuestro Señor nos la exige, y porque ella nos da a conocer con certeza los problemas de la eternidad, cuyo conocimiento nos es indispensable.

No debemos juzgar orgullosamente de las enseñanzas de la fe, sino recibirlas con la humilde docilidad con que un hijo escucha las enseñanzas de su padre. El primer enemigo de la fe es el orgullo. La Religión nos enseña que la fe es un don de Dios, una virtud sobrenatural cuyo germen se nos infunde en el bautismo y que debemos cultivar. Como virtud debe costarnos, como don hay que implorarla. Sobre todo, si por nuestra culpa hemos perdido la fe, hay que recobrarla no sólo con el estudio sino también con la oración y lágrimas.

La fe no nos humilla; al contrario: honroso es para nosotros el confesar nuestra limitada comprensión, y el ser instruidos por Dios. Por medio de la fe conocemos muchas verdades a que no alcanza por sí sola nuestra razón. La fe es para nuestra inteligencia, lo que para la vista del astrónomo el telescopio de que se sirve para ver el cielo.

La fe no es un acto ciego e irracional, porque se apoya en argumentos solidísimos de razón y de autoridad. Ya hemos estudiado algunos en esta obrita. La fe no puede estar en contradicción con la verdadera ciencia, porque así la razón como la fe proceden del mismo foco de la verdad, que es Dios. El perfecto acuerdo entre la ciencia y la fe lo han puesto en evidencia los sabios católicos modernos, al grado de que ese acuerdo tan cabal y maravilloso, podemos considerarlo como una prueba más de la verdad católica y un nuevo triunfo de la Religión.

No paraliza la fe los progresos legítimos de la razón, antes los agiganta con las noticias que le suministra y con los horizontes que despliega a su vista. Además la fe sirve a la razón como de norte y de estrella para que no se extravíe, pero dejándole libre el campo de su acción. De hecho, la razón humana ha progresado inmensamente, desde la predicación del cristianismo, y los conocimientos y las ciencias se han acendrado y dilatado sin término bajo el imperio de la Religión. ¿Quién podrá negar la incomparable superioridad intelectual de las naciones cristianas sobre todas las otras?

Creen algunos que la fe es indicio de poquedad de ilustración y de falta de criterio; y es al contrario: jamás ha profundizado ni desplegándose tanto el entendimiento humano, como lo ha hecho bajo la influencia de la teología. En todo tiempo infinidad de sabios ilustres han pertenecido a la Iglesia y han creido con una fe humilde, pero perfectamente ilustrada. **(Véase la nota 11.)**

Finalmente la fe nos es sumamente útil, porque nos instruye sobre lo que más nos importa, como es el conocimiento de nuestro origen y destino, nos dirige por los caminos de la justicia y de la santidad, nos estimula a obrar el bien, y llena nuestro corazón de consuelos y de esperanzas.

LECCION DECIMA SEXTA

Depósito de la Revelación.

La Revelación divina está contenida en la Sagrada Escritura y la Tradición y tiene por custodio a la Iglesia.

1º Sagrada Escritura.— La Sagrada Escritura o sea la Biblia, es la Palabra de Dios escrita en los libros inspirados por el Espíritu Santo.

Consta de dos partes: el Antiguo y el Nuevo Testamento.

El Antiguo Testamento, llamado así porque encierra la alianza hecha por Dios con el pueblo de Israel, contiene la revelación divina desde Moisés hasta Jesucristo, y consta de 45 libros divididos en Históricos, Legales, Sapienciales (o doctrinales,) y Proféticos. El Nuevo Testamento, llamado así porque contiene la nueva alianza hecha por medio de Jesucristo Nuestro Redentor, contiene 27 libros, a saber: los cuatro Evangelios (San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan,) las Actas, las Epístolas de

los Apóstoles y el Apocalipsis. Al catálogo de los Libros Sagrados se le llama Canon.

2º Tradición.— La Tradición divina es la Palabra de Dios no escrita. Los Apóstoles no escribieron todos los hechos, enseñanzas y preceptos de Jesucristo; sino que algunos los transmitieron de viva voz a la Iglesia, y ésta los conserva con el nombre de Tradición.

Que los Evangelios y demás escritos apostólicos sean auténticos, es decir de la época y autores a quienes se atribuyen, nos consta: a) Porque por tales han sido tenidos siempre por todas las Iglesias fundadas por los Apóstoles: son las escrituras públicas de un pueblo (el cristiano), de cuya autenticidad responde el mismo pueblo. b) Son además la base de la Religión, y esta garantiza su autenticidad, a la manera que la grandeza inconmovible de un edificio, prueba la solidez de su cimiento. c) Por otra parte Dios ha permitido que desde el principio de la Iglesia haya habido herejías que han combatido la verdadera fe: pues bien, los herejes de los primeros siglos lejos de negar la autenticidad de los libros sagrados, pretendían apoyar en ellos sus errores. Los mismos paganos admitían los Evangelios como auténticos y no negaban los hechos narrados en ellos, bien que pretendían darles torcida explicación. d) Además, estos libros tienen en su abono innumerables testimonios de los escritores de los primeros siglos de la Iglesia, sobre todo del siglo II en adelante. e) Llevan en sí mismos muchos caracteres intrínsecos de autenticidad: se ve al leerlos no sólo la sinceridad de los autores, sino también que éstos narraban lo que habían visto o les era perfectamente conocido y evidente. f) Finalmente nótese que los tres primeros evangelios y muchas epístolas apostólicas hablan de la destrucción de Jerusalén, como de un hecho futuro que debía creerse por fe como anunciado por el Señor; luego fueron escritos antes de dicha destrucción que se verificó cuarenta años después de la muerte de Jesucristo; luego fueron escritos a raíz de los hechos y a la vista de muchos testigos presenciales.

Por parecidas razones puede probarse la autenticidad de los libros del Antiguo Testamento; autenticidad confirmada por el Testamento Nuevo.

En cuanto a la sinceridad de los escritores sagrados nadie la pondrá en duda, puesto que la atestiguaban con su sangre. Pascal dijo: Yo creo a testigos que se dejan degollar.

La existencia de la Tradición se prueba no sólo por la autoridad de la Iglesia, sino también por la Sagrada Escritura. En efecto, en el Evangelio de San Juan (XXI, 25,) se lee que el Señor hizo muchas cosas que no fueron escritas, y el Apóstol San Pablo advierte que se guarden las tradiciones (II a los Tesal., II, 14.)

Jesucristo Nuestro Señor, no escribió nada, sino que quiso que todas sus enseñanzas nos llegaran por la autoridad de su Iglesia: a sus Apóstoles dijo: enseñad. La misma Santa Escritura la hemos recibido por medio de la Iglesia.

La autoridad divina de la Sagrada Escritura y la Tradición quedó probada cuando probamos la divinidad de la Religión, pues son fundamento y parte esencial de ella: dicha autoridad es un dogma de fe que no puede ponerse en duda sin negar la Religión que lo profesa y enseña.

No hay círculo vicioso en apoyar algunas pruebas de la Religión en la Sagrada Escritura, y la divinidad de la Sagrada Escritura en la autoridad de la Religión; porque en el primer caso sólo se considera a la Escritura como libro histórico, para conocer por su medio hechos públicos e históricos (los milagros de Jesucristo, etc.), por medio de los cuales se prueba después la divinidad de la Religión, y probada esta, se deduce de ella la de la Sagrada Escritura. Además de que las pruebas de la Religión se basan, no sólo en la Sagrada Escritura, sino también en otros mil hechos, testimonios y monumentos profanos.

Lo mismo la Sagrada Escritura que la Tradición, necesitan de un depositario e intérprete que las conserve, las proponga a los fieles y las interprete con autoridad divina. Los libros y las doctrinas más claras se prestan a interpretaciones y aplicaciones muy distintas y aun contradictorias, si no hay quien con autoridad las interprete: esto se ve en los protestantes que, como carecen de interpretación autorizada, profesan doctrinas muy diversas, se han dividido en muchas sectas, y ni siquiera tienen un canon invariable.

La Iglesia es la depositaria e intérprete autorizada de la Sagrada Escritura y la Tradición. Cuando ella define un dogma, no lo inventa, sino que únicamente nos declara que está contenido en la divina revelación, de que ella es depositaria e intérprete. Esto se deduce de la misión divina de enseñar que tiene la Iglesia, de la cual vamos a hablar.

LECCION DECIMA SEPTIMA

Constitución y Autoridad de la Iglesia.

Ya hemos dicho que Nuestro Señor Jesucristo estableció su Iglesia como una sociedad perfecta. Llamábala reino, ciudad, edificio levantado sobre una sola piedra, etc., y estos símiles entrañan su constitución y autoridad.

Constitución. La Iglesia como sociedad perfecta tiene una cabeza que dirige, auxiliares que ayudan a ésta en el régimen, y fieles que obedecen.

El Papa, sucesor de San Pedro, es el Jefe supremo de la Iglesia; y los Obispos, sucesores de los Apóstoles, gobieran las Iglesias particulares bajo la dirección y órdenes del Papa. Los Presbíteros administran los sacramentos y predican la divina palabra bajo la dirección de los Obispos. Los diáconos y demás ministros ayudan a los Presbíteros en algunas de sus funciones. A esto se llama la Jerarquía divina de la Iglesia. Además la Iglesia ha establecido algunos grados de honor y jurisdicción como Cardenales, Patriarcas, Arzobispos, etc. a esto se llama la Jerarquía eclesiástica o de derecho humano.

Autoridad. La Iglesia tiene dos poderes: el de enseñanza y el de gobierno.

1º Enseñanza Jesucristo dijo a sus Apóstoles: "Id y enseñad a todas las naciones, y mirad que yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos." (Mat. XXVIII, 20). La Iglesia enseña, pues, con autoridad divina, y es infalible en sus solemnes decisiones en materia de fe y moral, como que goza de la asistencia divina; por eso es llamada en la Sagrada Escritura, columna y firmamento de verdad (1º Tim. III, 15).

Los Obispos en unión con el Papa forman la Iglesia docente y los fieles la creyente.

La infalibilidad reside en la Iglesia docente, ya dispersa por el mundo, ya reunida en concilio: y también en su supremo Jefe el Papa, cuyas solemnes decisiones son infalibles cuando habla ex cátedra, es decir, cuando define algún dogma de fe, como Doctor supremo de la Iglesia. Así lo definió la misma Iglesia en el Concilio Vaticano. Jesucristo encargó a San Pedro el confirmar a sus hermanos en la fe (San Lucas XXII, 32).

2º Gobierno. El Señor destinó a San Pedro para el cargo de Pastor universal y Jefe de la Iglesia, puesto que le dijo: "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra será desatado en el cielo (San Mateo XVI, 16 y 19). Por la entrega de las llaves de una ciudad, de una casa, etc., se ha entendido siempre el acto de conferir la suprema autoridad; y por el símbolo de atar y desatar es manifiesto que se especifica el poder de dar leyes y dispensar de ellas. Y en efecto le confirió el Señor a San Pedro todo este poder, cuando le dijo: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas." (Juan XXI, 17). En las Actas de los Apóstoles se ve que San Pedro se hallaba siempre a la cabeza del apostolado, y que desde los primeros tiempos de la Iglesia comenzó a ejercer su autoridad, la cual se fué desarrollando conforme lo fueron exigiendo las circunstancias y los tiempos. El Papa tiene, pues, la suprema autoridad en la Iglesia.

Después del Papa, a los Obispos toca gobernar y administrar las Iglesias particulares. "El Espíritu Santo os ha constituido Obispos para regir la Iglesia de Dios." (Act. XX, 28.)

En virtud de estos poderes, el Papa en toda la Iglesia y los Obispos en sus Diócesis dan leyes en materias religiosas y morales (leyes que obligan en conciencia a los súbditos), y administran los sacramentos por sí mismos o por medio de los Presbíteros que les están sujetos.

Digamos ahora alguna palabra acerca de la Iglesia considerada como Sociedad.

Por razón de su fin y de su institución, la Iglesia es la más excelente y noble de las sociedades humanas, y abraza todos los tiempos y todos los lugares. Existiendo la Iglesia en el mundo por institución divina, y teniendo un fin diverso del de la Potestad civil, ésta no puede lícitamente oprimir a aquella, ni impedirle su desarrollo y su acción en todo lo que le compete, antes debe favorecerla, pues una y otra tienen por objeto el bien del hombre, aunque en diverso sentido y por diversos medios.

Como el cuerpo y el alma en el hombre, como la vida animal y la racional en el individuo, la Iglesia y la Potestad civil en una sociedad cristiana deben armonizarse y auxiliarse, para que, lejos de establecer en la humanidad un dualismo pernicioso, vengan a cumplir su misión de perfec-

cionar al hombre en la tierra, cada cual en su esfera, y prepararlo de este modo a la consecución de su último fin. Este es el plan de la Providencia.

En el orden espiritual la Iglesia es independiente, así como lo es en el orden temporal la Potestad civil; pero ninguna puede desentenderse de los derechos de la otra; antes deben favorecerse mutuamente. En los asuntos mixtos cada potestad debe abstenerse de impedir el racional y legítimo ejercicio de los derechos y atribuciones de la otra. El medio más obvio para conservar la armonía y evitar disputas, principalmente en los tiempos actuales, es el de los mutuos convenios que suelen llamarse "concordatos."

Del derecho divino a la existencia y a la consecución de los fines por que fué establecida la Iglesia, se deducen sus otros derechos. Nos contentaremos con enunciar los siguientes: el de tributar a Dios el debido culto conforme al Evangelio; el de predicar el Evangelio a los infieles; el de impartir a los fieles y en especial a los niños la instrucción religiosa y vigilar en general sobre toda instrucción para que no se oponga a la primera; el de asociación, es decir que puedan los fieles unirse para conseguir fines religiosos; y el de propiedad que corresponde a todo individuo o corporación que tiene derecho a la existencia. Sin el derecho completo de propiedad es imposible que la Iglesia realice de un modo seguro y constante sus propios fines y los bienes que debe ejercer en la sociedad.

Siendo la salvación eterna el último fin del hombre, nunca debe posponerse éste a un fin puramente temporal; y por lo mismo en caso de conflicto, no debe desobedecerse a la Iglesia en lo que a ella le incumbe, por obsequiar una orden de cualquier otra potestad, pues en ese caso esta orden sería una usurpación, y habría de contestarse con las palabras de los Apóstoles: "Es preciso obedecer antes a Dios que a los hombres." (Actas V, 2.)

LECCION DECIMA OCTAVA

Santísima Trinidad.

Los principales dogmas que la Religión nos enseña como revelados por Dios y que la Iglesia propone a nuestra creencia, son los siguientes:

1º Existencia y naturaleza de Dios; 2º Santisima Trinidad; 3º Creación del mundo y del hombre, y Pecado Original; 4º Redención; 5º Gracia y Sacramentos. 6º Remuneración, o sea la vida futura.

Hablamos ya en las primeras lecciones, de Dios y de sus atributos: sólo debemos añadir aquí, que la Religión confirma con su autoridad las verdades que sobre la existencia, naturaleza y atributos divinos enseña la razón natural, dándoles de este modo más firmeza y estabilidad, e impidiéndonos caer en error en materia de tanta importancia. Esas verdades sobre Dios N. S. y su naturaleza divina han sido enseñadas y profesadas siempre por la Iglesia y definidas expresamente en varios concilios, principalmente en el Concilio Vaticano, en oposición a los errores modernos.

Santísima Trinidad. Este dogma fundamental de nuestra fe consiste en creer que en Dios hay tres Personas, a saber: Padre, Hijo y Espíritu Santo, no siendo las tres sino un solo Dios, pues tienen una misma naturaleza o esencia divina. El Padre engendra al Hijo y de ambos procede el Espíritu Santo.

En Dios hay pues, tres personas iguales y distintas, en una sola naturaleza.

Este dogma es ciertamente un gran misterio que nunca podremos comprender; pero jamás podremos afirmar su imposibilidad, pues no entendemos perfectamente las operaciones internas y la naturaleza de Dios. Debemos, pues, creerlo bajo la palabra de Dios que nos lo ha revelado. ¿Quién podrá comprender a Dios sino El mismo? Sin embargo, la razón encuentra en este misterio claridades inefables. Veámoslo.

Dios desde la eternidad vive y vivirá siempre: es el Dios vivo, según la expresión de la Escritura. La vida consiste en operaciones y relaciones, y por tanto existen éstas en Dios. En efecto, Dios es un espíritu, y como tal, se conoce y se ama; esto constituye las operaciones y relaciones interiores de Dios, o sea su vida íntima. Sin esto Dios sería el Ser eternamente solitario e inerte. Así, pues, el Padre engendra al Hijo (que es su Pensamiento o su Verbo) y de ambos procede el Espíritu Santo (que es su Amor.) Pero como Dios es eterno, infinito, inmutable, sus operaciones internas y necesarias también lo son. Y así el pensamiento y el amor con que se comprende y se ama Dios a Sí mismo, no son accidentales, sino reales y sustanciales como Dios mismo, constituyendo personas realmente distintas, que subsisten en un mismo Dios.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen un solo y mismo ser o naturaleza, y por lo mismo, tienen una misma bondad, una misma santidad, etc.; es decir son un solo Dios.

Mas nunca podremos nosotros comprender cómo y porqué los actos interiores de Dios constituyen personas, y cómo subsisten en una misma esencia; y en esto está el misterio.

Dios N. S. ha puesto su imagen y como su sello en todas las creaturas salidas de sus manos. Encontramos la imagen de Dios en nuestra alma y en todos los seres espirituales, que piensan y quieren, y el pensamiento y la voluntad subsisten en la misma alma o espíritu. Encontramos la imagen de Dios en los seres materiales que están constituidos por las tres dimensiones: longitud, latitud y profundidad. Encontrámosla en todas las cosas, cuya belleza y perfección consiste en la unidad y la variedad. De este modo el universo entero es una imagen y como un reflejo del Creador.

Figura sencilla y hermosa de la Sma. Trinidad es el sol que a la vez que exsite, ilumina y calienta.

Al descubrirnos el Señor los misterios más íntimos de su divino ser, sobre todo éste que hace su gloria y su felicidad eterna, nos da una prueba de su bondad y de su amor, (puesto que los secretos íntimos sólo se revelan a los amigos más queridos), y espera de nosotros la fe y la adoración, el regocijo y la alabanza. Además, este misterio sirve de base al de nuestra redención, como lo veremos después; y es necesario tener una idea del primero para conocer el segundo.

Nuestro Señor Jesucristo mandó a sus apóstoles que bautizaran a todos los hombres en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: y el cristiano fiel, cree y profesa este dogma, porque el Señor lo ha revelado, y glorifica a Dios eternamente con aquella jaculatoria: Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

LECCION DECIMA NOVENA

Creación del mundo y del hombre.

Entre los pueblos antiguos, para explicar el origen del mundo algunos creyeron en la eternidad de la materia, otros juzgaron que el mundo había

salido de Dios por vía de emanación, como sale el agua de la fuente: solo el pueblo judío, instruido por Dios, profesó la verdadera doctrina de que el mundo había sido creado por la voluntad del Omnipotente. Esta verdad es dogma de fe católica.

Crear, es, como se dice vulgarmente, hacer una cosa de nada, es decir sin materia preexistente; o sea dar la existencia a una cosa que antes no existía. No se diga, pues, que la nada fué la materia de que Dios hizo al mundo, porque de la nada nada se hace. Pero allí donde nada existía, comenzó a existir el mundo, porque Dios lo creó, o sea, puso la causa o la razón de su existencia; y en este sentido se dice que el mundo fué hecho de nada. La Sagrada Escritura expresa el acto creador de Dios, con estas palabras: "El dijo, y las cosas fueron hechas; El mandó y las cosas fueron creadas." (XXXII, 9).

El sistema de la eternidad del mundo es absurdo, porque lo es el afirmar que cosa contingente y sujeta a continuas mudanzas sea eterna, y porque en este caso el mundo no tendría causa ni razón de ser. El sistema de la emanación es absurdo, porque nada puede salir de Dios de esta manera, pues Dios ni tiene partes ni puede perder nada. Si Dios pudiera perder algo, no sería inmutable, ni eterno ni infinito; sino variable, temporal y limitado como el mundo: no sería Dios. El sistema de la creación es misterioso, pero no absurdo. No es absurdo, porque enseña que el mundo comenzó a existir creado o causado por Dios; le da pues al mundo una causa o razón de ser. Es misterioso porque nosotros no nos podemos imaginar cómo las cosas comenzaron a ser, causadas por Dios; no podemos imaginar ni comprender el acto creador, porque está sobre nosotros, por cuanto nosotros no creamos ni podemos crear. La creación, pues, es un misterio que debe creerse porque Dios lo ha revelado; pero es un misterio que todo lo explica, y que no puede negarse sin caer en el absurdo.

La formación del mundo hasta quedar en el estado en que ahora se encuentra, se verificó en seis días consecutivos. Generalmente entienden por días en este caso los intérpretes de la Escritura, no días naturales, sino períodos de tiempo indeterminado: esto significa la palabra hebrea yom de que se sirve la santa Escritura. Causa sorpresa el admirable concierto entre el relato bíblico y la ciencia moderna: los sabios católicos lo han puesto en evidencia. Cuvier dijo: "O Moisés tenía un conocimiento tan grande como el nuestro de las ciencias naturales, o era inspirado."

La Religión nos enseña también que el hombre, la creatura más noble del mundo visible, fué creado por Dios. Dios formó el cuerpo del hombre de la tierra, y creó una alma racional, a imagen y semejanza suya, que unió a aquel cuerpo, y quedó hecho el hombre. Del costado del primer hombre sacó Dios a la primera mujer, o sea de una de sus costillas, como habla la Sagrada Biblia, para que no fuera ni su ama, ni su esclava, sino su compañera. Así el primer hombre pudo decir a su esposa: "Tú eres carne de mi carne y hueso de mis huesos." De esta primer pareja procedió el genero humano.

Algunos han afirmado que el hombre procede de animales menos perfectos: que no es más que un mono perfeccionado. La ciencia cristiana ha refutado esta teoría, que por otra parte hoy está muy desprestigiada aun entre los mismos incrédulos. Y aun cuando la teoría del transformismo estuviera probada respecto de los otros seres de la creación, esto no quita que Dios hubiera podido hacer una excepción del hombre, a quien destinaba a un fin sobrenatural, y en quien tenía pensado manifestar la magnificencia de su bondad y amor. Por lo demás, bástenos decir que contra esa hipótesis de que el hombre procede del mono, se rebela nuestra dignidad de seres racionales y de hijos de Dios. Nuestra alma espiritual no pudo proceder sino de Dios que la creó. Aun cuando no tuviéramos otra razón, la Palabra de Dios es para el cristiano la garantía cierta y firmísima de su noble origen. (Véase la nota 12.)

LECCION VIGESIMA

Pecado Original.

Según nos enseña la Sagrada Escritura, Dios Nuestro Señor creó al hombre en un estado perfecto, teniendo en completa armonía todas sus facultades, y le colocó en el Paraíso, en donde debía pasar una vida feliz. Además, por un beneficio inapreciable, Dios otorgó al hombre la gracia santificante, la cual le constituía hijo adoptivo de Dios, le eximía de la ignorancia y de la muerte y le daba derecho a la posesión de Dios en la gloria eterna: éste es el estado que llaman de justicia original, estado que no se debía al hombre por su propia naturaleza, y por lo mismo, es un estado sobrenatural, gratuitamente concedido al hombre por la bondad de Dios.

Impuso el Señor a nuestros primeros padres una prohibición que ellos quebrantaron instigados por el espíritu del mal. Tentóles el demonio (que quiere decir espíritu malo o maléfico) y comieron del fruto prohibido. "Seréis como dioses," les dijo el diablo, y les presentó el fruto hermoso a la vista y agradable al paladar: el pecado de nuestros primeros padres fué pues de ambición soberbia y de torpe sensualidad. El Señor les había dicho: "Si comiéreis el fruto prohibido, moriréis;" y habiendo desobedecido el precepto del Señor, quedaron sujetos a la pena del pecado, perdieron la justicia original; la ignorancia, las pasiones, las enfermedades y la muerte fueron en adelante su patrimonio. Notemos de paso que en esta profunda cuanto hermosa y sencilla página de la Biblia, está revelada la historia del corazón humano, los principios y progresos de la tentación en él, y las llagas que le aquejan: la soberbia y la sensualidad, que suelen ser la causa de todos nuestros vicios y pecados. Así es la Santa Escritura: encanto para los niños, admiración para los sabios, luz y vida para los buenos, pero también piedra de escándalo para los presuntuosos.

Según la doctrina de la Iglesia, Adán perdió no sólo para sí sino también para su descendencia, la integridad y perfección natural, y los dones sobrenaturales que Dios le había concedido; transmitió a sus pósteros una naturaleza viciada y corrompida, y les trasmitió también ese estado de odio y enemistad con Dios en que le puso el pecado: nacemos según la expresión de la Escritura, "Hijos de ira y maldición:" esto es lo que se llama el pecado original.

El que pierde un patrimonio, lo pierde para sí y para sus hijos; y el que tiene una naturaleza viciada, no puede transmitirla sana a su descendencia. Por otra parte, todos formamos con Adán un ser moral, y así como la ignominia o el honor de un padre alcanza a su familia, así nos pasó a todos la mancha moral del padre común de la humanidad; por eso se llama pecado de origen, que es muy distinto en su causa y en sus efectos de los pecados personales. Por lo demás, la doctrina del pecado original es un misterio de fe, que debemos creer bajo la palabra de Dios.

Pero si es misteriosa la causa, son palpables sus efectos: todos los males de que nos lamentamos, son efectos del pecado original y de los demás pecados. Por el pecado original quedó nuestra naturaleza incilinada al mal; nuestra inteligencia llena de ignorancia y de tinieblas, nuestra voluntad débil y sujeta a las pasiones. Si es un misterio el pecado original,

sin él, dijo Pascal el hombre sería para sí mismo un misterio mayor. Y como nuestros primeros padres cayeron en la tentación instigados por el demonio, éste adquirió influencia y predominio tiránico sobre la humanidad, que vino a ser como esclava del diablo: esta influencia maléfica la ejerce por tentaciones y seducciones, y la ejerció sobre todo haciendo al hombre olvidar a Dios y adorarle a él en las religiones idolátricas. Para sobreponernos a todos estos males, pero principalmente para volver a la gracia y a la amistad de Dios, necesitamos absolutamente de un Redentor.

Sólo la Virgen Santísima estuvo exenta de la culpa original, por privilegio especial de Dios, concedido en virtud de los méritos futuros de Aquel de quien debía ser Madre: a este privilegio llamámoslo "Inmaculada Concepción de María."

LECCION VIGESIMA PRIMERA

Redención.

La infinita misericordia de Dios, compadeciéndose de la miseria y desgracia del hombre caído en pecado, degradado y sujeto a la esclavitud del demonio, quiso salvarle, por medio de la Redención, misterio inefable que encierra toda la economía del Cristianismo.

Era necesario levantar al hombre caído y volverlo a la gracia y amistad de Dios; era necesario reconquistarle el título perdido de hijo de Dios y el derecho a la posesión de Dios en el cielo; era menester en fin dar a Dios una satisfacción digna de la infinita Majestad ultrajada por el pecado. Claro está que el hombre no podía hacer esto: pudo el hombre venderse, pero no redimirse, dice S. Agustín. Perdida la humanidad y separada de Dios con una separación irremediable, solo el mismo Dios podía repararlo: de aquel es propio reparar, de quien es propio crear, dice Sto. Tomás: y así nadie sino el autor de la vida puede devolverla cuando se ha perdido. Como medio adecuado para esta reparación, Dios quiso que su Hijo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, encarnara, tomando nuestra naturaleza e incorporándose a la humanidad: de este modo, el Hombre Dios pudo dar a la Divinidad una satisfacción digna de ella, a nombre de la humanidad a la que se había incorporado, y reconquistar para ésta los títulos y derechos perdidos. Este misterio se verificó en Jesucristo Redentor del mundo.

"En el principio, dice el Evangelista S. Juan; existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros." (S. Juan I, 1, 15). "En Jesucristo, dice el Apóstol S. Pablo, habita corporalmente la plenitud de la divinidad." (ad Col, II, 9.)

Según la doctrina de la Iglesia, en Jesucristo hay dos naturalezas, la divina y la humana, unidas en una sola persona, la del Verbo. La encarnación del Verbo es un misterio de fe, por cuanto no conocemos sino el hecho, pero no el modo con que se verificó. Un misterio parecido aunque de un orden inferior encontramos en la unión personal de nuestra alma y nuestro cuerpo. "Así como el alma y el cuerpo son un solo hombre, así en Jesucristo, Dios y el hombre son un solo Cristo." (Símbolo de S. Atanasio.) Como hombre, pudo padecer y morir: como Dios, sus padecimientos y su muerte fueron de un mérito infinito. Ofreciendo a su Padre celestial esos merecimientos por la humanidad, redimió a ésta de la esclavitud del demonio y del pecado, y satisfizo a la justicia divina. ¡Cuán hermoso cuán excelso y divino es ese misterio de la encarnación del Verbo de Dios! Nada más propio de la infinita misericordia y del eterno amor de Dios que bajarse hasta el hombre caído, pecador, pero al fin criatura suya, para redimirlo, haciéndole posible su salvación.

La culpa del primer Adán nos perdió, y nos salvan los méritos del segundo Adán que es J. C., padre de la humanidad regenerada. Jesús quiere decir Salvador; Cristo quiere decir Ungido, o sea Sacerdote y Rey. Es Sacerdote y Víctima porque se ofreció a Sí mismo sobre el ara de la Cruz para la salud del mundo. Es Rey, porque "todo poder le fué dado en el cielo y en la tierra;" dió a los hombres la Ley Cristiana, y "toda rodilla debe doblarse ante El." Finalmente, le llamamos Maestro, porque nos enseñó nuestro origen y destino, nuestros deberes y nuestras esperanzas: su doctrina está contenida en el Evangelio, y la Iglesia que El fundó la conserva y la predica al mundo.

Nos incorporamos a J. C., y participamos de sus méritos por medio de la fe, la gracia y los sacramentos. En la santa Misa de un modo especial se perpetúa el adorable misterio de nuestra redención.

El Hijo de Dios hecho hombre es el nuevo lazo que une al hombre con Dios, la base de la verdadera Religión: por medio de El, Dios es adorado, y glorificado con un homenaje digno de la infinita Majestad, y recibe una digna satisfacción por la culpa de Adán y las nuestras.

LECCION VIGESIMA SEGUNDA

La Gracia.

Los méritos de nuestro Redentor Jesucristo se nos aplican por medio de la gracia. Importa sobre manera conocer la naturaleza y los efectos de la gracia, para poder estimarla y buscarla.

La gracia es el fruto de los méritos de J. C. Llámase gracia porque es un don del cielo enteramente gratuito, pues no podemos merecerlo ni hay cosa ninguna con que pueda pagarse. Distínguense dos clases de gracia: la santificante y la actual. La santificante puede definirse: un nuevo ser que se da a hombre, y que le hace agradable a Dios e hijo suyo adoptivo, que lo ennoblece y lo eleva a un estado sobrenatural, y le da derecho a la gloria eterna. Llámase también en las santas escrituras, Vida y Caridad, porque es origen de la vida sobrenatural y de la caridad y amor de Dios.

La gracia actual es un auxilio sobrenatural que nos da Dios Nuestro Señor para ejecutar obras buenas en orden a la vida eterna. La gracia actual ilumina nuestra inteligencia y dirige y robustece nuestra voluntad. Llámase también en la santa Escritura, luz, unción, virtud, de lo alto.

Sin la gracia, nosotros no podemos merecer nada en orden a la vida eterna, y nuestras buenas acciones sólo tienen un mérito natural y terreno; por esa gracia nuestros actos son capaces de un mérito sobrenatural y divino, y dignos de la vida eterna.

Cuéntase que Arquímedes decía: dadme donde apoyarme y moveré el cielo y la tierra. La gracia es la palanca y el punto de apoyo; por ella nuestras acciones merecen el cielo. Y es que la gracia de Dios nos incorpora a J. C. nos hace hijos de Dios y agradables a sus ojos y nos infunde un principio de amor sobrenatural que todo lo eleva y santifica.

A la manera que el hierro es penetrado por el calor, y el cristal por la luz, el alma es penetrada, purificada y elevada por la gracia de Dios, verificándose en ella una transformación tal, que raya casi en lo divino. El Apóstol S. Pedro dice que mediante la gracia llega el hombre a ser copartícipe de la divina naturaleza. (II S. Pedro I, 4) Por la gracia, Dios mora

en nosotros y obra en nosotros; por esto en las santas Escrituras se habla con tanta frecuencia del Espíritu de Dios que se da a los fieles; de suerte que la gracia es el efecto, la acción y la obra del Espíritu Santo sobre nuestras almas. Por aquí podrá colegirse el valor infinito de la gracia y la grande estimación en que debemos tenerla.

La gracia de Dios nos da fuerza para todas las virtudes; todo lo puedo decía S. Pablo, en aquel que me conforta. No nos quita la libertad, sino que ayuda nuestra debilidad.

(Véase la nota 13.)

A nadie le faltan las gracias necesarias para salvarse, pues J. C. mereció la gracia para todos, y "Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad." (I Tim. II, 4) Pero a nosotros nos toca corresponder a la primera gracia, e implorar y buscar las ulteriores, por la oración y los sacramentos que son los medios ordinarios para adquirir la gracia.

Y aquí debemos hacer mención del dogma y gran misterio de la predestinación. Dios Nuestro Señor con su infinita ciencia y poder tiene previsto y ordenado el destino final de sus creaturas: El solo conoce los últimos resultados de su divino gobierno y los últimos designios que tiene, principalmente sobre las almas de sus elegidos, siempre de acuerdo con su justicia, bondad, sabiduría y demás atributos. Nosotros no debemos tratar de sondear los abismos de esos designios de Dios, sino adorarlos humildemente. Dos cosas sabemos que deben aquietar nuestra temeraria curiosidad, o nuestros vanos temores: es la primera que a nadie condenará Dios sino por sus propios pecados y rebeldía, terminados por la impenitencia final; y la segunda que Dios quiere salvarnos, puesto que nos manda esperar en El: El ha hecho de la esperanza no solamente un consuelo y una virtud, sino también un mandamiento. Bien que jamás debemos olvidar que por nuestra parte corre riesgo inminente nuestra salvación: "Obrad vuestra salvación con temor y temblor." (A los Filip. II, 12) Quien abusa de la bondad de Dios, se hace indigno de ella. Háganos temerosos el conocimiento de nuestra malicia, y animosos la confianza en la divina misericordia.

LECCION VIGESIMA TERCERA

La Comunión de los Santos.

Hemos dicho que la Iglesia en este mundo forma un todo o cuerpo moral del que todos los católicos somos partes o miembros; ahora debemos añadir que esta Iglesia terrestre, que se llama también militante, está unida a los bienaventurados que ya reinan en el cielo con Cristo, o sea a la Iglesia triunfante, y a las almas que se purifican en el otro mundo o sea a la Iglesia paciente. J. C., nuestro Señor como cabeza y jefe de todas las almas redimidas, es el lazo de unión que las liga y estrecha entre si, y reparte y comunica a todas la vida de la gracia.

Por otra parte, la Iglesia triunfante ayuda con el tesoro de sus méritos y oraciones a la Iglesia militante, y ésta a su vez a la paciente, no de otro modo, que en un cuerpo, unos miembros ayudan a los otros, y en una sociedad se auxilian mutuamente las partes que la forman. Los santos piden por nosotros, y nosotros rogamos por las almas del purgatorio. Además, los que estamos en el mundo, pedimos y hasta merecemos los unos por los otros, auxiliándonos mutuamente en el orden espiritual. A todo esto se llama la Comunión de los Santos.

Sucede en el mundo espiritual lo que en el físico, que el trabajo y las acciones de los unos redundan en bien y provecho de los otros. Y en verdad que, habiendo sido creado el hombre, no para pasar una vida aislada y egoísta, sino para vivir socialmente y ser útil a la gloria de Dios y al bien de sus hermanos, nada más conforme con su naturaleza que ésta comunicación de bienes espirituales de que venimos hablando. La Religión no destruye la naturaleza humana, sino que la perfecciona y la eleva.

¡Qué consolador es este dogma de la Comunión de los Santos! Por él sabemos que estamos unidos en Cristo con nuestros parientes y amigos difuntos, y que los sufragios que hagamos pos éstos, como oraciones, limosnas, etc., les son provechosos; por él sabemos que los santos interceden por nosotros, y podemos implorar confiadamente la protección y las súplicas de los que ya reinan con Cristo, sobre todo, de la Reina del Cielo, nuestra Madre la Virgen María; por él en fin se suple nuestra impotencia en favor de nuestros hermanos, pues, aun cuando de otro modo no podamos, siempre podemos ayudarles con nuestras oraciones.

LECCION VIGESIMA CUARTA

Vida Futura.

La Religión cristiana, acorde con nuestra razón natural, nos enseña que nuestra alma subsiste después de su separación del cuerpo, es decir, después de la muerte, y que para ella comienza una nueva vida, en la cual recibirá de Dios N. S. el premio o castigo de sus buenas o malas obras. La inmortalidad del alma se prueba: a) por la naturaleza de la misma alma, que es un ser espiritual, es decir simple e inteligente, y como tal, naturalmente indestructible; pues los seres sólo se destruyen naturalmente por la descomposición de sus partes: b) por el deseo de inmortalidad que hay en nosotros, y que no se explicaría si no fuera realizable: c) por la conexión que tiene esta verdad con el orden moral, como base de él, pues éste no tiene sanción suficiente en la vida mortal; sin la inmortalidad del alma, el vicio quedaría sin castigo y la virtud sin premio, se quitaría el mayor estímulo a la práctica del bien: la divina Providencia no existiría; d) finalmente pruébase la inmortalidad del alma, por el sentido común: todos los pueblos han creído en ella, y la han profesado, aunque en distintas formas, todas las religiones positivas. Sería pues un insensato y un impío quien afirmara que todo acaba para el hombre con la vida presente, porque contradeciría a su razón, a su conciencia, y al género humano. Pero para el cristiano la mayor prueba de esta verdad tan cierta, es la palabra de Dios.

La Religión nos enseña además, que con la presente vida concluye el tiempo que Dios nos ha dado para merecer, y que al terminar su vida, el hombre será juzgado por Dios, y recibirá un premio eterno en el cielo, o un eterno castigo en el infierno, según sus obras.

El Evangelio hace muchas veces mención del fuego eterno, castigo de los réprobos, y de la gloria eterna, premio de los buenos.

Como nuestra alma aspira naturalmente a una dicha eterna, también debemos temer una eterna desgracia.

Nuestra alma es, por su propia naturaleza, indestructible, como que es un ser espiritual; así es que el premio o castigo que se le imponga, será conforme a su naturaleza, es decir, eterno. El pecador renuncia libre-

mente a Dios, y pone su último fin en las creaturas; y muriendo obstinado en su rebeldía, o sea en estado de pecado mortal, Dios a quien renunció, le separa para siempre de su lado y le impone una pena proporcionada a sus crímenes; y como ya no puede arrepentirse ni hacer penitencia, porque pasó para él el tiempo de libertad, resulta que permanecerá siempre en aquel triste estado. Quien voluntariamente se sacara los ojos, permanecería para siempre privado de la vista si hubiera de vivir eternamente. "Del lado que cae el árbol, dice el Evangelio, allí permanecerá para siempre." (Véase la nota 14.)

Por el contrario, los justos que murieron en gracia de Dios, serán admitidos al goce de su Señor, y no perderán jamás aquel estado de dicha y felicidad, porque ya no podrán pecar.

Las almas que mueren en gracia de Dios, pero debiendo alguna pena por sus culpas, la satisfacen y se purifican en el Purgatorio. La mayor parte de las almas buenas, al salir de este mundo, conservan algunas reliquias de sus pecados graves ya perdonados, o de sus culpas leves; ahora bien, no teniendo culpa mortal, no pueden ser condenadas al infierno; pero tampoco pueden ser admitidas desde luego en el cielo, en donde, como dice la Santa Escritura, no entra cosa manchada; permanecerán pues en un lugar de purificación y sufrimiento hasta que, satisfecha la justicia y santidad de Dios en ellas, puedan ser recibidas en el seno de la bondad eterna. Esta es la doctrina tradicional de la Iglesia, apoyada en la Escritura y definida como dogma de fe en el Concilio de Trento. Ya hemos advertido que podemos nosotros ayudar con nuestros sufragios a las almas del Purgatorio: "Es santo y saludable pensamiento, dice la santa Escritura, orar por los difuntos, para que sean libertados de sus pecados." (II de los Macabeos, XII, 46)

Muy conveniente parece que nuestros cuerpos que son partes sustanciales de nosotros mismos, participen de la gloria o desdicha de nuestras almas. Todos apetecemos naturalmente la inmortalidad de nuestro ser total, es decir, de nuestra alma unida al cuerpo, puesto que como alma humana está ella destinada a informarle y a ejercer por su medio muchas de sus operaciones. Y así será en efecto, pues la Religión nos enseña el dogma de la resurrección de la carne, es decir, que el último día de los tiempos, por un milagro de la omnipotencia del Señor, resucitarán nuestros cuerpos para unirse con nuestras almas y participar de su suerte eterna.

La palabra de Dios es la garantía de esta verdad. Por lo demás, nuestros cuerpos resucitados, idénticos en lo esencial a los que ahora tenemos, gozarán entonces de propiedades accidentales muy diversas, propias de la vida futura. Esta general resurrección se verificará el día del juicio, en el que ante todos los hombres congregados a la voz omnipotente del que los creó, bajará del cielo por segunda vez J. C. lleno de gloria y majestad, y juzgará al mundo; a los justos los pondrá a su derecha, y a los réprobos a su izquierda, y dirá a los primeros: "Venid benditos de mi Padre a poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo..." y a los réprobos les dirá: "Id malditos al fuego eterno..." "E irán éstos al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna." (Mateo XXV, 41, 46.)

CUARTA PARTE

CULTUAL

LECCION VIGESIMA QUINTA

Culto.

Llámase Liturgia el conjunto de leyes que reglamentan el culto. Se llama Culto al homenaje que el hombres rinde a Dios. El culto puede ser interno y externo, privado y público.

El culto interno es el que dirigimos a Dios con los actos de nuestra alma, sin que se traduzca por palabras o signos exteriores; el externo es el que se manifiesta al exterior. Para cumplir con el deber que tenemos de honrar a Dios, no nos basta con adorarlo en lo secreto del corazón, sino que es preciso expresarle nuestras adoraciones con todo nuestro ser; y por tanto, siquiera en algunas ocasiones, también nuestro cuerpo debe tomar parte en el culto que a Dios dirijamos, con oraciones, genuflexiones, etc. Pero peor sería reducir nuestro culto a actos puramente exteriores, pues éstos son vanos y mentirosos cuando no proceden del corazón. Ntro. Sr. Jesucristo decía: "Los verdaderos adoradores adorarán a Dios en espíritu y en verdad." (S. Juan IV, 23.)

El culto privado es el que dirige a Dios un individuo particular, o una

familia en lo privado del hogar: público es el que a Dios se rinde socialmente en el templo (lugar público destinado a la oración,) y el que a Dios tributa la Iglesia por medio de sus ministros. No nos basta adorar a Dios en lo secreto del hogar, porque siendo nosotros seres sociales, debemos reconocer a Dios ante los demás hombres y ante la sociedad. La sociedad misma, como tal, está obligada a rendir a Dios el debido culto, pues que tiene a Dios por autor, y El es el soberano lo mismo de la sociedad que del individuo. Las naciones, pues, como los individuos, deben reconocer la Religión verdadera, y por medio de ella tributar al Señor el culto que le es debido. Esto nos manifiesta la razón por que la Iglesia ha condenado en principios la libertad de cultos; pues profesar esa libertad es desconocer la obligación que una nación como tal tiene de rendir a Dios el verdadero culto; es negar la Religión verdadera, o proclamar que la verdadera Religión tiene los mismos derechos que las falsas, la verdad que el error. Con todo, en la práctica puede y aun debe admitirse esa libertad moderada en una nación en que una gran parte de sus ciudadanos han dejado de ser católicos; digo moderada en el sentido de que los cultos falsos pueden en ocasiones permitirse, pero nunca favorecerse.

Nuestro culto a la Divinidad se expresa principalmente por medio de la oración y del sacrificio: de estas dos cosas hablaremos en las lecciones siguientes.

LECCION VIGESIMA SEXTA

La Oración.

El medio más fácil y usado para rendir a Dios nuestros homenajes, es la oración. Defínese comunmente la oración diciendo que es la elevación de nuestra alma a Dios para alabarle o pedirle; y así la oración puede ser laudatoria o impetratoria, según que tenga por fin principal honrar a Dios N. S., o alcanzara sus favores. En la primera se comprenden las adoraciones, alabanzas, acciones de gracias, actos de amor, etc; en la segunda los ruegos y peticiones que pueden tener por objeto conseguir el perdón de los pecados o los bienes espirituales y los temporales, para nosotros y para los demás hombres. Aun la oración impetratoria, si se hace con las debidas disposiciones, es un homenaje que se rinde a Dios, porque por

ella reconocemos implícitamente y honramos las perfecciones de Dios, a saber, su poder, su bondad, su sabiduría, su misericordia, etc. La oración es necesaria, 1º porque debemos expresar al Señor nuestra sumisión y nuestro amor, y porque El mismo nos ha mandado orar; 2º Porque sin la oración no obtendremos todas las gracias que necesitamos para guardar la ley de Dios y salvarnos.

Dios que nos ha concedido el favor de poder orar, nos ha hecho en ello una gran merced, porque por medio de la oración podemos conseguir innumerables favores, para nosotros y para nuestro prójimo; en ella tenemos el remedio seguro de nuestras necesidades, una fuente de consuelos y merecimientos y un medio infalible para asegurar la eterna salvación de nuestra alma. Dios N. S. ha prometido escuchar nuestras oraciones, cuando éstas sean hechas con las debidas condiciones; y por lo mismo, la oración es de una eficacia segura, principalmente cuando tiene por objeto los bienes espirituales y celestiales. Los bienes temporales sólo han de pedirse con la condición de si convienen.

Nuestra oración debe ser humilde, confiada, perseverante y hecha en nombre y por los méritos de J. C. Para esto, debemos recogernos antes de orar, pues la oración irreverente más bien ofende a Dios que le honra. "Antes de la oración prepara tu alma, y no quieras ser como el hombre que tienta a Dios." (Ecle. XVII, 23.)

Donde quiera podemos orar, pero principalmente en la Iglesia, que es llamada por esto "Casa de Oración." (Luc. XIX, 46)

"Conviene siempre orar," es decir, tener el espíritu de oración, y practicarla con frecuencia, principalmente en los peligros y tentaciones; en éstas puede ser la oración obligatoria, si de otra manera no puede vencerse la tentación. Los buenos cristianos, nunca omiten la oración de la mañana y de la noche.

S. Agustín dijo con razón que el que sabe bien orar, sabe vivir bien.

LECCION VIGESIMA SEPTIMA

Sacrificio.

La segunda manera de honrar a Dios N. S. y atraernos sus bendiciones es el Sacrificio. Este constituye el acto principal del culto externo y público,

y es preciso que tengamos una idea exacta de él.

Se entiende por Sacrificio, la oblación y destrucción de una cosa, hecha a Dios para rendirle los homenajes que le son debidos. Se ofrece por un sacerdote, y la cosa ofrecida se destruye en honor de la Divinidad, reconociéndose con este acto el dominio absoluto que tiene el Señor sobre todas las creaturas. Los fines del sacrificio son cuatro: adorar a Dios reconociendo su dominio y poder, darle gracias por los beneficios que nos dispensa, alcanzar el perdón de nuestros pecados, e impetrar los divinos favores.

Cosa notable es que el rito sagrado del sacrificio se ha practicado por todos los pueblos y en todas las religiones, lo cual nos persuade de que pertenece a las más antiguas tradiciones del género humano, y que ha sido establecido por Dios como el modo público y solemne con que quiere ser honrado. De hecho nos consta que El estableció los sacrificios de la Ley Antigua, y el gran Sacrificio de la Nueva Ley.

Todos los antiguos sacrificios eran figura y representación del Sacrificio de J. C. que se ofreció a Sí mismo en el altar de la Cruz, para la redención del género humano. J. C. es la víctima pura, racional, infinitamente agradable a los ojos del Altísimo, como que es el Hijo de Dios humanado; El es el que con su sangre reconcilió al cielo con la tierra.

Para perpetuar el Sacrificio de la Cruz, Jesucristo estableció el del altar, que se llama Misa, y que no es distinto de aquel, sino el mismo en sustancia ofrecido de modo diferente: el de la Cruz fué "cruento" (o con derramamiento de sangre) y el del Altar, "incruento" bajo las especies de pan y vino. S. Pablo dijo que J. C. era el Sacerdote según el orden de Melquisedech, el cual ofreció pan y vino (Hebr. V 5-6;) lo mismo había anunciado el profeta David (Salmo CIX, 5;) y el profeta Malaquías había predicho que en la nueva alianza, en lugar de los antiguos sacrificios, se ofrecería a Dios en todo el mundo una hostia pura. (Mal. I, 10.) La Misa la estableció N. S. en la última cena, cuando instituyó el Santísimo Sacramento del Altar y dijo a sus Apóstoles: "Haced esto en mi memoria." (San Lucas XXII 19.) En la Misa se ofrece Jesucristo bajo las especies de pan y vino, y muere místicamente por la mística separación de su cuerpo y de su sangre (aunque en realidad permanecen unidos,) como se ofreció y murió de un modo visible sobre la Cruz. No hay pues para el cristiano, obra con que mejor honre a la Majestad de Dios, y preocupe su propio bien, que la

Misa oída con humildad y devoción; por esto santificamos principalmente con ella el día del Señor.

La Misa se ofrece solamente a Dios, pero puede ofrecerse a la divina majestad en memoria de algún Santo y para implorar su intercesión. Aprovecha así a los vivos como a las almas del purgatorio. Aprovecha principalmente a aquellos por quienes se ofrece. Participan con particularidad de la Misa, los que la oyen, y más todavía aquellos que en ella reciben la Sagrada Comunión.

LECCION VIGESIMA OCTAVA

Sacramentos. Bautismo. Confirmación.

Siendo la gracia un don gratuito, Dios la da a quien quiere y del modo que quiere, y a nosotros sólo nos toca impetrarla humildemente por la oración y buenas obras, y buscarla allí donde el Señor la ha puesto para que la busquemos, esto es, en los sacramentos.

Sacramento, es un signo sensible establecido por J. C. para darnos su gracia. Sólo Dios, autor y dueño de la gracia, ha podido establecer los sacramentos; la santa Iglesia solamente ha establecido las ceremonias accidentales que acompañan a su administración, para honrar y enaltecer ante los fieles esos mismos sacramentos que de por sí son santos y divinos. J. C. dió a sus sacramentos una forma sensible, porque los destinaba a nosotros, seres sensibles, ayudándonos de este modo a comprender mejor las cosas espirituales.

Los sacramentos son el tesoro común de los fieles; todos los reciben por igual en la sustancia, y enséñannos a mirarnos mutuamente como hermanos, e hijos de Dios.

Los sacramentos se diferencian esencialmente de la oración, genuflexiones, ceremonias, etc., obras llamadas sacramentales, en que éstas alcanzan o impetran la gracia según las disposiciones de los que las hacen; mientras que los sacramentos causan la gracia por sí mismos, en virtud de la institución divina.

Los sacramentos son siete. Por la sagrada Escritura y la Tradición nos consta que no son ni más ni menos que siete. Así lo definió la Iglesia en el Concilio de Trento.

Los siete sacramentos vienen a corresponder a los pasos y progresos de la vida espiritual. El primero es el Bautismo, por el cual nacemos a la vida de la gracia, y que nos confiere el ser cristianos; por él entramos en la Iglesia y adquirimos la gracia santificante. Jesucristo dijo a sus Apóstoles: "Id enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo;" (Mat. XXVIII, 49,) y antes había dicho: "Quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo no podrá entrar en el reino de Dios." (S. Juan III, 5.) Es pues necesario el bautismo para la salvación. Se confiere derramando agua natural sobre la cabeza del bautizado, lo que significa la purificación del alma, diciendo: Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. El sacerdote es el ministro ordinario de este sacramento; pero en necesidad extrema puede bautizar cualquiera persona, aunque en este caso debe preferirse a quien sepa hacerlo mejor y sea más digno.

En el bautismo hacemos promesa de seguir a Cristo y su doctrina, renunciamos solemnemente al demonio, a sus obras y sus pompas; se nos unge por primera vez con el óleo santo, y se nos marca con la señal de la Cruz. Los padrinos hacen las promesas en nombre del infante a quien llevan en brazos, y que en cierto modo es su hijo espiritual; y quedan ligados con parentesco espiritual con el niño y obligados a suplir la incapacidad o el descuido de los padres en la educación cristiana del niño. Por tradición apostólica la Iglesia administra el bautismo a los niños desde sus primeros días "para que queden limpios por la regeneración de la mancha contraída por la generación," (Concilio de Trento,) es decir del pecado original. No obsta que el niño ignore lo que recibe y las obligaciones que contrae, así como no se nos consulta a nosotros para darnos el ser y por consiguiente para sujetarnos a los deberes del hombre: el bautismo es una regeneración. Pero a un adulto, no puede bautizársele sin su consentimiento. Cuando no haya causa grave que lo impida, deben bautizarse los niños antes de los ocho días de nacidos.

La Confirmación aumenta la gracia, desarrolla la vida espiritual del alma y da fuerzas para confesar y practicar la fe. Se llama también el sacramento del Espíritu Santo porque en él se infunden sus divinos dones. Confiérelo el Obispo, mediante la unción del óleo y la comunicación del Espíritu Santo, con el cual recibe el cristiano una especie de consagración, para que sea templo vivo de Dios y soldado de Jesucristo.

LECCION VIGESIMA NOVENA

Penitencia.

El Sacramento de la penitencia fué establecido por Jesucristo para la remisión de nuestros pecados.

Que exista en la Iglesia el poder de perdonar los pecados, dedúcese de aquellas palabras de J. C. "A quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retuviereis les serán retenidos." (S. Juan, XX, 23). Claro está que este poder no es arbitrario; y de su misma naturaleza se deducen las condiciones con que debe ejercerse y los cargos del ministro que lo ejerce. Este es juez del penitente, pues debe saber lo que perdona, y juzgar de las faltas y de las disposiciones del que se confiesa; es médico para curar la herida del pecado, pues no debe ejercer en vano su potestad, sino ver de que el penitente se enmiende; es maestro, por que debe ilustrar la conciencia del penitente; es por fin padre, pues ocupa el lugar de J. C. nuestro bondadoso Redentor. Por lo mismo es necesario que el penitente manifieste clara y distintamente el estado de su conciencia, acusando sus faltas con sincera contrición. Dios N. S. no puede hacer las paces con el pecado, y por lo mismo, nunca perdona sin que haya en el pecador arrepentimiento.

Para poder absolver de los pecados, se requiere en el ministro orden y jurisdicción; es decir, debe de ser sacerdote y además debe ejercer su potestad sobre sus súbditos o sea sobre los fieles que le ha asignado la legítima autoridad; porque el juez sólo juzga y sentencia a sus subordinados. El sacerdote que escuche la confesión queda obligado al más estricto secreto, que debe guardar aun a costa de su vida, secreto que se llama sigilo sacramental; debe además tener presente su propia flaqueza y la misericordia infinita de Jesucristo a quien representa.

Para ser absuelto el penitente debe confesarse, arrepentirse y aceptar la penitencia que le imponga el confesor. Para poder confesarse bien necesita examinar su conciencia. Decimos pues que son cuatro los actos del penitente, a saber:

1. Examen de conciencia: debe ser atento y más o menos detenido según las circunstancias lo exijan.

Confesión: debe ser humilde, dolorosa e íntegra o completa. Deben acusarse cuando menos todos los pecados mortales, en su especie y número en cuanto sea posible. Los pecados veniales y los graves ya perdonados, son materia libre de confesión, es decir pueden confesarse o no.

3. Contrición o arrepentimiento de haber ofendido a Dios. La contrición debe fundarse en motivos sobrenaturales, como la amabilidad de Dios ofendido, el deseo de obtener su gracia, el temor del infierno, etc., y por lo mismo debe ser soberana y universal. Debe por fin abrazar el propósito de la enmienda.

4. Satisfacción; debe aceptarse la penitencia que imponga el confesor, pues sin aceptar la sentencia no está completo el juicio.

La confesión es necesaria para todos los que han cometido algún pecado mortal después del Bautismo. Ha sido llamada por los Padres: tabla de salvación después del naufragio.

No hay remedio más eficaz para los males del alma, y para regenerar las costumbres, que la confesión frecuente, humilde y sincera; no hay tampoco bálsamo más suave para el corazón afligido por el remordimiento. La primera necesidad de quien se reconoce culpado es confesar su culpa. Hay secretos que nos abruman y que es preciso comunicar, bien que en el seno de la amistad más íntima, a quien pueda recibirlos para reanimar nuestras almas con la luz de sus consejos y con palabras de aliento, de esperanza y de perdón. Los que se confiesan bien, sienten su conciencia aliviada de un gran peso, y se levantan del santo tribunal, con el alma alegre y ligera como si tuviese alas. Debemos dar gracias a J. C. por el inmenso beneficio que nos hizo al establecer el sacramento de la Penitencia.

Según la doctrina de la Iglesia, aun después de perdonados los pecados, queda algo que satisfacer por ellos, lo que se hace por medio de penitencias impuestas o voluntarias, y por las indulgencias. Llámanse indulgencias la aplicación que hace la Iglesia de los méritos de Nuestro Señor y de los Santos, a la satisfacción de las penas que por los pecados debemos: esta aplicación la hace la Iglesia regularmente mediante algunas prácticas piadosas ordenadas por ella, y la hace en virtud de los plenos poderes espirituales que Jesucristo le otorgó (Mat. XXI, 19.)

LECCION TRIGESIMA

La Eucaristía

Como el sol entre los astros, así brilla la Sagrada Eucaristía entre los demás sacramentos; es como el centro de todas las prácticas de la Religión y atrae a sí las miradas y los corazones de los fieles.

En la sagrada Eucaristía está Jesucristo, real y sustancialmente presente, tal como se halla en la gloria, sentado a la derecha del Padre Celestial.

Eucaristía quiere decir acción de gracias. Se le llama también Sacramento del Altar, Santísimo Sacramento, Comunión, Pan de los Angeles, etc.

En la antigua alianza fué prefigurado este Sacramento en el árbol de la vida, en el cordero pascual, en el maná, en los panes sagrados, etc. En la nueva lo prefiguró Jesucristo en la multiplicación de los panes y lo anunció en términos clarísimos. "Este es el pan del cielo, decía entre otras cosas; el que come de este pan vivirá eternamente. Y el pan que yo os daré es mi propio cuerpo para la vida del mundo." (S. Juan VI.)

Estableció el Señor este sacramento en la última cena en que celebró con sus apóstoles la ceremonia del cordero pascual. Tomó el pan en sus manos, y dando gracias a su Padre Celestial, lo repartió entre sus discípulos diciendo: Tomad y comed: éste es mi cuerpo. Y tomando un cáliz bendijo el vino dando gracias y diciendo: Bebed todos de él, porque ésta es mi sangre, la sangre del nuevo testamento que será derramada por muchos. Haced esto en mi memoria. (S. Mateo X VI, S. Luc. XXII, etc.)

No podía haber hablado el Señor en términos más claros; pero si aún pudiera alguien dudar de que daba a sus palabras un sentido propio y no figurativo, como pretenden los protestantes, las expresiones de la promesa, que antes citamos (S. Juan VI,) no dejan a la herejía otra excusa que la rebeldía y la mala fe. La tradición y la autoridad de la Iglesia, ilustran y afirman más y más la fe del cristiano sobre este augusto misterio.

La razón no puede hacer objeciones sobre la Eucaristía, porque nosotros sólo conocemos las apariencias de las cosas, pero no las sustancias; y en la Eucaristía decimos que está sustancialmente Jesucristo. (Véase la nota No. 15)

Cuando el Señor anunció la Eucaristía, algunos de los judíos dijeron: "Dura es esta palabra; ¿quién podrá creerla?" y se separaron del Señor.

Esto hacen aún en el día de hoy algunos pobres hermanos nuestros por no prestar fe a la palabra amorosa del Salvador. La Eucaristía es un misterio de fe; lo creemos bajo la autoridad de Jesucristo.

Jesucristo existe entero y vivo así en la Hostia como en el Cáliz, y en cualquier fragmento o porción de ellos, porque está en la Eucaristía vivo y en todo su sér, tal como está en el cielo. Tomó la forma de pan, porque es el alimento espiritual de nuestras almas: nos da y conserva la vida de la gracia.

Debemos recibir la Sagrada Comunión desde que tenemos uso de razón por lo menos una vez al año, y además en peligro de muerte: en este caso se llama Viático, que quiere decir alimento para el camino.

Debe recibirse en gracia de Dios, en ayunas y con grande fe y devoción. Recibir la Eucaristía con una alma manchada con pecado mortal es un horrible sacrilegio.

La Iglesia quiere que recibamos la Sagrada Comunión muy a menudo; y si es posible, todos los días. La recepción frecuente de la Comunión es el medio mejor para asegurar la salvación eterna del alma. Dichoso el cristiano que se alimenta con frecuencia y con devoción, del Pan celestial; se cumplirán en él las palabras del Señor: El que come de este pan, vivirá para siempre.

Asústense los herejes ante las humillaciones de Jesucristo en la Eucaristía, y no quieren creer en ese sacramento del amor del Redentor: paréceles una locura, como tal les parece la encarnación del Verbo a los incrédulos; y es que no comprenden el amor de Dios a los hombres, la ternura del Corazón de Jesús para sus almas escogidas. Si son inauditas y extrañas hasta parecen locuras las obras del amor humano, ¿Cómo no han de ser inefables las del divino amor? Ante ellas, sobrecogido de asombro nuestro entendimiento y de amorosa gratitud nuestro corazón, sólo cabe exclamar con las palabras del Señor: "¡Tanto amó Dios al mundo!". Los misterios de nuestra fe llevan una prueba de su verdad en su misma sublimidad. Y al rebosar de gozo nuestras almas cuando reciben el abrazo de su Dios en la Comunión eucarística, ya podemos repetir con el Discípulo amado: "¡Nosotros hemos creído en el amor que nos ha tenido Dios!" (I de S. Juan, IV, 16.)

LECCION TRIGESIMA PRIMERA

Extrema—Unción.

Sabiendo muy bien que nunca necesita el hombre la divina gracia tanto como en el fin de su vida, N. Sr. Jesucristo estableció el Sacramento de la Extrema—Unción que purifica al hombre de sus culpas y de las reliquias de ellas, fortalece al alma para el último combate, y da salud al cuerpo si le conviene. El apóstol Santiago en su epístola católica dice estas palabras: "¿Se enferma alguno entre vosotros? llame a los presbíteros y oren por él ungiéndolo con el óleo en el nombre del Señor: y la oración nacida de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará, y si se hallare con pecados se le perdonarán." (Jac. V, 14.)

La Extrema—Unción es de suma importancia para los que se hallan en peligro de muerte, y sus efectos son: la gracia para el alma, y la salud o alivio para el cuerpo, si conviene. Se confiere por el sacerdote ungiendo con Oleo Santo los órganos principales de los sentidos, pronunciando al mismo tiempo ciertas oraciones.

La Extrema—Unción debe recibirse en cuanto sea posible, después de la confesión y del Sagrado Viático; con devoción y arrepentimiento de los pecados.

Gravísima es la obligación de los que tienen el cuidado de los enfermos de procurarles la recepción de este Sacramento a su debido tiempo, y no esperar para ello los últimos momentos; pero a los que improvisamente quedan destitudios de sus sentidos debe también procurárseles la Extrema —Unción; y aún a los que por desgracia mueren aparentemente, sin haber recibido este sacramento, debe también administrárseles bajo condición, por ser probable que casi siempre conservan vida por algún tiempo después de la muerte aparente, y muy principalmente si la muerte fué repentina.

¡Qué culpables son los que exponen a riesgo gravísimo la salvación de sus enfermos dejando la Extrema—Unción para última hora, cuando es muy difícil que el enfermo tenga las debidas disposiciones! Nunca será excesivo el cuidado que pongan los fieles en procurar para sí y para los suyos, para la hora de la muerte, los auxilios de la Religión, pues de esos momentos supremos depende la eternidad.

LECCION TRIGESIMA SEGUNDA

Orden.

La Religión necesita de personas que estén consagradas a ejercer las funciones del culto, predicación y demás oficios sagrados, y para esto estableció Jesucristo N. Señor el sacramento del Orden sacerdotal por el cual quedan consagrados al culto de Dios los ministros de la Iglesia y reciben éstos gracias particulares para ejercer convenientemente las divinas funciones. El apóstol S. Pablo exitaba a su discípulo Timoteo a que resucitara y desarrollara en sí mismo la gracia que se le había dado por la imposición de las manos, es decir, por la consagración sacerdotal.

Como en la antigua alianza Dios se había separado para su servicio a la tribu de Leví, en la nueva separa y consagra por medio de este sacramento a los sacerdotes y demás ministros. Esto quiere decir clero: porción separada o escogida para el servicio de Dios.

El sacramento del orden tiene diversos grados, a saber: Los Obispos (palabra que significa vigilantes) que tienen la plenitud del sacerdocio, consagran a los demás ministros y gobiernan la Iglesia: Presbíteros (esto es, ancianos) que administran los sacramentos, predican, bendicen, etc.; Diáconos y Subdiáconos que ministran y ayudan al sacerdote en el altar. Los órdenes menores, que propiamente hablando no constituyen un sacramento, son cuatro, a saber, los de Ostiario, Lector, Exorsista y Acólito; por la Tonsura se entra en el clericato.

El orden imprime en el que lo recibe el carácter sacerdotal, (una especie de señal espiritual e inborrable,) carácter que no puede perderse aun cuando el ministro se haga indigno de su ministerio. Debemos siempre venerar a los sacerdotes y demás ministros, por razón de la dignidad que han recibido y del ministerio que ejercen. Además les debemos gratitud y amor, porque de ellos recibimos los sacramentos, ellos oran por nosotros y ofrecen el Santo Sacrificio, ellos nos enseñan y nos guían hacia Dios. Por esto el pueblo fiel les llama Padres.

LECCION TRIGESIMA TERCERA

Matrimonio.

El sacramento del matrimonio mira al bien social y santifica la unión indisoluble de los esposos cristianos, dándoles gracias para llevar santamente el estado del matrimonio y cumplir con sus cargos y deberes, principalmente por lo que mira a la formación y educación cristiana de la familia.

N. S. Jesucristo elevó el contrato matrimonial a la dignidad de sacramento; así es que entre cristianos no hay verdadero matrimonio sin sacramento. Para que sea válido, por lo general debe celebrarse ante el Párroco y dos testigos, y no debe haber entre los pretendientes ningún impedimento que obste al matrimonio.

Los principales impedimentos canónicos son los parentescos de consanguinidad hasta el 3º grado, de afinidad lícita hasta 2º grado, y espiritual entre el padrino de bautismo y su ahijado.

El vínculo del matrimonio es indisoluble: sólo la muerte lo desata; así que nunca puede ser lícito el verdadero divorcio, o sea la separación de dos esposos para contraer nuevo matrimonio. La simple separación de cohabitación puede ser lícita en casos muy excepcionales. Esta indisolubilidad del matrimonio ha sido siempre sostenida por la Iglesia Católica a pesar de todas las pasiones humanas, y sancionada por las naciones civilizadas en los tiempos de su mayor disciplina y moralidad; y es a no dudarlo, la única base de la solidez y firmeza de la familia, y la mayor garantía que asegure a los hijos el amor y socorros constantes de sus padres, y defienda a los mismos cónyuges, sobre todo a la parte más débil, de la incostancia y pasiones del corazón humano. Cerrando a esas pasiones toda otra puerta que no sea la del crimen, fácilmente se las sojuzga, sobre todo cuando a ello ayuda con sus eficaces auxilios la Religión. Por el contrario, el divorcio es la vía expedita a todos los desórdenes, y la disolución de la familia base y cimiento de la sociedad, es su fatal consecuencia.

El matrimonio llamado civil, no es válido ni legítimo ante Dios y la conciencia; sin embargo además del matrimonio religioso, es preciso registrar civilmente el contrato matrimonial, para obtener los efectos civiles.

El sacramento del matrimonio debe contraerse en gracia de Dios.

El matrimonio tiene por fin la formación de la familia cristiana. En la familia bendecida por Dios, encuentra el hombre los auxilios y consuelos que necesita y la paz y el mayor bienestar a que puede aspirar en el mundo. No hay lugar más sagrado sobre la tierra, fuera del templo de Dios, que el hogar doméstico consagrado y santificado por el sacramento del matrimonio.

LECCION TRIGESIMA CUARTA

Culto de los Santos.

Además del culto supremo que damos a Dios, y que llamamos adoración, hay un culto secundario que llamamos veneración y lo referimos a los ángeles y a los santos, sobre todo a la Reina de ellos, María Santísima, Madre de Dios.

Si honramos en este mundo a nuestros padres y superiores, a las personas constituídas en dignidad, a los héroes y a los sabios, ¿Por qué no hemos de tributarles especiales honores a los santos que triunfaron del mundo y que ya reinan con Dios?

Aunque Dios N. S. es el apoyo y fundamento de nuestra esperanza, también tenemos confianza en los santos, y les pedimos que rueguen por nosotros ante el Señor, como amigos suyos que son. Dios nos dispensa en el orden natural muchas gracias por medio de nuestros padres y bienechores: lo mismo quiere hacerlo en el orden sobrenatural por medio de los santos y sobre todo de la Santísima Virgen María.

Jesucristo N. S. es el supremo mediador entre Dios y los hombres; pero esto no quita que también los santos participen secundariamente del oficio de intercesión y que sean nuestros medianeros ante el mismo Jesucristo Señor nuestro. María Santísima participa más que ningún otro santo de este poder de intercesión y mediación, porque está más íntimamente unida con Cristo, y por la gracia excelentísima que corresponde a la que es Madre de Dios y Reina del cielo.

Singular y amorosísimo es el culto que la Iglesia Católica profesa a la Santísima Virgen María: la llama Madre, Señora y Reina, levanta templos y celebra festividades en su honor, e invita a sus fieles a alabarla e invo-

carla constantemente: estos por su parte miran a María como a su verdadera Madre en su vida espiritual, la aman con inefable ternura, y en el amor y devoción a la Virgen Santísima encuentran consuelo en sus penas, remedio en sus necesidades y toda clase de auxilios y estímulos para el bien. Cristo que amaba a su madre bendita, quiso que compartiera con El el reino de las almas, dotándola de un poder de intercesión superior al de todos los bienaventurados, y de un corazón lleno de ternura hacia nosotros: quiso que la madre suya fuera también nuestra Madre. La historia de la Iglesia y sobre todo la de la vida cristiana atestiguan en innumerables manifestaciones y monumentos esa ternura y ese poder de María. Y nada más conforme por otra parte que este culto especial de María, desde luego que se admiten las íntimas relaciones que tiene con Cristo, y se atiende al modo de obrar de la divina Providencia, siempre suave y acomodado a las necesidades de nuestra humana naturaleza. No debía faltar en el himno armonioso de la Religión, la suave nota del amor maternal. Sólo los herejes se miran privados de él: ¡pobres huérfanos separados de la familia de Cristo!

Llamamos santos, a aquellos que la Iglesia ha canonizado, es decir, ha declarado que reinan con Dios, y decretado que se les honre con culto público y solemne. La Iglesia quiere que honremos a los santos procurando principalmente imitar sus virtudes.

Llamamos mártires a los que han dado su vida por la fe. La Iglesia ha canonizado a la mayor parte de los mártires.

Como se vé el culto de los santos es un resultado de la unión que la Iglesia de la tierra tiene con la del cielo, o sea del dogma consolador de la comunión de los santos, que ya explicaremos en otro lugar.

LECCION TRIGESIMA QUINTA

Imágenes y Reliquias.

El culto que tributamos a Jesucristo N. S., a la Virgen Sma. y a los santos, es de dos maneras, absoluto y relativo; absoluto o directo es el que rendimos a Dios y a los santos, relativo es el que rendimos en sus imágenes y demás cosas que los representan.

Guiados por el buen sentido, los católicos veneran y dan culto a las

imágenes, no por lo que son en sí, sino por lo que representan: este culto pasa a la persona representada. Así, cuando un hijo besa el retrato de su padre, o le tributa honores, no es al papel ni al lienzo al que honra, sino a su padre allí retratado. El objeto de nuestro culto no son las apariencias, sino la sagrada persona representada por aquellas apariencias exteriores.

Tan natural nos parece el uso de las imágenes en nuestras relaciones con las personas ausentes, que las empleamos a cada paso en los usos cotidianos de la vida; y aun más, no podemos ponernos en relación con nadie sino por medio de esa facultad que llamamos imaginación o fantasía, por medio de la cual evocamos la imágen del objeto de nuestro pensamiento. La misma palabra, así interior como exterior, sin la cual ni siquiera podemos pensar, no es sino un signo o representación de la idea abstracta, del pensamiento. La imagen (así la que nos representamos como la que miramos afuera) no es sino el medio por el que nos ponemos en comunicación con la persona representada por ella.

Por aquí puede verse la presuntuosa ignorancia de los herejes cuando tachan de supersticiosa a la Iglesia Católica porque emplea en su culto las sagradas imágenes. Estas sólo estaban prohibidas por el Señor al pueblo judío, accidentalmente, por cuanto aquel pueblo tenía una propensión innata a la idolatría; pero esta prohibición cesó en la nueva Ley, como todos los preceptos meramente circunstanciales.

Las imágenes sagradas avivan en gran manera el fervor y la devoción de los fieles. Además, las imágenes están dedicadas al culto y consagradas por la bendición de la Iglesia; y algunas son objeto de particular devoción, porque Dios se ha servido de ellas para dispensarnos grandes mercedes.

Damos también culto relativo a la Cruz, porque es la insignia del Cristianismo y nos recuerda a Cristo que en ella nos redimió. Además, Dios ha comunicado a la señal de la cruz una secreta virtud contra el demonio; y éste tiembla ante la cruz en donde fué vencido, como tiembla el delincuente ante el instrumento de su castigo. Por todo esto los cristianos hacen con fe y devoción la señal de la cruz que es la bandera de nuestra fe, representa a Cristo y es arma poderosa contra nuestros enemigos.

Las reliquias de los santos merecen también los honores de nuestro culto, porque nos recuerdan a los santos a quienes pertenecieron, y fue-

ron como consagradas por su contacto. Si tributamos honores a los restos de nuestros antepasados, ¿Cuánto más debemos rendírselos a las réliquias de los que fueron templos de Dios, y que el día de la resurrección participarán de la gloria de que ya disfrutan sus almas bienaventuradas?

A los santos dirigimos oraciones particulares, y en honor de ellos rezamos el Padre nuestro, pidiendo a Dios por intercesión de los mismos santos.

No se les oculta a los santos nuestras necesidades y nuestras plegarias, porque en Dios ven todo cuanto a ellos atañe: es cosa que corresponde a la plena felicidad de las almas bienaventuradas, y así se deduce, no sólo de las enseñanzas y prácticas de la Iglesia, sino también de algunos pasajes de la Santa Escritura.

Cuanto más se estudian las prácticas de la Iglesia se les encuentra más racionales y más conformes con los sentimientos de nuestro corazón, y sólo la impiedad o la temeraria ignorancia pueden ponerlas en ridículo.

QUINTA PARTE

MORAL

LECCION TRIGESIMA SEXTA

Generalidades.

Dios es esencialmente santo y perfecto, y por lo mismo, al crear al mundo quiere que en El se refleje su perfección y santidad. Por esto ha puesto a los seres físicos leyes de orden y de armonía, y a los seres inteligentes leyes morales: los primeros guardan las leyes que Dios les impuso, de una manera inconsciente y necesaria; los segundos las guardan o las violan de un modo espontáneo y libre: si las guardan, hacen méritos que Dios premiará; si las violan, hacen pecado que Dios castigará, viniendo a ser el premio lo que corone el orden y el castigo, lo que lo restablezca.

Aquí nos sale al paso, la gran herejía moderna llamada "moral independiente" que pretende poner la base de la moral o en el naturalismo, en el utilitarismo, en el humanismo, en el sensualismo, o en cualquiera

otra cosa que no sea Dios: todos estos sistemas, mil veces corregidos o mudados por sus secuaces, no son sino el antiguo epicureismo que se reviste de diversas formas, y destruyen en realidad toda moral al quitarle su base absoluta y su infalible sanción: Dios, legislador y remunerador; todos estos sistemas son verdaderamente ateos en sus principios y desastrosos en sus consecuencias. La santidad de Dios y su voluntad eterna que ama en sí mismo esa santidad y quiere verla reflejada en sus creaturas en el orden y la moralidad, esto es (como ya lo indicamos) la única base de la moralidad; la justicia de Dios que premiará la observancia y castigará la infracción del orden moral en sus creaturas libres, he aquí la sanción de la moralidad.

La revelación divina o sea la Religión, no sólo da mayor firmeza y precisión a estas ideas, sino también nos ayuda a desarrollarlas y aplicarlas en la práctica, y además depura y eleva la moral natural a un orden superior por medio de las leyes divinas y de los consejos evangélicos.

La voluntad de Dios que quiere en todo el orden y la santidad, se llama ley eterna. La ley que debe regir las acciones libres del hombre se llama ley moral. La ley que Dios ha impreso en nuestros corazones y que conocemos por la razón se llama ley natural; a las leyes que Dios nos ha impuesto por medio de la revelación las llamamos leyes divinas; a las que nos imponen los que tienen derecho de mandarnos, las llamamos humanas; si éstas proceden de la Iglesia serán eclesiásticas; si de la potestad civil, civiles.

"Toda potestad viene de Dios." (Rom. XIII, 1,) dice el apóstol S. Pablo, y por lo mismo desobedecer a los que nos mandan con legítimo derecho, es desobedecer a Dios y violar la ley moral.

El cumplir la ley de Dios y observar el orden moral es la misión que tenemos en el mundo y el medio único de llegar a nuestro último fin.

Para no extraviarnos en el conocimiento de nuestros deberes morales, Dios nos ha dado por guía a la Sta. Iglesia, cuyas definiciones solemnes sobre la moral son infalibles, lo mismo que las que se refieren a la fe.

Conocemos la ley de Dios y el orden moral aplicado a la práctica, por medio de la conciencia, que es el juicio que nos formamos de la licitud o ilicitud de una acción. La conciencia recta es la conforme a la ley, pero como no siempre puede constarnos de esta conformidad, la norma práctica y última de nuestras acciones debe ser la conciencia cierta, es decir el

juicio seguro que nos formamos de una manera prudente, acerca de la moralidad de cada acción.

La violación de la ley se llama pecado, el cual puede ser grave o leve según la ley violada y la mayor o menor culpabilidad del que la viole. El pecado mortal es una grave ofensa a la ley moral; se llama mortal porque nos priva de la gracia que es la vida divina del alma. El pecado leve suele llamarse venial.

El cristiano debe esforzarse para ser no sólo justo, cumpliendo exactamente la ley, sino también virtuoso y perfecto, procurando la mayor elevación y perfección de sus acciones. "Sed perfectos, dijo N. Sr., como vuestro Padre Celestial es perfecto." (S. Mat. V. 48.). El Evangelio es una ley de justicia y de perfección. A esta perfección llevada a un alto grado la denominamos santidad.

LECCION TRIGESIMA SEPTIMA

Deberes para con Dios.

Nuestros deberes tienen por objeto a Dios, a nosotros mismos y a los demás hombres.

Siendo nosotros creaturas de Dios, claro está que tenemos deberes para con El, y éstos serán los primeros y más nobles de nuestros deberes.

Siendo Dios un ser espiritual, y siendo nuestra alma un espíritu, nuestras principales relaciones para con Dios serán asimismo espirituales. Las almas se relacionan por la fe, por la confianza y por el amor, de donde se deduce que las virtudes de nuestra alma que miran a Dios, o sean las virtudes teologales, son: fe, esperanza y caridad. Debemos creer en Dios y en cuanto El nos ha revelado y enseñado: de esta manera rendimos a Dios el homenaje de nuestra inteligencia. Si no creyéramos ni confiáramos en nuestros padres y amigos, sería imposible el amor filial y la amistad. Así sin nuestra fe en Dios es imposible establecer nuestras relaciones con El, sirviéndole y amándole.

El que no cree en las verdades que Dios nos ha revelado, se llama infiel; el que niega algún dogma de fe enseñado como tal por la Iglesia se llama hereje.

Falta también a la fe el que duda de alguna verdad enseñada por la fe, el que se avergüenza de su fe y su religión o hace burla de ellas, y el que se expone al peligro de perderlas, con malas lecturas, o trato íntimo en materias religiosas con personas incrédulas, y finalmente el que de cualquier modo favorece la irreligión o la herejía.

Sin la fe, es imposible agradar a Dios (Heb. XI, 6;) ella es el principio y raíz de nuestra justificación. El que aún conserva la fe, puede tener esperanza de rehabilitación a pesar de sus extravíos: guarda el fuego sacro que aunque escondido bajo las cenizas de la culpa, puede ser reavivado; pero aquel que ha perdido la fe, todo lo ha perdido en orden a su salvación y sólo le queda un recurso inagotable mientras dura la vida: el de la divina misericordia. Por aquí se puede juzgar cuánto aprecio debemos hacer de ese don de la fe que Dios nos ha hecho, y con cuánto cuidado debemos conservarlo mediante la humildad, la oración y el estudio, no menos que evitando el peligro y las ocasiones de perderlo.

Inútil sería nuestra fe en Dios si no confiáramos en El y en sus divinas promesas: la esperanza viene a ser como una consecuencia de la fe. El que desconfía de la divina bondad, el que desespera de la salvación de su alma, el que no abriga la esperanza de que en sí mismo se cumplan las promesas de Dios, falta a sus deberes de creatura e hijo de Dios, e injuria a la infinita clemencia y bondad del Señor. Peca también contra la esperanza el que se apoya en la bondad de Dios y en la confianza de que le perdonará, para entregarse al pecado. No debemos olvidar que si Dios es infinitamente bueno, también es justo y santo, y que si de parte de Dios no faltarán sus divinas promesas, por nuestra falta podemos perdernos. "Obrad vuestra salvación con temor y temblor." (A los Filip. II, 12.)

De la fe y la esperanza se deduce la caridad: consiste la caridad en tener de Dios N. S. la debida estima, mirando en El nuestro bien supremo, y estimando su amistad más que ningún otro bien. Ama a Dios sobre todas las cosas, dice el P. Ripalda, el que prefiere perderlas todas, antes que ofenderle. Jesucristo expresó el precepto de la caridad en estos terminos: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente: este es el primero y mayor de los mandamientos." (Mat. XXII, 37.) Debemos procurar también el amor afectivo hacia el Señor, dirigiendo a El siquiera de cuando en cuando los afectos más nobles de nuestro corazón. El llevar este afecto a un alto grado es el fin principal y

la dote más preciada de la perfección cristiana. Ofendemos la caridad no sólo con el odio a Dios (pecado horrible y satánico,) sino también con el olvido y menosprecio del Señor, y con cualquier ofensa a su santa ley.

LECCION TRIGESIMA OCTAVA

Deberes para con Dios.

(Continuación)

Debemos expresar a Dios nuestra sumisión y nuestro amor por medio del culto, de la manera que queda dicho en las lecciones anteriores.

Es obligación del cristiano santificar el domingo (o día del Señor) y los demás días festivos. Los domingos y días de fiesta deben santificarse principalmente oyendo la Misa. Muy conforme con el espíritu de la Iglesia es practicar en el día domingo algunas otras buenas obras, como oir la palabra de Dios, leer buenos libros, dar limosnas, visitar a los enfermos, etc. La Iglesia nos manda santificar los días festivos absteniéndonos del trabajo material y servil. El que trabaja en día de fiesta sin grave y urgente necesidad, peca contra el precepto de la Iglesia. En fin los días festivos, después de honrar a Dios, es dar descanso al cuerpo y alimento a la vida espiritual del alma.

Peca contra el culto que debe a Dios, el que no profesa la verdadera Religión y el que no la practica. Peca asimismo el que da a Dios un culto impropio, como asistiendo a cultos heréticos, supersticiosos, etc. Peca también el que tributa a otros seres el culto que debe a Dios, el que invoca al demonio y el que cree en supersticiones o las practica.

El espiritismo está condenado por la Iglesia como una grande superstición. Damos por supuesto que en las prácticas espiritistas, hay mucho fingimiento, simulaciones y mentiras. En las prácticas verdaderamente espiritistas, interviene el demonio enemigo de Dios; pues no pueden ser ni Dios ni los ángeles o espíritus buenos los que se prestan a esas farsas y mentiras, respondiendo al llamamiento de cualquiera o satisfaciendo la vana curiosidad de los hombres. Sabemos muy bien que Dios y sus ángeles, cuando se manifiestan a los mortales, lo hacen para un alto fin y de

una manera majestuosa y digna. Por otra parte sabemos por la fe, que las almas de los difuntos van desde la muerte al lugar que Dios les asigna, y no pueden hallarse a merced de evocaciones y prácticas supersticiosas y ridículas. Creer en el espiritismo es renunciar a la fe cristiana, y ponerse al nivel de los antiguos idólatras que consultaban a sus oráculos y pitonisas. El demonio es padre de la mentira: siempre ha engañado y tratará siempre de engañar a los incautos mortales.

Son también supersticiosas muchas prácticas del llamado mesmerismo o magnetismo animal, del hipnotismo llevado a cierto punto, etc., y están conexas con el espiritismo. El cristiano debe, bajo pena de pecado mortal, evitar esas prácticas siempre que aparezca en ellas algo de sobrenatural; y aun las más sencillas de esas cosas no dejan de ser peligrosas y expuestas, pues el diablo se sirve en ocasiones de ciertas fuerzas naturales a las que añade algo de sí, para engañar a las almas, y en estos casos es muy difícil distinguir lo natural de lo diabólico. Esta manera de proceder engañosa y taimada es muy propia del espíritu malo.

La moderna teosofía es un conjunto de errores y prácticas supersticiosas e impías que tienen conexión con el espiritismo: la Iglesia ha declarado que sus doctrinas son inconciliables con la fe católica, y en consecuencia no es permitido a un católico dar su nombre a sociedades teosóficas, asistir a sus reuniones y leer sus obras, periódicos y escritos teosóficos. (S. Cong. Oficio, 19 Sep. 1919.)

Peca gravemente el que jura en vano, es decir con mentira, y jurando como cierta una cosa dudosa. El que jura hacer un mal, peca; si el mal que jura es grave, el pecado también lo será. El que jura sin necesidad falta a la reverencia que debe al santo nombre de Dios, y que por esto peca venialmente. El que jura con verdad y por grave necesidad, en negocios de importancia, no peca, antes honra a Dios. (Véase algo sobre el espiritismo y la teosofía, en la nota No. 4.)

Es también pecado no cumplir, pudiendo hacerlo, los votos y promesas que hacemos a Dios o a sus santos. El que ha prometido o jurado hacer algún mal, no debe cumplirlo.

Debemos hacer oración a Dios con frecuencia, y principalmente en las tentaciones y peligros. Debemos también implorar la intercesión de los santos, y sobre todo de la Sma. Virgen, pues es voluntad de Dios el que ellos y principalmente la Madre de Dios nos ayudan a salvarnos.

Debemos, por último, respetar los lugares y cosas sagradas, sobre todo, los templos, dedicados al culto del Señor y a la oración: en éstos debe guardarse silencio absoluto, postura reverente y modestia en las miradas y acciones. Nunca leemos que se indignara tanto N. S. Jesucristo como cuando arrojó del templo a los que en él traficaban (S. Juan II, 15.)

LECCION TRIGESIMA NOVENA

Deberes del hombre para consigo mismo.

El hombre tiene deberes para consigo mismo, porque se los ha impuesto Dios, Señor y dueño del hombre. Debe éste conservar su vida, y el atentar contra ella por el suicidio es un crimen, porque no es el hombre dueño absoluto de su propia existencia, y por que al quitársela falta a las obligaciones que tiene con su familia y con la sociedad. ¡Triste muerte la del que muere revelándose contra la soberana voluntad de Dios y faltando a todos sus deberes! No sólo debe el hombre conservar su vida, sino también instruirse y educarse para ser útil a la familia y la sociedad. Para esto ha de poner mucho cuidado en conocer y seguir su vocación, es decir, el estado y oficio o profesión a que le destine la Providencia: para conocerla hay que considerar bien las propias aptitudes, inclinaciones y demás circunstancias, y tener presente que la vida de este mundo es una preparación, para la eterna.

El trabajo físico o intelectual es un deber del que nadie puede prescindir.

Debe procurar el hombre de un modo especial su perfección moral, evitando toda clase de vicios y adquiriendo las virtudes naturales y cristianas. Debemos huir principalmente de los que nuestro catecismo llama vicios o pecados capitales a saber: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza, y adquirir las virtudes opuestas.

Para llegar a ser lo que nuestra vocación o sea la voluntad de Dios exige de nosotros, es preciso trabajar por perfeccionarnos moralmente. He aquí algunos medios para lograrlo. Procuremos conocernos a nosotros mismos, estudiando nuestro carácter. Procuremos corregir sin descanso nuestras malas inclinaciones, y desarrollar las buenas. Procuremos corregir en particular la pasión que más nos domine. Procuremos dirigirnos en

todo por la razón y la conciencia, y la fe, y no por el gusto o capricho. Excelente medio de perfección moral es el examen de conciencia. Imploremos humilde y constantemente la gracia de Dios.

La Religión nos ofrece inumerables y eficaces medios de perfección y nos ayuda a evitar todo pecado, aun el venial que es sumamente aborrecible por ser ofensa de Dios y porque mancha y degrada al alma. Las prácticas aconsejadas por la Religión, el retiro, la penitencia y mortificación, robustecen al alma y la purifican; el escuchar la divina palabra, la lectura de la Santa Escritura y de buenos libros, la meditación, la oración frecuente y sobre todo el uso frecuente y devoto de los santos sacramentos, iluminan y santifican al alma del cristiano y le ayudan a alcanzar la perfección.

LECCION CUADRAGESIMA

Deberes para con nosotros mismos.

(Continuación)

La sana moral lo mismo que la Religión prohiben al hombre toda clase de desórdenes por lo que mira a los placeres sensuales. Dios puso el deleite en el uso de nuestros sentidos, como estímulo y no como fin; así por ejemplo el gusto en la comida no es el fin que debemos proponernos al comer; puede comerse con gusto, pero el comer únicamente por gusto, sería un desorden y un pecado de gula. Lo que decimos del gusto puede extenderse a todos los otros sentidos. En todos debe evitarse el desorden y el exceso.

Y hablando de esto debemos hacer incapié en lo inmoral y desastroso del vicio de la embriaguez. Por ese vicio el hombre se priva de la más noble de sus facultades, la inteligencia, y se pone en estado de cometer toda clase de desórdenes, cargando con la responsabilidad de ellos; se convierte en una furia, y disgusta y martiriza a su familia y a cuantos tratan con él; rebaja y embota sus facultades y va embruteciéndose poco a poco, se acarrea a sí mismo enfermedades sin número, y causa infinitos males a sus descendientes, a quienes trasmitirá una naturaleza débil y emponzoñada. ¡Qué responsabilidad tan grande la del que se entrega al repugnante vicio de la embriaguez!

En cuanto a la funesta pasión de la deshonestidad o impureza, la ley de Dios la condena con especial severidad. No solamente prohibe el adulterio y la fornicación, sino también todo lo que es contrario a la virtud de la castidad: pensamientos, conversaciones, deseos, miradas y cualquiera clase de acciones. Este pecado siempre es mortal, aun tratándose de pensamientos, con tal que haya deleitación con pleno consentimiento: es deshonroso a los ojos de los hombres, aborrecible ante Dios y desastroso en sus consecuencias: obscurece la luz de la razón, embota los sentimientos nobles, y debilita el cuerpo predisponiéndolo a toda clase de enfermedades. Es preciso huir de las ocasiones que inducen a la impureza: lecturas lascivas, cuadros o pinturas indecentes, representaciones teatrales indecorosas, tratos inconvenientes, malas compañías, etc.; peca quien voluntariamente se expone al peligro inminente de pecado. Los mejores remedios contra ese pecado de impureza son: la oración (principalmente en las tentaciones,) la devoción a la Virgen Santísima, la mortificación y sobre todo el frecuente uso de los santos sacramentos de la Confesión y Comunión.

Para evitar la intemperancia, la impureza y demás vicios parecidos, debemos acordarnos de nuestra dignidad de seres racionales y de cristianos. El Apóstol S. Pablo nos aconseja respetarnos a nosotros mismos como templos de Dios.

Algunos que no quieren sujetar sus pasiones, ponen por excusa la inclinación de la naturaleza: tal cosa, dicen, es natural; y no advierten que en las inclinaciones naturales reprobadas por la razón debemos ver no la dirección primitiva y recta de la naturaleza, sino el desarreglo y desviación de ella; desviación y desorden que da a conocer la inteligencia y debe corregir la voluntad. Un campo sin cultivo se vuelve selvático, un bruto sin freno se vuelve feroz, la humanidad sin la educación va a dar al salvajismo, y el hombre que no corrige y enfrena sus malas inclinaciones es inmoral, por más que trate de engañar hipócritamente a los demás y aun a su propia conciencia.

Siempre nos está prohibida la mentira, la cual es intrínsecamente mala, tanto por el abuso que se hace con ella de esta nobilísima facultad de hablar, con la cual nos dotó Dios N. S., como también porque sobre la veracidad descansa el trato social.

LECCION CUADRAGESIMA PRIMERA

Nuestros deberes para con el prójimo

Teniendo todos los hombres igual naturaleza, un mismo origen y un mismo fin, y habiendo sido hechos para vivir en sociedad, tenemos deberes y derechos recíprocos que es preciso cumplir y respetar. Aparte de nuestra común naturaleza somos también hermanos por la redención y por la gracia, y la voluntad de Dios es que vivamos en el mundo unidos por el estrecho lazo de la caridad fraternal. Por aquí puede comprenderse la malicia del homicidio, pecado que con razón horroriza a la conciencia cristiana. No podemos nosotros sin hacernos reos de este pecado quitar la vida a nuestro prójimo, aunque sea nuestro enemigo, ni aun siquiera acelerar su muerte, fuera del caso de guerra justa, de la pena de muerte inflingida por la legítima autoridad, y de la propia y necesaria defensa. En este último caso, es decir, cuando alguien nos ataca injustamente, puede rechazarse con la fuerza al injusto agresor y aun quitarle la vida para salvar la propia, si no hay otro medio para rechazar su agresión: la justicia y la caridad nos vedan pasar los límites de la estricta defensa.

Se ve desde luego que la ley natural y la divina no se limita a prohibirnos el homicidio sino también cualquier otro daño corporal, o moral causado a nuestro prójimo: corporal como enfermedades, golpes, heridas, etc.; moral, como humillaciones injurias, maldiciones, etc., El bien común y la caridad cristiana prohiben toda venganza. Y como nuestra Religión y la moral cristiana tratan de reformar al hombre no sólo en el exterior sino en el alma y corazón, nos son también prohibidos los odios, los deseos de venganza o de cualquier mal para nuestro prójimo, la cólera injusta o inmoderada, el desprecio, etc.

Mas si es pecado cuanto tiende a perjudicar al prójimo en su vida física o moral, mucho más lo será lo que tiende a perjudicarlo en su vida espiritual y cristiana. El inducir al pecado directa o indirectamente a nuestro prójimo se llama escándalo. Son escandalosos los que enseñan el mal, los que hacen propaganda de inmoralidad e irreligión por medio de periódicos, folletos, libros, etc., aunque sea solamente por motivo de lucro, los que promueven o representan comedias o espectáculos inmorales, los que

pintan cuadros indecorosos, los que no evitan el mal debiendo evitarlo, o no apartan a sus subordinados del peligro, los que dan malos ejemplos, etc. Ntro. Señor condena en el evangelio con frase durísima el escándalo, sobre todo el que se da a los niños y a los inocentes. (S. Mat. XVIII, 6 y 7).

Piense el hombre que bastante tiene con sus propios pecados, y no se haga reo de los pecados ajenos.

LECCION CUADRAGESIMA SEGUNDA

Deberes para con el prójimo

(Continuación)

Para con nuestros prójimos tenemos que cumplir dos clases de deberes: de justicia y de caridad; de justicia, respetando sus personas, sus derechos y sus bienes; de caridad, amándoles y haciéndoles bien. A unos y otros deberes estamos obligados por la ley natural, y por la ley positiva de Dios.

El Evangelio insiste sobremanera en la caridad para con nuestro prójimo, y al investigar las relaciones que tenemos con él no debemos perder de vista ese gran precepto de Caridad. Quiere Dios Ntro. Señor que como complemento del deber que tenemos de amarle a El y como prueba de ese amor, amemos también a nuestro prójimo. "Este es el mandamiento que tenemos de Dios, que el que ama a Dios ame también a su hermano", dice el apóstol S. Juan (I. de S. Juan IV, 21).

"El segundo mandamiento de la ley, dijo el Salvador, es semejante al primero; Amarás a tu prójimo como a ti mismo". (S. Mat. XXII, 39). Para cumplir este precepto es necesario no querer mal a nadie, antes desear a todos toda clase de bienes, orar por todos y hacerles bien según podamos. Este amor no admite exepciones; y por precepto expreso de J. C. debemos amar de esta manera hasta a nuestros enemigos, estando dispuestos a perdonarles y no excluyéndoles de nuestras oraciones ni de nuestros servicios en caso de necesidad.

Se deduce de esto la necesidad para el cristiano de hacer obras de misericordia. Enseñar, corregir, aconsejar a nuestro prójimo, guiados siempre por la prudencia, es para nosotros una necesidad; lo mismo que socorrer a los necesitados con nuestras limosnas y servicios personales. En

necesidad extrema de nuestro prójimo, estamos obligados bajo precepto grave a socorrerlo siquiera en lo necesario para sacarlo de aquel gravísimo peligro o extrema necesidad. Los ricos deben dedicar al menos una parte de lo supérfluo, es decir, de lo que no han menester para sus actuales necesidades, a hacer caridad.

Si de otro modo no podemos ayudar a nuestro prójimo, procuremos hacerlo siquiera con nuestras oraciones. No puede esperar salvarse aquel que jamás practica la caridad ni hace obras de misericordia, pues Jesucristo dijo que el día del juicio recordaría esas obras para dar por ellas su definitiva sentencia sobre las almas.

LECCION CUADRAGESIMA TERCERA

Deberes de padres e hijos

Si con todos nuestros prójimos tenemos deberes, claro está que los tendremos más estrechos con las personas que se hallan más ligadas a nosotros por el parentesco, por la autoridad, por los beneficios, trato social, etc.

La ley santa del Señor menciona antes que todos los otros, los deberes que tenemos para con nuestros padres, indicándoles con estas palabras: Honrarás a tu padre y a tu madre. En efecto, nuestros padres son las personas a quienes más debemos, y esos deberes están comprendidos en la palabra "honrarás". Les debemos, dice el catecismo, reverencia, obediencia, y socorros. La reverencia comprende el amor y el respeto: pecaría el hijo que alimentara en su corazón aversión o antipatía contra sus padres, el que se avergonzase de ellos, los menospreciase o insultase.

El buen hijo mira a sus padres como a los representantes sobre la tierra de la divina paternidad de Dios, les habla con respeto, soporta sus defectos y escucha sus consejos; y sobre todo los ama. Debemos obedecer a nuestros padres mientras estamos bajo la patria potestad, en todo lo que no contradiga a la ley y voluntad de Dios; porque Dios les ha dado autoridad sobre nosotros. Les debemos por fin socorrer cuando necesiten de nuestros auxilios.

El catecismo resume los deberes de los padres para con sus hijos en

estas palabras: sustentarlos, doctrinarlos y darles estado no contrario a su voluntad. En lo que suelen faltar con más frecuencia los padres es en el segundo de esos deberes: doctrinarlos.

Muchos padres hay que creen cumplir con su deber de padre con crear a sus hijos, descuidándose de educarlos: se engañan; todavía más importante es la educación que la crianza, porque ¿De qué les sirve la vida si no se les enseña a conducirse bien ni a salvarse? Deben pues los padres educar a sus hijos, darles buen ejemplo, reprenderlos con prudencia, instruirlos en su religión y en sus deberes y dirigirlos para que lleguen a ser buenos cristianos. Y no han de olvidar los padres que deben procurar a sus hijos más que nada el bien espiritual, enseñándoles las oraciones y la doctrina cristiana, procurando que cumplan con sus deberes religiosos, disponiéndolos para la primera Comunión, etc. La Comunión obliga a los niños desde que tienen uso de razón. Deben por fin los padres fijarse en los maestros a quienes encomendaren la educación de sus hijos: pecan los padres que entregan a sus hijos en manos de maestros sin religión ni buenas costumbres y que los puedan pervertir con sus palabras o ejemplos. (Véase la nota 15)

Los casados se pertenecen mutuamente y se deben amor, fidelidad y auxilio.

No sólo a nuestros padres, sino también a nuestros maestros y superiores les debemos respeto y obediencia, y ellos a su vez deben procurar el bien de sus discípulos y subordinados. Semejantes deberes ligan a los amos y sus criados; éstos forman con aquellos como una familia. El apóstol S. Pablo llega a decir que quien no se cuida de sus domésticos ha negado la fe y es peor que un infiel (1º Tim. 5, 8).

En particular debemos respeto y obediencia en todo lo que no contradiga a la ley de Dios, a las autoridades así eclesiásticas como civiles, pues unas y otras han recibido de Dios el poder, porque "de Dios procede toda autoridad".

LECCION CUADRAGESIMA CUARTA

Deberes sociales

El derecho de propiedad procede de la naturaleza, se funda principalmente en el trabajo cuyos frutos asegura, es absolutamente necesario para el buen orden y para la existencia de la sociedad, y está garantizado por todas las leyes divinas y humanas.

La ley natural y la religión condenan no sólo el robo, sino también cualquiera clase de injusticia por la cual se perjudique a alguien en sus intereses materiales, como el descuido del pago de las deudas, el usar de fraudes y de engaños en el comercio, el destruir o empeorar las cosas o bienes ajenos, etc.; lo mismo que el faltar a los compromisos en asuntos de intereses, o a los servicios que se deben por razón de la profesión o estado. El que ha robado o perjudicado o otros queda con la obligación de restituir lo que se robó, o de reparar los perjuicios causados: esta obligación es grave si se trata de materia grave, y debe cumplirse lo más pronto que se pueda. Por lo demás, la restitución puede hacerse ocultamente. Peca también el que en diversiones inmoderadas o en el funesto vicio del juego dilapida sus propios bienes con perjuicio de su familia.

El pecado de injusticia puede ser grave o leve según la materia robada o los perjuicios causados.

Conviene ser en esta materia sumamente delicados, así por conciencia como también por pundonor. Sírvanos de estímulo que la honradez es sumamente apreciable aun a los ojos del mundo.

Lo que se ha dicho de los bienes o intereses materiales, debe extenderse a los morales: la honra y el buen nombre que pertenece a cada cual. Nadie puede calumniar ni difamar a alguno sin incurrir en pecado: y quien tal hace queda obligado a restituir en lo posible la honra a quien se la quitó y a reparar los males que se le siguieron. Nadie puede publicar las faltas ocultas de su prójimo, pues esto sería difamarlo. Es también pecado el revelar el secreto que se nos ha confiado, el faltar a nuestros compromisos, etc.

LECCION CUADRAGESIMA QUINTA

Deberes sociales

(Continuación)

Como miembros de la Iglesia, debemos respetar a las autoridades eclesiásticas, y obedecer las leyes que el Sumo Pontífice da para toda la Iglesia y cada Obispo en su diócesis. Algunas leyes de la Iglesia las hemos mencionado ya en el discurso de estas lecciones. Debemos recordar ahora la ley del ayuno. En general como cristianos nos obliga a todos el precepto de la penitencia, sin la cual, dijo Ntro. Señor, nadie se salvará. Hay muchos medios de hacer penitencia, pero el más común es el ayuno. En particular, debemos ayunar los días que lo manda la Iglesia siempre que no estemos excusados por edad, enfermedad, o trabajo que nos impida el ayuno. En cada caso particular, bueno será consultar al párroco o al confesor sobre la obligación del ayuno y el modo de hacerlo. La abstinencia de carnes obliga también por la ley eclesiástica en ciertos días. La ley del ayuno obliga a los que han cumplido veintiún años y no han entrado en los sesenta, la de la abstinencia obliga desde los siete años, teniendo uso de razón.

Nos manda también la Iglesia oir Misa los domingos y días festivos y abstenernos en esos días de trabajos serviles. Nos manda igualmente confesarnos y comulgar, por lo menos una vez al año. Aunque bajo pecado grave sólo mande la Iglesia la confesión y comunión anual, su deseo es que todos comulguemos con más frecuencia, y, si es posible, diariamente. Por nuestro estado, o por nuestras necesidades particulares, a veces podemos estar obligados a recibir los sacramentos, y muy particularmente lo está todo cristiano que se halle en peligro de muerte. El precepto de los diezmos obliga "según las costumbres recibidas y aprobadas en los obispados." Nos prohibe la Iglesia el leer libros impíos o inmorales, y suscribirnos o leer periódicos que exprofeso hacen la guerra a la Religión. Nos prohibe también el inscribirnos en las sociedades secretas que ella ha condenado. Ya de por sí, es gravemente inmoral el pertenecer a esas sociedades, puesto que no dan a conocer todos sus fines; ni podemos

favorecerlas con nuestro nombre, dinero o servicios, pues nos exponemos a cooperar a fines perversos; la Iglesia que las conoce perfectamente y sabe que son grandemente hostiles a la Religión y al orden social cristiano, nos prohibe incribirnos en ellas o favorecerlas. (Véase la nota 16)

Finalmente, a todos los fieles incumbe el deber de ayudar al sostenimiento del culto divino y de sus ministros, por medio de las contribuciones que mandare la Iglesia o por limosnas voluntarias según su posibilidad.

Siendo nosotros miembros de la Sociedad Civil, estamos obligados a cooperar al bien social en cuanto nos sea posible, a respetar las autoridades legítimas y a obedecer las justas leyes dadas para el bien común. Hay leyes de menor importancia, llamadas penales, que sólo obligan en conciencia a pagar después de la sentencia la multa o la pena que impongan dichas leyes.

Este es lugar de enunciar siquiera los principios fundamentales de la sociología cristiana tal como los entiende y explica la Iglesia, que el católico debe tener presente como normas fijas para no extraviarse por las doctrinas del socialismo.

Principios sociales: 1—El hombre ha sido hecho para vivir en sociedad; y por tanto la sociedad tiene su origen no en la libre voluntad del hombre, sino en la del Autor de la humanidad.

2—Todo poder viene originalmente de Dios, y por tanto la soberanía popular sólo puede defenderse reconociendo el origen, la dependencia y los límites de esa soberanía, en la de Dios.

3—Cualquiera forma de gobierno puede ser buena si está basada en la voluntad de la nación y en sus leyes fundamentales: es pues legítima la forma representativa democrática con las condiciones dichas.

4—Siempre se debe reconocer y respetar a las autoridades constituídas, es decir establecidas según las leyes fundamentales de una nación o reconocidas por ella. Por eso es siempre reprobable la rebelión. El individuo puede y debe coadyuvar al progreso y engrandecimiento de la sociedad, no desconociendo la autoridad y las leyes, sino trabajando dentro de la legitimidad por mejorar las leyes y las instituciones. Una ley moralmente mala, es decir evidentemente opuesta a la ley de Dios, no puede obligar en conciencia, porque no es ley.

5—Todos los hombres son iguales en lo sustancial ante Dios y ante la ley; empero, las diferencias de estado y condición de cada cual determinan desigualdades accidentales en la vida social. La sociedad es un cuerpo que consta de distintos miembros en los que es preciso admitir diversidad de oficios y rango, y de aquí se deriva la diversidad de las clases sociales, sin las cuales la vida social se hace imposible.

Principios económicos: 1—La propiedad así individual como colectiva, es de derecho natural. A la ley toca respetarla, defenderla y reglamentarla sólo en cuanto sea necesario para garantizarla mejor.

2—Es injusto en principios e imposible en la práctica el sistema comunista, por cuanto viola la propiedad y quita los estímulos del trabajo.

3—La principal base de la propiedad es el trabajo, así manual como industrial o puramente intelectual. Todo el que trabaja tiene derecho a la justa retribución: el obrero lo tiene a su justo salario tasado no a voluntad del patrón, sino en atención a las ordinarias necesidades del hombre y al mérito especial del trabajo efectuado. En una sociedad bien constituida, el trabajo es la base de la vida económica: la beneficencia pública y la caridad privada deben suplir las deficiencias del orden económico.

4—El capital representa el trabajo acumulado por el ahorro y por otros medios legítimos. Tan necesario es el capital como el trabajo activo, el patrono como el obrero para el florecimiento económico de una nación.

5— El hombre tiene derecho a asociarse con sus semejantes para conseguir el respeto de sus derechos y el mayor bien posible: son legítimas y muy necesarias las sociedades profesionales o sindicales, principalmente entre los obreros, para los fines indicados; pero sólo respetando los principios fundamentales de la sociología cristiana, pues de otro modo se convertirían en el mayor peligro social y moral.

Sobre estos principios de justicia se levanta el edificio social, y ellos determinan nuestros deberes sociales. Pero para el bienestar y progreso de una sociedad se necesita de un elemento superior al puramente humano: se necesita de la Religión que venga a afirmar y a armonizar todos los derechos, a dar prudencia a los que gobiernan y docilidad a los que obedecen, caridad al rico y resignación al pobre, a inspirar a todos la verdadera fraternidad que sólo puede existir cuando todos viven bajo la sombra tutelar y dirección amorosa de un mismo Padre que está en los cielos.

LECCION CUADRAGESIMA SEXTA

Liberalismo y Socialismo.

Liberalismo es el sistema que concediendo demasiado a la libertad individual o social, viola los derechos de la Religión o de la Iglesia. Distinguirémos el liberalismo doctrinario, el social, el político y el económico.

El liberalismo doctrinario profesa la libertad de pensamientos, la libertad de cultos, la de imprenta, la de educación, etc. Si se entiende por libertad de pensamiento el pretendido derecho de opinar como uno guste sobre asuntos religiosos, es claro que esta libertad no existe, pues el hombre está obligado a creer y profesar la verdadera Religión; de otro modo ésta no sería verdadera o no pudiéramos conocerla como tal. El profesar la libertad de pensamientos en ese sentido, es lo mismo que profesar el indiferentismo o el escepticismo en materia de Religión. Otra cosa es el afirmar que a nadie debe obligársele a creer por la fuerza; y otra cosa es también el respeto externo que nos merece todo hombre por razón de su personalidad humana, aunque sea irreligioso y aunque estemos persuadidos que está en el error. De un modo parecido podemos discurrir sobre todos los otros postulados del liberalismo doctrinario. Así por ejemplo, de suyo no tiene derecho el que está en el error, de manifestar sus opiniones para inducir a otros a ese error; y decir lo contrario sería negar que está en el error; pero en pro del bien común, en una nación en que las creencias están divididas, puede tolerarse, mas no favorecerse la expresada manifestación. Lo mismo dijimos en la sección vigésima quinta con respecto a la libertad de cultos.

El liberalismo social profesa la absoluta independencia del estado con respecto a Dios y a la Religión. El liberalismo social se opone a todos o a algunos de los principios sociales enunciados en la lección precedente y que se deduce de la doctrina cristiana, yerra porque desconoce este principio fundamental: todo poder viene de Dios, quien es autor de la sociedad civil lo mismo que de la familia y del hombre. Por tanto la sociedad civil como tal tiene deberes para con Dios, y no debe desconocer la verdadera Religión ni sus derechos; y por eso es falsa y atentatoria la fórmula: "La Iglesia libre, el Estado libre," es el sentido de un desconocimiento de la Iglesia y sus derechos, por parte del Estado.

El liberalismo político afirma que el poder viene originariamente del

pueblo; excluye pues a Dios como origen y fuente de toda autoridad, y de aquí se derivan sus errores en el orden político, v. g., el derecho de rebelión tan perjudicial a los pueblos y condenado por la Iglesia. El catolicismo no condena la democracia: el pueblo puede elegir sus mandatarios; pero el poder que les trasmite, como originariamente viene de Dios, siempre estará limitado por la ley de Dios.

Finalmente, el liberalismo económico, proponiendo como principio del orden económico la competencia basada en la igualdad individual, destruyó los gremios y puso indefenso al pobre en manos del rico: dió un golpe de muerte a la propiedad al despojar a la Iglesia de la suya, y a la autoridad al quitarle la tulela del débil.

El error capital del liberalismo es la falta de sujeción del hombre a la revelación divina, principalmente en su vida pública y social. Quiere el liberalismo que la Religión sea cosa enteramente privada y arbitraria; desconoce la necesidad que tiene el hombre en todas las manifestaciones de su existencia, de honrar a Dios, de depender de El y de buscar su apoyo y ayuda: de aquí se derivan todos sus errores. El liberalismo es una especie de apostasía y un retroceso al paganismo en la vida pública y social; por esto es la gran herejía de los tiempos modernos, que las comprende todas y que no puede producir sino las mayores perturbaciones y desdichas.

El socialismo como sistema teórico es la negación de toda la Religión y con ella de todos los principios en que se apoyaba el orden social cristiano; y como consecuencia la negación de ese mismo orden para sustituirlo por otro basado únicamente en el ateísmo naturalista.

El socialismo en religión es la negación del Cristianismo y aun de Dios; en política es la negación de la autoridad; en el orden económico es la negación de la propiedad; en el orden doméstico es la negación del matrimonio. El socialismo es consecuencia lógica y prácticamente necesaria del liberalismo, pues desterrado Dios y su divina autoridad del orden político, como quiso el liberalismo, habría que hacer lo mismo en todos los otros órdenes; y quebrantadas las bases de la sociedad humana, el edificio vendría abajo. Es pues el socialismo teórico el conjunto de todos los errores opuestos a la Religión, y queda refutado al probar ésta.

El sistema socialista principalmente se aplica al orden económico, por ser la cuestión social la más urgente por cuanto pide una inmediata solución.

LECCION CUADRAGESIMA SEPTIMA

La cuestión social.

Llámase cuestión social al conflicto que resulta de la diferencia de clases y principalmente de la desigualdad en la distribución de las riquezas entre ricos y pobres, capitalistas y obreros. Sucede en efecto que mientras unos abundan en riquezas, otros mueren de hambre. En estos últimos tiempos el pauperismo ha crecido inmensamente y los pobres se ven cada vez más oprimidos. ¿De dónde nace este estado de cosas? ¿Cuál es su remedio? ¿Cómo podría hacerse una distribución más equitativa de los bienes y riquezas?

El socialismo culpa del mencionado estado de cosas, al orden social cristiano y no a los abusos y a otras causas.

Pero la historia atestigua que el Cristianismo mejoró en todo el orden social: abolió la esclavitud, dignificó a la mujer, suavizó las costumbres, hizo reinar la justicia en todo. No abolió las diferencias sociales, porque son naturales y necesarias, pero las mitigó y puso entre ellas el suave lenitivo de la caridad. Cuanto reinara más el Cristianismo en el mundo, tanto reinarían más la justicia y la caridad y con ellas el orden, la paz y la felicidad. La cuestión social se ha agravado precisamente desde que ha disminuido el espíritu cristiano en el mundo. Luego no es el Cristianismo la causa de la crísis social porque atravesamos, sino más bien su víctima. La verdadera causa está en el sistema liberal que como ya lo indicamos, destruyó en lo social los gremios, y en lo espiritual minoró el espíritu de justicia y de caridad. El socialismo ha agravado la situación creada por el liberalismo, produciendo en los pobres el descontento, la desesperación y la rebeldía que amenaza al mundo con la revolución más desastrosa que hayan presenciado los siglos.

¿Qué solución da el liberalismo a la cuestión social? El liberalismo creyó resolver la cuestión con esta su fórmula favorita: Dejar hacer, dejar pasar; creyó que el simple y natural progreso de la humanidad resolvería por sí mismo la cuestión, y se engañó, pues precisamente sus doctrinas, han aumentado la tiranía y la opulencia de los poderosos, y la opresión y miseria de los menesterosos, poniendo al borde del abismo la sociedad. La

omnímoda libertad del trabajo, de la competencia y de la lucha, llevan forzosamente a la opresión de la parte débil no favorecida ya por principios internos de justicia y caridad, y por represiones externas de unión y autoridad.

El socialismo comunista pretende resolver la cuestión social por la hegemonía del Estado; quiere la abolición de la propiedad particular y que el Estado sea el dueño único, el único patrono. Acaparada por el Estado toda la propiedad y todos los productos y medios de producción, él será quien distribuya equitativamente el trabajo y sus productos entre todos los individuos. Pero la propiedad es de derecho natural, es el mayor y para muchos el único estímulo del trabajo, y necesaria para el desenvolvimiento y perfección de la vida humana. El Estado socialista, repartidor equitativo, es antinatural, utópico y absurdo. En el Estado socialista nadie querría trabajar, pues faltarían los estímulos del trabajo. He aquí como compendia el Papa León XIII los males que se seguirían del régimen socialista. "Produciría, dice, grandes trastornos en todas las clases, seguidas de la odiosa servidumbre de todos los ciudadanos (que serían esclavos del Dios Estado); abriría la puerta a la envidia mutua, a los descontentos, a las discordias; secaríanse los manantiales de las riquezas por verse privados del estímulo el ingenio y el saber (se acabaría la industria, las ciencias y el progreso); y aquella tan soñada igualdad, daría lugar a la condición mísera e innoble de todos por igual sin diferencia ninguna." (Encíclica Rerun Novarum.) Lo que la razón enseña, lo está confirmando con elocuencia terrible la experiencia en donde quiera que se ha ensayado implantar el régimen socialista.

El Catolicismo, para resolver la cuestión social, comienza por negar la utopía socialista de la igualdad absoluta de los miembros de la sociedad. Los hombres son iguales y hermanos por su común naturaleza y por los bienes de la Redención; pero en medio de la igualdad de naturaleza y fraternidad sobrenatural, tiene diferencias individuales así en lo físico como en lo moral; la sociedad es un cuerpo heterogéneo como todos los cuerpos, es decir, compuesto de miembros distintos y con distintos oficios y atribuciones; bien que el fin de la sociedad es el bien común de todos y especial de cada uno según su propio oficio y condición. Para conseguirlos debe implantarse como base la justicia social, es decir el respeto a la propiedad, al derecho y a la personalidad ajena; como garantía,

la dirección y la tutela de la autoridad que ordena, regula y defiende (por las leyes protectoras, etc.,) los derechos y el trabajo de los individuos y corporaciones sociales; y como complemento, la caridad (amor fraternal) que suaviza las asperezas y suple las deficiencias de la justicia humana; que se traduce en los ricos en beneficiencia, en los pobres en respeto y resignación, en todos en mutua benevolencia.

Es natural y necesario el sistema corporativo, así como en todo cuerpo hay organismos y sistemas menores cuya unión viene a formar el organismo total. Deben pues promoverse las uniones profesionales o sindicales, (formadas por individuos de iguales o parecidas profesiones;) porque la unión hace fuerte al débil y capaz de resistir a los desmanes del poderoso; pero a condición de que esas corporaciones estén impregnadas del espíritu social cristiano: si es así, esas uniones salvarán la sociedad y florecerá la paz social, la armonía, el progreso y todos los bienes sociales; pero si esas corporaciones están inbuidas en el espíritu socialista, podrán destruirlo todo, pero no edificar cosa alguna: se consumirán a sí mismo después de haber destruido la sociedad. Los sindicatos católicos serán la salvación de la sociedad, pero los socialistas si prevalecen serán su ruina.

Esta es la única racional y práctica solución de la pavorosa cuestión social. A implantarla han tenido los esfuerzos de los últimos Pontífices, que desde León XIII, el Papa de los Obreros, se han empeñado en ello promoviendo la acción social católica, a la que todo católico sincero debe prestar su ayuda, en oposición al peligro con que el socialismo amenaza al mundo. (Véase la nota 17)

LECCION CUADRAGESIMA OCTAVA

La Perfección Cristiana.

Llamamos perfecto aquello a que nada falta en su género. En moral podríamos definir la perfección: La ausencia de todos los vicios y la posesión de todas las virtudes en una alma. Como el Cristianismo elevó al hombre a un estado sobrenatural, acercándolo a Dios, la perfección cristiana supone las virtudes llevadas a un grado heróico, en ocasiones más allá de lo posible a la pura naturaleza humana, y vivificadas por la caridad o amor de Dios: a esta perfección la llamamos santidad. Como el

amor de Dios en el hombre tiene grados, también los tiene la santidad, que puede crecer indefinidamente tanto en sí misma como en sus efectos que son las obras que inspira.

El Evangelio es ley de perfección, por cuanto nos manda aspirar a ella, y porque nos impone algunos preceptos superiores a los de la pura ley natural, como el perdón de las injurias, el amor a los enemigos, etc. "Sed perfectos, dijo el Señor, como es perfecto vuestro Padre Celestial." S. Mat. V, 48.)

Todo cristiano debe tener entendido que ha sido llamado a una vida santa y perfecta, y que sólo a condición de tender a ese ideal, obtendrá la vida eterna.

Los medios principales que nos propone el Cristianismo para ascender a la perfección son la práctica de las virtudes evangélicas: la abnegación, la mortificación, la humildad, la oración frecuente, la frecuentación de los sacramentos, etc. Como debemos tender hacia el fin, debemos procurar también los medios. El Señor dijo a todos: Quien quiera venir en pos de mí, que tome su cruz y me siga. (S. Mat. XVI, 24.) Empeñaos en entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos pretenderán entrar y no podrán. (S. Lucas XIII, 24.) ¡Cuán estrecho es el camino que conduce a la vida y qué pocos lo encuentran! (S. Mat. VII, 14.)

Llamamos Consejos Evangélicos a ciertas reglas de perfección aconsejadas y no mandadas por el Evangelio; las principales son: la pobreza voluntaria, el estado de castidad (es decir el celibato por motivos de virtud,) y la vida de obediencia. El sujetarse a estas reglas haciéndolas obligatorias por voto, principalmente en una orden religiosa, es lo que constituye el estado de perfección.

El estado del celibato por motivos de virtud es lícito y conveniente, pues en él se renuncia a un bien menor, el de la familia, por otro mayor, el de la virtud que aprovecha no menos al individuo que la profesa que a toda la sociedad. En el sacerdote es imperado por la Iglesia, en atención al decoro del servicio del altar, y a una total consagración del sacerdote al servicio de Dios y de las almas. Jesucristo consagró con su ejemplo y doctrina la santidad del celibato virtuoso, y los apóstoles lo alabaron y lo practicaron.

La parte de la teología moral que tiene por objeto el estudio de las reglas y prácticas para alcanzar la perfección cristiana se llama Ascética.

El estudio de la elevación del alma por medio del amor divino y de los dones sobrenaturales que Dios suele conceder a un número no pequeño de almas escogidas (como visiones, revelaciones, reptos éxtasis, etc.), se llama Mística.

Siempre ha habido y habrá en la Iglesia esas manifestaciones de santidad y dones sobrenaturales en algunas almas; no hay más que leer las vidas de los santos para convencerse de ello. Y puede decirse que no hay lugar en que florezca la Religión en donde Dios no tenga algunas almas bastante elevadas en la perfección y a veces favorecidas por celestiales dones.

Las Ordenes religiosas, son sociedades de hombres o de mujeres, que hacen regularmente vida común, unidos por los votos religiosos bajo una regla o constitución aprobada por la Iglesia, para la práctica de los consejos evangélicos y para los fines especiales de cada orden o congregación. Las hay de vida contemplativa, dedicadas principalmente a la oración, de vida activa, dedicadas principalmente a la acción exterior de celo o de caridad, y de vida mixta, que unen la oración a la acción, y son las más.

Incontables son los servicios que han prestado y prestan las órdenes religiosas a la Religión y a la sociedad, en los ministerios educativos, en las misiones, en los hospitales, en la enseñanza, en el cultivo de las ciencias, en la agricultura, etc. Y no son las que menos bienes alcanzan a la sociedad las órdenes contemplativas, por cuanto ayudan a la Iglesia en el cumplimiento de un gran ministerio: la oración pública que alaba a Dios, aplaca su ira y nos atrae sus bendiciones.

Todo hombre tiene el derecho de asociarse a sus semejantes para fines honestos, y muchos más, para fines de tanta bondad en sí mismos y de tanta utilidad para los demás. No se puede pues suprimir las órdenes religiosas sin una manifiesta y sacrílega injusticia, y sin una grande ingratitud.

RESUMEN Y CONCLUSION

Dijimos en una de las primeras lecciones de esta obrita que la mejor prueba de la verdad de la Religión eran sus doctrinas y prácticas, tan racionales, tan armónicamente enlazadas, tan bellas y consoladoras, tan conformes, en fin, con las más nobles aspiraciones del alma. Ahora creemos

poder repetir esa afirmación después del estudio completo en lo posible, aunque breve: y compendioso, que hemos hecho de ella.

Probada la existencia de Dios, sobre la base de la necesidad que tenemos de una revelación levantamos las pruebas de la Religión revelada, del Cristianismo, y vimos el verdadero Cristianismo en la Iglesia Católica. Convencidos de la divina autoridad de la Iglesia, y asentados en ella como sobre roca elevada y firmísima, ya pudimos dirigir una mirada sobre el campo inmenso de la historia para ver el origen y desenvolvimiento de la Religión a través de los siglos. Entonces se nos apareció la divina figura de Jesucristo, centro de la Religión y de la historia, foco de luz que ilumina no sólo las épocas posteriores a El, sino también las que le preceden, haciéndonos vislumbrar en ellas los designios de la divina Providencia sobre la humanidad.

Jesucristo es "el camino, la verdad y la vida," y sus divinas enseñanzas llegan a nosotros por medio de las Santas Escrituras y de la Tradición explicadas por el magisterio viviente y autorizado de la Iglesia: a esta luz hemos estudiado los principales dogmas de la Religión y hemos vislumbrado la verdad y belleza que encierran, la armonía de su conjunto, y su adaptación admirable a nuestra humana naturaleza: la crecación del mundo y del hombre; la caída de la humanidad por el pecado original cuyas consecuencias sentimos; la piedad divina que tiende al hombre una mano salvadora; la Trinidad augusta; la encarnación del Hijo de Dios; la gracia divina que el Redentor nos mereció; los sacramentos, fuentes de la gracia, y entre ellos como el sol entre los astros la divina Eucaristía; la virginal pureza y dulce maternidad de María; los caminos para llegar a Dios que son la moralidad y la perfección; la vida cristiana, tan noble y elevada, y a veces tan sobrenatural y divina; el plan divino de la sociedad dirigida por los principios cristianos; y finalmente, como coronamiento de tan excelso drama, los últimos destinos del hombre y la última palabra de nuestras relaciones con Dios: la gloria eterna de los elegidos y el castigo eterno de los réprobos.

En la Religión encontramos misterios, porque es necesario que los haya en las relaciones de lo finito con lo infinito, de la creatura con el Creador; pero en esos misterios, cuya verdad poseemos no por evidencia sino por autoridad, lejos de encontrar el absurdo hemos visto inefables claridades: esos misterios lejos de esparcir sombras en el campo de la inteligencia y

en el teatro de la vida, llénanlos, por el contrario, de claridad y de luz; arcanos son que todo lo explican, oscuridades que todo lo alumbran y sin los cuales la vida es una lucha sin razón y sin tregua, la filosofía un laberinto sin salidas ni orientación, y el mundo entero contradicción y caos: misterios, en fin, que ha dejado en pie la divina sabiduría para tropiezo de los altivos y prueba de los sumisos; para que fuera la fe, no una conquista de la ciencia orgullosa, sino una virtud del alma humilde y del corazón amante.

Ahora que podemos apreciar la Religión en su conjunto, ya podemos vislumbrar porqué los más grandes talentos y las almas más nobles que han honrado a la humanidad, han admirado esa Religión hasta el arrobamiento, y la han amado hasta el delirio; y porqué la desprecian muchos que blasfeman de lo que ignoran (Sant. 10). Si Dios se ha servido iluminarnos, habremos visto y sentido la divinidad que palpita en la obra de Dios, y tendremos a la fe como a la más preciosa herencia de nuestros padres, como el don de Dios por exelencia, faro de nuestra vida y esperanza para la eternidad. Pero si no queremos perderla, no dejemos de pedirle a Dios su aumento, de estudiarla, y sobre todo de practicarla, para que llegue a su plenitud, ya que está escrito "El que obra la verdad viene a la luz" (S. Juan III, 21). La fe es una virtud reina a la que debe acompañar todo un cortejo de virtudes; y porque mucho vale, debe costarnos. No nos arredre la apostasía de los muchos a quienes ciegan la ignorancia y las pasiones, ni la de los pocos que aunque instruidos y morigerados llevan en sus ojos la espesa venida de su orgullo. No estamos solos, sino en el seno de la Iglesia; nuestros hermanos luchan por nosotros y resuelven y pulverizan todas las objeciones de la impiedad. La Iglesia es la ciudad de la fraternidad y de la luz común: la única sociedad de las almas unidas en una misma creencia y en un solo amor; fuera de ella todo es confusión y tinieblas, desesperación y caos en el campo de la inteligencia. Sólo la fe nos da la solución de los únicos problemas que nos interesan de verdad, los de nuestros destinos. Jóvenes que amáis vuestra fe: ella os parecerá más verdadera a medida que la experiencia de la vida os vaya mostrando la miseria de la inteligencia y la fragilidad de las cosas humanas; la muerte misma será la última revelación que ilumine vuestra fe; nadie se arrepiente en esa hora, de haber sido cristiano.

(Véase la nota 18.)

FIN

NOTAS

Así para ilustrar esta obrita como también para dar más peso a algunas pruebas o aserciones de ella con la autoridad de escritores eminentes, hemos creído oportuno añadir algunas citas; y lo hacemos en este lugar, por vía de notas, por no alargar el texto ni alterar su carácter didáctico y compendioso.

NOTA 1 "La inmortalidad del alma es una cosa de tanta importancia y que nos interesa tanto, que es preciso haber perdido el juicio para mostrarse indiferente respecto de esta verdad fundamental. Todas nuestras acciones y pensamientos tienen que tomar diverso camino según que esperemos o no bienes eternos, de tal manera que nos es imposible dar un solo paso serio y prudente sin dirigirlo de acuerdo con este grande negocio que debe ser en todo nuestro último fin. Nada hay más sublime en el hombre que su ser inmortal, y nada más terrible que su eternidad. Parece pues un absurdo que puedan encontrarse hombres indiferentes a la pérdida de su alma y al peligro de su eterna condenación. Ellos mismos se portan de modo muy distinto en otros asuntos: temen de nada, preveen y sienten los peligros; y el que pasa día y noche lleno de ira y desesperación por haber perdido un empleo o porque han lastimado su honor, ese mismo, sabiendo que todo puede perderlo con la muerte, pasa la vida sin miedo y turbación. Es una especie de monstruosidad el dar cabida a un tiempo el el alma a una solicitud tan extremada por cosas de tan poco precio, y a una tan enorme insensibilidad por los asuntos de mayor trasendencia".—PASCAL.—Pensamientos.

NOTA 2 Los límites y barreras que el positivismo quiso poner a la razón y al conocimiento humano son absurdos, pues en buena lógica nos llevarían a la negación de todo poder de generalización de la razón humana, y por tanto a la negacion de la misma ciencia que tanto exalta el positivismo. Por otra parte, la tendencia innata de la razón y del alma nos lleva a la metafísica, a buscar por inducción los principios y las causas, y el principio y causa primera de todas las cosas, y nunca pudo ni podrá contentarse el hombre con esa mutilación que a su razón quiso imponer el positivismo. Por eso los mismos positivistas dogmatizan y pasan sin pensarlo a afirmaciones y negaciones enteramente metafísicas; y así, fué natural el paso del positivismo puro al monismo materialista o el trasformismo, o por otras vías al panteísmo en cualquiera de sus formas. Actualmente no está el peligro para nuestros jóvenes en el positivismo cuya privanza pasó y que no fué sino un esfuerzo engañoso y fallido para hacer a un lado los difíciles problemas de la metafísica; ni tampoco está el peligro en el materialismo, demasiado bajo y absurdo para que pueda perseverar en él una generación educada por el cristianismo. El verdadero peligro está en la evolución moderna del caduco positivismo hacia cierto espiritualismo panteísta que a parece propender el pensamiento del racionalismo contemporáneo. Y de esto no nos debemos admirar, pues éste ha sido siempre el verdadero peligro de la filosofía especulativa. "Los que saben leer en la historia de la filosofía, dice el Cardenal González, no pueden ignorar que cuando se trata de dar solución al problema fundamental del origen y substancia del mundo, no cabe medio entre la solución de la filosofía cristiana, y la solución panteísta"; y el ilustre Balmes confiesa que para prevenir a los jóvenes contra ese peligro escribió él su obra meritísima "Filosofía Fundamental".

Conviene pues, dejar bien sentada en la inteligencia no menos que en el corazón la suprema verdad de la existencia personal de Dios, distinto de las cosas, principio y causa de ellas. El panteísmo peca ante todo porque para poder confundir a Dios con el mundo se ve obligado a sostener, y sostiene en efecto, la identidad sustancial de Dios y el mundo: afirma pues que el mundo es una sola substancia, y que la diversidad de las cosas sólo es aparente o fenomenal; pero contra ese dogma capital del panteísmo se levantan el sentido común y la experiencia externa e interna de cada hombre que nos dicen que las cosas son distintas no en apariencia sino en realidad, que esto no es aquello, que yo no soy tú. So-

bre esta base inconmovible levantaremos los siguientes argumentos, aunque brevísimos, para llevar a nuestras mentes una convicción más razonada de la existencia de Dios.

1º Los seres que hay en el mundo piden un ser primero, independiente y necesario que les haya dado la existencia; porque si existieran por sí mismos, cada uno de ellos tendría en sí mismo la única razón de su existencia, cada uno se encerraría en sí mismo y sería enteramente extraño a los otros en su existencia y en sus relaciones: no estaría pues limitado por los otros seres, ni dependería de nadie en nada, ni podría influir ni relacionarse con nadie. Ahora bien, todos los seres de la naturaleza son limitados y dependientes, todos están relacionados y ligados entre sí: luego todos proceden de un ser principio, independiente y absoluto.

2º La misma o parecida prueba podemos sacar de las semejanzas que advertimos en los seres. Si vemos dos cosas parecidas, deducimos que proceden o han sido informadas por un principio común: la semejanza es una forma de unidad cuyo origen debe buscarse en la unidad absoluta. Ahora bien: en la naturaleza todas las cosas tienen semejanzas entre sí, todas en medio de su variedad revelan una inmensa unidad, la cual no puede proceder sino de un principio único de donde todas proceden, es decir, de Dios.

3º Exponemos en el texto de una manera sencilla la prueba de la existencia de Dios deducida del orden físico, prueba que producía convicción hondísima a genios como los de Platón y Cicerón, aunque en su ciencia aun no iluminada por el Cristianismo no pudieron elevarse al dogma fundamental de la creación; prueba que no menos que a los sabios, convence a los ignorantes y a los niños, que suelen expresarla en dos palabras: No hay palacio sin arquitecto, no hay reloj sin relojero. Queremos reforzar esa prueba con la que suele llamarse de finalidad. Adviértese en las cosas, además de orden y armonía, finalidad, es decir, originaria intención de un fin; y esto, más que ninguna otra cosa, es propio de la inteligencia. Así por ejemplo, en el hombre con toda su maravillosa complexión de partes, cada órgano se forma para su propio oficio, para ver el ojo, para oír el oído, y los órganos todos para servir al principio vital e intelectual. Pero, así como la flecha, dice Sto. Tomás, no se dirige al blanco sino lanzada inteligentemente por el sagitario, así la simple mezcla de materias y fuerzas en el mundo no podrían producir efectos inteligentes, y mucho menos adaptados a un fin y a infinidad de fines, sin ser combinadas y dirigidas por una suprema inteligencia, por un poder supremo, que prevé, intenta y consigue a cada cosa y en el conjunto de las cosas un fin determinado.

Pueden estudiarse con provecho en cualquiera filosofía cristiana las pruebas así de orden puramente metafísicos, (como la del movimiento, la del tiempo, etc.,) como las del orden moral o social, (como la necesidad de Dios que tiene el género humano, el instinto religioso, el hecho de que todos los pueblos han sido teístas, etc.) Finalmente, se nos revela la existencia de Dios no sólo por su acción primitiva y ordinaria sobre el mundo que creó, sino por su intervención extraordinaria y enteramente sobrenatural en la Religión Cristiana: para quien la estudia con atención, ella es la confirmación más evidente y espléndida no sólo de la existencia de Dios, sino también de su omnipotente providencia: el desarrollo de esta prueba está en el conocimiento histórico y filosófico de la divinidad de la Religión Cristiana.

NOTA 3 "Al compás mismo con que se disminuye la fe, se disminuyen las verdades en el mundo, y la sociedad que vuelve la espalda a Dios, ve ennegrecerse de súbito con aterradora oscuridad todos sus horizontes. Por esta razón la Religión ha sido considerada por todos y en todos los tiempos como el fundamento indestructible de las sociedades humanas. Allana el cimiento de toda sociedad humana quien destruye la Religión, dice Platón en el libro 10 de sus leyes. Según Jenofonte (sobre Sócrates), "Las ciudades o naciones más piadosas han sido las más duraderas y más sabias". Rouseau en el Contrato Social, lib. 4º cap. 8º observa "que jamás se fundó estado ninguno sin que la Religión le sirviera de fundamento". Voltaire dice (Tratado de la Tolerancia, cap. 20), que "allí donde hay una sociedad,

la Religión es de todo punto necesaria". Todas las legislaciones de los pueblos antiguos descansan en el temor de los dioses. Polibio declara que ese santo temor es todavía más necesario que en los otros, en los pueblos libres. Numa, para que Roma fuese la ciudad eterna, hizo de ella la ciudad santa. Entre los pueblos de la antigüedad, el romano fué el más grande, cabalmente porque fué el más religioso. Como César hubiera pronunciado un día en pleno senado ciertas palabras contra la existencia de los dioses, luego al punto Cotón y Cicerón se levantaron de sus sillas para acusar al mozo irreverente de haber pronunciado una palabra funesta a la república. Cuéntese de Fabricio, capitán romano, que como oyera al filósofo Cineo mofarse de la divinidad en presencia de Pirro, pronunció estas palabras memorables: "Plegue a los dioses que nuestros enemigos sigan esta doctrina cuando estén en guerra con la República".—Donoso Cortéz.

NOTA 4 "Todas las religiones anteriores a Jesucristo, exceptuando la del pueblo judío, fueron satánicas, antisociales y deshonrosas así para el hombre como para Dios. Esta es la opinión y confesión de un enemigo de la Iglesia Católica. El no ha podido menos de conocer el hecho, y ese hecho destruye completamente su sistema. Bossuet, con la superioridad de la fe ha dicho: Las naciones más civilizadas eran las más ciegas en religión. Tan cierto es que en este punto es necesario ser instruído y enseñado por una gracia particular y por una sabiduría más que humana".—Luis Veuillot.

En estos últimos tiempos se ha dado una importancia extraordinaria al estudio comparado de las religiones: y claro está que este estudio, no siempre emprendido por amor al Cristianismo, ha venido a evidenciar más y más la elevación inmensa de nuestra Religión sobre todas las otras, siendo una prueba indirecta de su divinidad. Puede verse sobre esto la eruditísima obra del Padre J. Mir S. J. titulada Religión.

Budismo,—Aunque sea brevísimamente, diremos una palabra sobre el Budismo, ya que cuenta con algunos admiradores entre los impíos, y aun se atreven algunos a parangonarlo al Cristianismo. Buda apareció en el siglo VI antes de J. C., y predicó su religión sobre la brahamánica conservando algunos de sus dogmas y acaso algo de su panteísmo: esa religión, según la entienden sus más autorizados maestros, no conoce a Dios, ni tiene dogmas ni verdadero culto; por tanto no es religión en el sentido propio de la palabra: enseña que la vida es un verdadero mal, y pone el fin y desideratum del alma y de la religión en librarse de la existencia personal y de la transmigración desesperante, por medio del nirvana, al que pretende llegar, es decir, del reposo absoluto en que se aniquila o se pierde la personalidad. Posee una moral que deslumbra a algunos por cuanto predica el desprendimiento del mundo y de los bienes de la vida y promueve la beneficencia; pero ésta desconoce enteramente el amor de Dios y del prójimo, que es su única base sólida; y el desprendimiento no es el racional y mesurado en cuanto puede purificar el alma, (como lo enseña el Cristianismo), sino el radical y absoluto, en cuanto libra de la existencia tenida como un mal. De aquí es que su ascetismo sea exagerado y absurdo. Bajo todos sus aspectos aparece esta religión falsa y monstruosa. Está extendida por una gran parte del Asia y la profesan innumerables pueblos, que casi no tienen de budistas sino el nombre; pues cada cual entiende y practica su religión a su manera. Como carecen de Dios y el hombre no puede vivir sin Dios, en los pueblos budista adorna cada cual sus dioses y se forja su culto, viniendo a ser en la práctica el budismo un verdadero politeísmo.

Como se vé por sus principios, mata el Budismo todo progreso legítimo, y bajo su imperio no puede florecer una civilización elevada.

Sin embargo el budismo por su moral severa ha impedido acaso que aquellos pueblos se precipiten en su ruina total, y los prepara tal vez para que luzca en ellos en tiempo no remoto, el día del Evangelio.

Mahometismo.—Mahoma propagó en el siglo VI de la era cristiana su religión, que es más bien una herejía que niegue la augusta Trinidad de Dios y la divinidad de Cristo. Para juzgar esa falsa religión, basta fijarnos en su inmoralidad enteramente materialista, y, como

consecuencia, en la abyección en que ha venido a dejar a los pueblos que la profesan. Mahoma no hizo milagros, como él mismo lo confiesa; lo bueno que dijo lo tomó del judaísmo y cristianismo, con mezclas extrañas. Propagó su religión únicamente por la fuerza de la espada. Reconoce a Cristo como el Mesías y sin embargo no quiere reconocer su doctrina, antes le hace la guerra. El Alcorán, aunque tienen bellas páginas, está lleno de contradicciones y fábulas absurdas; enseña un fatalismo antihumano que mata por completo la vida moral y la aspiración a la virtud; desconoce enteramente las virtudes del alma, como la abnegación, la humildad, etc; finalmente está localizada esa religión en los lugares en donde dominan los jefes que la profesan, y no tiene ningún rasgo de divinidad, antes por el contrario los tiene de falsedad y superstición fanática.

Espiritismo.—Llámase Espiritismo al conjunto de doctrinas y prácticas que enseñan y practican la comunicación del hombre con seres ultraterrenos, puramente espirituales, que regularmente los espiritistas creen ser las almas de los difuntos. La doctrina espiritista es tan vieja como el hombre, pero en la forma que hoy la presentan data de la segunda mitad del siglo pasado. Los dogmas capitales del espiritismo moderno son la transmigración de las almas, y su posible comunicación con los vivos mientras aquellas esperan su nueva encarnación. En virtud de las comunicaciones espíritas, niéganse muchos dogmas cristianos, principalmente el cielo y el infierno, y se enseñan en religión y en moral teorías nuevas y peregrinas. Con todo eso, y reuniendo a sus adeptos en centros o sociedades, pretenden los espiritistas constituir una nueva religión, que será, dicen ellos, la última y definitiva religión de la humanidad. Este sistema o conjunto de creencias y prácticas, no merece el nombre de religión, pues carece de todos los caracteres de ella: ¡Cuánto menos podrá ser la religión de la humanidad! En efecto, el espiritismo no forma un cuerpo social como debe formarlo toda religión que ha de ejercer segura y definitiva influencia sobre la humanidad. Carece de unidad de doctrina, y de autoridad dogmática: sus maestros no se entienden entre sí; no regula nuestras relaciones con Dios ni se apoya en su autoridad; carece de santidad, de perpetuidad, de universalidad, dotes propias de la religión verdadera; en fin no tiene signos sobrenaturales que acrediten su divinidad, es decir, milagros y profecías, pues la mayor parte de sus hechos sorprendentes, o son prestigios y embustes, o se reducen a ciertos fenómenos de visión o de sugestión, o, si traspasan las leyes naturales, son tan inciertos y en tan estrecho círculo de acción que muestra la impotencia de los espíritus malos y son como la contraprueba de los verdaderos milagros. En el orden social ¿Qué ha hecho el espiritismo sino llevar la duda y perturbación a las almas y hacer a los hombres supersticiosos.? En fin el secreto del éxito precario que ha alcanzado está en que explota y desvía esa tendencia de la humildad, siempre ansiosa de lo sobrenatural y siempre inquieta por los misterios de ultratumba.

Pretende el espiritismo la comunicación de los vivos con las almas de los muertos; pero ¿Quién podrá asegurarnos de esa comunicación? ¿Quién asegurarnos contra los fingimientos del medium o contra los engaños de los espíritus malos y falaces? Quien imprudentemente entra en tratos con espíritus desconocidos, es como la presa que se mete en los lazos del cazador.

La generalidad de los espiritistas profesa la metemsícosis (o doctrina de la transmigración de las almas): diremos de ella una palabra. La metemsícosis, que cree que las almas de los muertos pasan a animar otros cuerpos terrestres o siderales, es una doctrina antigua que ha ilusionado a algunos pueblos del Asia, y cuya fascinación se explica por la fácil solución que pretende dar al problema de nuestros futuros destinos, siendo así que en realidad de verdad no soluciona sino que aplaza el tremendo problema: le dice al hombre: tendrás otra vida más o menos elevada en la que volverá a comenzar el uso de tu libertad. Siempre son del agrado del hombre débil y cobarde, esos aplazamientos. Esa doctrina es contraria a la religión y a la experiencia; pues si nuestra vida actual fuera un premio o un castigo de una vida anterior, debería estar enlazada con ella por la memoria o la conciencia, únicos modos de conservar la unidad de nuestra personalidad; y no tenemos ni memoria ni con-

ciencia de una vida anterior. (En cuanto a los males de la vida, la Religión los explica por el pecado original y los pecados posteriores de que somos culpables o solidarios.) Esa doctrina es también ineficaz para la dirección moral de nuestra vida, porque deja a las pasiones el subterfugio de otra vida en que será posible el enmendar los yerros de la presente; y quita a la virtud y al vicio el grande correctivo o estímulo de una sanción segura y definitiva. Pervierte las nociones del bien y del mal: el mal es una cosa absoluta que por nada debe hacerse, y por tanto sólo una pena definitiva y absoluta puede ser su correspondiente castigo. Filosóficamente hablando, es inconsistente, pues siendo el alma el principio vital humano, no se ve cómo pueda animar un cuerpo no humano o astral. En fin se opone a nuestros más íntimos sentimientos, que anhelan extender a otra vida inmortal las relaciones afectuosas que nos ligan con parientes, bienhechores y amigos: rompe el lazo con cuanto nos toca de cerca, y hasta con nosotros mismos, pues según esa doctrina, no conservará el hombre sino una identidad meramente material con su propio ser, cosa que moralmente nada vale y es como si no fuera.

El año de 1921, el periódico francés "La Opinión" quiso explorar la fe en las doctrinas espiritistas de sus más eminentes corifeos en Francia, y casi todos expresaron sinceramente sus dudas y vacilaciones sobre esas doctrinas. Nos contentaremos con transcribir alguna de esas declaraciones. El profesor Carlos Richet dijo: "Comienzo por declarar que no creo ni una sílaba del espiritismo:" añadió que se atenía únicamente a los fenómenos psíquicos. El conocido Emilio Flammarión, dijo entre otras cosas: "Comencé mis trabajos en 1862, y después de sesenta años de observación, no puedo afirmar más que una cosa: que no sé nada, que no entiendo nada. Una sola cosa es clara y es que en la mayor parte de los casos hay sugestión conciente o inconciente. En ciertos casos rarísimos parecerá que esa solución es insuficiente. ¿Habrá otra? De día en día lo veo más obscuro. ¿Es obra del medium o es otra cosa distinta? Después de sesenta y dos años dije que no sé nada, nada, nada"..... (La Opinión, Obre. de 1921) ¿Qué fe pues nos merecerá el espiritismo cuando tan poca la tienen sus corifeos?

Finalmente, el espiritismo, que se quiere hacer pasar como una cosa nueva, y como la última y definitiva religión de la humanidad, es tan antiguo como el mundo y no tiene de nuevo sino la forma moderna con que hoy se le reviste. Moisés, el legislador y profeta más antiguo y de autenticidad incontestable, prohibió la magia, la teurgía, la evocación de las almas de los muertos, etc; formas antiguas del espiritismo, y que los israelitas habían aprendido en el Egipto. En todas las religiones paganas se ven huellas de esas prácticas supersticiosas, y los oráculos y pitonisas de griegos y romanos no eran sino mediums de que el demonio se valía para recabar de los hombres las adoraciones y la confianza que sólo se deben a Dios. De las doctrinas y prácticas de la Iglesia se deduce que en lo que tiene el espiritismo de sobrehumano no puede ser sino diabólico, como ya lo decimos en el texto.

Teosofía. La Teosofía es un sistema religioso originariamente importado de la India, y difundido en Europa y América por medio de las sociedades teosóficas. Actualmente está dividida en dos ramas, la una fundada en 1875 por la Sra. rusa Helena Blavatsky y continuada por la Sra. inglesa Ana Besant, y la otra separada de la primera en 1913 y dirigida por el Dr. alemán R. Steiner. La Teosofía es una especie de neobudismo en el que prevalecen las doctrinas ya de la india, ya del Egipto o de la Grecia, sobre el mundo espiritual y nuestras relaciones con él. El panteísmo evolucionista (y en la rama principal la absoluta inpersonalidad del primer principio de las cosas), forma la base de las doctrinas teosóficas; las almas son partículas de la divinidad, consustanciales o de la misma esencia de ella, y que a ella deben volver desprendidas de todas sus envolturas materiales o espirituales y purificadas por medio de sucesivas reencarnaciones (según la rama besantista, se perderán en la divinidad por el nirvana): una justicia inexorable (llamada Karma) que obra en cada espíritu según sus méritos o deméritos de un modo necesario y como automática, verifica las reencarnaciones; de esa justicia inexorable se desprende la inutilidad de la oración, la imposibilidad del

perdón y de toda redención que no sea por propios méritos: esas cosas la teología besantiana las tiene como absurdas e inmorales. A los iniciados se les habla mucho de la divinidad en sí mismos y fuera de sí, y lo mismo en las doctrinas que en las palabras y fórmulas, todo respira un fuerte panteísmo. La moral, aunque incompleta y deficiente, contiene preceptos alturistas y prácticas de desprendimiento y mortificación. Sus doctrinas, principalmente en su pleno desarrollo y conocimiento, son esotéricas (es decir ocultas a los profanos), y no se descubren sus secretos sino a los iniciados en largas preparaciones. En la teosofía steineriana se han reunido doctrinas y prácticas ocultas mezcladas con prácticas y símbolos masónicos. Las preparaciones steinerianas tienen por objeto el despertar ciertos sentidos espirituales ocultos, que ponen al espíritu en comunicación con el mundo superior para poder conocerlo por propia experiencia. Los detalles de las doctrinas teosóficas son extraños y complicados y no pocas veces fútiles y ridículos: no es fácil ni necesario conocerlos para advertir su sinrazón. No parece errado conjeturar que en las prácticas teosóficas a las preparaciones y sugestiones de los iniciados se añade en muchos casos las influencias del espíritu maligno, como sucede en el espiritismo con el que parece que tiene bastante conexión.

La Teosofía, desde el punto de vista dogmático, se opone a los dogmas fundamentales del Cristianismo: Dios personal y esencialmente distinto del mundo, Trinidad, Encarnación del Verbo, Redención, premio y castigo eterno, etc. Basta que la teosofía carezca de un Dios personal, omnipotente, omniscio, bondadoso, providente, en íntima relación con nosotros, para que deba rechazársela de plano. El panteísmo, destruye toda verdadera religión. De la falsedad de la metemsícosis ya hablamos al analizar el espiritismo. Desde el punto de vista racional, el sistema teosófico no ofrece prueba alguna de su verdad: no se funda en la divina revelación o autoridad de Dios; es invención moderna o renovación muy pobre de desacreditadas prácticas; carece de fijeza y unidad en sus dogmas; no tiene hechos divinos (milagros y profecías) que lo acrediten, ni siquiera presentan sus fundadores algún carácter elevado de santidad que los recomiende, sino todo lo contrario. Y por lo mismo que no ofrece el conocimiento pleno y la experiencia de su verdad sino después de largas y peligrosas preparaciones (peligrosas digo porque muchas de ellas abren campo a las sugestiones y seducciones humanas o del maligno espíritu), debe verse desde luego como una teoría peligrosa y sospechosa de cuya falsedad responde con su divina autoridad la Religión revelada por Dios: el Cristianismo. ¡Qué diferencia entre esos sueños de imaginación calenturienta y la verdad espléndida del Cristianismo, con sus hechos prodigiosos plenamente históricos, con sus pruebas evidentes de mil géneros, con sus dogmas tan elevados como luminosos, con su moral purísima, con su origen divino, su historia gloriosa y sus frutos de justicia y caridad que regeneraron al mundo!

El Cristianismo nos enseña, que separado el hombre de Dios por el pecado, sus relaciones exactas con él y con el mundo espiritual no pueden verificarse ni conocerse con claridad sino mediante la Redención, que ha abierto para nosotros nuevas vías de salvación propias de nuestro estado actual. Pero queda al hombre la tentación e inclinación de arreglar por sí mismo esas relaciones. Esto es la teosofía: el esfuerzo inútil y peligroso del alma humana sola y sin guía para penetrar en el mundo espiritual. Y esta es la primera causa del éxito precario de las sociedades teosóficas; aprovechan las tendencias y vanas curiosidades del alma humana, no menos que los quebrantos y casi completa extinción de la fe cristiana en muchas almas en los actuales tiempos. Explica también ese éxito, la ignorancia religiosa que hoy reina en cierta porción de gente aun de las clases ilustradas; explícalo así mismo, lo flojo y elástico de los dogmas teosóficos, y el engaño de los que pretenden conciliarlos con los cristianos, y por último cierta elevación moral, aunque incompleta, de sus enseñanzas y el ascetismo de ciertas prácticas suyas; y unido a todo eso, el atractivo de lo desconocido. En resumen, la teosofía es un paganismo de nuevo género que se pretende introducir en las naciones cristianas, vago, absurdo, sin pruebas, y con pretenciones de suplantar a la única

Religión revelada por Dios, pero que no logra otra cosa que aquilatar por contraste la espléndida verdad del Cristianismo.

NOTA 5 "Hoy hace 18 siglos que en los dos continentes desde el Ural hasta las montañas Rocallosas, en los monjiks rusos y en los settlers americanos, el Cristianismo obra como en otro tiempo sobre los artesanos de Galilea. El es todavía para cuatrocientos millones de creaturas humanas, el órgano espiritual, las pujantes alas para levantar al hombre sobre sí mismo, sobre su vida rampante y sus horizontes estrechos, elevándole a través de la paciencia, la resignación y la esperanza, hasta la serenidad; y a través de la templanza y la pureza, y la benevolencia, hasta la abnegación y el sacrificio. Siempre y en donde quiera, desde hace mil ochocientos años, cuando esas alas se fatigan o se rompen, las costumbres públicas y privadas se degradan, y ante tal espectáculo es cuando podemos avaluar el Cristianismo en nuestras necesidades modernas, y comprender cuánto pudor, dulzura, humanidad, honradez, buena fe y justicia les ha inspirado. Sólo el Cristianismo puede detenernos en la pendiente por la que sin sentirlo, arrastrada por el peso original, nuestra raza retrocede al fondo del abismo. Y el viejo Evangelio cualquiera que sea su aspecto moderno, es el mejor auxilio del instinto social."—Taine, positivista.

"La Religión, la Religión es el único camino que aparta la humanidad de crisis terribles y de toda suerte de decadencias: la Religión contiene a la ambición humana dentro de sus justos límites; la Religión nos sostiene en los deberes de nuestra alma —Cuanto más grande y más vivo sea el movimiento social, menos bastará la política para dirigir a la humanidad. —Es necesario un poder más alto que el de esta tierra, perspectivas más largas que las de esta vida: son necesarios Dios y la eternidad. —La influencia de la Iglesia en la civilización es muy grande, más de lo que creen no solo sus más acérrimos adversarios, sino aún sus más fervorosos adeptos, pues que distraídos en la polémica, no han podido juzgarla con equidad ni medirla en toda su grandeza —Todo lo que hay de verdadero y de bueno en los principios y conquistas de la revolución francesa, es cristiano, y había sido ya proclamado por el Cristianismo; pero con esta circunstancia, que éste condena y rechaza expresamente todo lo que la revolución tiene de falso y de funesto. Y no solamente en esta terrible confusión el Cristianismo proclama el bien y condena el mal en principios, sino que él sólo tiene de hecho la autoridad y la fuerza necesaria para dominar el mal sin que el bien perezca también en la lucha —La Iglesia es la mejor escuela de respeto a todo poder legítimo que el mundo ha visto jamás." —Guizot, protestante.

"Tengo por la augusta Religión de mi país un respeto profundo, y si expreso este respeto, es porque lo experimento, pues de otra suerte, no hay poder en el mundo por alto y respetable que sea, al que yo tributase el honor de mentir por atraerlo o adularlo.....Si en mis manos tuviese el beneficio de la fe, yo las abriría sobre mi patria. Prefiero mil veces una nación creyente a una nación incrédula. Una nación creyente se siente más inspirada en las obras del ingenio, y hasta es más heróica si llega el caso de tener que pelear por su honor." Thiers, racionalista.

NOTA 6 Todas las apologías modernas desarrollan ampliamente este tema: A la Iglesia Católica se debe la civilización; pero tal vez ninguna ha igualado en talento, claridad y lógica, a la inmortal obra de Balmes "El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea," cuya lectura recomendamos instantemente a nuestros lectores.

NOTA 7 "Para que pudiéramos cumplir el deber de abrazar la verdadera fe y de perseverar en ella constantemente, Dios por su Hijo unigénito instituyó la Iglesia, y dotó a su institución de notas manifiestas para que pudiera ser reconocida por todos como custodio y maestra de la revelación. Porque sólo a la Iglesia Católica pertenecen todas aquellas cosas tan multiplicadas como admirables que Dios dispuso para hacer evidentemente creíble la fe cris-

tiana. Y aun la Iglesia por sí misma, esto es, por su admirable propagación, por su eximia santidad e inexhausta fecundidad en toda clase de bienes, por su unidad católica y por su invicta estabilidad, presenta un grande y perpétuo motivo de credibilidad, y un testimonio irrefregable de su divina legación. De donde resulta que ella como un estandarte levantado en medio de las naciones, invita y llama a sí a los que aun no han creído, y da mayor certeza a sus hijos de que se apoya en firmísimo fundamento la fe que han profesado." Concilio Vaticano.

NOTA 8 Para convencernos del acuerdo perfecto entre la verdadera ciencia y la fe, y del poco valor de las declamaciones de los que aseguran lo contrario, basta saber que siempre y muy en especial en nuestros días, ha tenido y tiene la Iglesia en su seno innumerables hombres de ciencia, muchos de ellos notabilísimos y especialistas en cada ramo del saber. El escritor francés Eymieu, autor de varias obras notables, acaba de publicar un libro en el que demuestra que la mayor parte de los sabios en ciencias naturales nacidos en el siglo XiX, han sido creyentes, y buena parte de ellos, católicos prácticos. El libro se titula: "La part des croyants dans le progrés de la sciencie au XIX siecle."

Sobre los hechos históricos relacionados con la Iglesia, queremos hacer una aplicación de la regla general para juzgarlos que damos en el texto, al famoso tribunal de la Inquisición.

La Inquisición, como todos saben, fué un tribunal eclesiástico destinado a investigar y juzgar el crímen de herejía. Entonces la herejía era considerada como un crímen no solo antireligioso, sino antisocial, por cuanto atacaba la unidad de creencias, base la más firme de la unidad política y social de una nación enteramente cristiana. Por esto, en España la inquisición, establecida a petición de los reyes y patrocinada por ellos, tenía un carácter mixto. En la Inquisición española el tribunal eclesiástico (ef Pastor t. IV, p. 382,) juzgaba la causa, y a los sentenciados los entregaba al brazo secular para la ejecución de la sentencia, sobre todo cuando ésta era capital, no sin suplicar que, si era posible, se excusase la pena de muerte. Júzguese la inquisición a la luz de las ideas y de las circunstancias de aquellos tiempos, y se encontrará justa y benigna en lo substancial, bien que haya que condenarse en ella no pocos abusos. Era un tribunal no sólo de justo castigo, sino principalmente de legítima defensa, como una familia, una sociedad tiene derecho de defenderse, aun usando de la fuerza, de la invasión de malas ideas que darían con ella en tierra. El error más burdo y grosero de los que se espantan de las sentencias, tormentos y autos de fe de la inquisición, es mirar esos procedimientos a la luz de las costumbres modernas, costumbres que precisamente son el florecimiento y precioso fruto de las ideas cristianas defendidas y cultivadas por la Iglesia. La inquisición evitó en España y sus dominios las luchas de religión que ensangrentaron a Alemania, Francia e Inglaterra, y puso a la nación ibérica en capacidad de civilizar el nuevo mundo, como lo hizo en efecto. Júzguese pues la inquisición, no emplazada en el siglo XX, sino en el siglo XVI en que floreció, júzguese a la vista de los principios que le dieron ser, de las costumbres y circunstancias de entonces, y de sus efectos inmensamente benéficos, y aun lamentando sus abusos, se la tendrá como una institución grande y santa. Consúltense a autores competentes e imparciales, v. g., Balmes, Meléndez Pelayo, Orti y Lara etc. Sígase este mismo sistema en el juicio de otros hechos históricos, y desaparecerán muchos perjuicios contra la Iglesia, a la que después de todo, debe la Europa su civilización. Permítasenos ilustrar este asunto de la inquisición con las siguientes breves citas de conocidos autores.

Según el inglés William Cobbett, (protestante,) Enrique VIII y la sanguinaria Isabel hicieron morir más gente en un año que la inquisición española en todo el tiempo de su existencia. "La inquisición de españa era casi benigna y filantrópica comparada con lo que en aquella época hacían gobiernos y pueblos." Valera (liberal) Discurso en la Academia.—"Nunca se escribió más y mejor en España que en esos dos siglos de la Inquisición." Melendez Pelayo, en los Heterodoxos. Consúltese a L, Partor, Historia de los Pafs. t. IV.—M. Melendez Pelayo, los Heterodoxos.—P. Cappa S. J. La Inquisición Española, etc.

NOTA 9 Inumerables son las profecías sobre Cristo que se leen en el Antiguo Testamento; nos contentaremos con citar alguna que otra por vía de ejemplo.

Al Profeta Daniel se le anunció, y así lo dejó escrito, (Dan. Cap. IX), que después de 70 semanas (de años) había de venir el Cristo, el cual había de ser muerto, y que confirmaría con muchos una nueva alianza, después de la cual sería destruída la ciudad (Jerusalén) y el templo: Todas estas cosas se verificaron al pié de la letra y en el tiempo preciso anunciado por el profeta (490 años después del anuncio.)—El Profeta Malaquías (432 años a. J. C.) dirigiéndose en nombre de Dios a los sacerdotes judíos infieles a su ministerio, les decía (Malaq. I. 10 y 11:) "No está mi voluntad en vosotros, dice el Señor de los ejércitos, y no recibiré don de vuestra mano; porque desde donde nace el sol hasta el ocaso, es grande mi nombre entre las gentes y en todas partes se sacrifica y se ofrece a mi nombre una oblación pura; porque es grande mi nombre entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos" En esta profecía se anuncia: a) la conversión de los gentiles y la repulsión del sacerdocio judaico; b) un nuevo sacerdocio; c) un nuevo sacrificio inmaculado, que será ofrecido al Altísimo desde todos los confines del mundo: cosas todas realizadas por Jesucrito.

Léase el cap. LIII de Isaías en donde se anuncia como si fuera un evangelio, la pasión y la muerte del Justo es decir del Mesías. Léase el salmo XXI de David y se verá descrita esta misma pasión y muerte, y sus efectos. Y por este estilo, el Antiguo Testamento está lleno de profecías: por todas partes aparece en él Jesucristo como un tema melódico que no cambia en medio de infinitas variaciones.

Las figuras son también profecías, no de palabra sino de hechos, pinturas vivas en que aparece Cristo. Explanaremos por vía de ejemplo las dos de que hicimos mención especial en el texto: Isaac y la serpiente de bronce.

Isaac (Gen. XXI y sigs.) es el hijo de Abraham, único (así es llamado en la Escritura,) como J. C. lo es del Padre. Las notas características de Isaac fueron: hijo milagroso, amado, heredero universal, inocente, obediente hasta la muerte, destinado al sacrificio: caracteres todos que retratan a Jesucristo. Abraham ofreció a Isaac, y Dios a su Hijo para la salvación del mundo. Lleva Isaac la leña sobre sus hombros, y sube con ella al monte de la inmolación, y atado y puesto sobre el haz de leña, espera el golpe fatal: ¿Quién no ve en esos rasgos dibujado al Cordero de Dios? No murió Isaac porque sólo era una figura, pero una víctima sustitutiva completó el sacrificio; más Jesús, verdaderamente víctima, consumó el suyo en la Cruz. Bajó Isaac vivo del monte, como Jesús salió vivo del sepulcro; y al sacrificio de Isaac, como al de Jesucristo, se siguió la bendición de Dios, al primero en promesa porque era figura, al segundo en realidad.

El castigo de las murmuraciones del pueblo israelita en el desierto, una vez les envió Dios la plaga de las serpientes venenosas. Oró Moisés por el pueblo, y Dios le mandó fabricar y levantar en alto una serpiente de bronce, a cuya vista sanaban los mordidos por la serpiente (Num. XXI.)—La serpiente, animal insidioso y mortífero, es figura del pecado, además, hay en ella una alusión a la serpiente del paraíso: Jesucristo tomó las apariencias de pecador, cargando sobre sus hombros la deuda de nuestros pecados. Puesto sobre la Cruz, sana a los hombres de las mordeduras del pecado y les devuelve la vida. La Escritura llama a la serpiente de bronce una señal: el tipo es claro, y un niño lo comprende sin esa aplicación, la serpiente de bronce no tendría razón de ser.—A este tenor, la santa Biblia está llena de figuras que representan a Jesucristo y su obra; y el conjunto de ellas, con las infinitas analogías que anuncian y delínean la adorable figura del Señor, es más que una inmensa profecía, es un cuadro viviente de lo que estaba por venir, cuyo autor no puede ser sino Aquel cuya mirada abarca todos los tiempos, y cuyo poder todo lo alcanza: Dios.

NOTA 10 De las conversaciones religiosas de Napoleón con el general Bertrand en Sta. Elena, publicadas por Msr. de Beauterne, extractamos los siguientes breves párrafos, lamentando no poder transcribir otros de no menor importancia, y aun toda la conversación llena de interés, de verdad y de genio.

"Conozco a los hombres, y os digo que Jesús no es un hombre.....Los espíritus superficiales ven semejanzas entre Cristo y los fundadores de imperios o religiones. Esas semejanzas no existen: entre el Cristianismo y otra religión cualquiera media la distancia de lo infinito..... El reconocer la verdad es un don del cielo y el carácter propio de un espíritu excelente; más no hay quien no pueda rechazar al punto la mentira. ¡Y bien! Se levanta un torrente sin cesar renaciente de objeciones contra la verdadera Religión. ¿De dónde procede que no se haga ninguna contra las falsas? Es que sin titubear todo el mundo las cree falsas. ¿Fué acaso el paganismo aceptado como verdad absoluta, y no como un conjunto de bellas imágenes por los sabios de Atenas y de Roma? Al contario, los más grandes talentos desde la aparición del Cristianismo, han tenido fe, y una fe práctica en los misterios y dogmas del Evangelio.

"En Licurgo, Numa, Confucio y Mahoma, yo no veo nada que manifieste a la divinidad: ellos mismos no han llevado tan lejos sus pretensiones. Hombres de genio, su inteligencia no se distingue de la mía. Han representado un gran papel, como yo mismo lo he hecho.... No acontece lo propio con Cristo. En El todo me sorprende, su espíritu me sobrepuja, su voluntad me confunde. Entre El y cuanto puede existir en el mundo no hay término posible de comparación. Es verdaderamente un ser aparte: sus ideas y sus sentimientos, la verdad que anuncia y su manera de convencer, no se explican ni por la organización humana ni por la naturaleza de las cosas.

"Su nacimiento y la historia de su vida, la profundidad de su dogma que alcanza la cima de las dificultades y es su más admirable solución, su Evangelio, la singularidad de ese ser misterioso, su aparición, su dominio, su marcha a través de los siglos y los imperios, todo es para mí un prodigio, un no sé qué insondable misterio que abisma mi pensamiento en una meditación sin fin, misterio que está patente a mis ojos, misterio permanente que no puedo negar y tampoco puedo explicar.

"En vano busco en la historia para encontrar en ella el semejante a Jesucristo, o cualquiera cosa que se parezca al Evangelio.....Habláis de Confucio, de Zoroastro, de Numa, de Júpiter o de Mahoma; más hay entre ellos y Cristo esta diferencia: que así como todo lo que el último ha hecho es propio de un Dios, en los otros por el contario nada hay que no sea propio de un hombre. La acción de esos mortales se limitó a su vida; mientras vivían fué cuando establecieron su culto, con el auxilio de las pasiones, con la fuerza y el favor de los acontecimientos políticos. Cristo, lo espera todo de su muerte. ¿Es eso la invención de un hombre? No, es al contario una marcha extraña, una confianza sobrehumana, una realidad inexplicable. No teniendo todavía más que algunos discípulos iliteratos, Cristo es condenado a muerte; muere siendo el blanco de la cólera de los sacerdotes judíos y del desprecio de su nación, abandonado y contradecido por los suyos. Y ¿ Cómo podría suceder de otro modo con aquel que había anunciado lo que había de suceder? Mas él había prometido su triunfo para después de su muerte, cuando habiendo resucitado enviaría su espíritu sobre sus discípulos, quienes creerían en él, lo predicarían y convertirían al universo. Y esa promesa tan bien denominada por S. Pablo locura de la Cruz, esa predicción de un crucificado, se ha cumplido al pié de la letra; y la manera con que ha tenido cumplimiento es acaso más prodigiosa que la misma promesa.....

"¿Concebís a César, emperador eterno del Senado romano, gobernando al imperio desde el fondo de su mausoleo y velando sobre los destinos de Roma? Tal es la historia de la invasión y la conquista del mundo por el Cristianismo, he aquí el poder del Dios de los cristianos y el perpetuo milagro del progreso de la fe y del gobierno de su Iglesia. Los pueblos pasan, los tronos se derrumban ¡Y su Iglesia permanece! ¿Cuál es pues la fuerza que hace sostener en pie a esa Iglesia asaltada por el furioso océano de la cólera y el desprecio del siglo? ¿Cuál es el brazo que desde hace dos mil años la ha preservado de tantas tormentas que han amenazado sepultarla en el abismo?.....

"En toda otra existencia que la de Cristo, ¡Cuántas inmperfecciones y cuántas vicisitudes! ¿Cuál es el carácter que no se doble ante los obstáculos, que no sufra alteración por los

acontecimientos o lugares, que no experimente la influencia del tiempo, que no transija con las costumbres o las pasiones humanas? Yo reto a que se me cite una existencia de esta especie, que esté limpia de esas manchas y vicisitudes. Desde el primer día hasta el último es el mismo, siempre el mismo, majestuoso y sencillo, infinitamente severo e infinitamente manso; en un comercio la vida por decirlo así público, Jesús no deja lugar a la menor crítica; su conducta tan prudente, arrebata de admiración, por una mezcla de fuerza y de dulzura. Tanto al hablar como al obrar Jesús es luminoso, inmutable, impasible. Dicen que lo sublime es un rasgo de la Divinidad: ¿Qué nombre puede darse a aquel que reune en sí todos los rasgos de lo sublime?.....

"El Evangelio posee una virtud secreta, un no sé qué de eficaz, un fuego que obra sobre el entendimiento y que encanta al corazón: al meditarlo se experimenta lo que se experimenta al contemplar el cielo..... Cristo no varía, no vacila nunca en su enseñanza, y la menor afirmación suya está marcada con un sello de sencillez y profundidad que cautiva al ignorante y al sabio por poco que fijen su atención en El..... Los impíos mismos jamás han negado la sublimidad del Evangelio que les inspira una especie de veneración forzosa ¡Que dicha proporciona ese libro a todos los que creen en él! ¡Cuantas maravillas admiran en sus páginas aquellos que lo han meditado!..... ¡Qué prueba de la divinidad de Cristo! Con un imperio tan absoluto, El no tiene más que un sólo objeto, el perfeccionamiento espiritual de los individuos, la pureza de la conciencia, la unión con lo que es verdadero, la santidad del alma. He aquí verdaderamente una Religión, y allí reconozco un Pontífice....

"Y ved un prodigio superior a todo prodigio: quiere Cristo el amor de los hombres, es decir, lo que en el mundo es más difícil de conseguir lo que un sabio pide en vano a sus discípulos, un padre a sus hijos, una esposa a esposo, en una palabra, el corazón: esto es lo que quiere para sí, lo exige absolutamente, y lo consigue. De aquí infiero yo su divinidad..... Cristo habla y desde aquel momento las generaciones le pertenecen por lazos más estrechos, más íntimos que los de la sangre. Enciende un amor que mata o reduce a pavezas el amor de sí, que prevalece sobre todo otro amor. Ante este milagro de su voluntad ¿Cómo es posible no reconocer al Verbo creador del mundo?

"Los fundadores de religión ni siquiera han tenido la idea de ese amor místico que es la esencia del Cristianismo bajo el bello nombre de caridad. Es que no se curaban de lanzarse contra un escollo. Es que en una operación semejante, el hacerse amar, el hombre lleva en sí propio el sentimiento profundo de su impotencia.

Así es que el mayor milagro de Cristo es sin contradicción el reino de la caridad. Sólo El ha llegado a elevar el corazón de los hombres hasta lo invisible, hasta el sacrificio del tiempo; sólo El al crear esta inmolación ha creado un lazo entre el cielo y la tierra. Todos los que creen sinceramente en El experimentan ese amor admirable, sobrenatural; fenómeno inexplicable, imposible para la razón y las fuerzas del hombre; fuego sagrado traído a la tierra por este nuevo Prometeo, del cual el tiempo, ese gran destructor, no puede gastar la fuerza ni limitar la duración. Yo, Napoleón, es lo que más admiro porque he pensado a menudo en ello, y es lo que me prueba absolutamente la divinidad de Cristo!".....

NOTA 11 "Figúranse algunos que la religiosidad es signo de espíritu apocado y capacidad escasa; y que por el contrario la incredulidad es indicio de talento y grandeza de ánimo. Yo sostengo que con la historia en la mano se puede demostrar que en todos los tiempos y países los hombres más eminentes han sido religiosos." Balmes.

En efecto, entre los antiguos, los genios más grandes del paganismo, reconocieron la existencia y providencia de Dios: Homero, Virgilio, Platón, Aristótales, Cicerón, etc. Después que apareció Jesucristo ?Qué hombres hay comparables en talento y saber a los santos Padres, entre ellos S. Agustín, S. Jerónimo, S. Ambrosio, etc? ¿Qué filósofo iguala a Sto. Tomás? Más trade, los hombres más ilustres por su saber, se mostraron siempre los más religiosos: basta citar entre mil a Capéruico, Bacón, Galileo, Képler, Descartes, Malebranche, Neuton, Lerbinitz, Euler, Bossuet, Fenelón, etc.—Un protestante alemán, el Dr. Demert, estudió las

opiniones religiosas de 300 sabios insignes en ciencias naturales en los últimos cuatro siglos; y encontró que, quitados 38 cuyas ideas no pudo averiguar, de los demás sólo un seis por ciento eran irreligiosos o ateos, mientras el resto es decir 92 por 100 eran creyentes y muchos de ellos sumamente religiosos.

Entre los hombres de ciencia más grandes e ilustres del siglo XIX fueron no sólo creyentes, sino fervorosos católicos, entre otros mil los siguientes, Le Verriére, Cuvier, Secchi, Volta, Ampére, Biot, Mariotte, Nollet, Chevereul, Lesseps, Eiffel, Dumont, Lapparent, Quatrefoges, Pasteur, Roentgen, Marconi, etc. Y conste que sólo citamos a estos, por ser sus nombres de todos conocidos. Entre los impíos o indiferentes convertidos en apologistas en el siglo pasado, cuéntase entre otros L. Veuillot, Brunetiére, Huysmans, Copée, Feval, Bourget, etc. Claudio Bernard y Littre, entre otros muchos, se convirtieron a la fe católica antes de morir.

M Couchy es reconocido como el primer matemático de Europa. He aquí las palabras que escribió en una de las principales revistas científicas: "Yo soy cristiano como todos los grandes astrónomos, como todos los grandes físicos y como todos los grandes geómetros del siglo pasado. Soy también católico con la mayor parte de ellos; y si se me pregunta la razón, la daría con gusto y así se vería que mis convicciones católicas son el resultado no de prejuicios de nacimiento, sino de un examen profundo. "(Revieu des Questions Scientifiques, tt. XVI, p 436).

NOTA 12 Mucho se combatió a la Religión en el siglo pasado por medio de las ciencias físicas y naturales y muy en especial por la biología; hoy la ciencia ha venido a declararse vencida, puesto que ninguno de sus innegables y gigantescos progresos pudo probar la falsedad de un solo punto claro o definido de la doctrina católica; y en la mayor parte de los casos, la ciencia misma experimental vino a confirmar con su autoridad los postulados del dogma. Tal sucedió con el origen de la vida. El materialismo quiso poner ese origen en combinaciones de fuerza físico—químicas; pero la experimentación científica, principalmente la verificada por Pasteur, desmintió tan completamente la teoría apriorística de la generación espontánea, que a sus partidarios no les quedó más recurso que refugiarse en postulados enteramente anticientíficos y arbitrarios. Uno de ellos decía "Si la materia constitutiva de los seres vivos, aunque hoy sólo por ellos formada y por ellos existente, no se pudiere formar por acciones físico—químicas, la vida no hubiera aparecido en el planeta que habitamos." (F. R. Carracido, Confer. en la Soc. Biol. de Barcelona en 1918.) Lo cual es simplemente declarar vencida a la ciencia atea.

Cosa parecida ha sucedido con el famoso transformismo. Darwin lo sistematizó en su libro "El origen de las especies" en 1859; los científicos y positivistas que lo abrazaron con furor comenzaron a buscar su confirmación en la experiencia científica; pero los resultados no sólo no han sido satisfactorios, sino más bien desastrosos para el transformismo, porque en ninguna parte se han encontrado los seres de gradación por él preconizados; en vano han buscado esos anillos así la botánica y biología en los seres actualmente vivos, como la paleontología en los restos y fóciles de plantas y animales. Dondequiera aparecen las especies repentinamente. Lo mismo sucedió con la teoría de la explosión o salto de una especie a otra, teoría jamás justificada, sino más bien desmentida por la experiencia. En la actualidad, el tranformismo, que sus partidarios hacían pasar como el primero de los dogmas científicos en la actualidad para sus mismos partidarios sinceros, no es más que una hipótesis. "Los hombres, dice el transformista Yve Delge, son o no son transformistas, no por razones tomadas de la Historia Natural, sino por razón de las ideas filosóficas de cada uno" (La Heredité et les grands problemes de la biol. gerl. Paris 1903) Y en 1920 añadía en la introducción a la obra "Les Teories de la Evolutión." "El que las especies procedan unas de otras, es una doctrina que se impone a nuestro espíritu desde el momento en que hemos abandonado la teoría de una creación sobrenatural." (Citas de Sal Ferrae," Feb. de 1921.)

Darwin admitía la divina intervención en la primitiva aparición de la vida, porque entre

ella y la materia inorgánica veía una distancia inconmensurable. Pues bien, aun suponiendo la transformación natural y sucesiva de los seres vivientes, al llegar al hombre habríase roto la cadena, porque entre el animal más perfecto y el hombre media una distancia inconmensurable: la que supone el alma racional. Tres cosas principales caracterizan al hombre y le colocan en un reino enteramente distinto del puramente animal: la perfectibilidad, las ideas abstractas, morales y religiosas, y el lenguaje.

Perfectibilidad.—Hace seis mil años por lo menos que las abejas son abejas, que los monos son monos, sin salir jamás del límite marcado por el instinto; ya lo observaba en su tiempo Bossuet: El animal camina siempre en línea recta. No así el hombre a cuyo progreso indefinido en las ciencias, en las artes, en todo, nadie puede asignarle sus limites. Religiosidad. No se ve en el bruto indicio cierto de racionalidad, y mucho menos ideas espirituales y morales, y de ese admirable instinto religioso que enlaza al hombre con el mundo sobrenatural. El instinto animal no mira más que a su vida sensible, y como su ojo, solo abarca un mundo pequeño y material; el alma del hombre elévase sobre el mundo, se cierne en las regiones de lo infinito, aspira a la eternidad. Lenguaje. Finalmente, a los papagallos que articulan claramente, y al mono no les falta el aparato vocal, enteramente parecido al nuestro y sin embargo carece de lenguaje. "Por consiguiente, dice Max Miiller, el hecho debe explicarse por una diferencia entre las facultades mentales y no entre las facultades físiras de la bestia y del hombre". (La ciencia del lenguaje, p. 416). Podemos pues concluir que entre el animal y el hombre hay una distancia mayor que entre la materia y la vida; y que la razón y la experiencia piden para el hombre una intervención directa de la causa creadora. Finalmente no olvidemos que aun cuando el tranformismo estuviese probado con respeto a los demás seres de la creación, Dios pudo hacer una excepción del hombre y crearlo directamente, ya que lo destinaba por gracia suya a un fin sobrenatural.

NOTA 13 ¿Qué entendimiento habrá que conozca, que lengua habrá que declare, qué pluma habrá que escriba la manera con que Dios obra en el hombre estos soberanos prodigios, y como le lleva por el camino de la salvación con mano a un mismo tiempo misericordiosa y justa, suavísima y potente?

¿Quién señalará los linderos de ese imperio espiritual, entre la voluntad divina y el libre albedrío del hombre? ¿Quién dirá cómo concurren sin confundirse y sin menoscabarse? Sólo sé una cosa, Señor: que pobre y humilde como soy, y grande y potente como eres, me respetas tanto como me amas, y me amas tanto como me respetas. Sé que no me abandonarás a mí mismo, porque por mí mismo nada puedo sino olvidarte y perderme; y sé que al tenderme la mano que me salva, me la tenderás tan blanda, tan cariñosa y tan suave, que no la sentiré venir. Tú eres como silvo de viento delgado en lo suave, como aquilón en lo fuerte. Soy llevado por tí, como por el aquilón, y me muevo hasta tí libremente, como mecido por viento delgado. Me llevas como si me empujaras, pero no me empujas, sino que me solicitas. Yo soy el que me muevo, y sin embargo tú te mueves en mí. Tú vienes a mi puerta y llamas con blandura, y si no respondo, aguardas a mi puerta y vuelves a llamar; sé que puedo no responderte y salvarme; pero sé que no podría responderte si tú no me llamaras, y que cuando respondo, respondo lo que me dices siendo tuya la pregunta, y tuya y mía la respuesta. Sé que no puedo obrar sin tí, y que por tí obro, y que cuando obro, merezco; pero que no merezco sino porque tú me ayudas a merecer, como me ayudaste a obrar; sé que cuando me premias porque merezco, y cuando merezco porque obro, me das tres gracias: la gracia del premio conque galardonas; la gracia del merecer que me diste, con la cual galardonaste; y la gracia que me diste de obrar con ayuda tuya. Sé que tú eres como la madre, y yo como el niño pequeñuelo en quien la madre infunde el deseo de andar, y luego le da la mano para que ande, y después le da un beso en la frente porque deseó andar y anduvo con la ayuda de su mano. Sé que no escribo sino porque tú me has encendido en el deseo de escribir, y que no escribo sino lo que me enseñas, o lo que me permites

que escriba: creo que el que cree que mueve un miembro sin tí, ni te conoce ni es cristiano." —Donoso Cortés.

NOTA 14 "Por lo que hace al infierno, su existencia es de todo punto necesaria, para que sea posible aquel perfecto equilibrio que Dios ha puesto en todas las cosas, porque está de una manera sustancial en sus divinas perfecciones. El infierno, considerado como pena, está con la gloria, considerada como galardón, en un perfecto equilibrio: sólo la facultad de perderse puede formar en el hombre un equilibrio con la facultad de salvarse; y para que la justicia y la misericordia de Dios fueran igualmente infinitas, era necesario que exisitieran simultáneamente como término de la primera el infierno, como término de la segunda la gloria. La gloria supone el infierno; y de tal manera le supone, que sin él ni puede ser explicada ni concebida. Estas dos cosas se suponen entre sí, como la consecuencia supone su principio, y como el principio supone su consecuencia; y así como el que afirma la consecuencia que está en su principio y el principio que contiene su consecuencia, no afirma en realidad dos cosas diferentes, sino una cosa misma; de la misma manera el que afirma el infierno que va supuesto en la gloria y la gloria que supone el infierno, no afirma en realidad dos cosas diferentes, sino una misma cosa. Hay, pues, necesidad lógica de admitir esas dos afirmaciones, o de negarlas ambas con una negación absoluta; antes empero de negarlas, conviene saber lo que negándolas se niega. En el hombre, lo que con negarlas se niega, es la facultad de salvarse y la facultad de perderse: en Dios, lo que con negarlas se niega, es su infinita justicia y su infinita misericordia. A estas negaciones, por decirlo así, personales, se añade otra negación real: la negación de la virtud y del pecado, del bien y del mal, del galardón y del castigo; y como con estas negaciones se niegan todas las leyes del mundo moral, la negación del infierno lleva envuelta lógicamente en sí, la negación del mundo moral y de todas sus leyes. Y no se diga que el hombre podía salvarse sin ir a la gloria, y perderse sin ir al infierno; porque todo lo que no sea ir a la gloria o al infierno, ni es pena ni es galardón, no es perderse ni salvarse. La justicia y la misericordia de Dios, o no son, o son de una manera infinita; siendo infinitas se han de terminar por una parte en el infierno y por otra parte en la gloria, o han de ser vanas, que es otra manera de ser como si no fueran." —Donoso Cortés.

NOTA 15 Quien quiera estudiar a fondo el adorable misterio de la Eucaristía en sus relaciones con la filosofía, puede ver a Balmes en su Filosofía Fundamental, libro III cap. XXIII, que trata de este punto y bajo este significativo epígrafe: Un triunfo de la Religión en el terreno de la filosofía.

NOTA 15 Bis. Acaso no hay cosa de tanta trascendencia para el bien de la Religión y de la sociedad como la educación cristiana, y por eso nunca pondrán bastante cuidado los padres de familia en la inmensa responsabilidad que tienen ante Dios y ante la sociedad de educar cristianamente a sus hijos, educación que debe comenzar y continuar ellos en el seno de la familia, y después por medio de los maestros, en la escuela. La escuela sin Dios no puede ser educativa en el verdadero sentido de la palabra. Para comprobar este aserto permítanseme algunas citas de hombres eminentes, escogiéndolas entre millares aun de escritores racionalistas que pudiera presentar.

"No hay instrucción sin educación, sin moral y sin Religión. Los profesores y maestros son voz que clama en el desierto, porque han promulgado imprudentemente que en las escuelas no debe hablarse de Religión. Es necesario poner la Religión como base de la educación. Sin ella las costumbres se corrompen y entonces se levanta de las escuelas un pueblo feroz" Portalis. (Discurso en la Asamblea legislativa de Francia.) "¡Vamos! Cuando la sociedad está en peligro de perecer, es preciso emplear sin temor ni tardanza los remedios más enérgicos contra un mal creciente, y sin hacer caso de prevenciones y miserias a las que las grandes circunstancias en que estamos nos imponen la obligación de sobreponernos. ¡Está enferma

nuestra sociedad! Y temo ver a la sociedad moderna reducida a la nada. En situación tan extrema, yo me dirijo al Clero, apelo a la enseñanza religiosa, y estoy muy lejos de estar solo" Thiers. (Les debats de la comission, 1849)

"Para que la instrucción primaria sea verdaderamente buena y socialmente útil ha de ser profundamente religiosa.....es menester que la educación popular sea dada y recibida en una atmósfera religiosa; que las impresiones y los hábitos religiosos la penetren por todas partes" Guizot. (Memorias t. III.)

Invitado el eminente pensador francés M. Paul Bourget, para que diese su opinión acerca del "vital" problema de la moral en la escuela pública, problema que actualmente trastorna el cerebro de todos los radicales de aquella nación convulsa, respondió lo siguiente que ha merecido inmediata traducción a todos los idiomas:

"Sobre esta dolorosa cuestión de la moral en la escuela, que es precisamente el mismo problema del porvenir de la raza, todo lo dijo ya el más poderoso observador de la Francia contemporánea, Balzac (1). Os pido pues el permiso para transcribir algunas líneas de su "Préface general de la Comedie Humaine:"

"La vida social tiene un exacto parecido con la vida humana" No se da larga vida a los pueblos si no es moderando su acción vital. La enseñanza, o mejor la educación por Sociedades Religiosas, es pues el gran principio de existencia para los pueblos, el único medio para disminuir la suma del mal para aumentar la suma del bien en toda sociedad. El Pensamiento, principio de los males y de los bienes, no puede ser preparado, domado y dirigido sino por la Religión. La única religión posible es el Cristianismo. El Cristianismo ha creado los pueblos modernos, el Cristianismo los conservará....."

(1) Balzac fué un escritor del siglo pasado sumamente impió e inmoral; pero esto no quita que la sinceridad le arrancara a veces preciosas confesiones.

"Todo es digno de meditarse en estas fórmulas de las cuales subrayo las más significativas. Estas fórmulas encierran la condenación justificada del gran error de la escuela laica. Esta escuela se propone exasperar en los niños del pueblo las facultades que sería necesario desarrollar sabiamente, lentamente. La escuela laica sobre exita e hipertrofia por un análisis crítico, esas tiernas inteligencias a las cuales, para poderlas adaptar a una suerte útil y modesta, deberían dárseles creencias, principios sólidos de acción y una disciplina tradicional. Por otra parte, esta escuela laica no puede enseñar un principio moral, puesto que fuera de la Revelación de que reniega, no hay ni un solo principio moral La historia de la Filosofía demuestra, con toda evidencia, la impotencia de los más vigorosos espíritus para hacer brotar la idea de "obligación" de las teorías más o menos ingeniosas, pero a las cuales faltará siempre un carácter universalmente imperativo, si en ellas falta Dios."

"Estoy persuadido pues, de que la instrucción primaria actual marcha hacia una lamentable bancarrota, y preveo también que del mismo mal nacerá el remedio: hay en las naciones algo "quelque chose," que no quiere morir. Este algo, este "quelque chose," levantará el estandarte de la revolución tan pronto se cerciore de la decadencia en que el país ha sido arrojado por un sistema de educación radicalmente falso. La Iglesia estará allí para cumplir su misión eterna, la misión de reparar los errores y las faltas. La Iglesia nos ha salvado de los bárbaros de otros tiempos; la Iglesia nos salvará de los apaches que nos engendra la escuela laica." (Tomando de "El País," del 17 de Feb. de 1910.)

Léase con atención las hermosas siguientes líneas de Meléndez Pelayo:

"La escuela sin Dios, sea cual fuere la aparente neutralidad con que el ateísmo la disimule, es una indigna mutilación del entendimiento humano en lo que tiene de más ideal y excelso. Es una extirpación brutal de los gérmenes de verdad y de vida que laten en el fondo de toda alma para que la educación los fecunde."

"No sólo la Iglesia católica, oráculo infalible de la verdad, sino todas las ramas que el cisma y la herejía desgajaron de su tronco, y todos los sistemas de filosofía espiritualista, y todo lo que en el mundo lleva algún sello de nobleza intelectual, protestan a una contra esa inten-

ción sectaria, y sostienen las respectivas escuelas confesionales o aquellas, por lo menos, en que los principios cardinales de la Teodicea sirven de base y supuesto a la enseñanza y la penetran suave y calladamente con su influjo.

"Así se engendran, a pesar de las desidencias dogmáticas, aquellos nobles tipos de elevación moral y de voluntad entera, que son el nervio de las grandes y prósperas naciones de estirpe germánica en el viejo mundo y en el nuevo. Dios las reserva quizá en sus inescrutables designios para que en ellas vuelva a brillar la lámpara de la fe sin sombra de error ni herejía.

"Ni en Alemania, ni en Inglaterra, ni en los países escandinavos, ni en la poderosa República norteamericana tiene prosélitos la escuela laica, en el sentido en que la predica el odioso jacobinismo francés, cándidamente remedado por una parte de nuestra juventud intelectual y por el frívolo e interesado juego de algunos políticos.

"Apagar en la mente del niño aquella participación de la luz increada que ilumina a todo hombre que viene a este mundo; declarar inconcebible para él, e inaccesible por tanto el inmenso reino de la esperanza y de las alegrías inmortales, es no sólo un horrible sacrilegio, sino un bárbaro retroceso en la obra de civilización y cultura que veinte siglos han elevado dentro de la confederación moral de los pueblos cristianos. El que pretenda interrumpirla o torcer su rumbo se hace reo de un crimen social. La sangre del Calvario seguirá cayendo gota a gota sobre la humanidad regenerada, por mucho que se vuelvan las espaldas a la Cruz.

"Lo que pueden dar de sí generaciones educadas con la hiel de la blasfemia en los labios, sin noción de Dios ni sentimientos de la Patria, ya lo han mostrado con ejemplar lección, sucesos recientes, ante los cuales el silencio parecería complicidad, o por lo menos, cobardía.

"Por eso yo, que soy uno de tantos católicos españoles, sin autoridad para levantar mi voz ante mis conciudadanos, he escrito estas líneas con el único fin de hacer constar mi adhesión a la protesta cristiana y española que elocuentes voces han formulado esta mañana.—Marcelino Meléndez Pelayo. (Carta abierta al Ilmo. Sr. Obispo de Madrid Alcalá con motivo de un miting contra la escuela laica, Madrid, año de 1910.)

"Es verdaderamente desconsolador saber por muchos y serios autores que el aumento de la criminalidad en la niñez y en la juventud ha coincidido con el establecimiento de la escuela laica en las naciones.

"En el tercer Congreso Internacional de Educación Familiar, celebrado en Bruselas en 1910, el Profesor ruso Pablo Kovalevsky, se lamentaba del aumento de la criminalidad y decía" .....ni siquiera podemos felicitarnos de que se estacione; antes bien, crece en tales términos que la escala de su crecimiento sobrepuja a la del aumento de la población del Globo Terrestre."

"Y el profesor de la Universidad de Budapest, Eugenio Balohg, en el mismo Congreso expresó. "La depravación de día en día más asombrosa de los niños y menores, y el crecimiento aterrador de su criminalidad, ofrecen el problema más grave y trascendental para todos. El mal es ya enorme y alcanzará una gravedad desmesurada si continúa propagándose con la rapidez que observamos en los principios del siglo XX."

"Ese aumento de la criminalidad en los niños contrista profundamente a todos los pensadores, cualesquiera que sean sus opiniones o creencias.

"Guillot, en "París que sufre," dice: "El número de delincuentes y criminales se ha cuadruplicado en menos de veinte años. No puede escaparse a ningún hombre sincero, cualesquiera que sean sus opiniones, que este espantoso aumento de la criminalidad en los jóvenes, ha coincidido con los cambios verificados en la enseñanza pública.

"En un artículo publicado en la revista "Ambos Mundos," Fouillée, demuestra que en París, de cada cien niños delincuentes, se encuentran tres salidos de escuelas religiosas y noventa y siete que han estado en escuelas laicas.

"El Inspector de Enseñanza Primaria de París, M. Bayet, refiere en un informe que en el

año de 1900 se verificaron 53 suicidios de niños y 67 de niñas, todos menores de 16 años, procedentes de escuelas laicas." (Fragmento tomado del Estudio sobre la Libertad de Enseñanza presentado por el Lic. Salvador Reynoso al Congreso Jurídico Nacional el año de 1922.)

NOTA 16 La masonería ha sido condenada por la Iglesia en muchas ocasiones; desde el Papa Clemente XI en su constitución In eminenti del 24 de Abril de 1736, apenas habrá habido Sumo Pontífice que no haya señalado sus peligros y descubierto sus planes, prohibiéndola como enemiga irreconciliable de la Religión y de la sociedad cristiana, y conminando a los fieles con penas canónicas para impedirles su ingreso en ella. El sabio Papa León XIII en su encíclica Humanum Genus enseña de un modo claro y preciso lo que es la masonería y porqué la condena la Iglesia. "Destruir hasta en sus fundamentos, dice León XIII, todo el orden religioso y civil establecido por el Cristianismo, levantando a su manera otro nuevo con fudamentos y leyes sacadas de las entrañas del naturalismo, he allí en compendio el fin y desideratum de la masonería." Leáse con atención tan importante documento.

NOTA 17 "Tres grandes factores integran la solución de la cuestión social: El Estado, los patronos, los obreros; el Estado por las leyes protectoras, los patronos por el espíritu de justicia y caridad; los obreros por la buena voluntad, la moderación, el espíritu de orden y de ahorro. Y para que estos tres elementos se fundan y unan en la armonía de una acción común, es indispensable la intervención de un elemento superior. En otros términos: el Estado, los patronos y los obreros no lograrán cooperar a la paz social si no se someten a la influencia de la Religión.

"Es preciso que la Religión inspire al Estado, guíe al patrono y constituya la norma del obrero, de lo contrario, el edificio social que se intente levantar carecerá de una base sólida y se desplomará a los arietazos del socialismo: el Estado y la sociedad sin Dios serán fatalmente una sociedad y un Estado socialista." —A Kannengieser.

"Ciertamente, la solución del arduo problema social exige también el concurso y la cooperación eficaz de otros: queremos hablar de los gobernantes, de los patronos y de los ricos, y también de los mismos proletarios que están directamente interesados. Pero sin vacilación podemos asegurar que, si se prescinde de la Iglesia, todos los esfuerzos que se hagan en este sentido resultarán vanos.

"Basta para esto recordar, aunque sea de paso, los ejemplos antiguos. Recordemos hechos y cosas puestos fuera de toda duda: esto es, que por obra del Cristianismo fué reformada de pies a cabeza la sociedad; que esta transformación fué un verdadero progreso del género humano, una especie de resurrección de la muerte a la vida, un perfeccionamiento que jamás se había visto en edades pasadas y que no puede esperarse mayor en lo sucesivo; finalmente que Jesucristo es el principio y el término de todos estos beneficios, los cuales habiendo brotado de El, a El deben referirse. Habiendo conocido el mundo, mediante la luz evangélica, los grandes misterios de la encarnación del Verbo y de la humana redención, la vida de Jesucristo, Dios hombre, se transfundió por decirlo así, en la sociedad civil, informándola con su fe, con sus preceptos y con sus leyes. De donde resulta que, si hay algún remedio para los males del mundo, este remedio no puede ser otro que el retorno a la vida y a las costumbres cristianas. Es principio indiscutible que, para reformar una sociedad en decadencia, es necesario volverla a los principios que le han dado el ser. La perfección de toda sociedad está puesta en la tendencia y en el arribo a lo que constituye su objeto, de tal manera que el principio generador de los movimientos y de las acciones sociales, sea el mismo que engendró la asociación. Por esto, el desviarse una sociedad de su objeto primitivo es una corrupción, y volver a él es la salvación. Y esto es verdadero, ya sea que se trate de toda la sociedad civil, o solamente de la clase trabajadora, que es la más numerosa".—E. Bongiorni.

NOTA 18 "La fe sin duda es también un don de la infancia; echa sus raíces en el alma que acaba de nacer, pero la acción lenta de la vida es la que la lleva a su madurez. Cuando

el hombre ha visto al hombre por espacio de largos años, cuando ha conocido su debilidad y su miseria, por experiencias que no le dejan la menor duda, y cuando ya la gran figura de la muerte le trae más cerca la última profecía, entonces su mirada se hace naturalmente más profunda. Discierne mejor la huella divina, porque conoce mejor lo que no puede el hombre, y la laxitud de las cosas presentes le abre también el gusto de las cosas que no se ven. Por esto ha dicho perfectamente un escritor, de cuyo nombre no me acuerdo: "A los veinte años se cree ser falsa la religión; a los cuarenta se comienza a sospechar que puede ser verdadera; a los cincuenta se desea que sea cierta; a los sesenta ya no se duda de su verdad." La luz marcha al mismo paso que la vida; y la muerte, desengañándonos de todo, acaba esta revelación contínua que había comenzado para nosotros en los labios de nuestra madre. El niño y la mujer son la vanguardia de Dios; el hombre maduro es su apóstol y su mártir; vosotros, jóvenes, vosotros, no sois más que sus tránsfugas de un día".—Lacordaire.

"Quién abandona la Religión Católica no sabe donde refugiarse. Al abandonar la fe de la Iglesia, ¿Dónde nos refugiaremos? Si en el protestantismo, ¿En cuál de sus sectas? ¿Qué motivos de preferencia nos ofrece la una sobre la otra? Discernirlo será imposible; abrazar a ciegas una cualquiera nos lo será todavía más; y por otra parte, esto equivaldría a no profesar ninguna. Si en el filosofismo, ¿Qué es el filosofismo incrédulo? Es una negación de todo, las tinieblas, la desesperación. ¿Andaremos en busca de otras religiones? Ciertamente que ni el islamismo, ni la idolatría, nos contarán entre sus adeptos.

"Abandonar pues la Religión Católica, será abjurarlas todas; será tomar el partido de vivir sin ninguna; dejar que corran los años; que nuestra vida se acerque a su término fatal, sin guía para lo presente, sin luz para el porvenir; será taparse los ojos, bajar la cabeza, y arrojarse a un abismo sin fondo.

"La Religión Católica nos ofrece cuantas garantías de verdad podamos desear. Ella además nos impone una ley suave, pero recta, justa, benéfica, cumpliéndola nos asemejamos a los ángeles, nos acercamos a la belleza ideal que para la humanidad puede excogitar la más elevada poesía. Ella nos consuela en nuestros infurtunios, y cierra nuestros ojos en paz; se nos presenta tanto más verdadera y cierta, cuanto más nos aproximamos al sepulcro. Ah! la bondadosa Providencia habrá colocado al borde de la tumba aquellas santas inspiraciones, como heraldos que nos avisaran que íbamos a pisar los umbrales de la eternidad!.,...Balmes.

CARTAS

a un
ESTUDIANTE

CARTAS A UN ESTUDIANTE

BREVE APOLOGIA DE LA

RELIGION CATOLICA,

OFRECIDA A LOS JOVENES

POR EL PBRO. J. J. HINOJOSA.

2ª EDICION

Con aprobación eclesiástica

MONTERREY, N. L.
1923.

Nihil obstat.

Dr. Fortinus Gómez,

Censor.

Imprimatur.

J. Joannes a J. Herrera et Piña,

Arch. de Monterrey.

CARTA PRIMERA

INTRODUCCION

A ti me dirijo, a ti querido joven estudiante, de clara inteligencia, de noble corazón, a ti quien quiera que seas, que suspiras en tus ardores juveniles por los más grandes ideales que ha perseguido la humanidad: la verdad y el bien.

Te extrañará, joven amigo, que te dirija mis cartas sin conocerte y sin que tú me conozcas, y preguntarás quién soy yo, qué pretendo al escribirte, qué interés me guía, qué fin me propongo. Tienes razón de preguntar estas cosas, y yo debo darte de ellas cumplida respuesta.

¿Que quién soy yo? —Un amigo tuyo que tiene el deseo y la misión de llevar alguna luz a tu alma en aquello que más te interesa y que menos te enseñan. Un amigo he dicho y no pretendo imponerteme con autoridad, ni siquiera con aquella que pudieran darme mi edad, mis más o menos escasos conocimientos y mi experiencia de la vida. Quiero hablarte en confianza, sencillamente, encomendando a tu razón y a tu corazón la palabra que te diga.

¿Porqué me llamo tu amigo? Porque te quiero bien, porque deseo tu felicidad, porque me siento atraído por los encantos de tu juventud, entre los cuales el que más me subyuga es esa noble sed de verdad y de justicia que antes mencioné.

¿Que qué pretendo? Darte la mano que tú buscas, el auxilio que necesitas para la prosecución de esos altos ideales. Otros te enseñan las ciencias, las artes, el comercio, los medios de abrirte paso en la vida; nadie te enseña lo que tú más deseas: conocer y alcanzar la finalidad de esa vida que corre y se despeña, el objeto de esa inteligencia que busca algo más que la materia inerte, el reposo de ese corazón que no se sacia con lo

caduco de las cosas que pasan "como una nave, como una nube, como una sombra" (1) que dijo nuestro poeta nacional, y antes había dicho otro poeta divino (2).

Quiero pues ayudarte a estudiar los altos e interesantes problemas de la vida: o mejor, quiero descubrirte un libro en que los leas decifrados, una luz con que a tus ojos aparezcan descubiertos; ese libro es la Religión, esa luz es la fe.

No temas que, porque escuches y creas, tu razón quede inerte; nadie razona más que el creyente, ni la fe hace otra cosa que lo que hace el telescopio al que contempla el cielo: abrirá a tu vista intelectual nuevos horizontes, y dará a tu potencia racional centuplicadas fuerzas.

Porque tú tienes la fe, no la has perdido, es la herencia mejor de tu cristiana madre; y porque tienes fe, todavía sonríes al sentir que bajan sobre tu alma las supremas iluminaciones del mundo superior de los espíritus inmortales, mundo que se cerró para los infelices que perdieron la fe. Pero necesitas, amigo mío, afianzar esa fe, desarrollar ese gérmen divino, para que no lo arranque el embate de las pasiones, avivar esa luz, para que no la extinga el vendaval de las contradicciones humanas.

He aquí lo que yo pretendo: ayudarte a conservar viva esa antorcha que llevas en la mano, y a iluminar con ella esos pavorosos abismos en donde la razón humana, ni está sola. vacila y titubea. Busquemos a Dios, cojamos la mano que El nos tiende. El alma cristiana no pervertida, busca a Dios naturalmente, como respira y vive; y Dios, suma bondad, se acerca al alma que amorosamente le busca. La Religión, dijo hermosamente un escritor, es el punto en que Dios y el alma se encuentran y se abrazan; es la acción de Dios que derrama en el alma que le implora, la luz de su palabra y el fuego de su amor (1).

Voy a hablarte, pues, de Religión; yo sé que lo deseas, y que nadie sa-

1 "Quasi navis, tamquam nubes, velut umbra", título de la última poesía de Juan de Dios Peza.
2 Sab, V. 10
1 Monsr. Bougaug

cia ese deseo. Y he ahí porqué me he atrevido a dirijirte mi desautorizada palabra. Ningún otro interés me guía sino el de tu bien, ningún otro fin me propongo sino el de ayudarte a ir a Dios, Yo espero que escucharás mí palabra sincera porque es amante. Pero si sonríes malignamente, entonces habré de decirte: no es a ti a quien busco; pasa, te ruego, este papel al joven que va a tu lado y que llevará sin duda en su pecho un corazón más joven que el tuyo: a ese es a quien me dirijo.

Te he expuesto mi propósito. Si te place, lee, mi querido amigo, mis siguientes cartas. Y entre tanto recomiéndeme ante ti, no la poca galanura de mi estilo, sino la mucha y afectuosa voluntad del que se suscribe tuyo afmo.

Fidel.

CARTA SEGUNDA

EL POSITIVISMO

En mi carta anterior te dije, amigo mio, que te iba a hablar de Religión. Sin demorarnos en previas consideraciones, quisiera entrar desde luego en materia; pero he de detenerme un poco para separar un obstáculo que acaso se opone en tu alma al pleno brillo de la verdad.

Sabes que la filosofía dominante en los campos de la enseñanza oficial hasta hace muy poco fué el positivismo. Engreídos los hombres con los adelantos científicos de los últimos siglos, aficionados al método puramente experimental con que consiguieron esos adelantos, y ensoberbecidos con la natural satisfacción del triunfo, relegaron a un lado la metafísica, es decir la ciencia de la razón, para atenerse únicamente a la física, es decir a la ciencia de la experiencia sensible, queriendo levantar sobre base tan estrecha toda la filosofía: de aquí provino el positivismo. No es mi intento refutar ese sistema, ni es posible hacerle en una breve carta: sólo te diré dos palabras sobre esa extraña filosofía para que no corte los vuelos de tu alma.

Llámola extraña, porque ningún sistema filosófico se había levantado hasta ahora sobre la pura experiencia, y todas las filosofías eran trascendentales, es decir, razonaban, reconociendo en la razón esa facultad de subir de lo conocido a lo desconocido, de lo visible a lo invisible, en virtud

del lazo estrecho que los liga. La filosofía positivista, no sólo acortó el campo de la razón y de los conocimientos, sino que negó la ciencia de la razón, es decir, la filosofía tal como la había comprendido hasta ahora la humanidad; por eso merece ese sistema el calificativo de estrecho, ruín y mutilador.

Incurrió el positivismo en palmarias contradicciones, la primera de las cuales es la negación y la afirmación a un mismo tiempo de la facultad generalizadora de la razón. Si toda la ciencia debe ser experimental, la ciencia se reducirá a la observación de fenómenos aislados y nunca podrá formular una ley. Cuando más podrá clasificar hechos. Si de hechos particulares se saca la ley, v. g., si de que los cuerpos que hemos viso caer, deducimos que todos los cuerpos caen, hacemos una verdadera generalización, y ya no estamos en la experiencia, sino en plena metafísica o filosofía racional.

En cuanto a los efectos del positivismo, son perniciosos porque quita el apoyo al orden moral. ¿Qué pueden ser en concepto del positivismo, la justicia, el derecho, la moral, etc., sino vanos nombres, o a lo -más, sentimientos especiosos e ideas puramente subjetivas sin apoyo ni razón? Y en orden a las relaciones sociales, ¿Qué significan ante el positivismo, la fidelidad, la amistad, el patriotismo, etc., sino ideas vagas, sueños o sentimientos que no resisten al examen de un entendimiento sereno, o mejor, ideas inaccesibles al humano entendimiento? Júzguese la inmensa desolación de las almas que producirá esa doctrina inhumana por la que el hombre abate sus vuelos para sumergirse exclusivamente en lo que se ve y se palpa: lo positivo. Con razón un connotado profesor positivista quejábase de que producía ese sistema el endurecimiento del corazón en las relaciones de la vida humana; y pudiera haber añadido: la degradación y la materialización del hombre, la muerte de todo lo que lo engrandece.

Pero su mayor culpa es el ocultarnos a Dios, relegándolo al terreno de lo incognoscible, a ese Dios que es para las almas lo que el sol para los cuerpos: fuente de luz y de vida. A Dios no lo conocemos intuitivamente, es decir, viéndolo, sino discursivamente, es decir, subiendo a El como causa y principio de todo lo que vemos. Los positivistas quieren que Dios sea objeto cuando más del sentimiento, pero no de la razón; y muy floja por cierto tiene que ser una creencia que prescinde enteramente de la razón. Por esto casi todos los positivistas son ateos: o niegan, o cuando

menos desconocen a Dios. Y sin embargo, Dios es, como dije, la luz que ilumina todo el mundo moral y espiritual en donde vive el alma como en su atmósfera propia y "sólo por un abuso imperdonable, como decía Lacordaire, se sumerge y extasía el alma en el mundo de la materia, olvidando su vida propia."

"La naturaleza es sólo el velo que encubre a Dios", se ha dicho: y en efecto, Dios brilla en sus obras con más propiedad que el artista en sus producciones, que el escritor en las páginas en donde estampa su pensamiento. Cierras los ojos, oh hombre, y no quieres ver a Dios en el mundo que El creó, no quieres leer su nombre en este libro de la naturaleza por El escrito; y en esto está tu culpa y tu desgracia.

Gracias a Dios el reinado del positivismo va pasando, y hoy sólo en algunas escuelas rezagadas se estudia este sistema, con la seguridad de que es un sistema vencido. Deja pues a un lado, amigo mío, cualquiera preocupación infundida en las escuelas, para que libre tu entendimiento se abra a la luz del cielo y busque a Dios, y amante tu corazón se abrace con El. Ayudarte a ello será el objeto de mi próxima carta. Entre tanto quedo tu afmo. amigo y S. S.

Fidel.

TERCERA CARTA

DIOS SU EXISTENCIA

Esperarás, amigo mío, después de lo expuesto en mi carta anterior, esperarás las pruebas de la existencia de Dios. Y cierto que es triste el tener que dar pruebas que tú no necesitas, de esa verdad, que es para el alma cristiana lo que el aire y la luz para el cuerpo: de ella vive; y no le cuesta más trabajo el respirar y abrir a la luz sus ojos, que el creer en esa verdad que ilumina su mente y alienta su corazón. Pero el rigor de los tiempos en que nos ha tocado vivir, tiempos de duda y de perturbación, nos obliga a investigar los fundamentos y ahondar en las raíces de esa verdad, sin dejar de estar a ella abrazados; porque el hombre de corazón no renuncia más fácilmente a lo que da razón y objeto a su vida, que a su vida misma.

Y desde luego, la idea de Dios es verdadera, porque es requerida por

las más nobles tendencias y necesidades de nuestro ser, se adapta a ellas perfectamente y sólo ella las satisface.

Satisface a la inteligencia, porque da razón y finalidad a todo lo que existe, Satisface al corazón porque lo llena de alegrías y de esperanzas. ¡Qué oscura debe estar una inteligencia en la que no brilla esta idea de Dios! Como que sin Dios no comprendemos ni la causa y razón, ni el fin y destino de cuanto existe. ¡Qué frío y aislado debe sentirse un corazón a quien esa creencia no vivifica! Como que sin Dios, el hombre será juguete de la fatalidad, victima del infortunio, sin que descubra en su horizonte un rayo de esperanza que liberte a su alma inmoral, de la tiranía del del mundo que la oprime.

No menos es necesario Dios para la familia, como sostén de su unión y de sus virtudes, a la sociedad como base de la caridad y de la justicia, y a la humanidad como base de todo deber, de toda moralidad y de toda fraternidad. Sin Dios el individuo perece por la desesperación, la familia por la infidelidad y por el amor libre, las sociedades por la tiranía o la anarquía, y la humanidad entera por la inmoralidad, el nihilismo y la barbarie, frutos legítimos del ateísmo. ¿Qué más pruebas queréis de la existencia de Dios que su necesidad? Sin Dios, la humanidad es un absurdo viviente; pero todo en ella entra en orden cuando cree en Dios, y se eleva y se dignifica y es más feliz cuanto es más religiosa.

Ya oigo en algunos labios las palabras que alguien dijo a Chateaubriad: "Las imágenes, no son razones." ¡No! No son frases ni imágenes la realidad de nuestra vida íntima y de nuestra vida social, ni puede ser puro sentimentalismo, sino verdad objetiva y real lo que es condición indispensable para la realidad de nuestra vida: vea el positivista que no hay nada más positivo que aquello de que vive la humanidad.

Por esto todos los pueblos han profesado una religión, y todo hombre cuando no está pervertido por el orgullo, busca a Dios y mira al cielo instintivamente, lo mismo en sus horas serenas, que en sus luchas y en sus momentos de aflicción, Esta es la prueba de sentido común y de sentido íntimo, muy valiosa por cierto, porque es muy humana.

Sin embargo es fuerza entrar en otra clase de pruebas, razonar un poco más, y del mundo que nos rodea subir a su creador que es Dios,

y de las obras subir al artífice, de los efecto a la causa. Mas los estrechos límites de mis cartas me obligan a dejar para otra tan importante asunto.

Ruégote entre tanto, amigo mío, que no leas de ligero estas cartas, que aunque breves y defectuosas, no dejarán de dar tema a las reflexiones y sentimientos de tu claro talento y noble corazón. Y no olvides que quien te habla no pretende precisamente estrecharte con argumentos y razones, sino tenderte la mano auxiliadora del amigo leal.

Tuyo afmo. S. S.

Fidel.

CUARTA CARTA

EL PANTEISMO. LA EXISTENCIA DE DIOS

Mi caro amigo: Te dije en una de mis cartas anteriores que entre los filósofos incrédulos hasta hace poco positivistas se desarrolla en la actualidad una franca reacción hacia el espiritualismo; pero debo añadirte que esa reacción no carece de peligros, pues si no se orienta hacia el Dios personal de los cristianos, tal como lo necesita y lo busca el alma humana, irá a perderse en algún género de panteísmo, más o menos espiritualista, pero siempre ateo. Así es el hombre cuando no le ilumina una luz más alta que la de su pura razón; oscila constantemente entre los errores, y semejante a un ebrio que no se endereza de un lado sino para inclinarse al otro (gráfica comparación de un filósofo pagano), la humana inteligencia, cuando se encuentra sola, no sale de un error sino para caer en otro.

Sabes que el panteísmo consiste en afirmar que todo es Dios, o lo que es lo mismo, en negar que existe un Dios personal fuera del mundo. El panteísmo es pues un verdadero ateísmo; y digo esto no sólo del panteísmo materialista y vulgar, sino del panteísmo idealista cualquiera que sea la forma en que se nos presente. Hay que estar prevenidos contra esas doctrinas ateas.

El pecado original del panteísmo es identificar lo distinto; porque allá va a dar todo panteísmo, a negar la distinción sustancial de las cosas, para

hacer de ellas un solo ser o una sola sustancia que se llame mundo, universo, Dios. Pero el sentido común y nuestra conciencia íntima están contra esa identidad, porque nadie podrá persuadirme, v. g., que esa silla es aquella otra silla, que ese astro es aquel otro, que yo soy tú. El mundo material, amigo mío, y el mundo espiritual son un conjunto de seres, cuya existencia, diferencias, individualidades y relaciones son evidentes, pero que no se explican sino recurriendo a un origen común, a la causa única de todos los seres, al Creador.

Y he aquí una demostración clara y sencilla de la existencia de Dios. Las semejanzas que vemos en las cosas fueran imposibles e inexplicables si todas las cosas no tuvieran un origen común. Fíjate en dos astros, de materias semejantes, de parecida forma, que emiten igual luz y están sujetos a las mismas leyes, ¿Cómo explicarémos esas semejanzas? ¿Por la casualidad, palabra sin sentido? No ciertamente. Dirás que porque procedieron de una misma materia cósmica; pero la dificultad subsiste: ¿Porqué son semejantes las partes de la materia cósmica? Todas las soluciones que pudiéramos dar no harán sino retirar el problema, trasladándolo a otra esfera u orden de cosas. Todavía veremos más de relieve esta dificultad si comparamos dos inteligencias, dos almas, una de las cuales sea la nuestra, pues entonces el fenómeno es más íntimo y su conciencia más clara. ¿Por qué mi alma es semejante a la tuya, con naturaleza y propiedades iguales? ¿Porqué convenimos los dos en las verdades primordiales y percibimos ambos la misma luz? Sólo esta solución satisface: las cosas tienen semejanzas, porque proceden de una causa creadora, es decir, que les dió el ser; y tienen diferencias de orden y subordinación, porque esa causa es inteligente. Las almas buscan y perciben la misma verdad, porque proceden de un espíritu principio que las ha creado, de una inteligencia maestra que las ha encendido.

Fíjate ahora, amigo mío, en los siguientes puntos que condenan al ateísmo, y demuestran al Creador que ha dejado marcada, por decirlo así, su omnipotencia en las diversas etapas de su obra: el universo.

1. Es imposible que los átomos o primeros elementos existan sin un creador.

2. Es imposible que los átomos se muevan sin un primer motor.

3. Es imposible que el encuentro casual de los átomos en movimiento produzca el orden sin que intervenga una inteligencia ordenadora.

4. Aun ordenada la materia, es imposible que aparezca la vida sin un principio superior a la materia, creador de la vida.

5. Aun animada la materia y supuesta la vida, es imposible la inteligencia sin un principio superior a la vida y creador de la inteligencia.

Negando a Dios, el mundo espiritual y el material estarán llenos de imposibilidades y absurdos; pero admitiéndolo todo se esclarece y se ilumina. Por esto Dios aparece palpable y vivo, en su obra, la Creación.

Y para verlo no se necesita discutir mucho, basta abrir los ojos y el alma al gran espectáculo de la naturaleza: el mundo no es un inmenso vacío; Dios lo llena con su presencia, y cuando levantamos la vista al cielo estrellado o la extendemos por la tierra poblada de maravillas, la admiración y el entusiasmo traen a nuestros corazones y a nuestros labios este nombre mil veces bendito: Dios.

Temo, amigo mío, haber abusado de tu paciencia en esta larga carta; pero la importancia de la materia me ha obligado, y me ha sido imposible ser más breve sin perjuicio de la claridad. Espero que las reflexiones enunciadas darán margen a las de tu propio espíritu, con las cuales mediante el auxilio de Dios, quedarán establecidos sobre base granítica los cimientos de tu fé religiosa, para que jamás logren conmoverla las negaciones de la impiedad orgullosa y antihumana. Tuyo afmo.

Fidel

CARTA QUINTA

LA RELIGION: ULTIMA OBRA DE DIOS.

NECESIDAD DE LA RELIGION.

Amigo mio: Ya te he demostrado paréceme que cumplidamente, la existencia de Dios. En el libro de la naturaleza está escrito su nombre; en la obra más grande y más artística, descubrimos al supremo artista y al poder supremo. Pero yo debo ser sincero; aunque satisfacen esas razones, y satisfacen plenamente a la inteligencia, aunque esa creencia consona también plenamente con las tendencias del corazón, sin embargo no nos basta ver a Dios a través de los velos de la naturaleza, y adivinarlo por las

tendencias del alma: necesitamos oirle, sentir su presencia, y si posible fuera, verlo con nuestros ojos y tocarlo con nuestras manos; y si Dios no respondiera a nuestros clamores, si no atendiera nuestras plegarias, si no viéramos la acción actual de Dios vivo y bueno y misericordioso, ¡Ay! nuestra fe se debilitaría y se apagaría nuestro entusiasmo a pesar de que todas las cosas que El ha creado publican su existencia. Porque no han oído sino el eco de su voz prolongado desde la creación a través de los siglos incontables, porque no le han visto cerca de sí, sino allá en lo impenetrable de los cielos infinitos, por eso han visto nublarse su fe y desfallecer su corazón muchos infelices escépticos. La humanidad entera sufrió esa desgracia, cuando apartada de Dios por sus pecados, veía nublarse en el libro de la naturaleza y en el de su alma el nombre que todo lo llena; y sin embargo todavía suspiraba por El, agarrándose a los fantasmas de vanas supersticiones y de fingidas divinidades. Dios apareció cuando la triste humanidad, conociendo su impotencia, lo reclamaba con la voz de sus más hondas miserias, y "su Espíritu llenó toda la tierra".

Dios pues, amigo mío, (que es el Dios vivo, según la expresión de la Escritura) se nos revela últimamente, y diré principalmente, como se revelan todos los seres vivos: por su acción. La Religión es la voz, es la acción, es la palabra de Dios resonando en el mundo, y por tanto, la prueba más eficaz de su existencia. La obra de Dios es tan clara, que no puede confundirse con ninguna. Lo verás, amigo mío, al estudiar en detalle las pruebas de la Religión; y la acción vivífica de Dios, y su providencia paternal, y sus consuelos inefables, siéntelos el cristiano cuando practica su Religión.

Un pensador dijo: "El instinto busca Dios, la inteligencia lo ve, la Religión lo posee". Los hombres sinceramente cristianos, amigo mío, son tan creyentes, que puede decirse que ven a Dios, y, lo que es más, que le tienen y le abrazan. Y por el contrario los que abandonan la Religión, entíbianse luego en el amor de Dios, y van poco a poco deslizándose a las simas profundas del ateísmo. Fíjate en los pueblos antiguos: comenzaron por olvidar las antiguas tradiciones y el culto primitivo, y vinieron casi a perder la idea del Dios único. Fíjate en las legiones modernas de la incredulidad: comenzaron por combatir la verdadera Religión, el Cristianismo, y vinieron a parar en el ateísmo. Fíjate por fin en cualquier incrédulo: comienza igualmente por negar a Jesucristo y luego se empequeñe-

ce y se nubla en su mente la idea de Dios hasta acabar por negarlo. ¡Qué presunción tan grande en favor de la verdad de nuestra santa Religión, y qué prueba tan evidente en pro de su necesidad!

La Religión Cristiana, para todo espíritu sincero que la examina de cerca, aparece como un conjunto de hechos y de verdades, de fuerza y de amor tan excepcional y único, que es imposible dejar de ver su supernaturalismo, su divinidad. Y por tanto, es la última, y viviente prueba de la existencia de Dios.

Anímate con esto, amigo mío, a mirar con atención, a estudiar con afán esa Religión divina, pues la necesita tu alma, como necesita de Dios, pues ella es su voz, es su presencia, es su posesión.

Para esto te ofrezco mi débil ayuda en las siguientes cartas, Tu affmo, amigo.

Fidel.

CARTA SEXTA

LA FE DE LOS SENCILLOS

Si has seguido con atención, mi querido amigo, las reflexiones que te he venido sugiriendo en mis anteriores cartas, acaso, aunque hayas visto su verdad, te haya asaltado un pensamiento importuno: mucha reflexción y mucho estudio exige la Religión: ¿Cómo podrá ser comprendida por los ignorantes y sencillos? ¿Cómo es la Religión el patrimonio de todos, si no puede ser alcanzada por todos? Y en medio de las contradicciones de los que niegan, ¿Cómo podremos los ignorantes estar firmes en nuestra fe, aun antes de haber explorado los cimientos en que se apoya?

Quiero pues, amigo mío, hacer hoy un paréntesis a mis graduadas instrucciones, para responder a esas preguntas. Dios que hizo la Religión para todos, debió hacerla accesible a todos. Dios, mejor que Tácito, lo comprendía todo, dijo un orador, y las pruebas de la Religión en compendio, sábenlas y aprécianlas hasta los niños de nuestras escuelas cuando han recibido una mediana instrucción:

Si le dices a un niño cristiano que Dios no existe, él te contestará: "Pues entonces ¿Quien hizo el mundo?" Y a fe que hay razón y lógica en esa res-

puesta: la razón no preocupada, ve de un golpe que todo tiene su principio, y que la unidad, el orden, la sabiduría que reinan en el mundo están publicando la existencia y la sabiduría de su principio, de su Autor.

"No hay palacio sin arquitecto, te dirá; no hay reloj sin relojero." Es tremenda la sencilla lógica de la razón no contaminada. Si tú eres un filósofo, si te crees un sabio, abusando de la habilidad (y no digo de la fuerza) de tu razón, podrás enredarlo entre tus cavilaciones, podrás confundirlo con la vana sabiduría que a ti mismo te confunde; pero no harás eso sin que tu conciencia te grite: El tiene razón, y haces mal en abusar de las falacias y sutilezas que a ti te han hecho escéptico.

Si le preguntas a un sencillo cristiano: "¿Porqué crees en Jesucristo?" El te responderá sencillamente: "Porque probó su misión y su divinidad con sus milagros." Si quieres alardear de espíritu fuerte y le dices: "Los milagros son imposibles"; él con su terrible buen sentido te contestará: "Yo creo por el contario que es muy fácil para quien hizo el mundo el poder renovarlo: y además, señor mío, contra hechos no hay argumentos, y Dios siempre ha hecho milagros y los hace todavía." Si le replicas: "Pero los milagros de Jesucristo no son más que una fábula", él te responderá con aplastadora lógica: "Los que los vieron, anunciaron al mundo esos milagros y dieron su vida para atestiguarlos: creo a testigos que se dejan degollar." Tú podrás entonces apelar de nuevo a tus sutilezas y a tu flamante filosofía, le harás mil objeciones, le confundirás con deslumbrante palabrería; pero en el fondo de tu corazón tendrás que confesar que su sentido común vale más que tu lógica; que él tiene razón, y que a ti te extravían las sutilezas de tu razón.

Así, reflexiones como las que anteceden, sencillas, pero llenas de sentido, bastan al hombre de buena fe para no dejarse conmover ante la vocinglera parladuría de los incrédulos, que por otra parte poca autoridad pueden tener ante una razón serena, cuando se les ve cambiar de sistemas todos los días y contradecirse entre sí perpetuamente.

A más de que el cristiano pobre y sencillo, no está solo, vive en la gran comunión de los cristianos, tiene quien defienda su fe, y piensa y es elocuente con la razón y con la voz de sus filósofos y de sus oradores. Por eso se siente orgulloso y satisfecho cuando ante las negaciones de una incredulidad contradictoria, exclama lleno de fe y de confianza, en unión de los incontables cristianos que durante veinte siglos han poblado

la tierra: Creo en Dios, creo en la Santa Iglesia Católica.

Paréceme haber contestado suficientemente a tus preguntas, y en posesión tranquila de nuestra fe, pues tú y yo somos cristianos, podemos continuar en mi próxima carta nuestras interrumpidas reflexiones, que tendrán por objeto, no precisamente llevarnos a una fe que ya tenemos, sino afianzarnos más en ella, y prevenirnos contra los ataques de la incredulidad. Tuyo afmo.

Fidel.

SEPTIMA CARTA

NECESIDAD DE LA RELIGION.

Habrás oído decir, mi querido amigo, que un antiguo filósofo definía al hombre "un animal religioso"; fijábase el pensador en que esa nota de la religiosidad es general y específica en la humanidad: todos los pueblos han tenido una religión, en todas las almas humanas radica y se manifiesta esa tendencia religiosa, que es una de las cosas que distinguen al hombre de todos los otros seres que pueblan la tierra. Y aun en aquellos que, infatuados por el orgullo o depravados por los vicios, creen que se ha borrado de su alma esa reminiscencia de su divino origen, esa ascención del espíritu que busca a su Creador por el amor y la oración; un dolor inesperado, un acontecimiento repentino o una idea descendida de lo alto hacen vibrar esa fibra de su corazón que juzgaban muerta, y resurgir en su alma ese sentimiento que creían extinguido.

El hombre es esencialmente religioso, y no como quiera, sino con una religiosidad que orienta su vida y anima y ennoblece su existencia: y no como quiera, sino con una religiosidad que exige mutua correspondencia de auxilios. El hombre alaba, pide, agradece, y quiere comunicarse activamente con Dios: y no le basta una comunicación natural de razón y de adoración lejana. Míralo en todas partes y en todos los pueblos antiguos y modernos: siempre busca a Dios por el comercio eficaz de una religión positiva. Y es que el hombre comprende que no puede satisfacer él sólo las necesidades que le apremian en la vida presente, ni las de su cuerpo ni mucho menos las de su alma: y es que el hombre comprende que su

destino no se limita a este mundo, y, viajero de la eternidad, necesita quien le traiga nuevas de aquella tierra en donde está su destino; allí presiente que podrá y habrá de ver saciadas todas sus aspiraciones que nunca encuentran en este bajo mundo su completa satisfacción.

El temor al dolor que nos rodea y el hambre de felicidad que nos acosa, nos están mostrando no sólo la inmortalidad de nuestro destino, sino la necesidad de que mano piadosa, más que humana, nos lo descubra, y nos enseñe el camino y nos dé su ayuda para llegar allí. El hombre necesita de la Religión como necesita de Dios!

Da una mirada amigo mío, al mundo que nos rodea, ¡Que admirable conjunto de cosas y de fuerzas en perfecta armonía! No hay una sola que se sustraiga al concierto universal sin encontrar la muerte; y todos hallan su vida y su desarrollo en el auxilio de sus superiores y en la mutua dependencia. Si se sustrajera la tierra a las influencias del sol, rompiendo con su alejamiento una honrosa servidumbre, al lanzarse por los helados espacios el gozo de su libertad le acarrearía en breve la desolación y la muerte. Ese es el orden que brilla en todas las cosas, y ese es el orden que Dios puso también en el mundo espiritual; y el hombre que por el alma pertenece a él, debe con él estar en perpetuas y activas relaciones, so pena de perder para siempre su vida inmortal y sus futuros destinos, y de ver oscureserse y amenguarse su vida moral y aun su vida terrena. Un pueblo sin religión es un absurdo; un hombre sin religión es una lástima.

Saca tú de aquí, amigo mío, no sólo la importancia, sino la necesidad imperiosa de la religión; necesidad no sólo de honrar a Dios así como quiera, sino de tener con El aquellas relaciones que convenga para cumplir el hombre con su destino y alcanzar su último fin.

La religión no es unilateral (permíteme este término de escuela), por contentarse el hombre con creer y adorar; sino bilateral, porque necesita y reclama el auxilio de lo alto, y como te manifesté en mi pasada carta, hasta la fe en Dios se extingue en aquel que cierra su alma a las divinas influencias del cielo.

Y de aquí deducirás, no sólo la necesidad de ser religioso, sino de poseer la verdadera Religión; puesto que una relación falsa con seres superiores que pueden extraviarnos y perdernos, nos sería no menos funesta que una total abstención de relaciones con el mundo espiritual.

Por aquí verás también porqué creían los antiguos que la impiedad es enemiga de la humanidad, y porqué Sto. Tomás, el genio de la teología y de la razón, y con él todos los teólogos, afirman que el pecado de apostasía por el cual el hombre desprecia la religión, que es la voz de Dios, y se separa de la divina influencia, es el mayor de los pecados y la más temible de las desgracias.

Tu amigo afmo.
Fidel.

OCTAVA CARTA

UTILIDAD DE LA RELIGION

A cualquier que haya ojeado la historia de la filosofía, una cosa, mi querido amigo, le habrá llamado poderosamente la atención, y es la prodigiosa variedad de sistemas, todos contradictores entre sí, que han ideado los hombres para resolver los problemas que más les interesan: los de su origen y destino. Esta es la gran lección que nos enseña la historia del entendimiento humano: la debilidad y casi impotencia de la razón por lo que mira a las verdades fundamentales del orden metafísico y moral, El positivismo, con ser un sistema tan errado, es una confesión de esa debilidad de la razón, aunque exagerada hasta el extremo de negar la facultad racional misma, que es matar la razón porque se desespera de su enfermedad. No, amigo mío, para reconocer la debilidad de nuestra razón no es preciso destruirla, sino buscarle ayuda y remedio en la fe; pues "No pudiéramos creer si no tuviéramos almas racionales", dice San Agustín. Ante esa debilidad de la razón aparece palpable la necesidad de la divina revelación.

"Es preciso esperar que intervenga el Cielo, y que un maesto divino venga a enseñar a los hombres," decía en su tiempo Platón; y ahora que ya tenemos esa divina enseñanza y ese Maestro celestial, todo el que se sustrae a sus luces, cae en el mar sin riberas de la duda y las contradicciones humanas, o desesperado mutila su inteligencia con un voluntario suicidio cayendo en el materialismo.

La pobreza del hombre es no sólo intelectual, sino también moral. Al hombre muchas veces se le oculta el camino del deber, y combatido por constantes pasiones, ni acierta a orientar sus pasos hacia el bien, si se sien-

te con fuerzas para esa lucha del bien y el mal cuyo campo sangriento es su corazón. La oscuridad en su mente, la perversión en sus instintos, la debilidad en su voluntad, he ahí lo que revela al hombre lo triste de su estado moral y su inminente ruina si Dios no lo socorre. Todos los pueblos, apenas avanzan algún tanto en el camino de su progreso, míranse corroídos por vicios, combatidos por ambiciones de propios y extraños, y amenazados siempre por la disolución y la muerte, si una corriente de vida moral y purificante descendida de otras esferas no sanea y dignifica los sentimientos y las costumbres. Así han terminado todas las naciones y hubiera acaso fenecido la humanidad entera, si el Evangelio no hubiera "renovado la faz de la tierra."

Mira al hombre herido y maltrecho, como el samaritano del Evangelio, tendido a la vera del camino, sin poderse valer; mírale caído en todas las esclavitudes a pesar de su grandeza, en todas las degradaciones a pesar de su nobleza. En materia de religión, mira cómo, fuera del Evangelio, la superstición y los errores más absurdos han reinado sin límites en todas las regiones de la tierra. En materia de justicia, mira cómo la fuerza y el egoísmo han dominado como señores sobre la equidad y la razón. Mira cómo la crueldad y la ambición en los campos de batalla, en los circos y en los altares de las divinidades gentílicas, han hecho correr ríos de sangre fraternal. Es un pueblo de esclavos el que encorvado bajo el látigo, peor que una bestia, ha levantado esas inmensas moles de las pirámides que desafían los siglos. Conoces la historia, amigo mío, y has palpado las llagas de las sociedades más florescientes y de los imperios más famosos. Mira tú si la voz de tantas miserias no habrá clamado al cielo pidiendo como alguien dijo o un inmenso castigo o una infinita misericordia. La Religión es la respuesta, la Religión que es el reinado de la justicia, de la virtud y de la paz, descendiendo del cielo para asentarse en la tierra en las "almas de buena voluntad." Ay, amigo mío, se necesita no conocer al hombre o ser un ciego voluntario para no comprender la inmensa necesidad que tenemos del Evangelio.

Finalmente, amigo mío, por la breve experiencia de tu vida, habrás adivinado que el hombre en la tierra es muy desgraciado; que el dolor es su herencia y las lágrimas son su pan cuotidiano. Por todas partes encuentra espinas, y en ninguna ve saciada el hambre de felicidad que le devora.

Por esto levanta naturalmente su vista al cielo en busca de la mano que socorre, y de la misericordia que consuela. Y eso es la religión: bálsamo de nuestras heridas, consuelo de nuestros dolores, alivio de nuestros trabajos. Un cristiano por mucho que sufra, aun en medio de sus desgracias no puede ser desgraciado; porque en todas ellas ve la mano paternal de la Providencia que le sostiene con la resignación y le alienta con la esperanza. "Aun cuando la fe no fuera la primera de las virtudes, sería todavía el mayor de los consuelos" dijo un gran cristiano. Y hasta, elevando al hombre sobre sí mismo, hace la fe al dolor fuente de merecimientos, seminario de virtudes y de grandeza moral.

Mira tú por esto, amigo mío, el valor y la utilidad de la fe, y deduce la culpa de aquellos que no contentos con haberla ellos perdido, quieren arrancarla a los demás, y aun arrebatarla si posible fuera a la humanidad. Y pondera la insensatez y la desgracia de los pobres jóvenes que la pierden, y que se creen por eso acrecidos y dignificados. Guarda tú, amigo mío, en el lugar más recóndido de tu alma, ese don precioso de fe, la mejor herencia de tu cristiana madre, que ha costado a tus antepasados muchas lágrimas y muchas virtudes, y a Dios el sacrificio de su Hijo unigénito.

He dejado otra vez correr mi pluma, y mi carta ha resultado sobrado larga; pero la materia lo requería: sólo el que conoce la necesidad y la importancia de su religión, está en capacidad de estudiar su verdad para abrazarse a ella con más amor.

Tu amigo afmo.
Fidel.

CARTA NOVENA

PLURALIDAD DE RELIGIONES.—

VERDAD DE UNA SOLA.

Supuesta la gran verdad de la existencia de Dios, evidente a toda razón despreocupada de orgullo científico y a todo corazón no maleado por pasiones insanas, verdad cuyas pruebas principales te he indicado en mis primeras cartas; supuesta le necesidad que tenemos de una actual y recíproca

comunicación con Dios, que teórica y prácticamente, aunque de un modo suscinto, te he mostrado en mis ultimas; una consecuencia lógica debemos sacar de todo eso, mi querido amigo, y es que en el mundo ha de haber una religión verdadera, entre las muchas que se disputan su reinado en el alma de los hombres; a no ser que digamos que Dios, bondadoso y clemente, ha abandonado para siempre a la humanidad, lo cual ciertamente no es de presumirse cuando tantas almas buscan a Dios con sinceridad y con fe.

Cuando alguien, que perece de miseria y de inacción, tiene indicios vehementes y casi seguridad de que en un campo se encuentra rico tesoro, y en vez de buscarlo con diligencia, consuma por su indolencia y flojedad su propia ruina y la de aquellos que de él dependen, esa tal ha faltado a todos sus deberes y se ha hecho digno de la execración de todo hombre sensato. Esa es la conducta de aquellos que por no tomarse el trabajo, casi siempre ligero y grato, de buscar la verdadera religión por la oración y el estudio, pierden el rico tesoro encerrado en su campo, y con él los medios para llegar a la **vida.** Este símil, amigo mío, no es de mi invención: léelo si gustas en el Evangelio, en donde lo encontrarás con otros no menos expresivos y hermosos, que te harán evidente esta verdad: es preciso buscar con todo empeño el **reino de Dios,** y a los que por dicha ya le tienen (y este es nuestro caso puesto que somos cristianos), les es preciso desenterrar el tesoro, desbrozar la piedra preciosa, ocupar y explotar la rica herencia de la verdad y la fe.

Cuando algunos estudian la historia o la geografía, sorpréndense y se desalientan al ver cuántas religiones falsas y cuántas supersticiones han ocupado y dividido a la humanidad; y de que aun ahora a pesar de todos los esplendores del Cristianismo, infinidad de pueblos profesan cultos falsos, y disputen a la fe cristiana su triunfo definitivo como religión sobrenatural. Pero no advierten esos espíritus débiles y asustadisos, que eso mismo contribuye a acrisolar la verdad de la fe verdadera y a darle un triunfo completo en el alma de quien tiene la dicha de conocerla.

El que todos los pueblos tengan religión, prueba una cosa: que el hombre, como ya dijimos, no puede pasarse sin una religión definida. El que todos los pueblos tengan religiones distintas y opuestas entre sí, prueba otra cosa: que entre tantas religiones sólo una puede ser verdadera.Esto simplifica inmensamente el problema religioso. Finalmente, si a prime-

ra vista podemos asegurar que todas las religiones, fuera de la Cristiana, llevan signos evidentes de falsedad, ¿Qué nos quedará sino la certeza o al menos la inmensa presunción de que la Religión Cristiana es verdadera? Estúdiense luego las pruebas positivas del Cristianismo, y brillará su verdad, espléndida como la luz del mediodía. ¡Cómo resalta la verdad cristiana, cuando se comparan la hermosura, las sólidas pruebas y las sublimes enseñanzas de nuestra fe con la sinrazón, el cúmulo de absurdos y la ineficacia de las religiones paganas! Mira tú, amigo mío, cómo las religiones falsas, no dañan, antes conducen a la verdad de nuestra fe, bien así como sobre el fondo oscuro resaltan más la hermosura y variedad de las figuras lúcidas de un cuadro.

Ahora se está estudiando con empeño la ciencia de las religiones: ningún rasgo de verdad divina se ha descubierto en ninguna de ellas: casi todas desconocen al Dios único, y las que lo vislumbran, lo desfiguran.

Mira tú otra prueba del poco valor de todas las religiones no cristianas: ellas no ejercen el apostolado, sino que lo reciben: los paganos se hacen cristianos, pero no al revés. Ningún hombre serio e instruido se hace musulmán o budista. Otra prueba fácil y a la vista de la inmensa elevación de la Religión Cristiana sobre todas las otras, es la superioridad de la civilización que produce. Porque son cristianas la Europa y la América, están en la cúspide del mundo no sólo por su poder y prosperidad material, sino por su intelectualidad, por sus instituciones y virtudes; y el día que dejen de serlo, caerán en la sima de la barbarie que ya abre ante el las el socialismo ateo.

Tu afmo. amigo.
Fidel.

CARTA DECIMA

EL HECHO EXTERNO DE LA RELIGION.

Mi querido amigo: Es tiempo ya de examinar más de cerca nuestra divina Religión, el Cristianismo. La Religión Cristiana tiene una ventaja sobre todas las otras: que no huye de la luz, ni envuelve sus orígenes en leyendas mitológicas, ni encierra sus dogmas en el cercado recinto del san-

tuario; sino que presenta a todos los títulos de su divinidad, propala sus dogmas a los cuatro vientos, y ante todo el que quiere conocerla aparece tal cual es. No debemos pues temer que la verdad se oculte a los profanos; como todos somos llamados al conocimiento de Dios y de su Religión santa, a todos se nos presentan, y lo que es más, se nos predican los dogmas y misterios que son objeto de nuestra fe. La Religión sólo teme a dos enemigos: la ignorancia y la soberbia, que la juzgan y sentencian sin conocerla. Estudiaremos pues, si te place, amigo mío, a nuestra Religión, aunque sea sumariamente, en su existencia externa, en sus dogmas, y en los hechos sobrenaturales que la confirman.

"El Cristianismo, dijo Fontenelle, es la única religión que ofrece pruebas." Y en efecto, "por cualquier lado que se le toque, (como decía otro escritor eminente) da un sonido divino." Ante todo, aparece ante nosotros como un gran hecho que ha ocupado toda la historia: antes de J. C. aparece en el pueblo de Israel; después de Jesucristo, en la Iglesia. El pueblo de Israel, que subsiste por espacio de veinte siglos antes de la era cristiana, y que por sus tradiciones consignadas en el libro más antiguo que conoce la historia, se enlaza con los orígenes de la humanidad y arraiga en ellos, el pueblo de Israel, digo, es un prodigio único en los antiguos tiempos, que canta el poder y la gloria de Jehová, Protegido por la divina omnipotencia, subsiste en pie, conservando su raza y autonomía, mientras que van cayendo todos los pueblos que lo rodean, bajo el peso de las grandes monarquías que pasan por la escena del mundo arrollando cada una a la que la precedió: la de los asirios y babilonios, la de los medos y persas, la de los griegos, y finalmente la de los romanos. En la antigüedad, él es el único pueblo que adora al Dios Creador y le ofrece un culto digno de su grandeza. Aun precindiendo de su historia sobrenatural y de su maravillosa doctrina, su simple existencia es un prodigio continuo, tanto más visible cuanto que cumple una profecía que se le hizo desde los comienzos de su vida social: "No será quitado el centro y la dominación a la casa de Judá hasta que venga el que ha de ser enviado, el deseado de las naciones". Y cuando el Deseado hubo venido, desaparece Judá como pueblo libre, para dar lugar a la Iglesia: ha cumplido su misión. Israel es el Cristianismo en preparación; es la primera etapa de la Religión verdadera.

La Iglesia, amigo mío, es el prodigio de los siglos modernos, es "el punto por donde Dios toca al mundo," como dijo un escritor (Hettinger. Divina es por su origen: doce pobres pescadores, iliteratos y destituidos de todo humano valimiento, la establecieron en el mundo, ¡Qué prodigio! Divina es por su duración: siempre ha sido perseguida, por la espada, por la astucia, por la falsa sabiduría, por la política, por la ambición; y ella siempre en pie, siempre joven, siempre atrayendo en torno suyo a lo más selecto de la humanidad por el saber y las virtudes. Todos los días le profetizan su ruina, y todos los días ve desaparecer a sus enemigos de ayer: ¡Qué prodigio!. Divina es la Iglesia por su doctrina invariable, excelsa, armónica, verdaderamente profunda y sublime, y a la vez capaz de adaptarse a toda inteligencia y de tocar con divina eficacia todo corazón sensible. Toda secta ha sido cogida en error alguna vez, la Iglesia jamás; toda doctrina ha variado mil veces, la de la Iglesia nunca; y sin embargo conserva su perpetua vitualidad para desarrollarse y florecer. ¡Qué prodigio! O mejor diré ¡Qué conjunto de prodigios encierra esa sociedad única en el mundo, admirable bajo todos sus aspectos, inimitable en todo lo que constituye su grandeza.!

Lo que es humano se repite, dice Balmes en algún lugar; y no se ha repetido, y en la conciencia de todos está que no puede repetirse, ese doble prodigio que aparece a la primer mirada ante el que lee la historia y no cierra los ojos vendados por la pasión, en los tiempos antiguos el pueblo de Jehová, en los modernos tiempos la Iglesia de Jesucristo.

Apenas puedo hacerte ligeras indicaciones de este magnífico asunto: no consiste otra cosa la brevedad de mis cartas; pero espero que esas indicaciones te bastarán para darte una alta idea del hecho externo de la grandeza de nuestra Religión, y te proporcionarán una prueba inequívoca de su divinidad.

Tu amigo afmo.
Fidel.

CARTA UNDECIMA

LOS MISTERIOS DE LA FE.

Debemos ahora, amigo mío, dar una mirada al interior del santuario, es decir, debemos fijarnos en los dogmas principales de la Religión, focos de luz y de vida que la sustentan. Pero ante todo: preciso es llevar entendido que esos dogmas se basan en el misterio. Temen algunos y se asustan al oir esta palabra, y sin embargo, amigo mío, la Religión es imposible sin el misterio, y de ser una religión divina, tiene que ser misteriosa. Siendo la Religión el resultado de las relaciones del hombre con Dios, y siendo tan distintos estos dos términos, Dios y el hombre, es natural que éste reciba algo de lo que de sí no tiene, algunas verdades, algunas influencias, que siendo divinas, forzosamente serán misteriosas.

En sentido propio, llamamos misterios a las verdades de un orden superior al de la inteligencia humana, cuya existencia podrá ella conocer si se le revela, pero cuya esencia no podrá comprender por que no guardan con ella proporción. Es claro que siendo el hombre limitado, también lo es su inteligencia: la inteligencia humana no es la medida de la verdad. El insecto no puede conocer lo que conoce el hombre, ni el hombre lo que Dios conoce. Pero si place a Dios revelarnos algunas de esas verdades, adaptándolas a nuestro modo de ver, tendrémos de ellas una idea, aunque inadecuada e impropia, o como suele decirse, conoceremos esas verdades, pero no las comprenderemos. Desde luego que creemos en Dios, no podremos negar que El sabe más que nosotros, y que puede darnos noticia de infinidad de cosas a las que no alcanza la humana inteligencia.

En las cosas materiales hay misterios, los hay en los seres vivientes, los hay en nuestra alma, estamos rodeados de misterios. De las cosas, por ejemplo, vemos las apariencias; pero la sustancia, lo que es su ser, nos está velado. Las mismas ciencias físicas y hasta las matemáticas, tienen por base o por remate el misterio, a donde va a chocar indefectiblemente la humana inteligencia. En la divisibilidad ilimitada y en el infinito matemático a donde van a dar esas ciencias, hay misterios pavorosos que no puede penetrar la mente humana. Nada comprendemos bien, ni sabemos el todo de cosa alguna.

Esos misterios naturales que por todas partes no cercan, preparan a

nuestra alma para creer y adorar los misterios de Dios. Una Religión sin misterios, sería una religión muy humana, es decir muy pequeña y ruín, que nada tendría de grandeza y de divinidad.

Pero el misterio no es el absurdo, que no puede admitir la razón humana: no es el absurdo, es decir, la negación de la verdad y por tanto de Dios. El absurdo es lo contradictorio e irracional: y en el misterio nada hay contra la razón, sino sobre la razón.

La Religión Cristiana tiene misterios, y misterios profundos, porque es divina; pero esos misterios no sólo no son absurdos, sino que por el contrario, fuera aparte de su fase misteriosa, por todos lados despiden luz; misterios son que todo lo explícan, oscuridades que todo lo alumbran, ocultos cimientos que todo lo sustentan. Los sabios cristianos de todos los siglos, con mirada humilde pero serena y penetrante, los han examinado, y aceptado, y adorado, y en ninguno encontraron jamás la contradicción, sino la idea profunda que arraigando en la base granítica de la palabra de Dios sustenta el edificio de la fe, más firme que las pirámides, más hermoso y armónico que la gótica caedral.

Por otra parte la revelación del misterio era necesaria para dar lugar nuestra fe, el primer homenaje que el hombre, ser racional, debe a su Creador, y para hacernos comprender la admirable economía de Dios en los planes que su sabiduría y su misericordia y su bondad se han propuesto para salvar al hombre.

Hay muchos cuya razón insolente y orgullosa no quiere doblegarse ante lo que no comprende, ni acatar la autoridad de la verdad eterna; hay muchos que juzgando con una ligereza culpable, condenan como absurdo lo que en su miopía concibieron como tal. Todos ellos naufragan en la fe, y en su soberbia se pierden; alguien dijo; "Dios no se abate bajo las cumbres demasiado elevadas". Cuando tú encuentres, amigo mío, en el estudio de la Religión, una verdad que te deslumbre, no vacile tu fe; dobla tu frente y repite en el fondo de tu alma "La verdad del Señor permanece para siempre". Y luego, ya sereno, podrá dilatarse tu mirada, y ver cómo lo que a primera vista te pareció absurdo, se resuelve en una profundidad, misteriosa pero llena de luz, de belleza, de verdad, y de vida. La inteligencia humana y el humano corazón en sus más nobles representantes, en millones y millones de santos y de sabios, te han

precedido en esta empresa; y tú si como ellos abres humilde tu inteligencia a la luz y a la verdad, lleno de regocijo podrás cantar con ellos el himno de la fe, este cántico tan breve y tan dulce: YO CREO.!

En una palabra la profundidad de sus misterios en que jamás se ha encontrado, el absurdo, y que por otra parte despiden luz y palpitan de amor, nos está probando la divinidad de la Religión: el hombre no inventa lo que está sobre sí, y cuando trata de hacerlo, fracasa: todas las religiones han fracasado en esta empresa; sólo la Cristiana ha encontrado en ella su triunfo, porque es divina.

He ahí el santuario al que quiero que dirijas conmigo una mirada en mi próxima carta. Entre tanto tenme por tu amigo afmo.

Fidel

CARTA DECIMA SEGUNDA

LOS DOGMAS

Aconseja la santa Escritura que seamos humildes en la investigación de la verdad divina, porque "el que es escudriñador imprudente de la majestad, se verá oprimido por el peso de su gloria;" no de otro modo que ciega el incauto que expone sus débiles ojos a una luz sobrado intensa. No hay que olvidar nunca la dependencia de nuestra razón de la razón divina, la debilidad de nuestra luz intelectual ante el foco eterno de toda luz. Mas examinada a través de esa lente opaca de nuestra humildad, ¡qué hermosa y verdadera aparece ane nuestros ojos la verdad de Dios, la revelación cristiana.!

En primer lugar, nuestra Religión nos da de Dios una idea asombrosa sublime; y en esto acredita su origen divino. Dios, es el Ser absoluto, independiene, eterno, infinito: nada le falta, porque tiene en sí mismo la razón de su existencia: es el que es; si le faltara alguna perfección no sería el Ser. ¡Oh abismo de verdad, de sabiduría, de bondad, de perfección! Si ante la inmensidad de la creación, cuando el hombre lanza su mirada a los espacios sin fin, siente vértigos y flaquea su razón, ¡Qué sentirá al sumergir su pensamiento en el piélago infinito de las perfecciones del Creador! Pero con ser El tan excelso, no pierde de vista el átomo que creó, y el hombre, cúspide de la creación visible, ocupa en

especial la atención y los cuidados de Dios por un atributo suyo que llamamos Providencia. Dios es el sér que habita el misterio de su inmensidad, y sin embargo no está lejos de nosotros, pues "en él vivimos, nos movemos y existimos". Cuida de cada uno de nosotros como si no existiera otra creatura en el universo, y nos ama con incomprensible amor, porque "Dios es caridad".

Nunca puedo dar la filosofía con el verdadero origen de las cosas y sus relaciones con Dios: la religión resolvió el problema con esta palabra, piedra angular de toda filosofía espiritualista: la creación. El mundo no es parte de Dios que siendo simplísimo no tiene partes; no es emanación del que nada puede perder; es efecto de la voluntad omnipotente, ser causado y condicionado que sólo encuentra en el Ser absoluto la causa y razón de su existencia. Y esto mismo es la causa de aquel misterioso amor que Dios tiene por su creatura y que le mueve a cuidar y ennoblecer la obra de sus manos. Por esto es tan obvio y creíble lo que nos enseña la Religión: que Dios quiso elevar al hombre a un estado sobrenatural de esplendor y de gracia, es decir, a un estado superior al que pedía su naturaleza, y, reclamaba, el orden primitivo de la creación Yo comprendo ese afán del Señor por ennoblecer al hombre: es que lo ama, es que Dios es la bondad y el amor eterno, y tiene a su servicio la omnipotencia.

Amor pide amor, y para que el hombre pudiera corresponder a Dios, El le dotó del don precioso pero terrible de la libertad. El corazón del mundo, lengua de la creación, como lo llama un santo Padre, debía rendir a Dios en nombre de todas las cosas el tributo consciente y libre, de la sumisión y la obediencia y del amor y la alabanza. Pero el hombre faltó, prevaricó, y las sombras del pecado y de la muerte se proyectaron sobre la humanidad caída. Dios podía haber hecho al hombre asunto de sus justicias, pero en su bondad prefirió hacerlo objeto de sus misericordias. Mira, amigo mío, en la humanidad la huella profunda y lastimosa del pecado: el odio, la esclavitud, el mal, la muerte; pero mira en ella también la huella luminosa de la divina misericordia en la Religión Cristiana que es la gracia, el amor, la vida.

Tratábase de redimir al hombre caído en culpa, vendido al pecado, muerto para Dios. Hay males, amigo mío, que son remediables por medios más o menos comunes o extraordinarios: pero hay también males que son

irreparables si no interviene la suprema de las causas: la muerte es uno de esos males. Sto. Tomas anuncia este principio: Toca reparar el mal supremo de una naturaleza, a quien la formó (1). Por esto la vida sólo la devuelve el autor de la vida, el Creador; y habiendo perdido el hombre la vida del alma, que es la divina gracia y su unión con Dios, sólo Dios podía reparar tan grande mal. Y Dios encontró el medio de salvar al hombre, sin que quedase burlada la divina justicia ni ultrajada la infinita santidad: ese medio es la Redención. El Hijo de Dios haciéndose hombre, y padeciendo y muriendo por el hombre, dió satisfacción a la justicia y efusión a la divina misericordia: volvió al hombre a la amistad de Dios, abrió al hombre el camino de su regeneración espiritual e hizo las paces entre el cielo y la tierra.

Pero tan sublime misterio, que es la esencia del Cristianismo, exige ulteriores explicaciones: propóngome dárte las en mi siguiente carta.

Tu amigo afmo.
Fidel

CARTA DECIMA TERCERA.

LOS DOGMAS.—(Continuación.)

Te hablaba en mi anterior, querido amigo, del misterio inefable de la encarnación del Hijo de Dios para salvar al hombre: llámole inefable, porque no hay lengua humana o angélica que pueda declararlo, ni corazón sensible que pueda debidamente agradecerlo. Cuando uno mira a aquel Dios inmenso que "no cabe en los cielos de los cielos," hecho niño pequeñito, llorar y sonreír en el regazo de púdica doncella, cuando uno ve al Omnipotente a cuya voz treme la tierra y palidecen los astros, agonizar entre ignominias y dolores colgado de los clavos de una cruz, se espanta la razón y se turba la mente; y desfallecería ciertamente nuestra fe si no nos explicaron misterio tan alto, la infinita justicia, la infinita misericordia, y sobre todo el infinito amor de Dios por su creatura. No hay humillaciones ni dolores que asusten al amor humano, y menos al amor sin límites que Dios nos tiene; humillaciones que al salvar a una raza pecadora,

Eius reparare, cuius est condere S. Tomás

devuelven a Dios en la persona del Padre celestial la gloria que le han robado los hombres; humillaciones que para el mismo Hijo de Dios hecho hombre se trocarán en gloria, cuando consumada su obra de amor, "se doble ante El toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos." Cese pues nuestra admiración ante el Dios que viene a salvarnos, para convertirse en gozo, en gratitud, en amor inmenso que nos lleve hasta la inmolación total de nuestro ser en aras de Aquél que, siendo quien era, se inmoló por nosotros, porque.... "¡Tanto nos amó!"

Claro está que estas cosas, amigo mío, inefables y divinas para quien tiene el sentido de ellas, son necedades y absurdos para quien no las comprenda. Ya lo había dicho San Pablo: "El misterio de la Cruz es escándalo para los judíos, locura para los gentiles; pero sabiduría y virtud de Dios para los llamados por El y elegidos." No te admires de ello: tal es la suerte de todas las cosas sublimes. Pero si tú tienes la dicha de entenderlas, y de meditarlas y sentirlas, se iluminará tu mente al toque de lo divino, se extremecerá todo tu ser, y el llanto acudirá a tus ojos y a tu corazón la ternura: ¡sentirás la proximidad del Dios vivo!

La Encarnación del Hijo de Dios, no sólo redimió al hombre del pecado, sino que también lo ennobleció y levantó a la dignidad del hijo adoptivo de Dios y heredero de su reino; por medio de Jesucristo Dios-Hombre, la humanidad glorifica a Dios de una manera digna, y la creación entera adquiere esa nota divina y ese tono de elevación que la hace digna de Dios en el concierto universal de amor y de alabanza que unidas a Cristo deben cantar a Dios todas las cosas creadas.

La encarnación es además la manifestación más grande y sublime de todos los divinos atributos para esta manifestación fué creado el mundo): en ella brillan la bondad y la clemencía, la santidad y la justicia, el poder y la sabiduría, pero sobre todo, el infinito amor de Dios, de ese Dios que nos amó hasta darnos a su Hijo; a la vez, que por la encarnación, el Dios Hombre debidamente corresponde en nombre nuestro a tan infinito amor. Sin la encarnación, parecería que el mundo quedaba trunco, incompleto, divorciado de Dios, triste y desierto; pero con la encarnación, el hombre y con él todas las cosas vuelven a entrar en vía de ascensión a la cima de toda luz, de toda santidad y de toda grandeza que es Dios; para que al fin de los tiempos, al consumarse la obra de Jesucristo, en El y por El toda creatura no reprobada, feliz en el goce de Dios y envuelta en su gloria, entone

al Eterno el poema indeficiente de la alabanza y del amor.

¡Con cuánta fruición te explicara más estas cosas, amigo mío, si el breve espacio de mi carta lo permitiera!

Claro está que en la encarnación hay mucho de misterioso; pero ¿A quién debe extrañar eso, si es obra divina? De la posibilidad de la encarnación nos consta por el hecho de ella; y del hecho nos consta por los testimonios divinos que lo prueban. El Verbo de Dios se unió personalmente a la naturaleza humana cuerpo y alma) y resultó el Cristo, Dios-Hombre: "Así como en el hombre el cuerpo y el alma son un solo hombre, así en Cristo, Dios y el hombre son un solo Cristo" (Símbolo de S. Atanasio. Misterioso es el hecho de la encarnación del Verbo; pero nos prepara a creerlo ese otro hecho también misterioso, aunque induldable, de la encarnación del alma, que sentimos realizado en nosotros mismos. Nada hay pues de increible en un misterio que, (aunque en un orden inferior, vemos imitado en lo íntimo de nuestro sér, y de cuya realidad sale garante la palabra de Dios.

Aun de los incrédulos más avanzados, nadie, si no carece de razón y de corazón, podrá negar la grandeza intelectual y moral de ese dogma divino de la encarnación que está muy por encima de la mezquina ciencia y del pequeño corazón del hombre, de ese dogma llamado por S. Pablo. "sacramento escondido en Dios desde antes de los siglos"; ¡Santo y sublime misterio por el cual Dios se baja hasta el hombre para salvarlo, y el hombre se eleva hasta Dios para amarlo y glorificarlo! Pero ese misterio presupone, como lo habrás adivinado, el de la augusta Trinidad, al cual debemos dar una mirada, bien que llena de humildad y adoración, en nuestra próxima carta.

Tuyo afmo.
Fidel.

CARTA DECIMA CUARTA.

LOS DOGMAS (Continúa.)

Amigo mío: Entro desde luego en la materia indicada en mi carta anterior. Te dije que el misterio de la Encarnación presupone el de la Trinidad. Y en efecto: para que Dios pudiera dar satisfacción a Dios por las culpas del hombre, es de todo punto necesario presuponer términos o relaciones distintas en Dios; la fe católica nos enseña que existen esos términos, esas relaciones necesarias y subsistentes en la unidad de la esencia divina: que son tres, y que constituyen tres personas distintas en una sola naturaleza: se unifican en la esencia o naturaleza, se distinguen en la realidad relativa: es decir que Dios es uno en su esencia y trino en sus personas.

Alármase la razón humana (¡Pobre ciega!) y se pone en guardia al escuchar la enunciación de tan extraña doctrina. Un espíritu irreflexivo y osado se atreverá al punto a tacharla de absurdo. Un espíritu reposado y fiel, recordando sus deficiencias y su debilidad, apoyado en la palabra de Dios, no se conmoverá, antes presumirá fecundas revelaciones en medio de tan divina profundidad. "Desata tu calzado, dijo el Señor a Moisés; porque la tierra que pisas, santa es." Dejemos pues a un lado la soberbia osadía, y alcemos la mirada de una fe humilde y amorosa, que sólo busca ilustrarse para afianzar su firmeza y encender su caridad.

Y desde luego, rechacemos la palabra absurdo que labios ignorantes u osados aventuran. Un Dios trino en personas, uno en esencia: ¿En dónde está la contradicción? El concepto de persona es muy distinto del de esencia, y la alucinación de los presuntuosos está en comparar dos conceptos distintos, como el que quisiera sumar dos cantidades heterogéneas. Dejémosles a un lado, y sigamos.

Sabemos que Dios es el ser absoluto, eterno, infinito; el mundo no es sino su obra, y el Señor domina su obra más que el artífice la suya. Dios, pues, es independiente del mundo, es su soberano.

Recuerda que hemos salido del panteísmo y dejado para siempre esa teoría atentatoria y absurda que desfigura a Dios y en último término lo niega al confundirlo con el mundo. Ahora bien, puesto que el mundo no es sino la obra de Dios, exterior, temporal, limitada, medida por la suce-

sión, por el tiempo y por el espacio; puesto que el mundo no es Dios, no puede constituir tampoco la vida íntima y la beatitud de Dios: el mundo sería cuando más su divirtimiento. Pero la vida y la felicidad es la expansión del propio ser, la acción interna proporcionada al principio de que dimana, tanto más intensa cuanto ese principio es más excelso. Suponer pues que en Dios no hay una vida íntima, proporcionada a lo infinito de su ser, sería fingirnos un Dios muerto y desdichado, a manera de esfinge inmensa y desolada, sin pensamiento y sin corazón. ¿Qué es pues lo que constituye el misterio interior de Dios, su felicidad propia y esencial, su vida íntima? Esto es lo que el mismo Dios nos ha hecho entrever al revelarnos el misterio de su Trinidad. Admira de paso, amigo mío, la bondad del Señor: sus íntimos secretos los descubre a sus amigos y predilectos: es la prueba más delicada de su amistad: "A vosotros, les decía el Señor a sus discípulos, nada os he ocultado de cuanto tengo sabido de mi Padre".

Toda vida está constituida por la acción y las relaciones que son el término de la acción: pero esas acciones y relaciones deben quedar dentro de la unidad del ser, si esa vida es íntima. ¿En qué consiste esa actividad y esas relaciones dentro de la vida de Dios? Siendo Dios espíritu, por lo que pasa en el nuestro podemos vislumbrar lo que pasa en Dios.

La vida del espíritu consiste en el conocimiento y en el amor; Dios pues conoce y ama: y en su vida íntima se conoce y se ama con un conocimiento y amor perfectos que constituyen en el ser infinito, relaciones permanentes y perfectas: ellas constituyen la Trinidad.

Con todo, estas inducciones de la razón, no son una demostración del misterio católico, sino conjeturas que ayudan nuestra fe: el misterio subsiste, porque nunca podremos comprender cómo las relaciones divinas constituyen personas, y cómo se unifican por otra parte en lo absoluto de la divina esencia. He aquí lo que la fe nos asegura y que la razón no tiene derecho a contradecir: En Dios hay tres personas: el Padre, principio y origen de la vida de Dios; el Hijo, su perfecta imagen, su Verbo, su pensamiento infinito y sustancial; y el Espíritu Santo, eterno e infinito amor que procede del Padre y del Hijo: tres personas que subsisten, iguales y distintas, en el mismo ser de Dios, en lo absoluto de su esencia infinita, y que constituyen su vida interna y divina, su infinita fecundidad, su indeficiente felicidad.

Desde ese abismo de luz, baja la luz y la vida para fecundar al mundo. Ya has visto en nuestra alma que piensa y ama la imagen de Dios. Mírala también en todas las cosas constituidas en orden, belleza y armonía, por la pruralidad individual en medio de la unidad física o moral del ser: tal es la sociedad doméstica, la civil, la humana, el orden físico, el universo: rómpase la cadena de su variedad o de su unidad, y se afeará o acabará su vida; hasta en lo ínfimo de las cosas materiales en tres esenciales dimensiones que constituyen la materia, vemos el último vestigio de lo que, está sobre todo ser creado, la adorable Trinidad del Creador.

Ahora comprenderás, pues, el misterio de la Redención, y no te será extraño el sentido divino de estas palabras abrasadas porque proceden del Eterno Amor: "Tanto amó Dios al mundo, que le dió a su Hijo unigénito para que quien cree de El no perezca, sino que tenga la vida eterna."

Tu amigo afmo.

Fidel.

CARTA DECIMA QUINTA.

LOS DOGMAS. (Continúa.)

Mi querido amigo: Si te has fijado en las grandes ideas enunciadas sumariamente en mis anteriores cartas, habrás notado que toda la Religión Cristiana viene a resumirse en un punto capital: el hombre perdido y separado de Dios por el pecado, vuelve a Dios por la redención, que se efectúa por la encarnación, pasión y muerte del Verbo divino.

En Jesucristo, Dios hombre, está el punto en que Dios ha tocado a la humanidad para sanarla; y por tanto la Religión debe de ser eficazmente restauradora. Y así lo es en efecto: a principio tan grande como es la encarnación del Verbo, corresponden consecuencias tan portentosas como son el perdón de los pecados, la elevación del hombre por medio de la gracia, la santificación de las almas y finalmente la vida eterna.

El gran medio establecido por Cristo para la restauración de la humanidad, es la misma humanidad restaurada, es la Iglesia. La Iglesia es la gran sociedad de las almas unidas a Cristo como los miembros a la cabeza, como las ramas al tronco, que recibe y a la vez trasmite las divinas

influencias y la savia vivificante a todo átomo que se le incorpora, a toda alma humana que agrupándose a ella recibe por su conducto la luz y la vida, la palabra redentora y la gracia vivificante. He allí a la nueva humanidad redimida y regenerada.

Los medios de que se sirve la Iglesia son la predicación de la divina palabra, y los sacramentos. Por medio de la Iglesia, asistida por Cristo, llega a los fieles la palabra de Dios, viva y eficaz, luminosa e infalible; y les llega también, mendiante los sacramentos, la gracia divina que es ese principio de vida y de amor, que poseído por el hombre lo hace "hijo de Dios y heredero de su reino".

Las cosas exteriores, decía Platón, son la sombra de los pensamientos de Dios. Todo es símbolo en la naturaleza; y por las cosas materiales sube el hombre al mundo espiritual y excelso de las ideas. No te extrañes, pues, de encontrar el simbolismo en el mundo de la gracia, y de que las maravillosas operaciones de ese mundo divino, se verifiquen por medios exteriores y sencillos. Una brizna de yerba, un granito de arena, me revelan a Dios: un sonido que se pierde en el aire enciende la idea en mi pensamiento; ¡Qué mucho pues que un poco de agua derramada con cierto formulismo, encierre, porque Dios lo ha querido, la virtud de purificar el alma y hacernos hijos de Dios! ¡Qué mucho que el que se oculta bajo el átomo que El creara, pueda también ocultár senos, si así le place, bajo la figura de un poco de pan! La sustancia de ese pan, tocada por una palabra omnipotente, se cambia en la de Cristo (1);
y esa apariencia pequeña y cándida, que encubre a mi Dios, despertará mi fe, encenderá mi amor, y traerá a mi alma el sustento divino que anhela y necesita: le traerá al Dios vivo por quien clamaba el profeta cuando decía: "Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así te desea mi alma, oh Señor. ¡Mi alma está sedienta del Dios fuerte y vivo!"

Tal es, amigo mío, según la doctrina católica, la eficiencia de los sacramentos, que son los medios establecidos por Cristo, para darnos su gracia, y hacer llegar hasta cada uno de nosotros esa vida restaurador y

---

1 Nada más misterioso para el hombre que la sustancia que se oculta bajo las apariencias de una cosa La Eucaristía pues será siempre un misterio; pero por ese mismo, nunca podrá la razón objetar nada serio contra su verdad.

sobrenatural que El vino a traer a la humanidad. Mas, como el hombre es libre y dentro de su libertad debe verificarse su elevación, si de la buena cooperación del hombre con Cristo resulta su elevación efectiva y finalmente su eterna salvación; de la resistencia del hombre a la gracia de Cristo resultará su mayor caída por las gradas de la ingratitud, de la perfidia, la final obstinación y la perdición eterna.

El destino final eterno para el hombre, feliz para los buenos, desdichado para los malos, tal como nos lo enseña la Religión, es la única solución definitiva, luminosa y racional del pavoroso problema de nuestros destinos. El hombre, como todas las cosas, ha de llegar a su fin; y el fin de una alma inmortal como la nuestra debe ser igualmente inmortal y eterno. Por más que se espante nuestra ruinidad y por más que pese a nuestra indolencia, la felicidad eterna y la desgracia eterna son los únicos términos posibles de nuestra vida moral; y supuesta nuestra libertad, esa es la única solución racional del drama terrible de nuestros destinos. La revelación, precisa y aclara estas insinuaciones de la razón, y nos presenta en el goce eterno de su Dios, el destino final de una alma regenerada que ha sabido corresponder a la misericordia y al amor eterno; y por el contrario, en el infierno nos hace vislumbrar el término final de quien mientras le duró su libertad, conculcó hasta el fin la divina ley, y despreció hasta lo último el amor infinito que quiso salvarlo.

A grandes razgos te he trazado, amigo mío, el cuadro de los principales dogmas de nuestra adorable Religión: como no te falta corazón ni inteligencia, no dudo que estarás asombrado ante ese cuadro tan grandioso y excelso, tan armónico y bello, a pesar de oscurecerlo yo, con lo rudo de mi palabra. Ahora, quiero sacar una consecuencia, que enunciaré en breve raciocinio.

El objeto de la religión es reanudar nuestras relaciones con Dios; aquella religión será pues la verdadera, que llene mejor este objeto. Pero no hay religión que como la Cristiana, con sus doctrinas y prácticas tan lúcidas y tan armónicas, nos dé una idea tan alta y tan amable de Dios, del hombre y de sus mútuas relaciones, qne satisfaga mejor nuestras más nobles aspiraciones, y que, como ella, llene nuestra alma de luz y nuestro corazón de consuelo. Luego la Religión Cristiana es la verdadera.

Dicen que entre los antiguos romanos, cuando dos amigos se separaban, rompían entre ambos una pequeña tableta que llamaban tésera, y guardaba cada uno su fragmento: cuando después de algún tiempo se volvían a encontrar, juntaban las partes de la tésera, y el engrane perfecto de sus junturas, era la prueba de la no interrumpida amistad. La Religión, amigo mío, es la tésera de nuestra amistad con Dios: la reconocemos en que exactamente engrana con nuestras almas, satisfaciendo sus más nobles tendencias: por esto, la simple exposición de sus dogmas tan acordes con nuestros anhelos espirituales y divinos, es una grande prueba de su verdad y llevan ellos tanto más al alma la luz de la verdad y el reposo de la convicción, cuanto ella los medita y profundiza con más humildad, diligencia y fervor.

Tu afmo. amigo.
Fidel.

CARTA DECIMA SEXTA.

LOS MILAGROS.

Mi querido amigo: Llenos de majestad, de luz y de vida están esos misterios de Dios que hemos venido estudiando, y que son los dogmas que la Religión propone a nuestra fe; pero por otra parte su misima sublimidad y majestad como que nos ofusca y deja en el fondo de nuestra alma cierta recelosa inquietud. Además, aunque tan luminosos en muchas de sus faces, tienen una que enteramente se nos oculta y que supera a nuestra razón limitada, la que arraiga en la región misteriosa de lo infinito y constituye la prueba y el mérito de nuesra fe. Y no cabe duda, amigo mío, de que a nuestra razón, de por sí orgullosa y altiva, que quiere verlo todo porque ella misma es luz, le cuesta trabajo admitir otra luz superior a sí misma, y creer algo incomprensible con esa fe inquebrantable práctica y eficaz, que pide cuando sea preciso el sacrificio completo de nuestra vida, antes que dar entrada ni por un resquicio siquiera a la desconfianza o a la duda. Por eso Dios N. S. que nos exige la fe a su palabra como el primer homenaje que le debemos, base de todos los otros, ha dotado a esa palabra de tal resonancia y le ha dado

tales pruebas, que llenan la historia y no sufren comparación con cuanto fuera de ellas conoce el hombre. Ya lo decía el profeta: "Tus testimonios, oh Señor, son creíbles sobre toda ponderación". Ahora te invito a que demos una mirada, bien que rápida, a esos hechos, para que nuestra fe se afiance más y más, asentándose para siempre sobre aquellos cimientos inconmovibles que Dios mismo le ha puesto.

Una vez admitida la existencia de Dios, es evidente ante la fe, ante la razón y ante el sentido común, que hay cosas que sólo puede hacer Dios; es evidente que, aunque Dios concedió a sus creaturas cierta potencia y cierto radio de acción, ese poder y ese radio nunca alcanzarán allí a donde llega la omnipotencia del Creador: por eso, hay acciones que ante la razón y el sentido común, sólo son explicables por la intervención de la primera causa y no de una causa secundaria. Esa es la noción precisa del milagro. ¿Cuáles son esas acciones? No será fácil detallarlas, pero sí conocer individualmente que a ellas pertenece un hecho determinado. Y aquí es preciso recordar someramente los principios filosóficos en que se basa la cognocibilidad del milagro.

Crear pertenece a Dios (v. g., hacer de cinco panes, cinco mil; las causas segundas no crean sino que modifican. Reparar lo radicalmente perdido pertenece a Dios (v. g., rejuvenecer una vida agotada, reponer un miembro perdido); las causas segundas sólo pueden despertar o combinar fuerzas, no darles originariamente. Por fin, obrar grandes cosas sin medios y sin tiempo, es propio de Dios; las causas segundas sólo producen efectos admirables, con grandes medios y con más o menos largo tiempo (v. g. se levanta un monumento, se desvía el curso de un río, etc., a fuerza de trabajo: hacerlo instantáneamente y sin medios es propio de Dios).

Así pues, serán obras evidentemente milagrosas aquellas en que se advierte creación, reparación radical, acción considerable sin medios y sin tiempo. Cuando vemos que cinco panes se multiplican hasta saciar el hambre de cinco mil personas y se recogen de sobras doce canastos, cuando a una palabra los llagados de pies a cabeza quedan limpios, los ciegos ven, los sordos oyen, los muertos resucitan, cuando al imperio de una voz el mar hinchado se aplaca, el sol se oscurece, tiembla la tierra, cada una de estas acciones, y más todas ellas juntas, nos están acusando la intervención de la causa primera, del Creador, y nadie podrá persuadirse de lo contrario.

Un tejido contínuo de esas acciones forman la trama histórica del Evangelio: con esos milagros acreditaba Jesucristo su palabra y probaba su divinidad; y esos milagros, en El llevados a su máximum, le precedieron anunciándolo en el pueblo de Israel, y le han seguido confirmando su palabra, en la Iglesia su obra divina. Bastaban ciertamente los de Jesucristo, pero Dios ha querido obrar milagros en su nombre en todos los siglos, para que nadie pudiera olvidar de buena fe, porque sucedieron hace siglos, unos hechos divinos que se realizan aun en nuestros días. Una llaga que instantáneamente cicatriza, un tuberculoso que se encuentra en un instante con sus pulmones rehechos, un órgano profunda y radialmente lesionado que se ve repuesto en un instante, son milagros que se han visto y se ven en nuestros días, comprobados por el más escrupuloso exámen científico (1); pero que sólo se han visto en la Iglesia de Jesucristo, como los que El hizo se vieron sólo en su adorable existencia.

Ni los cultos paganos, ni el mahometismo, ni el espiritismo, ni siquiera el protestantismo que cree en J. C. pero no en su Iglesia, ninguna religión, escuela o secta ha presentado bien comprobado un solo milagro de los de primer orden que como hemos dicho prueban la intervención de Dios y son como el sello de la divina procedencia de una doctrina o religión; y cuando algún hecho sorprendente llega a operarse por algún charlatán, dista tanto ese hecho de los divinos, que viene a ser su contraprueba. Algunas enfermedades nerviosas lentamente aliviadas, algunos fenómenos de sugestión, algunas pasajeras maravillas que acusan cuando más un poder espiritual superior al del hombre, pero cuyos efectos no llegan jamás al punto preciso de los verdaderos milagros, es lo más que se ha visto en el mundo fuera de los milagros divinos, evidentes, magníficos que acreditan la divina misión de Jesucristo y de su Iglesia. Interrogo a la historia y a la crítica, miro a todos los horizontes, y la figura de Jesucristo aureolada con el testimonio divino de los milagros, aparece sola, única, sin que sus enemigos puedan oponerle otra cosa que la contraprueba de su impotencia con que quisieron igualárselo.

Seguiremos, si te place, en otra carta, la importante materia de los hechos que prueban la divinidad de nuestra Religión. Entre tanto, si has pensado bien cuanto acabo de decir, no dudo que de la sinceridad de tu alma hayan brotado aquellas palabras bíblicas: El dedo de Dios está aquí.

III Léanse las vidas de los Santos, las crónicas de Lourdes, etc.

Tuyo afmo, amigo y servidor
Fidel.

CARTA DECIMA SEPTIMA.

LAS PROFECIAS.

Mi querido amigo: Lo que es el milagro en el orden físico, es la profecía en el orden intelectual: una de las obras exclusivamente propias de la Divinidad, y por tanto un apto y fácil criterio para juzgar del origen o de la verdad divina de una doctrina cuando a ella está enlazada. Y como es más excelente el orden intelectual que el orden físico, supera también en excelencia la profecía al milagro, y puede darnos una certeza más clara de la intervención de Dios. El criterio más seguro de la verdad divina es la verdad de la profecía, decía Tertuliano; y el mismo Apóstol S. Pedro, después de aludir al milagro de la Transfiguración del Señor, añadía: Y tenemos una más firme palabra profética a la que haréis bien en atender como a luz que brilla entre las tinieblas hasta que llegue el día de la visión eterna.

Profecía, en el sentido que da a esta palabra la apologética, es el anuncio de un hecho futuro que no puede ser previsto por causas naturales, y por ende, de por sí únicamente conocido de Dios. Así como el poder, también la sabiduría de Dios están muy por encima de la humana y aun

de la de toda creatura. Así como sólo Dios es omnipotente, solo El es omniscio, abarcando su ciencia en la infinidad de la eternidad, lo presente, lo pasado y lo futuro.

Sabemos que Dios tiene Providencia del mundo es decir, que El ordena a la humanidad a los altos fines para que la creó; que teniéndolo todo ordenado y dispuesto, y viéndolo todo en su eternidad, nuestra misma libertad entera de lleno en ese orden sabia y bondadosamente establecido por El. Las cosas pues, que dependen de su Providencia, y las que dependen de la libertad humana son cosas enteramente ocultas a toda previsión que no sea la del mismo Dios. Anunciar pues el porvenir de la humanidad o de algún pueblo o individuo, no conjetural, sino absolutamente, con entera precisión y con muchos años y aun siglos de anticipación, es cosa que solo Dios puede hacer. Así como el milagro propiamente dicho, así también la profecía es señal cierta de la divina intervención; y aplicada a una institución o a una doctrina, nos prueba su divino origen o autoridad.

Ahora bien, la divinidad de la Religión Cristiana está marcada auténticamente con el sello divino de las profecías. De esto no puede caber la menor duda al que ha leído con atención nuestros libros santos, que fueron escritos (los del Antiguo Testamento) con muchos siglos de anticipación a los sucesos en ellos anunciados. Contiene la Biblia dos clases de profecías: los anuncios verbales y terminantes de alguna cosa futura, y las figuras o anuncios por hechos providenciales que tienen evidente paridad con los hechos futuros, o sea, que tienen con lo futuro tal reunión de conexiones y analogías, que no pudieron ser casuales y por lo mismo habremos de concluir que fueron verdaderos anuncios; así, puede predecirse una cosa futura, con palabras expresas o con cuadros o pinturas que la representen.

De vaticinios o profecías verbales está llena la Biblia; de figuras o profecías de hechos está compuesta toda la historia del pueblo de Dios.

Desde la primera página de la Escritura en que se anuncia la reparación de la humanidad por el descendiente de la mujer, el nuevo Adán, toda la Biblia está sembrada de clarisimos vaticinios. Los libros de los profetas, especialmente de David, de Isaías y de Daniel, contienen páginas enteras acerca de Cristo y de su reino, de tal modo proféticas, que algunas parecen más bien relatar cosas pasadas que anunciar el porvenir.

Leyendo la santa Biblia con ese cuidado de notar lo que anuncia acerca de Cristo y de su Iglesia, se queda uno asombrado, al ver a cada paso aparecer a Cristo bajo el velo de los términos proféticos, a veces algo vagos de por sí, pero que adquieren precisión y claro sentido cuando a Cristo se aplican. En algunas profecías, como las de Daniel, hasta se observa la precisión numérica de las épocas y de los años. En fin, leyendo con inteligencia la Escritura, puede decirse que el Antiguo Testamento es una profecía casi continua del Nuevo.

Y aun quitaremos el **casi** si nos fijamos en las profecías de hechos. La historia, las esperanzas, las vicisitudes todas del pueblo de Dios, todos sus grandes hombres, todos los sucesos milagrosos, toda esa nación escogida y dirigida por Dios a través de los siglos que procedieron el cumplimiento de la gran promesa, es un continuo retrato, un grande anuncio y una no interrumpida profecía de Cristo y su Iglesia. ¡Con qué placer se lee la historia del pueblo de Dios cuando se tiene presente su carácter profético, y cómo van apareciendo las continuas relaciones y múltiples y admirables analogías que unen a cada persona y suceso notable del Antiguo Testamento con el Nuevo! Verdaderamente queda uno sorprendido y embelesado, amigo mío; y es imposible leer atenta e inteligentemente la historia sagrada, sin exclamar a cada paso: ¡Aquí anda la mano de Dios! Bajo la corteza, a veces áspera, de la letra, ¡Cuántas preciosidades ha envuelto el Señor en su divina palabra! Allí está la mina del oro precioso de la verdad: ¡Dichosos los que bajan y ahondan con la humildad y la inteligencia, en sus preciosos filones!

El conjunto de las profecías verbales y de hechos, que contiene la Biblia, encierra en mi concepto una fuerza inmensa de persuación, y mayor que cualquiera otra demostración de la verdad de nuestra fe. Ciertamente que bastaría una profecía clara y evidente, antigua y bien realizada, para probar la divinidad del Cristianismo. Y no una sino millares podrás encontrar en la lectura atenta de la Santa Escritura, o en cualquier manual de apologética.

Ves pues la segunda y evidente prueba que acredita la verdad divina del Cristianismo: La Profecía.

Tu afmo. amigo
Fidel.

CARTA DECIMA OCTAVA.

JESUCRISTO.

No sólo subliman a la figura adorable y única de nuestro divino Salvador los milagros que ejecutó y las profecías que realizó, de que te he hablado, amigo mío, en mis anteriores cartas; sino también su doctrina, su carácter, su fisonomía física, intelectual y moral, todo lo que de El sabemos. A El le ha sido dado un nombre que está sobre todo nombre, en expresión de S. Pablo, y ante El se dobla toda rodilla; porque hasta sus enemigos, a pesar de que pasan toda la vida haciéndole la guerra y engrandeciéndole con un odio sólo comparable al amor que le profesan sus adoradores; hasta sus enemigos, digo, subyugados por el encanto y la magia de la divina figura del Señor, caen al fin a sus plantas, y en momentos lúcidos, confiesan su sobrehumana grandeza cuando no su divinidad. Así le pasó a Strauss, a Renán y a tantos otros. Pues si hasta ellos que sólo le miraban con la mirada de la soberbia y del odio, encontraron en El maravillas que les arrancaban preciosas confesiones, ¿Qué no verá el cristiano cuando con humildad y amor contempla esa adorable figura de Cristo ante la cual se han postrado los siglos? Intentémoslo, amigo mío, aunque con el temor de empequeñecer en el breve espacio de una carta, la divina grandeza de Jesucristo que revelándose a través de su humanidad, es la mejor y la más íntima prueba de su divinidad.

Uno de los rasgos característicos de la vida de Jesucristo es la sencillez unida a la sublimidad. Prescindiendo lo que en ella se ve de milagroso, esa vida es sencilla: la de un pobre artesano primero; la de un predicador popular después, que muere sencillamente como consecuencia y en confirmación de su enseñanza. Nada hay en esa vida de estrepitoso y deslumbrante; no se ve en ella ni el fragor de las armas, ni es esplendor de la opulencia, ni el prestigio de las grandezas humanas, ni la ostentación de una brillante sabiduría: sencillo es Jesús hasta en sus milagros y en la ejecución de sus obras más grandes; sencilla corre su vida, sencillas fluyen de sus labios y en forma a todos asequible, aquellas máximas que han regenerado el mundo; pobre entre los pobres, todos a él se acercan con confianza; hasta el esplendor de su santidad sin tacha es sereno y confortante,

sin que nada de austeridad o de rigorista desconcierte al que quiere imitarle.

Y sin embargo, acerquémonos a El y veremos cómo sobre su sencillez; como sobre un fondo nítido y transparente, se destaca su excelsa sublimidad. El es el Hijo del hombre, y es también el Hijo de Dios: la flor de la humanidad y la irradiación de la divinidad.

Su inteligencia, vasta como ninguna, penetra todos los abismos; El posee todas las verdades, como que es la Luz y la Verdad; y luego en breves y sencillas fórmulas, enuncia a la humanidad las bases de toda ciencia teórica y práctica en teodicea, en filosofía, en moral, en prefección: no apartándose de esas enseñanzas fundamentales, la sabiduría humana progresará constantemente y sin tropiezo en esas regiones oscuras en que los antiguos filósofos paganos y los modernos no cristianos andan a tientas, en continuas mudanzas y en perpetuas contradicciones. Y lo que es más, sus enseñanzas son fecundas: El dice p. e.: Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos: y con esta palabra funda la fraternidad universal. El dice: Bienaventurados los pobres de espíritu; y con esta palabra liberta las almas, por el desprendimiento, de la esclavitud de las riquezas. Todavia y cada una de sus ideas son relámpagos por su originalidad son claridad de aurora por su suavidad, son luz meridiana por su penetración. Los genios más grandes y los más vastos talentos, conténtanse con ser originales o sublimes alguna vez; Jesucristo lo es siempre, y cada una de sus palabras es para la humanidad, redimida por ellas, una inmensa revelación.

No menos asombrosa es la fuerza de su voluntad: nunca vacila, jamás desfallece, no desespera jamás ni de los hombres, ni las cosas, ni del tiempo, ni de la eficiencia de su influjo y de su gracia. ¡Y qué empresa la suya! Redimir no a un pueblo sino a todos los pueblos, triunfar no de un ejército sino de todos los ejércitos y de todas las fuerzas físicas y morales conjuradas contra el bien, regenerar a la humanidad corrompida y vaciada hasta la médula de los huesos, vencer a toda falsa sabiduría, a toda fuerza opresora y tiránica, a toda maldad, a todo vicio; establecer en la tierra el reino de la justicia y de la verdad: no cabe en pecho humano semejante empresa; ¡Cuánto menos la seguridad de su realización! Y él la emprende, sin vacilación, sin medios humanos, con una confianza absoluta en la fuerza omnipotente de su gracia. Sublime es Cortés quemando las naves, César

pasando el Rubicón, Alejandro lanzándose a las regiones desconocidas del Asia: pero ¡Qué pequeñas las empresas de los héroes ante la de Jesucristo! ¡Qué débiles sus voluntades comparadas con la del Hijo del hombre!

Y no es menos admirable por ese último toque que realiza el ideal de la belleza humana: la sensibilidad y ternura de corazón. Pasa haciendo el bien. Todos, hasta los niños, se le acercan confiados. Parece que ni aún sus mismos enemigos aciertan a temer su fuerza, porque la ven templada por una inmensa bondad. En su corazón caben todos los hombres; funda en la tierra el reinado del amor: y apenas iniciaba su grande empresa, muere gustoso para dar satisfacción a su Padre y salud a los hombres. Hallan lugar preferente en su corazón los pobres y los enfermos. Todo lo abraza en su ardorosa caridad, y todavía muéstrase sensible a los más tiernos y delicados afectos de la amistad. Muere perdonado.

Recorre, amigo mío, con mirada inteligente y fiel las páginas del Evangelio, y verás a cada paso aparecer la grandeza divina del Señor, y tendrás que exclamar a cada paso: ningún hombre ha hablado como este hombre; no hay más alta inteligencia, más tierno corazón, voluntad más grande, más noble carácter; y es que Jesús no sólo es un hombre; y así como ante sus apóstoles queridos se transfiguró, transfigúrase ante cualquiera alma que le contempla con amor, y por todas partes irradia la divinidad escondida en El. He ahí una gran prueba de su divinidad. Purifica tu alma, amigo mío, como se limpia una lente, y contempla día con día a través de todos tus nobles instintos la figura adorable del Salvador, verás cómo poco a poco su divinidad te subyuga, hasta exclamar, en la evidencia de tu fe, aquellas palabras del discípulo amado: "Nosotros hemos visto su gloria, gloria que corresponde al unigénito de Dios, lleno de gracia y de verdad."

Tu afmo. amigo.
Fidel.

CARTA DECIMA NOVENA.

ELEVACION Y EFECTOS GENERALES DE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO.

Mi querido amigo: A todas luces aparece como sobrenatural y divina la adorable persona de Jesucristo, no sólo por los milagros que obró y por las profecías que realizó, sino también por el carácter de nobleza y elevación de su vida, de que brevemente he hablado en mi carta anterior. Pero si toda alma buena tiene en torno suyo una irradiación de luz y de bien según la medida de su elevación, la irradiación que corresponde al alma adorable de Jesús, en union personal con la divinidad, debe ser inmensa, y por ella podremos conocer esa misma divinidad encarnada en Jesucristo.

Y en efecto, así es, amigo mío; y ya su profeta lo había anunciado: "Se irguió como un gigante que se apresta a recorrer su carrera; y, sol de las almas, elevóse hasa lo más alto del cielo, y no hay quien se sustraiga a las influencias de su calor y de su luz." ¿Qué misterios no ha aclarado con su doctrina? ¿Qué horizontes de la inteligencia no ha agrandado con sus soberanas enseñanzas sobre Dios, sobre los destinos del hombre, sobre la moral, sobre la perfección, sobre la sociedad humana, sobre todo lo que verdaderamente nos interesa saber?, Se ha dicho y con verdad que un niño cristiano sabe y entiende más de estas cosas que Sócrates y Platón y todos los genios de la antigüedad. Y esas doctrinas, sencillas y lúcidas para los ignorantes y pequeños, son profundamente luminosos para los sabios, sin que haya entre ellos quien pueda medir su alcance. Los mismos misterios, fuera aparte del punto céntrico oculto a las miradas humanas por el velo de la majestad, y cuya razón soberana es para nosotros la palabra de Dios, esos mismos misterios son, como te lo he hecho notar en otra ocasión, "oscuridades que todo lo esclacen, arcanos que todo lo explican". Y el conjunto de esas doctrinas, en la inmensidad de sus proporciones, en la delicada propiedad de sus detalles, en la variedad de sus términos y en la unidad de su armonía, revela una obra espiritual tan divinamente hermosa, que no hay catedral gótica, ni campo o vergel florido, ni cielo estrellado, ni cosa alguna o conjunto de cosas de la naturaleza o del arte, que pueda comparársele.

Y no pienses, amigo mío, que no es todo esto sino vana declamación: ya creo haber justificado mis palabras con mis anteriores breves explicaciones; pero, si te place confirmarte en su verdad, estudia cada día más la doctrina de Jesucristo tal como la propone la Iglesia, estúdiala con amor e inteligencia, y verás cada días nuevas maravillas, sin que llegues jamás a agotarlas, como las estrellas del cielo: ésta ha sido la continua ocupación de los grandes cristianos, filósofos y contemplativos, sabios y santos, que nos han dejado algunos rasgos de lo que han visto, en sus protentosos escritos tan desconocidos por desgracia de los sabios del mundo materialistas y ateos.

Y esas doctrinas de Jesucristo no son objeto de una vana especulación, sino al contrario, eminentemente prácticas: tienden a la elevación de los ideales, a la santificación de los hombres, a la unión del alma con Dios fuente de luz y de amor, de orden y de vida; por eso no sólo han iluminado, sino también han elevado y santificado a inumerables almas, y han abierto para la humanidad un venero inagotable de regeneración, de civilización y de grandeza.

Compara tú a un Ignacio de Loyola, a una Teresa de Jesús con un Catón o una Lucrecia: compara a César con Carlo magno o S. Luis, y verás si tienes ojos para ver, la inmensa diferencia: es que en los unos no hay sino la virtud o la fuerza humana, noble y admirable pero humana; mientras que en los otros siéntese el hálito de la divinidad que ha tomado al hombre en su virtud natural para comunicarle irradiaciones divinas de celestial bellezas, de excelsa elevación y de inmensa trascendencia.

Al mismo resultado llegarás si comparas las naciones paganas, antiguas o modernas, con las cristianas: verás cómo éstas descuellan a inmensa altura, no sólo por sus adelantos materiales, sino principalmente por sus instituciones, leyes, costumbres y tendencias sociales, y por aquellos ideales nobles y divinos que son suambiente y como su espíritu: es que por degeneradas que ahora estén, aún las vivifica el Evangelio, la doctrina y la gracia de Jesucristo.

Dirige por fin, amigo mío una mirada a la humanidad antigua o a la porción de ella aún hoy pagana, y compárala con la que ha sido vivificada por la infuencia del Salvador del mundo ¿Por qué se levantan la Europa y la América a inmensa altura sobre el Asia y el Africa, sino porque

aquellas son cristianas? ¿Cuál es la causa de su grandeza, el móvil de su progreso, el principio sobre todo de su espiritualidad ingente y de su elevación moral, sino el espíritu de Cristo que las ha levantado y animado, y que aún vive en ellas con una vida pujante a pesar de la oposición de una impiedad parricida? Esto bastaría a un espíritu sincero para probarle la verdad de una religión que tales efectos produce, y la grandeza divina de su fundador.

Y basta lo dicho para un breve cuadro, bien que conviene entrar en detalles, como lo harémos Dios mediante. Pero con esta mirada general amigo mío, habrás entrevisto esa irradiación inmensa de la divinidad de Jesucristo que partiendo de su vida y de su obra, ha renovado la faz de la tierra y seguirá vivificado a la humanidad e impidiendo que se precipite en su abyección y su ruina.

Tu amigo afmo.
Fidel.

CARTA VIGESIMA.

EFECTOS SOCIALES DEL EVANGELIO.

Te decía en mi anterior, mi caro amigo, que era preciso entrar en algunos detalles para ver un poco más de cerca la gran restauración de la humanidad operada por el Cristianismo. Para esto hay que dar un vistazo a las sociedades paganas, no en el brillo engañoso de su exterior grandeza, sino en las íntimas realidades de sus ocultas miserias. Se estudia con empeño la historia de Grecia y de Roma, los pueblos más cultos de la antigüedad; todavía nos conmueven la voz de sus oradores, los cantos de sus poetas, el armonioso razonar de sus filósofos; todavía oímos el ruido de sus armas que sujetaron y esclavizaron al mundo. Pero pocas veces bajamos al fondo para contemplar la férrea tiranía de las grandes potencias que sólo se engrandecían sobre las ruinas de los pueblos subyugados; el egoísmo de los hombres libres alzándose sobre la omninosa opresión de un pueblo de esclavos (1) la soberbia del esposo, tirano del hogar al que convertía en un ergástulo en donde gemían la esposa y los hijos mientras no eran echados afuera o abandonados a su impotencia y debilidad; la

inmoralidad más vergonzosa que desbordándose como río cenagoso todo lo manchaba; y la crueldad y dureza general de los corazones que se revelaba en el desprecio a la vida y a los dolores humanos, 2) hasta el grado de recrearse en ellos, y de llegar a ser el circo, inundado constantemente de sangre humana, el espectáculo favorito del pueblo en el gran imperio romano. Y estas lacras no eran pasajeras, porque arraigaban en el alma de aquella sociedad; no eran parciales porque todo lo llenaban, y estaban en el fondo de todo, flotando sobre ellas el vistoso barniz de aquella aparente civilización. Y si esto sucedía en los pueblos más cultos de la tierra, ¿Cuál sería la suerte de los demás pueblos? Todos sin excepción estaban bajo el reinado de la fuerza brutal, de la superstición más degradante, y casi siempre de las bajas pasiones. Más allá de la Cruz fuera aparte del israelita) no se encuentra un pueblo civilizado, porque a todos les faltaban los principios esenciales de toda civilización.

Faltábales, ante todo, el conocimiento de Dios, de un Dios único y personal, poderoso bueno, santo y perfecto; conocimiento que es la base y sostén de todo el orden moral, y por ende de la verdadera civilización. Perdida la primera revelación en las sombras del paganismo, no se infiltró de nuevo esa dogma fundamental en la humanidad sino mediante el Evangelio. De ese dogma, propagado y, si vale la expresión, hecho viviente por el Cristianismo, se derivan los otros generales principios sobre los cuales como sobre columnas graníticas, se asienta toda sociedad civilizada: la responsabilidad del alma libre, la humana fraternidad y la justicia que señala y hace respetar los mutuos deberes y derechos; y como consecuencia de ellos, la autoridad razonada y la obediencia digna, la moralidad, las virtudes individuales y sociales, las buenas costumbres, la felicidad de las familias y de las sociedades. El Cristianismo no sólo implantó e hizo más, prescribió la ley de perfección, la caridad, que vino

---

1 Sabido es lo que era un esclavo; una cosa que se vendía a veces a menos precio que un caballo, y sobre la cual tenía el amo ¡Y qué amo! hasta el derecho de vida o muerte. ¡Y más de las dos terceras partes de los hombres entre los romanos eran esclavos!

2 Trajano, el emperador modelo, hizo presentarse en unas fiestas hasta diez mil gladiadores en la arena. Tito, llamado las delicias del género humano, recreó a su ejército con la muerte de tres mil gladiadores en un día.

a ennoblecerlo y elevarlo todo en las relaciones que tiene el hombre con Dios y con sus semejantes. ¡La caridad! ¡Esa sola virtud, reina de las virtudes, vida de las almas, hija del cielo, esa sola virtud bastaría para proclamar el divino orígen del Cristianismo!

Y mira, querido amigo, cómo a los principios y las doctrinas correspondieron las obras: el mundo se renovó desde que fué cristiano. Poco a poco quedó abolida la esclavitud, imposible y absurda entre hermanos, se reorganizó la familia; se regeneraron las costumbres, se respetó al pobre, a la mujer y al niño, esas tres debilidades sólo amparadas por el derecho y la caridad; se acendraron y purificaron las leyes arreglándolas a las normas de la justicia; se suavizaron las costumbres y las relaciones en el trato humano; se pusieron las bases para una más alta cultura intelectual y moral, y la humanidad cristiana quedó no sólo regenerada, sino ennoblecida y en cierto modo divinizada. Permíteme que te trascriba una breve página de cierto infortunado escritor, resumen de largas meditaciones: "Recordad, dice, lo que era el hombre y lo que vino a ser. Al orgullo, al odio, al desprecio de la humanidad, a la licencia más desenfrenada, sucedieron la humildad, la caridad, el respeto y el amor al hombre, el espíritu de sacrificio, los prodigios de la penitencia y de la castidad. El último de los cristianos fiel a los deberes que su Religión le impone rigurosamente supera inmensamente en perfección a todos los personajes cuyas virtudes tanto han proclamado Grecia y Roma.

Y este espíritu y estas virtudes infiltrándose en la sociedad, crearon la humanidad nueva.

Ahora bien, tan felices efectos, tan óptimos frutos no pueden venir de una causa perversa y de un árbol malo. Nuestro Señor mismo apelaba a esta prueba para evidenciar el celestial origen de su doctrina y la divinidad de su misión: "No puede el árbol malo dar buenos frutos: ni el árbol bueno darlos malos". Esta es la prueba social del Cristianismo; prueba evidente y abrumadora para quien sabe reflexionar. Y ojalá querido amigo, que no tengamos muy pronto que presenciar la contraprueba, al olvidarse el mundo de las doctrinas cristianas. "Sabemos lo fué el mundo antes de ser cristiano, pero no sabemos en que abismos caerá si deja de serlo", decía tragicamente Lacordaire. La perspectiva es horrible a juzgar por los frutos que nos va presentando la impiedad y la apostasía, esto es, los desenfrenos del socialismo ateo, que conculca todos los derechos y

consagra todas las rebeldías. Un prodigio del amor de Dios, el Cristianismo, salvó a la humanidad; desdichada de la humanidad si lo rechaza.

Tu afmo. amigo y s. s.

Fidel.

CARTA VIGESIMA PRIMERA.

LO SOBRENATURAL EN LA IGLESIA

Mi caro amigo:

En una de mis cartas anteriores (carta X te llamaba la atención sobre el hecho único y por lo mismo divino de la Iglesia Católica a través de los siglos, divinamente fundada, divinamente propagada, conservada y defendida; la Iglesia, te decía, es un conjunto de prodigios que están señalando su orígen celestial, y que a la primer mirada nos hace reconocerla como divina. Quisiera insistir, amigo mío, en este pensamiento que tanta luz y tanta convicción puede llevar al espíritu. Al genio de S. Agustín (y el santo vivió apenas en el siglo IV) aparecía entonces tan grande y tan divina la Iglesia, que no dudaba exclamar: "No creería yo el Evangelio si no me conmoviera la autoridad de la Iglesia Católica". ¿Pues qué dijera el santo si la viera hoy igualmente pura y santa, fecunda, benéfica, llena de gracia? Y a la verdad, los efectos deben corresponder a las causas, las consecuencias a los principios; y una obra de Dios en su orígen, tiene que serlo en su desarrollo, sobre todo estándole prometida la indefectible asistencia del poder divino que la fundó. Así es en efecto, amigo mío, y al que estudia con atención, la vida de la Iglesia ha de parecerle no menos maravillosa que la vida santísima de su fundador.

Comienza aquella vida por la propagación del Evangelio, evidentemente sobrenatural y divina. Unos pobres pescadores convirtieron al mundo. De ellos tan sólo S. Pablo que se les agregó, era letrado; mas todos carecían de los prestigios del saber y de la elocuencia. Hijos del pueblo, obreros todos, sencillos y débiles, sin riquezas, sin poder, sin influencias, sin nada de lo que vale ante el mundo, hubieron de hacer frente a todas las preocupaciones de la superstición pagana y a todas las humanas pa-

siones del espíritu, del corazón y de los sentidos, patrocinadas por las letras, las artes, el talento, el genio, las riquezas y el poder más grande que registra la historia. Su empresa era vencer al paganismo, domeñar el vicio, cambiar al hombre hasta en su corazón: loca empresa para el poder más prestigiado; absurda para la impotencia de doce hombres oscuros. Pero Jesucristo les había dicho: "Confiad, yo he vencido al mundo." Y triunfaron, porque les acompañaba el Espíritu de Dios recibido de un modo prodigioso el día de Pentecostés, fuerza divina a quien nada resiste, y que prometida a la Iglesia hasta el fin de los tiempos, jamás le faltó.

Manifestóse ese Espíritu en los tiempos heroicos de los mártires, por aquel valor que asombraba al mundo, con el que millares de cristianos de toda edad y condición confesaban a Jesucristo ante los tormentos y la muerte. La paciencia, la serenidad, la alegría en medio del suplicio, de aquella incontable multitud de héroes, manifestaba la divina asistencia, acaso más que los prodigios sobrenaturales con que Dios ilustraba a las veces el martirio de sus siervos.

Vencido el paganismo, los gérmenes de rebeldías que radican en el alma humana hubieron de acarrear a la Iglesia otras nuevas luchas y pruebas mayores: aparecieron las herejías pero tan fuertes y pujantes, y tan validas de la lógica, la sutileza y el sofisma, que hubieran desecho y aniquilado cualquier doctrina puramente humana, como sucedío siempre con todas las paganas teogonías: pero la doctrina de la Iglesia salió de la prueba, como el diamante de la lima y del cincel, resplandeciente y divina, asentada para siempre sobre la roca viva de la palabra de Dios, y aureolada por una luz que jamás podrá oscurecerse. ¿Qué digo oscurecerse? Por el contrario, ha ido en aumento. La herejía cambiando siempre de formas, como el Proteo de la fábula, no ha cesado de atacarla; vencida la herejía en un punto vuelve por otro, que son inagotables los recursos que contra la verdad usa la razón depravada; pero los dogmas se esclarecen más cuanto más se les combate, y la Iglesia ha presentado un fenómeno único en la historia: el aumento constante de luz y de amplitud en el desarrollo de sus dogmas, sin tener que retractarse jamás de ninguno. ¿Qué sistema o secta no se ha retractado, reformado, mudado mil veces? Para los hombres pensadores, ese fenómeno, tan bien definido y comprobado por la historia de veinte siglos, es tan excelso y sobre humano, que bas-

ta por sí solo para acreditar de divino al Cristianismo, y de sobrenatural a la Iglesia Católica en cuyo seno se verifica. Digan lo que quieran los herejes y los impíos: es cierto que, no sólo no han probado la falsedad de uno siquiera de los dogmas de la Iglesia, sino que más bien han contribuido con sus ataques a que aquellos brillen con una luz cada vez más espléndida ante la razón y la conciencia de los creyentes.

Pudiera así mismo decirte, amigo mío, de qué manera tan prodigiosa venció también la Iglesia en la serie de los siglos que lleva de fundada, a las irrupciones de la barbarie, de la ignorancia y de la inmoralidad; pudiera decirte cómo tras una lucha de diez siglos, sojuzgó por fin aquella nueva barbarie con remedos de civilización que se llamó el mahometismo; pudiera decirte (cómo, con auxilios enteramente providenciales y a veces evidentemente divinos, salió perificada y limpia de otras mayores pruebas, las que le acarreó el espíritu mundano de orgullo, de fausto y de disipación que a veces llegó a apoderarse de tantos de sus hijos....; y entonces te haría ver, y lo verás tú mismo si estudias bien la historia de la Iglesia) los auxilios extraordinarios, enteramente sobrenaturales, que Dios le enviaba.En muchas cosas podrás ver esos auxilios, pero de un modo muy sensible en los santos que traían la misión de reformar, purificar, elevar cada vez más a la Iglesia, y de inyectar en ella un nuevo aliento sobrenatural y divino: estudia la vida de cualquiera de esos santos, la de S. Francisco de Asís, o S. Ignacio de Loyola por ejemplo, y verás cuán sobrenatural aparece en su conjunto y en sus detalles, y cuán alta y divina en su misión y en sus efectos. Y jamás han faltado a la Iglesia esos recursos y otros de mil géneros que lamento no poder siquiera mencionar en el breve espacio de mi carta. Eso es lo que ha mantenido a la Iglesia de pié, siempre victoriosa, siempre divina. Mírala amigo mío estúdiala y verás que cómo en las obras de los grandes artistas, encuentras en ella cada vez nuevas maravillas; compárala con las instituciones humanas y verás cómo se eleva, como el aguila sobre los insectos, por los espacios infinitos. Es que es la obra de un artista soberano; es que la sostiene y la ampara el poder omnipotente de Aquel que dijo: Esta es mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Tu afmo. amigo,
Fidel.

CARTA VIGESIMA SEGUNDA

FECUNDIDAD DE LA IGLESIA.

EL PROBLEMA SOCIAL.

Mi querido amigo:

El Concilio Vaticano menciona la estabilidad de la Iglesia, de que te he hablado en mi carta anterior, como un motivo para creer en ella y un argumento invencible de su orígen divino; no lo es menos según el mismo Concilio lo que él llama "la inexhausta fecundidad de la Iglesia en toda clase de bienes", de la cual quisiera decirte una palabra. Algo he dicho de este asunto al tratar de los beneficios que debe el mundo al Cristianismo, pues el Cristianismo no es tan sólo la idea cristiana, sino esa idea encarnada y viviente en la institución social que estableció Jesucristo para que fuera el organo visible de su gracia y de su espíritu. La Iglesia, podemos decir, y lo que es más, podemos probar con historia, (1) libertó al esclavo, ennobleció a la mujer, dulcificó las costumbres, reprimió la tiranía, entronizó la justicia, civilizó al mundo. Santa en sus doctrinas y en sus sacramentos, no lo es menos en sus obras y en sus instituciones: a su influjo, en almas escogidas han brotado las virtudes, y ha florecido la tierra estéril en primavera perpétua de virtudes celestiales que nunca conoció ni sospechó siquiera el mundo antiguo: por doquiera se cubrió la tierra de fervientes cristianos, de vírgenes castas, de instituciones de piedad, de penitencia, de caridad, en tal número que es imposible enumerarlas. Estudia las vidas de los santos, las actas de los mártires, la historia de las misiones y de las órdenes religiosas, y te quedarás pasmado de admiración y arrobado de encanto si guardas en tu pecho esa fibra delicada que vibra al toque de lo que es noble y divino. Pero no sólo en las almas escogidas, sino también, al contacto de aquellas, y principalmente por un contínuo influjo de luz y de fuerza, produjo la Iglesia

1 Véase la conocida obra de Balmes: El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la Civilización Europea.

efectos maravillosos en las costumbres públicas, las cuales fueron elevándose por los grados del honor, de la probidad, y de las virtudes sociales de todo género, y hasta de la heroicidad. Entre esas virtudes ocupa uno de los primeros puestos la virtud divina de la caridad de que ya te he hablado, tan necesaria al mundo desde que el egoísmo es la llaga que le corroe. La caridad se manifestó no sólo en obras privadas, sino también en instituciones públicas de beneficencia, en sociedades y órdenes religiosas, consagradas a su ejercicio, y sobre todo en ese espíritu de fraternidad y de amor que penetrando suavemente las leyes y las costumbres, todo lo suaviza, embellece y vivifica y es como la esencia y la vida de la civilización cristiana.

De un modo especial, amigo mío, puedes, ver la influencia del Cristianismo mediante la Iglesia, en la formación de las sociedades nuevas. La Iglesia quería formar una sociedad cuya estructura y firmeza fuera la justicia, cuya forma y belleza fuera la caridad, e infiltró en la humanidad redimida esas virtudes reinas, para que mediante su influjo fuera la sociedad saneándose y renovándose sin catástrofes, sin espasmos, sin violencias destructoras, hasta llegar al ideal cristiano de hacer de los hombres una gran familia de hermanos. Y lo logró en gran parte, como puedes ver por las indicaciones que te he hecho; y si las pasiones humanas no hubieran perjudicado su obra, hubiera sin duda conseguido todo su ideal. Las oposiciones sociales fueron suavizándose, y convirtiéndose en las suaves desigualdades necesarias a todo cuerpo organizado; los esclavos se convirtieron en hombres libres, los tiranos en servidores del pueblo; y mediante las organizaciones de los municipios y de los gremios, los de abajo, siempre más numerosos cuanto más débiles, encontraban la fuerza y la dignidad necesarias para equipararse a los de arriba y formar el equilibrio social. Y lo que la justicia rectificaba, suavizaba la caridad, e iba marchando la humanidad hacia el divino ideal de la gran familia cristiana.

Pero cuan grande y divina fué la obra de la Iglesia, tanto demoledora e impía lo fué la de la revolución. Su impiedad encarnada primero en el liberalismo, destruyó las corporaciones, desató los vínculos morales, produjo el individualismo más exaltado y el egoísmo más feroz, y con todo esto, puso al pobre y al débil, que no pueden luchar solos contra el rico y el fuerte, en el estado de una nueva esclavitud. El socialismo quiere remediar tan grande mal; pero dando en el extremo contrario, de un

colectivismo exagerado y absurdo, violando además la propiedad, la autoridad y todos los postulados de la justicia, y lo que es peor, separando al hombre de Dios, suprime el orden moral y abre el abismo en donde perecerá la civilización y la humanidad misma si no vuelve a los brazos del Cristianismo. Sólo el Cristianismo ofrece sólida base a la justicia y la caridad, columnas en que descansa el orden social; porque sólo el Cristianismo posee el orden moral en que aquel otro se asienta. Por esto, amigo mío, ahora más que nunca, a la luz de la catástrofe inmensa que amenaza al mundo, la verdad del Cristianismo y la divina influencia de la Iglesia brillan con la evidencia de una necesidad. No hay otro puerto de refugio, no hay otra esperanza de salvación. El Cristianismo civilizó al mundo, y solo él puede preservarle de su ruina.

Tu afmo. amigo y S. S.
Fidel.

CARTA VIGESIMA TERCERA.

LA UNIDAD DE LA IGLESIA.

Mi querido amigo:

No menos importante que la estabilidad y la fecundidad de la Iglesia es su admirable unidad, a la cual quisiera que diéramos hoy una mirada, para concluir este brevísimo estudio de la obra divina de Jesucristo: la Iglesia Católica.

Nada más codiciado, porque nada es más difícil en las sociedades humanas, que la unidad vigorosa y enérgica y a la vez moderada y razonable que una las partes sin absorberlas y las dirija al fin común sin forzarlas; y que en medio del más admirable concierto, haga resplandecer la más plácida espontaneidad, produciendo de consuno el orden que es la variedad y la unidad a un mismo tiempo, que es la fuerza y armonía, la belleza y la verdad.

Todos los pueblos han comprendido que la Religión debe presentársenos bajo una forma social, porque es para el hombre, ser social por esencia; por esto todas las religiones han buscado alguna forma de unidad, que constituya su ser social. Pero todas las religiones puramente humanas,

amigo mío, han tropezado siempre en este doble escollo: el absolutismo supersticioso y tiránico, y la disolución más espantosa. En la falta de esa unidad moderada y vigorosa han mostrado todas su origen puramente humano y su carencia absoluta de divinidad; porque ni tiene dogmas comunes y probados, ni autoridad que dirija y refrene, ni fisonomía que ordene y uniforme el culto, ni nada de cuanto pueda constituir esa unidad; como puedes verlo en el budismo, espíritismo, teosofismo, etc.; o si alguna vez llegan a tener algo de eso, es solamente merced a la supersticiosa imposición de dogmas que carecen de prueba y de razón o a la férrea esclavitud de la fuerza material que mata la dignidad del hombre, como sucedió algunas veces en el politeísmo y en el mahometismo. Aun dentro del Cristianismo, pero saliendo de la zona central de luz y de vida que es la Iglesia Católica, se ve cómo a medida que de ella se separan van perdiendo las sectas su unidad dogmática, disciplinar y gubernativa, y va disolviéndose la eficacia religiosa de la doctrina de Cristo. Los protestantes están divididos en centenares de sectas: éstas no tienen ni dogmas comunes, ni gobierno central, ni culto uniforme, ni principios fijos en religión ni moral, ni nada de cuanto constituye la unidad. El protestantismo cambia constantemente de doctrinas y el dogma fundamental de la divinidad de la Escritura está muy lejos de ser inconmovible y absoluta, a más de que la libre interpretación de la Biblia le quita a aquel dogma gran parte de su eficacia y abre la puerta, como se ve de hecho, a todos los errores. Y es esto tan cierto, amigo mío, que el protestantismo hubiera ya concluido con la religión si no existiera la Iglesia: más: yo creo que sólo vive el protestantismo porque a su lado está la Iglesia, y no puede impedir que hasta él llegue alguna parte de la luz y vida cristiana cuyo foco está en la Iglesia; y aun la misma contradicción y lucha que hace a la Iglesia el protestantismo, avivan su religiosidad decadente y detienen algún tanto su inminente disolución.

Pero en la Iglesia Católica, amigo mío, ¡Con cuánta claridad y belleza brilla la luz de la unidad! Es una en sus dogmas, siempre invariable, siempre serena al afirmar y proclamar la verdad, siempre recibiendo el acatamiento espontáneo y jubiloso de millares y millones de inteligencias que cantan con ella el mismo credo; es una en su gobierno, y la dinastía de veinte siglos de los Sumos Pontífices, milagro social, prodigio único en la historia, mantiene eficaz y paternalmente el cetro de esa autoridad que

baja y se distribuye entre los Obispos de todo el mundo y mantiene en sumisa obediencia hasta el último de los fieles; una en el culto y en la manera de honrar a Dios, con los mismos sacramentos conforantes y divinos, con la misma liturgia solemne y majestuosa, y hasta con el mismo idioma, preciosa herencia de la antigüedad, hermosa manifestación y auxiliar poderoso de la unidad católica, lazo de unión entre tantos pueblos de razas y lenguas distintas.

Admira la hermosura y la trabazón de la jerarquía eclesiástica que lleva hasta los últimos átomos de ese gran organismo la vida y la fuerza; ve la numerosa diversidad y unión admirables de las órdenes religiosas, escuelas de santidad y núcleos pujantes de vida religiosa; admira la asombrosa variedad de corporaciones, universidades, colegios, sociedades e instituciones ramificadas por todo el mundo, todas bajo una obediencia central, concurriendo cada cual con libérrima actividad dentro de su propia esfera al fin común: la santificación de las almas, la elevación de la humanidad, la gloria de Dios. ¡Qué prodigiosa unidad!

Y esa unidad admirable de la Iglesia no le impide su libre acción, antes la favorece; pruébalo la vida interior y de expansión que en ella se advierte, vida que jamás deja de florecer y de extenderse, y de fructificar. Recuerda los saludables efectos de la acción de la Iglesia en la sociedad, en la familia, en los individuos, que ya te he hecho notar; mira su más hermosa florescencia en las obras de caridad, de fervor, de devoción y de celo, y en esos seres admirables que se llaman los santos, (y almas santas las tiene la Iglesia en todas partes; recuerda la inexhausta fecundidad de la Iglesia, la estabilidad y demás dotes suyas que hemos estudiado, y nota en fin su difusión así en los países protestantes o cismáticos, como en las misiones de infieles, y habrás de convenir en que la vida religiosa de la Iglesia es intensa como jamás se vió en otra parte: y que su unidad firmísima no es absorbente y tiránica, sino protectora y fecunda. La vida, y más una vida tan pujante y esplendorosa, sólo florece bajo este doble principios: obediencia y libertad; o lo que es lo mismo unidad vigorosa y moderada.

San Agustín definió a la belleza: la unidad en la variedad. Sto. Tomás: "El orden esplendoroso"; tal es la Iglesia de Dios amigo mío, hermosa sobre toda ponderación, porque posee en grado extremo la unidad en la variedad y una ordenación tan esplendente y divina que no hay institución

no digo ya religiosa, pero de ningún otro género que pueda comparársele.

Vivamos bajo el atractivo fuerte y suavísimo de su unidad que todos los que de ella se separan, astros errantes, van a perderse en los oscuros y helados espacios del esceptisismo y la desesperación.

¡Oh santa Iglesia Católica, hermosa y fecunda en tu variedad, fuerte y firmísima en tu unidad!

¡Oh santa Iglesia Católica, única santa, divina, milagro perpetuo de Jesucristo!

Tu afmo. amigo,
Fidel

CARTA VIGESIMA CUARTA

OBJECIONES CONTRA LA RELIGION.

A primera vista llama la atención, mi querido amigo, y descorazona algún tanto a los que de buena fe estudian la Religión; el ver cómo a pesar de las pruebas irrefragables y de los testimonios espléndidos en que se apoya, a pesar de la intensa luz que despide, hay tantos que rechazan esa Religión divina de que todos necesitamos; y no deja de maravillar el cúmulo de objeciones con que la combaten, no sólo los incrédulos, sino también los cristianos a medias. Es la Religión la cosa más augusta que existe sobre la tierra, y sin embargo, todos, hasta el más ignorante y desautorizado, se creen con derecho a lanzar contra ella su piedra, y a oponerle su rebeldía. No será, pues, por demás, amigo mío, estar prevenido así contra el escándalo de los que no creen como contra la temeridad aparatosa de los que rebaten.

¿Porqué hay tantos que desconocen la Religión? Porqué son también muchos los que rechazan su yugo. La Religión impone deberes, y deberes costosos; y es natural que quien no quiere cumplirlos, busque la manera de desembararse de una fe que le pone en desacuerdo con sus costumbres. Impone deberes la Religión, y no puede ser de otra manera desde luego que trata de reformarnos: nunca una reforma profunda y radical se efectuó sin sacrificios; y los hombres son rehacios para el sacrificio. ¿Cómo puede ser sinceramente religioso quien ha hecho las paces con la avaricia,

la lujuria, la ambición y demás vicios que la Religión condena? "No sois religiosos, decía a la juventud de París el P. Lacordaire, por la misma razón que no sois castos. La fe es una virtud, y el pródromo doloroso de todas las virtudes." Y antes que el elocuente orador lo había dicho la Verdad eterna: "Amaron más los hombres las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas".

Y luego después, la ignorancia religiosa acaba de explicarnos la incredulidad de casi todos los dicidentes, pues aunque entre ellos se cuentan hombres morigerados y de bastante instrucción, la mayor parte de esos hombres, tan ilustrados en otras materias, son ¡Quién lo creyera! enteramente ignorantes en materias religiosas. Ellos no han estudiado la Religión, ni sus pruebas, ni su historia, conténtanse con ciertas ideas tan vagas como inexactas que han leído en los que la combaten, y encastillados en ciertas preocupaciones que creen aximas inconmovibles, desde la cúspide de su orgullosa ignorancia juzgan y sentencian como un conjunto de absurdos lo que con serena razón han pesado y con fe humilde han adorado los genios más grandes y las almas más nobles que han honrado a la humanidad.

De los pocos sabios que combaten conscientemente la fe, sólo diré que los ciega lo que en el sabio es más difícil de dominar, el orgullo intelectual, que el mayor y más tenaz de los orgullos; ese egoísmo de la razón, que porque se siente fuerte, rehusa el conocer otraluz, superior a su luz. La fé es una virtud, y no una conquista del talento: Dios ha sabido proporcionar sus pruebas a todas las almas de buena voluntad; y porque a quien más se le da se le pide más, a los hombres de talento les pide Dios una mayor humildad, que no todos quieren prestar.

Y tan luego como se separan del recto sendero en ese punto céntrico que constituye la sumisión a Dios, la fe, luego al punto toma cada cual su ruta, que les lleva en materias religiosas y morales, a las más divergentes opiniones.

Y esto es precisamente, amigo mío, lo que quita a los sabios incrédulos toda autoridad en materias religiosas.

¿Qué fe pueden merecernos los que se hallan entre sí tan divididos que no hay dos de ellos que opinen lo mismo en las cuestiones de mayor trascedencia? Todos se contradicen, todos siguen direcciones distintas y aun

opuestas en la rosa de los vientos de la opinión. Ante tal espectáculo, siéntese uno satisfecho y gozoso al encontrarse en la única comunión de las almas de que tantas veces te he hablado, la Santa Iglesia católica, en la que la luz es común, en la que los principios son inconmovibles como en su género las leyes físicas, en la que no hay opiniones sino creencias, no hay divergencias sino unidad invencible, milagrosa, divina.

¡Oh amigo mío! ¡Qué desgracia la de los que comenzando a dudar de su fe, y vacilantes en los dogmas primordiales que ella enseña, apoyan su planta sobre el mar inconsistente y movedizo de las opiniones humanas, y van perdiendo una por una de sus creencias, que son el mayor tesoro del alma, para naufragar por fin en el escepticismo, que quita al hombre toda luz, toda energía, todo consuelo que baja de arriba, para dejarlo luchar solo en su indigencia y en su desesperación!

Mira pues, cómo la falta de fe de los incrédulos no sólo no debe turbarnos, antes es para nosotros un nuevo motivo de razón y de corazón para adherirnos con más firmeza y amor a nuestra Religión celestial.

Por lo que hace a las objeciones con que hostilizan nuestra fe los incrédulos, éstas las más de las veces proceden de la ignorancia o de la mala fe y han sido mil veces resueltas; estando nosotros bien basados en los principios religiosos, fácilmente podrémos resolverlas con un poco de atención y de estudio. Para ciertas objeciones más serias, es preciso más reflexión, leer, consultar; pero aliéntenos que no hay ni puede haber objeción que talentos mil veces más luminosos que el nuestro no hayan pesado y disuelto. Asentémonos bien en los principios de nuestra fe; y, como el que pisa en tierra firme, no nos dejaremos conmover por el brillo aparente y falaz de una objeción.

Cuanto a las objeciones históricas que se te pueden presentar, te suplico que atiendas a esta regla de oro: coloca cada hecho en su lugar, hazte cargo de las circunstancias, y no quieras juzgar hechos pasados, a la luz de nuestras modernas ideas, costumbres y progresos. Cuanto a las objeciones científicas, recuerda que muchas de sus teorías no son más que hipótesis más o menos probables, y que nunca se encontró una conclusión científica plenamente demostrada que se opusiera a una verdad dogmática: esto mismo es una grande gloria de la fé; si ésta no fuera divina, ya la hubieran cogido mil veces en falsedad o contradicción las conquistas de la ciencia:

y eso nunca ha sucedido, y basta para evidenciarlo el hecho innegable de que siempre ha contado la Iglesia en su seno como hijos sumisos y amantes a los hombres de ciencia más ilustres. ¿Te citaré nombres? Con ellos pudiera llenarse un libro; pero, pues otra cosa no consiente el corto espacio de una carta, me contentaré con citarte la mayor gloria de nuestro siglo, el estupendo Pasteur.

Las objeciones, amigo mío, son la contraprueba de nuestra adorable Religión, y forman los últimos rasgos de su gloriosa aureola. Sólo el oro resiste ciertos ácidos corrosivos, sólo la verdadera Religión ha resistido y resistirá siempre los ataques de una crítica las más veces sobrado hostil y apasionada. Mira en ello, te repito, la última prueba de su verdad y el último timbre de su gloria.

Tu afmo. amigo
Fidel.

CARTA VIGESIMA QUINTA.

CONCLUSION.

Paréceme que es tiempo ya, mi querido amigo, de poner término a estas cartas, aunque apenas hayamos tocado materia tan importante como es nuestra Religión. El estudio de nuestra Religión adorable, amigo mío, debe durar toda nuestra vida; sus pruebas, su historia, sus dogmas, su moral y su culto, son otros tantos veneros inagotables de agua viva para la inteligencia y el corazón del hombre siempre sediento de verdad y de amor, y en ellos encuentra siempre nuevas luces, nuevos horizontes, nuevos consuelos. Pero yo no me he propuesto sino iniciarte en ese sublime estudio, y creo que con lo dicho basta a mi propósito. Tan sólo te pido que me permitas, para concluir, dar una mirada rápida al camino recorrido.

El hombre, ser dotado de una alma espiritual, inteligente y libre, busca a Dios de una manera tan natural e instintiva, como la brújula su norte, como las masas inertes su centro de gravedad; a esos instintivos anhelos añádese el estímulo de las constantes necesidades que rodean al hombre y que le apremian a buscar un remedio en un ser más alto que él, en un ser poderoso y bueno, centro de las almas en donde encuentran des-

canso perdurable, vida y felicidad. Pero a Dios no se le ve, "hase escondido por dignidad y por bondad" (como alguien dijo tras del velo de la naturaleza, hay que buscarle con amor y con esmero, con la razón y con el corazón. En esta inquisición fracasan muchos, por presunción y por orgullo; y sin embargo, ¡Qué claro aparece Dios y se transparenta, por decirlo así, dentro de nosotros y fuera de nosotros a través del mundo que él creó! Y luego, El obra ahora, lo mismo que a principio de los tiempos, El se nos acerca, El nos habla; su presencia y su palabra están en la Religión.

Una vez conocido Dios, y aunque sólo sospecháramos su existencia, la mayor necesidad del hombre es unirse a El, por inclinación y por indigencia, tanto más cuanto que las tinieblas, las pasiones, todos los grandes males que le rodean no pueden tener sino en Dios su remedio, y esa hambre de felicidad que le acosa no puede tener sino en Dios su saciedad.

Puestos en este punto, ya entramos a velas desplegadas en el conocimiento para entrar luego en la práctica) de la Religión que a Dios nos lleva. La Religión, como todo lo que por cualquier aspecto toca al hombre, ha de tener sus falsificaciones, porque nunca el hombre busca su bien sin que tenga que librarse de las engañosas apariencias que le desvían. Pero entre todas las religiones que han pretendido satisfacer los instintos religiosos y las necesidades del hombre, brilla con tales caracteres de elevación y preeminencia el Cristianismo, que no es fácil confundirlo con ninguna. Allí está el Reino de Dios, a la vista de todos los que no tienen los ojos nublados por el orgullo: aun los que no quieren reconocerlo, tampoco les será dado negar su preeminencia: tal es la fuerza de su verdad. Dentro de ese Reino, como "ciudad sobre la montaña" aparece la Iglesia. Sobre la base granítica de los milagros y de las profecías mostrando a todas las miradas la sobrenatural belleza de sus lineamientos, y la sobrehumana solidez, de su construcción, levántase el alcázar de la verdad invitándonos a todos a penetrar en su recinto. Su interior son los dogmas, su espíritu, su vida y virtudes, nuevas e inagotables maravillas que nunca alcanzan los ojos a contemplar ni la inteligencia a admirar. Desde alli, desde la Iglesia, baja sobre la tierra, como desde el sol la luz y el calor, la verdad y la caridad que regeneran al mundo. La zona iluminada por ese faro divino, disfruta del día de la civilización; las nacio-

nes a donde no ha llegado, yacen en las sombras de la barbarie; y las que van sustrayándose a sus suaves influencias, ven avanzar sobre ellas unas sombras más intensas y heladas. A ese monte de Dios que predijo el profeta, han subido y suben y subirán todos los pueblos civilizados, todas las almas escogidas, porque su cima se esfuma en el infinito: por allí y sólo por allí se va a Dios.

Yo te aconsejo, amigo mío, que para confortar tu fe, contemples la Religión en sus grandes rasgos, en su conjunto admirable y grandioso, y jamás dudarás de su verdad. Así como levantas la vista a la inmensidad de los cielos o la tiendes desde elevada colina sobre la inmensidad de los valles, o desde la orilla sobre la inmensidad del océano, y tu pecho se ensancha, y tu alma se conforta, y si no careces de inteligencia y corazón, alabas a Dios; así se ensanchará tu corazón y se elevará tu mente ante ese conjunto admirable y armónico de luz y de fuerza que ofrece a la mente y al corazón infinitas y admirables perspectivas, y que es la única Religión posible y verdadera: el Cristianismo.

Te he mostrado en suma el Cristianismo como verdadero, principalmente por la luz intensa que irradia; pero tiene otro aspecto más íntimo que sólo quiero indicarte para concluir, Dios es amor, y su Religión es la Religión del amor. Pero el amor no se estudia se siente. ¿Quieres, amigo, mío que tu fe sea inquebrantable? Practícala; lo dijo el Señor: El que obra la verdad vendrá a la luz. Procura sentir sus saludables efectos, gustar sus dulces frutos de consuelo, de esperanza y de felicidad.

Sí, amigo mío: las prácticas de la Religión son admirables, no sólo por la razón que contienen, sino también por la felicidad que procuran. ¡Qué dicha proporciona, por ejemplo, la devoción a la dulce Virgen María, nuesra madre! ¡Qué vivificante alegría se encierra en una Comunión fervorosa! ¡Qué paz y serenidad, que rectitud y fortaleza en el amor y la confianza en nuestro Padre que está en los cielos! Y luego, en el dolor es la Religión fuente inagotable de consuelo. Ella no solamente ha remediado en gran parte las grandes necesidades de la humanidad (en cuanto ésta la ha aceptado), sino también ha curado el dolor de las almas y ha derramado bálsamos divinos sobre todos los infortunios. Un verdadero cristiano no puede ser desgraciado, porque sus mismas desgracias, tocadas por la fe, no sólo se mitigan por la resignación, sino que se ha-

cen amables por el amor y la esperanza. Hasta la muerte, el supremo mal del hombre en este mundo, lo convierte la Religión en esperanza y victoria.

He aquí pues mi último consejo: busca con el corazón y no sólo con la mente; sé generoso en practicar la verdad, ofrécele magnánimo los sacrificios que te exija, ámala con toda tu alma; y la verdad te inundara de mayores claridades que las de la luz del mediodía.

Pídote por fin, amigo mío, que no nos despidamos para siempre; que releas y medites estas cartas, y las sientas; y que no olvides nunca que van inspiradas por el deseo de tu bien, y por el amor que te profesa en Jesucristo tu afmo.

Fidel.

A MIS CONGREGANTES

JUAN JOSE HINOJOSA
PRESBITERO

A MIS CONGREGANTES

Pensamientos, consejos y exhortaciones dirigidos
a los jóvenes de la Congregación de María
Inmaculada y S. Luis Gonzaga,
de Monterrey

MEXICO
1935

Advertencia y Dedicatoria

NADIE se llame a engaño si no encuentra en estas páginas talento, elocuencia, literatura: de nada de eso presumen, antes bien preséntanse a quien las leyere, modestas y sencillas, sin otra pretensión que la de hacer algún bien a los jóvenes para quienes fueron escritas. Su origen mismo las pondrá al abrigo de toda exigencia exagerada. La mayor parte de ellas no son sino colección de pensamientos desarrollados en pláticas o conferencias dirigidas en la asamblea semanaria a los jóvenes de la Congregación Mariana, que está a mi cargo. Pedíame a veces el Secretario un extracto de lo expuesto en la plática, para consignarlo en el acta, y escribía yo algo de lo que recordaba, casi siempre a vuela pluma y sin tener el cuidado de pulirlo o revisarlo. Pocas de estas páginas fueron trabajadas con algún mayor esmero y ponderación.

Pero entonces, ¿Para qué darlas a la imprenta?

Porque creo que a pesar de eso, pueden hacer algún bien a los jóvenes a quienes las dedico. Ellas harán resurgir en su mente los afectos y reflexiones que, envueltos en el acento vivo de la palabra, tal vez les iluminaron o conmovieron un día; ellas podrán desplegar ante su alma nuevos horizontes, luces y orientaciones, cuando la reflexión actúe sobre ideas que les son conocidas y amadas; ellas podrán tener la eficacia de una elocuencia que no tienen de por sí, por ir fecundadas por gratos recuerdos de juventud; ellas en fin, —¿Por qué no pensarlo, si son eco de la divina palabra?—, podrán ser hilos conductores de aquella luz y aquella gracia soberana con que Dios ilumina y conmueve los corazones bien dispuestos.

Urna perfumada de recuerdos, tesoro de santos pensamientos y de energías alentadoras, germen fecundo de la divina gracia, todo eso se imagina mi presunción que pueden ser estas páginas, por sencillas que sean, si Dios las bendice, para el bien de los jóvenes a quienes están dedicadas.

A MIS CONGREGANTES

En estas cosas he pensado, mis amados Congregantes, cuando he querido haceros el obsequio de este librito. Os ruego que lo conservéis como un recuerdo no ingrato de los días de vuestra juventud, de vuestra dilecta Congregación y de quien, porque mucho os ha amado, mucho también ha pensado en vosotros, ha orado por vosotros y se ha esforzado por haceros el bien. Leed, os ruego, estas páginas, poco cada vez, pero con calma y seriedad; leedlas sobre todo cuando la soledad o el desaliento o el dolor llamen a vuestras puertas; espero que no las leeréis en vano. Pueda yo de este modo, aun cuando la edad o la ausencia me separen de vosotros, vivir en vuestros recuerdos y continuar haciéndoos el bien.

Virgen y Madre

CON motivo de las fiestas de diciembre dedicadas a María, hablemos de ella, que siempre es grato hablar de quien se ama.

No es la devoción a la Virgen Santísima un mero adorno de la piedad, como lo juzgan algunos malos católicos, ni mucho menos una supersticiosa sin razón, o una ridícula beatería como lo propalan algunos incrédulos desatentados. Por el contrario: nada más sólido y fructífero, nada más dulce y consolador que esa devoción a la Virgen que sólo puede tachar de inútil o absurda quien no la conozca.

La Iglesia inicia a sus hijos en la vida espiritual con el culto de María, como la naturaleza nos introduce en la vida humana con el amor y trato de nuestras madres.

Nada más propio en la niñez para formar los sentimientos, levantar los ideales, dulcificar el carácter, en una palabra, para educar, que el suave y abnegado amor maternal. Y despúes, el culto a la mujer, primero a su propia madre, y luego a la madre de sus hijos, es tan indispensable para el hombre que nada puramente humano puede sustituirla en la vida; porque la mujer representa la dulzura, la pureza, el sacrificio, el amor, el verdadero amor con su cortejo de virtudes, sin el cual la vida es triste y el hombre es feroz.

Pues bien, Jesucristo que trajo a la humanidad una nueva vida, la vida espiritual, que responde a la religiosidad, pasión intensa latente en toda alma humana, Jesucristo, digo, quiso iniciarnos en esa vida, por el amor celestial y purísimo de su madre bendita.

En María reunió el Señor los dos grandes ideales de la humanidad, la Virgen y la Madre, para darse por ella al mundo, y nos la ha dado a nosotros, con ese doble carácter de Virgen Madre, para atraernos por ella a Sí.

¡La Virgen! Dios eximió su alma de toda mácula y su cuerpo de toda corrupción, y la colmó de dones y la llenó de gracias. Hízola más blanca

que la nieve impoluta, más pura que la corriente cristalina, más aromática que el vergel tapizado de nardos y perfumado de azahares. Todos los encantos de la naturaleza reunidos apenas pueden ser el símbolo de sus bellezas sin cuento. En ella se hermanan la gracia y la sencillez, la pureza y el amor, la humildad y la majestad. Y Dios, que ha puesto en ella un rayo de su belleza eterna, la ha elevado a la vista de sus hijos para que al mirarla nos enamoráramos de la pureza y castidad.

¡La Madre! Los encantos de la Virgen Santísima no hablan tan sólo a la mente, no son tan sólo un ideal, hablan también y principalmente al corazón: ella es buena, ella es nuestra Madre. Cuando nos sentimos débiles y manchados, hay unas manos prestas a purificarnos y a sostenernos: son las de María. Cuando nos sentimos decepcionados, abandonados, solos, hay un corazón que nos compadece porque nos ama, que se acerca a nosotros y nos dice: ¡Animo, hijo mío! Cuando en fin nos sentimos culpables, y el remordimiento y la vergüenza nos alejan de Cristo, y nos impelen a huír como a Caín el fratricida, nos queda un recurso ante la divina indignación, una puerta a la misericordia de Cristo, una esperanza ante la desesperación: el corazón de aquella que sólo sabe amar y compadecer, porque es madre.

Cuando Cristo moría en el Calvario, despojado de todo, hasta de sus propias vestiduras, sólo le quedaba un tesoro, su madre que lloraba al pié de la cruz: entonces fué cuando desprendiéndose de su mayor y entonces único tesoro, nos la dió a nosotros como el último don de su amor, para que su Virgen Madre fuera también para nosotros, sus redimidos, la Virgen de nuestros ideales y la Madre de nuestro corazón.

Vean los incrédulos la razón de nuestro culto; vean los tibios católicos la divina eficacia de nuestra devoción.

¡Oh Virgen, oh Madre! Perdona a los que te desconocen; y a nosotros, tus hijos, déjanos gloriarnos de tu amor, ufanarnos de tu protección, y proclamarnos mil veces felices porque te llevamos en la mente y en el corazón.

Jesucristo

Nada hay más importante para el cristiano que conocer a Jesucristo, amar a Jesucristo y vivir de Jesucristo.

¿Lo hemos pensado bien?

Mientras el mundo se agita en medio de una lucha sin ideales, en una desorientación sin ejemplo, mientras todo se destruye y nada se edifica porque falta al mundo un jefe a quien seguir, un maestro de quien aprender, un amigo y padre a quien amar, el cristiano está seguro porque todo eso lo tiene en Jesucristo. El es el único que ha agrupado en torno suyo a la mejor parte de la humanidad, y no la ha engañado nunca; con Cristo han militado siempre los rectos, los buenos, los santos, todos los hombres de buena voluntad; y mientras el mundo está dividido, ellos realizan el milagro de la unidad, todos unánimes en sus creencias, todos siguiendo al celestial Maestro, todos amándole a El y todos amándose en El y por El; y mientras el campo contrario se debate en la duda o se abisma en la nada de las negaciones, el campo cristiano se eleva al mundo espiritual, se afirma en los principios de la verdadera civilización, y se siente iluminado por una luz que no padece eclipses ni tendrá ocaso.

Conocer a Jesucristo es conocer su persona, escuchar sus palabras, guardar sus preceptos.

¡Jesucristo! Conozco a los hombres, decía Napoleón, y os digo que Jesucristo no es un hombre. Se equivocaba Napoleón; Jesucristo es un hombre, y el más dulce y humano de los hombres; pero es también Dios: sus milagros acreditan su divinidad, y la bondad y ternura de su corazón acreditan su humanidad. ¡Qué dicha el creer en El! Por El, Dios se acerca a nosotros, y nos abre sus brazos, y nos estrecha contra su corazón. Escuchamos sus palabras en el Evangelio, sentimos su influencia en la oración, y nos unimos a El en la realidad de su presencia eucarística. ¡Oh! Quien cree en Jesucristo y vive de El, no puede ser ciego, no puede ser malo, no puede ser desgraciado, porque Jesús es luz para la inteligencia, amor para

el corazón, fortaleza para la voluntad; es "el Deseado de las naciones, el Salvador del mundo, el Dios con nosotros", como lo llamaron sus profetas; es "el camino, la verdad y la vida", como lo dijo El mismo. Es el lazo de unión entre el cielo y la tierra, entre el Creador y la criatura. Por esto la fe en Dios arraigada y firme, la seguridad de su perdón y de su amor, la dulce creencia en su divina paternidad sobre nosotros, sólo la poseemos por Jesucristo, Unigénito de Dios por naturaleza y hermano nuestro por la encarnación; por Jesucristo, causa meritoria y prenda y gaje de nuestra divina filiación; y por esto los que desconocen a Jesucristo, presto se olvidan de Dios para venir a parar en la sima oscura del ateísmo. Ya lo dijo El: "Nadie viene al Padre sino por Mí".

¡Oh mis amados congregantes! vivamos en íntima unión con nuestro Señor en quien están la gracia y la verdad, la salud y la vida; vivamos a El unidos por la meditación de su Evangelio, por el amor y la confianza en El, y sobre todo por la incorporación con El mediante la divina Eucaristía.

¡Oh Jesús, Salvador y Maestro, Amigo y Padre!, no te alejes de nosotros: sálvanos y santifícanos; estréchanos contra tu corazón y no nos dejes olvidarte.

Dios es nuestro Padre

No se ha formado perfecta idea de nuestra adorable religión quien no ha comprendido y practicado nuestras relaciones con Dios. Si la religión es pesada y odiosa para muchos, es porque no han gustado la dulzura y la fuerza, la seguridad y la alegría que inspira este título que damos a Dios: Padre nuestro. El Evangelio es en verdad "la buena nueva", porque nos ha revelado el corazón de Dios para con nosotros: ya nos revela el universo su sabiduría y su poder; pero sólo el Evangelio nos enseña su bondad y su amor. Iluminados pues por el Evangelio, comprendemos que Dios nos ama; es nuestro Padre; y aun al hijo rebelde mientras no cae sobre él la sentencia de condenación, Dios lo persigue con su misericordia, su gracia y su perdón.

Comprendamos bien, mis amados congregantes, esta verdad: Dios es nuestro Padre; porque sin ello, luego al punto tendremos como una carga el servirle, y se oscurecerá nuestra vida espiritual como si en ella se pusiera el sol. Pero por el contrario, no hay dicha más grande ni más alentadora verdad en la vida cristiana que esta verdad: Dios es mi amparo, Dios me ama; es mi Padre.

Y lo es en efecto, no sólo porque somos cosa suya y muy suya, puesto que El nos creó y puso en nosotros su sello, su imagen y como la luz de su rostro; sino también y principalmente porque ha querido elevarnos por pura bondad suya, del sér de criaturas al sér de hijos por adopción y por gracia. El ha dicho: vosotros sois dioses e hijos del Excelso; y más todavía: ha querido asociarnos a la divina filiación de su Unigénito, quien para esto se ha hecho nuestro hermano. "Mirad la caridad de Dios, dice San Juan, pues ha querido que nos llamásemos hijos de Dios, y que lo fuésemos en realidad". Y el Apóstol San Pablo añade que para esto nos ha dado su Espíritu, para que podamos decirle a Dios con toda verdad: "Padre mío". Esto es lo que de uno al otro cabo nos enseña el Evangelio; es a saber: a

tener a Dios por Padre, a contar con El, a clamar a El y a descansar confiados en Aquel sin cuya licencia no cae un cabello de nuestra cabeza, porque todos los tiene contados. ¡Oh! ¡Qué bueno es sentirse uno hijo de Dios, amado de El, sostenido y gobernado por El! Los bienes de la vida nos saben más dulces porque nos vienen de su mano; el trabajo es más liviano porque trabajamos por El; las penas son más llevaderas porque son como la medicina amarga que para su bien da al hijo una mano que lo ama; y hasta la muerte misma conviértese para el cristiano en redención, en esperanza y en triunfo; porque mediante ella llegará el hijo a la herencia de su Padre y al abrazo eterno y a la posesión eterna de su Dios.

El sentirnos hijos de Dios, es nuestra fortaleza. Dijo neciamente un poeta pagano: Impávido feriunt ruinac: Hieren las ruinas al hombre valiente, sin perturbarle. Esa es la voz del orgullo. ¿En qué se apoya el hombre miserable? El curso de las cosas lo arrollará. Sólo la fe puede prestarnos en medio de las necesidades de la vida una augusta serenidad. No estamos solos: el cristiano nada tiene que temer, aunque se desquicie el mundo y se hunda el universo: él ha echado su ancla en tierra firme; le ampara el poder del Omnipotente, y la muerte misma es para él su última victoria y el principio de su inmortalidad. Y esto lo siente sin orgullo, porque no espera en sus propias fuerzas, sino en Dios que es su Padre.

Y no se crea que esto es sólo un sentimiento que nos alivia y consuela, pues es también un estímulo y una fuerza que nos eleva y santifica. Porque si es hijo de Dios, el cristiano debe esforzarse por honrar con una vida noble y santa a Aquel a quien llama Padre. El luchar por ser bueno es amar a Dios y contentarle; y en las nobles luchas del deber y la virtud, siente el cristiano una mirada que lo alienta, un poder que lo defiende, una fuerza que lo ayuda: es la de Aquel por cuyo amor pelea y de quien debe recibir la corona y galardón. ¡Oh joven! Comprende la grandeza y felicidad de la vida cristiana; y siente y gusta esta verdad tan dulce y tan cierta que le sirve de cimiento: Dios es nuestro Padre.

Lobos con piel de oveja

En el Evangelio de hoy (S. Mateo, c. VII), nos enseña el Señor la necesidad de ser sinceros para con Dios y para con nuestros prójimos y nunca lobos con piel de oveja, ni árboles de hermoso follaje y de malos y amargos frutos. No nos engañemos: no basta con profesar la fe cristiana si no ajustamos a ella nuestra vida y costumbres. Dios ve el corazón y no se paga de palabras ni siquiera de afectos que no se traducen por obras de santidad y virtud.

Otra enseñanza podemos sacar de este Evangelio, y es la necesidad de evitar el escándalo. Recordemos la terrible frase del Señor: ¡Ay del que escandaliza! Y es que el escandaloso, sobre todo el joven que escandaliza a otro joven, es lobo que roba a Dios un alma y acaso la pierde para siempre, porque un empujón por la pendiente del vicio, puede arrojar un alma al abismo. Debemos, por fin, evitar el escándalo pasivo, evitando, huyendo de los amigos perversos, sobre todo de aquellos que cubren su perversión de hermosas apariencias de hombría y fanfarronada: "¡Lobos con piel de oveja!"

El empeño en el negocio de la salvación

Los hijos de este mundo son más prudentes que los hijos de la luz". Fijaos, mis amados congregantes, en estas palabras del Evangelio que acaba de leerse (S. Lucas, c. XVI). Los seguidores del mundo ponen todo su empeño en conseguir placeres, riquezas, honores, mando: nosotros mismos sabemos empeñarnos hasta el sacrificio por conseguir fines temporales: un empleo, una profesión, un modo de vivir. En el asunto capital de nuestra vida que es servir a Dios y salvarnos, no debemos poner menos empeño, antes al contrario, por cuanto son muchos los obstáculos que hay que vencer para ser buenos de verdad y hacer algún bien en el mundo.

El Señor dijo: "El reino de los cielos sufre violencia, hay que violentarse para arrebatarlo". Y añadió: "¡Cuán estrecho es el camino que conduce a la vida y qué pocos son los que lo encuentran!" Es preciso poner el ánimo y el valor en el negocio de nuestra perfección moral. Joven sin bríos y sin que sepa vencerse, será víctima de los vicios y de la impiedad. ¡Animo! Siquiera de nosotros, que como cristianos y como congregantes somos hijos de la luz, no se diga con verdad que nos ganan en esfuerzo y en valor los hijos de este siglo.

El amor a la patria y al alma

HABEIS oído, m. a. c., el Evangelio que acaba de leerse (S. Lucas, c. XIX). Reflexionemos. Esas lágrimas del Señor sobre su patria a la que anunciaba una próxima ruina, nos enseñan su entrañable amor a la nación en que quiso nacer; consecuencia: el amor sincero a la patria es una virtud natural que la religión afianza y sobrenaturaliza. Estudiemos nuestros deberes cívicos y no dejemos resfriarse en nuestro corazón ese amor a la patria que nos acoge en su seno; y algún día le devolveremos sus favores con hechos, acaso con sacrificios, tanto más valiosos, cuanto más vayan vivificados por el espíritu cristiano.

Jerusalem fué infiel a Jesucristo, le desconoció y le mató, y por eso cayó sobre ella su sangre como una maldición; sus desgracias superan a las de toda otra nación; aun sufren los judíos el castigo de su deicidio.

Con la fidelidad a Dios debemos nosotros alejar castigos semejantes de nuestra patria, que va precipitándose en la apostasía.

Finalmente, pensad que cada alma es una Jerusalem, y Jesucristo llora sobre las almas infieles, porque su pecado las lleva a su desgracia temporal, y las arrastrará, si se obstinan, a su desgracia eterna.

¡No sea tu alma, oh joven, una nueva Jerusalem!

La devoción a la Santísima Virgen

A petición del Consejo Directivo, deseo hablaros hoy acerca de nuestra Madre y Señora la Santísima Virgen María. Nada más grato al congregante que acordarse de la Virgen: la excelsa Madre de Dios, la dulce madre de los hombres.

Como Madre de Dios, bendita y escogida por El entre todas las mujeres para hacerse hombre en su seno y darse a los hombres, la dignidad de María es la más alta que caber pueda a una criatura, y proporcionada es su gracia, su pureza y sus virtudes todas. Como madre de los hombres, es el suyo el corazón más bondadoso y tierno después del de Jesús; y nos ama con todo ese corazón formado para amar, rebosante de ternura.

El congregante no debe olvidar un sólo día a su Señora y Madre, saludarla, honrarla, invocarla, ir a llorar a sus pies y en su regazo en las grandes tristezas de la vida; ir a buscar en ella el refugio y la esperanza, y a alcanzar por ella el perdón y la gracia de Dios.

Nunca olvidemos el momento solemne en que, conscientes de lo que hacíamos, la elegimos por Señora y Madre, y nos consagramos a ella. Si es feo ser infiel a un bienhechor, a un amigo, a una madre, es monstruoso serlo a nuestra madre celestial. Procurad llevar siempre su medalla, honrarla asistiendo al oficio los sábados, e invocarla en los peligros y tentaciones.

Hay algunos congregantes que olvidan fácilmente la devoción a la Virgen o la deshonran con su conducta. Lamentémoslo; pero esa misma infidelidad de algunos, sírvanos a nosotros de estímulo para ser siempre fieles a Aquella a quien un día feliz nos consagramos.

Los estados del alma y los cuidados que necesita

A propósito del Evangelio que acaba de leerse (S. Mateo, cap. VII), en que se narra la curación del sordo-mudo, pensemos en el estado de nuestras almas, que, abiertas a las seducciones del mundo exterior, tienen a veces sus sentidos espirituales atrofiados y maltrechos. Somos ciegos, sordos y mudos para las cosas de Dios, porque no sabemos escuchar la divina palabra con la inteligencia del corazón, ni alabar a Dios, ni pedirle con ese amor, propio de la amistad, con esa fe y confianza que lo alcanza todo. ¡Oh, cuántos sordo-mudos hay en el mundo, que se creen grandes y ricos y son en realidad míseros e indigentes, porque todo les falta cuando les falta la fe y el amor! ¡Oh joven! Mira si están atrofiados tus sentidos espirituales; tu médico es Cristo: acércate a El y pídele que abra con su dedo omnipotente los ojos de tu alma, sus oídos, su lengua, (porque órganos y sentidos tiene también el alma), y que despliegue ante tu vista y tus aspiraciones, el mundo espiritual de la fe y el amor.

Las prácticas de la vida cristiana son las que desarrollan ese germen de vida espiritual que todos llevamos: no hay vida donde no se manifiesta, y toda vida se desarrolla y crece por el ejercicio. Te repetiré los consejos del Manual: ora todos los días breve pero atentamente; no omitas tus oraciones de la mañana y de la noche: lee todos los días algunas páginas o siquiera unas líneas de un libro espiritual: ese será el alimento de tu alma, fuera del más fuerte y nutritivo de la Comunión que recibirás a su tiempo; no peques nunca, pero si te acaeciere esa desgracia, vuélvete luego a Dios por la contrición y confiésate si es posible el mismo día. Al pasar por una iglesia, si tienes tiempo, ¿Por qué no llegar un momento a adorar y alabar al amigo escondido, Jesús Sacramentado? Allí te llevaría

tu piedad si fuera ferviente; y no sabes cuán recompensadas serían tus breves visitas: nadie se acerca al sol sin recibir luz y calor. Levanta, por fin, con frecuencia tus ojos al cielo: la medallita de la Virgen que siempre te acompaña, no es un objeto muerto, porque te habla de continuo y te recuerda lo que eres y lo que debes ser, bajo el amparo de Aquella a quien te consagraste.

El precepto del amor de Dios

HABLEMOS del amor de Dios tomando para ello el punto del Evangelio de mañana (S. Lucas, cap. X), en que Nuestro Señor repite el gran precepto de la Ley: Amarás al Señor Dios tuyo, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. La insistencia en el ordenarnos el modo eminente con que debemos amar a Dios, nos indica la importancia de este precepto. El que ama a Dios cumple con toda la ley, porque no queriendo desagradarle, no se opondrá a su voluntad. El amor de Dios casi diviniza al hombre, pues lo eleva a Dios y lo une con El con un lazo indisoluble y divino. ¡Oh qué feliz es el que ama a Dios! Todo lo tiene llevando a Dios en su corazón; y tiene además segura la herencia de su Padre: el cielo. Pero el que no le ama, ¡Qué desgraciado! Apégase a la tierra como una bestia, y su alma, hija del cielo, viene a ser esclava de sus pasiones, y será un día, si no se redime, objeto de la justicia eterna.

Si yo os pregunto si amáis a Dios, me responderéis que sí; pero si os pido las pruebas, no sabréis dármelas. Pues bien, la mejor prueba del amor es el sacrificio. Amamos a Dios, si le sacrificamos nuestras pasiones e inclinaciones perversas; si trabajamos por ser castos. Amamos a Dios, si queremos y procuramos su gloria y la extensión de su reino. El amor de Dios es la verdadera piedad, y los frutos que lo comprueban son las virtudes y el espíritu de apostolado.

La humildad

QUIERO hablaros hoy sobre la humildad. Alguien dijo que la vida del hombre debía ser un continuo trabajo para labrar su propia estatua que coronara su tumba, a fin de que los demás lo admiraran; y un joven católico rectificó: a fin de complacer a Dios y cumplir sus designios.

Y este es, efectivamente, el ideal cristiano: sustituir al egoísmo, la adoración y el amor. Los soberbios, en todo se buscan a sí mismos, y sólo a sí mismos: son adoradores del propio YO. Ese fué el pecado de Satanás. "El YO, dijo Donoso Cortés, es por su naturaleza satánico; en el infierno no se oye sino esa palabra, YO; así como en el cielo no se oye sino una palabra, TU; porque allí reina el amor y la alabanza"; y ese YO lo llevamos todos muy metido en nuestra entraña, y sólo por un esfuerzo continuo podemos llegar a ser un poco humildes. ¡Oh, la humildad! ¡Quién nos diera ser humildes! Así seríamos también bondadosos, afables, mansos. Jesucristo amó esas virtudes, y se nos propuso como modelo de mansedumbre y de humildad.

Dios, que es el más alto de los seres, es también el más humilde, y se baja hasta nuestra pequeñez, y cuida de nosotros, y nos ama y nos perdona. El Hijo de Dios descendió de los cielos, y al hacerse hombre por nosotros nos dió un ejemplo portentoso de humildad; y pasó por la tierra humilde y desconocido, mientras por su divinidad era adorado por los ángeles. Y María, elevada a la intimidad con Dios, a la dignidad sublime de Madre suya, se llama esclava del Señor cuando el Angel la saluda llena de gracia y bendita entre las mujeres. ¡Oh jóvenes congregantes: aprended tan altos ejemplos y sed humildes!

No es la humildad la abyección, sino la verdad. Lacordaire la definió: "El conocimiento y aceptación del lugar que nos corresponde en la escala de los seres". No somos ciegos: algo somos y valemos; pero somos muy poca cosa; y lo poco que somos, se lo debemos a Dios. Démosle a El toda la gloria.

Servir a Dios

MEDITEMOS esta sentencia del Evangelio que acabamos de oír: "Nadie puede servir a dos señores". (S. Mateo, cap. VII). Muchas veces hemos meditado en la obligación que tenemos de servir a Dios, como criaturas suyas que somos y obra de sus manos; estamos convencidos de esta necesidad, pero no la llevamos bastante a la práctica. Servir a Dios es ordenar a El en último término toda nuestra vida, arreglándola según su santa voluntad. Quien lleva cualquier pasión desordenada en su corazón, a ella sirve, a ella se somete, hace de ella su ídolo y su dios. Y si somos orgullosos, hacemos de nosotros mismos el dios monstruoso a quien sacrificamos la gloria que a Dios se debe. Ordenemos pues nuestra vida: sirvamos a Dios; sólo en ese servicio encontraremos la paz y la felicidad.

Para el arreglo de la vida, os daré estos consejos que daba un insigne educador a un discípulo suyo que entraba en el mundo: Ten siempre un director docto, experimentado y bondadoso, a quien descubras los senos de tu alma. En nada podemos guiarnos solos, mucho menos en el asunto de nuestra vida moral y espiritual: pensar lo contrario es soberbia y lleva al fracaso. Trata a tus compañeros con afabilidad, pero con prudente miramiento: no te confíes a cualquiera: reserva tus intimidades para el joven que puede ayudarte, edificarte, elevarte. El amigo es otro yo: escoge al amigo entre mil, y escógelo tal como tú quisieras ser, de manera que su trato no te perjudique y degrade, antes te eleve y te santifique. La elección de amigos es de importancia capital en la vida del joven. Procura no caer, pero si caes, levántate luego: no estés un sólo día en desgracia de Dios.

Finalmente, procuremos servir a Dios aspirando a hacerlo conocer de los demás. El que no cela no ama, decía San Agustín: el joven que no tiene anhelos de apostolado, da prueba evidente de que no ama a Dios. Haz bien a tus prójimos con tus ejemplos, con tus consejos, con tus trabajos. Y para iniciarte en ese apostolado, allí tienes las obras de celo de la Congregación, sobre todo el catecismo.

Presunción y Desaliento

EN el estrecho de Mesina, entre la Italia y la Sicilia, hay un lugar peligroso para las embarcaciones que tienen que pasarlo, porque de un lado hay escondidos escollos, y del otro un remolino atrae y absorbe a las naves que se le acercan. Era célebre entre los antiguos ese paso peligroso, que los poetas aplicaron a cualquier paso difícil entre dos peligros: hay que librarse, decían, del Scila y del Caribdis. Yo quiero aplicar ahora esa alegoría a los dos peligros que tiene que evitar el joven que seriamente se propone ser bueno: la presunción y el desaliento. La juventud, animosa, pero inexperta, cuando concibe una idea y la ama y la sigue, ya la cree realizada. ¡Cuántas veces se cree el joven, bueno y virtuoso porque desea serlo! No: la virtud es preciso que se conquiste a fuerza de vencimientos y victorias; y si no, un fracaso seguro vendrá a despertar al joven de su ilusión. Joven: ¡La virtud tiene que costarte porque mucho vale! Sólo a costa de luchas serás de verdad virtuoso. El que no tiene esto presente, caerá en la sirte del fracaso y la desilusión. Pero no menos funesto al progreso moral es el desaliento. Hay muchos que comienzan con bríos, pero a la primera dificultad se dejan abatir y se desaniman: éstos son cobardes, el tipo opuesto de los presuntuosos. Ni las dificultades ni algunas caídas deben desalentar al que ha emprendido la árida labor de ser bueno y virtuoso.

Hay que evitar, pues, ese Scila y ese Caribdis: ni presuntuosos ni cobardes. Y para evitarlos, avivemos la fe, que es la estrella que nos guía y la fuerza que nos impulsa en el camino que hemos emprendido; pronto se presentarán a la vista del que sepa evitar esos peligros, los dilatados horizontes y el ancho mar en que su nave despliegue sus velas confiada y sin temor.

Las pasiones y su remedio en la Sagrada Comunión

NOS habla el Evangelio (S. Lucas, c. XIV) de un hidrópico curado por el Señor. Ese hidrópico nos representa, porque la fiebre insaciable que devora las entrañas del hidrópico, retrata la de nuestras pasiones desordenadas. La bebida aumenta el mal del hidrópico, y la condescendencia con la pasión es un fomento de ella, hasta llegar a absorber las energías y la vida toda de quien no sabe vencer al principio una mala pasión. Ved al deshonesto: no piensa en otra cosa, no aspira a otra cosa, no habla de otra cosa sino de torpezas. Ved al ambicioso: sólo un pensamiento lo domina y absorbe: el interés y el dinero. Y las pasiones nos acechan; son un enemigo siempre en vela; son un veneno cuyo germen llevamos en nuestras venas. ¡Oh joven! Contra ese mal no hay mejor remedio que acercarse a Jesucristo, médico de las almas. La Comunión es ese acercamiento. Como curó al hidrópico con sólo tocarlo, sana el Señor a quien se allega a El con fe y humildad. No digas que eres débil; la voluntad tiene fuerzas latentes que tú no conoces; pero sobre todo, tienes en tu mano la fortaleza de Dios, puesto que puedes acercarte a Jesús, tocarlo, recibirlo.

Fíjate en el hidrópico: nada dijo, pero su mirada al Señor era una súplica callada, humilde, confiada. Háblale al Señor con tu alma más que con tus labios, y al recibirle, déjate penetrar de su virtud y fortaleza: te apartarás de la sagrada mesa, (son palabras de S. Juan Crisóstomo), como un león que respira fuego, terrible al demonio. Comulga bien y serás bueno. Hazlo así con frecuencia, todos los días a ser posible, y serás santo. Sabras por experiencia, lo que por experiencia saben muchos jóvenes de tu edad.

La tentación

SORPRENDEN a primera vista estas palabras que leemos al principio de uno de nuestros libros sagrados: "Hijo, cuando te adhieras al servicio de Dios, permanece firme en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación." Al santo Tobías le dijo el Angel: "La tentación te fué necesaria, porque tu alma era preciosa a los ojos de Dios." Pues qué, ¿Es útil y aun necesaria la tentación? Sí, ciertamente, porque sólo por ella se sabe lo que vale una alma.

La tentación nos da ocasión de probarle a Dios nuestra fidelidad y nuestro amor, y nos ofrece el medio de merecer y engrandecernos: sólo en la tentación se forma y acrisola el alma del cristiano. Por esto nuestro Señor no nos dijo que pidiéramos no ser tentados, sino no caer en la tentación. La lucha es la condición de todo lo grande y de todo lo que vale; y como nada vale tanto como la virtud, ésta debe costarnos.

¿Quieres, pues, oh joven, ser bueno de verdad, tener algún valor moral, ser cristiano y salvarte? Pues oye el consejo del Espíritu Santo: "Permanece firme en el temor de Dios y a su servicio, y prepárate para la tentación".

Por eso el drama de la historia de la humanidad, escrito por Dios, se abre con la tentación del paraíso, tentación en que por desgracia sucumbió la humanidad en sus progenitores. Lección formidable para que no caigamos nosotros también.

La tentación está caracterizada en la serpiente, animal insidioso y cruel, que se oculta entre la yerba y ataca al desprevenido. La serpiente es para nosotros el mal libro, el mal amigo, el placer criminal que nos ofusca y halaga bajo mil formas distintas. Comienza como la del paraíso, llevando la duda a nuestro espíritu: "¿Por qué os ha prohibido Dios comer esa fruta?". Prosigue por halagar nuestro amor propio: "Seréis como dioses, sabréis de todo". Y acaba por halagar nuestros sentidos: "el fruto era hermoso a la vista y sabroso al paladar."

Jamás busquemos la tentación, porque el que se expone al peligro en él perecerá, dice el Espiritu Santo. Pero si viene, que no nos coja desprevenidos: hay que vigilar, decía el Señor. Estemos firmes: hay que rechazar la tentación de plano, sin vacilaciones ni condescendencias; y si es violenta, hay que buscar en Dios un refugio y un auxilio. Vigilancia, valor, recurso a Dios: he allí el modo de vencer la tentación y hasta engrandecernos con ella.

La alegría cristiana

EL Evangelio de hoy, (S. Mateo, cap. XXII), nos habla de un convite de bodas al cual se compara el reino de Dios, y ese convite representa no sólo el convite de la gloria al que todos somos llamados, sino el reino de la verdad, de la esperanza y del amor al que todos pertenecemos desde nuestro bautismo: "El reino de Dios está dentro de vosotros", dijo el Señor.

¡Pero cómo! ¿Nos habla usted de convite y de fiesta cuando en su plática anterior nos hablaba de tentación y de lucha? Sí, queridos jóvenes: convite y gozo es el reino de Dios, y se engaña mucho el mundo cuando cree que los buenos viven en una noche de opresión y de infelicidad: ¡se engaña! No hay mayor alegría que la que proporciona una buena conciencia: "El alma del justo es un banquete perpetuo", dice la Escritura; y S. Pablo decía: "Sobreabundo en gozo en todas mis tribulaciones." ¿No habéis visto a los que son de veras buenos, siempre con la sonrisa en los labios? Y ¿Por qué habían de estar tristes los que tienen a Dios por Padre y viven seguros de su protección? Todos habéis gustado alguna vez de la alegría de la buena conciencia, cuando nada turbaba vuestro gozo porque vuestra alma estaba serena y limpia como un cielo sin nubes. Y si añadimos a eso el gozo que suele dar el Señor a los que le sirven, las fruiciones de la piedad, de la devoción a la Virgen, de una comunión fervorosa, habremos de confesar que tiene razón el Evangelio al comparar el reino de Dios a un banquete real.

Desechad, pues, el pensamiento de que la piedad es gazmoña y triste: esa es la falsa piedad. Si la piedad es austera, sus gozos no son comparables con ningunos, porque penetran hasta el fondo del alma: "Del corazón de mis siervos, decía el Señor, brotan fuentes de agua de vida que saltan hasta la vida eterna." Y cuando todos los otros goces se extinguen o se cambian en saciedad y desengaño, sólo los de la piedad son duraderos porque sólo ellos consuelan en la desgracia, y aun en la misma muerte abren al cristiano las puertas de la eterna fruición.

Escoger su ideal y su amigo

NUNCA me cansaré de recordaros que el primer deber del joven es levantar muy alto sus miras y orientarse definitivamente hacia el bien en el camino de la vida, que comienza a recorrer. A vuestra edad todo hombre debe darse cuenta de que la vida es cosa seria, de que la Providencia divina que da al hombre un capital de bienes y energías, ha de pedirle estrecha cuenta de esos tesoros y reclamar el fruto de esos dones tan altos de naturaleza y gracia. Tierra estéril, árbol sin fruto, tesoro soterrado, serán malditos de Dios, como la higuera estéril del Evangelio.

¿Pero quién piensa en eso? La juventud es la actividad y el movimiento, y el peligro del joven, más que en la indolencia y flojedad, está en el abuso. ¿Qué vais a hacer de vuestra vida, oh jóvenes? La familia, la religión, la patria, esperan algo bueno de vosotros. Os diré con S. Pablo: Sois el espectáculo del cielo y de la tierra, y os contemplan los ángeles y los hombres. Ahora es tiempo, pues, de orientar vuestra vida, y de preparar vuestro destino y vuestra misión. ¿Os entregaréis al placer, al egoísmo, a la vanidad, en vez de comenzar vuestra gloriosa carrera de estudio, de trabajo, y sobre todo de abnegación y de virtud? El ideal os llama y os dice: Sé bueno, sé útil, comienza a cumplir tu misión que se malogrará si ahora no la emprendes. Y las tentaciones os desvían del camino recto, os detienen, agotan viciosamente vuestras energías, y os perderán para siempre si no sabéis resistirlas. Y la forma más ordinaria de la tentación en la edad juvenil es el mal amigo. Comenzad por sortear ese escollo. ¿Quiénes son tus amigos, oh joven? Serás como ellos, sin duda alguna. Pues mira de escogerlos entre mil. En dos cosas debes poner tu atención: en el ideal que elijas y en el amigo de que te acompañes. Que tu ideal sea noble, cristiano, divino; que tu amigo sea bueno, y a ser posible, mejor que tú.

El Rosario

TOCANOS hoy hablar de nuestra madre y señora, la Sma. Virgen María. Preguntaba alguno de vosotros por qué el mes de octubre es de los consagrados a Ella; y se le dijo en respuesta que porque en el mes de octubre se reza diariamente con solemnidad el Rosario en todas las iglesias.

¡El Rosario! De él quiero hablaros algunas palabras, amados jóvenes. Esa es la devoción clásica, la más extendida y eficaz de cuantas consagramos a María. Quieren algunos que signifique la palabra rosario corona de rosas, porque lo son las salutaciones que una tras otra vamos depositando a los pies de la Virgen Sma. cuando rezamos el rosario. Ni el orador, ni el poeta, ni el santo podrán encontrar una oración más bella ni una salutación más grata a la Virgen que la del Ave María, como que fué el saludo que el Cielo le dirigió allá en Nazaret, cuando a nombre del Cielo bajó a saludarla el Arcángel: Ave María, llena de gracia... Bajó entonces del Cielo ese cántico divino, y ahora que ya reina en las alturas la Reina del Cielo, desde todos los ámbitos del mundo, retorna al Cielo esa misma oración, brotando de innumerables almas que aman a María y la saludan y la invocan. ¿Quién dijo que era fastidioso el Rosario? Sólo el que no ama a la Virgen, porque el que le tiene un poco de afecto filial, nunca se cansará de cantarle el más breve, pero el más dulce cántico que puede llegar a sus oídos y a su corazón: Dios te salve, llena de gracia... "El amor, dijo Lacordaire, no conoce sino una palabra, y diciéndola siempre, nunca la repite."

A la salutación unimos en el Rosario la deprecación: Ruega por nosotros pecadores... ¿Qué necesidad podemos tener cuyo remedio no se encuentre en esa súplica reiterada y ferviente? Quien tantas veces le pide a la Virgen, después de saludarla, bien puede estar seguro que no le faltará la protección de la que es poderosa y Madre. Por eso el Rosario es un medio seguro para obtener los favores de Dios N. Señor, mediante la

intercesión omnipotente de su Madre bendita.

La Virgen Sma. ha recomendado el Rosario: lo llevaba en Lourdes, lo recomendó en Fátima, en las más notables apariciones de la Virgen en nuestros tiempos ha encargado el Rosario. Al Congregante Mariano no debe serle extraña esta devoción; ¿podrá haber un Congregante que no tenga un Rosario, que no lo rece con mayor o menor frecuencia? Sed devotos del Rosario; rezad siquiera un misterio todos los días, los que os preciáis de ser hijos amantes de María. En nuestros apuros y necesidades, acudamos al Rosario y experimentaremos su eficacia. Pero al rezarlo, huyamos siempre de la rutina, "esa gran enemiga de las cosas augustas," como dijo un escritor. Pongámonos a los pies de la Virgen, y como si la viéramos, (la ve nuestra alma), desgranemos a sus pies siquiera una década de esa corona de espirituales rosas que se llama el ROSARIO.

La lucha. – La persecución

EN una de mis pláticas anteriores os recordaba la condición de toda elevación y mérito en la vida humana: la lucha. Es preciso luchar, os decía, porque es preciso engrandecernos y subir. El bien es una conquista, y la más preciosa de las conquistas. Hay que conquistar la virtud, y los premios y galardones de ella: y toda conquista es costosa. No será coronado, dice S. Pablo, sino el que hubiere peleado en buen combate. Eso debe darnos ánimo y alientos para vencer pasiones y tentaciones interiores y exteriores, hasta la plena conquista del ideal. Es preciso espolear constantemente nuestro espíritu, reanimar el corazón que decae, no desalentarnos ni aun por derrotas parciales, que deben hacernos más cautos y valerosos.

Pues a esta condición de la vida individual ha querido Dios N. Señor sujetar la vida social, y también la vida cristiana colectiva: su Iglesia. El dijo a sus apóstoles: Seréis perseguidos. La Iglesia es la Ciudad de Dios, y púsola el Señor enfrente de la ciudad del mundo para que librase con ella por la gloria de Dios un perpetuo combate. No nos admiremos pues de que la Iglesia sea perseguida: maravilla sería y mal síntoma que no lo fuese; porque todas las ambiciones y pasiones humanas están contra aquella que las combate y que les pone un límite. Pero tampoco decaiga nuestro espíritu: la Iglesia tiene promesas divinas: no prevalecerán contra ella las puertas del infierno; y veinte siglos de experiencia han confirmado esas promesas. Si es perseguida en un pueblo, gana terreno y prestigio en otros pueblos; si desprecia una nación sus espirituales dones va a llevar a otros pueblos esos dones, semilla de aquella civilización y grandeza que ella sólo produce. No debemos temer por la existencia de la Iglesia, pero sí por su mayor o menor descenso en nuestra patria, para perjuicio nuestro. Y por eso los males de la Iglesia en México no deben sernos indiferentes; debemos orar y preparar para la Iglesia mexicana, madre de nuestras almas, un porvenir mejor. Instruyámonos y ejercitémonos en ese apostolado del ejemplo y de la acción católico-social, indispensable al cristiano

que no es apático y traidor a la causa bendita de su fe. Tristes tiempos estos en que nos ha tocado vivir. Pero más bien digamos: benditos tiempos que nos proporcionan la ocasión y el deber de luchar por la más noble de las causas: la de Dios.

Pecados de costumbre

EL Evangelio que se acaba de leer (S. Mateo, cap. IX) me da ocasión para deciros dos palabras sobre los pecados de costumbre. Esa mujer (la hemorroísa) padecía desde doce años atrás un flujo que había consumido todas sus energías y marchitado su vida: la enfermedad con el transcurso del tiempo se había vuelto incurable, y la llevaba a paso lento y seguro a un sepulcro anticipado: símbolo exacto del pobre joven a quien una mala costumbre convertida en vicio le tiraniza y le ahoga, royendo implacable la misma raíz de su vida, como un torpe gusano la de una planta en flor. Malo es el pecado, porque es un desorden, una rebelión, un mal que Dios odia y detesta: pero si se repite y reitera, el mal moral lo mismo que el físico va haciéndose incurable, y apresando como implacable pulpo con tantos tentáculos cuantas son las caídas, al alma infeliz de que llega a apoderarse. Quien cae en ese abismo, ya puede decir adíos a sus ideales, a su misión en el mundo, a una vida noble y fructífera. Sus vicios dormirán con sus huesos en el sepulcro, dice el Espíritu Santo: lo que es decir: le llevarán sus vicios a un sepulcro prematuro y deshonrado.

Temed, oh jóvenes, un vicio, cualquiera que sea; conservad la libertad de vuestra alma; no os esclavicéis al mal. ¡Y es tan fácil incurrir en una mala costumbre, esclavizarse a un vicio! Todas las bajadas son fáciles; lo que cuesta es subir.

Pues bien: vuestra edad tiene entusiasmo y energías, y sobre todo Dios os ofrece su divina gracia que es fortaleza y vigor. La confesión, y más aún, la Comunión frecuente y bien hecha es remedio infalible contra cualquier vicio incipiente, remedio infalible, digo, porque es un remedio divino. Aquella mujer hemorroísa del Evangelio había agotado sus fuerzas, sus recursos pecuniarios, todos los medios humanos; pero no desesperó: le quedaban los divinos. Hace un esfuerzo y viene a Jesús, tal vez desde lejos; se acerca al Señor con fe; y esa fe fué tan grande, que con sólo tocar la orla de su vestido queda curada.

Estimulad vuestra fe; allegaos al Señor con humildad y confianza por la oración frecuente y la frecuente Comunión; y de este modo, si sois buenos os afirmaréis en el bien; si comenzáis a ser malos, con un generoso esfuerzo de vuestra parte, Dios y vosotros realizaréis el milagro de vuestra reintegración definitiva en el bien.

La fiesta de Cristo Rey

MAÑANA celebramos la fiesta de Cristo Rey, fiesta novísima que instituyó nuestro actual Pontífice Pío XI el año de 1925, para glorificar a Cristo nuestro divino Señor, y proclamarlo soberano maestro a la faz del mundo, hoy que una gran parte de ese mundo rechaza su soberanía. Nosotros, mis amados congregantes, debemos tener el espíritu de la Iglesia, nuestra madre, pensar con ella, sentir con ella: somos católicos, y esto constituye nuestra gloria y nuestra esperanza. Pues bien, la Iglesia proclama hoy, como cosa actual, ese título que a Cristo siempre le ha correspondido, y es preciso que nosotros lo hagamos también con ella, con los católicos conscientes y fervorosos del mundo entero; porque Cristo es nuestro Rey, y porque las circunstancias exigen que como tal lo proclamemos.

Es nuestro Rey Jesucristo, no sólo por su divina persona, porque como hijo de Dios vive y reina en su divinidad por los siglos, sino también por su humana naturaleza, pues "le ha sido dado un nombre que está sobre todo nombre; ante El debe doblarse toda rodilla en el cielo, y en la tierra y en los abismos." "Todas las cosas las ha puesto el Padre en mis manos," decía El; y "lleva escrito en su muslo, (añade S. Juan) el título de su grandeza: Rey de Reyes y Señor de los que dominan." Por esto su Evangelio debe ser acatado por todos. El trajo al mundo la luz, la justicia y la verdadera civilización; y las inteligencias que de El se separan caen en las tinieblas y los corazones que le abandonan se enfangan en el vicio, y los pueblos que le deja se precipitan en la opresión y en la barbarie. El no destituye a los reyes, pero está sobre ellos; no destituye ninguna legítima autoridad, antes la favorece y afianza, pero a condición de que acate su persona y las prerrogativas de su Iglesia: éste es su reino espiritual, exclusivamente suyo, y en el cual El vive bendecido, amado, adorado y glorificado por muchos millones de almas purificadas y ennoblecidas por El. Los otros príncipes son respetados y obedecidos; El ha querido además ser amado, y lo ha conseguido siempre, y su reino es el reino de su amor que

llega hasta el delirio, hasta el sacrificio: ese reino suyo de su amor hasta la muerte es su gloria más grande y el mayor de sus milagros. Pero el hombre posee el don terrible de la libertad, qué Cristo no ha querido tocar; y por esto habrá hasta el fin quien resista a su reinado de virtud y de amor. Hoy los enemigos de Cristo levantan más alto sus banderas; hoy se hace a nuestro divino Rey una guerra parricida: es preciso pues que hoy nos adhiéramos más a El, y con más amor y entusiasmo le proclamemos nuestro Rey, poniendo a su servicio nuestra vida y nuestras fuerzas. A El todo lo debemos, a El lo entregaremos todo: El será nuestro Rey en el tiempo y en la eternidad. Este es el sentido de la presente festividad.

Bendita entre las mujeres

HABLEMOS hoy de la Virgen Santísima nuestra Madre. Las grandezas de María están reunidas en la divina oración del Ave María, saludo enviado del Cielo a la escogida de Dios, a la "bendita entre las mujeres." Estas palabras, mis amados congregantes, encierran, como todas las de la divina oración del "Ave María," un sentido profundo: cuanto más se las medita, más luces se encuentran en ellas; como al dirigir la mirada al cielo en una noche serena, se ven brotar del fondo del abismo nuevas e incontables estrellas.

Hoy quiero fijarme en esas palabras "bendita entre las mujeres". Un espíritu superficial sólo advierte en ellas un sentido vulgar; pero a un alma generosa y profunda, al pronunciarlas, le parece que se asoma a un abismo.

En efecto: entre los encantos creados que pueden arrobar al hombre, la mujer ocupa el primer lugar: en ella vislumbra el tipo y la cima de la belleza física, y tras de ella la más alta y sublime la belleza espiritual. La inocencia, la sencillez, la pureza más limpia, unidas a la bondad, la delicadeza y la ternura, se las figura el hombre y como que las adivina y las sueña en un alma femenina. Pues bien; elevad esa belleza a la última potencia y apenas habréis vislumbrado las bellezas y las excelsitudes de María, la que Dios escogió y formó con su omnipotencia y llenó de su gracia, la que por eso los cielos y la tierra llaman "bendita entre las mujeres". Cándida como la inocencia, ideal más que la más pura de las vírgenes, amorosa y tierna más que todas las madres; ¡bendita entre las mujeres!

Es también bendita porque Dios la escogió para derramar por ella sus bendiciones sobre la humanidad. En el primer anuncio de la redención, ya aparece la Virgen, la Mujer, como vencedora de la serpiente y trayéndonos en sus brazos al bendito fruto de su vientre, Jesús. Y como Jesucristo bajó por ella al mundo, toda bendición y toda gracia bajan también por ella

a las almas. Adán se estremeció de gozo y de esperanza al contemplarla en una visión futura; y nosotros nos llenamos de entusiasmo y de amor al verla reinando en el cielo y dispensándonos como Reina los favores y las gracias del Eterno Rey. Elevad a esa altura vuestro pensamiento y saludad con amor inmenso a nuestra Reina y Madre, bendita entre las mujeres.

Desde esa altura mirad a la mujer, cuyo tipo y corona es María; mirad a la mujer, admiradla y respetadla; y después, amadla en vuestros sueños más puros, si sois puros, si amáis la pureza en María. ¡Cuidado con la frivolidad, cuidado con la profanación de lo más noble y divino que tiene el hombre: el amor! No adelantéis su hora, no profanéis sus encantos. Para conservar siempre puro en el vaso frágil de vuestro corazón un don tan alto, no apartéis jamás la mirada ni la súplica de vuestra madre del cielo, la más pura de las vírgenes, la bendita entre las mujeres.

El retiro. – Refrenar la lengua

CON ocasión del retiro de mañana y para prepararos a él, quiero recordaros, mis amados congregantes, lo importante que es para un hombre que mira con seriedad la vida, y mucho más para un cristiano que sabe que de la vida pende la eternidad, el retirarse de cuando en cuando a soledad para pensar con detenimiento en los problemas espirituales que son los que rigen y avaloran nuestra vida. El hombre que no sabe retirarse para pensar y orar, vive perpetuamente como un niño, sólo para la hora presente, divertido e ilusionado por las cosas que pasan. Sólo en el retiro se conciben, estudian y maduran los grandes pensamientos, y sólo en él se toman las resoluciones prudentes y firmes que han de sostener nuestra voluntad ante el choque de las pasiones y de los obstáculos que detienen o desvían nuestra marcha por el camino del deber, que es el camino del cielo.

Del divino Maestro, que vino a enseñarnos no sólo con sus palabras sino también con sus ejemplos, nos dice el Evangelio cómo practicó el retiro, su adolescencia y juventud fué un retiro continuo, e inauguró su vida apostólica con el retiro del desierto que duró cuarenta días. Durante su predicación se retiraba a orar solo o con sus discípulos, y a esos retiros los llamaba su descanso: "Venid y descansad algún tanto", decía a sus discípulos. Siguiendo sus huellas, en el retiro se han formado los santos. Y de todo hombre que no practique el retiro en alguna forma, puede decirse que no vive sino de frivolidades. Pero el retiro espiritual para que sea fecundo debe pasarse ante Dios; pensemos y orémos en su presencia, y El que es fuente de luz y de fortaleza, sol de las almas, nos iluminará y nos vivificará.

El día de retiro es a propósito para examinar uno su conducta, y ver de remover los obstáculos que nos impiden ir a Dios. Y uno de los tópicos que debe examinar el joven para conocerse y mejorarse, es su lengua. Puede decirse que la lengua es el termómetro moral de un joven: un jo-

ven desenfrenado en palabras, casi siempre es perverso: un joven recatado en ellas casi siempre es bueno; porque ya lo dijo el Señor: De la abundancia del corazón habla la boca. El apóstol Santiago afirma que el que no peca con su lengua es un hombre perfecto. ¡Cuánto importa pues el refrenar la lengua, y qué dignos de compasión son los jóvenes que creen engrandecerse con un lenguaje lépero! Refrenad en todo vuestra lengua, y fácilmente refrenaréis todas vuestras pasiones. Uno de los rasgos distintivos del buen congregante deben ser sus palabras, siempre moderadas, dignas y cristianas. Pensad mañana, mis amados congregantes, si poseéis ese rasgo.

El fin de los tiempos.

Huir del mundo

EL Señor habla en el Evangelio que acaba de escuchar (S. Mateo, Cap. XXIV), del fin del mundo. El Señor comienza por anunciarnos la ruina de su ingrata patria, Jerusalem, pero en ese suceso engloba el anuncio del fin de los tiempos, de los que el fin del reino de los judíos era una figura. Hemos oído con cierto religioso temor la emocionante profecía: reflexionemos ahora algún tanto sobre ella, pero refiriéndola a nosotros.

Cuando vemos tantos males como reinan en el mundo y se aumentan sin cesar como ola creciente, cuando vemos que el paganismo nos invade por todas partes, en el gobierno de los pueblos, en las costumbres públicas, en la incredulidad que levanta bandera ¡quién lo creyera! hasta en pro del ateísmo y contra el mismo Dios, no nos cabe duda de que los males anunciados por el Señor como señales del fin del mundo han ya aparecido y de que "la abominación de la desolación se establece en el lugar santo", al querer el hombre derribar a Dios de su trono, que son las inteligencias y los corazones, para colocar en ellos el ídolo del propio yo.

Pues ¿Qué haremos si deseamos conservar en nuestras almas la fe, en nuestra vida las buenas costumbres? ¿Cómo nos salvaremos en medio de esta impía generación? El Señor nos dió la norma cuando dijo: "Entonces, huíd a los montes, y el que está en el terrado no baje a tomar su túnica". Es decir: Separáos cuanto podáis de un mundo que sólo ofrece incentivos de corrupción. Huír del mundo fué siempre una máxima de vida cristiana; porque el mundo es "enemigo de Dios y está sentado en la maldad"; pero es eso mucho más necesario en estos tiempos en que la inundación de la impiedad y del vicio apenas deja lugar donde poner el pie. Mas huír del mundo no quiere decir volverse misántropo: "Vosotros estáis en

el mundo, aunque no le pertenecéis", decía a sus discípulos nuestro Señor. ¿Qué es pues huír del mundo? Apartarse lo posible de las tentaciones, de los lazos y peligros del mundo. ¿Cuáles son esos peligros? Vosotros los conocéis: malas amistades, libros malos, espectáculos corruptores, pasatiempos y diversiones peligrosas. ¡Oh bailes, teatros, cines! ¡Cuántas almas mancháis y envenenáis! O separaos completamente de esas diversiones o usad de ellas si os es preciso con tal cautela, que se aligere su peligro o se amortigüe su veneno. Consultad vuestro confesor. Sois jóvenes y necesitáis de expansiones; pero procuráoslas, en lo posible, inocentes e higiénicas: paseos, excursiones, deportes... Triste cosa es el estar siempre en guardia y el tener que vencerse muchas veces; pero ¿Qué queréis? Los tiempos son malos; arde el incendio de la impiedad y del vicio: el que quiera ser salvo, huya de sus llamas y póngase en seguro.

El Adviento.-Confesar a Cristo

EL día de mañana (primer domingo de Adviento), veréis el altar despojado de sus ornamentos festivos, y al sacerdote revestido de ornamento morado, color que indica la penitencia; y es que mañana comienza el Adviento que es el tiempo que precede a la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo y que nosotros debemos dedicar a esperarlo; pues así como nació en Belén para salvar al mundo, renace por la fe y el amor en las almas bautizadas, para elevarlas y divinizarlas.

¡Felices los que son visitados espiritualmente por Dios! Como se renueva el mundo cada día con la aparición del sol, y cada año con la estación primaveral, en nuestras almas hay renovaciones con la aparición de Cristo para unirse más íntimamente a ellas; de Cristo, Sol y Vida de las almas. ¡Qué poco es el hombre, dijo un filósofo gentil, si no se eleva sobre lo humano! Y sólo Cristo nos levanta del peso nativo de nuestra degradación. ¡Oh jóvenes! Buscad a Cristo, que quien de El se aleja ve oscurecérse sus horizontes y abatirse la fase más noble de su vida, la espiritual.

La Iglesia nos recuerda otra vez la triunfal venida de Jesucristo que ha de verificarse el último día de los tiempos: será la aparición del Hijo de Dios en su gloria para alegría de los buenos y confusión de los impíos. Es necesaria esa venida pública de Jesucristo para que le reconozcan como Juez los que no han querido reconocerlo como Salvador. ¡Felices los que entonces sean llamados a su derecha! Pues lo seremos sin duda si ahora y siempre lo confesamos como a nuestro Salvador. El dijo: Quien me confesare ante los hombres, yo lo confesaré ante mi Padre, y quien me negare, yo le negaré ante mi Padre que está en los cielos.

El confesar a Cristo siempre y dondequiera es un deber del cristiano; y quiero recordároslo, mis amados congregantes, ahora que muchos se avergüenzan de ser cristianos y de profesar su fe, por miedo al ridículo o por cualquier humano respeto: ¡Ruindad y cobardía! Y aun más: desleales e indignos son los que por temor a los hombres niegan a Dios. Ese respeto humano domina a muchos jóvenes de nuestros días, y es una rémora para la formación de su carácter de caballeros y cristianos. No es necesario, ciertamente, hacer alarde de nuestra fe; pero es preciso no negarla cuando las circunstancias lo pidan; es un deber de honor y de conciencia: ¡Menguado es el hijo que se avergüenza de su padre! Y no olvidemos que dijo el Señor: a ese que de mí se avergüenza, lo negaré yo ante mi Padre el postrero día; pero yo confesaré ante mi Padre al que ante los hombres me confesare.

San Juan Bautista.

Conocer a Cristo

ACABAMOS de oír el Evangelio del segundo domingo de Adviento (S. Mateo, cap. XI).

San Juan, encarcelado por Herodes, envía a dos de sus discípulos a preguntar a Jesús que por entonces comenzaba su predicación: "¿Eres tú el que ha de venir?" Los judíos y aun el mundo entero estaban entonces en una solemne expectación: las profecías judaicas, lo mismo que las antiguas tradiciones, habían anunciado al Enviado de Dios, y las señales de los tiempos se estaban cumpliendo: era aquella una hora solemne y todas las almas nobles estaban como suspensas. Había resonado la voz del Bautista, singular personaje que por la austeridad de su vida y lo arrebatador de su elocuencia arrastraba tras sí a las multitudes, y les decía: "Haced penitencia: se acerca el reino de Dios". Pero Herodes puso a Juan en la cárcel porque le reprendía sus crímenes, y Juan entonces envió a sus discípulos a Jesús, a fin de que conocieran por sí mismos a Aquel a quien él anunciaba, al esperado de las gentes, al enviado de Dios. Y en efecto, los discípulos de Juan escucharon la voz de Jesús, presenciaron sus milagros, y creyeron en El; y hacia Jesús refluyó todo aquel concurso inmenso de almas de buena voluntad preparadas por Juan para recibir la buena nueva.

La Iglesia, al recordarnos estos sucesos, nos invita también a nosotros a acudir a Jesús, a aproximarnos a El por el estudio y la oración, para conocerlo y amarlo mejor; y a esto mismo os invito yo ahora, mis amados congregantes. Aproximarse al Señor es conocerle cada vez mejor: conocer su divinidad, conocer su humanidad, conocer su historia, conocer su doctrina. Cristianos hay que sólo lo son de nombre, porque los bautizaron

en su infancia, pero para quienes Jesucristo es un extraño; otros le conocen, pero tan superficialmente, que apenas se dan cuenta: su vida y persona es para ellos oscura y nebulosa; otros en fin, aunque saben de El un poco más, no le aman porque no piensan en El, no recuerdan sus beneficios, no se afectan de su amor: todos ellos se sustraen al sol de las almas; ¡qué mucho que vivan en las tinieblas y en los hielos de un egoísmo feroz! Conozcamos pues a Jesucristo, estudiando su vida y su doctrina. Leed el Evangelio: los protestantes lo leen más que nosotros, y tienen ese reflejo aunque pálido de su luz. No nos dejemos vencer en esto; ¿Habrá un joven que se llame católico y que no conozca el Evangelio? Verdad que la sustancia de ese libro divino ya se nos enseña desde niños en el catecismo; verdad que la Iglesia nos lee y explica trozos del Evangelio; pero es también muy conveniente leer y meditar cada cual el Evangelio en sus fuentes. No deben faltar, oh jóvenes, en vuestra biblioteca, y aun tenerlos siempre a la mano estos celestiales libros: el Evangelio y el Catecismo: allí aprenderéis la vida y la doctrina del Señor. Pero no es bastante; acercaos a El por la oración y la Comunión: en esto, se quedan lejos los protestantes; ellos no tienen a Jesús viviente en la Eucaristía. ¡Oh! Estimemos nosotros tan divino tesoro, y comulguemos con fe y con amor, y así conoceremos a Jesucristo no sólo en su imagen, por su historia y por la luz de su doctrina, sino también y principalmente en el vivífico calor de su amorosa y real presencia.

María Inmaculada

HABIENDO de celebrar mañana la fiesta principal que nuestra Congregación dedica a María Inmaculada, ¿De qué otra cosa pudiera hablaros sino de nuestra Reina y Señora? En ella están fijas todas las miradas, por ella laten todos los pechos. Y en verdad que merece toda alabanza y todo amor, ella, la escogida de Dios, la llena de gracia, la bendita entre las mujeres. Destinada por Dios para que fuera su Madre al hacerse hombre en su seno, al crearla quiso el Señor adornar su templo, preparar su morada. ¿Y cuál resultaría la obra admirable en que el amor eterno empleó la omnipotencia para hacerla perfecta? El primer paso fué preservarla de toda mancha desde su Concepción Inmaculada; privilegio único, pues nacidos todos en pecado por proceder de descendencia pecadora, sólo ella, aunque hija de Adán y hermana nuestra, sólo ella desde el primer instante de su ser se vió libre de toda mancha, y su alma purísima más nítida y transparente que el más limpio cristal, se vió iluminada por los rayos del Sol eterno, enriquecida por todos los dones naturales y sobrenaturales del Rey divino, toda pura, toda santa, toda hermosa, llena de gracia. Esa es nuestra Madre. ¡Oh!, ¿Cómo no alegrarnos al mirarla como una aurora divina, como una visión del cielo? Por eso se van tras ella nuestros pensamientos y nuestros corazones. Despertad, mis amados congregantes, en este día vuestra fe para mirar a la luz del cielo a nuestra Madre y Señora y arrobaros en su aparición celestial.

Pero no es bastante admirar y alabar a nuestra Reina; es preciso acercarnos a ella por el afecto y por la imitación. Sería disonante y absurdo que los hijos de la Virgen inmaculada fueran esclavos de la deshonestidad y del vicio; ante el esplendor de la pureza de María, nuestras menores faltas deben ir desapareciendo mediante un esfuerzo de purificación y de ascensión hacia las regiones de la pureza y de la luz. La devoción a la Virgen no nos hace impecables, pero nos estimula al bien, nos suaviza el combate y nos facilita la difícil ascensión a las cumbres de la virtud.

¿Quién dijo que la pureza absoluta sólo cuadra a tímidas doncellas? ¡No! por el contrario, es la condición de las almas libres y grandes, libres de la esclavitud de la más baja de las pasiones, grandes con la magnanimidad del que elevándose sobre lo bajo y rastrero, mira abatirse a sus pies las cosas terrenas y extenderse sobre su frente la luminosa inmensidad. ¡Oh, Virgen y Madre nuestra querida! ¡Purifícanos; y arrebatándonos contigo a lo alto, acércanos a Dios!

Próxima Navidad. – Deseo de unirnos a Jesús

APROXIMASE, mis amados congregantes, la fecha memorable en que apareció en el mundo el Hijo de Dios, momento esperado por el cielo y por la tierra, porque en él Dios sería glorificado y salvados los hombres; noche luminosa y radiante en que comenzó a brillar para los hombres aquella luz de fe y de esperanza que se había apagado entre las sombras del pecado, desde que la desobediencia de Adán precipitó al hombre por las pendientes del mal. Después de larga experiencia, la humanidad por sus más nobles representantes sentía su impotencia para el bien y su alejamiento de Dios. Las tradiciones antiguas que anunciaban un Redentor, se avivaban con el deseo de él. Pero donde la esperanza del Mesías era más viva y los anuncios más precisos, era en el pueblo judío, destinado por Dios para conservar las promesas y vivir de ellas. Los tiempos se habían cumplido, y entonces precisamente la voz del Bautista que había atraído a sí a las muchedumbres, da testimonio del "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo."

Aquellos tiempos resurgen ante nosotros, mis amados congregantes, y aquellos anhelos y esperanzas hallan eco en nuestras almas. Porque también nosotros necesitamos del Redentor, nosotros, que aun iluminados por su luz y purificados por su gracia, nos sentimos invadir por donde quiera por las sombras del error y las seducciones del mal. ¿Quién desconoce su debilidad y su miseria sino el ciego o el soberbio? ¡Oh, Jesús! ¡Ven a estas almas que aun en los albores de su existencia ya comienzan a sentir el vació de las criaturas y el tedio de la vida! Todos sentimos el deseo cada vez más angustioso de la verdad y del bien, de la virtud y de la paz; y desdichado del que no lo sintiera: habríase degradado el alma

de aquel que hubiera perdido esos sentidos espirituales. Mas el único que puede iluminarnos y salvarnos es Jesús, Dios con nosotros. Y el día de su natividad es con frecuencia el escogido por El para visitar a las almas y renacer en ellas. Preparémonos para ese día: día feliz sera aquel en que acercándose el Señor a nosotros, se levantará en nuestro horizonte esa nueva estrella, se renovarán en nuestras almas el amor de Dios, la esperanza y la paz. Avivemos el deseo de conocer más a Jesús, de amarle más, de vivir de El más y más. Renovemos el día de su natividad, los propósitos de acercarnos a El con más frecuencia y amor por la Comunión semanaria y fervorosa, y de vivir a El unidos llevándole en el pensamiento y en el corazón.

Navidad. – Ejemplos de Jesús

HA llegado esta vez como otros años el día esperado con ansia por los cristianos, el día de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo. Cuando el Señor vino al mundo, era esperado por todas las naciones y ardientemente deseado por el pueblo judío que no vivía sino de esos deseos y esperanzas. En expresión de un historiador pagano, el enviado de Dios era el polo de la esperanza universal. Y en la noche feliz que hoy conmemoramos, todos esos anhelos y esperanzas comenzaron a realizarse. Aparece en el mundo el Salvador, y aunque desconocido de los hombres, lo celebran los ángeles. ¡Oh noche feliz que nos traes el primer rayo de luz que ahuyenta la noche del error y del pecado! Trasladémonos con el pensamiento, mis amados congregantes, a ese establo de bestias convertido en aula celestial y en templo sagrado en que Dios quiso nacer. Asistamos a esa escena sencilla y sublime: las primeras adoraciones que recibe Dios con nosotros; y unámonos nosotros también a esos primeros adoradores del Dios-hombre. La noche es fría e inclemente, y María y José, que en vano buscaron hospedaje en Belén, se han retirado a esa pobre gruta, albergue de bestias. ¡Oh pobreza! El Señor que había descendido de los altares del cielo a la bajeza de la tierra, para enseñarnos a despreciar las vanidades del mundo, a humillarnos y a aceptar la vida cualquiera que sean las condiciones con que ésta nos venga, hace del pesebre de Belén la primera cátedra de sus enseñanzas. La gran ilusión de los mortales, su perpetuo engaño, es mirar como supremos bienes las riquezas y grandezas terrenas, y el Señor quiso combatir esa ilusión y ese engaño naciendo pobre y humilde. El nos enseña que los verdaderos bienes, son los que dan la paz al alma y tienen su resonancia en la eternidad: a saber, la verdad y la justicia. Consolémonos los que poco tenemos de los vanos y pasajeros bienes de este mundo: nuestro Señor fué aun más pobre que nosotros. Y para ir a adorarle, hagámonos pobres de espíritu y sencillos de corazón como esos pastores que fueron los primeros llamados por los

ángeles a Belén. Sólo en corazones humildes prosperan la caridad, la abnegación y las otras virtudes que traen a las almas y a la sociedad las dulzuras y la paz. Aprended, oh jóvenes; y ante la gruta de Belén, muera en nosotros ese orgullo que reside como una levadura de desdichas en el fondo de todo humano corazón. Todos somos invitados a ir a Belén, a reconocer y a adorar en ese niño gracioso y amable, al deseado de las gentes, al Hijo de Dios; a alegrarnos en fin porque ya ha descendido del cielo Aquél que es el único que puede conducirnos al cielo: Jesús nuestro Salvador.

Fin de Año. – Acción de gracias. – Renovación.

DESPUES de pocas horas habrá terminado el año corriente y comenzará a correr otro nuevo. Cada etapa en la serie de los tiempos impresiona fuertemente al hombre reflexivo, y le invita a serios pensamientos y a saludables propósitos. El cristiano mira ante todo en el año que termina un cúmulo incalculable de beneficios divinos; porque el Omnipotente que nos crió, nos conserva a cada instante con una acción constante y bienhechora: si retirara su influjo, siendo nosotros nada de nosotros mismos, volveríamos a la nada. Dios nos tiene como colgados de su poder, y añade cada día al beneficio de la conservación nuevos y nuevos beneficios.

Recordemos algunos. Como hombres, nos sustenta, nos instruye y nos consuela, provee a nuestras necesidades y hasta a nuestros gustos, y todo lo ordena a nuestro bien; hasta los trabajos y dolores traen una misión benéfica cuando nos vienen de su mano. Como cristianos nos ilumina, nos instruye y nos educa; nos perdona y nos ama; nos comunica cuanto tiene, nos llama hijos suyos y nos destina a reinar con El. ¡Qué bondad la de Dios que nos da a su Hijo por Salvador, siendo nosotros siervos protervos y rebeldes! ¡Qué caridad la de Jesús que después de haber muerto por nosotros, se nos da en el Santo Sacramento, sin restricciones ni medidas, como alimento de nuestras almas! ¡Oh! Yo creo en la felicidad de la gloria y la espero, porque tiene por precio de ella y por gaje a Jesucristo. ¡Qué bueno es Dios! Pero nosotros, ¿Le correspondemos, le agradecemos siquiera tamaños beneficios? Hoy es día de acción de gracias, y ésta debe ser la primera intención de nuestra comunión de mañana: alabar, bendecir, agradecer a quien tanto debemos.

El año que va a comenzar os invita también a una renovación. ¿Estamos satisfechos por ventura del buen empleo del año que fenece? ¡Tiempo precioso que debíamos haber empleado en perfeccionarnos, dignificarnos, elevarnos, para la gloria de Dios, y que hemos derrochado indolentemente, tal vez indignamente! ¿Tendríamos que decir lo mismo de la vida entera el día final de nuestra vida? ¿No vemos que el tiempo que se va no vuelve y que las energías perdidas no se recobran? Dediquémonos por fin a ser mejores: que el año que comienza nos induzca, como ya dije, a una renovación. ¿ Queréis, mis amados congregantes, ser agradecidos a Dios y aprovechar vuestra juventud, de cuyo empleo depende el éxito de vuestra vida temporal y eterna? Pues yo os diré en una sola palabra lo que Dios os pide, lo que la Virgen Santísima desea, lo que os asegura todo bien. Propóngase cada uno de vosotros llegar a ser en el año próximo un perfecto Congregante: ese es el bien que para el año nuevo os deseo.

La Epifanía del Señor

ACABA de pasar la fiesta de los Santos Reyes o Epifanía del Señor. La Iglesia le da grande importancia a esa fiesta, porque fué ese día cuando el Señor se manifestó por primera vez a los gentiles, entre los cuales nos contaríamos nosotros todos representados en nuestros ascendientes. Quiero haceros algunas reflexiones, muy amados congregantes, sobre ese suceso. A los pastores, primicias del judaísmo, los llamó un ángel a los pies del Divino Niño; a los reyes, una estrella. ¿Qué significa esa estrella misteriosa? Un profeta había anunciado al Salvador bajo la figura de una estrella que se levantaría de Jacob; la tradición difundida por oriente interpretaba materialmente esa profecía que corría muy válida entre aquellos pueblos; y cuando en efecto la estrella milagrosa apareció, tres sabios, (que esto quiere decir magos), los cuales según la tradición eran también reyes, se dijeron: He ahí el signo del grande Rey, vamos a adorarle: y tocados del suave atractivo de la gracia, dejaron negocios y comodidades y emprendieron el largo y peligroso viaje, siguiendo la estrella. Ellos deseaban, esperaban, alzaban su vista al cielo, no sólo para estudiar las constelaciones estelares, sino para implorar la piedad del Altísimo; y cuando la estrella apareció respondiendo a sus preguntas, a sus deseos y esperanzas, ellos no dudaron un punto, y fueron, llenos de gozo y confianza, en su seguimiento; y encontraron a Jesús, y ante El se postraron, sin que les arredrase la pobreza del lugar, porque estaban iluminados por una luz más alta y un testimonio más augusto.

Esa fe de los magos nos edifica y nos alienta; esa es la que deben tener todos los que buscan a Dios, esa es la que nosotros debemos procurar. ¡Oh joven! ¿No sientes el deseo de lo divino? ¿O quieres vegetar en la tierra sin mirar nunca al cielo, sin sentir los deseos divinos de tu alma inmortal? Pues mira tu estrella. Tu estrella es la palabra de Dios que te ilumina y te llama a una vida más recta y más cristiana; tu estrella es el buen ejemplo del amigo, la buena máxima que lees, la palabra del sacerdote que te

exhorta, la secreta voz de tu conciencia que es la voz de Dios. Abre tus ojos a esa luz, oye esa voz; aviva tu fe y tu confianza, y ella te llevará a los pies de Jesús nuestro Salvador, luz de las almas, camino, verdad y vida. Acércate al Señor con fe y humildad, como los magos; ofrécele tu corazón y tu vida, pídele su gracia y su amor. Los magos ofrecieron al Señor sus dones: oro, incienso y mirra. Esos dones fueron reales y simbólicos: significan, el oro el amor, el incienso la adoración, y la mirra la mortificación. Esto mismo es lo que espera de nosotros el Señor: el espíritu que en El crea, el corazón que le ame, la voluntad resuelta a luchar por agradarle. De esta manera el culto del verdadero Dios ilumina nuestras almas, llena de gozo nuestros corazones, y santifica nuestras costumbres: nadie se acerca a Dios sin ser mejor y más feliz.

Las Bodas de Caná

EL Evangelio de hoy, (S. Juan cap. II), habla de nuestra Madre María Santísima, y no puedo dejar de comentároslo brevemente. Relata las bodas de Caná.

Celébranse unas bodas en Caná de Galilea y se hallan entre los comensales Jesús y María. Créese que estas bodas eran de gente humilde y pariente de María; no nos extrañe, pues, encontrarla a ella y hasta al Divino Maestro en un modesto convite: sensible el Señor a la amistad y delicado al par que sencillo en su trato social, no rehusa autorizar con su presencia las justas y ordenadas expansiones de la alegría. Dios mismo desde su gloria paréceme que se complace en nuestras fiestas cuando las tenemos sin ofenderle, como un padre en los contentos de sus hijos. Ni la piedad, ni aun la santidad se oponen a las modestas alegrías de la vida, antes las hacen más sabrosas sazonándolas con la paz de una conciencia tranquila. Desechemos para siempre la falsa idea de que la piedad es triste y gazmoña. Pero no nos olvidemos en nuestros regocijos del santo amor de Dios. Como a aquellas bodas daría a vuestros juegos una nota celestial el recuerdo de Aquélla a quien llamamos causa de nuestra alegría. Hay sin embargo, fiestas y diversiones que el cristiano debe mirar con recelo, como ocasión e incentivo de pecado. Más de una vez he hablado de ellas para reprobarlas. Entre las cuales merecen particular reproche los bailes, hoy tan paganizados: allí no va el hombre a tener una justa diversión, sino a fomentar insanas pasiones. ¿No los temeríais como peligro mortífero para un alma inocente que os fuese muy querida? Pues mayor ocasión de mal os ofrece a vosotros, jóvenes. No tengo que probároslo; estáis persuadidos de ello; son, pues, un peligro que hay que evitar; y si las exigencias sociales os fuerzan a asistir alguna vez, hay que prevenir en lo posible el peligro con recato y oración. ¡Cuán-impropio será de un Congregante frecuentar los bailes, cuando hasta una sociedad protestante tan poco escrupulosa en moralidad como la

Y. M. C. A., lo ha prohibido a sus jóvenes!

En las bodas de Caná el Señor hace el primer milagro de su vida pública, y esto a ruego, o mejor, tan sólo a una insinuación de su Madre. Pues, ¿Por qué dicen los protestantes que nada vale la intercesión de María? ¿Por qué tachan de superstición el invocarla? ¿No saben los protestantes leer el Evangelio, o les ciegan las prevenciones que abrigan contra la dulce Virgen a quien un ángel llama "llena de gracia", a quien Jesús llama Madre y en cuyo obsequio obra el primero de sus milagros, aun adelantando su hora, como indicándonos a nosotros la vía segura para conseguir sus favores? Dejémosles hablar, que con eso se muestran poco amantes del Hijo y desheredados de sus más íntimos afectos; y gocémonos nosotros de estar bajo la protección de tan buena Madre cuanto poderosa intercesora.

Más alto. – Librémonos de la lepra del pecado

HACE pocos meses que nuestro Santo Padre el Papa, al dirigir su palabra a las asociaciones juveniles de la Acción Católica Italiana, les daba esta divisa para ellos y para los jóvenes católicos del mundo entero. "Siempre más y siempre mejor". El carácter distintivo de la Juventud Católica debe ser el progreso hacia la perfección, el anhelo del bien; así como van subiendo a la cima de la vida, y a la par que en edad van creciendo en conocimientos, en experiencia, en habilidades, así también, y más que en lo demás, deben crecer en aquello que verdaderamente los hace mejores: en virtudes y en méritos. En una u otra forma, siempre os recuerdo esto, mis amados Congregantes, porque es de importancia capital para el joven: su misión actual es prepararse, hacer acopio de fuerzas espirituales y morales, para el cumplimiento de sus futuros destinos. De la juventud más todavía que de los futuros esfuerzos, depende el éxito; y hablo no sólo de un éxito que satisfaga al hombre, sino del que satisfaga al cristiano, de aquel éxito que dé derecho al fin de la vida a exclamar con el Apóstol: "He peleado el buen combate, he consumado mi carrera, he guardado la fe; ahora aguardo la corona..." ¡Qué dicha la del hombre que puede contemplar al fin de su carrera el logro de una vida consagrada al bien! Pues de la juventud depende la edad madura... ¡Oh joven!, siembra ahora lo que has de recoger en tu vida y en tu eternidad; ilústrate y hazte mejor: graba en tu estandarte ese grito de aliento de nuestro Padre el Papa: "Siempre más, siempre mejor".

El Evangelio de hoy, (S. Mateo, c. VIII), nos habla de un leproso curado por el Señor. La lepra representa el pecado, esa lepra cuyo germen llevamos en nuestras venas por el pecado de origen: hay que vencerle por esfuerzos de purificación, y mediante la gracia de Cristo. ¡A cuántos jó-

venes inficiona esa lepra del pecado, sobre todo en su forma más asquerosa, la del pecado deshonesto! Y si no acuden a tiempo a curarla, ella les inficìonará de pies a cabeza acabando con todo lo noble que hay en su alma y aun en su cuerpo, y sujetándolos a una ominosa esclavitud. El leproso tuvo fe, tuvo humildad, y levantó al Señor su plegaria honda y confiada: ¡Señor, si quieres puedes limpiarme! El Señor no dispensará a nadie de los esfuerzos de una voluntad resuelta a vencer el mal; pero ayudará con su gracia las deficiencias de nuestra debilidad. ¡Oh jóvenes! en la fe, en la oración, y sobre todo en la Comunión frecuente, está la fuerza omnipotente que fortalece al débil y ayuda al vicioso a romper sus cadenas para volar hacia el ideal: ¡Siempre más alto; siempre mejor!

La tempestad calmada.

La confianza

ACABAIS de oír el Evangelio (S. Mateo, cap. VIII), en que se narra la tempestad que calma en un instante nuestro Señor Jesucristo en el mar de Tiberiades. Acudieron a El los apóstoles cuando se veían perdidos, y Jesús levantándose les dijo estas palabras: Hombres de poca fe, ¿Por qué dudasteis? En ellas quiero que nos fijemos esta noche. El Señor nos las dirige a todos, porque todos somos débiles y cobardes en ocasiones, todos necesitamos avivar nuestra fe.

¿De qué fe nos habla el Señor? No habla de la fe puramente especulativa por la que prestamos nuestro asenso a las verdades reveladas por Dios, sino de la fe práctica por la que nos entregamos a Dios y confiamos en El. Esa fé la inculca el Señor a cada paso en el Evangelio: no hacía sus milagros sino en favor de los que se lo pedían con fe: "Tened fe, tened confianza", éstas eran sus expresiones favoritas; "en verdad os digo, que si tuvierais fe, diríais a este monte: arráncate de raíz y échate al mar, y él os obedecería". La fe es una gran fuerza del alma que la hace casi omnipotente, y sin ella somos juguetes de los sucesos, de las emociones, de las pasiones. Pero no hablo de la fe puramente humana ni de la fatua confianza en sí mismo, sino de la fe que se apoya en Dios. Cuando tenemos a Dios de nuestra parte, ¿Qué podemos temer? Cuando le pedimos a El, tan poderoso y tan bueno, ¿Qué cosa no podremos alcanzar? El apóstol San Pablo decía: "Todo lo puedo en Aquél que me conforta". Esa es la fuerza omnipotente del cristiano: la confianza en Dios. ¡Oh joven!, nunca decaiga tu espíritu, nunca te dejes abatir por la desgracia o por la tentación: Dios es poderoso, y sabio, y bueno: haz tú lo que puedas, y luego dile a tu Dios lleno de confianza: Padre, ¡ahora Tú! Y Dios hará lo

que tú no puedes, y calmará la tempestad y convertirá en bien todo tu mal. Y si El juzga oportuno prolongar la prueba, a su tiempo saldrás de la prueba lleno de grandeza y de merecimientos.

A los que aman a Dios, todo se les convierte en bien, dice el Apóstol. La Escritura Santa está tan llena de esos sucesos de la fe, que casi pudiéramos decir que no fué escrita sino para inspirarnos esa confianza en la bondad de Dios y esa seguridad en el cumplimiento de sus promesas. A Abraham, padre de los creyentes, lo llamó la voz de Dios a una tierra extraña haciéndole abandonar su patria y parentela, y le prometió hacerlo padre de un gran pueblo, y bendecir en su linaje a todas las generaciones; y Abraham creyó a la palabra de Dios. Probó el Señor a Abraham de mil maneras, hasta ordenarle sacrificar a su hijo único y amadísimo, y jamás vaciló Abraham, hasta levantar el cuchillo sobre su hijo querido: fué fiel a Dios y Dios lo encontró digno de sí, y lo bendijo realizando en él y en su posteridad todas sus promesas. Jamás vacilemos ante lo que Dios nos pida; jamás dudemos de Dios, y le tendremos siempre de nuestra parte, y experimentaremos su auxilio omnipotente y paternal en la vida, en la muerte y en la eternidad.

La fe

Os hablaba hace ocho días, mis amados congregantes, de la fe práctica por la que confiándonos a Dios, descansamos en su Providencia y nos fiamos de su amor, sin vacilaciones, sin inquietudes, con la amorosa confianza del niño que en los brazos de su madre a nada teme; fe que da a la vida cristiana una dulce seguridad y una felicidad inenarrable; fe, naturalmente, que supone de parte nuestra, fidelidad a sus mandatos; si hacemos la voluntad de Dios, si procuramos servirle como hijos, bien podemos acudir a El a cada paso en nuestras penas y necesidades, con la seguridad de experimentar siempre la bondad amorosa de Aquél que con más propiedad que nadie se llama y es en realidad nuestro Padre. Hoy quiero hablar dos palabras sobre la otra fe, la especulativa, por la que sometemos a la autoridad de Dios nuestra inteligencia, creyendo con tanta docilidad como firmeza todo lo que El nos ha enseñado. Por la fe en la palabra de otro comienzan todas las relaciones humanas y sin ella es imposible la confianza, la amistad, el amor; y por la fe en la divina palabra comienzan nuestras relaciones con Dios, y "sin ella es imposible agradarle", repite la Escritura. Con razón el Concilio de Trento llama a esa fe, fundamento y raíz de toda justicia. Por la confianza y el amor le rendimos a Dios la voluntad; por la fe la inteligencia; y nada más justo que, siendo su luz más alta que nuestra luz, su inteligencia infinitamente superior a la nuestra, nos dejemos iluminar por quien sabe más que nosotros, y no quiere ni puede engañarnos.

¡Que soberbia y necedad la de aquellos que piensan que su inteligencia es la medida de la verdad, y nadie, ni siquiera Dios, sabe o comprende más de lo que ellos pueden saber o comprender! A nuestra sumisión de criaturas corresponde lo mismo la sumisión de nuestra inteligencia a la palabra de Dios, que la de nuestra voluntad a su ley; y es soberbia desechar toda traba a la inteligencia, como lo es desechar todo freno a la vo-

luntad: ese fue el pecado de Satanás. Un absurdo evidentemente contrario a la razón, no nos lo puede revelar Dios Nuestro Señor, porque El nos dió la razón, y ésta es luz procedente de su luz; pero un misterio que no contradice sino que se substrae a nuestra razón limitada y deficiente, creémoslo con toda razón y justicia no por la evidencia, pues no lo vemos, sino por algo que es para nuestras almas filiales más seguro que la evidencia: la palabra de Dios. ¡Ah!, ¡Qué dulzura halla el alma fiel al ser guiada, iluminada, alegrada por esa palabra de Aquél que no engaña nunca y que nos revela cosas tan inefables y esperanzas tan divinas! ¡Y qué desgracia la de aquellos que, cerrando su alma a la luz de Dios, se despiden de ella y quedan en las tinieblas de una noche sin estrellas, sin saber nada de su origen y de sus destinos, y viviendo sólo para el goce del día, como pudiera vivir una bestia, sin esperanzas y sin amor! Por esto dice Santo Tomás que el pecado de apostasía es el mayor de los pecados y la mayor de las desgracias. Pidámosle a Dios todos los días que nos libre de ese pecado, y digámosle a Nuestro Señor como los Apóstoles: ¡Señor: auméntanos la fe!

Nuestra Señora de Lourdes

ES costumbre y casi ley de nuestras asambleas, el recordar de un modo especial en alguna de ellas cada mes a la Santísima Virgen, Madre y Señora de nuestra Congregación. La fecha de hoy nos invita a recordaros, mis amados congregantes, la perpetua protección de tan buena Madre, pues conmemora hoy la Iglesia una de las más célebres apariciones de María Santísima en los modernos tiempos, la de Lourdes, notable por la evidencia de su autenticidad, por sus circunstancias, por sus milagros. Todos los siglos y todas las naciones han sido testigos de alguna o varias de esas apariciones memorables de la Madre de Dios. Bástenos a nosotros recordar la de Guadalupe, que en los albores de nuestra nacionalidad, abrió una era de religiosidad y de felicidades para México. Cuando la férrea mano de la nación conquistadora posaba sobre México con una aplastante pesadumbre, Ella, la Virgen, nos consoló, nos cristianizó, nos salvó. En el siglo pasado, después de la revolución francesa, había sufrido la fe no pequeños quebrantos en Francia, la nación de más influyente intelectualidad en el mundo; y la Virgen Santísima quiso aparecer en Francia para avivar la fe en muchas almas débiles y aun en el mundo entero.

El Santo Padre Pío IX había declarado dogma de fe católico la Inmaculada Concepción de María, y el mundo católico había celebrado con desbordante entusiasmo esa gloria de la Reina del Cielo: apenas habían pasado tres años, y cuando se escuchaba todavía el eco de las fiestas jubilares, se presentó en tierra francesa la Santísima Virgen, como si viniera a agradecer los obsequios de la Iglesia y de sus hijos, confirmando la palabra augusta del Pontífice, y donando a los fieles un lugar de universal atracción y una fuente de milagros. El once de febrero de 1858, se presenta, hermosa y sencilla, a una humilde aldeana, jovencita de 14 años, de Lourdes, en el Pireneo Francés: le ruega que vuelva a la roca de Masabielle, punto de la aparición, en donde se le vuelve a presentar hasta 18

veces, hablando con ella y dándole varios encargos e instrucciones: la realidad de la aparición no puede ponerse en duda, porque la acompañaron y la confirmaron después y hasta nuestros días multitud de prodigios sensibles: el principal, la aparición de la fuente que brotó repentinamente en terreno árido y pedregoso al mandato de la Aparición y ante centenares de testigos. En esa fuente han obtenido salud milagrosa, muchos, muchísimos enfermos: se han renovado allí los milagros del Evangelio, ante la generación incrédula de nuestros días: los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos andan: levántanse casi resucitados los que están en las agonías de la muerte. Y esos milagros no sólo suceden en nuestros días, sino son confirmados con todos los adelantos de la moderna ciencia. La fe de muchos se ha afianzado. Lourdes es un lugar de peregrinación en que centenares de millares de visitantes cada año, rejuvenecen su fe e inflaman su devoción a María Inmaculada.

Estos hechos, mis amados congregantes, deben alegrarnos también a nosotros y alentar nuestra confianza y amor a la Madre querida de nuestras almas. Somos Juan Diego, somos Bernardita: no visible pero sí espiritualmente, a nosotros también se ha aparecido la Virgen; cada día experimentamos su protección: seámosle cada día más amantes y más fieles.

Hacer el bien en la vida

VIVIMOS, mis amados congregantes, bajo la influencia de las cosas que pasan; en medio del vaivén de la vida, si no queremos extraviarnos y perdernos, es necesario tener fija nuestra mirada en el punto final, en la meta principal de nuestras aspiraciones. La vida es medio, no fin: el fin está en Dios, que siendo el origen, es el término último de nuestras almas: sólo en El encontraremos el reposo y la felicidad; el camino es el cumplimiento de su adorable voluntad en nuestra vida, de la misión que El nos ha señalado en este mundo, del bien mayor o menor que en nosotros y fuera de nosotros habremos de realizar. Ahora bien, la vida del hombre en su plenitud, supone un principio y una preparación: eso es la juventud. Siempre os lo repetiré, mis amados jóvenes, porque jamás debéis perderlo de vista: de la juventud depende el logro y el éxito de la vida; la gran misión de la juventud es formarse para el porvenir e iniciarse en la carrera del bien que debe desarrollar en toda su vida ulterior. ¡Cuántos jóvenes viven al día, tontamente, sin ulteriores aspiraciones, sólo gozando loca y desaforadamente del placer del momento! Ellos pierden no sólo su juventud, sino también su vida, y ponen en riesgo inminente su eternidad. ¿No es verdad que el calificativo menos duro que se merecen es el de locos? Vosotros, por beneficio de Dios, habéis comprendido que el placer del momento no es el fin de la existencia, y aspiráis a vuestra formación física, intelectual y moral; tenéis aspiraciones, no queréis ser inútiles a la gloria de Dios y al bien de los hombres, tenéis proyectos e ilusiones nobles, para los que os preparáis y que ya comenzáis a realizar. A mí me toca estimularos siempre en ese camino que es el de vuestra vocación y el de vuestra salvación.

Y ¡cuánto puede para el bien un joven que se enamora de él! Para mostrároslo, quiero recordaros a aquel joven francés, gran cristiano y gran corazón, que se llamó Federico Ozanam. Educábase en París en medio de una juventud disipada y frecuentemente impía; y adherido a

unos pocos jóvenes que como él alentaban con grandes ideales, pensaron poner "su fe bajo el amparo de la caridad" y fundaron la obra admirable de las conferencias de San Vicente. Preparábanse con el estudio y las prácticas de la piedad, y acudían personalmente a visitar, consolar y socorrer a los pobres, logrando aliviar muchas miserias y volver muchas almas a Dios. No eran más que ocho; y con tal ardor se dedicaban al servicio de Dios en los pobres y a la preparación de su obra, que después de 20 años llegaron a ser dos mil los jóvenes que se les juntaron; cinco mil las familias que visitaban y veinte mil los pobres que socorrían sólo en París. La obra de las Conferencias se extendió por Francia y por el mundo entero: hoy son centenares de millares los jóvenes y adultos que pertenécen a ella, haciendo un bien incalculable. Ved lo que puede un joven lleno de fe y de piedad. Hagamos nosotros también algún bien. Y para ello, cualquiera que sea vuestra vocación futura, preparaos hoy por el estudio y por la piedad, y no olvidéis que de la juventud depende el éxito de la vida y la corona y el premio de la eternidad.

El valor de la vida

TRISTE condición la del hombre en este mundo! Porque es cierto que la condición de su vida es la lucha: nace llorando y muere en ese último combate que se llama agonía; le cuesta el vivir, y cada paso que da es un esfuerzo. El pan que lleva a la boca, es amasado con lágrimas, y el techo que le da albergue fué levantado con sudores. Nada obtenemos sino por medio de esfuerzos. Esta es nuestra condición que a primera vista parece fatal y desdichada; y sin embargo, "vale el vivir lo que cuesta" cuando no contrariamos los designios de la divina Providencia, porque para el hombre de bien toda lucha se convierte en triunfo, y todo esfuerzo en conquista que le alegra y en mérito que le engrandece. Sólo comprendemos el valor de los bienes cuando nos cuestan; la misma felicidad se nos antojara empalagosa y despreciable si se nos diera de balde y no tuviéramos siquiera una parte en su conquista.

Así razonaría cualquier hombre de recto juicio, aunque no fuera creyente; mas para el cristiano la vida cobra importancia suprema, porque no sólo vale por los bienes que próximamente nos proporciona, aunque adquiridos con trabajo, sino que vale principalmente como medio para conseguir nuestro destino final, el bien excelso que saciará todas nuestras aspiraciones, la vida eterna, el cielo, corona y recompensa de una vida virtuosa.

La vida es una lucha, es verdad; pero lucha que nos engrandece. Menguado aquel que no acepta la batalla que le conduce al triunfo. La vida del cristiano es un espectáculo digno de la tierra y del cielo; Dios mismo contempla con amante solicitud los combates que el hombre, hijo suyo por gracia, debe lidiar en el mundo para conservar y aumentar su vida física, moral y espiritual; y mientras le alienta en el combate y le ayuda en la lucha, prepara en la tierra su premio en los goces íntimos y duraderos de la virtud, y en el cielo su final e inmarcesible corona. ¡Qué grande, qué hermosa y divina es la vida cristiana!

¡Oh joven! Comprende el valor de tu vida, y no la inutilices por la inacción ni la degrades por el vicio. Abre los ojos y mira: allá arriba, la luz, el amor, la dicha eterna que Dios te prepara; allá abajo el abismo, la desgracia, la eterna reprobación. Toma tu partido, lánzate a lo alto; aprovecha tu vida. Tu vida vale lo que vale Dios, porque sólo por ella puedes llegar a poseerlo.

Virtudes del corazón

EL fin de la Congregación es la formación cristiana de sus socios, mediante el culto y protección de la Santísima Virgen. A la sombra de la Santísima Virgen, Asiento de la Sabiduría, os ilustráis en la ciencia que más os importa: la de la salvación; bajo su protección robustecéis vuestra voluntad adiestrándola en la lucha y afirmándola en el bien. Pero no es esto todo: entendimiento claro e ilustrado, voluntad ordenada y enérgica, son ciertamente grandes cosas: pero hay todavía otra y muy importante que se requiere para vuestra formación integral: es a saber: sentimientos nobles, buen corazón.

De cuánta importancia sea la formación de buenos sentimientos, nos lo enseña el Divino Maestro, cuando nos invita a aprender de su corazón, dulce y humilde, y cuando llama "bienaventurados" a "los corazones buenos", porque "ellos, dice, poseerán la tierra", que es decir, porque ellos reinarán sobre los hombres, no por el talento o el poder, sino por la bondad. Y así es en efecto, mis amados congregantes; porque admiramos sí, al que posee saber o energías; pero al que posee bondad, (palabra en que encierro todas las dotes del corazón), a ese le amamos, y nos sentimos atraídos por él por ese sentimiento misterioso de la simpatía. El Evangelio, que levanta y diviniza todas las facultades del hombre, pone el colmo de todas las virtudes en el amor, virtud del corazón, emanación espontánea y pura de una alma bondadosa; y a ese amor, cuando es desinteresado y puro y nos une a Dios y a los hombres, lo llama caridad. En esto conocerán que sois mis discípulos, dijo el Maestro Divino, en que os améis los unos a los otros.

Cultivad pues, mis amados congregantes, vuestros sentimientos, las virtudes del corazón, sin las cuales poco vale un hombre aunque posea las luces o las energías de un genio. Esas virtudes las siembra y cultiva en el hogar el amor desinteresado y noble de la madre; y en este nuevo hogar de vuestra juventud, —la Congregación—, cultiva y nutre esas

virtudes del corazón la devoción a la Madre Celestial, la Santísima Virgen María. Un joven devoto de la Virgen nunca merecerá el reproche que el Apóstol lanzaba a los paganos de su tiempo: hombres sin corazón. El amor a la Virgen, el acudir a ella continuamente en las tristezas y alegrías, en los triunfos y en los peligros, y hasta en las derrotas, para recobrarse y tomar aliento, el trato continuo, espiritual sí, pero no por eso menos real, con el más generoso de los corazones —el de la Madre del Salvador—, que es también nuestra Madre, no sólo es para nosotros un gran consuelo y un gran recurso, sino también conserva blandos y sensibles nuestros corazones, apartando de ellos el egoísmo que los endurece y petrifica. ¡Oh dulce Virgen maría! Amándote aprendemos a ser dulces, amables y cristianos.

El Tabor. – Fe, valor y corazón

EL Evangelio de hoy, (S. Mateo, c. XVII), nos presenta a Nuestro Señor ascendiendo al Monte Tabor acompañado de sus discípulos, Pedro, Santiago y Juan, en donde a la vista de los asombrados apóstoles, se transfigura en los resplandores de una gloria anticipada. Quiero que nos fijemos, mis amados congregantes, en esos tres discípulos, que siempre escoge el Señor para los pasos solemnes y decisivos de su vida: son para nosotros un símbolo y una enseñanza.

Estudiémoslos un momento, porque en ellos y en su típica representación, se compendia lo que debe hacer el joven para su formación completa de hombre y de cristiano, y las virtudes y cualidades que debe adquirir y practicar para cumplir la misión que Dios le ha encomendado en su vida, para conseguir el éxito de esa vida, y al ser ésta juzgada, la sentencia de salvación.

Estudiando un poco el Evangelio se ve la razón por qué manifestó el Señor especial predilección por los tres discípulos mencionados. El carácter distintivo de Pedro es la fe viva y acendrada: es el hombre de ideales firmes y nobles, a quien no logró contrastar, antes afirmó, una pasajera negación. A Santiago llamó el Señor hijo del trueno, por su valor e intrepidez en afrontar el sacrificio. A Juan le distinguió siempre la ternura de su corazón impoluto y virginal: él es apóstol del amor, y todos sus escritos revelan la ternura incomparable de aquella alma virgen, que tuvo la dicha de gustar como nadie las delicadezas del amor de Jesús, y de revelar al mundo los tesoros del divino Corazón. En esos tres discípulos están personificadas las cualidades que necesitáis para vuestra formación, y ellas son las que os he venido explicando en mis pláticas anteriores:

ideas firmes, aseguradas por una fe inquebrantable; valor e intrepidez para venceros a vosotros mismos y vencer los halagos y traiciones del mal; corazón sensible y bondadoso lleno del amor de Dios y de los hombres. ¡Oh jóvenes! el Tabor es la montaña sagrada de vuestra transfiguración, es decir, de vuestro perfeccionamiento: subid, pues, subid siempre en compañía de Jesús vuestro Señor y vuestro Rey. Pero subiréis de verdad mediante esas virtudes de que os he hecho mención. Sin fe, sin valor y sin corazón, el joven no puede sino bajar a no sé qué abismos de degradación y de perdición. Acendrad vuestra fe y levantad cada vez más alto vuestros ideales; romped con valor con cuanto os impide el cumplimiento de vuestro deber y de vuestros anhelos de perfección: y finalmente sed hombres de corazón, bondadosos, compasivos, amorosos. De este modo iréis ascendiendo, mediante la compañía y la gracia de vuestro Salvador, y llegaréis un día a la cima de vuestra perfección en este mundo y de vuestra felicidad en la vida eterna.

La penitencia cristiana

EL tiempo de cuaresma, consagrado por la tradición cristiana al ayuno y a la penitencia, me da ocasión para hablaros de esa práctica de la penitencia cristiana que sirve de escándalo a los apóstatas del cristianismo, y es odiosa a los cristianos tibios o relajados. Sin alguna penitencia no se puede ser cristiano de verdad; nuestro Señor dijo: Si no hiciereis penitencia pereceréis todos sin excepción. El Bautista que preparaba las vías del Evangelio, predicaba la penitencia para el perdón de los pecados, y el Señor mismo, después de habernos dado el ejemplo de un riguroso ayuno en el desierto, comenzó la predicación de su Evangelio anunciando la penitencia: Haced penitencia porque se acerca el reino de Dios. Los apóstoles después no predicaron otra cosa, y de tradición apostólica es la institución de la cuaresma que sigue e imita la de Jesucristo en el desierto.

Pero ¿Por qué nos exige el Señor la penitencia? ¿Es por ventura nada más que por mortificarnos y añadir un peso más al yugo de su ley? No ciertamente; la penitencia es de justicia y de necesidad para nosotros; de justicia, por cuanto siendo pecadores, es preciso dar alguna satisfacción propia y voluntaria a la justicia divina, aunque esa satisfacción no tendría gran valor si no se lo dieran los méritos de Cristo. Cristo murió por nosotros, más no nos quitó la obligación de añadir algo de nuestra parte a sus merecimientos. Sólo castigándote a ti mismo, oh cristiano, podrás probarle a Dios y demostrarte a ti mismo que de veras detestas el pecado. He ahí la primera razón de la penitencia. Es también ésta una necesidad para el hombre, por cuanto la debilidad innata de la voluntad, aumentada por la culpa, sólo se remedia con el vencimiento propio y el sufrimiento valerosamente aceptado. El valor y la fuerza moral se requieren en esa lucha y vencimiento. Y el que no sabe privarse de un gusto o imponere un castigo, tampoco sabrá vencer sus pasiones y superar sus debilidades; será juguete de ellas, y le arrastrarán al abismo. La penitencia tomada por esos motivos nobles, y vivificada por el amor de Dios, es

el remedio universal de nuestros vicios, y hasta una fuente de serenidad y de dicha. ¡Qué bueno es padecer por Dios, poderle ofrecer algo que nos cueste, para probarle nuestro amor! ¡Qué propio es del cristiano y cuán consolador el asemejarse a Cristo! Los que a Cristo pertenecen, dice el Apóstol, han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias.

Comenzad, pues, oh jóvenes, esa carrera de la penitencia cristiana que libertará vuestras almas y os acercará a Dios. La abstención de ciertas diversiones siempre peligrosas, el pronto vencimiento de la pereza en el cumplimiento del deber, la asistencia a prácticas y ejercicios religiosos, y finalmente el ayuno moderado y prudente en los que pueden hacerlo, y la sobriedad en el uso de los alimentos y bebidas en todos: he allí los medios más generales para vosotros, para santificar la cuaresma y practicar la penitencia cristiana.

Los Ejercicios Espirituales

PIDE nuestro reglamento que practiquen los Congregantes cada año los santos ejercicios: provechosa y aun necesaria disposición que nos induce a escuchar con asidua constancia por varios días la palabra de Dios, y guiados por ella a meditar seriamente en la "única cosa necesaria" que decía nuestro Señor, en aquel fin de nuestra vida que se da la mano con el principio de la otra vida que es la verdadera y de que esta presente es sólo una preparación. Santa práctica la de los ejercicios que ha santificado a tantas almas; saludable práctica que ha salvado a innumerables hombres de su perdición temporal y eterna. Vivimos al día, mis amados congregantes, e ilusionados por "el encanto de la hora que pasa" apenas si pensamos de ordinario que somos viajeros de la eternidad; olvidamos el término por el medio, la patria por el camino harto azaroso y en el que con tanta facilidad nos podemos extraviar. Oh, jóvenes: ¿Creemos en Dios? Pues entonces, ¿Qué cosa más importante que arreglar nuestras relaciones con El, y ordenar nuestra vida conforme a su voluntad? ¿Qué cosa más urgente que ver si estamos en su gracia o somos sus enemigos? ¿Si Dios nos mira con amor de Padre o si pende sobre nuestras cabezas la espada de su ira, más temible mil veces que la de Damocles? Pues ese estudio de nuestra vida y de nuestros destinos, esa confrontación y ajustamiento de nuestra conducta a la voluntad adorable y a los designios paternales de Dios sobre nosotros, es preciso que los hagamos con seriedad de cuando en cuando y con la debida preparación, siquiera en el tiempo oportuno: y ese tiempo oportuno son los ejercicios. Para muchos, el mejoraminto y orientación de su vida espiritual y temporal, y como consecuencia la salvación de su alma, depende de unos ejercicios bien hechos. Nadie saldrá de los ejercicios como entró, si los hace bien; todos ganarán y mejorarán, y acaso para algunos serán el punto de partida de una vida verdaderamente cristiana y santa. Aprovechad pues esta

gracia, mis amados jóvenes: tened seguridad que os espera Jesús, el dulce Salvador, para hablaros al corazón.

Laharpe, poeta francés revolucionario e impío, del siglo XVIII, se hallaba acusado y encarcelado; en su desgracia surgieron en su mente los recuerdos de su infancia y se acordó de su madre... y de Dios: un día, abatido y triste en su prisión, toma en sus manos un libro piadoso, invoca a Dios, y lo abre al acaso: allí le esperaba la misericordia divina: el libro era la **Imitación de Cristo,** y las palabras que leyó fueron éstas: Hijo mío, aquí estoy pues me llamaste... El poeta se sintió tocado en lo más íntimo de su alma...; lloró... oró...; de aquel momento partió su conversión tan sincera que reparó sus escándalos y fué en adelante una gloria de los católicos franceses. Jesús os espera a vosotros, mis amados congregantes; también oiréis, si le llamáis de corazón y sois atentos y dóciles, también oiréis, algún día de vuestros ejercicios, la dulce voz del Maestro: Hijo, aquí estoy, pues me has llamado... En esos momentos, entregaos a El... llorad... orad.

La Semana Santa.-La Madre Dolorosa

LA semana que comienza trae al cristiano los recuerdos más interesantes, hace revivir en su mente y casi dijéramos ante sus ojos los últimos días y los postreros momentos de aquel que es para nosotros camino, verdad y vida, Jesucristo. Pensaréis en su entrada triunfal a Jerusalem, triunfo que había de preceder a su pasión para hacer resaltar la ingratitud del hombre y lo versátil y tornadizo de su corazón. Despúes asistiréis a la institución de la divina Eucaristía, esa prenda perpetua del amor de Jesús, último don de su corazón, realización divina de su deseo de darse a nosotros y de vivir siempre entre nosotros; y por fin asistiréis a su pasión dolorosa y a la muerte de quien muriendo nos dió vida. No os exhortaré a que conmemoréis estos misterios y asistáis a la iglesia en estos días con fe y devoción. ¿Podría hacerlo de otra manera un cristiano y un congregante? Pero os quiero llamar la atención hacia nuestra Reina y Señora la Santísima Virgen, que parte tan íntima tuvo en la pasión del Señor: la encontraréis en el Calvario al pie de la cruz; allí nos la presenta en su Evangelio San Juan que la acompañaba con dos o tres piadosas mujeres; nos la presenta en pie, cerca de la Cruz, acompañando al divino Mártir, compartiendo con El los insultos de sus enemigos, y los dolores de la agonía. Aunque anegada en un mar de duelo, está en pie, firme como la constancia y la fidelidad de su amor a su Hijo y a su Dios; si todos lo abandonan, ella no lo dejará; si todos lo insultan ella le adorará; quiere aliviar los dolores y endulzar la muerte de su Jesús; con su presencia, quiere recoger sus últimas palabras y su postrer mirada; quiere sufrir con El la muerte, ya que no en el madero de la cruz, en esa otra cruz viviente de su corazón. Ante tal espectáculo los sentimientos

del Congregante, hijo de María, deben ser de compasión y de ternura hacia la Madre que sufre. Los dolores de la Madre apartan a los hijos de toda culpa, extinguen toda pasión, purifican el alma por el arrepentimiento, porque el pecado es la causa de los tormentos del Hijo y de los dolores de la Madre.

No debemos tampoco olvidar que en aquella palabra de Jesús moribundo: "Allí tienes a tu Madre", la tradición y la piedad han visto el título auténtico y la promulgación de la maternidad espiritual de María para con nosotros; Jesús nos da a su Madre como don delicado de su corazón; en adelante ella nos pertenece. Dichosos los que no sólo llaman Madre a María, sino que la tienen por tal.

Finalmente miremos en esa Madre dolorosa nuestro modelo: allí la tenéis firme y constante al pie de la cruz, afrontando los sarcasmos de los hombres y los embates del dolor: sigue a Jesús hasta la muerte, hasta el martirio que sufre heroica en su corazón. ¡Oh fortaleza de nuestra Madre!, conforta nuestro corazón débil y cobarde: enséñanos a ser fieles a Jesucristo nuestro Salvador; hoy que tantos lo dejan y le traicionan, haz que tus hijos, tus Congregantes, no merezcan nunca la triste nota de desertores e ingratos; haz que sigamos al Señor, como Tú, hasta el Calvario, y si El lo quiere, hasta el martirio.

La Resurrección del Señor

EL día de mañana conmemora la Iglesia la resurrección gloriosa del Señor; ese día es nuestra fiesta por excelencia, nuestra pascua, en la que por su resurrección comienzan los triunfos de Jesucristo y se abren a los hombres los horizontes de una esperanza inmortal. Tan grande es el premio que Dios nos ha prometido (el gozar de El, el reinar con El para siempre en la verdadera patria de las almas), tan grande es ese premio, que se nos hace difícil el creer en el y esperarlo, siendo así que sólo esa creencia y esperanza si fuera firme y viva, comenzaría desde esta vida a hacernos felices. Pues bien, la resurrección del Señor asegura la nuestra, porque es la prueba, el gaje y como el anticipo de las grandes promesas de Dios: Jesucristo nuestro Salvador y nuestro Jefe, toma la posesión de una vida y de una gloria que ha conquistado para nosotros, y en adelante allá debe estar nuestro deseo y nuestra esperanza en donde está Jesucristo vivo y glorioso, Jesucristo nuestro Señor y nuestro Rey.

Con su resurrección, anunciada por los profetas, y por El mismo muchas veces, nuestro Señor confirma admirablemente su misión y su doctrina: es el milagro por excelencia, al que El apelaba cuando los judíos le pedían una señal del cielo, y la base más firme de nuestra fe. Si creemos en la resurrección de Cristo, ya estamos salvados, diré con San Pablo; porque no podremos dejar de creer en su misión y en su divinidad.

Pero ¿es verdad que resucitó Jesucristo? Sus mismos discípulos no lo creían, y cuando el ángel lo anunció a las mujeres y éstas fueron a decírselo a los apóstoles, éstos tenían aquellas nuevas como delirios de mujeres. Pero cuando le vieron con sus ojos y le oyeron con sus oídos, cuando comieron con El y pudieron tocar las llagas y meter la mano en su abierto pecho, cuando estas visiones se repitieron de muchos modos por espacio de cuarenta días, cuando a algunas de ellas acompañaron hechos milagrosos, como la pesca que refiere San Juan, cuando asistieron por fin a su gloriosa ascensión, quedaron tan convencidos por la eviden-

cia, que consagraron su vida a predicar esa resurrección al mundo entero y la rubricaron con su sangre. Además, podemos decir que el mundo entero vió y está viendo a Jesucristo resucitado, por cuanto ha sentido y puede comprobar la eficacia de su acción: los muertos no obran, y Jesucristo sus mayores y más portentosas obras las ha operado después de su resurrección: con su asistencia a sus apóstoles, pobres galileos, y con los milagros que El obró por ellos, convirtió al mundo; con su doctrina y la eficacia de su Espíritu, lo salvó y lo civilizó; los milagros de su vida los ha repetido en todos los siglos, aun en nuestros días; y finalmente a su Iglesia, El sólo la ha sostenido y magnificado por un milagro universal y perpetuo. Alegrémonos, pues: Jesucristo ha resucitado; y nosotros mismos que ahora participamos de su fe y de su gracia, participaremos algún día de su triunfo y de su gloria. ¡Oh jóvenes! Comencemos a vivir vida cristiana, vivamos animados por la fe y la esperanza de aquella vida inmortal que Jesucristo nos mereció con su muerte y nos garantizó con su resurrección.

Familia. - Congregación.-

Director Espiritual

DIJO el Señor al crear al hombre: no es bueno que el hombre esté solo. Por esto lo hizo social, es decir, capaz de vivir en compañía de sus semejantes, sostenido por ellos, a su vez ayudándoles a ellos, y unidos todos por ese vínculo espiritual de las almas, el amor. Desde que nacemos nos encontramos en una familia, es decir, en relación íntima con nuestros padres, sostenidos y amados por ellos. La familia, creada por Dios y dotada por El de un tesoro incomparable, el amor, firme y acendrado del padre, y tierno y abnegado de la madre, la familia, digo, es el primer don que debemos a Dios; en su seno como en un huerto cercado y protegido florece la niñez y también la juventud. En ella encuentra el joven vigilancia, cariño, protección; siempre estará en seguro vuestra virtud en formación si no os alejáis demasiado de ese hogar protector que os ha deparado la Providencia, y corre riesgos sin cuento vuestra vida moral cuanto más os separáis de vuestros padres. Ellos lo son todo para vosotros, porque son representación e instrumentos de una autoridad y de un cariño más alto: los de Dios. Por eso el primero de los mandamientos de Dios que se refieren al hombre es el de honrar a nuestros padres, es decir, tributarles amor, respeto, su misión, que todo eso encierra en ese "honor" que a nuestros padres debemos. A ese precepto vinculo Dios grandes promesas y bendiciones aun para esta vida, promesas que subsisten según enseña el Apóstol San Pablo, aun en el reino espiritual del Evangelio. Cumplid pues ese deber si queréis ser felices sobre la tierra, y que un día vuestros hijos os amen y respeten. Síntoma inequívoco de la decadencia moral de las sociedades modernas es sin duda alguna la decadencia del respeto a los padres y del amor al hogar: los

jóvenes frívolos de hoy van a su casa como a un hotel, sólo a comer y a dormir, y desconocen por completo esa vida de familia tan dulce y protectora: su hogar es el casino, el club, la cantina, la calle... y así andan ellos... Fomentad pues, mis amados jóvenes, junto con el amor a vuestros padres, la vida del hogar; allí encontraréis consejos, estudio, oración, sencillas diversiones, amables conversaciones, y sobre todo el calor del cariño que no hallaréis en parte alguna.

Pero, es natural: a vuestra edad necesitáis, siquiera en ciertas horas, alguna expansión y horizontes más amplios que los de vuestra casa, necesitáis amigos, deportes, trato social; pues bien: Dios os ha deparado ese segundo hogar en la Congregación, puente seguro y salvador entre vuestra casa y el mundo, puesto de refugio en el mar que comenzáis a navegar. Sin alejaros demasiado de vuestra familia, aquí encontraréis algo de que tenéis necesidad: ilustración, compañerismo, piedad, y vuestros mismos padres estarán tranquilos al saber que estáis aqui. Amad pues la Congregación, y aprovechad este nuevo beneficio de la Providencia.

Finalmente, en las intimidades de vuestra vida moral y espiritual, no os bastan vuestros padres: Dios se ha reservado el santuario más íntimo de vuestras almas, para llevar a él la luz, el consejo, el ánimo y el valor, por medio de quien representa al que es fuente de toda luz espiritual Cristo Jesús; y el representante de Cristo ante vosotros es el sacerdote, vuestro padre espiritual. Tened un director, si no queréis vacilar y decaer en vuestra vida espiritual, o llegar a perderla del todo, como tantos jóvenes materializados y perdidos. Sólo el necio o el soberbio pueden decir: me basto a mí mismo; y en este asunto de la vida del alma más que en cualquiera otro, tiene plena aplicación la palabra infalible de Dios: "No es bueno que el hombre esté solo".

Familia, Congregación, Director espiritual: he ahí, muy amados jóvenes, los caminos de salvación que os señala la Providencia.

La amistad

OS hablaba en mi plática anterior, de los auxiliares que la Divina Providencia ha dado a la juventud para su defensa y sostén: la familia, las instituciones educativas, entre las cuales vosotros debéis contar la Congregación, y finalmente la dirección espiritual. Quedaría trunca mi brevé exposición si no añadiera otra cosa que es para vosotros de vital importancia, y alegra y colora vuestra juventud: la amistad. Dios ha hecho al hombre social, y uno de los mayores encantos de la vida, y en especial del joven, es la sociedad con otros jóvenes de la misma edad y de iguales o parecidas tendencias: porque la verdadera amistad supone la similitud: la amistad, decían los antiguos, o encuentra iguales a los amigos, o los hace iguales. He aquí la primera condición de la amistad, y también su primera ley. Buscáis amigos, mis amados jóvenes, y hacéis bien; pero atended a que el verdadero, el íntimo amigo es otro yo: no deis vuestra mano ni vuestra confianza a cualesquiera, sino a aquellos que se os parezcan: por esto, si sois buenos o si al menos lo queréis ser, no deis vuestra amistad a un malo, ni siquiera a un mediano: el amigo es vuestro educador; debe ayudaros, no perjudicaros, en la grande empresa de vuestra juventud, vuestra elevación y perfección.

Yo señalaría como segunda ley de la amistad, la bondad que se traduce en tolerancia, en generosidad: al amigo perfecto no lo encontraréis nunca; y aunque hayáis encontrado al que, teniendo un carácter parecido o siquiera no opuesto al vuestro, aspire como vosotros a la perfección, contad que tendrá defectos como vosotros: la amistad tolera y corrige, alienta y sostiene: la amistad participa de la abnegación y ternura de la paternidad. ¡Cuánto bien hace el buen consejo de un amigo, la amable corrección, el aliento oportuno para el deber! Pero todo esto sólo se consigue con paciencia y discreta tolerancia; y la violencia y la cólera inmoderada agostan en un momento la flor delicada de la amistad.

Ya esta anunciada su tercera ley: la amistad debe ser solícita del bien del amigo, debe ser, ya lo dije, paternal. ¿Quieres conocer, ho joven, a tu verdadero amigo? Míralo en aquel que te haga el bien; que te lleve a la virtud, que te conduzca a Dios; míralo en aquel que te respete y te ayude tanto como dice que te ama. Y sé a tu vez el educador y bienhechor de tu amigo.

El que ha encontrado un veradero amigo, dice la S. Escritura, ha encontrado un tesoro inapreciable; y en verdad, pues la amistad es uno de los mayores encantos de la vida; y cuando es buena y santa como debe ser, es también un beneficio preclaro de la Providencia: completa la educación del joven a la vez que alegra y vivifica su juventud. Si quieres encontrar al amigo verdadero y fiel, sé tú también virtuoso: Es la amistad un don del cielo, dijo Lacordaire, y una de las mejores recompensas a la virtud.

María, medianera universal

LA piedad del congregante mariano debe tener la nota distintiva de la devoción a María; esa devoción tan dulce como eficaz, que tanto nos acerca a Dios como nos estimula a la práctica de todas las virtudes. María es una criatura singular, y la vemos tan unida a Jesucristo que casi no podemos pensar en nuestro amable Redentor sin acordarnos de María. Allá en el Paraíso, cuando a instigación del demonio, infernal serpiente, la primera culpa ensombreció la vida humana y como un trueno escuchó el primer hombre la voz indignada de la divina justicia, la bondad de Dios unió a la sentencia de muerte, un rayo de esperanza, prometiéndole al hombre un Redentor. Pues bien, desde entonces María aparece en la célebre profecía mezclada a las esperanzas de la humanidad. Dijo el Señor a la serpiente vencedora: "Yo pondré enemistades entre ti y la mujer, y un hijo suyo quebrantará tu cabeza". Y de este modo, si la primera Eva arrastró al hombe a su ruina, la segunda Eva nos trae en sus brazos a Aquel segundo Adán por quien fué reintegrada la humanidad. María es pues, la segunda Eva, la madre de los vivientes, de los cristianos que han recibido de Jesucristo la vida de la gracia y el ser de hijos de Dios.

Y no son éstas, mis amados congregantes, ideas fantásticas o vano juego de palabras, sino las realidades divinas de la Religión que toda se resume en Jesucristo. Hijo eterno de Dios, pero también, por su humanidad, hijo en el tiempo, de María, por medio de la cual Dios baja a nosotros y se incorpora a la humanidad. Esa es la base teológica de las grandezas de María y de sus relaciones con nosotros como intercesora y madre nuestra espiritual: su íntima unión con Jesucristo. María, por haberla escogido Dios para hacerse hombre en su seno, es Madre de Dios y madre de los hombres: ha ofrecido a Dios la humanidad con que El nos salvó, y ha ofrecido a los hombres un divino Redentor en el "bendito fruto de su vientre". Incorporada de manera tan íntima a la

obra de la Redención, la vemos sublimada en el Cielo para gloria suya y bien nuestro: Medianera ante el Divino Mediador, escala mística por donde Dios bajó a los hombres y suben los hombres a Dios. Madre espiritual de la familia cristiana, que tiene la misión de distribuir entre los hijos de Cristo, las gracias que El nos mereció.

La Iglesia ha establecido una fiesta para celebrar esa universal mediación de María, ese oficio maternal de conductora y repartidora de los tesoros espirituales de la Redención. Nosotros, sus especiales devotos, deseamos que esa misión y esa gloria de nuestra Madre, (a saber, la de ser Mediadora universal entre Cristo y los hombres), que tan clara aparece como una consecuencia de la obra de la redención, sea declarada por la Iglesia dogma de fe, como su divina Maternidad, como su Inmaculada Concepción, y vamos a firmar una humilde súplica a la Santa Sede, pidiéndole con los católicos de todo el mundo, que para gloria de Cristo y honor de nuestra Madre apresure su definición. Alegrémonos entre tanto, mis amados Congregantes, en las glorias de nuestra Madre María y auméntese en nosotros cada día la idea de su grandeza y de su poder, y el sentimiento de su bondad y de su amor hacia nosotros, sus hijos, y sus Congregantes.

San Luis Gonzaga

ACABA de pasar la fiesta de San Luis Gonzaga, y su celebración ha dejado en nosotros, ahora como otros años, graves recuerdos. En ese Santo, tan amable por su juventud como por sus virtudes, hemos visto hasta dónde puede llegar el noble esfuerzo de la voluntad humana, ayudada por la gracia, en orden a la consecución de aquellos ideales de virtud y de espiritualidad a que aspiramos los cristianos. Nuestro Santo nos está diciendo: ¡Joven! Si yo pude volar como águila, ¿Por qué has de arrastrarte tú como gusano? ¿Por qué no has de aspirar a la rectificación de tus instintos torcidos, a la elevación de tus aspiraciones rastreras, a la purificación de tu alma, hija del cielo, bella y luminosa como rayo solar, cuando no la mancha el pecado?

La penitencia cristiana disciplinó el espíritu de San Luis, la penitencia que templa y purifica el alma, como el fuego, purifica y templa el acero; la penitencia que es aguante y fortaleza para el que sabe comprenderla. Esa penitencia del Santo os está diciendo en dónde debemos nosotros buscar la fortaleza y ejercitar el valor; porque no es precisamente el flagelo y el ayuno de San Luis lo que debemos copiar en nosotros; sino el esfuerzo para libertar nuestra alma de los mentidos halagos del placer, y ejercitarla por el trabajo y el sufrimiento de cualquier género que sean, en las nobles luchas por el ideal. Somos débiles: el sufrimiento generosamente aceptado nos hace viriles y fuertes.

Pero para ser capaces de tan noble proceder es necesario buscar el auxilio de Dios: el orgullo de quien no se apoya sino en sí mismo, fracasará. Hagamos lo que hizo San Luis: esforcémonos siempre por ser mejores, pero sin apartar la visa de lo alto, de donde desciende la gracia que fecunda y hace efectivos nuestros esfuerzos.

La Asunción de María

CONSAGRADA como está a la Santísima Virgen María nuestra Congregación, es natural que repercuta en ella y en cada uno de sus miembros el eco jubiloso de las fiestas con que la Iglesia Católica celebra las prerrogativas de la Madre del Salvador.

El 15 de Agosto conmemora la Iglesia la Asunción de la Sma. Virgen en cuerpo y alma al cielo, y al recordar ese triunfo de María, une su alegría a la de los cielos, sus cánticos a los de los Angeles, para celebrar a la humilde hija de los hombres, exaltada a la sublimidad de Madre de Dios, a aquella que dió a Jesús la sangre con que nos redimió, la humanidad con que nos salvó.

¡Ah! ¡Cómo se entusiasma la Iglesia al ver subir a los cielos a la que por ser Madre de Jesucristo es Reina y Madre, Señora y Abogada nuestra! La contempla tal como nos la presentan las tradiciones apostólicas, tal como la soñó el genio de Murillo que al retratarla en el lienzo, no hizo más que interpretar el pensamiento de la Iglesia: la contempla casta y hermosa, con aquella hermosura y castidad propia de la mujer bendita entre las mujeres, despidiendo apacibles fulgores, sostenida por las nubes, elevada por los ángeles, ascendiendo hacia la inmensidad de los cielos, arrobada en la visión del Infinito que la atrae.

"¿Quién es ésta, exclama, que se levanta como la aurora en el oriente, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como ejército presto a la batalla? ¡María es llevada al etéreo tálamo en donde el Rey de la gloria se asienta sobre su solio de estrellas! ¡La Madre de Dios ha sido exaltada sobre los coros de los ángeles a los reinos celestiales! Hermosa y agraciada eres, oh hija de Jerusalem; nuestras almas vuelan tras el olor de tus perfumes. Intercede por nosotros ante Cristo, Señor nuestro".

Esos sentimientos y ese entusiasmo, a cuya expresión presta el arte sus esplendores en las solemnidades del culto católico, hieren las fibras

más delicadas de nuestra alma que guarda el tesoro del amor a la Madre celestial, y las hacen vibrar con parecidos afectos. ¡Oh Reina y Madre nuestra, oh María! ¿Cómo no nos hemos de entusiasmar en tu triunfo y celebrar tu victoria los que te llamamos Madre? También nosotros te cantamos con los ángeles, con la Iglesia. ¡Oh María, eres toda hermosa y suave: asciendan contigo nuestras almas: purifíquelas tu pureza, despréndelas de lo bajo y rastrero y llévalas contigo en alas del amor y la esperanza en este día de tu gloriosa Asunción!

La Asunción de María Santísima aun no ha sido declarada por la Iglesia dogma de fe; pero es una verdad creída por la Iglesia y atestiguada por la tradición que se remonta a los primeros siglos.

La Asunción es la fiesta más antigua de las que se celebran én la Iglesia en honor de la Virgen Santísima. Por otra parte, es una verdad que se impone a quien cree en la resurrección de Jesucristo, y en nuestra propia final resurrección. Jesús le debía en cierto modo a su Madre bendita esa gracia: anticiparle su resurrección; juzgamos al Corazón de Cristo por nuestro propio corazón. Si Dios preservó el alma de la Inmaculada Virgen de toda mancha, ¿Permitiría que su cuerpo fuera presa de la corrupción del sepulcro? Yo no puedo pensar eso, decía San Agustín, porque me horrorizo de sentirlo.

Es lógico que el racionalista y el incrédulo, que niegan la resurrección y la divinidad de Cristo, nieguen los privilegios de la Virgen: sobre el vacío de una negación sólo pueden edificarse negacionés. Pero ni aun ellos podrán negar el lógico engranamiento de la Asunción de María con los demás misterios cristianos. Por lo demás, ellos mismos comprenderán (y nosotros lo sentimos), cómo esos misterios son dulces y eficaces, alimento sobrenatural y sabroso de nuestra vida religiosa y moral. "¡Cuánta gloria y honor para el hombre, dice un escritor (Saint Foix), cuánta luz para su espíritu, cuánta alegría para su corazón, cuántas fuerzas para su voluntad emanan de esas verdades que han florecido en derredor de la encarnación del Hijo de Dios!"

Necesidad de la fe

LA gran empresa del joven y el objeto principal del actual momento de su vida es formarse para su vida futura: de la juventud depende la virilidad, por tanto el éxito total de la vida: el árbol que crece vigoroso y sano, y que en primavera se cubre de flores, anuncia frutos óptimos y excelentes rendimientos... Ahora bien, para formarse el joven debe atender a sus ideas y a sus sentimientos y voluntad, pero antes todavía que a éstos a aquéllas, porque las ideas y las convicciones son las que orientan a la voluntad y dirigen la vida. Pues bien, así como hay en nosotros flaqueza de voluntad e instintos depravados, así también llevamos una inmensa miseria en nuestra inteligencia: su debilidad visual y su propensión al error. Necesitamos instruirnos, ilustrarnos; pero la verdad muy frecuentemente se nos oculta o anda mezclada con mil errores, y una instrucción falsa o desviada es tanto o más nociva que una voluntad viciada. ¡Oh desgracia del hombre, que hasta para adquirir la verdad, que es la luz que debe guiar su vida humana, tiene que emplear esfuerzos y correr peligros! Pues en socorro de esa miseria tan grande viene la luz de lo alto, la fe. Por lo que mira a nuestra vida espiritual la fe nos ilustra de un modo cierto y seguro sobre los principales puntos: nuestro origen, nuestros destinos, nuestras relaciones con Dios; orientados hacia El, la misma fe nos facilita la solución de mil problemas de trascendental importancia relacionados con nuestra vida. Nuestro principal trabajo está en asentar bien nuestra fe por medio de la oración (puesto que es gracia divina), y después por una voluntad recta y decidida y un estudio constante. Afirmémonos en la fe, porque es la palabra de Dios, el único infalible Maestro, que viene a suplir nuestra debilidad intelectual y a librarnos de nuestro primer enemigo, el error. Y con la ayuda de las enseñanzas de esa fe, como el marino que no pierde de vista la estrella que le orienta, ya podremos estudiar y resolver todos los grandes problemas morales y sociales que agitan y dividen a la humanidad. La educación,

la familia, la sociedad, la economía, la moral, todo lo estudia y aclara la ciencia cristiana, y todo lo resuelve con lucidez y seguridad el católico ilustrado, no abdicando de su razón, sino usando de ella como el que más, pero bajo la dirección y tutela del Maestro Divino, Cristo, y de su Iglesia a quien El nos ha encomendado.

¡Oh jóvenes! Dad gracias a Dios de un don tan alto; alimentad vuestra fe con la oración y el estudio, y en ella y con su auxilio encontraréis lo primero que necesitáis para vuestra formación intelectual: ideas justas y verdaderas, a la vez que capaces de dirigir vuestra vida: ellas formarán vuestro tesoro intelectual.

Frivolidad.-Reflexión

QUE pensáis? —¡Hay tantas cosas
Que merecen ser pensadas!...

Quedóse muy grabada en mi mente esa respuesta que dió Luis de Gonzaga a su buen ayo, (según cierto drama que pusisteis en escena) cuando el viejo le sacaba importunamente de su arrobamiento, con una pregunta indiscreta:

¡Hay tantas cosas que merecen ser pensadas!...

Y es mucha verdad: para el hombre, en especial para el joven, la vida está llena de problemas que le interrogan a cada paso y que piden una bien razonada solución.

¿Quién soy yo? ¿Qué pretendo? ¿Cuál es el objeto y fin de mi vida? ¿Esta vida que llevo, me conduce a ese fin? Puesto que marcho, debo saber hacia dónde; debo ver si estoy en buen camino, si cada paso que doy, cada cosa que pretendo, cada deseo que abrigo es recto o torcido, me conduce bien o me distrae y separa de la senda segura, de la recta orientación.

Hay muchos jóvenes, y son legión, que no quieren pensar, que cierran sus oídos a toda pregunta que exija una respuesta meditada, mientras los tienen muy abiertos para las seducciones del placer, los halagos del vicio o de la pasión.

Su vida es siempre frívola, y muchas veces criminal; porque no sólo pierden un tiempo precioso que deberían emplear en prepararse para cumplir sus futuros destinos, sino que imposibilitan ese cumplimiento derrochando energías que no recobrarán o esclavizándose a vicios que los harán ineptos y desdichados.

No así el buen congregante: él reflexiona, medita: consulta al Cielo, y del Cielo baja la luz que lo ilumina. A esa luz juzga de todas las cosas: ve la inestabilidad de la vida presente, que pasa como un sueño, y la importancia de la vida futura que se perpetúa en la eternidad. A esa luz

conoce el valor del tiempo, la necesidad de emplear bien una vida que tiene una trascendencia infinita.

A esa luz juzga de su conducta actual; a esa luz dirige y emplea sus pretensiones y actividades; procura ilustrarse, dignificarse, hacerse siempre más virtuoso y más capaz, selecciona sus amistades, modera y ordena sus diversiones, resiste a los halagos del placer insensato, a las seducciones de un mundo falaz, refrena sus ambiciones para convertirlas en aspiraciones justas y nobles, se educa en fin, y se prepara, cumpliendo su destino actual, para sus futuros destinos y asegura así el logro de su destino final.

Los irreflexivos, los atolondrados, los impetuosos y violentos... ¡Cuántos son! ¡Oh joven, mira al cielo y luego reflexiona, medita! ¡Hay tantas cosas que merecen ser pensadas!...

Ser apóstoles

Se nos dice con frecuencia que el objeto principal y esencial de ser congregantes es "formarse integralmente bajo el amparo de María, para llegar a ser cristianos perfectos y apóstoles de Jesucristo".

¿Y qué es ser apóstol?

No estamos aislados en el mundo; vivimos para obrar, y en el obrar, dice profundamente Santo Tomás, consiste la felicidad de los seres. La vida es movimiento, es acción, y el que no obra está muerto. Pero esa acción es doble: la que se repliega sobre nuestro propio ser, y la que se expande en beneficio de los seres que nos rodean y de cuyo conjunto formamos parte. Esta acción externa es ley general del universo y especial del hombre, que es un ser esencialmente sociable: damos y recibimos, y así vivimos: vivimos dentro de la sociedad de seres que nos son semejantes, de seres humanos sobre los cuales ejercemos influencia y de los cuales la recibimos; y todas las manifestaciones de nuestra vida están bajo esa ley. ¿Cómo se sustraería a ella la Religión y la piedad? Y llamándose apostolado nuestra influencia religiosa externa, ¿No tendremos que concluir que nuestra vida religiosa será muy deficiente, parecerá muerta, si no ejerce el apostolado?

El gran precepto de la Religión es amar a Dios sobre todas las cosas, con todas las fuerzas. ¿Y cómo amar a Dios sin desear que otros le amen? ¿Quién amará a Cristo sin convertirse en su apóstol?

Y así lo quiere el Señor, quien ha dejado en manos de sus fieles la propagación de su reino y todos sus intereses; ¡prueba delicada y tierna del amor que nos tiene!

En la lucha de ideales y de amores que agita al mundo, "quien no está con El está contra El", y en el campo del trabajo fructífero, "quien no recoge con El, desparrama". El ha venido a traer al mundo el fuego del amor de Dios, y no desea otra cosa sino que todo lo abrase; El tiene

otras ovejas que aun no están en su rebaño, y las quiere ver a su lado para formar un solo rebaño con un solo Pastor; ¿Y nos llamaremos discípulos suyos si escuchamos indiferentes esos gritos angustiosos de su corazón? Actualmente la impiedad y la ingratitud humanas se levantan en todas partes contra Dios y contra su Iglesia, le hacen donde quiera una guerra sin cuartel; y nosotros, ungidos por el sacramento de la Confirmación para ser soldados suyos, ¿Nos cruzaremos de brazos entregándonos a una indiferencia criminal y parricida?

He aquí algunas de las razones para ser apóstoles. Por otra parte, el serlo de verdad, no sólo da la medida de nuestra fe y de nuestro amor, sino también los acrece y agiganta. Sólo trabajando por Cristo, sólo sufriendo y luchando por El se le llega a amar, no ya como El merece, sino siquiera con aquel amor que es indispensable para no perder la vida divina de la gracia por esa enfermedad de inanición que aqueja a los tibios.

Formémonos, pues, para ser apóstoles, cosa esencial al congregante.

Apostolado del buen ejemplo

Y cómo ser apóstol? Esta es la pregunta que el joven se hace a sí mismo, y que hace también a sus guías y directores, tan luego como se ha percatado de la necesidad de ejercitar el apostolado. Seguir a Jesucristo, militar bajo su bandera, defenderle de la ingratitud humana, que desconoce sus beneficios y aun los vuelve contra El, ideas son estas que fácilmente inflaman los corazones juveniles donde la fe ha lanzado su rutilante esplendor. Y luego el amor al prójimo, a esos pobres tan amados de Jesús, a esas multitudes tan hambrientas de pan y de bienestar como de paz y de justicia, a esos niños cuya inocencia peligra, a esa sociedad, a esa patria en que viven y que es tan desgraciada desde que le falta Dios, ¡qué ideas tan nobles y hermosas para entusiasmar a las almas juveniles no pervertidas por el vicio! Quiero, sí, ser apóstol de Jesucristo, quiero participar a los otros de mi fe, de mis ideales, de todos esos dones inapreciables que Dios ha otorgado a mi alma. Pero, ¿Cómo?

Hay un doble apostolado: el de la acción y el del ejemplo; por éste debe comenzarse, por que el otro lo supone: haz tú primero lo que enseñas; o mejor, comienza a enseñar con tu ejemplo.

Se ha notado que éste era el primero y mejor apostolado de los primeros cristianos: veíanles los paganos, humildes, abnegados, serenos; llamábales la atención su vida irreprochable, su sencillez, su tranquila alegría y aquel espectáculo los sorprendía: ¡eran tan diversos de los demás! Después, esa vida les admiraba y atraía, porque la virtud tiene atractivos y encantos aun para aquellos mismos que exteriormente la desprecian, cuando no son rematadamente perversos; y por fin, los obligaba a conocer, a estudiar y a abrazar una fe y religión que de tal modo ennoblecía a los hombres.

El joven cristiano de verdad, el buen congregante, sin hacer alardes de su religiosidad y virtudes, sino practicándolas sencilla y alegremente,

sin respeto humano ni debilidad, es un espectáculo que afecta a todos, pero en especial a los otros jóvenes que lo contemplan. Luego es posible ser bueno, se dirán ellos, y añadirán: y es también hermoso el serlo... ¡Si yo lo fuera!...

La gracia de Dios y la correspondencia de una buena voluntad harán lo demás, y tendremos aproximados al bien y acaso en salvo, a uno, a muchos que sin eso se hubieran irremisiblemente perdido.

Y el teatro del buen ejemplo no es únicamente el sagrado recinto, lo es el taller, la oficina, la escuela; lo es hasta la calle y el paseo: donde quiera esos apóstoles predican la excelencia de su fe, tan sólo con vivir y portarse como ella se lo ordena; pero principalmente lo hacen en su trato personal lleno de dulzura y dignidad. A través de la buena educación y de la bondad natural, fíltrase el divino esplendor de la gracia de Dios y las virtudes cristianas, y son pocos los que resisten a su soberano atractivo. ¡Ah!, si fuéramos buenos de verdad, y a la vez prudentemente joviales y expansivos, ¡qué divino apostolado ejerceríamos casi sin sentirlo! Ese debe ser nuestro primer ideal de apostolado; ya lo dijo el Maestro: Así brille vuestra luz delante de los hombres, que al ver vuestras buenas obras glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos.

Apostolado de la acción

EL primer apostolado del congregante debe ser el del buen ejemplo; el segundo el de la acción. No hay criatura viviente en el universo que no tenga una irradiación de energías y de vida: sólo los muertos carecen de acción. Pues del cristiano que llamándose tal es puramente pasivo, del que animado por la fe nada hace en torno suyo movido por ella, del que teniendo luz celestial en su mente y fuego divino en su corazón no los hace irradiar sobre aquellos que le rodean y que carecen de tan grandes bienes, ¿Qué debemos pensar sino que su fe es muerta, su caridad fingida y toda su vida cristiana una portentosa mentira? La vida produce la vida, y a llevarla a los demás cuando la poseemos, nos induce esa vida de la gracia que debe animar nuestro sér de cristianos.

Mil medios hay para ejercer el apostolado. El celo de la gloria de Dios y bien de las almas es tan activo como ingenioso; y si lo poseemos, nos llevará a hacer bien al hermano, al amigo, al inferior, a todos cuantos están a nuestro alcance, aunque siempre regulados por esa virtud que da su timbre y valía a todas las virtudes, la prudencia.

Pero es claro que siempre resulta más benéfica la acción organizada y colectiva; y la Congregación nos ofrece la oportunidad y nos impone el deber de ejercer esa acción de conjunto en las Doctrinas y en la cooperación y difusión de la buena prensa.

Esos grupos de niños que adoctrináis y otros muchos que aun no habéis allegado en torno vuestro, esperan de vosotros, m. a. c., el pan de la verdad y la luz del cielo que han de confortarlos e iluminarlos en la vida tan azarosa que ahora comienzan; depende de vosotros en gran parte su vida cristiana y acaso su salvación; allí está el campo de vuestro celo y de vuestra acción. Por otra parte, ¡qué espectáculo tan hermoso el que ofrecen esos jóvenes que saben privarse de algunas horas de su legítimo descanso para trasladarse a los barrios más humildes, y rodeados allí de

golfillos del pueblo, los instruyen y aconsejan, los educan y cristianizan! El Corazón de Cristo que tanto ama a los niños palpitará de gozo, y ¿Qué gracias tan divinas reservará para los que por amor suyo hacen el bien a sus pequeñuelos?

Acaso aguardan al congregante otras palestras en sus futuros trabajos; pero desde ahora tiene abiertas las de la buena prensa. Esa arma que tantos emplean para la propagación de la impiedad y del escándalo, la pluma, debe el congregante enseñarse a manejarla para el servicio del bien. Hoy un escritor vale tanto o más que un orador; y con razón se ha hecho vulgar la frase de Ketteler: Si hoy viviera San Pablo se haría periodista. La prensa tiene un inmenso poder de extensión y divulgación. Libros, folletos, periódicos, cuando son portadores de la verdad, son haces de luz, bocas de oro con los cuales pueden alumbrar y perorar no sólo los que los escriben sino también los que los divulgan.

La Congregación posee estas dos obras, aunque en pequeño, obras que mucho estima porque no sólo desarrolla con ellas su apostolado colectivo, sino también inicia a sus socios en ese apostolado de la acción tan necesaria al cristiano, como que es la manifestación y el fomento del espíritu que debe animarlo. ¿Habrá un Congregante que niegue a esas obras su personal concurso o las vea con indiferencia? ¡Ah!, si lo hubiera, el espíritu cristiano se habría extinguido en él; muertos son los que no obran: habría que llorarlo, como a un muerto.

La acción católica

EN los actuales momentos, al católico sincero y ferviente no le basta el apostolado del ejemplo, ni siquiera el de la acción individual o colectiva, pero privada; necesita un apostolado que podemos llamar estrictamente católico: el de la acción colectiva pública y oficial: La Acción Católica. Las urgentes necesidades del reino de Dios organizado, la Iglesia, y la voz apremiante del Santo Padre, apenas si dejan al católico libertad para contentarse con un apostolado privado: llámanos con apremio a todos los fieles a ese apostolado especial que és una participación del oficial y jerárquico; y nos es preciso oír ese llamamiento.

La guerra contra la Religión se ha exacerbado en el mundo; la ofensiva contra Cristo y su Iglesia parte de todos los campos no católicos; hoy más que nunca es Cristo señal de contradicción. ¿Qué harán pues los que quieren serle fieles hasta el fin, los que saben que sólo en la Iglesia, nave bendita azotada por todas las tempestades, está la salvación del individuo, de la sociedad y del mundo? Agruparse más estrechamente en torno de sus jefes y de su bandera, luchar cada cual en su esfera y según sus posibilidades, pero todos en su puesto y bajo unánime dirección, por la defensa y por el auge del Reino, e inmolar si es preciso bienes y comodidades en aras de la causa de Dios. Todo lo gana quien todo lo pierde por El. La jerarquía nos hace el honor de participarnos su misión salvadora. Los sacerdotes son pocos, y necesitan de auxiliares; son los jefes, y necesitan del escuadrón que milite a sus órdenes. ¡Vamos! Cuando la patria de las almas está en peligro y llama a sus hijos para su necesaria y urgente defensa, ¿No será un desertor y un cobarde quien desoye su llamamiento?

He aquí por qué todo congregante debe ser desde ahora, o al menos debe prepararse para llegar a serlo muy pronto, un miembro activo y militante de la Acción Católica. Nuestra Congregación es una obra auxiliar, una escuela de preparación para esa obra y esas luchas, y no cumpliría su

misión si no os orientara hacia ellas. Bien sé que muchos de vosotros formáis ya parte de la benemérita A. C. J. M.; pero no debemos descansar hasta que no quede un sólo Congregante que no pueda ostentar el distintivo de esa falange gloriosa; de ella pasaréis un día a la sección en que podáis desplegar las alas de vuestro celo en la plenitud de vuestra virilidad.

María nuestra Madre lleva también el título de Reina de los Apóstoles, y por tanto prueba ser verdadero hijo suyo quien comienza a ser apóstol. El apostolado, tan necesario al congregante, como que forma uno de los dos fines esenciales de nuestra Congregación, acendrará vuestra fe, templará vuestra virtud, os llevará a una vida fecunda en buenas obras y en méritos para la eternidad.

Nuestra fiesta patronal

NUESTRA Congregación que tiene por titular a la Inmaculada Concepción de María Santísima, celebra la fiesta de su excelsa Patrona el domingo próximo al día 8 de diciembre. En esa fiesta los congregantes avivan su devoción a la Madre celestial, y ese día todos los labios cantan sus alabanzas, todos los pechos laten en su amor.

A los jóvenes que no son de los nuestros, paréceles extraña nuestra devoción; y si son algo osados para burlarse de lo que no entienden, la tacha de ridícula y mujeril, propia tan sólo de doncellas neuróticas o soñadoras.

Pero si las rudezas de la vida sin fe, o la corrosiva acritud de los vicios no han destruído en ellos lo más delicado que hay en el hombre: sus sentimientos; si todavía puede vibrar en sus pechos la fibra del amor filial, si todavía son hombres, deberían reflexionar que en la vida cristiana, como en la vida humana, hay sentimientos delicados que sólo comprenden los que tienen la dicha de poseerlos, y que a los extraños suelen parecerles locuras.

Uno de esos sentimientos para el joven que tiene fe en Cristo y en las realidades sobrenaturales que El nos brinda, es la devoción y amor a su Madre bendita, que ha querido que lo sea también nuestra; amor dulce y delicado en la vida cristiana, como el amor a la madre natural en la vida humana, y que como éste anima y consuela, alienta y vivifica.

Fácil es decir a un joven: regenérate, vence tus pasiones, sé bueno; pero es difícil persuadirle y sobre todo facilitarle ese deber. Pues bien, la devoción a la Virgen tiene esa eficacia; nos hace fácil y dulce la austeridad de la virtud, nos atrae suavemente al buen camino y nos conserva en él. La devoción a la Virgen en la vida cristiana tiene la misma misión que el amor materno en la vida humana: nos inicia y nos suaviza los combates por el bien. Por eso es tan necesaria en una sociedad como la nuestra, cuyo fin es iniciarnos y adiestrarnos en una vida honesta y cristiana. Y

esto es lo que hacemos en fiestas como esta: acercarnos a la Madre celestial, para reanimarnos con la luz de sus miradas y con el calor de su amor, en la carrera difícil de nuestra cristiana formación; y dejar, o más bien compadecer a los ciegos que odian la luz, a los necios que blasfeman de lo que ignoran.

Santa María de Guadalupe

HACE poco más de cuatro siglos que la Madre de Dios, la Inmaculada Virgen María, dejando las alturas de los cielos vino a la tierra mexicana y posó sus purísimas plantas en la colina del Tepeyac para ofrecer su protección y su amparo a un pobre indio y por medio de él a todos los nacidos en este suelo privilegiado. Y para perpetuar esa visita y ese ofrecimiento la Virgen nos dejó su Imagen de Guadalupe que es la prenda perpetua de su amor y de su protección.

La verdad de la Aparición Guadalupana, bien depurada por la crítica histórica, brilla hoy con más esplendor que nunca. A la antigua relación de Antonio Valeriano escrita a raíz del suceso, se añaden los himnos de los naturales que se cantaban poco después de la aparición (uno de ellos, el llamado Cántico del Atabal, como lo indica el historiador P. Mariano Cuevas, parece que fué cantado el mismo día de la traslación de la Imagen a su primera ermita), los anales y pinturas, los testamentos en que se hace mención de la aparición, etc., pruebas documentales muy robustas que se suman al victorioso argumento de la tradición.

Un autor nada sospechoso que había estudiado mucho las tradiciones mexicanas, decía. Si hay en México una tradición antigua, general y constante, es la de la Virgen Guadalupana; y el V. P. Margil, que a principios del siglo XVIII recorrió misionando todo el territorio mexicano, con el peso de su santidad y con la solemnidad del juramento atestiguó que en todas partes desde Guatemala hasta Texas había encontrado firme la creencia y florescencia del culto a la Santísima Virgen de Guadalupe, aparecida en el Tepeyac. Antes que él, bajo solemne juramento, depusieron su testimonio los 21 testigos en las informaciones de 1666, testigos inmediatos de la aparición. Por esto la tradición es el argumento clásico para probar la verdad de la aparición, al cual añaden su fuerza los monumentos, la autoridad de centenares de escritores que en los últimos trescientos años han afirmado y demostrado esa verdad, y la misma for-

ma y conservación de la Imagen, que nadie ha explicado cómo pudo ser pintada en tela hasta sin empaste ni preparación, en tiempos en que ni entre los indios ni entre los advenedizos peninsulares sobresalió nadie en la pintura, sin que hayan sido parte a destruírla ni el tiempo, ni el maltrato, ni el clima, ni la misma malicia de los hombres. Sabido es que quedó ilesa la Santa Imagen cuando el 14 de noviembre de 1921, una mano sacrílega colocó casi a sus pies una bomba que al estallar causó estragos en el altar sin que tocara ni siquiera el vidrio que cubre la Imagen.

¡Y qué diremos de los beneficios que por medio de ella ha derramado la Reina del cielo sobre México! En las necesidades públicas y privadas siempre ha recurrido el pueblo mexicano a María Santísima de Guadalupe y nunca en vano.

Después de Dios y como instrumento de la Providencia, a María de Guadalupe debemos la conservación de las razas indígenas, y su fusión con la española, el beneficio inmenso de la fe y la civilización cristiana, la independencia de la patria y la conservación de nuestra nacionalidad, y finalmente, el arraigo de la fe y Religión Católica que no han podido destruir en México ni el protestantismo norteamericano ni la impiedad oficial de nuestros gobernantes, ni la astucia, el hierro y la opresión de los perseguidores.

María de Guadalupe es la protectora de México, su Reina coronada y su amparo y defensa, y para cada uno de los católicos mexicanos la madrecita dulce y amorosa, sueño de la mente y embeleso del corazón. ¡Bendita sea!

Navidad

POR qué esta palabra remueve el fondo de todas las almas, y al escucharla y gustarla, todos sentimos como brisas de primavera en medio del invierno, luces del cielo entre las obscuridades de este mundo, anhelos del bien y suavidades de paz aun en medio de la disipación, los placeres y el cansancio de la lucha de la vida? Sin duda porque nuestras almas son cristianas, y porque aun los más alejados de Dios son sus hijos, y no pueden menos de sentir el soplo sobrenatural de fe y de vida que recorre el mundo cristiano al conmemorar la navidad de Aquel que trajo al mundo la vida y la esperanza. Unense al sentimiento religioso y casi se confunden con él los recuerdos de la infancia y del hogar, y el vago presentimiento de un retorno a la sencillez y a la inocencia, de una renovación cristiana de que toda alma que no ha llegado a lo profundo de la miseria moral, está añorante y deseosa. ¡Centinela! ¿Qué adviertes en el horizonte? Una luz blanca y rosada, la primera fulguración de una aurora cercana. Eso es la Navidad: para las almas de viva fe, un sentimiento íntimo de gozo y de amor, como el que experimentaron los reyes y los pastores que adoraron en la sencillez y la fe al Deseado de las naciones, al Redentor del Mundo: para los atrofiados en su vida espiritual, es todavía la Navidad una ánfora preciosa de perfumes: los recuerdos más tiernos y puros, y las esperanzas y anhelos más íntimos y divinos del alma, a pesar de todo, cristiana.

¡Noche que brillas con la claridad ideal de un día divino, noche que alegras al niño y al anciano, al joven y al adulto, noche de recuerdos y de esperanzas, de gracias y bendiciones! ¡Bienvenida seas! ¡Tú representas el triunfo del espíritu sobre la materia, eres una realidad y eres un símbolo: eres un gozo divino y un aviso del cielo! Dichosos los que aún se conmueven con tu llegada; pero desdichados, mil veces desdichados los que te ignoran o te desprecian, y al perderte han perdido el sentido de lo divino y el germen de la inmortalidad.

Perseverancia

AL cerrar con estas líneas, m. a. c., las breves páginas que he querido dejaros aquí escritas, como un recuerdo de las instrucciones o pláticas que os he dirigido, embárgame penosamente un pensamiento: ¿Sereis todos siempre fieles a las promesas de vuestra juventud? La verdad, la piedad, las esperanzas eternas que como estrellas han brillado en vuestro espíritu, ¿Habrán de apagarse, olvidadas o gastadas, dejando en noche oscura el cielo de vuestras almas? Habéis amado a Dios, a la Virgen Santa, a la Iglesia de Jesucristo, y por ellos habéis amado el honor y la virtud y habéis alentado con grandes ideales: ¿Habréis de veros algún día desheredados de bienes tan bellos y magníficos?

La vida es larga, la lucha es azarosa y tremenda. Ya estoy viendo las tentaciones que os asecharán, las pasiones que os cegaran, los desalientos que tratarán de anonadaros... A esas pruebas ordinarias de la vida humana, vendrán por ventura a agregarse las especiales de nuestros aciagos tiempos en que todo se conjura contra la virtud y se hace a la fe una guerra de exterminio. Acaso se acercan, o han ya comenzado entre nosotros aquellos tiempos a los que aludía el Señor cuando decía: "¿Pensáis que entonces se encontrará fe en Israel?" ¿Cómo no temer pues, cómo no preocuparse quien prevee vuestro futuro?

Por esto la juventud católica actual, formada ante tan tristes perspectivas, siquiera sea ante la posibilidad de que vengan, debe arraigarse en la firmeza de sus convicciones y en la solidez de sus virtudes, y nutrir en su pecho aquel valor y constancia que hace a los héroes y a los mártires. Para todo lo grande, pero singularmente para la empresa de una vida cristiana, se ha necesitado siempre, pero hoy mucho más, un ánimo grande y un valor no desmentido. "Somos los hijos de los santos, (héroes de la virtud), y esperamos una vida que no tendrá fin". En la tentación se prueba el alma generosa, y en la lucha se templan los grandes caracteres. "El que persevera hasta el fin, ese se salvará", dice el Señor. "No será coro-

nado sino el que hubiere peleado con valor", añade el Apóstol; es por tanto ese valor constante la condición necesaria de toda virtud, y la prenda de la definitiva victoria. ¡Oh! Nunca vaciléis, porque soldado que vacila es soldado vencido.

No nos falta valor, me decís, pero somos débiles. Y es la verdad: ante el cuadro pavoroso de los combates por la vida cristiana, a pesar de nuestros esfuerzos, habría que desesperar si sólo contáramos con ellos. Pero contamos con Dios, y Dios es fiel, y poderoso, y fuerte: dobla su aliento los cedros del Líbano, y un gesto de su mano disipa la tempestad. Y el poder de Dios estará con nosotros, si, esforzándonos por serle fieles, acudimos a El por la oración. La oración es la omnipotencia del cristiano: "Todo lo puedo en Aquél que me conforta", dijo el Apóstol. Creed, pues, orad; orad siempre, pero sobre todo en la hora del peligro o de la tentación. Y si vinieren malos días de ruina o desolación, orad entonces más que nunca y confiad; "Dios abreviará aquellos días por sus elegidos" y "Levantad entonces la cabeza, porque se acerca vuestra redención". "Yo ví al impío, dice el profeta, elevarse como el cedro del Líbano... y pasé, y ya no existía". Pasa presto al reinado de la iniquidad; pero si persiste, Dios guardará a los suyos "como a las niñas de sus ojos", y a sus elegidos "todo se les convertirá en bien".

Hay que estar prevenidos hasta para los supremos combates; pero regularmente la vida cristiana es suave y tranquila para los que se han afirmado en la virtud, y Dios derrama en sus almas el encanto de la paz. Ese es el don de Jesucristo a los suyos; el saludo que dirigía a sus apóstoles, y lo que el día de su nacimiento pregonaran los ángeles para las almas de buena voluntad. Guardad la gracia de Dios en vuestra alma, vivid siempre al amparo de la dulce Virgen María, y en vuestro pecho reinará la paz.

Monterrey, Agosto 31 de 1934

Puede imprimirse,

José Guadalupe
Arzobispo de Monterrey.

Por mandato de S. E. Rma
Dr. P. Cervantes,
Secretario.

EDICION DE
" IUVENTUS "
DE LA CONGREGACION MARIANA DE JOVENES

ELEMENTOS DE SOCIOLOGIA CRISTIANA

POR EL CNGO.
J. J. HINOJOSA

CON LICENCIA ECLESIASTICA

MONTERREY, N. L.
1934

ELEMENTOS DE SOCIOLOGIA CRISTIANA

Elementos de Sociología Cristiana

Nociones Preliminares

DIOS es la rectitud y justicia, y ve y conoce en su propia esencia y ama necesariamente esa rectitud y justicia. Por lo mismo quiere que ellas se reflejen en sus creaturas, necesaria o libremente según la naturaleza de éstas.

El hombre es un sér moral, por cuanto, dotado de libertad, puede conocer y debe libremente seguir esa rectitud y justicia y evitar el violarlas.

A la norma de rectitud y justicia que está originariamente en Dios se le llama la LEY ETERNA; y en cuanto el hombre puede conocerla por su razón natural y debe a ella sujetarse por su voluntad libre, se le llama la LEY NATURAL.

Llamamos DERECHO (tomada esta palabra de la acepción que ahora nos interesa) al conjunto de reglas derivadas de la ley natural, que regulan las acciones del hombre en sus relaciones con los demas hombres. Tambien suele llamarse derecho a la facultad moral de hacer alguna cosa.

Por sobre la ley natural (no contra ella) Dios como creador y dueño del hombre puede mandarnos algo para gloria suya y bien nuestro, y también comunicar a otros esa potestad: si existen de hecho esos mandatos, ellos constituirán una nueva fase del derecho. De aquí que:

El derecho puede ser NATURAL o POSITIVO.

Llamamos DERECHO NATURAL al que se deriva de la naturaleza del hombre, y que éste conoce por su razón.

Llamamos DERECHO POSITIVO al que se deriva de la voluntad expresa de Dios (DERECHO DIVINO POSITIVO) cuando manda algo sobre (no contra) la ley natural; o de la voluntad humana (DERECHO HUMANO) cuando por disposición de Dios tiene facultad de mandar y manda en orden al bien común de los súbditos.

El derecho positivo puede ser CIVIL o ECLESIASTICO, según la autoridad que lo dicte.

Ley eterna

Ley natural

Natural

Derecho..... Divino

Positivo..... Civil

Humano.....

Eclesiástico

Lección I

Definiciones y principios:

Sociología es la ciencia que trata de la Sociedad. SOCIEDAD es la unión de varios seres racionales para la consecución de un fin común.

LAS LEYES DE LA SOCIEDAD deben deducirse: a) de la naturaleza de los seres que la forman, es decir de la naturaleza del hombre; b) del fin para que se reúnen, es decir, el bien que tratan de conseguir; c) en las sociedades libres, de la libre voluntad de los asociados, con sujeción a las leyes de la moralidad y sin atentado contra las sociedades necesarias.

La Sociedad puede ser NECESARIA Y LIBRE.—

NECESARIA, es aquella de que el hombre necesita en su estado actual y a la que está inclinado por la misma naturaleza u obligado por Dios; llámase también NATURAL.

LIBRE, es la que el hombre forma por su espontánea y libre voluntad, en uso del derecho natural que le asiste para asociarse con otros hombres para fines lícitos y en cuanto no se oponga al derecho de los demás.

TESIS.— El hombre es un sér social, es decir, se halla naturalmente inclinado a formar sociedad con sus semejantes y necesita formar algunas sociedades. La razón es por la inclinación instintiva que tiene el hombre a la vida social, y por que sin ella no puede satisfacer sus necesidades y aspiraciones justas.

Las sociedades necesarias para el hombre son tres: la doméstica (familia), la civil (nación) y la religiosa (Iglesia.)

TESIS.— El hombre está necesitado y obligado a formar estas tres sociedades: las dos primeras, por derecho natural; la tercera por derecho divino-positivo. La razón de esa necesidad respecto a las dos primeras está, como se ha indicado, en la misma naturaleza del hombre, quien necesita de defensa, protección y ayuda para su formación, desarrollo y perfeccionamiento; la razón de esa necesidad con respecto a la última está en el doble cáracter del hombre, sér social y religioso, y principalmente en la institución divina de la Iglesia a la que deben pertenecer todos los hombres, como se demuestra en la Apologética.

La Sociedad puede ser en segundo lugar, completa e incompleta: la llamamos completa, si tiene en sí misma los medios necesarios para conseguir su fin propio y principal; de lo contrario será incompleta.

De las tres sociedades necesarias, la doméstica es incompleta; la civil y la religiosa son completas cada una en su esfera.

DIVISION.— La Sociología tiene por principal objeto el estudio de estas tres sociedades necesarias, y por tanto estas sociedades, en sí mismas y en sus mutuas relaciones, constituirán las tres partes del estudio que nos proponemos hacer.

Lección II

Sociedad Doméstica.

La SOCIEDAD DOMESTICA o familia es un todo orgánico o social que comprende regularmente al esposo, la esposa y los hijos, y tiene por objeto el bien común de todos sus miembros y el propio de cada uno de ellos.

TESIS I.— La sociedad doméstica es una sociedad necesaria; porque sin ella no puede propagarse debidamente ni perfeccionarse el hombre.

Los miembros de la sociedad doméstica son: necesarios o esenciales: **a)**— el marido y la mujer; **b)**— los hijos; accidentales: **c)**— los criados. Y como son distintas las relaciones entre ellos y la cooperación al bien común que les es propia, distintos serán también sus deberes y derechos. Así pues, distinguiremos en la sociedad doméstica o familia, tres sociedades inferiores o subordinadas: la sociedad conyugal (marido y mujer); la sociedad paterna (padre e hijos); y la sociedad heril (amos y criados).

Cada una de estas sociedades será objeto de particular estudio.

TESIS. II— La sociedad doméstica es una sociedad incompleta, porque no encierra en sí los medios necesarios para obtener su fin: necesita la familia existir dentro de una sociedad que la defienda y la complete, es decir, que le suministre aquellos medios que le faltan para proveer a su defensa, desarrollo y bienestar, y principalmente a la completa educación de los hijos. Lo que quiere decir que las familias, así como existen por naturaleza, así también por la ley natural se unen unas con otras para formar la sociedad civil que las complete.

Lección III

Sociedad Conyugal

SOCIEDAD CONYUGAL es la que forman un hombre y una mujer que se unen de un modo estable para la procreación y educación de los hijos, y para ayudarse mutuamente a llevar los cargos de la vida. Llamamos MATRIMONIO, al vínculo moral y espiritual que une a los esposos; también solemos llamar matrimonio a la misma sociedad conyugal.

Las dotes principales del matrimonio son la unidad y la perpetuidad: por la primera sólo puede efectuarse entre un hombre y una mujer; por la segunda, sólo puede disolverse por la muerte de uno de los cónyuges.

TESIS I.— El matrimonio por derecho natural, es UNO y PERPETUO, al menos por ley general. Las razones para probar esta tesis se sacan del fin del matrimonio es decir, de que estas dotes del matrimonio son necesarias por punto general para la recta formación de la familia y educación de los hijos, y para que haya equidad en el contrato matrimonial con respecto a la mutua ayuda que deben prestarse los esposos siempre.

TESIS II.— El divorcio absoluto, (es decir, con disolución del vínculo), es grandemente perjudicial a la sociedad, y por tanto por ley general es contrario al derecho natural.

Males principales del divorcio: se opone a la firmeza del estado conyugal, abre la puerta a las pasiones y a la infidelidad de los cónyuges, causa el abandono o la semiorfandad de los hijos, fomenta las desavenencias conyugales y es causa de enemistades entre las familias y en la sociedad.

TESIS III.— El marido por ley natural ejerce la autoridad en la sociedad conyugal: ambos cónyuges se deben amor, fidelidad y socorros mutuos.

TESIS IV.— Es lícito por ley natural el celibato abrazado por algunos, por motivos de virtud.

CONCEPTO DEL MATRIMONIO CRISTIANO.— El contrato matrimonial ha sido elevado por Nuestro Señor Jesucristo a la dignidad de sacramento, fijándole como indispensables sus dos principales dotes: unidad e indisolubilidad: por tanto, entre cristianos no hay matrimonio válido sin que sea sacramento: por este carácter queda sometido enteramente a la autoridad de la Iglesia, y a la Potestad Civil sólo le toca fijar las condiciones para que el matrimonio cause efectos civiles.

Lección IV

Sociedad Paterna

Dentro de la sociedad doméstica, hemos distinguido como subordinada la Sociedad paterna que es "la que forman los padres con sus hijos, en orden al bien de éstos".

Esta Sociedad es natural, pues se deriva de la misma naturaleza y ella la prescribe. Para comprenderla y exponer sus leyes generales, tengamos presente este principio:- A quien inicialmente da el sér toca el llevar a ese sér a su perfecto desarrollo hasta que se baste a sí mismo.

De aquí deducimos que los padres tienen por naturaleza la autoridad en esta sociedad, autoridad que suele llamarse "patria potestad".

La patria potestad se extiende a todo lo que se refiere al bien particular de los hijos y general de la familia.

Los deberes principales de los padres para con sus hijos son la crianza y educación: entendemos por educación no sólo la instrucción sino también

la formación moral. Los deberes principales de los hijos para con sus padres son el respeto, el amor y la obediencia: puede comprenderse en éste último el trabajo exigido por los padres en bien de la familia.
Dura la patria potestad hasta la legítima emancipación de los hijos; ésta suele fijarse por las leyes civiles.

TESIS I.— La educación de los hijos corresponde primaria y esencialmente a los padres. La educación debe ser LIBRE por cuanto que a los padres corresponde por derecho natural elegir los maestros que les ayuden en la formación intelectual y moral de sus hijos.

TESIS II.— Al Estado sólo corresponde el ayudar a los padres sin contrariar la educación que éstos según su conciencia deben dar a sus hijos, el suplir la incapacidad de aquellos, y el dirigir o completar la educación en orden al bien social.

TESIS III.— Por su divina misión y por su maternidad espiritual, toca a la Iglesia, de un modo eminente, la educación religiosa y religioso-moral, la cual deben iniciar los padres de acuerdo con la Iglesia; a ésta toca el derecho de vigilancia sobre la educación, en cuanto pueda oponerse a la doctrina o a la moral cristianas.

COROLARIO:— La instrucción LAICA es contraria al derecho natural y a la religión, por cuanto todas las actividades del hombre deben ser dirigidas a la gloria de Dios y reguladas por su santa ley, y por cuanto desatendiéndose de la Religión, no es completa ni puede ser plenamente moral. La instrucción LAICA es un ateísmo práctico de resultados funestos. Con más razón todavía debe condenarse la educación LAICA.

Lección V

Sociedad Heril

Llámase SOCIEDAD HERIL la que forman el amo con sus sirvientes o criados, que pueden considerarse como parte integrante aunque no necesaria de la familia. Es una sociedad que completa la sociedad doméstica, y por tanto, natural, pues en una familia puede haber y hay con frecuencia necesidades domésticas que los miembros necesarios de ella no pueden llenar fácilmente, necesidades que vienen a satisfacer los criados que bajo este concepto vienen a ser como una parte de la familia; por ésto antiguamente se les llamaba FAMULOS, es decir familiares.

No tratamos aquí de servicios accidentales o transitorios, sino de servicios permanentes prestados por personas que por un tiempo considerable consagran a una familia todas las actividades de que pueden disponer.

EL FAMULADO en este sentido se rige por el contrato que se hace entre el amo y el criado al entrar éste en su servicio. En este contrato deben guardarse las leyes de la equidad y la justicia; en especial, nunca puede exigirse al criado la renuncia de sus deberes esenciales, tales como los que tiene con su propia familia, los religiosos y civiles, y los de su propia persona, de conciencia y de perfeccionamiento, como sér humano y moral.

Los servicios prestados de una manera inestable o restringida, pueden considerarse más bien que como servicios de FAMULADO (entre amo y criado), como servicios de PATRONATO (entre patrones y obreros o dependientes); no pertenecen pues a la sociedad doméstica.

Llámase SERVIDUMBRE, a la aplicación perpetua de todas las actividades de una persona, durante toda su vida, al servicio de una familia, pero conservando aquella sus derechos personales inalienables. Se diferencia de la ESCLAVITUD propiamente dicha, en que el esclavo en la antigüedad no conservaba derecho ninguno personal; era mirado como COSA, como una PROPIEDAD de su amo; mientras que en la esclavitud mitigada o servidumbre, el amo no tiene derecho sino a los servicios perpetuos, pero no a la vida ni a los derechos inalienables del SIERVO.

TESIS I.— El famulado es muy conforme al derecho natural.

TESIS II.— La servidumbre o esclavitud mitigada, no es absolutamente contraria al derecho natural, pues el hombre como puede enajenar alguna de sus actividades por tiempo más o menos largo, puede también enajenarlas todas por el tiempo de su vida: también porque a un condenado a muerte o a reclusión perpetua se le puede cambiar su pena en perpetuos servicios. Sin embargo, es poco cristiano y poco conforme a la dignidad humana.

TESIS III.— La esclavitud propiamente dicha o absoluta, es contraria al derecho natural y al Evangelio.

La trata de negros ha sido condenada por la Iglesia.

Lección VI

Sociedad Civil

NOCIONES. Llámase SOCIEDAD CIVIL la que forman varias familias agrupadas para conseguir un bien común de orden civil, y con independencia de otras sociedades semejantes. Llámase también Sociedad Política.

Llamamos orden civil al que se refiere al bien terrestre de los ciudadanos (cives) sin trascendencia directa y de por sí a un orden y a un bien ultraterrestre. Los individuos son los ciudadanos que formando familias, se agrupan para formar la sociedad civil.

Debemos estudiar la naturaleza de la sociedad civil, investigando: **a)** su origen, **b)** sus elementos, **c)** su fin. Y puesto que el vínculo de unión coordinativa y vital de una sociedad es la autoridad, debemos estudiar en particular la naturaleza y las funciones de la autoridad civil, o sea del gobierno.

ORIGEN DE LA SOCIEDAD CIVIL.

OPINIONES. Tres son las principales opiniones para explicar el origen de la sociedad civil: la de la escuela liberal, la de la naturalista y la de la cristiana.

La ESCUELA LIBERAL opina que la sociedad civil tiene su origen únicamente en la libre voluntad del hombre; La ESCUELA NATURALISTA opina que lo tiene en la natural y necesaria evolución o sea en el determinismo. La ESCUELA CRISTIANA sostiene que ese origen está en la voluntad de Dios, autor de la naturaleza humana y en la libertad del hombre que coopera libremente a realizar los fines de la Providencia.

La ESCUELA LIBERAL ha seguido principalmente la opinión de Rousseau que juzgaba que los hombres se determinaron a vivir en sociedad por un contrato o pacto enteramente libre. Se ven desde luego las absurdas y fatales consecuencias de esta doctrina; pues si la sociedad civil debe su oirgen a ese CONTRATO SOCIAL, en él únicamente deben buscarse los derechos y deberes civiles, que podrán variar y suprimirse o aumentarse a voluntad de los contratistas, y aún podrá disolverse la misma sociedad: fluctuará pues la sociedad bajo el imperio de ésta teoría, entre la tiranía más absoluta y la más completa anarquía.

La ESCUELA NATURALISTA es el polo opuesto a la anterior; a ella pertenecieron los positivistas del pasado siglo que pretendieron darle una forma científica. Resulta de las teorías de esta escuela, cualesquiera que sean sus matices, que la sociedad es el estado necesario y fatal de la evolución también necesaria a que está sujeto el hombre lo mismo que la materia. Se ve a primera vista la falsedad de esta teoría para quien admite la libertad humana y la creación del mundo por Dios. Como la liberal, es también esta teoría desastrosa en sus efectos, pués establece la lucha social, niega el derecho y lleva necesariamente a la prevalencia fatal del más fuerte, y por tanto al despotismo más absoluto, o de un individuo sobre los otros, o de una colectividad a la que se sacrifican todos los derechos, libertades y aspiraciones de los individuos y familias que forman la sociedad.

La ESCUELA CRISTIANA ocupa un término medio entre las otras dos, pues opina que la sociedad es natural al hombre, y por esto se refiere el origen de la sociedad, a Dios autor de la naturaleza humana; pero el hombre la acepta libremente y determina por su voluntad las formas más convenientes de su ejercicio. Conviene pues la escuela cristiana con la naturalista, en cuanto reconoce que la sociedad es natural; se diferencía de ella en lo que en la sociedad reconoce de libre y voluntario. Conviene la escuela cristiana con la liberal, en lo aquella reconoce de libre; se diferencía en lo que reconoce de natural y divino y en cierto modo necesario.

TESIS.— Presupuesta la existencia de Dios y la libertad humana, (cosa que demuestra la Apologética y admite el sentido común y religioso del hombre) son evidentemente falsas así la teoría liberal como la naturalista, sobre el origen de la sociedad civil; y es verdadera la cristiana.

Lección VII

Elementos de la Sociedad Civil (I)

NOCIONES.— Llamamos ELEMENTOS de una sociedad las partes que la forman y la razón o fuerza que une y dirige esas partes en orden a la consecución de los fines de la misma sociedad. El primer elemento se llama MATERIAL porque es como la materia sobre la que actúa la forma;

el segundo se llama FORMAL, por que es lo que da a la materia el sér propio de la sociedad, o sea la forma social.

La sociedad tiene mucha semejanza con el sér humano.

ELEMENTO MATERIAL

TESIS I.— El elemento material de la sociedad civil lo forman las familias (y no los individuos) que se agrupan en orden al bien común de todas ellas: a) porque la sociedad civil es un complemento de las familias compuestas de individuos desde antes de formar la dicha sociedad: la familia pues, es anterior a la sociedad civil; b) porque el hombre, primero busca su complemento en la familia, y sólo mediante ésta lo busca en la sociedad: las familias sólo se unen en sociedad, para buscar la satisfacción de las necesidades que no pueden satisfacer solas o aisladas.

COROLARIO I.— Luego debe rechazarse el INDIVIDUALISMO que enseña que la sociedad civil se forma inmediatamente de individuos. El individualismo es contrario a la verdadera esencia de la sociedad, y por lo mismo enemigo y destructor de ella. Los individuos sólo son materia remota de la sociedad, por cuanto de ellos se componen las familias que son la materia PROXIMA de aquella. Pero así como la familia no abserbe ni anula los derechos del individuo, sino que sólo los limita en orden al bien de común de los que la forman; así la sociedad civil no anula los derechos de las familias, sino que los protege y favorece aunque por alguna parte haya de limitarlos en orden al bien común de las familias que forman la sociedad. Un individuo aislado sólo forma parte de la sociedad de un modo accidental y como si encerrara en sí o representara una familia.

COROLARIO II.— Luego debe rechazarse también el COLECTIVISMO o CENTRALISMO, según el cual todos los derechos y deberes de las familias e individuos proceden de la sociedad o de la autoridad que la representa. Esta teoría anula la personalidad humana y la representación familiar, y pone al hombre como un esclavo en manos de la sociedad o de la autoridad civil o sus representantes: por esto es invasora; como consecuencias trae la desnaturalización de la sociedad y por último su destrucción.

TESIS II.— La sociedad civil debe tener una estructura ORGANICA y no MECANICA: es decir que debe admitir no sólo familias, sino también clases y corporaciones: a) porque la distinción de clases, de corporaciones profesionales, etc., es natural al hombre, y sólo por medio de ellas puede procurar su verdadero bien, su progreso, su defensa etc.; b) porque la unión de clases y asociaciones profesionales es el único medio para hacer ordenada y fuerte a la misma sociedad, cuya perfección depende de los elementos que la forman no menos que de la fuerza que los dirige. En la sociedad hay necesidad de distintos elementos y funciones, o sea de distintos miembros los cuales no pueden prosperar en orden al bien propio y al bien común sino teniendo vida propia, aunque armonizada con la vida social; por esto dijimos que la sociedad se asemeja al cuerpo humano.

Sin embargo estos elementos corporativos son accidentales de la sociedad por cuanto son variables y en alguna ocasión pudieran faltar; mientras que las familias son el elemento primitivo, natural e invariable de la sociedad.

COROLARIO III.— Por esto debe rechazarse el LIBERALISMO que destruye los gremios, y SOCIALISMO COMUNISTA que se opone a la vida propia de esos gremios absorbiendo sus funciones en el único GRAN gremio social. Y con mucha mayor razón debe rechazarse el comunismo extremista que destruye la familia, elemento indispensable de la sociedad.

Lección VIII

Elementos de la Sociedad Civil (II)

Dijimos en el segundo elemento de la sociedad civil es la razón o fuerza que une a las partes que la componen. Llamámosle ELEMENTO FORMAL porque es la que dá forma y vida a la sociedad en cuanto tal.

Este elemento formal no es otra cosa originariamente que la unión de las familias en orden a constituir una sociedad estable, unión de que resulta una como "fuerza social" llamada AUTORIDAD la cual tiene como objeto el arreglo y dirección de las sociedades menores que forman la sociedad, en orden al bien común de las mismas. Esta fuerza suele llamarse RAZON SOCIAL, y tiene que concretarse o localizarse en alguno

o algunos individuos que la ejerzan en bien de la comunidad. Definiremos pues la autoridad diciendo que es "la fuerza moral iniciadora y reguladora de las actividades sociales en la sociedad civil".

¿De dónde proviene originariamente esa fuerza moral que llamamos autoridad?. Los materialistas y positivistas consecuentes con su sistema sobre el origen necesario y mecánico de la sociedad, dicen que de la prevalencia o dominio de los más fuertes o hábiles.

La escuela liberal siguiendo a Rousseau afirma que el origen de la autoridad como el de la sociedad misma, está sólo en la voluntad humana, sin ir más allá.

Consecuencia de esta teoría son las siguientes falsas aserciones: el poder reside esencial y originariamente en el pueblo; la ley es la expresión de la voluntad general; el pueblo es esencialmente soberano; etc. etc.

La escuela cristiana enseña que la autoridad proviene próxima e inmediatamente del todo social o sea del conjunto de familias que forman la sociedad, pero originaria y principalmente viene de Dios, autor de la sociedad, el cual da a la autoridad (o inmediatamente, o mediante la sociedad) la fuerza moral que necesita para ejercer verdadero imperio, es decir, para ligar las conciencias con verdadera obligación moral.

TESIS I.— La autoridad es absolutamente necesaria para la sociedad.

TESIS II.— La autoridad civil viene originariamente de Dios. El conjunto de familias que forman la sociedad son depositarios de esa autoridad, y de allí pasa a la persona o personas que la ejercen; sólo en este sentido puede decirse que la autoridad viene del pueblo.

TESIS III.— No sólo es falso, sino también pernicioso el sistema de Rousseau. La primera parte de esta Tesis es consecuencia de las anteriores; la segunda es prueba explanando las consecuencias de esa teoría. En efecto, si todos los derechos y deberes nacen de la voluntad del hombre, éste podría limitarlos a su agrado y abolirlos o extremarlos hasta la anarquía y la tiranía; no tendría el hombre más estímulos para observar el orden social y obedecer las leyes, que las conveniencias externas y sociales, o el temor a los castigos sociales, se legitimarían todas las revoluciones; en una palabra, la sociedad no podría progresar ni siquiera existir de un modo sólido y durable.

COROLARIO.— De lo dicho se siguen las siguientes conclusiones: No hay verdadera potestad si no viene originariamente de Dios; Dios es fuente primaria de toda autoridad y de todo derecho y obligación; las leyes civiles deben ser conformes con las leyes morales; si el pueblo es soberano, esta soberanía está sujeta y dependiente de la suprema del Creador.

Lección IX

Fin de la Autoridad

La autoridad, según hemos visto, es la fuerza que regula, coordina e impulsa los elementos sociales en orden al bien común. De aquí se deduce en fin de dicha autoridad, que no es otro que el de la misma sociedad para cuyo bien existe. Y como la autoridad no existe sino para la prosecución de ese fin, síguese que los derechos y atribuciones de esa autoridad están limitados por esa misma prosecución del bien común de la sociedad. Para precisar el dicho fin y los dichos derechos de la autoridad, sentaremos las siguientes proposiciones:

TESIS I.— Los individuos y las familias son anteriores a la autoridad civil; por tanto debe la autoridad respetar los derechos propios de dichas familias e individuos en cuanto no se oponen al bien común, puesto que son derechos anteriores a los del estado, y puesto que las familias no se unen para buscar su extinción, sino su protección; esto mismo debe decirse con respecto a los otros organismos legítimos inferiores al estado.

TESIS II.— El fin directo de la autoridad civil no es el bien particular de cada una de las familias e individuos que forman la sociedad, sino el bien común de todas ellas. Por tanto a las familias e individuos incumbe el buscar sus bienes propios.

TESIS III.— El fin propio de la autoridad civil es doble: **a)** el primero y principal es la armonización y defensa de los derechos de las familias que forman la sociedad (administración de justicia), y la defensa de las invasiones extrañas a la sociedad; **b)** el segundo menos importante es el de promover el bien de las familias asociadas, en todos los ordenes, dentro de los fines sociales; pero sin atentar contra los derechos familiares o individuales por una peligrosa centralización.

COROLARIO I.— El bien particular de cada familia o corporación debe buscarlo ella misma, y no el estado, si no es en cuanto trasciende al bien público o común; pero el estado debe protegerlas a todas con medidas generales.

COROLARIO II.— De lo dicho se infiere el derecho llamado de "asociación" que no puede impedir ni limitar en estado sino en cuanto se opone al bien común.

COROLARIO III.— El estado de por sí no tiene fines religiosos ni menos sobrenaturales; por lo mismo no le incumbe directamente procurar el bien religioso; pero no debe impedir la acción religiosa de la Iglesia; y en una nación católica, puede y debe favorecer a la Iglesia, tanto por el respeto debido a la verdad, como por la amistad que debe reinar entre el estado y la Iglesia para el bien de la sociedad.

Lección X

Sujeto de la Autoridad

Hemos dicho que la autoridad civil o política debe localizarse en un sujeto (uno o varios individuos) que la ejerza. Ahora cabe preguntar: ¿En ese sujeto reside verdaderamente la autoridad, o es un mero vicario o ministro de la comunidad? ¿Cómo se determina ese sujeto?

Rousseau, y con él la escuela liberal, afirma que siendo la comunidad o el pueblo "esencialmente" soberano no puede conferir a nadie la autoridad que reside esencialmente en él, y el gobernante nombrado por él no es sino un vicario o ministro suyo hasta donde a él le place. Ya hemos establecido que la autoridad no reside esencialmente en el pueblo, sino que tiene que localizarse en un sujeto que la ejerza para el bien "común"; y la razón es porque así lo pide el mismo bien común, principal objeto y razón de ser de la autoridad.

Entre los católicos, algunos enseñan que la autoridad se localiza naturalmente y por las circunstancias, en alguna o algunas personas determinadas, sin que esta localización sea producida por la voluntad del pueblo, y cuando algunos hombres o la comunidad intervienen, éste hecho viene a determinar y no a conferir la autoridad: ésta en consecuencia la recibe el gobernante inmediatamente de Dios. Pero la opinión más antigua y

más recibida entre los católicos es que la autoridad la confiere el pueblo o la comunidad a la prsona o personas que designa expresa o implícitamente según la constitución de la nación establecida o aceptada por la misma comunidad. Al que establece o confiere la autoridad le toca también establecer la forma de gobierno si no está previamente establecida por la constitución nacional. Para precisar la doctrina que seguimos, estableceremos las siguientes tesis.

TESIS I.— El drecho de determinar la forma de gobierno y de conferir la autoridad pertenece a la comunidad. Este derecho puede ejercerlo la comunidad o bien expresamente estableciendo la constitución o ley fundamental de la sociedad o haciendo la elección; o bien tácitamente aceptando de de hecho y por el uso, el orden establecido o la persona o personas que ejercen la autoridad.

N. B. Esta tesis se diferencia de la de Rousseau, **a)** en que el origen primero del mencionado derecho está en Dios, autor de la sociédad; **b)** en que no es arbitrario, sino que está sujeto a la ley moral; **c)** en que debe respetar los derechos preexistentes individuales, familiares y corporativos; **d)** en que una vez ejercido, no es revocable al gusto como veremos en la siguiente tesis.

TESIS II.— Una vez establecida la forma de gobierno y conferida a una o varias personas la autoridad, no puede la comunidad variar la forma o cambiar al sujeto de la autoridad sólo por el gusto de parte o de toda la comunidad, sino únicamente por necesidad del bien común patente a toda la comunidad y aprobada por ella. El bien común y no el gusto o el libre arbitrio es la ley general a que está sujeta toda autoridad bien ordenada.

COROLARIO.— Es pues abusivo el llamado derecho de "insurrección" contra la potestad legítimamente establecida a la cual se debe verdadera "obediencia" y "sumisión" dentro de la esfera de sus atribuciones.

Lección XI

Formas de Gobierno

Llámanse "formas de gobierno", las diversas clases de sujetos que pueden poseer la autoridad civil y los modos de administrarla.

Pueden poseer y administrar la autoridad civil, o un solo sujeto, a varios a la vez, o toda la comunidad mediante sus representantes: a la primera forma se le llama "monarquía", la segunda "aristocracia", a la tercera "democracia". Cada una de estas formas puede ser absoluta o moderada, según que tengan o no alguna participación en el gobierno las otras formas: las formas en éste último caso se llaman "mixtos", pero toman el nombre especial de la que prevalece. La monarquía mixta recibe generalmente el nombre de "templada". La corrupción de dichas formas suele llamarse respectivamente: tiranía, oligarquía y demagogía.

¿Cuál de estas formas de gobierno es la mejor o más perfecta? En abstracto diremos que aquella en que se consiga mejor el fin de la autoridad, concediendo a la vez a los ciudadanos la mayor parte en el gobierno, que sea compatible con la primera y principal condición.

La monarquía tiene sobre los otros regímenes la ventaja siguiente: facilita la unión y concordia de los ánimos y con esto la paz interior de la nación, condición indispensable para su seguridad y prosperidad; reconcentrando las fuerzas sociales, las aumenta y las pone en condición de lograr el mayor bien social; como en el hombre hay una razón que dirije y una voluntad que impere, como en la familia hay un jefe natural, conviene en la sociedad la mayor unidad posible sin tiranía, y ésta parece proporcionarla mejor el régimen monárquico; parece también que con más facilidad se puede educar a un monarca y hacerlo servir al bien común, que a un conjunto más o menos grande de hombres en quienes resida la autoridad. Pero queda el peligro de un absolutismo que fácilmente degenere en tiranía; por lo cual parece necesaria cierta limitación del poder monárquico, no sólo por la constitución, sino también por alguna participación de los nobles o del pueblo en el poder, lo que dificultará por una parte la tiranía, y por otra dará a la generalidad de los ciudanos la parte compatible con el bien común, en el gobierno, a que naturalmente aspira.

La aristocracia tiene los inconvenientes de la pluralidad y de la unidad, pero sería buena si esos inconvenientes se contrapesaran.

La democaracia sería la forma mas equitativa; pero supone la mayor cultura y elevación moral en el pueblo que la ejerce; una república verdadera necesitaría un pueblo perfecto. Atendiendo a estas indicaciones, asentaremos las siguientes tesis:

TESIS I.— La monarquía templada por la aristocracia y democracia, parece la forma de gobierno más perfecta, atendiendo el modo de ser de la humanidad.

TESIS. II. Para cada nación en particular, la mejor forma de gobierno es la que mejor se adapta a su carácter, cultura y costumbres.

Lección XII

Sociedad Religiosa

La sociedad religiosa es la que forman los hombres para cumplir sus deberes religiosos y regular todas sus relaciones con Dios Nuestro Señor.

El hombre es naturalmente un sér religioso, por cuanto por necesidad natural y obligación moral está destinado a honrar a Dios y entablar relaciones con El. Por otra parte, siendo el hombre un sér social, es decir, por naturaleza destinado a vivir en sociedad, tiene la inclinación y el derecho natural de unirse en sociedad con otros hombres con el fin de mejor cumplir sus deberes religiosos individuales, y para honrar a Dios colectiva y socialmente. Luego la existencia de la sociedad religiosa es de derecho natural, y esa sociedad será distinta esencialmente de la sociedad civil, pues es distinto el fin de la una y de la otra, y distintos los medios para conseguirlos, aunque están formadas ambas por las mismas personas.

Además, siendo Dios, autor de la sociedad civil, lo mismo que del individuo, aquella lo mismo que éste tiene deberes para con Dios; para cuyo cumplimiento la sociedad civil debe respetar, y cumplimentar la sociedad religiosa que legítimamente exista entre los hombres.

Confírmanse estos dictámenes del derecho natural con el hecho de que en todas las naciones ha existido en alguna forma la sociedad religiosa, con sacerdocio, dogmas, culto, etc., etc.

Pero como quiera que tratándose del culto a Dios y de nuestras relaciones con El, Dios puede disponer de un modo positivo y extra natural (por revelación), lo que le agrade a ese respecto, si Dios en efecto ha dispuesto algo, el hombre debe obedecér a Dios y honrarle como El lo ha ordenado. Este es el hecho de la Iglesia Católica, religión sobrenatural, en forma social, dispuesta y ordenada por Dios para los hombres.

La Iglesia Católica, es, pues, la sociedad religiosa que existe por derecho natural, pues la aceptan y la constituyen voluntariamente todos los católicos; y por derecho divino, pues Dios Nuestro Señor la ha establecido por medio de su divino Hijo, Jesucristo, y por voluntad y mandato de Dios todos los hombres deben pertenecer a ella.

La Iglesia Católica tiene, pues, todos los derechos naturales de la sociedad religiosa y además, los derechos divinos que le otorgó su Fundador.

Por consiguiente, la norma para conocer la constitución, leyes y derechos de la Iglesia, la forman el derecho natural y el derecho divino, (el EVANGELIO).

Lección XIII

Cualidades de la Iglesia

La Iglesia es una sociedad perfecta, por cuanto existiendo por derecho propio, natural y divino, tiene en sí misma dados por Dios, Autor de la Naturaleza y del Evangelio, los medios necesarios para conseguir su fin.

De aquí se deduce que la Iglesia es independiente del Estado, coexiste con El sin estarle en manera alguna sujeta, y es y debe ser tenida como una sociedad jurídica es decir, como que goza por derecho natural y divino de derechos sociales y públicos que deben ser respetados.

Además, del fin de la Iglesia, que es el fin último y supremo del hombre, y de su orígen, pues fué fundada inmediatamente por Cristo, Dios-hombre, se deduce una mayor excelencia de la Iglesia sobre el Estado; y aunque ambas sociedades son perfectamente independientes en su esfera, en ciertos puntos delicados hay que tener presente que debe posponerse lo material a lo espiritual, lo temporal a lo eterno. En esa superioridad de fines se basa la potestad indirecta que corresponde a la Iglesia sobre la

temporal cuando se halla en conflicto con lo espiritual, y del que ha usado en ciertas ocasiones.

Como la Iglesia y el Estado coexisten sobre los mismos individuos y sociedades, aunque independientes entre sí, no deben estar divorciados, sino en íntima y amistosa unión para procurar de consumo el bien del hombre. En casos de conflicto, y teniendo presente la advertencia del párrafo anterior, el mejor medio para arreglar los asuntos mixtos es el de convenios mutuos llamados concordatos. La historia atestigua que la Iglesia siempre se ha prestado a estos arreglos, aún cediendo algo de su derecho, para el bien de la sociedad. De lo dicho se infieren las siguientes tesis:

TESIS I.— (Contra el liberalismo absoluto). La Iglesia es una sociedad perfecta, jurídica e independiente.

TESIS II.— (Contra el liberalismo moderado). Debe condenarse la separación absoluta de la Iglesia y el Estado.

TESIS III.— La separación de la Iglesia y el Estado puede tolerarse y aún ser conveniente, no en absoluto, sino en ciertos estados de la sociedad, como cuando ésta ha perdido su unidad religiosa.

Lección XIV

Relaciones entre la Iglesia y el Estado

De las doctrinas asentadas en las lecciones anteriores, podemos deducir los principios generales que deben dirigir las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Si la Iglesia Católica es la verdadera religión y ha sido establecida por Dios, (como lo es de hecho), todo hombre debe reconocerla teórica y prácticamente, y lo mismo debe hacer toda sociedad humana natural y necesaria, como verdadera persona moral creada por Dios. De aquí que es falsa la absoluta libertad de cultos, pues profesar el Estado esa libertad sería desconocer la verdad de la Religión, o la obligación que tiene toda sociedad natural como tal, de dar a Dios el debido culto.

Con todo, como la sociedad civil está formada de familias, si éstas en la práctica no profesan en su generalidad la verdadera Religión, el Estado que las representa no podrá imponer a todos por la fuerza el reconocimien-

to y ejercicio de dicha religión, aunque sí debe en todo caso, reconocer sinceramente la libertad religiosa, y respetar los derechos intangibles de la verdadera Religión, o sea la Iglesia.

De lo dicho puede fácilmente deducirse la verdad de las siguientes tesis:

TESIS I.— En una nación en que todos o la generalidad de los que la forman profesan la Religión Católica, ésta, con exclusión de cualquier otra, debe ser profesada, fomentada y defendida por el Estado.

TESIS II.— En una nación en que no se conserve ya la unidad católica, el Estado puede reconocer la libertad religiosa, y no debe imponer por la fuerza la verdadera religión.

TESIS III.— En este último caso de la carencia de la unidad religiosa nacional, el Estado debe favorecer a la verdadera religión y tolerar a las demás en cuanto no pugnen con los principios generalmente admitidos, de la moral natural. La razón de esta tesis es que la verdad siempre tiene derechos y priviilegios sobre el error; y que teórica y prácticamente consta que la Iglesia Católica promueve mejor que ninguna otra religión o secta los verdaderos intereses de la sociedad: es evidente que a ella se debe la civilización actual, que por esto se llama cristiana, y que sólo ella puede conservarla. La razón de la limitación puesta a la última parte de la tesis es que el Estado es por derecho natural protector y defensor de la moral pública.

ESCOLIO.— De lo dicho se infiere la falsedad del principio de **"la absoluta libertad de cultos"**; pero puede y debe admitirse **"la libertad de cultos relativa y circunstancial"** en una nación, en el caso de que en ella ya no exista la unidad religiosa.

Lección XV

Derechos de la Iglesia

Dijimos en la lección XII que la Iglesia como sociedad natural y necesaria, y además sobrenatural y divina, tiene sus derechos propios; éstos se deducen de sus fines propios y de la expresa atribución de su divino Fundador.

Enunciaremos los principales: **a).**— El derecho de ordenar el culto divino y administrar los sacramentos y demás cosas necesarias en orden a nues-

tras relaciones con Dios. **b).**— El derecho de enseñar todos lo referente a los dogmas y a la sana moral, según sus fines propios y el mandato de Jesucristo, y el de dar o vigilar la educación cristiana de sus fieles. **c).**— El derecho de legislar, en orden a sus fines, y sancionar debidamente sus leyes, con sanciones espirituales siempre, y aún corporales en muchos casos. **d).**— El de poseer y administrar bienes temporales necesarios o útiles para sus fines. **e).**— El derecho de asociación, es decir, de constituir o aprobar asociaciones menores dentro de su jurisdicción, para fines religiosos, de perfección moral o de caridad.

TESIS I.— Los derechos enunciados corresponden a la Iglesia Católica en general por derecho natural, y en toda su amplitud por derecho divino o evangélico.

Para comprobar esta tesis sobre los derechos de la Iglesia y fijar debidamente sus límites, téngase presente no sólo los fines de la sociedad religiosa, sino también sus prerrogativas: es decir, que es una sociedad necesaria, independiente, jurídica y sobrenatural, y que existiendo entre los hombres (seres dotados de cuerpo y alma) sólo puede conseguir sus fines empleando medios no solamente espirituales, sino también corporales.

TESIS II.— La razón y la historia demuestran que la distinción de las dos potestades eclesiástica y civil dentro de un medio social, y el equilibrio entre ellas, o sea el mútuo respeto y amistosa cooperación de ellas, es el medio mejor y aún necesario, **a).**— para evitar el absolutismo y la tiranía de una parte, y la laxitud e impotencia de otra; **b).**— para promover el mayor bien social y el progreso y perfección social en todos los órdenes.

Lección XVI

Economía Social

Llámese **economía** la ciencia que trata de la justa distribución de los bienes.

Teniendo el hombre necesidad de los bienes de la tierra para sustentar su vida y desarrollar sus facultades, claro está que le asiste algún derecho de adquirirlos o de usarlos de un modo ordenado, con arreglo a sus necesidades y a las de los demás hombres con los cuales convive. En una

sociedad bien ordenada es imposible prescindir de la economía y por esto ella es elemento necesario del ordén social; y en cuanto sé relaciona con la misma sociedad, se la ha hecho objeto de una ciencia especial llamada economía social. Para tener una noción completa, aunque sumaria, del orden social, necesitamos comprender las ideas básicas de la economía social.

Tres sistemas principales se han ideado sobre la distribución de los bienes en la sociedad: el comunismo, el colectivismo y la propiedad individual. Llámese propiedad "el dominio de una cosa con derecho exclusivo de poseerla, usar y disponer de ella".

El cumunismo enseña que todos los bienes son comunes a todos los hombres; por lo mismo, niega en absoluto el derecho de propiedad.

El colectivismo enseña que todos los bienes o al menos los inmuebles y los productivos pertenecen a la colectividad; y por lo mismo excluye la propiedad particular de ellos, pero afirma la colectiva. La propiedad de dichos bienes corresponde a la colectividad o sea la Nación, y su administración al Estado.

El sistema de la propiedad individual enseña que los bienes, muebles e inmuebles, productivos y no productivos, pueden ser objeto de propiedad individual; aunque ésta no excluye ciertas limitaciones, obligaciones y reglamentaciones en orden al bien social.

Hay que estudiar cada uno de estos sistemas. Ante todo hay que tener presente que los derechos individuales son anteriorés a los del Estado, pues los hombres se unen en sociedad para proteger sus propios derechos, y para su mayor bien. Pero siendo la sociedad necesaria a los individuos y familias, éstos deben también por derecho natural armonizar mutuamente sus derechos individuales y de familia, aún sufriendo algunas limitaciones en ellos, en bien de la sociedad, de lo que resulta su propio mayor bien. Comenzaremos pues por estudiar el sistema de propiedad individual, por que este estudio nos servirá para formarnos el debido juicio sobre los otros sistemas.

Descendiendo después al terreno histórico, o de los hechos, estudiaremos brevemente la llamada Cuestión Social.

Lección XVII

Propiedad individual

Ya definimos el derecho de propiedad. Ahora bien, este derecho puede considerarse en abstracto y en concreto; en abstracto, es el derecho que tiene toda persona humana a poseer bienes terrénos; en concreto es el ejercicio de ese derecho, o sea el modo de adquirir en propiedad una cosa determinada y el derecho actual de poseerla como propia. Preséntanse pues dos cuestiones capitales: **a)** ¿Puede el hombre poseer con derecho de propiedad una cosa cualquiera? ¿En qué se funda este derecho? **b)** ¿Cuáles son los medios por los que el hombre puede llegar a sér propietario?

TESIS I.— El hombre puede con derecho poseer en propiedad bienes terrenos. Los fundamentos de esta tesis están en la misma naturaleza del hombre; en efecto: **a)** el hombre tiene múltiples necesidades, actuales y para su porvenir; **b)** le ha sido dada por Dios la inteligencia para que prevea esas necesidades y busque los medios de satisfacerlas, la voluntad y las fuerzas físicas para que provea a esa satisfacción: **c)** no puede satisfacer a ellas sino mediante la propiedad de algunos bienes: luego le ha sido dado por la naturaleza, es decir, por Dios autor de la naturaleza, la facultad moral de apropiarse esos bienes; luego la propiedad es de derecho natural. Confírmanse estas consecuencias por dos razones: **d)** sólo la propiedad salvaguarda la dignidad y las legítimas libertades del hombre; **e)** el derecho de propiedad ha sido siempre reconocido por todas las naciones: es una verdad de sentido común.

No cabe decir contra esto que la colectividad o la sociedad civil es la encargada de satisfacer las necesidades del hombre, pues el individuo es antes que la sociedad y por lo mismo en ésta no puede haber derecho ninguno que no esté al menos radicalmente en el individuo; y además la sociedad civil es incapaz de satisfacer adecuadamente las necesidades del hombre, como lo veremos más extensamente en la crítica del sistema colectivista.

TESIS II.— Los medios por los que puede un individuo adquirir el derecho concreto de propiedad sobre las cosas son principalmente: **a)** la ocupación; **b)** la transmisión; **c)** el trabajo; medios revestidos de ciertas condiciones y, en muchos casos precisados o limitados por la ley civil.

La ocupación: Teniendo todos los hombres el derecho general y abstracto de poseer, como queda dicho, al ocupar alguien una cosa no ocupada por otro, para beneficiarse con ella, comienza a ejercer aquel derecho, y la cosa ocupada queda especificada como suya. **La trasmisión:** Recuérdese que el hombre es un ser social y está inclinado, y aún debe en muchos casos mirar por la satisfacción no sólo de sus necesidades, sino también en cuanto cabe, de las de aquellas personas que le son amadas, y principalmente las que de él dependen y que debe considerar como una extensión de su propia personalidad. La trasmisión puede ser por donación, por contrato o por herencia. Es evidente que quien posee como propia una cosa puede donarla o permutarla si con ello no daña el derecho de otros. El derecho de testar, es una consecuencia de la humana previsión y del derecho del hombre a ordenar sus actividades a fines previstos y queridos por él, aunque éstos hayan de lograrse después de su muerte. **El trabajo:** Pero el principal medio de adquirir es el trabajo, porque nada le pertenece tanto al hombre como su actividad, que es, por decirlo así, parte de sí mismo.

Las condiciones de la propiedad lo mismo que las limitaciones que puede ponerles la ley, se deducen de la naturaleza social del hombre, es decir, que el individuo no vive solo en el mundo, sino que vive necesariamente con otros individuos que tienen los mismos derechos que el, derechos que deben armonizarse por la justicia (derecho natural) y por la ley (derecho positivo).

La propiedad tiene también un carácter social, no sólo por las limitaciones que le impone la sociedad, sino también porque los bienes que el Creador destinó al género humano, debe servir en alguna forma para este fin. De donde se infiere no sólo la necesidad moral de la limosna, sino también el deber del capital de contribuír al bien del obrero y de la sociedad.

Lección XVIII

Comunismo

Establecido y probado (como ha quedado en la lección anterior) el derecho de propiedad individual, cae por tierra el sistema comunista que niega aquel derecho. Con todo, estudiémoslo con más detención para hacer resaltar más su falsedad.

Dicen los comunistas: todas las cosas son comunes a todos los hombres porque todos tienen igual derecho a vivir, a desarrollar natural y rectamente sus facultades, a perfeccionarse, y por tanto, todos tienen también el mismo derecho a cosas que sirven para aquel fin: luego la tierra y todos los bienes que encierra y produce son de todos. Esta teoría de los comunistas prueba a lo más que todos tienen el derecho abstracto de propiedad, es decir, que todos pueden llegar a ser propietarios; pero nó en concreto o que lo sean de hecho.

TESIS.— La teoría comunista es falsa: **a)** porque encierra contradicción, pues la propiedad de cada uno destruye la de los otros; **b)** porque desconoce el carácter de los bienes terrenos, pues es evidente que estos no están destinados a ser poseídos ni aprovechados a la vez por todos los hombres, y la mayor parte de dichos bienes requieren para ser aprovechables el trabajo y cultivo del hombre; **c)** porque la teoría comunista desconoce el carácter del hombre necesitado y previsor. La teoría comunista destruiría la sociedad y conduciría a los hombres a una lucha de fieras, y a un estado salvaje. Por esto jamás ha sido implantada la teoría comunista en todo su rigor. Para mitigar esas consecuencias, muchos comunistas sostienen, siguiendo a Hobbes, que los hombres han sustituído por medio de un pacto social al comunismo absoluto el régimen de la propiedad. Pero esa modificación de la tesis comunista, conducirá al régimen de propiedad individual o al colectivismo. Pero si la propiedad es necesaria al hombre, es de derecho natural; y si excluímos la propiedad colectiva, o sea el sistema colectivista, como lo haremos en la siguiente lección, no queda más sistema aceptable que el de la propiedad individual.

Lección XIX

Colectivismo

Dijimos en qué consiste el sistema colectivista. Ahora afirmamos la siguiente:

TESIS.— El sistema colectivista es falso, porque es contrario al derecho natural, al verdadero bien individual y social, y prácticamente imposible.

A).— Es contrario al derecho natural, porque como ya hemos probado, la propiedad individual es de derecho natural; y la sociedad, que lógicamente es posterior al individuo, no debe anular derechos, de este, sino garantizarlos armonizándolos con los de los demás.

B).— Es contrario al bien individual, porque limita y casi anula la personalidad y las legítimas libertades del individuo. Lo que más caracteriza al individuo es su actividad y el fruto o resultado de ella: y si ésta queda al arbitro de la nación, de manera que la nación haya de señalar al individuo el objeto y la medida de sus aspiraciones y actividades y su retribución, el individuo queda de hecho esclavizado; el colectivismo es incompatible con la dignidad y la libertad humanas. Es contrario al bien social, porque suprime el mayor y casi único estímulo del trabajo, que es la adquisición de algo en propiedad. En este sistema colectivista las actividades humanas se suprimirían en gran parte; al quitarle al hombre el estímulo del fruto de su trabajo, casi no quedaría al hombre otro motivo para trabajar que la dura necesidad (puesto que los colectivistas niegan el deber propiamente dicho), y la sociedad quedaría convertida en un rebaño de esclavos. En este sistema, el progreso y los grandes bienes de la civilización serían imposibles: retrocedería la humanidad a un estado de opresión y de salvajismo incalculables.

C).— Es impracticable el sistema comunista, **a)** porque el Estado no está ni estará nunca en condiciones de poder apreciar las diversas clases de bienes que han de producirse, los medios productores, el reparto equitativo del trabajo entre todos, las diversas inclinaciones, aptitudes y necesidades de cada individuo, familia, etc. etc.; **b)** mucho menos podrá el Estado justipreciar el mérito de cada cual, la producción de cada individuo, sus necesidades, su mayor o menor aportación al bien común, etc. etc.; **c)** no podrá el Estado organizar la producción del trabajo y la distribución

equitativa de sus productos, sin un número incalculable de empleados, todos de una justicia, celo, desprendimiento y moralidad tan intachables que sería una utopía el encontrarlos, máxime en un estado atéo; **d)** suscitaría el régimen comunista una serie no interrumpida de desavenencias y descontentos y un estado contínuo de lucha e intranquilidad; **e)** finalmente en los directores del estado colectivista habría de suponerse tal sabiduría y prudencia, tal desinterés, justicia y abnegación, tal conjunto de virtudes, que sería imposible encontrarlas en nadie, mucho menos en aquellos que tendrían en sus manos el dominio universal; no se necesita conocer mucho a los hombres para prever la inaudita tiranía que se entronizaría en un estado colectivista.

He aquí cómo resume León XIII en su Encíclica "RERUM NOVARUM" los inconvenientes del colectivismo: "Produciría grandes trastornos en todas las clases sociales, seguidos de la odiosa servidumbre de todos los ciudadanos; secaría los manantiales de la riqueza; abriría las puertas a la envidia mutua, a los descontentos y a las discordias; y aquella tan soñada igualdad, daría lugar a la condición mísera e innoble de todos por igual sin diferencia alguna".

En las experiencias que se han hecho, principalmente en la Rusia soviética, los hechos han confirmado plenamente la doctrina de nuestra tesis.

Lección XX

La Cuestión Social

Llámese **"cuestión social"** al conflicto actual entre el capital y el trabajo, entre la clase poseedora y la clase obrera o trabajadora. Las riquezas se han aglomerado en manos de algunos hombres, mientras que la generalidad se ha empobrecido al grado de no bastar a su subsistencia un honrado trabajo, o porque el trabajo falta, o porque es mal retribuído.

Siempre ha habido y habrá siempre algún conflicto entre ricos y pobres; pero el problema social ha tomado en nuestros días proporciones alarmantes, y urge resolverlo.

HISTORIA.— La **antigüedad pagana** resolvió ese problema por **la esclavitud;** el **Cristianismo** por la justicia social, que fué elevando por grados

a la clase menesterosa y luego robusteciéndola por los gremios; despues de la revolución francesa, el **liberalismo** quiso resolver el problema social por el **individualismo** que destruyó los gremios, quitó el trabajo la legítima protección de la autoridad, y dejó inerme a la parte más débil de la sociedad, los obreros; de este modo el liberalismo produjo el **capitalismo** y agravó el problema social hasta convertirlo en pavorosa lucha. Vino después por necesaria reacción el **socialismo.** Este se ha dividido inclinándose por una parte al **colectivismo** de que ya hemos hablado, y acercándose por otra a la solución cristiana, de que vamos a hablar. Sólo advertiremos que el socialismo, por más que se acerque a las soluciones justas y cristianas, nunca podrá confundirse con éstas últimas, ya que niega o desconoce las bases del orden social proclamadas por el Cristianismo.

BASES.— Estas bases son: **a)** Dios creador y previdente, que quiere no la lucha, sino el orden y la armonía social; **b)** el hombre ordenado a un fin ultraterreno que sólo puede hallar en esta vida un orden y una felicidad imperfecta a los cuales sin embargo tiene derecho a aspirar como medio para conseguir la justicia y la felicidad supremas en la otra vida; **c)** la desigualdad social consiguiente a la naturaleza humana y a las desigualdades individuales, físicas y morales, dentro de la igualdad de naturaleza en todos los hombres que les da a todos, derechos y deberes sociales; **d)** la propiedad, sancionada por Dios, con su doble carácter, individual y social; **e)** el carácter social del trabajo, es decir, que éste no es una mercancía sino un medio que Dios ha dado al hombre para su honesta sustentación y provisión de sus necesidades individuales y sociales, presentes y futuras; **f)** la autoridad destinada a precisar y salvaguardar el orden de acuerdo con la razón; **g)** y finalmente la caridad, que suaviza las asperezas del orden de la justicia estricta, y suple sus deficiencias.

SOLUCION.— La solución cristiana de la cuestión social, o sea la que la Iglesia propone y procura poner en práctica para resolverla es la realización de los principios cristianos de que hemos hablado, mediante la cooperación de tres factores que mutuamente se ayudan: la Iglesia, el Estado y los patrones y obreros. **a)** A la Iglesia toca inculcar a ricos y pobres sus mutuos deberes de justicia y de caridad; impartir a las masas la educación social, inculcándoles los principios sociales cristianos; y suavizar la rigurosa justicia por medio de sus instituciones de educación, de reforma de costumbres, de caridad etc. **b)** Al Estado toca defender el

derecho de las familias y de los individuos, de las agrupaciones, y gremios, prevenir y corregir los abusos, proteger en especial el derecho de la parte más débil que es el proletariado, por leyes protectoras del trabajo, de la libertad y la vida, etc.; fomentar el bien social, las asociaciones o sindicatos, y regular sus mutuas relaciones; fomentar la educación, la agricultura y la industria, etc. **c)** A los interesados, patrones y obreros, y en especial a éstos toca asegurar sus derechos y su libertad por medio de asociaciones y sindicatos, etc., que no se aparten de las normas de la justicia, y suavizar sus mutuas relaciones por la fraternidad cristiana, recordando que para el bien y progreso social tan necesario es el capital como el trabajo, y que no de la lucha, sino del mutuo respeto, cooperación y caridad, rsultará la paz, el progreso y el bien social.

Véanse las encíclicas "RERUM NOVARUM" de León XIII y "QUADRAGESIMO ANNO" de Pío XI.

Monterrey, Enero 26 de 1934

Puede imprimirse

+ JOSE GUADALUPE

Arzobispo de Monterrey

EL CRISTIANISMO Y EL ARTE.

Monterrey, N. L., México

1932.

JUAN JOSE HINOJOSA.

EL CRISTIANISMO Y EL ARTE.

Extractos de las conferencias del R. P. Félix. S. J., predicadas el año de 1867 en Ntra. Sra. de París, y que el autor llamó: "El Progreso en el Arte, por el Cristianismo."

Nihil obstat.

Dr. P. Cervantes.

Imprimi Potest.

Monterrey, die 20 Nov. 1932.

+ J. Guadalupe,

Arch. Montereiensis.

ADVERTENCIA

El P. Félix, jesuita, predicador de Ntra. Sra. de París, y sucesor de Lacordaire y de Ravignan en las famosas Conferencias Cuaresmales de aquel templo ocupó dignamente esa cátedra de los grandes predicadores franceses durante 17 años desde el 1853. El tema de sus conferencias fué "El Progreso por el Cristianismo". Entre ellas ocupan lugar distinguido las que predicó en 1867, estudiando en ellas la belleza en sus relaciones con el Cristianismo, y que tituló "El Progreso en el Arte". De esta serie de sus conferencias no podemos hacer mejor elogio que recordar lo que de ellas dijo el eminente crítico Menéndez y Pelayo que "son de lo mejor que se ha escrito en Francia sobre su asunto". La claridad y la lógica del P. Félix, lo mismo que la exactitud y profundidad de sus pensamientos, nada dejan que desear: su elocuencia es arrebatadora, su estilo bello y florido; pero esta última cualidad lo hace por ventura un poco difuso, y fatiga tal vez, a no pocos de sus lectores. Tanto para evitar ese inconveniente en los que lo sea, como también para propagar más y más sus luminosas ideas, presentándolas en breves cuadros, más legibles para los que no gustan de largas lecturas, me he tomado el trabajo de extractar o compendiar esas conferencias sobre la belleza, con la seguridad de prestar con ello un servicio a la juventud. Las ideas del P. Félix no han perdido su importancia con el tiempo; antes bien han recibido una brillante confirmación en estos últimos años, con la coincidencia de la decadencia del arte y la invasión en las sociedades cristianas, de ideas y costumbres poco conformes con el Cristianismo.

No desconozco la dificultad de presentar en un pequeño espacio las principales ideas de una obra, escogidas y compendiadas, y de conservar a la vez algo siquiera de la gracia y del calor del original, en breves y sustanciosos extractos. No sé si habré acertado en mi labor; creo sin embargo que será útil a los jóvenes católicos de Monterrey, a quienes fervorosamente se la dedico, deseando aficionarlos a las bellezas intelectuales y literarias de los grandes Apologistas de nuestra Santa Religión.

Monterrey, Nuevo León, México.

Juan J. HINOJOSA.

INTRODUCCION

Dios, que es la verdad y el bien, es también la belleza; y el Cristianismo, llevándonos a Dios, nos lleva, mejor que ningún otro sistema, institución o magisterio, a la belleza ideal por los senderos del arte.

Evidenciar el progreso artístico por el Cristianismo, y muy en especial por el Catolicismo, he aquí el objeto de estas Conferencias.

La superioridad del Cristianismo en la esfera del arte, dice un escritor, brilla con tanto esplendor, que no deja siquiera a nuestros adversarios la libertad de disputárnosla con sinceridad.

Mi misión se reduce a señalar la espléndida corona que el arte ha colocado sobre la real frente de Cristo, ya iluminada por los esplendores de la verdad y del bien.

El Cristianismo, restaurando esa verdad y ese bien sobre la tierra, ha desarrollado el orden y la armonía, y ha hecho brotar las artes como su rica florecencia.

Mas para desenvolver mi asunto sin tropiezos, es preciso fijar antes el punto de partida y el término, la base y la meta de nuestro trabajo; las ideas claras sobre el objeto y naturaleza del arte, iluminarán nuestro sendero sin dejar que nos extraviemos o que trabajemos en el vacío.

PRIMERA CONFERENCIA
Objeto y naturaleza del Arte.
EXORDIO.

El arte es la expresión de la belleza ideal bajo una forma creada: lo bello es el objeto del arte; la expresión de lo bello en una forma determinada, o sea, la creación de lo bello, es su naturaleza.

El Verbo de Dios es el asiento de toda belleza y el modelo de toda creación artística, el origen de toda hermosura y el ideal supremo de toda aspiración hacia ella.

Lo mismo que la verdad y el bien, la belleza tiene su origen y su fin en Dios. Mas ¿Qué es la belleza? ¿Cómo se la conoce? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cómo se realiza? ¿Qué es lo que debemos entender por expresión o creación de lo bello? La respuesta a estas preguntas nos hará penetrar en la esencia y naturaleza del arte.

1a. PARTE.

Lo bello no es lo útil, ni lo agradable o lindo, pues ambas cosas encierran limitaciones y pretenciones egoístas. La impresión que nos causa lo útil o lo agradable, se queda en nosotros; la que nos produce lo bello, retorna al objeto que lo causa, convertida en admiración o en amor. La belleza está fuera de nosotros: la vemos, la sentimos, la amamos. Un ameno paisaje, una hermosa fisonomía, un alma noble y pura, son cosas bellas. La belleza nos conmueve: toca una fibra delicada de nuestra alma y armoniza con ella. San Agustín define la belleza: el espléndor del orden. Lo bello encierra la unidad y la variedad combinadas, es decir la armonía; pero esta armonía y belleza no se pesa ni se mide; no se calcula: se ve y se siente, y sólo el sentido de la belleza puede distinguir la belleza. A esa belleza que se percibe, se siente y se ama como subsistente fuera de nosotros, la llamamos ideal, y tiene su origen, asiento y prototipo en Dios, si no queremos que se convierta en una vana ilusión y una palabra

vacía. Ese vacío, y falta de realidad haría perder a la belleza todo su encanto; sin Dios, el arte se desvanece, como sin El se desvanece la verdad como sin El se desvanece el bien. De este modo es como el arte nos lleva a Dios como a su principio y como a su término.

2a. P A R T E.

Cuanto más alcanza el hombre a ver y sentir esa belleza, ese ideal, y a expresarla mejor, es tanto más artista. A esa expresión más o menos perfecta de la belleza ideal, en una forma propia del hombre, la llamamos creación. El hombre concibe el ideal y al concebirlo se lo asimila; luego le da forma, lo reviste y ornamenta asociándole otras ideas, y finalmente lo expresa: y como en todo este proceso pone parte de sí mismo, no sólo de su trabajo, sino también de su poder y de su sér, se llama con propiedad creador, y su obra creación, en un sentido semejante, mas no idéntico, al que damos a esas palabras para expresar al Autor del universo y a sus obras. He aquí una de las glorias mayores del hombre: imitar al Supremo Creador de todas las cosas, Dios, que ha derramado en todas sus obras la belleza y la armonía, y ha permitido al hombre subir mediante las cosas sensibles a las insensibles y divisar de este modo la belleza suprema que existe en El; y el hombre al verla derrama también en las cosas la belleza que concibe, o rasgos de ella que permitan vislumbrarla. La obra del hombre será tanto más artística cuanto mayor sea su genio para concebir, y cuanto con su trabajo logre mejor expresar su ideal, poniendo al servicio de éste la materia y las formas exteriores.

¡Oh hombre! grande es tu honor: ¡ver a Dios, y en su ideal etérno, es decir, en su Verbo, esplendor de su gloria e imagen de su sustancia, ver la belleza que llevarás en tu alma, que arrebatará tu corazón, que expresarás en tus obras! ¡Ser creador a semejanza del Creador!

CONFERENCIA SEGUNDA
Fin del arte y verdadera vocación del Artista
EXORDIO.

Conocida la esencia del arte, debemos investigar su fin. Ante todo hay que rechazar con indignación la fórmula: El arte por el arte. El arte, como todo, "ad majorem Dei gloriam". El arte, como los cielos y más que ellos, canta la gloria de Dios. Pero su destino próximo, por medio del cual se dirige a su fin, no es otro que elevar al alma acercándola a Dios.

Esta misión del arte y esta vocación del artista de ennoblecer y elevar a la humanidad, la han reconocido tos sabios y artistas más eminentes, aun los paganos, y está en armonía con la nobleza del arte mismo.

Pruébase esta misión del artista con sólo considerar la naturaleza, el genio y el poder del arte. He aquí el objéto y plan de este discurso.

1a. PARTE.

El artista, ya se ha dicho, descubre la belleza, la contempla y la admira en el ideal, belleza e ideal que encuentran eco y simpatía en su propia alma: y al verlos los ama, puesto que una contemplación desapasionada y fría acusaría una alma mutilada e incompleta, y no una alma de artista; éste debe tener vista clara y corazón de fuego. Pero como el artista es hombre, y su alma está como enraizada en la materia, debe tratar de elevar aquella y depurar ésta para expresar por medio de formas sensibles y adecuadas lo que contempla y ama, lo que su amor ha de moverle a expresar: su ideal. Y como el artista pertenece a la humanidad, vive como ella y en cierto modo para ella, y tiene la inclinación y el deber de exponer ese ideal amado ante la humanidad que lo contempla de hacer que ésta vea lo que él ve y ame lo que él ama, y de este modo, de imprimir en ella un movimiento de asención y elevación. Para ésto trabaja por adaptar las formas a la expresión del pensamiento y la idea, y por elevar esas formas a su mayor perfección. La naturaleza del arte, es según esto, ver, amar, expresar lo bello y, por este medio, elevar a la humanidad.

2a. PARTE.

El genio del arte tiende a elevar, porque busca siempre el más allá, la belleza absoluta a la que nunca llega. Los verdaderos artistas jamás miran saciado su anhelo de luz, de belleza y de perfección; no conoce el genio artístico columnas del Hércules ni término de su progreso. Tiende también a elevar el genio artístico, por cierta vaga melancolía que le hace gemir por sus deficiencias y suspirar por un ideal, cada vez más elevado y perfecto: "non est magnum ingenium sine melancholía," decían los antiguos. Finalmente, eleva el arte, porque dispone a admirar. La admiración es una mirada desinteresada y simpática, sin resabios de ese egoísmo que todo lo empequeñece y desdora. La admiración despierta en el alma el amor y el deseo de lo elevado y perfécto y levanta el alma hasta el objeto admirado. Admirar es igualar; y los grandes genios admiran en éxtasis y se levantan en cierto modo hasta lo infinito: y al elevarse ellos, levantan y llevan consigo a la humanidad que los escucha y que a su vez admira las obras inmortales en que ellos reflejan lo que contemplaron en su ideal.

3a. PARTE.

El poder creador del artista es enteramente personal, independiente de las circunstancias, las cuales pueden excitarlo y desarrollarlo, pero no darlo; por lo mismo, es enteramente libre y responsable.

Este poder es eficaz, por su energía, y por su extensión y popularidad.

Es enérgico, porque no hay quien resista a una grande alma, y al atractivo y fascinación de lo bello. Por cuanto es un poder personal, subyuga a las almas a la poderosa personalidad del artista: es la influencia de una alma llena de luz, de amor y de fuerza. Por cuanto es la belleza que se manifiesta, ejerce sobre las almas amantes de lo bello una influencia tanto mayor, cuanto más elevada y pura es la belleza que se ostenta y más clara y potente es esta manifestación.

El poder del arte es eficaz, por su extensión, por la esfera en que se desplega, a saber, el tiempo, el espacio, la humanidad.

Abarca todos los tiempos, pues las obras del arte son más duraderas

que los imperios; abarca todos los espacios, pues los campos todos de la actividad humana pueden ser objetos del arte; abraza toda la humanidad, pues habla al alma humana sin excepción de razas ni edades, para levantarla por el atractivo de lo bello. ¡Oh artista! ¡Tan grande es tu poder como tu genio, y éste tan grande como tu responsabilidad!

¡Cuánto espera de tí la Religión, la patria, la humanidad! No vendas tu genio, no yerres tu vocación, no prostituyas la nobleza de tu alma vistiendo la frivolidad y acaso el vicio con el regio manto del arte. Eleva, purifica, perfecciona: tal es tu misión y esa la mayor de tus glorias y la brillante corona de tu genio.

CONFERENCIA TERCERA
Cualidades del Artista
EXORDIO.

Hemos dicho que dos cosas no necesarias para la creación de las obras artísticas: el genio y el trabajo. Por estas dos cosas llega el artista a conseguir su objeto que es elevar. Mas como el artista no es un sér abstracto, sino un hombre, como no concibe, ni siente, ni produce sino como hombre, claro está que las condiciones del desarrollo de sus facultades humanas, la dirección y preeminencia que éstas tomen, los rasgos característicos, en fin, de su personalidad física y moral, deben influir en sus creaciones, y aun más, éstas tendrán que depender en gran parte de aquellas.

Hay que considerar, pues, cuales son las disposiciones humanas necesarias para el recto y adecuado desenvolvimiento del genio artístico, mediante el trabajo humano. He aquí el objeto de ésta Conferencia; ella debe darnos luz y normas seguras para conocer el verdadero artista y sus obras, y para distinguir de éstos, los que aunque llevando rasgos de genio, no cumplen con la sana misión del arte y del artista: elevar a la humanidad.

1a. PARTE.

El artista debe ante todo ser religioso, no sólo porque en Dios está el supremo ideal al que se dirige, sino también porque únicamente el sol de las inteligencias puede iluminarlas y vivificarlas de un modo suficiente; sólo el centro de las almas puede atraerlas, de una manera adecuda y propia. Así vemos que todos los grandes genios han buscado a Dios por un comercio soberano y eficaz; sólo en Dios descansan las grandes almas, y en El se apoyan, y búscanle como el áncora de su esperanza y la suprema meta de sus aspiraciones y deseos. Y cuando el verdadero sobrenatural les falta o lo inventan y fingen tratando de suplirlo con fábulas ingeniosas, o miran mutilado y desfigurado su genio, detenido su vuelo, paralizada su vida de artistas.

2a. PARTE.

Pero al artista no basta el ser de cualquier modo religioso; necesita sér creyente, hombre de fe; porque la fe es necesaria para el arte como lo es para la vida, y más que para ella, puesto que el arte es la manifestación más alta y delicada de una vida sobreabundante.

Tomando el arte sus más altas inspiraciones y vuelos de lo que está sobre sí y sobre la humanidad, debe creer en lo sobrenatural so pena de no ser sincero; y a una palabra o a una obra a la que falta la sinceridad, le falta todo, porque le falta el alma y la vida. En otros casos podrá fingirse la fe; en las obras de arte no puede fingirse, porque esa fe y esa sinceridad son el mayor resorte para elevar la obra a su perfección, el último toque de su colorido y el más necesario esplendor de su hermosura.

3a. PARTE.

De donde se sigue que el amor, hijo de la fe, debe ser una de las cualidades del artista, y debe coronar su obra. El amor entra siempre como elemento muy principal en todas las obras humanas; nada grande se hace sin él en el mundo. El amor es la plenitud de la vida, de la fuerza y de la gracia; y por tanto de la belleza. Sin el amor y sin sus frutos la obra artística cae por falta de vitalidad y de hermosura. El artista que no tiene corazón, podrá ser hábil, pero no podrá ser verdadero ni producir una obra acabada: no será nunca un verdadero artista. Mas el amor debe ser ordenado y bien dispuesto para no extraviar el genio y lastimar la obra artística.

Es el amor una fuerza moral de primer orden, que bien dirigida lleva a Dios, ideal supremo de la belleza, y mal dirigida conduce a los más hondos abismos y a las más torpes abyecciones: ésta es la condición de todas las grandes cosas.

Sólo Cristo es el camino, la verdad y la vida, polo y norte que no debe perder de vista jamás quien quiere llegar a lo sublime del ideal por los senderos del arte.

El enciende los corazones, purifica y eleva los afectos y no permite extraviarse a quien se deje iluminar por sus luces y atraér por las celes-

tiales influencias de su divino Corazón.

Pero es cierto que no existe el amor sin la abnegación. El sacrificio por el objeto amado es la condición para alcanzarlo. El artista necesita de la abnegación, cuyo primer grado es el olvido de sí mismo, su segundo grado el éxtasis, su tercer grado el entusiasmo. Sólo saliendo de sí mismo adquiere el hombre esa prespicacia, esa visión, esa inspiración de que necesita el artista; pues el egoísmo limita y detiene los vuelos del alma, lisonjeando los instintos bajos de ella y haciéndola esclava de la vanidad.

Quien no atiende al ideal, sino a la fama y a la gloria, jamás llegará a ser sino un artista mediano; podrá por ventura conquistar los aplausos de una turba tornadiza, pero no cimentará su fama con obras que desafíen los siglos y que admire la humanidad; jamás se elevará sobre ésta para arrebatarla consigo.

Además, el arte requiere un intenso trabajo, del que no son capaces sino los abnegados. El "paries filios in dolore" tiene aplicación al artista que suda y se afana por traducir en sus obras el ideal que su genio entrevé.

Las grandes obras del arte, lo mismo que las grandes obras de la virtud, son hijas del sacrificio. Esta abnegación y este vuelo fuera de sí mismo, produce el éxtasis, que elevando al alma sobre sí para unirla a su ideal, la hace exclamar en el goce de su posesión y de su felicidad: lo he encontrado, "eureka"; el éxtasis, que se resuelve finalmente en el entusiasmo, en el amor activo y fecundo que produce las obras del arte, y sin el cual nada enteramente bello ni notablemente grande ha producido la humanidad. La Religión es la grande inspiradora del arte, porque lo es del entusiasmo; es la grande inspiradora del arte, porque lo es de la abnegación y del sacrificio. Ya se deja ver porqué un racionalista célebre ha podido decir con verdad que la última palabra de la ciencia tal como él la entiende ha de ser la extinción simultánea de la Religión y del arte.

Es que la Religión eleva al hombre sobre sí mismo por la humanidad, la fe y el sacrificio; es que la Religión es la grande inspiradora del entusiasmo.

4a. PARTE.

Finalmente, necesaria es al artista la pureza de costumbres, la castidad; porque así como la perversión y la impureza enfangan y abaten al alma, la castidad la ayuda a elevarse, la embellece y la prepara al santo himeneo con su ideal. De dos modos sucede esto: la pureza limpia y clarifica la mirada del artista para adivinar y percibir el ideal, y le ayuda a elevarse hasta el ideal por las simpatías y el amor.

La pureza embellece el alma, pues ella misma es una belleza; y por lo mismo, el alma pura no sólo se halla en capacidad de adivinarla, sino también de amarla: son dos cosas que se buscan y se encuentran. Toda condescendencia del artista con las bajas pasiones es una mancha de su genio, un descenso de su elevación. Para ser verdadero artista, grande artista, hay que ser puro y casto.

CONFERENCIA CUARTA

Causas de la decadencia del Arte.

EXORDIO.

El artista no está solo en el mundo: y como pertenece a una sociedad y se halla como enclavado en ella, vive de su vida y participa de sus influencias.

La atmósfera intelectual, moral y literaria en que vive y alienta su genio, vienen a ejercer sobre él una influencia frecuentemente decisiva, bien que dejando a salvo su libertad y sus personales iniciativas. Ahora bien, en la sociedad contemporanea hay tres causas que la precipitan en la decadencia y que tienen que alcanzar al artista y al arte mismo: las ideas, las costumbres y la literatura actual: examinarlas es el objeto de la presente conferencia.

1a. PARTE.

El primer error de la filosofía moderna, que hiere de muerte al arte, es el naturalismo, como que se opone a la religiosidad creyente que debe llevar el alma del artista.

Tratado ya ese punto en la conferencia anterior, no insistiremos en él. El panteísmo haciendo del hombre un dios, lo encierra en sí mismo como en la manifestación más perfecta de la belleza, y por tanto mata el ideal que está fuera del hombre y que el alma viva y personal busca personificado y viviente. Pero el panteísmo, conserva siquiera el nombre y una vaga imagen de Dios; lo que mata por completo esa idea y por lo mismo destruye radicalmente el arte, es el ateísmo.

Para el ateísmo, no existe en manera alguna el más allá, no existe el ideal.

El materialismo va todavía más lejos y suprimiendo el espíritu deja al hombre sumergido en la materia: mata a la vez lo sobrenatural, lo divino, y lo verdaderamente humano que es el alma. ¿Cómo podrá buscar la luz

y la belleza del alma quien no cree en ella? Y en la confluencia de todos éstos errores, y como formando el resumen de ellos está el positivismo, que es el reinado exclusivo de la materia y del cálculo, que relega al mundo de las quimeras y de las vanas teorías, todas las ideas, todos los sentimientos, todas las grandes cosas que él no puede medir ni pesar. ¿Y qué vendrá a ser el sentimiento artístico sino una de tantas quimeras? ¿Cómo sujetar a la experiencia y al cálculo el ideal que se escapa a todo análisis, la belleza tan delicada e impalpable como el sentimiento de ella y el placer que produce? El positivismo convierte al hombre en una máquina; y queriendo hacer del arte una ciencia mecánica y fría, éste se desvanece escapando a sus burdos procedimientos. El arte no existe para el positivista consecuente con los principios que profesa. Finalmente, como consecuencia y resultado de todos estos sistemas filosóficos, viene el fatalismo. El alma humana no es libre, ni responsable; no tiene iniciativa ni aspiraciones propias y personales que la hagan acreedora al mérito o al demérito, al honor y la gloria o al olvido y la ignominia: esa alma no es más que una rueda del engranaje y máquina universal, un producto de necesarias y fatales combinaciones, una planta que se produce y desarrolla, según el clima y los elementos que la nutren. Y llegados aquí, preguntamos, ¿En dónde está el ideal? ¿En dónde el estímulo del mérito, el amor a la belleza, el criterio para discenir lo hermoso y artístico, en dónde por fin el arte? Todo desaparece y queda abrumado bajo el peso de esa palabra, terrible para todo lo noble y elevado, para todo lo grande y hermoso, pra todo lo que forma la atmósfera en que vive el arte. Y así, el arte no será la aspiración que busca y realiza la belleza, sino algo que contiene obras que convenimos en llamar bellas; a la humanidad no le tocará admirar esas obras sino clasificarlas en géneros y especies, ni más ni menos que las momias, las plantas y las piedras de un museo. He aquí los errores filosóficos que llevados a la práctica matarían el arte; pero que aun simplemente profesados en teorías le inflingen mortales heridas, abaten su vuelo, y nublan y oscurecen el horizonte en que se espacia.

2a. PARTE.

Pero si las ideas producen en el arte una influencia más o menos remota, aunque eficaz, las costumbres públicas la producen más próxima y acaso más decisiva.

El arte es el espejo de las costumbres populares, y éstas son los motores todopoderosos del arte, por la influencia del medio ambiente sobre el artista que lo respira. A la perversión de las costumbres sigue la perversión del arte, y ésta coadyuva a veces y precipita a aquella.

Así sucedió en Grecia, en Roma y en todas partes cuando bajó el termómetro de la moralidad pública. De la luz que señala el progreso moral como base y norma de todos los otros progresos, no se exceptúan, no, las artes, antes están más sujetas a ella. Oscurecida la belleza moral que es la mayor belleza que puede contemplar el hombre, la noción misma de lo bello se oscurece, y decae el sentimiento de la belleza; e introduciendo el vicio su desorden y corrupción, todo se enturbia, se desvanece y corrompe en la humanidad. La depravación de las costumbres, no ofreciendo a los artistas ni modelos ni aplausos ni estímulos de ningún género para el bien, y sí muchos para el mal que es la fealdad moral, la perversión de las costumbres extendiendo su maligna influencia al mismo artista, actuando sobre sus costumbres, corrompiendo su gusto y anublando su vista de águila, viene a ser no sólo causa indirecta, sino directa e inmediata de la depravación y abatimiento del arte, en cuanto obra inmeditamente sobre el genio del artista. ¡A cuántos genios han no sólo aherrojado, sino apagado y dado muerte las malas costumbres¡ !Cuántas almas bellas se han degradado, y cuantas aves destinadas a levantar su vuelo por los espacios, se han convertido en orugas y en larvas inmundas, a causa de los estragos de la inmoralidad! ¡Y estos genios que habían de elevar a la humanidad, arrástranla consigo a la más honda degradación!

3a. PARTE.

Entre las bellas artes nada ejerce una influencia tan directa y eficaz sobre las costumbres como la literatura, nada impele a la perversión a un pueblo con más fuerza, seguridad y rapidez que la perversión literaria. Y por desgracia la literatura de nuestro siglo ha llegado a un grado de perversión que causa alarma aun a los menos escrupulosos y previsores; vémoslo en tres fases de la literatura contemporánea: la imoralidad, el cinismo y el mercantilismo literario.

¿Quién podrá narrar la inmoralidad de nuestra literatura, sobre todo en la novela y en el teatro? Estos han roto todos los límites y barreras del pudor.

Cúbrense de flores las escenas más torpes; la poesía presta sus galas a la más abyecta degradación, los autores no encuentran ya veneros de inspiración ni medios de interesar a las depravadas muchedumbres que los leen o escuchan, sino apelando a cada paso al escándalo y a la desvergüenza y pintando con los más vivos colores lo que avergonzaría a la misma barbarie. No somos nosotros únicamente los que denunciamos tales excesos, son mil voces del campo contrario las que señalan y lamentan, están en la conciencia de todos, y no tenemos más que abrir un libro de literatura contemporánea para comprobar hasta la evidencia este fenómeno que yo llamaría orgía literaria.

Pero una cosa es presentar en escena el vicio y otra cosa es hacer su apología: una cosa es herir y lastimar la conciencia y otra darle muerte. Pues bien, a esto último ha llegado la literatura contemporánea cuando con tanta frecuencia presenta las pasiones y su triunfo como amables debilidades, y aun más, como efectos naturales y necesarios del temperamento y de las circunstancias, del atavismo y de la fatalidad. ¿Y qué fuerzas le deja tal literatura para resistir al mal, al desgraciado o culpable que cae bajo su pernicioso influjo? ¡Ah! Esto es no sólo inmoralidad, sino cinismo.

Y para colmo de abyección y de deshonra, la literatura moderna se ha vendido. Ya no trabaja el artista por amor a la belleza, al ideal, sino por amor al dinero. El arte literario se ha convertido en un negocio y en un mercantilismo; y una vez colocados en este terreno, los literatos a la

moderna únense para aplaudirse amistosamente, para formarse unos a otros su pedestal y la atmósfera de su fama, formando lo que pudiera llamarse un compadrazgo literario; apelan a la adulación y a la lisonja para ganarse el favor y los gajes de los próceres del dinero; válense del cartel y del anuncio para hacerse valer; recorren, en fin, todas las etapas del comerciante, prostituyendo al oro y al poder un talento vanal. Ellos degradan la literatura, la venden y la malbaratan, y ésta arrastra en su deshonra y su ruina a toda noble aspiración y a todo lo que puede elevarse a la gloria del arte.

¡Depravación, cinismo, mercantilismo! ¿Qué habéis hecho del arte verdadero y noble, elevado y divino? ¡Oh artistas! Mirad a lo alto: levantad la vista a la verdad eterna, el corazón a la santidad sin mancilla; purificad las costumbres, esforzaos por mejorar moralmente la literatura; luchad contra la corriente que nos arrastra a la perdición, luchad noblemente con la mirada fija en vuestro ideal, la eterna belleza, y vuestro genio brillará hermoso y benéfico, como un sol, y os alabará la posteridad, y desde el cielo os bendecirá Dios.

CONFERENCIA QUINTA

El Realismo en el Arte.

EXORDIO.

Hemos visto cómo la corriente de las malas ideas, de las malas costubres y de una literatura pervertida amenazan de consuno al arte empujándolo a su ruina; ahora debemos añadir que ha aparecido ya en el horizonte del arte un sistema alarmante: el realismo; la sustitución de lo elevado por lo bajo; de lo suprasensible por lo que miran y palpan los sentidos; en una palabra del **ideal** por la **realidad**: fenómeno que puede observarse en todas las manifestaciones del arte moderno; fenómeno que sus defensores tratan de justificar por el éxito, porque es aplaudido por las muchedumbres y produce a sus autores pingües ganancias, sin que los tales defensores se paren a considerar qué una cosa es el escándalo y otra el buen éxito del genio, y que la multitud al aplaudir esas obras sólo aplaude sus propios malos instintos. ¿Cuál es pues el valor del realismo y a dónde conduce? He aquí el objeto de ésta conferencia.

1a. PARTE.

¿Pues qué, dicen los defensores del realismo; han de ser las obras de arte puramente espirituales y fantásticas, y ha de perderse el arte mismo en una mistificación? Lejos de esto, la razón, el sentido común y las legítimas tradiciones del arte le dan una base real, y jamás separan lo real de lo ideal, lo sensible de lo suprasensible; antes enseñan que tratar de armonizarlos y fundirlos es la misión del arte.

Así la fe divina no aniquila la razón, sino que dejándole todos sus derechos y atribuciones, la levanta y la ayuda.

Mas el realismo quiere ser exclusivo en el arte, como el racionalismo en filosofía.

El arte puede errar de dos maneras: o suprimiendo lo real, o suprimiendo lo ideal; por la primera de estas supresiones el arte se perdería

en el iluminismo, por la segunda se abate y corrompe en el realismo. El arte expresa lo real transfigurado por lo ideal, y lo ideal tomando formas y proporciones reales: de la unión armónica de estos dos elementos resulta la belleza a que el arte aspira.

El arte no es una fotografía, sino una transfiguración: sobre la belleza y perfección de la forma, pone la belleza del alma, que da vida a aquella y realiza su hermosura. La Transfiguración de Rafael es no sólo una obra de arte, sino un símbolo del arte mismo. El arte es como el hombre, espíritu y cuerpo, cuerpo transfigurado por el espíritu y espíritu resplandeciendo a través del cuerpo. El mayor triunfo del arte es la expresión de la más bella idea por medio de la forma más bella.

La palabra misma, no es más que el signo de la idea, y el vestido con que aparece y se comunica: quitad la idea, y el arte de la palabra, suprema de las artes, queda reducida a un juego vano de imágenes y sonidos; ya no merece el nombre de arte. Tal es la verdadera noción y la sólida tradición del arte. Puede éste a veces exagerar la idea desatendiendo la forma; pero el peligro actual no es ese, sino el contrario: el de dar la preferencia y aun el dominio exclusivo a la forma despreciando la idea, a lo real sobre lo ideal. "La imitación exacta y completa de la naturaleza, tal como se ve, tal cual es, debe constituir la base definitiva del arte. Ya no no hay ideas o símbolos, sino seres y personas. El arte no sueña ya en dejarlos para ir tras del más allá". Esto dicen los partidarios del realismo, y esto procuran hacer los que practican sus téorías. Olvidan la noción misma del arte; olvidan que el arte no es una imitación servil de la naturaleza, sino una interpretación; olvidan que el arte ha de elevar, mientras que la copia rebaja y esclaviza al modelo copiado; olvidan que el artista es una alma y que ha de poner en sus cuadros algo propio, vida, calor, ideal; olvidan en fin que si fuera el arte una mera copia de la naturaleza, lo trival, lo ordinario, la misma fealdad tal como existe en la naturaleza sería objeto del arte. ¡Qué aberración! ¡Qué trastorno de las nociones más claras, del concepto que siempre se ha tenido del arte! Todo el entusiasmo que despierta esta palabra se apaga porque su significado queda reducido a una vulgaridad.

Es verdad que el arte es una imitación, pero tan generosa y amplia que debe más llamarse, como ya lo hemos repetido, una interpretación, pues revela la idea y es símbolo de superiores bellezas; es una imitación en

que el artista pone su genio, y en que la naturaleza imitada brilla con los reflejos del más allá; es, lo repetimos, una transfiguración.

El defecto, pues, capital del realismo es la supresión del más allá, es matar el ideal; para él toda la gracia del arte está en copiar con perfección, y se extasía ante lo deforme con tal que esté bien delineado. Y como en la naturaleza existe no sólo lo bello sino también lo feo, y como la perversión del hombre lo inclina a lo moralmente abyecto, (como veíamos en la pasada conferencia), hemos de confesar que no hay cosa más eficaz que el realismo considerado en sí mismo, para destruir el arte hasta en su misma esencia y desvanecer y trastornar el concepto que de él tenemos y ha tenido siempre la humanidad.

2a. PARTE.

Y esta cuestión del realismo no es puramente una cuestión literaria; sino que por sus consecuencias toca el terreno filosófico y altera el orden religioso; por esto es de la plena jurisdicción de la oratoria sagrada, que tiene que luchar contar él como contra un enemigo encarnizado y peligroso. En efecto:

En el orden de las ideas ejerce el realismo un influjo disolvente, porque procediendo de aberraciones filosóficas tan perniciosas, según lo vimos en la pasada conferencia, vuelve sobre sus propias causas inculcando prácticamente y haciendo populares los errores de donde procede.

Prescindiendo el artista en su obra, como de hecho prescinde, de los principios de religiosidad, de verdad sobrenatural y de moralidad, no queriendo sujetarse a otra ley que a la del temperamento, carácter y gusto del mismo artista o de la turba a quien halaga, desechando toda idea, toda ley toda imposición superior al arte mismo, mirado éste según el concepto realista, es decir, como pintor exacto de la naturaleza tal tal cual ésta aparece a las miradas del artista, obra desde luego sobre las ideas y sentimientos sobrenaturales y morales, por eliminación. Si el artista desconoce toda ley y principio superior a sí mismo y a la naturaleza que imita, él y la naturaleza son para sí mismo su ley, sus ideales, su principio, su Dios; y el artista de la realidad, lo mismo que su obra, será materialista, panteísta, ateo, según su carácter o sus aficiones; y el pue

blo que bebe esas inspiraciones y contempla esas obras, asimilándose los principios que las inspiran, será también ateo, panteísta o materialista, desconocerá las leyes y deberes moralés, y por el realismo del arte se precipitará en el escepticismo que es el vacío y la ausencia de toda creencia moral o religiosa.

Y es desastroso el realismo no sólo en orden de las ideas, sino también en el de los hechos y las costumbres; porque negado o eliminado el orden moral no queda sino el el sensualismo práctico, hijo legítimo del materialismo doctrinario: ese sensualismo que ya se desborda de las producciones literarias y artísticas, inundando con sus fangosas aguas la novela, el teatro, la pintura y la escultura. En otros tiempos, las creaciones del arte se llamaban obras del espíritu; ahora habrá que llamarlas obras de la carne.

Bajo el punto de vista social, nótese el paralelismo que existe entre el reinado de la fuerza bruta en la sociedad, y el reinado de lo real exclusivo en el arte: la fuerza bruta es el hecho, la realidad exclusiva es el hecho: en el reinado de aquella, la falta de justicia produce el despotismo; en el reinado de ésta, la falta del ideal engendra el realismo. Despues, como el reinado de la fuerza hace retroceder a las sociedades al estado salvaje, el reinado de lo real en el arte hace retroceder a este hacia la barbarie. Si los bárbaros tuvieran un arte, este fuera realista, falto de ideales, sumergido en la materia que se palpa y se ve. Y hay más: el realismo hace retroceder a la sociedad a un estado más abyecto que la barbarie, al estado animal, pues que suprime el alma humana con sus más altas y sublimes manifestaciones, y engolfa al hombre en el mundo de las sensaciones, en la animalidad. ¡Oh abyección! ¡Oh miseria! ¿Y a dónde iremos a dar si continúa el arte por ese camino, si domina en él el realismo y la barbarie en germen? ¿Y en dónde buscar la salvación del arte sino en la Religión santa del Crucificado, que oponiendo un poderoso dique a la corriente de las malas doctrinas y de las perversas costumbres, levanta a la vez al alma mostrándole los ideales más puros y comunicándole los más generosos alientos? A ella vuelven sus ojos todos los corazones rectos; porque sólo ella es la resurrección y la vida, y sólo ella puede restaurar el arte, como la verdad y la santidad.

CONFERENCIA SEXTA
El Arte y el Cristianismo.
EXORDIO.

Después de haber mostrado la naturaleza y el fin del arte, las relaciones, que existen entre el arte y el hombre, entre el artista y su siglo; despues de haber señalado los peligros que amenzan al arte, sobre todo ese síntoma fatal de su decadencia, que ya aparece con tanto brío en la sociedad contemporánea, el realismo, debo para terminar estas conferencias, pronunciar la palabra vivificadora del arte: la Religión de Cristo, que con su influencia y doctrina todo lo ha restaurado y todo lo vivifica.

No han faltado voces que declaren al Cristianismo enemigo del arte, cuando él es cabalmente su más insigne inspirador y protector; y lo es, por las doctrinas que enseña, por las esperanzas que despierta, por el amor que inspira, por la santidad que crea y por el culto que es el teatro más brillante del arte cristiano.

1a. PARTE.

En el hombre las ideas son el principio de su elevación y de sus obras; y así las grandes creaciones humanas deben tener por base grandes ideas. He aquí donde se revela ante todo la influencia del Cristianismo por lo que mira al arte: sus dogmas son tan sublimes y tan bellos, tan concertados entre sí y tan en armonía con la inteligencia y el corazón humano, que ellos solos bastarían para inspirar al arte más elevado. Fijémonos en los dos principales en torno de los cuales giran los demás: Dios Creador, Cristo Redentor. La primera palabra del símbolo asienta el punto de partida e indica la meta del arte, pues Dios Creador es el ideal viviente, autor de toda belleza, foco de toda luz, fuente de toda armonía, belleza infinita que en sí encierra cuanto de bello y atractivo vemos esparcido en la creación. Pero para no perdernos en la misma sublimidad de ese ideal, el Cristianismo nos lo muestra humanado en Cristo, proporcionándose

a nosotros, abajándose hasta nuestra humana realidad para elevarnos hasta su sublime divinidad. Nada hay más humanamente real que la belleza humana de Cristo transfigurada por su divinidad; nada más ideal que su belleza divina apareciendo a través de su humanidad. De este modo, Cristo es el ideal de la belleza humana, al modo que Dios es el ideal de toda belleza. Como Dios, es Jesucristo la belleza misma; como hombre, es el más hermoso de los hijos de los hombres. He aquí el tipo sublime que ha inspirado antes que nada a los artistas verdaderamente cristianos, y la belleza que pretenden copiar. ¡Oh Dios mío, descanso de mi inteligencia y vida de mi corazón! ¡Oh mi Cristo, en quien contemplo a mi Dios humanado por mí! Tú iluminas la mente, levantas el espíritu, enardeces el corazón, despiertas el genio de los artistas que en ti creen, como arrebatas el alma del pobre cristiano que te adora y te ama. Te vemos en tu infancia y en tu adolescencia, en la ignominia de tu Cruz y en la gloria de tu resurrección, y doquiera la ternura, la majestad, la gracia que te adornan, nos afectan y arroban y nos fuerzan a exclamar: ¡hemos visto su gloria, la gloria que corresponde al Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad!

2a. PARTE.

Después de la fe viene la esperanza cristiana a sostener el vuelo del genio y a comunicarle un movimiento ascencional. Los artistas del paganismo se encerraban en lo visible y terreno; aspiraban a representar la belleza puramente humana y buscaban en ella su descanso; sólo por rarezas y difícilmente vislumbraban algún rayo de la luz de lo alto. El Cristianismo, sobre la belleza humana, aun la más elevada y espiritual, imprime a sus creaciones artísticas algo y mucho de la belleza del mundo sobrenatural y divino, a que aspira el alma que jamás se mira plenamente iluminada por las opacas sombras de la vida, ni saciada por las bellezas limitadas y efímeras de este mundo. La esperanza cristiana da a lás creaciones del arte un reflejo de la luz del cielo, y las envuelve como en una aurora de inmortalidad: ellas aparecen radiantes como la cima de los altos montes cuando va a aparecer el sol. El hombre había dado a las creaciones del arte su corona; faltábales esa irradiación y esa aureola que sólo les da la esperanza, como aspiración a la sobrenatural belleza

y al bien supremo, como último toque de mano inspirada de un arte divino, como lúcido ambiente de la zona luminosa en que se tocan la tierra y el cielo. Por eso el símbolo católico que comienza por el Credo in Deum, que es el principio del arte, termina por el Credo in vitam aeternam que es su consumación. ¡Ah! Mirad las figuras de nuestros santos pintados o esculpidos por las hábiles manos de nuestros artistas, figuras en que lo invisible resplandece en lo visible, figuras que profetizan y que muestran a través de las sombras de esta vida fugitiva, las claridades de la vida eterna; pupilas que parece que se abren y dilatan por ver a Cristo, ojos que aun cuando permanecen cerrados, todavía parecen que miran alguna cosa; figuras ascendentes, sublimes, que nadie ha mirado sin sentir a su alma volverse del lado que ellas miran. Ved. nuestras catedrales, tan esbeltas, tan ideales, cuyas almenas y torres parece que suben buscando la inmortalidad, como los himnos y plegarias que desde su recinto se elevan al cielo: palacios de la esperanza, vestíbulos del paraíso. Oid en fin esos cantos y esas armonías que despreciando las fugitivas ligerezas de la vida, ascienden serenas y confiadas hasta prosternarse ante el trono del Excelso. Ved en todas esas maravillas, cuanto eleva los genios y ennoblece las almas la esperanza cristiana. ¿Hay por ventura otra cosa que pueda realizar con más eficacia el sursum corda del ideal artístico?

3a. PARTE.

Sí, Señores; hay algo que es más poderoso que la fe, más poderoso que la esperanza para elevar y vivificar el genio del arte: y es el amor. El Cristianismo tiene por meta, por corona y por última irradiación, el amor. El amor es el mayor inspirador de las artes. El Cristianismo no sólo ha purificado, elevado y afirmado los amores terrenos, elevando y santificando la mujer, afianzando los lazos de la familia, los de la amistad y los de la sociedad y fraternidad humana, no sólo ha elevado el amor purificando el corazón que lo alberga, sino que ha realizado estos prodigios como expansiones y resultados de un amor más alto cuyo germen ha puesto en todo corazón cristiano, y ha desarrollado con más amplitud en los santos: el amor divino.

Veámoslo apareciendo en el amor a Jesucristo, en quien Dios y el hombre se buscan y se encuentran, se abrazan y confunden. ¡Oh cuánto ha sido amado y lo es Jesucristo! A ningún cristiano le es indiferente ese nombre adorable. Pero donde el amor a Cristo se apasiona y agiganta es en el corazón de los santos. ¿Y quien podrá calcular el impluso, la animación y la vida que ha dado al arte cristiano ese noble amor a Jesucristo, a aquel que es al mismo tiempo la belleza y el amor, el mas hermoso y el más amable de los hijos de los hombres? Mirad a Fray Angélico, a aquella alma pura que después de pintar de rodillas la adorable imagen de sus visiones y de su amor, arrojando los pinceles lloraba porque aquella figura, por más hermosa y expresiva y dulce que apareciera no era la que él llevaba en su espíritu, estaba muy lejos de copiar el objeto de su amor. Todos los grandes genios cristianos dotados de un gran corazón, han sentido la soberana eficacia de ese amor, que se revela lo mismo en la escultura y pintura que copian la celestial belleza, como en los templos y altares que se levantan para ofrecerle un trono, como en la poesía y la música que cantan sus alabanzas.

¡Oh amor divino! ¡Tú, el mayor tesoro de los corazones cristianos, tú que los santificas y los llenas de merecimientos, también los iluminas y los ilustras con las bellas irradiaciones del arte!

4a. PARTE.

Pero el Cristianismo ha hecho más que hermosear para Dios templos y altares, ha hecho más que copiar en mármoles y lienzos los rasgos de la belleza increada: ha hermoseado para Dios las almas, y ha copiado en ellas la divina belleza del ideal.

Todos los verdaderos cristianos son artistas, porque se esfuerzan en diseñar en sus corazones la belleza moral de Jesús. La mansedumbre, la humildad, el sacrificio, la caridad, la paz, la dulzura, todas las virtudes de Cristo júntanse en un solo anhelo, en un ideal que llamamos santidad, ideal a cuya posesión aspira el cristiano, y a sentirlo y delinearlo el artista. Las almas magnánimas, las que han llegado a la cima y a quienes ilumina plenamente la luz de Cristo, los santos, son tipos de belleza divina que tiene siempre ante sus ojos el artista cristiano para traducir en sus creaciones esa belleza moral desconocida de los antiguos, tan superior

a la belleza física cuanto se eleva el alma sobre el cuerpo, el espíritu sobre la materia, el cielo sobre la tierra. Y esa belleza de la santidad no es puramente espiritual o invisible, sino que se comunica al cuerpo imprimiéndole un sello particular de belleza, cierta concordia y armonía, cierta luz y suavidad, que espiritualiza en algún modo la material y la embellece y dignifica. Las virtudes, la paz del alma, la pureza y las esperanzas arrancan por decirlo así al alma de su cárcel corporal, la elevan sobre sí misma y en cierto modo lo sobrenaturalizan. ¡Qué sello tan particular de belleza ostenta el semblante de los hombres virtuosos! Pero sobre todo, que belleza tan suave y majestuosa irradia de los rostros de los santos aun extenuados por la mortificación! Y cuando a todo el esplendor de la belleza física en su tipo más delicado y perfecto, se junta todo el esplendor de la belleza moral y de la belleza sobrenatural, decidme, ¿Qué figura resultará tan divinamente hermosa y atractiva? Ese tipo sublime nos lo ofrece el Cristianismo en la Santísima Virgen María.

Es imposible pasar ante ella sin sentirse iluminado, atraído entusiasmado por la belleza toda pura, radiante, suavísima y amabilísima de la Virgen Madre; es imposible contemplar a María sin que se eleven los pensamientos, las aspiraciones, el alma entera ante la mayor belleza puramente humana, la imagen más perfecta de la belleza de Cristo. Por eso María ha sido siempre en el Cristianismo, y lo es todavía, el dulce imán de los corazones, la grande inspiradora de las artes.

5a. PARTE.

Todos esos vuelos inspirados por la Religión, todas esas claridades y bellezas que ella hace aparecer y que ella crea, encuéntranse reunidos y apareciendo en toda su magnificencia en el culto cristiano: allí todas las bellas artes se dan cita para llevar a Dios, centro de toda belleza, todas las creaciones del arte y todos los frutos del humano ingenio. Donde quiera que la Iglesia ha plantado una cruz y ha erigido un altar, ha aparecido el arte en menor o mayor grado de esplandor, hasta llegar a obtener su más excelso brillo en nuestras catedrales, milagros del arte, en los que al triunfo mayor de la arquitectura vienen a unirse la escultura y la pintura, el grabado, el cincelado y la ornamentación más hermosamente ideal y majestuosa; después las artes vivientés: la música, la

poesía, la elocuencia, tomando posesión del sagrado recinto, dando vida y movimiento a cuanto allí había sido tocado por el arte, vienen a estremecer con soplo divino, el alma del creyente que vibra junto con todas aquellas armonías, y ante cuya vista se despliegan los amplios y lúcidos horizontes de la fe, con todas sus sobrenaturales bellezas y consonancias; y al unísono, con las voces del órgano y el aroma del incienso, asciende la plegaria inspirada por la esperanza, surge el himno dictado por el amor, y se elevan las almas hasta el pié del trono del Altísimo. ¡Oh! Ved a la santa Iglesia cómo se adora y atavía con las galas del arte, para celebrar a Cristo, tal como se atavía la esposa para recibir al esposo: ved como le parecen pequeños todos los sacrificios, pálidas todas las bellezas, sin arte lo más sublime del arte, para rendirlo todo a los pies del Rey de los Reyes, y para corresponder a las increíbles dignaciones del amor divino. Si: en la Iglesia Católica el culto y el arte forman alianza eterna, y la belleza en todas sus manifestaciones, y la verdad y la santidad se dan la mano para llevar las almas a Dios; en sus templos se dan cita todas las bellezas del arte, así como las grandes iluminaciones de la verdad y los grandes estímulos de la santidad, para engrandecer al pueblo, a ese desheredado de la fortuna, no menos que de la justicia y de la verdad profanas, al pueblo a quien amó Jesucristo y para el cual la Iglesia prepara sus grandes fiestas y adorna sus espléndidos palacios; a la humanidad en fin cuya restauración, lo mismo en las otras esferas que en la del arte, tomó a su cargo el divino Redentor.

¡El Cristianismo es el grande inspirador y restaurador del arte; y entre el culto de la belleza y el culto del Dios verdadero la alianza es sempiterna!

FIN.

Juan J. Hinojosa, Pbro.

BREVES LECCIONES DE LITERATURA.

Monterrey, N. L., México.
—1935—

Puede imprimirse.

Monterrey, Febrero de 1935

+ JOSE GUADALUPE,

Arzob. de Monterrey.

Advertencia:

Estas lecciones fueron escritas, —consultando principalmente a la brevedad, pero procurando dar en ellas un conocimiento completo de la preceptiva literaria, —para que sirvieran de norma y base en sus estudios a los jóvenes de la Congregación Mariana del Roble que pertenecen a la Academia de Literatura y Declamación. Ojalá que puedan servir también a otras Academias o Círculos juveniles de las Congregaciones Marianas o de la A. C. J. M., a quienes fervorosamente se las dedicamos.

Monterrey, Febrero de 1935.

LECCION I.

LA LITERATURA. LA BELLEZA.

LA LITERATURA (ciencia o arte) tiene por objeto la belleza expresada por medio de la palabra hablada o escrita. Si investiga la belleza realizada o realizable, o la manera de realizarla, será ciencia: si estudia y aplica las reglas de esa realización, será arte.

No pertenece a la literatura, sino a la **estética** o filosofía de lo bello el nivestigar la esencia de la **belleza**. San Agustín la hace consistir en "la unidad en la variedad". Santo Tomás dice que es "El esplendor del orden", definición que casi coincide con la de Platón: "La luz y esplendor de la verdad"; y la escuela escolástica definía la belleza: "La misma perfección de las cosas en cuanto deleita al alma que la contempla". La belleza afecta las facultades más nobles de nuestro ser; causa un placer espiritual, no puramente sensible.

La belleza absoluta está en Dios, la relativa en las creaturas. Dios es el prototipo y la fuente de toda belleza. Dios es la Belleza, como es la Verdad y el Bien.

La belleza relativa está en las creaturas, realizada o realizable.

La belleza puede ser **natural** o **artística;** la primera es la que brilla en la naturaleza, la segunda es la que concibe o expresa la mente humana.

Se divide en física y moral: la primera se percibe por medio de los sentidos, como la hermosura de una flor; la segunda es la que radica en el alma humana, como una grande y hermosa idea (belleza intelectual); una virtud o acción noble (belleza propiamente dicha moral.)

El hombre no sólo percibe y expresa por medio de la palabra, la belleza exterior, sino que combina los diversos elementos de belleza que ha concebido, elevándolos para formar **su ideal** que expresa después por la palabra: ésta a su vez puede llevar una forma hermosa (artística) que consuene con la belleza de la idea.

LECCION II.

DIVERSOS GRADOS DE BELLEZA.

La belleza que concibe y expresa el hombre puede tener grados. Entre éstos distinguiremos:

LA GRACIA, que es, según Lessing, la hermosura en el movimiento, y encierra por tanto cierta agradable vivacidad y animación.

LA ELEGANCIA, que designa cierta elevación y particular esplendor en la belleza.

LA NOBLEZA, que parece referirse principalmente a las cualidades morales.

LA DELICADEZA, que es la perfección en lo pequeño y requiere para percibirla y gustarla, cierta agudeza de percepción.

LA SUBLIMIDAD, que es la belleza elevada a su grado máximo. Longino, antiguo retórico griego, la definió: "El sonido de las almas grandes". Produce una intensa emoción, aunque regularmente breve; suele encerrarse en una frase o pensamiento; aunque por lo general debe prepararse su aparición para que produzca todo su efecto.

Suele distinguirse el sublime **matemático** o de extención, el **dinámico** o de fuerza, y el **de espíritu** o sea de pensamiento o de afecto.

Lo contrario a la belleza es la fealdad. Esta procede de la falta de armonía. Cuando esta aflta es pasajera y resulta entre la armonía general, produce lo **ridículo** o **cómico.** De lo ridículo puede aprovecharse el artista haciéndolo servir a la armonía general que resalta con la nota discordante, y así dar a su obra cierta amenidad risueña. En cuanto a lo **bufo,** o sea lo que produce la risa sin emoción estética, no es asunto del arte. Para concebir y ejecutar una obra artística con elementos cómicos, se necesita ser un verdadero y grande artista, como Cervantes en el Quijote.

EJEMPLOS.

GRACIA:

Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura;
Y yéndolos mirando,
Con sólo su figura

Vestidos lo dejó de su hermosura.
(S. Juan de la Cruz)

ELEGANCIA: Puede estudiarse en "La Vida del Campo" de Fray Luis de León.

DELICADEZA:

Ojos claros, serenos,
Si de duce mirar sois alabados,
¿Porqué a mí solo me miráis airados?.....
Ojos claros, serenos,
Ya que así me miráis, miradme al menos.
(Gutiérrez de Cetina.)

SUBLIMIDAD MATEMATICA:

En el principio Dios creó el cielo y la tierra; mas la tierra era informe y vacía y estaban las tinieblas sobre la faz del abismo.

—DINAMICA:

Y dijo Dios: Hágase la luz, y la luz fué.
Das un paso, oh Señor, y se estremece la tierra;
Tocas los montes, y humean.

—DE PENSAMIENTO:

El Señor reinará en la eternidad y más allá.

—DE AFECTO O PATETICA:

Cristo clamando en la cruz: Padre, perdónalos.....
Los mártires clamando en lo supremo de su suplicio:
Soy cristiano.

LECCION III.

EL ARTISTA. EL ARTE.

BELLAS ARTES. FINALIDAD DEL ARTE.

EL ARTISTA es el que tiene la facultad de sentir o percibir la belleza, y de expresarla por medios sensibles.

El Supremo Artista es DIOS que lleva en Sí mismo el ideal de toda belleza y ha derramado esa belleza en las obras de sus manos. El Creador ha dado al hombre la facultad no sólo de percibir la belleza que se halla

expresada en las obras de la creación, sino también de concebir en su mente formas bellas particulares mediante la combinación de los diversos elementos de belleza que ha observado en el mundo externo. A esa facultad del hombre de embellecer o poetizar sus concepciones la llamamos **numen poético** o inspiración; a la concepción mental de la belleza le llamamos **ideal;** a la expresión de ella, **obra de arte;** y al que sabe concebirla y expresarla, **artista.** Por esto al artista suele llamársele **creador,** por cuanto imita en sus obras artísticas al Supremo **Creador.**

Dejando aparte la significación vulgar de la palabra **arte** cuando se aplica a las obras puramente mecánicas o útiles, especialmente entendemos por **arte** "la expresión de la belleza por medio de formas sensibles".

La música, la escritura, la pintura, etc., son **artes** o por mejor decir, **"bellas artes";** pero sobre todo lo es la bella literatura, y tanto más valiosa que las otras, cuanto que expresa no sólo formas plásticas, sino principalmente ideas y sentimientos.

El **fin próximo** del arte sólo es la expresión de la belleza; pero ese fin no excluye otros ulteriores. Podemos pues servirnos del arte para enseñar, deleitar, moralizar, etc., pero sobre todo, el arte, como todo lo creado, debe referirse como último fin, a la Gloria de Dios. Debe pues rechazarse la fórmula: "el arte por el arte," tomada en un sentido exclusivista.

LECCION IV.

REALISMO E IDEALISMO.

Como la belleza que expresa el artista la saca del mundo externo que observa, o del mundo ideal que lleva en su mente, la obra de arte obedecerá a una de éstas dos tendencias: expresar la realidad, o expresar el ideal. De aquí las dos tendencias de la literatura: el realismo y el idealismo.

REALISMO.—Llamamos **realismo** a la expresión de la belleza que se observa en la naturaleza, por medio de la palabra; o sea la copia del natural.

IDEALISMO.—Llamamos **idealismo** a la expresión de la belleza ideal, es decir, de las ideas personales o suprasensibles, bajo el influjo de una inspiración personal.

El realismo se acerca más a la naturaleza; y el artista de lo real es un pintor; percibiendo y gustando la belleza real, sabe expresarla y pintarla.

El idealismo se eleva al mundo puramente ideal; es más personalista, por cuanto idealiza lo material y pone más de sí mismo en la obra de arte.

El exceso de realismo conduce al **naturalismo:** según los defensores de éste, el artista no debe hacer otra cosa que copiar a la naturaleza, y será tanto más artista cuanto mejor copista. Pero en la naturaleza no todo es bello, antes se encuentra también en ella lo sórdido y bajo. Por otra parte el artista no es un simple copista ni el arte una fotografía. Si así fuera, decía un escritor, mi espejo sería mi mejor artista. Con esa teoría naturalista se ha ido a dar a espantosas bajezas; con ella se ha querido ennoblecer el vicio y se ha degradado el arte. No; el realismo de buen genero debe contentarse con sorprender lo noble y lo bello de la naturaleza, sentirlo y expresarlo.

El idealismo exagerado conduce al iluminismo y a la ficción. Toda creación de la fantasía debe basarse en algo real, y encerrarse dentro de los límites de la cordura y de la verosimilidad.

La verdadera obra de arte debe participar de un sano realismo y de un moderado idealismo; debe realzar la naturaleza, idealizandola, y precisar el ideal dándole forma más o menos sensible. Mas la prevalencia del uno o del otro depende de la índole de la obra y del genio del artista.

LECCION V.

HUMANIDADES. GUSTO. MEDIOS DEL CULTIVO.

¿Qué se necesita para ser artista? Todo hombre tiene la facultad de percibir alguna belleza y de expresarla; pero para que alguien merezca elnombre de artista es necesario que posea esa facultad en grado superior.

Concretándonos (y así lo haremos en lo de adelante) al arte literario, diremos que se da el nombre de HUMANIDADES o "letras humanas", al conjunto de obras escritas bajo la inspiración del arte; suele dársele también el nombre de literatura en sentido restringuido. El estudio y comprensión de la literatura general y patria es indispensable para la cultura general, y especialmente para la formación del gusto.

Llamamos **gusto** a la facultad de percibir la belleza. El poseer esa facultad en alto grado es propio del literato, y el dirigirse por ella en la producción de obras bellas es propio del artista literario (escritor, orador o

poeta.)

El gusto es capaz de perfeccionarse como todas las facultades humanas, y esto se verifica por el acertado uso del mismo; puede también pervertirse o viciarse. El supremo juez del buen gusto es el sentido común humano que aplaude y admira los grandes artistas sin que a ello obsten las diversas escuelas épocas o pueblos.

El artista literario necesita **inteligencia, imaginación** y **sensibilidad** propias para la mejor percepción y expresión de la belleza, y educar esas facultades promoviendo su desarrollo y evitando su extravío. Esta educación se consigue por el conocimiento de los preceptos o reglas de arte, por el conocimiento y estudio de los modelos (obras de arte) y por el ejercicio que consiste en la imitación de los modelos y en la realización de los propios ideales, cosa que se verifica por la palabra escrita, hablada o declamada.

Al arte de apreciar la belleza realizada y juzgar de los méritos y defectos de las obras literarias, la llamamos CRITICA LITERARIA.

LECCION VI.

OBRA LITERARIA. FONDO Y FORMA.

Llamamos OBRA LITERARIA a un conjunto de pensamientos que forman un todo completo y armónico, expresados en forma artística.

EL FONDO de la obra literaria lo constituyen los pensamientos; la FORMA, su expresión. Y como un pensamiento fundamental puede tomar diversos aspectos y mayor relieve si se le acompaña de otros pensamientos accesorios que lo ilustren o lo embellezcan, llamaremos **forma interna** a los pensamientos secundarios o imágenes que realcen la idea fundamental de la obra literaria; y **forma externa** a las palabras con que se expresan correcta y bellamente dichos pensamientos fundamentales y accesorios, y a las diversas maneras de combinar armoniosamente dichas palabras.

Así pues, en una obra literaria, los pensamientos fundamentales constituirán su fondo; las imágenes, comparaciones, epítetos, etc., su forma interna, y las palabras su forma externa que llamamos **lenguaje.**

La forma externa o palabra artística puede ser verso o prosa según esté o no sujeta a cierta medida y ritmo, de que hablaremos después.

Para aclarar lo dicho, analicemos brevemente esta estrofa dedicada

a la Santísima Virgen:

Si amenaza la tormenta
Robando su luz al día,
Vuelve al pecho la alegría
Cuando el iris se presenta;
Y cuando la paz se ausenta
Del humano corazón,
A ti clama en su aflicción
Y por ti la paz alcanza;
Que eres iris de esperanza
Y señal de salvación.

Fondo. El pensamiento fundamental de esta estrofa es éste: Cuando el hombre invoca a María en sus inquietudes y aflicciones, luego ella le trae la paz y la esperanza.

Forma interna. Los pensamientos accesorios que realzan la idea principal son: María es como el iris que, cuando la tormenta roba su luz al día y conturba el corazón, al presentarse anuncia la tranquilidad y devuelvé la alegría. Tipo: el iris. Imágenes: breve descripción de la tormenta que roba la luz al día y al corazón la paz. Comparación: así sucede al corazón humano turbado cuando clama a María y ella se presenta. Imágenes: María es iris de esperanza y señal de salvación.

FORMA EXTERNA. Verso, octosílabo; rima, perfecta o consonante; combinación métrica, décima.

LECCION VII.

PENSAMIENTO. SUS CUALIDADES.

Llamamos **pensamientos** a las ideas, juicios y razonamientos, y también, por extensión, a los afectos y sentimientos que queremos expresar por medio del lenguaje.

Ya hemos dicho que el fondo de la obra literaria lo constituyen los pensamientos; y como la obra literaria debe ser **una** y formar un **todo** armónico, se sigue que los pensamientos deben agruparse con un enlace lógico y natural, para ilustrar, ampliar o comprobar el pensamiento o pensamientos fundamentales que forman el fondo de la obra literaria.

Las principales cualidades de los pensamientos deben ser: la **verdad,**

la **claridad** y la **honestidad** o **decencia.**

Lo falso, y más lo fingido o misterioso, es contrario no sólo al fin de la palabra, sino también a la estética; deben pues evitarse los pensamientos falsos, fútiles (o que presenten como verdad lo que no está bien comprobado), o indiscretamente exagerados.

La **verdad** es la conformidad del pensamiento con la realidad.

La verdad puede ser **absoluta** o **relativa:** la primera es la ya definida; la segunda es la conformidad del pensamiento con la cosa tal como debe concebirse y como sería, admitidas ciertas suposiciones: a esta verdad relativa suele llamársele **ficción poética;** y se admite y es un gran recurso en las obras poéticas o que participan de la poesía.

La **claridad** de los pensamientos consiste en su perfecta percepción y en la sencilla y lógica unión de unos con otros para formar la idea total. Les falta esta cualidad a los pensamientos enigmáticos, nebulosos, demasiado sutiles o mal coordinados; mas no es contra la claridad la **profundidad** de un pensamiento, con tal que consuene con el tono de la obra. No se pueden expresar bien los pensamientos si no se conciben con claridad. Es necesario esforzarse por aclarar y coordinar bien las ideas y pensamientos, lo mismo que su enlace lógico, antes de escribir o perorar.

Es también dote del pensamiento la **honestidad,** porque lo indecoroso es repugnante y feo, y porque nunca deben el pensamiento y su expresión desentenderse de la moral.

Como propiedades secundarias de los pensamientos podemos mencionar la **nobleza** y la **oportunidad** o **convivencia** al tono de la obra; y como accidentales la **novedad, originalidad, gracia,** etc.

LECCION VIII.

LENGUAJE. VOCES.

Llamamos **lenguaje** a la forma externa del pensamiento o sea a las palabras combinadas con que expresamos nuestros pensamientos y afectos. En el lenguaje hay que distinguir las palabras y las cláusulas. Las **palabras** expresan **ideas** o **conceptos,** (idea es lo mismo que forma o representación), y lo que podemos expresar o representar por las palabras son **objetos, acciones** y **relaciones.** El primer elemento del lenguaje, según esto, son las palabras. Mas para expresar un pensamiento completo,

necesitamos regularmente de varias palabras. Llamamos **oración** a la palabra o conjunto de palabras que expresan un pensamiento.

La **gramática** estudia las palabras y oraciones para expresarnos con corrección; la **literatura** las estudia para expresarnos con elegancia. **Lenguaje literario** es pues la expresión artística del pensamiento.

Debemos aspirar a expresarnos no sólo de una manera correcta sino también noble y agradable; sólo así conseguiremos alcanzar los fines de éste don nobilísimo que Dios ha concedido al hombre: el lenguaje.

Las palabras (voces, vocablos, dicciones) según su estructura material pueden ser simples o compuestas; primitivas o derivadas, v. g.: simple: voz; compuesta: porta—voz. Primitiva: voz; derivada: vocear. El sentido de las palabras puede ser primitivo o propio, trasladado o figurado; v. g.: hoja (de árbol); hoja de papel, de puerta, etc.

Llámanse **homónimos** los objetos que se expresan con un mismo nombre: v. g.: cielo (el firmamento, el cielo empíreo); mundo (la tierra, el universo, la sociedad); etc.

Voces **sinónimas** son las que expresan la misma idea u otra muy parecida: caballo y corcel; dejar y abandonar. **Equívocas** son las voces que pueden tomarse en diversa acepción, y que por lo mismo dan lugar a que la frase resulte de doble sentido. Por lo regular hay que evitar el equívoco, por oponerse a la claridad de expresión; pero empleado intencionalmente, con gracia e ingenio, puede aprovecharse en las obras ingeniosas o festivas y en las del género picarezco.

Ejemplos:

Al dar un ministro audiencia
Dice a todo pretendiente:
"Ya lo tengo a Ud. presente";
Y no miente su excelencia.

Modelos de esta clase pueden verse en Selgas, escritor ingeniosísimo y gracioso.

Voces técnicas, son las propias de una ciencia o arte. No deben emplearse en una composición literaria sino las que han pasado al uso general, o son muy conocidas de las personas a quienes se habla. Deben también evitarse los neologismos (voces nuevas), los arcaísmos (voces anticuadas), las palabras extranjeras o sea tomadas de lenguas extrañas de la nuestra (galicismos, anglicismos), y las voces **cultas** o tomadas

del griego o del latín. Una prudente selección de voces, atendida su nobleza y mejor expresión, comunica al lenguaje gracia y distinción.

LECCION IX.

CUALIDADES ESENCIALES DEL LENGUAJE.

Las cualidades esenciales del lenguaje son tres: **pureza, propiedad** y **armonía.**

La **pureza** consiste en usar voces y construcciones que sean propias de la lengua, y se conoce que lo son en que usen de ellas los buenos autores. A la pureza de las voces se oponen los barbarismos y demás palabras viciosas o incorrectas, de que se habló en la lección VIII. Y como el idioma **castellano** tiene por norma principal el habla de Castilla, hay que hacer la debida estimación de las voces y giros castizos. A la pureza de las expresiones se oponen los vicios de sintaxis (solecismos) y los giros, trasposiciones o maneras de enlazar las voces, impropias de la lengua; pero no se oponen a la pureza del lenguaje los **idiotismos** que son frases usadas que no se adaptan a las leyes generales de la construcción o a la significación ordinaria de las palabras que las forman, pero a las que el uso ha dado un sentido determinado: v. gr., **hacer memoria** de algo en vez de recordar; **dar un paseo,** en vez de salir a pasear, andar de paseo, etc.

Tampoco se opone a la pureza de las expresiones la construcción figurada, o sea el uso moderado y admitido de las figuras de dicción, principalmente del hipérbaton (transposición del orden gramatical de los vocablos en una expresión.)

Para adquirir la pureza del lenguaje hay que leer constantemente los buenos autores, o escuchar a los buenos hablistas.

La **propiedad** del lenguaje consiste en usar de las voces y expresiones que mejor expresan nuestros pensamientos. Entre todas las maneras de expresar nuestro pensamiento, hay que buscar las que mejor lo manifiesten en su esencia y en sus matrices de fuerza y colorido. Se oponen a ella las voces o expresiones inexactas, flojas o incoloras que dicen, no lo que quisieramos decir, sino algo parecido.

Para adquirir la propiedad no sólo es bueno fijarse en el sentido que dan a las voces los mejores autores, sino estudiar su etimología para

conocer su exacto significado y la diferencia de significación entre las voces sinónimas. A veces se logran expresar mejor una idea con dos voces sinónimas que vengan a completar la fuerza o colorido de la idea capital; este recurso lo usaron mucho los clásicos del siglo XVI.

La propiedad es el carácter más distintivo de los buenos hablistas.

La **armonía** consiste en la impresión agradable causada en el oído, por la adecuada colocación de las palabras. Esta armonía debe adaptarse a la mejor expresión del pensamiento, para que éste gane en claridad, fuerza de expresión y belleza. La **melodía** es el resultado agradable de la buena sucesión de los sonidos.

Hay que evitar como vicios opuestos a la armonía, la monotonía, el sonsonete, el hiato (encuentro de vocales, como "iba a Asia") y la cacofonía (choque de letras de difícil pronunciación como "error remoto".)

LECCION X.

CLAUSULAS.

Las ideas se expresan por palabras; los juicios y pensamientos por cláusulas. Llamamos **cláusula** (oración, pensamiento, frase) a la palabra o conjunto de palabras que expresan un pensamiento completo. El lenguaje se compone de cláusulas. Varios pensamientos pueden estar subordinados entre sí, o simplemente coordinados, esto es, unidos por conjunciones, formando un pensamiento total, separado de las otras oraciones por el punto: a eso llamamos una cláusula completa. Si ésta es de gran extensión, y tiene cierta proporción y armonía entre las oraciones que la forman, la llamaremos **cláusula periódica.** Si en ésta es marcada la simetría de sus partes, suspendiéndose el sentido en una parte, para cerrarse completandose en la segunda, se le llama **período;** a la primera parte de este se le da el nombre de **prótasis** y a la segunda de **apódosis.** Se ve pues que las cláusulas pueden ser simples o compuestas, según que encierren una o varias oraciones gramaticales. El lenguaje toma el nombre de **cortado** si abunda en cláusulas simples, y de **periódico** si prevalecen en el las periódicas.

El lenguaje cortado es propio del estilo familiar, de las cartas, narraciones, historias, etc. El estilo periódico es propio de la oratoria, pues comunica al discurso cierta elegancia y majestad.

Cuídese que en las cláusulas compuestas no se aglomeren los pensamientos con prejuicio de la claridad. Evítense los largos y frecuentes paréntesis; cuando haya que usar alguno de extensión, reasúmase el sentido de la oración principal repitiendo alguna palabra de las dichas en la parte anterior de ella. Procúrese también que la oración principal de la cláusula compuesta, y sobre todo su **verbo** se destaque entre las otras palabras, colocándolo al principio o al fin, para que se note desde luego la subordinación de las oraciones secundarias; así ganará el lenguaje en claridad y fuerza.

Evítense por fin las oraciones secundarias anfibológicas o que pueden aplicarse a dos oraciones principales.

Estúdiese en los modelos la estructura, propiedad y armonía de las cláusulas.

Del buen uso de ellas depende en gran parte la belleza y propiedad del lenguaje.

LECCION XI.

TROPOS. METAFORA.

Llámase lenguaje figurado a aquél en que nos apartamos del modo común y ordinario al expresar nuestros pensamientos. Aunque este lenguaje está fuera de las reglas ordinarias, no por eso es menos natural que el común, antes es más natural y espontáneo en una alma dominada por un pensamiento fijo o por un sentimiento ardiente.

El lenguaje figurado debe siempre dar fuerza o belleza a las ideas y sentimientos, pues de otro modo sería inútil y reprensible. Comprende los tropos y las figuras propiamente dichas. Los tropos dan a las palabras otra significación que la ordinaria; las figuras dan a las expresiones, otra forma que la común.

Tropo es la designación de una cosa con el nombre de otra, o de un pensamiento con palabra que significa otro. Puede pues ser el tropo de palabra o de sentencia. Este cambio o traslación de significado no ha de ser arbitrario, sino que debe basarse en algo real.

Hay tres clases de tropos: a) tropos por **comparación** o **metáforas:** b) tropos por **comprensión** o unión íntima, llamadas **sinécdoques:** c) tropos por **transnominación** o unión moral o externa, llamados **metonimias.**

Metáfora es un tropo que se basa en la comparación: es una comparación abreviada: v. g.: cuando digo "El estudio es la fuente de sabiduría", doy al estudio el nombre de fuente, hay metáfora o sea una comparación condensada: es como si dijera: "Así como de la fuente procede el agua, del estudio procede la sabiduría". Las metáforas cuando son bien empleadas, dan viveza, colorido y belleza al estilo; su virtud se funda en la asociación de ideas que abre al pensamiento nuevos horizontes. Deben ser claras y naturales; evítense pues las metáforas rebuscadas u obscuras, lo mismo que las indecorosas o que simplemente rebajan la idea principal en lugar de ennoblecerla. Comienza Fray Luis de León una de sus más bellas composiciones con esta estrofa:

¡Qué descansada la vida
la que huye del mundanal ruido
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!

Nótense en ellas éstas metáforas, naturales, nobles, oportunas: a los asuntos y negocios del mundo los llama "ruido mundanal", porque aturden e inquietan como el ruido: a la dirección que han tomado los sabios, a su conducta y modo de obrar, la llama "senda" también por una metáfora obvia y casi vulgar, pero bien empleada en el pasaje indicado, porque realza y embellece la idea. No así la siguiente de Horacio: "Júpiter escupe nieve sobre los Alpes". Llamar a la nieve saliva de Júpiter, no realza la la idea, antes la rebaja y afea: es una metáfora baja y repugnante. Llamar a Mercurio: "la luz do el saber llueve" (Fray Luis de León) és una metáfora oscura y de mal gusto.

Cuando no una solo palabra sino toda una frase está tomada en sentido metafórico, o sea cuando se continúa la comparación sin adverbios que la expresen, la metáfora es continuada y se llama **alegoría.** Si hay en la frase unos términos tomados en sentido propio y otros en sentido metafórico, la metáfora será mixta. Las parábolas o apólogos son composiciones en que la metáfora es continua. Ejemplo de alegoría: ¡Cuidado, niños! la serpiente se esconde entre la yerba. (Virgilio.)

LECCION XII.

SINECDOQUE. METONIMIA. TROPOS DE SENTENCIA.

Por el tropo llamado **sinécdoque** damos a una cosa el nombre de otra en virtud de la unión íntima que existe entre ellas. Suele llamarse tropo por **comprensión.** Así llamamos el todo por la parte, la parte por el todo, el género por la especie o viceversa; la materia de que está hecha una cosa, por la cosa misma; el continente por el contenido, o viceversa; el número singular por el plural; el nombre común por el propio, etc. A ésta última clase de sinécdoque se le llama **antonomasia.** A veces a la última palabra trasladada se le añade un adjetivo que precisa más su sentido. Ejemplos: Pueblo de mil almas; el hierro homicida; ganarse el pan; se tomó un vaso de vino; el Padre de la patria (autonomasia); el Apóstol (id.)

Se da el nombre de **metonimia** (transnominación), al tropo por el que se designa una cosa con el nombre de otra por cierta relación o unión moral que existe entre ellas, no tan íntima como la que constituye la sinécdoque: como la relación de la causa por el efecto y viceversa, la del signo por la cosa significada, etc. V. g.: la musa por la poesía; la bandera por la patria; "tu eres mi alegría" por "la causa de ella"; leo a Virgilio; etc.

Entre los **tropos de sentencia,** es decir en que se traslada el sentido no de una palabra, sino de una expresión, debemos contar además de la alegoría ya mencionada, la ironía y la hipérbole.

Por la **ironía** damos a una frase un sentido enteramente opuesto a su sentido natural, esto es, queremos decir todo lo contrario de lo que decimos: así diremos de un mal poeta, es un Homero; a quien cometa una cobardía: valiente te has mostrado hoy. Cuando la ironía toma un carácter de burla o insulto se le llama **sarcasmo**: v. g. el que los judíos dirigían al Salvador en la cruz: Tú que puedes destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días, baja de la cruz y creeremos en ti. El que salvaba a los otros no pudo salvarse a sí mismo.

La **hipérbole** o (exageración) es, como su nombre lo indica, el usar de expresiones que a la letra significan más de lo que queremos expresar: v. g. Llenó la tierra con la fama de su nombre.

Algunos tienen a la ironía y a la hipérbole como verdaderas figuras de pensamiento, por cuanto realza la idea dándole énfasis o expresión inten-

sa; no sólo sirven para expresarse con calor, sino también dan belleza y colorido al estilo.

LECCION XIII.

FIGURAS DE DICCION.

Dijimos en la lección XI que el lenguaje figurado comprende los tropos y las figuras; estas pueden dividirse en figuras de palabras y de pensamientos; las últimas pueden ser lógicas y patéticas. Hablaremos suscintamente de estas tres clases de figuras.

Las figuras de palabra (llamadas por algunos "elegancias del lenguaje"), son ciertas formas puramente externas de expresar el pensamiento, en las que éste aparece más bello o gana en fuerza y vigor, por el uso de ciertas voces o por el modo de colocarlas. En estas figuras, variada la forma externa con que se expresa la idea, se quita la figura; no así en las de pensamiento, en las que aun variada la forma externa, permanece la figura.

Dividiremos estas figuras en tres clases subdividiendo la última, en la forma siguiente: Figuras de dicción: A) por adición o supresión; B) por repetición; C) por combinación: a) de sonidos, b) de accidentes gramaticales, c) de significado.

Ponemos sus nombres con algún ejemplo que aclare lo que significan.

A) Por adición o supresión. La **asíndeton,** suprime las conjunciones; v. g.

Acude, acorre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano.....
(Fray Luis de León)

La **polisíndenton,** multiplica las conjunciones; v. g.

Y el Santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro, y el caballo y caballero. (Herrera).

Epíteto. Un adjetivo no necesario para expresar la idea, pero sí para darle fuerza o belleza se llama **epíteto;** v. g. la blanca azucena, los altos montes, los hondos bajeles. Uno de los razgos que distinguen a los buenos escritores es la acertada selección de epítetos.

B) Por **repetición.** La **repetición;** v. g.: Nada haces, nada tramas, nada

piensas, que yo no lo sepa. Suele dársele a la repetición otros nombres según el modo o forma de repetir una o varias palabras; v. g.: **Reduplicación:** Marte, Marte enemigo de los hombres. **Concatenación:** La envidia engendra el odio, el odio produce la injuria, la injuria origina la venganza y la venganza produce la muerte. **Epanadílosis:** Crece el éspanto y la tormenta crece.

C) Por **combinación:** a) de sonidos como la **aliteración** y la **asonancia:** b) de accidentales gramaticales, como la **derivación;** (vanidad de vanidades) y la **similicadencia;** c) de significación, como la **sinonimia** o uso de dos palabras sinónimas: Te odio y te detesto.

LECCION XIV.

FIGURAS DE PENSAMIENTO. DESCRIPTIVAS. O PINTORESCAS.

Las figuras de pensamiento se subdividen en pintorescas, lógicas y patéticas, según que predomina en ellas la imaginación, el talento o los afectos. Las primeras son más propias para pintar o dar a conocer los objetos o asuntos; las segundas para razonar y convencer; las terceras para conmover y persuadir. Pondremos los nombres de las principales, con algunos ejemplos.

Figuras **descriptivas** o **pintorescas:**

La **descripción** pinta los objetos materiales, paisajes, etc.

La **narración** cuenta o refiere sucesos. Para que una y otra sean figuras es preciso que sean tan vivas, que los objetos o personas reaparezcan, por decirlo así, en nuestra mente, como si los viéramos, y un pintor o dramático pudiera trasladarlos al lienzo o a la escena.

La descripción puede tener diversos nombres: **Hipotiposis,** es una descripción viva y rápida; y **Diatipósis,** otra más extensa y tranquila.

Topografía: descripción de lugares. **Prosopografía:** descripción del exterior de una persona. **Etopeya:** descripción de las cualidades morales de una persona. **Carácter:** descripción de las cualidades de un pueblo. **Retrato:** descripción extensa de una persona en su físico o en sus caracteres morales. **Paralelo:** descripción de dos personas, contraponiendo la una a la otra.

Fácilmente pueden hallarse modelos de estas figuras descriptivas, en en todos los buenos autores. Búsquense, v. g., en la breve y hermosa narración de Fernán Caballero, titulada "El entierro de un niño en la sierra." (1)

Podemos contar también entre las figuras pintorescas, porque ayudan o realzan la descripción, las siguientes:

Perífrasis o rodeo: expresa una idea simple por medio de otras accesorias. Ejemplo: Horacio expresó esta idea: "Todos hemos de morir", diciendo: La muerte pulsa con igual paso las cabañas de los pobres y los palacios de los ricos.

Enumeración: aclara o amplifica una idea expresando rápidamente las partes que encierra; v. g. Todas las creaturas me dicen, oh Señor, que te ame .....La hermosura de los cielos, la claridad del sol y de la luna, la refulgencia de las estrellas..... (Diego de Estrella.)

Comparación o símil: aclara o realza un objeto, expresando la semejanza que tiene con otro. Ejemplo:

Como el almendro florido
Has de ser con los rigores:
Si un rudo golpe recibe
Suelta una lluvia de flores.

Antítesis: contraposición de ideas o palabras para realzarlas más. Si esa oposición de ideas se aplica a un mismo objeto, resultando absurdo aparente, tendremos la **Paradoja.** Ejemplos:— Mira el avaro, en sus riquezas pobre.—Sin temor, sin orgullo; con humilde osadía.....

LECCION XV.

FIGURAS DE PENSAMIENTO.—LOGICAS.—PATETICAS.

Las principales **figuras lógicas** son:

Sentencia: reflexión profunda expresada breve y enérgicamente: v. g. Massillón después de dirigir una mirada al féretro de Luis XIV, exclamó: Sólo Dios es grande.....

Epifonema: exclamación sentenciosa con que se concluye un discurso o narración v. g. Lope de Vega concluye un soneto con este verso: ¡Qué tanto puede una mujer que llora!

(1) Puede verse en el Apéndice.

Dubitación: manifestar una duda que no existe: v. g. ¡Oh Dios mío! ¿Cantaré con torpe lengua tu gloria sublime, o callaré, hundiendo mi frente en el polvo?

Concesión: conceder gratuitamente una cosa para sacar partido de ella. Ojos claros serenos; ¿Porque a mí solo me miráis airados?.... Ya que así me miráis, miradme al menos. (Cetina.)

Corrección: sustituir una idea por otra que la corrija; v. g. Ovidio desterrado, escribe a César: Dadme la vida, si es que vivir puede quien ya murió para la dulce patria.

Gradación: presentar varias ideas en orden de su importancia; v. g. Cicerón, cónsul, dice a Catilina, conjurado: Nada haces, nada tramas, nada piensas, que yo sólo lo sepa de oídos, sino lo vea y hasta lo palpe.

Atenuación: disminuye aparentemente lo que se quiere hacer resaltar; v. g.: Un pastor que se jactaba de su hermosura: No soy tan feo; me ví hace poco en el espejo de las aguas. (Virgilio).

Preterición: decir que se omite algo para acentuarlo más; v. g.: No quiero llegar a las menudencias, conviene a saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo de su vestido....(Cervantes).

Reticencia: suspender violentamente una frase, para que el oyente supla con ventaja su conclusión; v. g.: Neptuno, amenazando a los vientos conjurados contra Eneas, les increpa: Quos ego....sed....etc. ¡Veréis como.... Pero antes aplaquemos las olas. (Virgilio.)

Las principales **figuras patéticas** son:

Apóstrofe: consiste en desviar del auditorio la palabra, dirigiéndola a otras personas u objetos. Ejemplo: la oda que Lista dirige a Jesús moribundo, contiene frecuentes apóstrofes: v. g. ¡Cesad, crueles judíos!.....Abre tu seno, oh tierra; rasga oh templo tu velo.....

Histerología: trastornos del orden lógico de las ideas: v. g. Muramos y arrojémonos en medio del combate. (Virgilio.)

Dialogismo: Dan voces contra mí todas las creaturas.....: la tierra dice ¿Porqué le sustento? el agua dice ¿Porqué no lo ahogo? (Granada.)

Imposible: —¿Hasme de olvidar, D. Juan?
—Antes, Julia, olvidarán
Las estrellas su carrera. (Alarcón.)

Exclamación: su nombre indica su significado; mas para que sea figura ha de ser oportuna y vehemente. Se mezcla con frecuencia con las siguientes figuras:

Interrogación: ¡Ay! quien podrá mirarte?
Optación: expresa un deseo ardiente.
Imprecación: deseo de castigo o mal.
Deprecación: súplica ferviente.
Conminación: amenaza de un mal o castigo.
Obstestación: poner por testigos de lo que se dice a los seres animados o inanimados.

Podrán buscarse modelos de todas las **figuras patéticas** en la arrebatada Oda de Alberto Lista, ya mencionada, titulada: "A la muerte de Jesús." (1).

LECCION XVI.

IMAGENES.

En la literatura se llama **imagen** a la expresión razonable de una idea insensible por otra sensible que la sustituye y que se distingue por su belleza o gracia; o bien de una idea sensible por otra que impresione mas gratamente a los sentidos. Muchas veces la imagen se expresa por un epíteto que no comprende en su sentido propio a la cosa a que se aplica, sino a otra cosa que guarde con aquella alguna relación: v. g.: mortecina luz: el soñoliente sauce. Decimos **razonable,** porque entre las ideas que se sustituyen ha de mediar cierta relación que justifique esa sustitución. En las comparaciones y metáforas, si han de ser dignas y ennoblecer el estilo, casi siempre hay imagen. Por esa calidad de la imagen de embellecer el estilo, es ella un elemento valiosísimo e indispensable en la poesía, como veremos después.

La relación que media entre las ideas primitivas y la imagen debe ser real, no arbitraria ni fingida; pero puede ser más o menos remota: la misma distancia puede dar interés a la imagen, por cuanto nos complacemos en hallar la relación con tal que esta exista y sea bien perceptible. A veces se establece entre dos objetos o ideas, no sólo una relación, sino varias, para multiplicar la amplitud de la visión sintética a medida de la multiplicidad de las relaciones: entonces la imagen o metáfora toma el nombre de **multiple.**

La imagen viene a ser una idea añadida a otra idea, o que la sustituye.

(1) Puede verse en el Apéndice.

Con frecuencia se sustituyen: a) sensaciones de diversos sentidos, v. g., acústicas por oculares; por ejemplo: El jardín estaba de fiesta y cantaba con los vívidos colores de sus inumerables flores; b) ideas estáticas por dinámicas, o al contrario: por ejemplo: Ante nuestra marcha se iban alzando los montes, apresurándose a cerrarnos el paso; c) se atribuyen propiedades de cosas animadas a seres inanimados, o viceversa, en el primer caso se verifica una verdadera personificación; por ejemplo: Respiraba el mar, monstruo inmenso, levantando a compás su ingente seno.

Con más razón hemos de decir de las imágenes lo que se ha dicho de las metáforas, que deben evitarse las oscuras, indecorosas o deprimentes de la idea; por el contrario, búsquese en las imágenes el decoro, la oportunidad, la claridad y la belleza, la naturalidad y frescura. El **modernismo** (1) abusa inconsideradamente de las imágenes.

Ejemplos de imágenes: Había unido la suerte a aquellas dos almas tan diferentes: la una generosa e ingenua, siempre abierta como un templo; la otra torva y egoísta, siempre cerrada como una cárcel. —En medio del tumulto de la ciudad que se afana por lo de abajo se levanta la torre de la Iglesia como un dedo que señala al cielo. —Los claveles de la terraza, al calor de la tarde, inclinaban suavemente sus corolas, como si les doliera la cabeza de tanto perfume. (Pensamientos extractados de Fernán Caballero.)

LECCION XVII.

ESTILO.

Los antiguos llamaban **estilo** al punzón de que se servían para grabar sobre tablillas revestidas de cera las letras y signos de la escritura. De aquí se trasladó la voz **estilo** a significar las dotes generales que caracterizan a un escrito o a un escritor. Cada escritor tiene su modo especial de expresarse correspondiente a sus dotes naturales, a su talento e imaginación, y a su educación y cultura. En sus escritos se manifiesta la fisonomía mental y espiritual de cada individuo; y por esto suele repetirse el dicho de Buffón: El estilo es el hombre. Vería además el modo de escribir según la materia de que se trata, y las especiales circunstancias en que se habla o escribe. Así de distinta manera hablamos ante un público ilustrado y

(1) Llámanse con ese nombre a ciertas tendencias viciosas de la literatura en nuestros días.

culto, que en la intimidad de una conversación; de distinto modo se escribe un discurso, que una carta.

No es lo mismo lenguaje que estilo, porque el lenguaje se refiere regularmente a la forma externa del pensamiento que se expresa; mientras que el estilo abraza también la forma interna, y los rasgos particulares que da a una u otra forma la individualidad del que habla o escribe, la materia y las circunstancias del discurso. El estilo, según lo dicho, puede considerarse subjetiva, objetiva o formalmente.

El estilo **subjetivamente** considerado, es el modo de hablar propio de cada individuo, resultante de todo lo que forma su personalidad: sus dotes particulares, su modo de pensar y enlazar sus pensamientos, su educación, cultura, etc. Los buenos escritores y hablistas son los que han llegado a expresarse de un modo propio suyo, cualquiera que sea la materia y circunstancias de su producción: se dice que tienen estilo. Es necesario esforzarse por adquirir un estilo propio, uniforme, expresivo de la propia fisonomía espiritual.

Para esto es necesario, aparte de la cultura intelectual y moral, el ejercitarse en pensar bien, eslabonar perfectamente los pensamientos y expresarlos con la convicción y el calor, la fuerza y el colorido con que se piensan y se sienten. El ejercicio es indispensable para formarse estilo.

El estilo **objetivamente** considerado, adquiere rasgos particulares según la materia de que se trata; y así se distingue el **estilo oratorio, poético, narrativo, epistolar, didáctico,** etc., según la forma particular que toma a causa del fin especial del discurso escrito.

Podemos también distinguir un carácter del estilo, que llamaremos **formal,** según el tono o la mayor o menor abundancia de adornos de un discurso hablado o escrito; y entonces lo clasificamos en algunos de estos tres: **llano, medio y elevado;** o sencillo adornado y magnífico. Las mismas denominaciones dispensan de una explicación ulterior. Otras denominaciones, como las de bello, florido, gracioso, sublime, que puede tomar el estilo según el tono dominante de la composición, fácilmente pueden reducirse a alguna de las tres enunciadas.

Finalmente, puede darse al estilo otros nombres según dotes accidentales de fondo o de forma, como estilo vivo, patético, cortado, periódico, lacónico, difuso, etc.

LECCION XVIII.

ARMONIA DE LA FORMA. ARMONIA IMITATIVA. RITMO.

Dijimos en la lección IX que una de las cualidades de la elocución es la armonía en la forma puramente externa de las expresiones. Esta armonía resulta primeramente del uso de las palabras más o menos suaves o ásperas, por razón de las letras de que se componen; después, de la buena combinación de esas palabras en la frase, y finalmente de la buena distribución de los acentos y las pausas. Inútil y difícil sería dar reglas para conseguir esa armonía, que más bien que analizarse, se perciba y se gusta; sólo diremos que conviene formarse cada cual el **oído** con la lectura melódica de los buenos autores, y ejercitarse en la producción de esa armonía al hablar o escribir.

Aparte de la armonía externa, hay la más recóndita que resulta de la proporción entre el pensamiento y la palabra que lo expresa; cuando se logra esa expresión de un modo sensible y evidente, decimos que hay **armonía imitativa,** u onomatopeya. De esta manera se puede imitar el sonido, el movimiento, los sentimientos del ánimo, etc. Pondremos algunos ejemplos.

Rompa el cielo en mil rayos encendido,
Y con pavor horrísono cayendo,
Se despedace en hórrido estampido. (Herrera.)

Venid y os bañaréis en la armonía
Del dulcísimo nombre de María. (Zorrilla.)

El dulce lamentar de dos pastores. (Garcilaso.)

Llámase **melodía** a la armonía que resulta de la buena sucesión de los sonidos; **ritmo,** a la que resulta de la buena distribución de las pausas y de los acentos. Si pausas y acentos están distribuidos con cierta libertad, pero con tal acierto que la frase o período resulte melódica, el ritmo se llama **número,** y es propio de la prosa; así decimos de un período que es **numeroso.** Si pausas y acentos están distribuidos con regularidad, el ritmo es más propio del verso; para que éste resulte se necesita además que las frases estén divididas en grupos de palabras, los cuales consten de un número determinado de sílabas.

LECCION XIX.

VERSO.

Llamamos **versos** a grupos de palabras, de cierto número de sílabas y caracterizados por cierta colocación de los acentos que los hacen armoniosos. Dos son pues los elementos esenciales de un verso: **ritmo** de acentos, y el **ritmo** de media o sea cierto número de sílabas.

Llámase **arte métrico** o **esticología** a la parte de la literatura que estudia las leyes que rigen el verso castellano y las combinaciones más usadas de versos.

Medir un verso es ver si **consta,** es decir, si tiene el debido número de sílabas y la debida colocación de acentos.

Si el verso termina en voz aguda, se le cuenta una sílaba más; si en voz esdrújula, una menos. Al medir un verso hay que tener en cuenta la **sinalefa,** que es la elisión de una sílaba cuando la palabra termina por vocal y la siguiente principia también por vocal o "h" muda; v. g.: **alma fuerte** son cuatro sílabas; **alma ardiente** son cuatro sílabas; **alma heroica** son también cuatro sílabas.

Aunque el diptongo tiene una sola sílaba, por licencia poética llamada **diérisis** puede dividirse en dos: **Senda suave,** cuatro sílabas; **senda süave** cinco sílabas. Por el contrario, por **diástole** puede formarse una sílaba de dos vocales seguidas que no forman diptongo: v. g. **León rugiente** cinco sílabas; **leon rugiente** cuatro sílabas; **día feliz,** cuatro sílabas; **dia feliz,** tres sílabas. Estas licencias deben usarse con mucha parsimonia.

El otro elemento esencial del verso es el acento. Aunque tenga el grupo de palabras el número fijo de sílabas requeridas, no será verso si el acento no le da su armonía. Así por ejemplo:

"El dulce lamentar de dos pastores"

es un verso de once sílabas;

"El lamentar dulce de dos pastores"

es una frase de once sílabas, pero no es verso, porque le falta el acento.

Llámanse acentos rítmicos, los que dan al verso su sonoridad: entre ellos, además del final, suele haber uno **preponderante:** v. g. en el verso antes dicho, el acento rítmico preponderante está en la palabra **lamentar.**

El elemento accidental del verso es la **rima.**

Llámase **rima** la desinencia igual o semejante de dos o más versos. Si dos versos tienen letras iguales desde la letra que lleva el acento final, son **consonantes;** si sólo tienen vocales iguales, son **asonantes.** V. g.

Consonantes: Ayer murió Labastida:
Lo mejor que hizo en su vida.

Asonantes: Ayer Murió Margarita:
Lo mejor que hizo en su vida.

La consonancia se llama también rima perfecta; la asonancia, imperfecta.

Los versos que no llevan rima se llaman **libres** o **sueltos:** sólo se usan todos libres en una composición, los de once sílabas. Los versos que carecen del número de sílabas idéntico entre sí, carecen del ritmo particular que del dicho número resulta y por esto no pueden llamarse versos, aunque la buena distribución de pausas y acentos y tal vez la rima les de cierta armonía.

LECCION XX.

VERSIFICACION.

Los versos castellanos se clasifican por su número de sílabas. Los hay usados desde tres hasta dieciséis sílabas. Los de tres hasta nueve sílabas suelen llamarse "de arte menor"; los restantes "de arte mayor"; los de siete "heptasílabos; los de ocho "octosílabos". Los versos de diez sílabas pueden ir divididos (bipartitos) en dos de cinco, o bien en uno de cuatro y otro de seis sílabas: esta última forma es muy usada en los himnos. Los versos de doce pueden también dividirse en dos hemistiquios de seis sílabas, o en uno de siete y otro de cinco. Cuando un verso de once sílabas se divide en dos, uno de cinco y otro de seis, se le llama "sáfico" También se dividen en partes iguales los versos de catorce sílabas que suelen llamarse "alejandrinos. Analizándolos se verá que todos los versos de más de once sílabas son compuestos de versos de arte menor.

Es inútil y fastidioso el precisar las sílabas en que deben colocarse los acentos en cada clase de versos para que suenen; lo mejor es formarse el "oído" leyendo anteriormente los buenos modelos.

Para conocer perfectamente la métrica y la estructura de los versos castellanos, puede leerse y estudiarse la composición polimétrica de Ger-

trudis Gómez de Avellaneda, titulada: "La noche de insomnio y el alba", en que se usan todos los versos desde tres hasta dieciséis sílabas. Puede aprenderse en ella no sólo la diversa medida, sino también la colocación de los acentos en los diversos metros, y la adaptación de cada uno de ellos para expresar, con más propiedad que otros, determinados afectos o estados del ánimo.

El verso endecasílabo es el que admite entre todos la mayor variedad de acentos, y así por su extensión como por su estructura, se le puede dar mayor sonoridad y expresión; por lo mismo es el más propio para las composiciones graves; así como los versos de siete y ocho sílabas son los más propios para los temas ligeros; por esto, tanto aquél como éstos son los más usados en castellano.

Regularmente se usa de un solo metro en cada composición; pero a veces se combinan dos o varios metros. También se combinan versos de una o de varias medidas en grupos idénticos; estudiaremos los principales en la lección siguiente.

Ejemplos de 10 sílabas
¿Quieres decirme, zagal garrido
Si en este valle saliendo el sol
Viste a la hermosa Dorila mía
Que fatigado buscando voy? (Moratín)
Mexicanos al grito de guerra, etc.

Ejemplos de 12 sílabas.
Sentado el monarca glorioso de Egipto
En trono de nácar y de oro luciente.....(Carpio)

LECCION XXI.

COMBINACIONES METRICAS.

Como ya dijimos, llámanse **combinaciones métricas** a las diversas maneras de mezclar los versos de igual o desigual medida, y de usar entre ellos la rima. Los grupos de igual o desigual número de versos y de igual rima se llaman **estrofas** o **estancias.** Las combinaciones usadas en castellano son sumamente variables. Actualmente los poetas combinan los versos a su gusto con suma libertad. Nos contentaremos con anunciar las combinaciones que reciben nombres especiales. Las hay de versos consonantados y asonantados. He aquí las principales de consonantados.

Pareados o **dísticos,** son dos versos, regularmente edecasílabos o de arte mayor, consonantados: Ejemplo:

¿No vísteis las sonrisas de la mañana?
Entre nubes y encajes, entre oro y grama,
El sol que de los mares limpio surgía
Derramaba a torrentes luz y alegría.

El verso pareado es de poco uso y en composicones largas monótono.

Tercetos son estrofas de endecasílabos consonantados el primer verso con el tercero, y el segundo con el primero del siguiente terceto, y así sucesivamente. Una composición en tercetos se termina con un cuarteto para que no quede ningún verso libre.

¿Porqué tanto callar? ¿Porqué no mojas
La pluma ya, ni tiñes cual solías
De albo papel las perfumadas hojas?
Una tras otra van las cartas mías
Hasta tu hogar en vano. Ni un saludo
Al fiel amigo por respuesta envías.

(I. Montes de Oca.)

Cuarteto es una combinación de cuatro versos endecasílabos, concertados el primero con el cuarto y el segundo con el tercero: v. g.

¡El mar, el mar! con que placer respiro
Del fresco mar la perfumada brisa.
Juega en mis labios plácida sonrisa
Cuando sus olas levantarse miro.

(I. Montes de Oca.)

Si los versos del cuarteto están concertados el primero con el tercero y el segundo con el cuarto, el cuarteto se llama **serventesio:** Ejemplo:

Angel naciste en el hispano suelo,
Angel subiste al trono de Castilla;
Y tu virtud te conquistó en el cielo
Junto al trono de Dios eterna silla.

(B. S. Castellanos.)

El **quinteto** combina cinco versos endecasílabos con dos consonantes; y el **sexteto,** seis, concertando el tercero con el sexto regularmente agudos, y los otros pareados. También se juntan para formar un sexteto (llámanle sexta rima) un cuarteto y un pareado.

¡Vuelve! tu sombra en el océano impera;
No hay tempestades, el océano calla:
El te conoce ya como si fuera
Tu bridón generoso de batalla.
¿No fué éste el voto que elevaste al cielo
Allá en las noches de tu inmenso duelo?

(García Tasara).

La **octava real** consta de ocho versos endecasílabos, los seis primeros con sólo dos consonantes alternados, y los dos últimos formando un pareado. Ejemplo:

Fué tu existencia como el aura suave,
Pasó sin ruido por el triste suelo,
Como la blanca estela de la nave,
Cual la línea que forma con su vuelo
Sobre el tendido firmamento el ave:
Así pasaste de la tierra al cielo,
Dejándola bañada en armonía
Los ecos de tu dulce poesía.

(E. Moréu.)

La **octava real** se usa en composiciones de alto vuelo, y en los poemas épicos.

Cuartilla o **redondilla** es una estrofa de cuatro versos octosílabos. Ejemplo:

El ángel con blanco arrullo
Del niño la cuna mece;
El ángel rosa parece.
Y aquel niño su capullo.

(Saj)

Quintilla:

Pierde el niño la inocencia
Del placer corriendo en pos,
Y le grita la conciencia:
Buscar la dicha es demencia
Si no la buscas en Dios.
La piedra que al mar se lanza

Al fin descansa en el fondo
Mas del hombre es la esperanza,
Mientras más goces alcanza
Halla siempre un mar más hondo.

(Saj)

Octavilla:

Cuando en medio de la noche
Muy oscura, muy oscura,
De los vientos la bravura
Me hacen de miedo temblar,
Yo acudo a ti, y de repente
Se disipan las tinieblas,
Y una luz borra las nieblas:
Es la estrella de la mar.

Décima:

¡Treinta años! ¿Quién me diría
Que tuviese al cabo de ellos,
Si no blancos mis cabellos,
El alma apagada y fría?
Un día tras otro día
Mis existencias han consumido,
Y hoy asombrado, aturido,
Mi memoria se derrama
Por el ancho panorama
De los años que he vivido.

(Nuñez de Arce)

Soneto: Como combinación métrica consta de catorce versos distribuidos en dos cuartetos de consonantes idénticos, y dos tercetos enlazados por algún consonante. Pondremos como ejemplo el conocidísimo de Lope de Vega, porque contiene las reglas del soneto.

Un soneto me manda hacer Violante,
En mi vida me he visto en tal aprieto;
Catorce versos dicen que es soneto:
Burla burlando, van los tres delante.
Yo pensé que no hallara consonante,

Y estoy en la mitad del otro cuarteto;
Mas si me hallare en el primer terceto
No hay cosa en los cuartetos que me espante.
Por el primer terceto voy entrando,
Y aun presumo que entré con pié derecho
Pues fin con este verso le voy dando.
Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
Que estoy los trece versos acabando;
Cuenten si son catorce, y ya está hecho.

Silva es la cobinación de versos endecasílabos y heptasílabos consonantados al arbitrario del poeta, y no divididos en estrofas o grupos regulares. Admite algún verso libre. No deben multiplicarse mucho los mismos consonantes.

LECCION XXII.

COMBINACIONES METRICAS.

(Conclusión)

Muchos usaron los clásicos del siglo XVI y se ha seguido usando hasta nuestros días la combinación de endecasílabos y eptasílabos en estrofas de cuatro, cinco o seis versos. En la forma siguiente la llamaron **lira.**

¡Que descansada vida
La que huye del mundanal rüido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.

(Luis de León.)

Las otras combinaciones de esta clase suelen llamarse **estancias líricas.** Ejemplos:

Alaba, oh alma, a Dios. Señor, tu alteza
¿Qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza
Y luz resplandeciente. (Fray Luis de León).

Doquiera que los ojos

Inquieto torno en cuidadoso anhelo
Allí, gran Dios, presente
Atónito mi espíritu te siente. (Melendes Valdés.)

Llámanse versos **sáficos** los endecasílabos que tienen el acento preponderante en la cuarta, y **adónicos** los de cinco sílabas que llevan acentuada la primera: suelen combinarse unos y otros, con el nombre de **sáfico-adónicos,** en la forma siguiente:

¡Cuánto te envidio, trovador ilustre,
Al ver que pulsas tu sonora lira,
Y que te inspira melodioso cantos
Dócil Apolo!

¡Cuánto te envidio! con sus dulces aguas
Aún te brinda la castalia fuente,
Y orna tu frente sin jamás secarse
Délfico lauro. (Montes de Oca).

Estas estrofas van libres de rima; pero, como puede notarse en el ejemplo, algunos riman graciosamente el segundo verso con el primer hemistiquio del tercero.

La rima imperfecta o asonancia se asu en algunas combinaciones formando estrofas asonantadas, como las coplas y seguidillas. Las primeras son curtetos de siete u ocho sílabas y dispuestas para el canto. v. g.:

Copla: Estrellita de mi cielo
No te vayas a apagar:
Cariñito de mi madre
No me vayas a olvidar.

Como ya hemos dicho, otras mil combinaciones pueden hacerse con los versos consonantados o asonantados; pero siempre debe tenerse en cuenta al usarlas el buen gusto y la armonía con el tono de la composición.

Segundilla: Dijo la zorra al busto
Después de olerle:
Tu cabeza es hermosa,
Pero sin seso.
Así hay algunos
Que aunque parecen hombres
Sólo son bustos (Samaniego).

Cuando voy a la casa
De mi María
Parece cuesta abajo
La cuesta arriba;
Y cuando salgo
Parece cuesta arriba
La cuesta abajo. X
Nace el alba María
Y el sol tras ella,
Destrerrando la noche
De nuestras penas. (Lope de Vega).

Cuando se usa el asonante en composiciones de alguna extención, regularmente se asonantan los versos pares y se conserva el mismo asonante en toda la composición. Los versos así asonantados, si son de ocho sílabas, suelen llamarse **romance;** si de siete o seis, **romancillo;** si de once, **romance heroico.**

Ejemplos:

Romance: Cubren el sereno cielo
De Génova la soberbia,
Nubarrones que ocultando
Las relucientes estrellas,
Envuelven sus altos muros
En pavorosas tinieblas... (Montes de Oca).

Romance heroico: ¡Corazón, corazón! ¿Porqué del hombre
En el camino infausto te atraviesas
Y le haces olvidar de sus deberes
La que pisara gloriosa senda?
De la adusta razón a los dictados
¿Porqué tan ardoroso te revelas
Y, el amor o la cólera encendiendo,
En amargura los placeres truecas?
(El mismo).

El **verso libre** o suelto, es decir, sin rima, sólo se usa con los endecasílabos: debe procurarse que la buena distribución de pausas y acentos supla en él la melodía de la rima.

LECCION XXIII

DIVERSOS GENEROS LITERARIOS.—HISTORIA.

Hemos estudiado hasta aquí lo que es común a toda obra literaria, a saber: la belleza en sí misma (su esencia), en quién la concibe y la expresa (el artista), en el fondo y forma exterior, (el pensamiento y su expresión ya libre-prosa-ya sujeta a ritmo y medida especial-verso). Ahora debemos estudiar las diversas clases de obras literarias, las cuales, en gracia de la claridad, encerramos en cuatro géneros: género histórico, género didáctico, poesía y oratoria.

Llamamos **historia,** la narración fiel de los hechos pasados. Es manifiesta la importancia de la historia en la cultura y en la vida humana. Cicerón la llama "testigo del pasado, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, pregonera de la antigüedad". Sólo por ella aprovecha la generación presente las experiencias de la humanidad.

La historia es propiamente ciencia, y sólo puede pertenecer a la Literatura cuando por su forma es expresión de belleza. Los antiguos casi siempre escribieron la historia en forma literaria. En la actualidad se atiende más a su fondo de verdad que a su forma atractiva y bella; pero nadie pondrá en duda la importancia que adquiere la historia cuando se la expone con belleza y elocuencia "¿Con qué otra vez mejor que la del orador se inmoraliza la historia?" pregunta Cicerón.

La historia puede ser general o especial según la extensión de la materia; narrativa, si simplemente cuenta los sucesos; pragmática, si se eleva a investigar el enlace de ellos y sus causas; y filosófica, si, reflexionando sobre los sucesos, saca de ellos consecuencias morales, políticas o sociales. La historia particular de una persona se llama **biografía. Memoria** se llama la narración de un suceso a que ha asistido el escritor mismo.

La ley principal de la historia es la verdad; y la que la complementa es la imparcialidad.

Hay obras históricas en el fondo y que en los detalles admiten una forma novelesca; en éstas para que merezcan el título de historias, ni ha de faltar la estricta verdad en lo esencial, ni en la verosimilidad en lo accidental: todos los detalles deben acomodarse al carácter de las personas, de los tiempos y lugares.

Faltar a la verdad por el desplazamiento de un hecho, de su tiempo y demás circunstancias, se llama anacronismo.

Se ameniza la historia por descripciones, anécdotas, episodios y arengas: éstas últimas deben ser o enteramente auténticas, o tan verosímiles que aún en el estilo imitan, a ser posible, el del personaje que las pronuncia.

La historia literaria debe estar llena de dignidad y amenidad, y debe despertar al mayor interés posible. No debe olvidarse el historiador de presentar los hechos en una forma moral y educativa; pues la historia debe ser maestra de la humanidad.

LECCION XXIV.

N O V E L A S.

Por su conexión con la historia pondremos aquí la novela, pues esta puede considerarse como "una historia fingida". Comenzaremos por decir que entran como elementos indispensables en el género histórico o novelezco la descripción y la narración; entendemos por descripción, la pintura de un lugar, objeto, persona, etc., y por narración, la de un suceso o acción: ambos se combinan en la historia o novela, y deben ser claras y bien definidas, interesantes y vivas; debe cercenarse de ellas todo lo inútil, y han de adornarse con arte y buen gusto. Las mejores descripciones son las que pudieran trasladarse al lienzo; las mejores narraciones son las que hieren vivamente la imaginación y dejan honda huella en el alma. El buen escritor, aun a los cuadros más sencillos sabe darles interés y plasticidad.

Novela es la narración de una acción de cierta exténsión, que exita el interés del lector. Llamamos acción a un conjunto de hechos (episodios) íntimamente enlazados y a los que da unidad un hecho principal al que los otros se refieren. La novela se acerca a la historia por lo que narra, y a la poesía porque divierte y agrada: algunos la consideran como una epopeya vulgar, o como un drama narrado, y bajo este aspecto la cuentan entre las composiciones poéticas. Lo que diremos sobre la acción y su desarrollo, los personajes, episodios, etc., del drama, es aplicable a la novela. Sin embargo, la novela dista mucho del drama y la epopeya, por cuanto suele acercarse más a la realidad; admite descripciones y

situaciones más variadas, da ocasión a pintar mejor las costumbres y sentimientos, esto es, la fisonomía moral de un individuo, de una clase social, de un país, de una época.

La novela se escribe regularmente en forma narrativa, pero con frecuencia admite diálogos. El estilo de la novela admite todos los tonos y colores; sólo advertiremos que debe ser consecuente con el tono general de la obra y los fines que se propone el escritor. La novela tiene regularmente alguna extensión; si ésta es pequeña, se le llama novela corta; si es muy breve, cuento.

Hay diversas clases de novelas. Mencionaremos algunas. La novela comenzó por las de caballería que cayeron en desuso desde que fueron ridiculizadas por Cervantes en su inmortal D. Quijote. La novela pastoril trata de asuntos campestres; en la picarezca se hace ya la del ingenio y de cierta velada intención. El romanticismo propagó las novelas pasionales y las de costumbres; éstas son las más usadas y su peligro es el inmoderado realismo y la inmoralidad. En las novelas científicas se divulgan las verdades de orden científico; y en las filosóficas o de tesis, se persigue la demostración práctica de una verdad filósofica o moral. Las largas disertaciones filosóficas o morales son impropias de las novelas; pero no ciertas reflexiones o advertencias sugeridas por la narración.

El novelista de costumbres debe tener finísima observación y buen juicio, y una acendrada moralidad; debe preocuparse, cuando se trata de meros cuentos fantásticos, de la verdad de su narración, no en los hechos que cuentan, sino en los caracteres y costumbres que pinta. La novela es un retrato psicológico moral; en este sentido se ha dicho que es más veraz que la historia. Pero no debe perderse de vista su fin principal: la enseñanza y moralización.

LECCION XXV.

GENERO DIDACTICO.

Llámase género didáctico o didascálico al conjunto de obras literarias que tienen por principal objeto enseñar.

Compréndese desde luego que para que las obras didácticas puedan llamarse literarias, tienen que huir de la forma rigurosamente científica de aquellas en las que se expone la teoría escueta y sin forma que la

embellezca. La obra científica sólo busca enseñar, mira al fondo sin preocuparse para nada de la forma; la obra literaria didáctica, aunque se propone enseñar, quiere también agradar y se preocupa también por la forma: "Miscuit utile dulci, lectorem delectando pariterque monendo" mezcla lo útil y a lo dulce, deleitando al lector a la vez que le enseña (Horacio). El carácter propio de esas obras es la enseñanza, aunque secundariamente busquen el agrado y la persuación, tocando por este lado el género poético o el oratorio. El objeto principal y común de dicha enseñanza suelen formarlo materias filosóficas, apologéticas, sociales o morales; pero no excluye aun las ciencias más positivas que pueden alguna vez tratarse en forma literaria.

Esta clase de obras pueden escribirse en versos, y aun tener un caracter pronunciadamente poético, como la Epístola a los Pisones de Horacio o el Arte Poético de Martínez de la Rosa; pero regularmente se escriben en prosa. Pueden presentarse en forma expositiva, o en forma dialogada, y hasta en forma epistolar. Los diálogos de Platón son obra filosófica en forma dialogada con una gran dosis de poesía que en nada ofusca la profundidad del pensamiento. La fuerza poética y la oratoria brillan en las obras de muchos grandes pensadores, como S. Agustín, Bossuet y Balmes.

Distinguimos en las obras didácticas los tratados elementales, los comunes y los magistrales, según la mayor o menor extensión y profundidad de la exposición de las verdades de que traten. Llámanse disertaciones ciertos discursos que tienen por objeto la exposición o defensa de una o varias verdades. Conferencias son discursos de la misma índole, con cierto carácter de intimidad. También pertenecen a este género muchos artículos de periódicos y otras obras menores que exponen o enseñan.

El estilo debe adaptarse en cada obra a su mayor o menor elevación, a las personas a quienes se dirige y a las demás especiales circunstancias; pero en general diremos que debe procurarse en las obras didácticas la claridad nítida del pensamiento, sin que lo ofusquen, antes lo realcen, las ideas accesorias y la forma literaria. Deben evitarse los extremos de la demasiada concisión o difusión, que perjudican a la claridad. A la sencillez propia de esta clase de obras se opone el estilo sobrecargado de adornos y el rebuscamiento de palabras, expresiones o imágenes. En cuanto el tecnicismo, úsese sólo con sobriedad teniendo en cuenta la clase de personas a quienes la obra se dirije. Nunca se descuide la corrección.

Nuestra literatura posee grandes tesoros literarios en este genero, sobre todo en las obras religiosas y morales de los grandes escritores del llamado siglo de oro de las letras castellanas.

Deben incluirse en este género las cartas o epístolas literarias o científicas, y en el anterior las narrativas o descriptivas. En unas y otras debe sobresalir la sencilla naturalidad y evitarse la ampulosidad y la afectación. El estilo epistolar se acerca mucho al familiar pero no está reñido con la exquisita corrección y aun con cierta elegancia y buen gusto.

LECCION XXVI.

POESIA.

En general entendemos por **poesía** " La concepción ideal de la belleza, expresada en forma artística"; y por obra poética "Aquella obra literaria que tenga por fin propio e inmediato dicha expresión".

Como toda obra literaria, según hemos dicho, debe expresar la belleza, de la definición de poesía se infiere que en toda obra literaria entra en alguna proporción el elemento poético; pero sólo en la obra poética entra ese elemento como fin primario, o sea sin subordinarse primariamente a otro fin. Digo primariamente, porque de un modo secundario puede subordinarse a un fin educativo, moral, religioso, etc.

Aristóteles hacía consistir la poesía en la imitación de la bella naturaleza; Platón en el entusiasmo; otros en la ficción, o sea combinación imaginaria de diversos elementos de belleza. Horacio da el nombre de poeta a quien posee talento (ingenium), inspiración (mens divinior) y magnífica manera de expresarse (os magna sonaturum). Finalmente Blaire, reuniéndo los elementos de estas difiniciones, dice que la poesía es "El lenguaje de la pasión y de la imaginación animados, formado por lo común en números regulares".

Aunque el verso no es esencial a la poesía, por cuanto puede haber forma artística sin él, sin embargo es su lenguaje más propio por ser la forma de expresión más artística.

Poeta, etimológicamente quiere decir creador, y le conviene este nombre con más propiedad que a los demás artistas, porque es de su dominio la forma más propia y adaptada para expresar la belleza ideal, que es

la palabra. Los antiguos llamaban a los poetas **vates** o inspirados, y **numen** (divinidad) al espíritu que suponían les inspiraba: lo cual prueba la estimación en que les tenían.

El objeto de la poesía es no sólo proporcionar al hombre el placer más puro, sino también elevarlo y dignificarlo; además puede hacérsela servir a ulteriores fines. Como ya hemos dicho al hablar del arte, tampoco la poesía puede desentenderse nunca de las reglas de la moral y de la última finalidad a las que están sujetas todas las facultades humanas.

¿Qué es lo que constituye la poesía? ¿Qué facultades humanas la producen? La fuerza y la agudeza del ingenio, una delicada sensiblidad, y una brillante fantasía, dominadas todas por esa fuerza creadora de combinación que es la que más distingue al verdadero poeta. Verdad es que todos estos dones son naturales, pero deben perfeccionarse con el ejercicio y el arte.

LECCION XXVII.

Lenguaje Poético—Licencias—Diversas Especies de Poesía.

Suele llamarse **lenguaje poético** a la agradable forma fundamental de que se reviste el pensamiento, forma que por sí misma es una belleza y por lo mismo es propia de la poesía y un elemento de ella; consiste en imágenes, epítetos, perífrasis y otras figuras principalmente descriptivas, lo mismo que en la selección de voces y armonía de palabras y frases independiente del verso.

El lenguaje poético permite ciertas libertades que no son de aprobarse en la prosa, y que suelen llamarse **licencas poéticas.** Tales son entre otras, a) el uso de las voces particularmente reservadas a la poesía, v. g. límpido, almo, riente; b) ciertas alteraciones morfológicas, como hora por ahora, **infelice** por infeliz; c) más libertad en el uso del hipérbaton, v. g.

Los árabes y Egipto fabuloso
En servidumbre dura
Cayeron y opresión.....(Moratín)

d) Algunas alteraciones gramaticales

En medio (de) **las** aguas.....
Ya el sepulcro abre sus mármoles
a (para) recibirme.....(Moratín).

Con todo no debe abusarse de estas licencias sino emplearselas con discernimiento y buen gusto.

Comunmente se divide la pesía en tres subgéneros o especies a saber: la poesía **lírica,** la **épica** y la **dramática.** En la primera el poeta expresa sus propios pensamientos y afectos, y llámase por esto **subjetiva.** En la segunda el poeta se refiere a las entidades o acciones exteriores reales o fingidas, las describe o cuenta enalteciéndolas y gustando o haciendo gustar de sus encantos; y por esto se llama **poesía objetiva.** La tercera es la representación actual de una acción: los personajes que se introducen en ella, hablan y expresan sentimientos, y por esto tal género de poesía es mixta o sea subjetiva y objetiva a la vez.

En estas tres clases de poesía podremos comprender todos los poemas adjudicándolos a una de ellas, según el carácter que prevalezca en cada cual, aunque no siempre se encuentre bien delinéado ésé caráctér.

LECCION XXVIII.

POESIA LIRICA.

Llámase **lírica** a la poesía del primer género o subjetiva, porque primitivamente los poetas solían cantar al són de la lira, y sus cantos ordinariamente expresaban sus propios sentimientos. El objeto de la lírica es tan vario como los sentimientos humanos con que expresa el poeta su propia vida íntima, su manera de estimar y sentir las acciones humanas desde las ínfimas hasta las heroicas, los pensamientos o afectos que le inspira la naturaleza, etc. En todo lo que puede concebir o sentir encuentra el poeta las fuentes de su inspiración. La forma de las composiciones líricas puede ser enunciativa, pero también puede introducirse en ellas pasajeramente la narración y aun el diálogo.

Lo que principalmente da unidad a un poema lírico es la situación moral del poeta: el estado de ánimo dominado por un pensamiento o sentimiento capital, debe enlazar a los diversos pensamientos y afectos expresados en el poema. Por esto mismo, los poemas líricos suelen ser breves.

En el género lírico más que en los otros debe dominar el entusiasmo o sentimiento profundo expresado con sinceridad; es la revelación de una alma ardiente y profunda. El lenguaje, sencillo o elevado, siempre debe ser poético.

Es imposible clasificar rigurosamente ni aun siquiera enumerar los diversos poemas líricos: son tan variados como la variedad de los asuntos que pueden tratar y los modos de tratarlos. La lírica moderna tiende a independizarse cada vez más no sólo de las formas clásicas, sino aun del número y de la rima; si gana con esto en libertad por la espontánea expresión del pensamiento íntimo, pierde en cambio valores estéticos que difícilmente compensará. La mayor parte de las composiciones líricas de los poetas modernos carecen de nombre especial, y difícilmente podría clasificarlas entre las composiciones admitidas y estudiadas en los tratados literarios. Sin embargo conviene conocer las principales de estas composiciones, de las cuales vamos a tratar.

Oda (del griego **odo, canto)** significa en la actualidad una composición lírica, de alguna extensión, que se distingue por la fuerza o profundidad del pensamiento y la elevación del estilo. Las odas pueden ser según su materia, sagradas, heroicas, morales, anacreónticas, y elegíacas. Entre las odas clásicas puede tomarse como modelo por la elevación y majestad, la de Herrera a la Victoria de Lepanto (heroica); por su sereno y profundo sentimiento, la de Fray Luis de León a la Vida del Campo (moral); por su arrebatado apasionamiento, la de Alberto Lista a la Muerte de Jesús (neoclásica, sagrada).

Elegía es una oda en que se expresa el dolor o la tristeza. Entre las clásicas pueden servir de modelo la de Rodrigo Caro a las Ruinas de Itálica y la Elegía a las Musas de Moratín. También se llama, por extensión, elegía a toda composición de asunto triste.

LECCION XXIX.

OTRAS COMPOSICIONES LIRICAS.

Llámanse **himnos** a las composiciones especialmente encomiásticas; suelen ser destinadas al canto, y en este caso regularmente se las divide en coro y estrofas. El metro más a propósito y más usado para los himnos, es el de diez sílabas. Cuando el tono es algo elevado son una verdadera oda. Podemos tomar como modelo de himnos destinados al canto, nuestro **Himno Nacional.**

La **canción** es una composición en que se expresan afectos tiernos y apasionados, que no alcanzan la elevación de una oda; es por esto mismo de estilo más ligero, espontáneo y variado, y se acomoda mejor al vulgo a quien regularmente se destina. Toma infinidad de formas, hasta las más humildes; con mucha frecuencia se destina al canto. Si se mezclan en una canción el canto y el recitado, se llamma **cantata.**

Usaron mucho los antiguos poetas la **letrilla,** composición festiva y muchas veces humorística o burlesca en que se repite un pensamiento o una expresión llamada estribillo, al fin de cada estancia. Pueden servir de modelos las de Góngora y las de Quevedo. **Balada** es una pequeña narración poética, tierna o delicada.

Epitalamio es un canto nupcial, destinado a felicitar a los esposos o ensalzar los encantos de la vida doméstica.

El **Epigrama** encierra en pocas líneas, a veces en dos, un pensamiento ingenioso, las más veces humorístico o satírico.

Madrigal es una composición pequeña que encierra o desarrolla un pensamiento delicado por su gracia o sentimiento. Es célebre el de Gutiérrez de Cetina que comienza: Ojos claros serenos.....

Soneto: ya lo conocemos como combinación métrica; como composición literaria expresa en los catorce versos de que consta, un pensamiento principal que no se manifiesta en su totalidad hasta el fin de la composición. El soneto admite cualquier asunto, pero el pensamiento principal debe ser notable y la forma correcta. Suele citarse como modelo el de D. Bartolomé de Argenseola que comienza "Dime, Padre común, pues eres justo....." y el conocido de Lope de Vega "Un soneto me manda hacer Violante....." Alguna vez se añade a los catorce versos un dístico o un terceto (llamado estrambote) para completar el pensamiento.

Sátira es un poema en que se critican o fustigan los vicios, errores o extravagancias. Puede ser seria o jocosa; el asunto determina su estilo, que generalmente es ligero y festivo. En los pensamientos y su expresión debe procurarse cierta delicadeza y tersura, y fustigar no a las personas sino a los vicios. Entre los escritores españoles se citan como modelos de esta clase, a Moratín y a Jovellanos.

LECCION XXX.

LA POESIA EPICA. LA EPOPEYA. POEMAS MENORES.

La poesía ha servido siempre a las grandes causas e instituciones, despertando en los hombres el amor y entusiasmo por ellas. Al comienzo de las naciones sirvió para historiar las primeras hazañas de sus héroes, las que transmitía por medio de narraciones adornadas por la imaginación, regularmente destinadas a cantarse. De aquí nació la poesía épica (de la voz griega **epos,** narración). Reunidos estos cantos en una unidad armónica, venían a formar un poema que se llamó épico y que cuando se perfeccionó llegó a constituir el género más elevado y noble de la poesía: el género épico. Llamamos pues poema épico a un poema narrativo de considerable extensión y de fondo histórico, pero embellecido por los colores de la ficción y los arranques de la lírica, que por la importancia de su contenido, que interesa a un pueblo o a la humanidad, y por la elevación de su forma, que admite los más altos vuelos, ocupa el primer lugar, entre las composiciones poéticas.

Cuando la extensión del poema no es muy grande por referirse sólo a un hecho aunque interesante, le llamamos **canto épico.**

Cuando la acción abraza una serie de hechos íntimamente ligados entre sí y afecta grandemente los destinos de un pueblo o de la humanidad, lo llamamos **epopeya.**

Definimos pues la **epopeya:** la narración poética de una acción grande y memorable, interesante para un pueblo o para la humanidad.

La epopeya, por sus fines y los caracteres que le corresponden, y que en seguida explicaremos, se considera como la obra más alta de la poesía, y como tal, admite cuadros magníficos, situaciones patéticas, las imágenes más vivas y grandiosas, las figuras más atrevidas y en una palabra el estilo más elevado. Sólo los genios son capaces de idear y formar una epopeya digna de ese nombre.

De la definición de la epopeya deduciremos sus principales caracteres. Llámase en literatura **acción** un hecho único e interesante, de extensión y trascendencia, a cuyo desenvolvimiento y conclusión concurren como parte integrantes muchos hechos menores. A estos hechos secundarios se les llama **episodios.** A la acción épica se le asignan las siguientes cualida-

des: la **unidad** realizada por el fin total y la íntima y natural unión de las partes concurriendo a dicho fin; la **integridad,** que consiste en que nada falte para el perfecto desarrollo de la acción; el **interés,** que está en la grandiosidad del asunto y en su utilidad que despierta gradualmente la simpatía y amor, y aun el entusiasmo del lector.

Los personajes deben ser los necesarios para el desarrollo del plan, pero sin multiplicarlos con perjuicio de la claridad y fácil inteligencia; los caracteres de los personajes, perfectamente delineados, propios y constantes; el héroe o protagonista debe destacarse entre los demás por sus cualidades eminentes y simpáticas. Debe tenerse muy en cuenta la **verdad** o verosimilitud, así en caracterizar a los personajes como en narrar los hechos y costumbres propias de la época, lugares etc. Estos preceptos, que valen para todas las composiciones literarias en que se desarrolla una **acción,** corresponden más principalmente a la epopeya.

En cuanto a la forma externa, se escribe casi siempre en verso (Chateaubriand escribió en prosa su poema "Los Mártires"); y en castellano suele usarse el endecasílabo como más flexible y robusto, y la combinación de octavas reales. Las epopeyas más célebres en literatura clásica son las de Homero (la Iliada y la Odisea), la Eneida de Virgilio, la Divina Comedia del Dante en el siglo XIII, la Jerusalem Libertada de Tasso (siglo XVI) y el Paraíso Perdido de Milton (siglo XVII). En castellano no contamos con una epopeya de universal nombradía.

Pertenecen a éste género, a más de los poemas épicos que ya hemos mencionado otros poemas menores, narrativos, como los romances, leyendas, cuentos, el poema bufo, y otros poemas de fin filosófico o moral.

LECCION XXXI.

GENERO DRAMATICO.

La palabra **Drama** significa **acción,** y en literatura se entiende por drama en general: la representación de una acción interesante por medio de la palabra puesta en diálogos naturales y vívidos.

Pertenece el drama a la poesía y constituye un género poético, por cuanto el autor traslada a la escena cuadros que él finge o toma de la historia, realizándolos y embelleciéndolos con todos los recursos del arte.

Es género mixto, porque representa o desarrolla una acción o suceso, y pone en boca de los personajes la expresión de ideas y sentimientos que se les suponen. El grande interés que despierta el drama estriba en la representación viva de una acción que, no se oye contar, sino que aparece viva ante nosotros; de aquí su importancia moral para corregir y mejorar las costumbres, si se emplea debidamente; pero también su peligro, si se emplea mal: por esto se ha llamado al teatro "la escuela de las costumbres".

Los caracteres de la acción dramática son: la unidad, la integridad, el interés y la verosimilidad.

La **unidad** de la acción dramática es más estricta que la de la epopeya o la novela, y su extensión más limitada, pues comprende un solo suceso, sin admitir otros episodios que los necesarios para su desarrollo; suceso que debe desenvolverse en breve espacio de tiempo y en un solo lugar o en lugares próximos: esto constituye lo que se ha llamado la "triple unidad" del drama (de acción, de tiempo y de lugar), que los antiguos preceptistas exigían con extremado rigor; pero que actualmente admite mayor o menor amplitud, pasando la escena, sobre todo en los entreactos, de un lugar a otro no remoto, y con varias horas y aún días de intermedio.

La acción dramática se divide en actos (caracterizados por los dichos cambios de lugar o de tiempo) y escenas (marcadas por la salida o entrada a la escena, de un nuevo personaje.)

El **interés** de la acción debe ser vivo, y animado por cuadros y situaciones plácidas o patéticas; desde la expresión del asunto en las primeras escenas, debe ir creciendo constantemente hasta el enredo o nudo, y satisfacer plenamente en el desenlace la curiosidad del espectador. La **integridad** consiste en que nada falte ni sobre al completo desarrollo y desenlace de la acción.

La **verosimilidad** consiste en que la acción y su desarrollo sean fiel reflejo de las costumbres, bien que el vicio no debe presentarse sino como odioso y con sus correspondientes correctivos.

El estilo debe ser natural y fluido, adaptándose en su mayor o menor elevación a la acción, los personajes y demás circunstancias: admite desde el estilo más llano y sencillo hasta el más elevado y lírico, pero siempre natural y espontáneo.

La forma externa puede ser la prosa y el verso, pero este requiere fluidez y facilidad que no entorpezca la naturalidad de la conversación o el diálogo, antes la realce con la armonía del metro y de la rima. Aunque la forma ordinaria del drama son el diálogo, no se prohibe el monólogo, con tal que sea interesante y como requerido por el vigor del pensamiento o sentimiento que naturalmente se manifiesta con las palabras que lo traducen. Por lo regular debe evitarse el excesivo o continuado lirismo, lo mismo que la extremada llaneza; pero el tono general de la obra, debe dárselo su objetivo y especial carácter.

LECCION XXXII.

TRAGEDIA. COMEDIA. DRAMA.

El género dramático comprende varias composiciones, entre las cuales las principales son la tragedia, la comedia y el drama.

La tragedia es la representación de una acción heroica y patética que regularmente tiene un desenlace lamentable. Digo acción heroica, porque la tragedia trata asuntos grandiosos y casi siempre de trascendencia pública; digo patética, porque el sentimiento vivamente exitado es el nervio de la acción trágica. El fin de la tragedia es el rectificar y elevar los sentimientos humanos, y mediante ellos, las costumbres. Los personajes deben de estar tomados de entre las clases elevadas de la sociedad, para que la acción pueda resultar más interesante y trascendental. Es conveniente que tenga la tragedia un fondo histórico, para despertar mayor interés y para que la lección moral sea más eficaz. No es necesario en absoluto que el desenlace sea funesto; pero sí que se exiten los sentimientos de conmiseración y terror en la lucha de la justicia y la virtud contra la desgracia y la injusticia.

La comedia es la representación de una acción común, en la cual se explota lo ridículo mezclado con lo serio, pero siempre de un modo artístico, para la moralización de las costumbres. Distínguense comedias de **caracter**, de **intriga**, de **costumbres**, de **capa** y **espada** etc. Una derivación de la comedia es el **sainete** en el que prevalece el elemento cómico, pero sin bajeza ni fealdad, antes realzado por el arte; es propio para castigar los pequeños vicios sociales, ridiculizándolos. El **drama** es de origen mo-

derno, y puede definirse: la representación de una acción seria y tal vez patética, pero que no adguiere la magnitud o la importancia de la tragedia; ocupa pues un lugar intermedio entre la tragedia y la comedia, y admite de ésta algún donaire y ridiculez que casi siempre se mezcla a lo serio de la vida real. Esta es la forma dramática más usada en la actualidad, y más propia para pintar y elevar las costumbres, y por esto se le designa especialmente con el nombre de drama. En la ópera y la zarzuela se une la música a la representación, añadiéndose de esté modo al dramático el elemento artístico. La ópera suele tratar argumentos elevados y aun trágicos; la zarzuela regularmente comunes y cómicos.

El nombre de **tragedia** quiere decir "la canción del macho" porque la tomaron los griegos del himno que cantaban durante el sacrificio de un macho cabrío que en ciertas ocasiones ofrecían a Baco. Al coro se añadieron después otros cantos, y posteriormente diálogos y representaciones escénicas, que ocuparon después el lugar principal, quedando el coro reducido a un papel secundario hasta que por último suprimido. En Grecia llevaron la tragedia a su perfección, Esquilo, Sófocles y Eurípides; los latinos la imitaron, entre los que se distinguieron Enio y Pacuvio y después Sénoca.

En los siglos modernos adquirieron fama mundial los franceses Corneille y Moliere (del siglo XVII); los Italianos Conti y Alfieri; y el inglés Sheakespeare.

En España también cultivaron la tragedia nuestros dramaturgos del siglo de oro, y algunos de nuestros días, como Huerta y Martínez de la Rosa; pero el teatro español adquirió mayores lauros en la comedia y en el drama. En el siglo XVI y el siguiente llevaron al teatro español a una altura jamás superada por ninguna otra nación, los célebres dramaturgos Lope de Vega, Tirso de Molina, Juan Ruiz de Alarcón (mexicano de nacimiento) y Calderón de la Barca. En los últimos tiempos han sobresalido en el drama, Zorrilla, Bretón de los Herreros, López de Ayala, Eguilaz y sobre todo Tamayo y Baus. En nuestros días son célebres los hermanos Quintero, Jacinto Benavente y otros.

LECCION XXXIII.

POESIA BUCOLICA.

Además de las tres especies de poesía que hemos estudiado, a saber, lírica, épica y dramática, cultívase otra llamada **bucólica** que no podemos adjudicar a ninguna de las dichas tres, pues de las tres participa, porque puede tomar sus diversas formas; constituye pues un subgénero o especie mixta, que se carateriza por la materia especial de que trata, que es el mundo y la vida campestre.

Esta poesía toma el nombre de bucólica, porque bucólicos se llamaron los poemas pastoriles de Teócrito primer autor griego de celebridad que trató este género. Fué cultivada entre los griegos sobresaliendo en ese cultivo Bión y Mosco, algunas de cuyas composiciones se llamaron **idilios;** y después lo introdujo entre los latinos Virgilio cuyas bucólicas fueron llamadas **églogas.**

Actualmente suelen llamarse églogas a las composiciones campestres dialogadas que imitan la forma virgiliana; e idilios a composiciones generalmente líricas, más ligeras pero más delicadas o sentimentales que la égloga.

En épocas recientes ,de la forma enunciativa o dialogada se pasó a la narrativa y a la dramática, y se escribieron novelas y dramas pastoriles. Cervantes escribió su Galatea y Lope de Vega varias comedias pastoriles, y desde entonces se generalizó mucho esa forma hoy poco usada. En el mismo siglo XVI escribió sus églogas Garcilaso de la Vega, al que siguieron por moda o por gusto innumerables escritores españoles, entre otros, Iglesias, Meléndez Valdez, etc. del siglo pasado. Entre nosotros mencionaremos las traducciones de bucólicos griegos del Ilmo. Sr. Montes de Oca, y las delicadas églogas originales del Ilmo. Sr. Pagasa.

El estilo de la poesía bucólica debe caracterizarse por su naturalidad y sencillez, pero sin caer en el desaliño o prosaísmo. La versificación más usada en castellano en las églogas es la silva, tercetos u octavas; el idilio suele usar combinaciones más ligeras.

El encanto de esta poesía es el que le comunica la naturaleza en que se inspira, llena de belleza de amenidad y de paz. El defecto principal que deben evitar los que la cultivan es el fingimiento y cualquier aspecto amanerado y convencional.

LECCION XXXIV.

ELOCUENCIA. ORATORIA.

"**Elocuencia**, dice Capmany, es el don feliz de imprimir con color y eficacia en el ánimo de los oyentes los afectos que agitan el nuestro". Toda alma humana tiene en mayor o menor grado la facultad de comunicar a otra sus propias ideas animadas por el sentir y el querer; y por esto toda alma es en algún grado elocuente. ¿Qué otra cosa es la elocuencia, dijo Cicerón, sino una alma en acción? ¿"Quid est eloquentia nisi continuus animi motus?" Y como dicha influencia la ejerce el alma por medios externos, esos medios suelen llamarse también elocuentes, y así decimos que es elocuente un signo, una actitud, una lágrima; pero principalmente lo es la palabra que es el medio más apto y natural para transmitir el pensamiento y el afecto del alma, y mediante ellos para influir en la voluntad de los demás y aun llevarla a la acción. Esto último, es decir, el influir en la voluntad de los otros,—es el supremo triunfo de una alma elocuente, y por esto se ha definido a la elocuencia "la facultad de persuadir."

Esta facultad se ejerce principalmente por la palabra, como hemos dicho; y así ejercida, se desarrolla y perfecciona por las reglas del arte. De aquí deducimos el concepto y la definición de **Oratoria,** que es "El arte de persuadir por medio de la palabra."

Según esto, la elocuencia es un don de la naturaleza, la oratoria (ars oratoria) es un arte que se adquiere. Su fin es persuadir, y en esto se diferencia así de la retórica en general, o sea del arte del bien decir o teoría del estilo, que de por sí no tiene por fin sino el expresarse de un modo bello y acomodado al fin; como también de la poética, que de por sí tiene por fin el agradar.

La mayor victoria y el mayor honor de la palabra humana es persuadir, que consiste en dominar las humanas voluntades y llevarlas a donde se quiere, sin forzarlas, antes conservando ellas toda su libertad y obrando de un modo digno del hombre. Todas las potencias humanas deben dirigirse a ese fin definitivo: el orador, ilumina la mente, interesa la imaginación, enciende el sentimiento, y por estos medios se apodera del alma de los oyentes obrando en su voluntad, la cual se mueve libremente, y aun a voces ardorosamente, hacia donde el orador la conduce. De este modo,

un orador elocuente puede ejercer una influencia de trascendencia incalculable sobre individuos y colectividades; puede levantar los ánimos, vencer las resistencias, exaltar los sentimientos y dar un triunfo definitivo al derecho o a la virtud; pero también puede abusarse de ese don precioso en pro del error y de la injusticia. No hay nada más bello ni más eficaz que la elocuencia empleada en bien de la verdad y la justicia; por eso deben cultivarla con esmero los que quieren ser apóstoles de esos grandes bienes.

LECCION XXXV.

MEDIOS PARA PERSUADIR. CUALIDADES DEL ORADOR.

Para conseguir el fin de persuadir que se propone la oratoria, y lograr esto humanamente, es decir, sin forzar la voluntad, hay que comenzar por convencer el entendimiento, ilustrándolo sobre el punto de que se trata; porque según el antiguo axioma filosófico, nada se quiere si no se conoce. Ni es suficiente el mostrar la verdad: es preciso presentarla como interesante y agradable, pues la voluntad fácilmente resiste aquello que no ama. Además, es necesario conmover el ánimo, tocando los resortes del sentimiento, para obtener sobre la voluntad un triunfo seguro y definitivo. Por esto San Agustín decía que para persuadir se requiere: "Ut veritas pateat, ut veritas mulceat, ut veritas moveat": que la verdad se manifieste, que agrade, que mueva: lo que es decir que hay que dirigirse a la inteligencia para convencer, a la imaginación para agradar y por fin al sentimiento para apoderarse de la voluntad. Por lo cual distinguiremos en la obra oratoria tres elementos: el científico, el poético y el patetico.

Del fin de la oratoria y de los medios generales para llegar a la perfección, podemos deducir las cualidades del buen orador. Este, además de una razón sólida y perspicaz, y de una memoria firme y expedita, debe poseer una cultura general y una instrucción extensa, no sólo para poder exponer con lucidez la verdad que trata, sino también para no incurrir en faltas o inexactitudes que le enagenarían la estimación de los oyentes y le mermarían autoridad. Estando todos los asuntos humanos tan relacionados entre sí, es imposible hablar digna y correctamente de un asunto sin tocar mil cuestiones accesorias que requieren un acopio de conocimientos generales nada vulgar.

Pero sobre todo necesita el orador un conocimiento más profundo del asunto especial de que habla, e ideas claras y precisas sobre él, con lo cual no le faltará ni abundancia de ideas ni orden lucido: "Hunc nec fecundia deseret nec lucidus ordo" (Horacio).

La memoria es auxiliar poderosa de las facultades humanas, y debe cultivarla el orador para tener a la mano palabras y expresiones no menos que hechos y razones. Pero debe cultivar sobre todo la inteligencia, acostumbrándose a investigar y discurrir con seguridad y aplomo, a enlazar con lógica los pensamientos, a sistematizar las ideas, a percibir con claridad para exponer los asuntos oratorios ilustrando y convenciendo: en esto está la estructura y macicez de un discurso, que no pasará de ser un artificioso juego de palabras si carece de fondo sólidamente filosófico.

El buen orador debe además tener un gran conocimiento del corazón humano para llegar a conmoverlo, para lo cual necesita antes interesar y agradar por los recursos que el arte proporciona. Ha de conocer prácticamente el arte del bien decir y de prestar la verdad vestida con aquellos atavíos que la hacen agradable e interesante: cosas que se adquieren no sólo por el conocimiento de la preceptiva literaria, sino principalmente por el estudio de los modelos y una asidua práctica.

Finalmente, debe tener presente el orador cuánto importa la buena opinión de su honradez y sinceridad que de él tenga su auditorio, pues esto será la mejor preparación para inclinar los ánimos a oirle con benevolencia y a obedecerle con prontitud; por esto los antiguos resumían las dotes del orador en la pericia en el hablar, y la honradez, definiendo al orador: Vir bonus dicendi peritus.

LECCION XXXVI.

CIRCUNSTANCIAS DEL DISCURSO. AUDITORIO.

Otra de las cosas que debe tener presente el orador para conseguir el fin de un discurso que es la persuación, es hacerse cargo de las circunstancias. El discurso debe ser oportuno, es decir, debe acomodarse a las circunstancias de lugares, tiempos y personas. Otros géneros literarios podrán hacer mayor o menor abstracción de esas circunstancias; la oratoria de ningún modo, porque de ello depende en gran parte su éxito. La ciencia y la poesía buscan la verdad y la belleza en sí mismas; la oratoria

los busca en orden a la persuación y sin faltar a lo esencial de ellas, debe acomodar sus manifestaciones al fin del discurso, al auditorio y a las demás circunstancias.

"¿Quién ignora, dice Quintiliano, que muy distinto modo de hablar pide la gravedad senatoria y el aura popular?" Una academia de sabios, un mitin popular, un auditorio sagrado, piden distintas expresiones y distintos recursos oratorios. Nunca empero debe descender el lenguaje o el pensamiento a lo innoble, ni elevarse a lo demasiado sutil, ni hincharse en ampulosidad enfática: la moderación debe dirigir hasta los movimientos oratorios más apasionados.

El auditorio ha de ocupar especialmente la atención del orador. Este debe mirar no sólo el grado de elevación y cultura del auditorio, sino también sus ideas, sus preocupaciones, el estado de su ánimo, tomarle el pulso, por decirlo así, para poder tomar posiciones y dirigir rectamente su avance y sus tiros en ese combate espiritual cuya victoria final debe ser la persuación. Hasta de los mismos errores o desviaciones del auditorio podrá valerse el orador, teniéndolos en cuenta no sólo para atacarlos, sino aun para hacerlos servir artificialmente a su propia causa, no aprobándolos, sino advirtiendo lo que hay en ellos de recto para sacar partido de ello.

Finalmente, necesita el orador de lo que se llama "comunicación con el auditorio", esto es, ponerse en inmediata relación con él, de modo que el orador pueda hacer llegar hasta él, su voz con sus inflexiones y modulaciones que la hacen expresiva, hablarle con el gesto, electrizarle con su mirada: de estas circunstancias, menudas al parecer, puede depender el éxito final de un discurso. Para esto al orador no debe de serle extraño el difícil arte de la declamación.

LECCION XXXVII.

Discurso Oratorio. Fondo y Forma del Mismo. Medios de Convencer.

Se llama **discurso oratorio** la obra literaria, escrita o hablada, por medio de la cual trataremos de persuadir; **tema** de un discurso es la materia en general de que trata; **fin** es aquello que el orador intenta conseguir de los oyentes, o sea, el objeto de la persuación; **controversia** o **cuestión** es aquello que se trata de demostrar: la controversia se ordena a la convicción, el

fin mira a la persuación o a la práctica. Siendo el fin del discurso lo que principalmente se intenta, comprende la totalidad del discurso y su éxito, y por lo mismo es lo que ante todo debe fijar y proponerse el orador, y tenerlo siempre ante los ojos para ordenar a él todo el discurso. Llámase **causa** aquello que defiende el orador.

El **fondo** del discurso oratorio lo constituyen los elementos científicos y artísticos de que ya hemos hablado; su forma es la manera de disponer estos elementos para mejor conseguir el fin y comprende las partes del discurso, la colocación de las pruebas y el oportuno empleo de los demás recursos oratorios.

Lo primero que debe intentar el orador es la presentación clara y precisa de la verdad y, cuando el caso lo requiere, de las pruebas de ella, hasta llevar al oyente la convicción; todos deseamos movernos por convicción, y por esto, debe proceder el orador de manera que parezca que no trata sino de exponer la verdad y de convencer al entendimiento, por más que ordena esa convicción a la moción de afecto y persuación de la voluntad.

A veces bastará con exponer la verdad del asunto de que se trata, en sí mismo y en sus relaciones, para convencer; pero regularmente se requieren pruebas o argumentos, para lo cual necesita el orador un conocimiento perfecto del asunto, no menos que de la lógica teórica o práctica: la diálectica, se ha dicho, es el nervio de la oratoria.

Los antiguos retóricos llamaron **invención** al arte de encontrar los argumentos. Daban suma importancia a esta parte de la oratoria, y como en verdad la tiene, de ella debemos decir siquiera algunas palabras.

Los argumentos pueden ser intrínsecos o extrínsecos, según que están en la misma causa que se defiende, o fuera de ella. Ejemplo: Debe estimarse el valor por que es señal de una alma grande, por los efectos que produce, etc., (argumentos intrínsecos); por la estimación que de él hacen los hombres, por el ejemplo de hombres ilustres, etc., (argumentos extrínsecos). Suelen también dividirse los argumentos en pruebas dé razón y de autoridad.

El valor de los argumentos puede considerarse en sí mismos o en razón del efecto que producen en el oyente; en la oratoria se ha de tener más en cuenta este último porque es lo que más conduce a la persuación.

Llámanse **tópicos** o **lugares oratorios** (sedes argumentorum) los principios o puntos principales de donde puede sacar el orador los argumentos. Los

usaban mucho los antiguos y los dividían en comunes y propios: comunes los que convienen a toda clase de temas, y propios los especiales de un tema. Nos contentaremos con enunciar algunos de ellos: Definición, enumeración, adjuntos, antecedentes, consiguientes, causas, efectos, semejanza, etc.; circunstancias de lugar, de tiempo, de modo, de medios, etc. Meditando sobre el asunto del discurso, si se le conoce bien, facilmente se encuentran argumentos buscándolos en los tópicos.

Es preciso hacer una buena elección de las pruebas, teniendo en cuenta como ya se ha dicho no solo su **solidez,** sino también y principalmente su **adaptación** a los oyentes, y la **disposición** en que se las coloque en orden a causar más impresión y producir una convicción más profunda. Cicerón aconseja que el orador se coloque en lugar del oyente para pesar la impresión que las pruebas podrán causarle.

LECCION XXXVIII.

METODO PARA AGRADAR Y CONMOVER.

Aun conseguida la convicción en el oyente, no habrá obtenido el orador un triunfo decisivo sobre aquél, si no le mueve y persuade a abrazar aquello que se propone. El orador debe apoderarse de la voluntad del oyente, pero sin forzarlo; para ello hay que agradarlo y conmoverlo.

Para agradar y conmover emplea el orador el elemento artístico: tiene que atraer sobre el objeto de su discurso, las simpatías y los afectos, interesar la imaginación, ganar el corazón moviendo el ánimo, y por fin despertar las pasiones que facilitan la acción y determinan el triunfo.

Presupuesta la materia que sea capaz, ya por sí misma ya por las circunstancias, de interesar al oyente, el orador debe ser un gran conocedor y productor de la belleza, un grande artísta, para presentar el asunto bajo su aspecto más atractivo y hermoso, adornándolo además, según lo requiera el caso, con las galas de la fantasía dirigida por el buen gusto.

La razón y la virtud encierran en sí un grande encanto y son de por sí bellas con aquel atractivo que les corresponde como hijas de la infinita Verdad y del Bien supremo que es también la soberana Belleza; pero es preciso hacer resaltar esa belleza que encierran, armonizándola y realzándola con imágenes y afectos, bellezas de otro orden, que le sirvan de mar-

co y relieve. También sirve para embellecer el discurso oratorio aun su forma meramente externa, el orden, enlace y claridad de las ideas, la corrección y elegancia de las expresiones, todo empleado con naturalidad y gracia y de acuerdo con el tono y circunstancias del discurso. A esto debe unirse el talento y las prendas morales del orador y aun la voz y la manera de pronunciar el discurso, para ganar la atención y cautivar el ánimo del oyente. Todo esto constituye lo que hemos llamado el elemento artístico.

En cuanto a mover los corazones y exitar los sentimientos y afectos, la principal regla para ello es la conocidísima de Horacio: "Si vis me flere, dolendum est primun ipsi tibi", si quieres conmoverme, debes tú primero estar conmovido.

Ayuda mucho a mover los ánimos la pintura viva de los objetos, sucesos y situaciones, cosa que los antiguos retóricos llamaban **visiones;** no menos que el uso acertado de las figuras patéticas con que se expresan los afectos del alma que se reducen al amor y al odio en sus mil manifestaciones y matices.

Las emociones y afectos regularmente deben ser tranquilos; pero a veces pueden y deben ser más violentos y hasta arrebatados, constituyendo lo que se llama **pasiones oratorias.** El arte de concitar las pasiones es el recurso más seguro para triunfar del oyente y conseguir el fin del discurso. Mas en medio de estos movimientos nunca debe parecer el orador un enajenado o energúmeno, nunca debe perder la serenidad y buen juicio y cierta moderación externa que lo presente como señor de sí mismo y dueño de sus pensamientos: esto le impedirá el caer en exageraciones y ridiculeces que malogran el fruto de su palabra.

Los movimientos arrebatados o sublimes deben ser preparados convenientemente, y no ha de insistirse en ellos, pues por la fatiga que causan, si se prolongan, producen en el oyente la depresión y laxitud.

A veces será necesario no exitar, sino calmar las pasiones, llamando a los oyentes a la razón y a la serenidad. A veces, cuando esté el oyente mal prevenido o preocupado contra el orador o contra la causa que defiende, será necesario insinuarse artificiosamente, remover obstáculos, quitar prevenciones.

En la parte afectiva del discurso, más que en ninguna otra, es preciso tener presente a la materia, al oyente y demás circunstancias.

Finalmente, ya convencidos y movidos los ánimos, o mejor, a la vez

que se les convence y se les mueve, pero principalmente al fin del discurso, debe emplearse aquella energía (vis animi), áspera o suave pero siempre fuerte, que constituye en último término la elocuencia, y produce la persuación moviendo la voluntad y llevándola a la deseada meta.

LECCION XXXIX.

DISCURSO ORATORIO.

Llámase **discurso oratorio** u **oración,** a la composición literaria de que se vale el orador para persuadir.

Si toda obra literaria debe tener la dote de la unidad, esa cualidad debe brillar de un modo especial en el discurso oratorio, ya que la persuación debe buscarse primeramente en la convicción, y ésta sólo se produce con ideas claras, precisas y bien ordenadas. El discurso debe dirigirse a un fin y girar en torno de la proposición, cosas que le dan una unidad bien definida y preceptible. Esa unidad debe ser, no mecánica sino lógica y orgánica, en que todas las partes se distingan según su necesidad o importancia en orden al fin, y cada una de ellas ocupa su lugar. Para conseguir esa unidad los retóricos hablan de la **disposición o plan** del discurso.

En las composiciones literarias de otro género, la disposición de las ideas o plan de la obra es más libre, determinada por la personal inspiración o gusto del que habla; en la oratoria el plan lo determinan, en líneas generales, el fin general de persuadir y el fin particular del discurso. De aquí se sigue que el discurso tiene sus partes esenciales y naturales cuya buena disposición hace que se asemeje, en expresión de Quintiliano, a un edificio, a un ejército, al cuerpo humano. Esas partes son: **Exordio, proposición, narración, confirmación, refutación** y **peroración.** Si la proposición es doble o múltiple, hay que añadir la **división.** Otros añaden el **epílogo** o **recapitulación,** aunque regularmente se incluye en la peroración. Entre estas partes, Aristóteles sólo tiene como esenciales la proposición y la confirmación; en cambio Cicerón omite la proposición incluyéndola en la confirmación. Todos los preceptistas convienen en que la parte principal del discurso y esencial en él es la confirmación; y si las otras partes pueden cambiar de lugar u omitirse, la confirmación ocupa la parte principal y céntrica de la oración y constituye su fondo. En cuanto a la proposición,

también esencial, podrá ser que no haya necesidad de expresarla o que a los intereses del orador no convenga enunciarla desde un principio, sino sacarla en conclusión.

Estudiaremos por separado cada una de estas partes.

LECCION XL.

EL EXORDIO.

Se llama **exordio** a la primera parte del discurso, en la que se prepara el ánimo de los oyentes para que lo escuchen con benevolencia, atención y docilidad. De este fin del exordio deducimos su naturaleza y sus leyes.

No es indispensable el exordio, puesto que hay casos en que el auditorio puede estar debidamente preparado. Así en los discursos políticos, parlamentarios y judiciales, suele omitirse o hacerse muy breve; pero regularmente se emplea en los discursos académicos y en los sagrados: en estos últimos suele consistir en una exposición del texto que conduzca a sentar la proposición y entrar en materia.

No ha de ser el exordio demasiado largo convirtiéndose en otro discurso, lo cual fastidia en vez de ganar la atención y la voluntad. Cicerón compara el exordio al vestíbulo de un edificio, que se proporciona a él en las proporciones y en el estilo. Debe ser el estilo del exordio, llano o elevado, tranquilo o vehemente, según el tono dominante del discurso; pero siempre natural y fácil, pues no hay cosa que tanto enagene los ánimos como la afectación; sea también correcto, digno y modesto. Las faltas disponibles en el transcurso del discurso son imperdonables en el exordio, porque previenen mal al auditorio sobre la capacidad, cultura o buena fe del orador.

El exordio debe ser propio del asunto de tal modo que parezca, no que se le añade, sino que nace de él: "tamquam exvisceribus rei" dice Cicerón, "como de las entrañas del asunto"; por lo cual el mismo Cicerón condena los exordios que él llama **vulgares** o que puedan acomodarse a muchos asuntos, y los **comunes** que lo mismo pueden servir a una tesis que a su contraria. Son muy usados y causan buen efecto los exordios tomados de las circunstancias de lugar, personas, tiempo, etc.

Distínguense tres clases de exordio; **simple** (suele llamarse **de principio),**

de insinuación, y **vehemente** (que se dice también **ex abrupto).** El primero se usa de ordinario, y para él valen principalmente las reglas dadas. El segundo se usa cuando previendo el orador que está el auditorio mal prevenido contra él o contra la causa que defiende, procura **insinuarse** con rodeos o artificios para ganar la benevolencia para sí o para la causa; y el tercero úsase excepcionalmente, cuando estando los ánimos vivamente exaltados, el orador se sirve de esta circunstancia para comenzar su discurso por apóstrofes u otras figuras patéticas, que, dando algún desahogo al ánimo, permiten después inquirir con más calma la verdad del asunto. Es célebre entre estos últimos, el de Cicerón en su oración IV contra Catalina.

El exordio debe conducir como naturalmente a la proposición.

LECCION XLI.

PROPOSICION. NARRACION.

La **proposición** es la segunda parte del discurso en la que se anuncia el asunto de que se va a tratar.

El fin de la proposición es exitar la atención y orientar la inteligencia del oyente, para que teniendo a la vista lo que el orador se propone demostrar, le sirve de meta y señuelo en la investigación del asunto.

Las cualidades de la proposición son: **claridad,** porque debe dársela a todo el discurso; **brevedad,** para que pueda ser retenida en la memoria; **sencillez** y **precisión,** para evitar toda confusión de ideas; y finalmente, **integridad,** esto es, que nada le falte para que el asunto, bajo el aspecto en que se le mira, quede completamente anunciado.

La importancia de la proposición es manifiesta, puesto que sirve de guía y estímulo al orador y al oyente; y por esto, (como ya hemos dicho) es esencial al discurso, por más que pueda considerarse como una síntesis de él más que como una parte. Su lugar propio es después del exordio y antes o después de la narración si la hay. Aunque conviene regularmente expresarla desde luego, sin embargo a veces puede callarse cuando se teme perjudicar la causa al anunciarla, dándola a entender más que expresándola, o deduciendola de la confirmación.

La proposición puede ser **simple** o **compuesta,** según que sólo encierre

un punto, o comprenda varios: en este último caso la proposición se llama división, pues naturalmente anuncia las partes de la confirmación. Ejemplo de proposición simple: "Entre las inumerables glorias que has conquistado, oh César, la mayor es la que hoy consigues perdonando a Marco Marcelo" (Cicerón). Ejemplo de proposición compuesta: "Arquías no sólo no debe ser excluído del número de los ciudadanos romanos, puesto que lo es en efecto; sino que, si no lo fuera, debería adscribírsele entre ellos" (Cicerón).

Las partes de la proposición pueden subdividirse, con tal que estas subdiviciones no engendren confusión; convendría hacerlo al principio del desarrollo de cada parte. Debe evitarse la multiplicación de las subdivisiones, y el sistematizar demasiado el discurso, dándole así un aspecto científico o esquemático, e impidiendo la espontaneidad y libertad que requiere el arte oratorio. Las divisiones deben ser guias y no trabas.

La **narración** es la parte del discurso, no siempre necesaria, en que se exponen hechos o teorías que sirven de base o ilustran a la proposición; por esta circunstancia, algunos tienen a la narración como parte complementaria de la proposición la cual en este caso se llama **proposición ilustrada.**

En los discursos forenses suele llamarse **hecho;** en estos y en los panegíricos se considera como necesaria, y aun puede mirarse como parte esencial de la confirmación. Las cualidades de la narración son: **claridad, precisión** (que sea breve y concreta), **verosimilitud** (es decir que aparezca como posiblemente verdadera) e **interés** (es decir que sea agradable). Sin faltar a la verdad, el orador en la narración, debe llamar la atención sobre los hechos más favorables a la causa que defiende, y realzarlos presentándolos con arte.

LECCION XLII.

CONFIRMACION Y REFUTACION.

La parte principal del discurso es la **confirmación,** en la cual se prueba y confirma la verdad de la proposición. Pero como quiera que aunque al oyente se le pruebe esa verdad, no quedará plenamente convencido de ella si no se refutan las preocupaciones que contra ella tenga o las obje-

ciones que puedan ocurrírsele, habrá ocasiones en que sea necesaria esa **refutación,** que vendrá a completar la confirmación; refutación que puede adelantarse a las pruebas principalmente si se trata de quitar preocupaciones, mezclarse a ellas o dejarse para el fin; por tanto constituirá, no una parte del discurso, sino más bien un complemento de la confirmación.

En la **refutación** no deben proponerse las objeciones o dificultades que el orador no pueda disipar por completo, o cuya solución no pueda poner al alcance del oyente; porque perjudicarían a la causa. Ni es ésto falta de sinceridad, sino artificio, con tal que esté uno convencido de la verdad o justicia de la causa que defiende. Cuando se exponen dichas objeciones, debe hacerse con claridad y en toda su fuerza natural para que el oyente no crea que se trata de desvirtuarlas; y sin vacilaciones y temores que perjudicarían. Es muy buen modo de refutar, el presentar las falsas consecuencias o las contradicciones que se seguirían de la objeción, lo que se llama refutar absurdo; como también ayuda a la solución, el desvirtuar la autoridad del que propone la objeción. En la oratoria parlamentaria o forense, deben refutarse las objeciones que propone el contrario; en la oratoria sagrada, las que puedan ocurrirse al oyente o las preocupaciones que éste pueda tener contra lo que defendemos.

La **confirmación** constituye la médula y sustancia del discurso, porque en ella debe basarse la peroración o exhortación; en vano procuraremos mover si no logramos convencer. Hemos hablado ya sobre los medios de convencer (Lección XXXVII), sobre las diversas clases de argumentos, y sobre el modo de encontrarlos (invención,—tópicos); ahora sólo nos queda el decir algo sobre el modo de colocarlos (disposición).

Puede la confirmación basarse en una sola prueba; entonces, esta debe desarrollarse ampliamente de modo de producir la convicción, y preparar la moción de afectos. Cuando hay varios argumentos para confirmar la proposición, éstos deben colocarse en el orden más a propósito para el convencimiento; las reglas que pueden seguirse son las siguientes: no se comience por un argumento débil, porque perjudicaría a la causa infundiendo al oyente la preocupación de debilidad en las pruebas; conclúyase con un argumento fuerte, y tal vez con el más sólido para acabar de producir la convicción y dejar una impresión duradera; las pruebas fuertes preséntense con el suficiente desarrollo, las débiles aglomérense para que su número supla su debilidad; recuérdese en fin que los argumentos reci-

ben su fuerza de convicción, más que de su valor intrínseco, del valor circunstancial; son los más fuertes los que más impresionan y convencen al auditorio; y a su peso natural añade o quita fuerza la manera de exponerlos.

En los discursos en que el orador nada tiene que probar porque todos están convencidos, sus argumentos serán el presentar la verdad en forma persuasiva, el recordar razones o hechos conocidos, etc.; y en este caso, esos procedimientos pueden considerarse como verdaderas pruebas oratorias. Los discursos que sólo tratan de agradar, pertenecen más bien al género poético; los que sólo enseñan, al didáctico.

LECCION XLIII.

PERORACION Y EPILOGO.

Llámase **peroración** a la última parte del discurso destinada a mover los afectos y la voluntad. En ella debe recogerse todo el fruto del discurso, y producir por medio de ella la impresión final que es la más eficaz y duradera; por lo mismo, debe ponerse en la peroración el mayor cuidado y empeño. Y aunque el mover los ánimos es propio de todo el duscurso, y puede y debe intentarse eso en el desarrollo de las pruebas y cuando a bien venga, regularmente en la peroración se despliegan todos los recursos oratorios, se hiere la imaginación, se toca el corazón, se persuade la voluntad. Los medios de conmover, de que hablamos en la lección XXXVIII, aquí tienen como su asiento propio. Y se logra el efecto deseado, principalmente enumerando o amplificando: es decir, recordando en forma viva y patética, lo mejor que se ha dicho el discurso, desarrollando alguno o varios de los argumentos tratados, en orden a producir la moción.

Se llama **epílogo** o recapitulación, a una breve y rápida enumeración de los asuntos tratados y de las pruebas empleadas, a fin de presentar éstas con más fuerza aglomerándolas. Puede considerarse como **epílogo** lo que antes llamamos enumeración, y en este caso, no es sino una parte o una forma de la peroración. No es el epílogo una repetición de los argumentos breves y fría, sino una recapitulación animada y llena de vigor, ordenada no tanto a producir la convicción, cuanto a la moción: mediante una hábil aplicación práctica de las verdaderas especulativamente demostradas.

En la peroración y el epílogo es en donde deben emplearse todos los recursos oratorios, y, como dice Quintiliano "abrirse en todas las fuentes de la elocuencia"; en ellas debe dirigirse el orador más que a la inteligencia, a la fantasía y al corazón; aquí es el exhortar, el amenazár, el increpar, etc. Pero por esto mismo la peroración debe ser breve, natural y sentida; nada perjudica tanto como la afectación y el énfasis intempestivo que trata de fingir los arrebatos de la verdadera elocuencia.

La peroración no es esencial al discurso, y puede omitirse cuando en todo él se ha venido produciendo la moción afectuosa y decisiva. Tampoco es necesaria la peroración en los discursos breves y sencillos; a veces bastará una simple exhortación. Pero siempre debe procurarse una conclusión que satisfaga al oyente y remate dignamente la oración según su objeto y su mayor o menor elevación.

LECCION XLIV.

ESTILO ORATORIO.

Como hemos dicho, el género oratorio participa del didáctico y del poético; así también el estilo oratorio participa del estilo propio del de esos dos géneros, sin que descienda a la llaneza del primero ni aspire a los vuelos del segundo; ocupa, pues, un término medio, usando según convenga, para enseñar cierta llaneza que dé claridad al pensamiento, sin vulgarizar el tono, y para agradar de las galas de la imaginación y del lenguaje, pero con cierta severidad y moderación. Un estilo sobrado, llano o muy cargado de imágenes será impropio de la oratoria. Pero sí admite todos los recursos del patético, empleándolos oportunamente para conmover, fin principal de la oratoria.

Por esto (como observa un autor) si comparamos el estilo de los grandes oradores con el de los poetas, veremos predominar en éstos los tropos y las figuras pintorescas, mientras que en aquellos sobresalen las figuras lógicas y las patéticas.

Dentro de esta regla general, puede elevarse más o menos el tono del discurso, acomodándola a su objeto y a las circunstancias locales y personales, sobre todo a las del orador y del auditorio. Así vemos la variedad, dentro del estilo oratorio, que se nota en los discursos de Cicerón, compa-

rándolos con los de Demóstenes; aquél atiende a la belleza de la expresión, la rotundidad de los períodos, la variada elegancia de la amplificación; éste mira más por la concisa energía de las frases, y quiere impresionar mas que agradar. Sin embargo, ni Cicerón pierde de vista la elocuencia que persuade, ni Demóstenes cierta austera elegancia que cautiva.

La elocución oratoria debe huir de ciertas voces y giros reservados a la poesía, y del demasiado hipérbaton; así como también de las palabras o expresiones sobrado vulgares; no aspira a la sonoridad del verso, pero sí a la de las cláusulas y períodos.

Característica del estilo oratorio es la **amplificación,** al grado de que los antiguos retóricos la contaban entre las partes del discurso. **Amplificar** un pensamiento es presentarlo bajo diversas formas que lo amplíen o expliquen. Es indispensable la amplificación en la palabra hablada, para que esta impresione y dé lugar o ayude a la reflexión. El pensamiento escueto y concentrado es más propio de las obras didácticas o filosóficas: la oratoria exige explicaciones y ampliaciones que sirvan a la vez que para ilustrar, para agradar y mover. Pero evítense las monótonas repeticiones que fastidian y embarazan e indican a las claras pobreza de ideas y de recursos oratorios. Recuérdese, en fin, que la buena amplificación no diluye el pensamiento quitándole fuerza, sino que lo subraya de distintos modos para dársela mayor. Cicerón y Quintiliano convienen en que el principal recurso de la elocuencia es el acertado uso de la amplificación. Apréndase éste en los buenos modelos y ejercítese sin descanso, procurando por medio de ella la galanura del estilo y la mayor fuerza del pensamiento.

LECCION XLV.

ACCION ORATORIA.

No menos importante que el estilo es la acción oratoria; dicen que preguntando Demóstenes qué era lo primero en la oratoria, respondió que la acción, y preguntando por lo segundo y lo tercero, repitió que la acción: y "con razón, añade Cicerón, pues la elocuencia es nula sin la acción".

Es la acción oratoria, dice el mismo Cicerón, "cierta como elocuencia del cuerpo, y consta de voz y de movimientos" (o sea de pronunciación y de acción propiamente dicha).

La voz es el órgano natural y precioso de la palabra, y sirve para expresar no sólo la idea, sino sus matices, el juicio o estimación que hacemos de la cosa, y todos los sentimientos del ánimo. Así como cada idea se expresa con diversa palabra, cada sentimiento tiene su tono y expresión propia. El entusiasmo, el amor, el odio, el desprecio, la ira, todo tiene timbre y expresión que da la facultad, al que sabe encontrarlo, de comunicar a los demás ese especial sentimiento que lo domina.

Ante todo, es indispensable pronunciar con correción y con exactitud, sin suprimir letras o precipitar sílabas; la buena articulación, sobre todo al final de las frases, facilita la perfecta inteligencia; y parece que aumenta la intensidad o volumen de la voz, por cuanto el oído percibe con más distinción sus inflexiones. Deben marcarse con distinción, pero sin exageración, el acento gramatical y el ideológico.

El timbre o metal de la voz es muy importante para hacer más facilmente perceptible y más agradable el discurso; lo da la naturaleza, pero lo perfecciona el arte. Hay que evitar por fin la elevación repentina o injustificada de la voz, así como su excesiva depresión, y los gritos destemplados, que suelen llamarse "salidas de tono".

En cuanto a la acción propiamente dicha, hay que fijarse en la expresión del semblante, los movimientos de los brazos y la actitud del cuerpo. La fisonomía, y sobre todo la mirada, es expresiva en extremo. En el semblante se refleja admirablemente los afectos del ánimo, y es a veces más expresiva que la voz. El que siente lo que dice a su rostro expresar naturalmente los sentimientos, sólo cuidando de evitar, por una sana moderación, las gesticulaciones exageradas y ridículas.

Cosa parecida debe decirse del movimiento de la cabeza y cuerpo, y sobre todo de los brazos; procúrese la moderación y elegancia del accionado, y que éste vaya de acuerdo con la palabra, ayudándola.

La declamación oratoria, pues, debe ser expresiva, moderada y artística.

LECCION XLVI.

Diversos Géneros Oratorios. Oratoria Sagrada.

Los antiguos siguiendo a Aristóteles, dividían la elocuencia en tres géneros: demostrativo, deliberativo y judicial. Comprendía el primero, los panegíricos, felicitaciones y cogratulaciones, y en general lo que significaba alabanza o vituperio.

Servía el segundo para aconsejar o disuadir, y por lo tanto en él entraban los discursos políticos y parlamentarios, y otros parecidos.

Al género judicial comprendía la acusación y defensa de los reos, y todo lo concerniente a la aplicación de las leyes. Actualmente la división más general de la elocuencia es: la sagrada, la política y la forense; añadiéndose a estos tres principales otros géneros menores de elocuencia: académica, filosófica, panegírica, militar, etc.

Trataremos brevemente los tres principales géneros.

La Oratoria Sagrada es la encargada de anunciar a los hombres las verdades de la Religión y persuadirlos a abrazarlos y practicarlas. El Divino Salvador encargó la predicación de su doctrina a los apóstoles y sus sucesores, predicación que se continúa en la Iglesia y se continuará hasta el fin del mundo, y que, aunque se apoya principalmente en la eficacia de la misma doctrina, en el celo apostólico y en la Gracia del Espíritu Santo, no desprecia ni descuida la preparación y los medios humanos, y bajo este concepto, que es como aquí la consideramos, cae bajo los preceptos del arte de la elocuencia.

Por su objeto, la elocuencia sagrada es la más noble que pueda imaginarse, puesto que trata de promover directamente la gloria de Dios y el bien de las almas.

Las fuentes de la oratoria sagrada son la Sagrada Escritura y la Tradición, contenida principalmente en las decisiones y enseñanzas de la Iglesia, y en las obras de los Santos Padres testigos de la tradición a la vez que eminentes oradores muchos de éllos; lo son también secundariamente, la liturgia, las ciencias teológicas y aún las profanas, la moral, la historia etc.

Por lo variado de los asuntos que ha de tratar y de los auditorios a quienes pueda dirigirse, la oratoria sagrada admite todos los tonos y estilos, desde el más llano y sencillo hasta el sublime, pero siempre acomo-

dados al asunto y a los oyentes. Sus cualidades generales deben ser la claridad, la gravedad y nobleza y la corrección.

La cualidad característica de la elocuencia sagrada, y que la distingue de cualquier otra, es la **unción,** que es cierta suavidad que resulta de la misma doctrina creída y sentida, y de la caridad de Dios y de los hombres que debe animar la predicación.

El orador sagrado debe huir siempre la afectación y aún el demasiado pulimiento u ornato, como indigno de la seriedad de la Divina Palabra; sobre todo debe huir de la **profanidad,** o sea lo que tenga sabor a mundano o poco modesto.

Por la materia o el modo de tratarla suelen darse diversos nombres a los discursos sagrados: mencionaremos algunos.

Llámase en general **sermón,** todo discurso sagrado que se acomoda a las reglas del arte. El sermón **dogmático,** puede tener por fin la ilustración o la piedad de los oyentes, el **moral** mira a las costumbres y a la acción.

Se llama **panegírico** el discurso en que se celebran las virtudes y ejemplos de algún santo. **Homilía** es la exposición sencilla de algún pasaje evangélico o de la Sagrada Escritura.

Conferencia es un discurso que expone, prueba o defiende alguna verdad de fe: este género puede elevarse a grande altura, como en las conferencias del púlpito de Ntra Señora de París, o dirigirse al pueblo en frase sencilla y como en confianza, y entonces se llaman conferencias familiares. Cualquiera conferencia en ésta última forma suele llamarse plática.

Finalmente la **oración fúnebre** es un discurso en que, ante el féretro o lo que lo represente, se enaltecen, las virtudes de un difunto para ejemplo de los vivos. En éste más que en otro género debe tenerse presente que nunca debe abatirse la palabra de Dios a fines puramente mundanos.

La oratoria sagrada, dsconocida del paganismo, sa ha elevado en el cristianismo a incomparable altura, y desde los Santos Padres hasta los grandes predicadores modernos, nos ha dejado magníficos modelos de elocuencia que deben estudiar cuantos estiman el don de la palabra.

LECCION XLVII.

ORATORIA POLITICA.

La **oratoria política** comprende los discursos parlamentarios, los de las juntas y comicios populares, y todos aquellos que se refieren al buen gobierno y administración de la sociedad bajo su aspecto político, económico, etc.

Por su fin, este género oratoro es el más importante después del sagrado, ya que trata de la estabilidad pública; y por los diversos objetos particulares que comprende, es de suma variedad y admite los mayores arranques de la elocuencia; regularmente es combativo, porque, casi siempre en materias políticas están divididas las opiniones, y hay que triunfar de diversas tendencias y pasiones fuertemente exaltadas. Por lo mismo, admite y usa de todos los recursos de la elocuencia.

Requiere la elocuencia parlamentaria, conocimientos generales y nada comunes; y en especial, un estudio muy detenido de la historia, de las ciencias sociales, y particular del país o de la sociedad de cuyos intereses se trata; debe el orador político estar dotado de un grande amor a la justicia y de exquisita prudencia.

Admite todos los tonos de elevación, pues podrá dirigirse a las asambleas de hombres escogidos para legislar y regir los destinos de un pueblo, o a las juntas formadas por diversas clases sociales, o a las multitudes en que predomina el pueblo inculto. Es preciso que el orador tenga muy en cuenta el número y la clase de sus oyentes.

Pueden adscribirse a este género, la **elocuencia militar** y la **periodística.** Llámanse **arengas,** los pequeños discursos que usan los jefes para exitar el ánimo de los soldados. Son las arangas breves discursos en que no deben faltar las razones convincentes al mismo tiempo que el impulso del entusiasmo y del valor; deben ser concisas y enérgicas.

También se sirve la elocuencia, del periódico, para convencer y persuadir; en este caso, los artículos de periódico sirven de portavoz y de medio de convencer, y pueden considerarse como pequeños discursos, que por lo mismo que están destinados a la lectura y pueden ser examinados despacio, deben ser sumamente correctos, y con elocuencia fundada en razones convincentes.

Finalmente aquí podemos añadir como conexos o similares a este género, los discursos **académicos,** que son los que se pronuncian en academias científicas, fiestas patrias o reuniones sociales, y otros discursos que pudiéramos llamar **menores.** Todos ellos se caracterizan por su objeto, y deben proporcionarse en su estilo y demás propiedades, al fin que pretenden y a las demás circunstancias, sobre todo, al auditorio. Comprendemos también entre ellos el género **panegírico** o **laudatorio,** del que sólo diremos que debe huir de la adulación y adoptar un tono noble correspondiente a su objeto.

LECCION XLVIII.

ORATORIA FORENSE.

La **oratoria forense** tiene por objeto la recta interpretación y aplicación de las leyes a casos determinados. Por su fin particular, tiene un campo menos amplio que los otros géneros de oratoria, y por tanto, admite menos vuelos de imaginación y estilo, hay en ella pocas ocasiones de concitar las pasiones y de conmover, y, más que los otros géneros, es positiva, es decir, se refiere y frecuentemente se concreta a dilucidar hechos y circunstancias, y a buscar el sentido de la ley para aplicarla a hechos concretos.

Sin embargo, como se ventilan a veces en los tribunales causas de mucho interés, por ejemplo, cuando se trata de salvar la vida o la honra de una o muchas personas, y como en la decisión o fallo de los jueces influye mucho la disposición de su ánimo, no prescinde en absoluto el abogado de los recursos que exitan la imaginación y mueven los sentimientos; pero los emplea con moderación y siempre subordinados al carácter positivo de las pruebas. Cuando se trata de causas públicas en que se interesa un pueblo, y que a veces son decididas por un jurado, el orador tiene más campo para desplegar sus vuelos, y reviste el discurso forma más solemne.

Limítase el discurso forense a patrocinar una causa, o a acusar o defender a un reo; de aquí su división en civil o criminal. La principal fuente de argumentación es la ley y su interpretación o sea la jurisprudencia. Las cualidades principales de esta clase de discurso son: la solidez, la precisión y la claridad. El foro exige mayor concición que la tribuna y el púl-

pito, tanto por su objeto preciso y regularmente limitado, como también porque se dirige a los jueces que se suponen personas ilustradas a quienes no deslumbre la verbosidad. Usase mucho en estos discursos el epílogo, para fundar la petición sobre las pruebas reunidas, con la cual regularmente se concluye.

Entre los antiguos tuvo grande importancia la oratoria forense, por cuanto el derecho no estaba tan precisamente marcado en la ley escrita y daba más lugar a los principios generales de jurisprudencia y al discurso del jurisperito. En la actualidad, éste debe estar muy versado en las leyes, y ser sumamente cuidadoso y perspicaz en el examen de los hechos.

LECCION XLIX.

EL EJERCICIO.

Aunque la literatura preceptiva o sea las reglas del arte son utilísimas y en ciertos casos indispensables para hablar bien, no son ellas las que dan ese bien hablar, sino tan sólo ayudan y dirigen para alcanzarlo. La facilidad, la destreza y la perfección del arte literario sólo se alcanzan por el ejercicio, supuestas la disposición natural y la afición. Ese ejercicio consiste en la lectura, la escritura y la pronunciación.

Es necesaria la lectura, porque con ella se aprenden voces y giros, se adquieren conocimientos, se despiertan las facultades, se forma el gusto. Es necesaria una lectura asidua y discreta: asidua, porque el trabajo y la constancia son las que, en esto como en todo, dan habilidad, y sin ellos nada se adquiere; discreta, escogiendo los modelos buenos en sí mismos, graduados en su uso, y que más se adapten a las propias facultades y carácter. Conviene dar la preferencia, al menos al principio, a los autores clásicos, para que la cultura literaria se base en buen cimiento, y no se extravíe y pervierta el gusto.

"La pluma, dijo Cicerón, es el mejor y más excelente maestro del bien hablar". Escribiendo con cuidado, corrigiendo lo escrito, imitando, examinando, comparando, se adquiere a la vez que facilidad, perfección y gusto en el decir. Bueno y necesario es hablar e improvisar, pero mejor es escribir, para luego hablar con más mesura, aplomo y perfección. Antes de escribir hay que estudiar bien la materia: a quien tiene bien escogido

y meditando el asunto, no le faltará ni la abundancia, ni el orden lúcido de que habla Horacio. Es necesario ejercitarse también con mesura en el hablar, pero siempre con la debida preparación. Al menos en el principio de su carrera, conviene al orador escribir lo que ha de pronunciar en público.

Finalmente, la declamación, (buena pronunciación, voz expresiva, acción elegante), no sólo avalora lo que se dice, sino también despierta y cultiva las facultades del que lo dice.

CUESTIONARIO

LECCION PRIMERA.

Qué es literatura. Qué es estética. En qué consiste la belleza. En dónde está la belleza. Cuáles son las diversas clases de belleza. Qué es belleza natural y qué artística. Qué es belleza física y que moral. Qué puede el hombre con respecto de la belleza. A qué llamamos bello ideal.

LECCION SEGUNDA.

Cuáles son los principales grados de la belleza. Qué es gracia, qué es elegancia, qué es nobleza, qué es delicadeza, qué es sublimidad. Qué clases de sublimidad podemos distinguir. Qué es fealdad. Qué es lo cómico. Quién es lo bufo. Puede ser la fealdad un elemento estético. Ejemplos de los diversos grados de belleza.

LECCION TERCERA.

A quién llamamos artista. Quién es el supremo artista. Cómo es artista el hombre. Qué se entiende por inspiración o numen poético. Qué es arte. Cuáles son las bellas artes. Cuál es el fin próximo del arte. Cuál es su fin último.

LECCION CUARTA.

Cuáles son las dos tendencias del arte. Qué se entiende por realismo. Qué es idealismo. Debe seguirse esta teoría? Cuál será la tendencia que deba prevalecer en las obras de arte.

LECCION QUINTA.

Qué se necesita para ser artista. Qué se entiende por gusto en literatura. Cómo se perfecciona el gusto. Quién es el juez del buen gusto. Qué facultades humanas son las que debe poseer en alto grado y cultivar el artista. Cómo ha de educar el artista estas facultades. A qué llamamos crítica literaria.

LECCION SEXTA.

A qué llamamos obra literaria. En ella, a qué llamamos fondo y forma. Qué es forma interna y externa. De cuántos modos puede ser la palabra artística. Aclárese lo dicho con un ejemplo y en él señalese el fondo, la forma interna y la externa.

LECCION SEPTIMA.

A qué se llama pensamiento en literatura. Cómo deben ser los pensamientos para formar la obra literaria. Cuáles son las cualidades principales de los pensamientos. Qué es verdad. Cómo se llaman los pensamientos a que falta este dote. De cuántas maneras debe ser la verdad. Qué se entiende por ficción poética. Qué es claridad. Cuáles son las cualidades opuestas a la claridad. Qué se entiende por honestidad. Enumere usted algunos otros dotes menos principales de los pensamientos.

LECCION OCTAVA.

A qué llamamos lenguaje. Cuáles son los elementos del lenguaje. Qué diferencia hav entre gramática y literatura. Qué es lenguaje literario. Cómo debemos expresarnos. De cuántas maneras pueden ser las palabras. Qué son voces simples, compuestas, primitivas, derivadas, de sentido propio o trasladado, homónimas, sinónimas, equívocas. Qué uso tienen las voces sinónimas. Cuál las equívocas. Ejemplos. Qué son voces técnicas. Qué son voces arcaicas, nuevas, extranjeras y cultas; y cuál es el buen uso de todas estas voces.

LECCION NOVENA.

Cuáles son las cualidades del lenguaje. Qué se entiende por pureza de lenguaje y qué vicios se oponen a ella. Qué formas o expresiones no se oponen a la pureza. Cómo se adquiere esa cualidad. Qué es propiedad. Qué vicios se oponen a la propiedad. Cómo se consigue. Qué es armonía. Cómo debe buscarse. Qué es melodía. Qué vicios se oponen a la armonía.

LECCION DECIMA.

Qué es cláusula. Qué es cláusula compuesta. Qué es cláusula periódica. Qué es período y qué partes se distinguen en él. Qué diversos nombres toma el lenguaje según las cláusulas que prevalecen en él. Cuándo se usan esas diversas clases de lenguaje. Anúnciense otras reglas para el buen uso de las cláusulas.

LECCION UNDECIMA.

Qué es lenguaje figurado. El lenguaje figurado, es natural? Qué cualidades generales debe tener. Qué cosas comprende el lenguaje figurado. Qué es tropo. De cuántas maneras puede ser. Cuántos y cuáles son los tropos de dicción. Qué es metáfora. Para qué sirve la metáfora. Cuáles son sus cualidades. Explíquese el uso y cualidades de la metáfora con un ejemplo. A qué se llama alegoría. Ejemplo.

LECCION DUODECIMA.

Qué es sinécdoque. Géneros más usados de sinécdoque. Que es antonomasia. Ejemplos. Qué es metonimia. Géneros y Ejemplos. Cuáles son los principales tropos de sentencia. Qué es ironía. Qué es sarcasmo. Qué es hipérbole.

LECCION DECIMA TERCERA.

Qué es figura. Cómo se dividen las figuras. Qué son figuras de dicción o de palabra. En qué o cómo se distinguen las de pensamiento. En cuántas clases se dividen las figuras de dicción. Cuáles son las figuras por adición y supresión, y en qué consiste cada una de ellas. Ejemplos. Cuáles son las figuras de dicción por repetición y en qué consiste cada una de ellas. Las figuras de dicción por combinación, de cuántas maneras pueden ser. Dígase el nombre especial de cada una de ellas, y algún ejemplo.

LECCION DECIMA CUARTA.

Qué son figuras de pensamiento y cómo se dividen. Cuál es la propiedad de cada una de éstas divisiones. ¡Cuáles son las figuras descriptivas o pintorescas. Defínase cada una de ellas. Descripción. Narración. Hipotiposis. Topografía. Prosopografía. Etopeya. Carácter. Retratos. Paralelos. Perífrasis. Enumeración. Comparación o Simil. Antítesis. Díganse algunos ejemplos.

LECCION DECIMA QUINTA.

Qué son figuras lógicas. Defínanse las siguientes, dando ejemplos de cada una de ellas: Sentencia, Epifonema, Dubitación, Concesión, Corrección, Gradación. Atenuación. Preterición. Reticencia. Qué son figuras patéticas. Defínanse las siguientes con ejemplos: Apóstrofe, Histerorogía, Dialogismo, Imposible, Exclamación, Interrogación, Optación, Imprecación Deprecación, Conminación, Obtestación.

LECCION DECIMA SEXTA.

A qué se llama imagen en literatura. Explíquese en la definción. Cómo debe ser la relación que media entre la imagen y la idea primitiva. A qué se llama imagen o metáfora múltiple. Qué cosas o ideas puede substituir una imagen. Cualidades de una buena imagen. Imágenes viciosas.

LECCION XVII.

Qué es estilo. De donde procede la diversidad de estilos. Es lo mismo lenguaje que estilo? Cómo dividiremos el estilo. Qué es el estilo subjetivamente considerado? Cómo puede formarse cada cual su propio estilo. Qué es el estilo objetivamente considerado. Y formalmente considerado? Cómo dividiremos el estilo por razón de su forma. Hay otras clases de estilo?

LECCION XVIII.

Qué es armonía. De qué resulta la armonía. Cómo podremos formarnos el oído y adquirir esa cualidad de armonía. Hay otra armonía aparte de la puramente extensa de la frase? A qué se llama armonía imitativa. Qué se puede imitar. Ejemplos. A qué se llama melodía y ritmo y número.

LECCION XIX.

Qué es verso. Cuáles son sus elementos esenciales. A qué se llama arte métrico. Qué es medir un verso. Cómo se mide. Qué son licencias métricas y cuáles son. Qué es diéresis. Y diástole. A qué se llama acento métrico. Ejemplos. A qué se llama acento rítmico. Qué es rima. Qué es asonancia. Qué es consonancia. Cómo se llaman los versos que no llevan rima.

LECCION XX.

Cómo se clasifican los versos castellanos. Cuáles son los que están en uso. Cuáles son los versos divididos o bipartitos. Qué nombre especial suele darse a algunos versos. Pueden precisarse las sílabas en que se colocan los acentos? Cómo se conoce prácticamente si un verso tiene los acentos bien colocados. Cuáles son los versos más usados. Puede usted citar ejemplos de diversas clases de versos? Qué puede usted decirme en particular sobre el verso endecasílabo. En cada composición cuántas clases de versos se usan. Pueden combinarse en grupos?

LECCION XXI.

Qué se entiende por combinaciones métricas. Qué son estrofas. Hay muchas combinaciones métricas? Cuántas clases de combinaciones métricas están en uso en castellano. Qué son versos pareados. Qué son tercetos. Qué son cuartetos y de cuantas clases. Ejemplos. A qué se llaman quintetos y sextetos. Ejemplos. Qué es octava real. Ejemplo. Qué es redondilla y quintilla y octavilla y décima. Ejemplos de cada una de esas combinaciones. Qué es soneto. Qué es silva.

LECCION XXII.

A qué se llama Lira. Qué es verso sáfico. Adónico. Qué rima tienen los sáficos. Pueden hacerse otras combinaciones de versos consonantados? Qué es seguidilla. Qué se entiende por romancillo, romance y romance heroico. Qué es verso libre. Qué combinaciones se hacen con los versos asonantados.

LECCION XXIII.

En cuántos y cuáles géneros dividimos las obras literarias. Qué es género histórico. Cuándo pertenece la historia a la literatura. De cuántas y cuáles maneras puede ser la historia. Cuál es la ley principal de la historia. Qué son obras histórico-novelescas. Qué es anacronismo. Cómo se ameniza la historia.

LECCION XXIV.

Qué se entiende por descripción y qué por narración. Cuáles son las leyes de una y de otra. Qué es novela. En qué conviene y en qué se distingue del drama de la epopeya. Qué estilo debe tener la novela. Cómo y en qué estilo se escribe la novela. Diversas clases de novelas y caracteres de cada una de esas clases. Novelas de costumbres.

LECCION XXV.

Género didáctico. Qué es. Cuándo las obras científicas pertenecen a la literatura. Cuál es el objeto o fin de las obras científico literarias. Cuál su forma. Cómo dividimos las obras didácticas. Cuál debe ser su estilo. Se admite el tecnicismo? Qué otras obras pueden incluirse en este género.

LECCION XXVI.

Qué es poesía. Qué es obra poética. En qué se diferencia la obra poética de las otras obras literarias. En qué hacen consistir la poesía algunos autores. El verso es esencial a la poesía? Qué quiere decir poeta. Cuál es el objeto de la poesía. Qué facultades humanas la producen.

LECCION XXVII.

Qué es lenguaje poético. En qué consiste. Qué son licencias poéticas. Cuáles son. Ejemplos. Cuáles son las diversas especies de poesía.

LECCION XXVIII.

Qué es poesía lírica. Porqué se llama así. Cuál es el objeto de la lírica y su forma. Qué es lo que da unidad al poema lírico. Cuál es el rasgo característico de la lírica. Qué lenguaje usa. Cómo se clasifican los poemas líricos. Cuáles son los poemas líricos más usados. Qué es oda. Cuáles son sus diversas clases. Qué es elegía.

LECCION XXIX.

Qué es himno. Qué es canción. Letrilla. Epitalamio. Madrigal. Soneto (como composición lírica.)

LECCION XXX.

Qué es epopeya. Origen de la epopeya. Poema épico. Importancia de la epopeya. Canto épico. A qué se llama acción épica y cuáles son sus caracteres. Qué son episodios. Qué son personajes. Cuál es la forma externa del poema épico.

LECCION XXXI.

Qué es drama. Porqué es género mixto. En qué consiste el interés que despierta el drama. Cuáles son los caracteres de la acción dramática. Explicar cada uno de ellos: unidad, interés, verosimilitud. Cuál es el estilo propio del drama. Cuál es la forma externa del drama.

LECCION XXXII.

Qué composiciones principales comprende el género dramático. Qué es tragedia. Cuál es su fin y cuáles sus caracteres. Qué es comedia. Qué clases de comedias hay. Qué es sainete. Qué es drama. Cuál fué el principio y desarrollo histórico de la tragedia. Cuáles han sido los autores dramáticos más renombrados.

LECCION XXXIII.

Qué es poesía bucólica y a qué género poético corresponde. Porqué se llamó bucólica. Qué es eglega. Qué son dramas pastoriles. Dígase una palabra sobre el desarrollo histórico de esta clase de poemas. Cuáles son los caracteres de la poesía bucólica. En qué consiste su encanto, y qué defectos han de evitarse en esa poesía.

LECCION XXXIV.

Qué es elocuencia. Cuál es el supremo triunfo de la elocuencia. Qué es oratoria. Es arte la oratoria? En qué se diferencia de la retórica. Importancia de la oratoria.

LECCION XXXV.

Cuáles son los medios para persuadir. Elementos del discurso oratorio en orden a la persuación. Cuáles son las cualidades del orador, naturales y adquiridas. Cómo definían los antiguos al orador.

LECCION XXXVI.

Cuáles son las circunstancias del discurso. Oportunidad. Fin del discurso. Auditorio. Comunicación con el auditorio.

LECCION XXXVII.

A qué se llama discurso oratorio. Qué se entiende por tema, por fin y por cuestión de un discurso. Qué es lo que constituye el fondo y la forma de un discurso. Cómo se convence. Qué es invención. Diversas clases de argumentos. Qué son tópicos. Qué debe observarse en la presentación de las pruebas.

LECCION XXXVIII.

De qué medios se vale el orador para agradar. Materia del discurso y modo de presentarla para agradar. Forma. Extensión. Cómo se mueven los sentimientos y afectos. A qué se llaman visiones. A qué, pasiones oratorias. Moderación. Cómo se persuade a la voluntad.

LECCION XXXIX.

El discurso debe tener unidad? Qué es lo que da esa unidad. Qué es disposición o plan. Cuáles son las partes del discurso oratorio. Cuáles de ellas son esenciales.

LECCION XL.

Qué es exordio. Cuándo puede omitirse el exordio. Puede hacerse muy breve? Qué extensión debe tener regularmente el exordio. Qué estilo debe usarse en él. Por qué debe ser correcto. Qué otras cualidades debe tener. ¿Cuántas clases hay de exordios y cuando se usa cada una de ellas.

LECCION XLI.

Qué es proposición. Cuál es su fin. Cuáles sus cualidades. Porqué es importante. Cuál es su lugar propio en el discurso. De cuántos modos puede ser. Qué es división. Pueden subdividirse las partes de la proposición? Cuándo y cómo. Qué es narración. Cómo se llama en los discursos forenses. Cuáles son sus cualidades.

LECCION XLII.

Qué es confirmación. Qué es refutación. Cuándo es necesaria ésta última, y dónde se coloca. Qué dificultades deben disiparse y cómo. Por qué es importante la confirmación. Cuál es el orden en que deben colocarse los argumentos. Qué debe hacerse cuando no hay nada que probar.

LECCION XLIII.

Qué es peroración. Importancia de la peroración. Cómo se logra el objeto de la peroración. Qué es epílogo. Cuál es el objeto del epílogo. Cómo consiguen su objeto la peroración y el epílogo. Cuándo puede omitirse la peroración. Cómo debe concluirse el discurso.

LECCION XLIV.

Cuál es el estilo propio de la oratoria. Por qué y cómo participa del estilo didáctico y del poético. Qué figuras predominan en la oratoria. El estilo oratorio, es uniforme o admite variedad y por qué. Ejemplo. Cómo debe ser la elocución oratoria. Qué es amplificación. Su importancia en la oratoria. Vicios que ha de evitar la amplificación. Cómo se aprende el acertado uso de la amplificación oratoria.

LECCION XLV.

Es importante la acción oratoria? Qué se entiende por acción oratoria. Cómo hay que pronunciar. Qué hay que decir sobre el timbre y el tono de la voz. Qué es la acción propiamente dicha. Reglas para la fisonomía, para el cuerpo, cabeza y brazos. Cuáles son las cualidades generales de la declamación oratoria.

LECCION XLVI.

Cómo dividían los antiguos las producciones de la oratoria. Para qué servía cada uno de los tres géneros. Actualmente cuál es la clasificación más generalmente usada. Cuál es el objeto de la oratoria sagrada. De qué medios dispone. Cae bajo los preceptos del arte? Importancia de la oratoria sagrada. Cuáles son sus fuentes. Cuál estilo requiere. Cuál es su cualidad característica. Cualidades especiales. Qué es sermón. Cuáles son sus clases. Qué es panegírico. Homilia. Conferencias. Oración Fúnebre.

LECCION XLVII.

Qué discursos comprende la oratoria política. Qué importancia tiene este género oratorio. Cuál es su carácter especial. Qué conocimientos requiere y de qué medios se sirve. Qué estilos y tonos admite. Tiene algunos géneros subalternos? A qué se llama elocuencia militar. Qué son arengas. A qué se llama elocuencia periodística. A qué se llaman discursos académicos. Qué es panegírico.

LECCION XLVIII.

Qué objeto tiene la elocuencia forense. Cuál es su campo de acción ordinario y extraordinario. En qué se divide. Cuál es la fuente principal de la argumentación forense. Cuáles son las cualidades principales de los discursos forenses. Tiene este género igual importancia hoy que en la antigüedad?

LECCION XLIX.

¿Bastan las reglas para hablar bien? Qué es lo que más ayuda a adquirir esa facultad. Porqué es necesaria la lectura y cómo debe hacerse. Porqué es necesario escribir y de qué modo. Porqué y cómo debe ejercitarse el hablar. Porqué es necesaria la declamación.

Sinopsis de la Literatura Preceptiva.

LITERATURA	**Generalidades.**	Arte. Gusto. Obra Literaria.
	Elocución	Pensamiento.
	o Retórica.	Lenguaje.
		Cláusulas.
		Tropos.
		Figuras.
		Estilo.
		Armonía. Verso.
	Géneros Literarios.	1. Género Histórico. Historia. Novela.
		2. Género Didáctico.
		3. Género Poético. Poesía lírica, épica y dramática: Tragedia, Comedia y Drama.
		4. Género Oratorio. Elocuencia. Discurso Oratorio. Oratoria sagrada, política y forense.
	Ejercicio.	Lectura, escritura y pronunciación.

FIGURAS.

- **Tropos.**
  - **De dicción.**
    - Metáfora.
    - Sinécdoque.
    - Metonimia.
  - **De sentencia.**
    - Alegoría.
    - Ironía.
    - Hipérbole.
- **Figuras de Dicción.**
  - **Por adición o supresión.**
    - Asíndeton.
    - Polisíndeton.
    - Epíteto.
  - **Por repetición.**
    - Repetición.
    - Reduplicación.
    - Concatenación.
    - Epanadíplosis.
  - **Por combinación.**
    - De sonidos.
      - Aliteración.
      - Asonancia.
    - De accidentes gramaticales.
      - Derivación.
      - Similicadencia.
    - De significado.
      - Sinonimia.
  - **Pintorescas.**
    - Hipotiposis.
    - Diatiposis
    - Topografía.
    - Etopeya.
    - Prosopografía.
    - Carácter.
    - Retrato
    - Paralelo.
    - Perífrasis
    - Enumeración.
    - Comparación.
    - Antítesis.

Figuras de Pensamiento.	**Lógicas.**	Sentencia. Epifonema. Dubitación. Concesión. Corrección. Gradación. Atenuación. Preterición. Reticencia.
	Patéticas.	Apóstrofe. Histerología. Dialogismo. Imposible. Exclamación. Interrogación. Optación. Imprecación. Deprecación. Conminación. Obtestación.

APENDICE.

Algunos modelos para el estudio y aplicación de las reglas.

EL ENTIERRO DE UN NIÑO EN LA SIERRA.

(Narración descriptiva.)

Veíase una mañana descender por una cuesta pedregosa a un grupo que caminaba con paso lento y compasado. Componíase de tres hombres cubiertos con sus capas, las cuales, como en las ocasiones solemnes, pendían a ambos lados como ropas talares. Precedíales un mulo, sobre el que estaba colocado un pequeño féretro blanco y celeste, cubierto de flores.

Los tres hombres callaban, y el silencio no era interrumpido sino por la suave queja de un arroyo, que con ellos bajaba la cuesta, como si acompañase en la última jornada a un hermano suyo, cuya vida hubiese parado en el hielo de un anticipado invierno; por el melancólico suspiro que exhalaba la brisa al ver finada una vida que había sido un soplo cual ella; por el divino trino que de cuando en cuando lanzaba el ruiseñor, como un desahogo de su armonioso corazón; y por el ruido de la compasada y uniforme pisada del mulo, que parecía el de la péndula de un reloj, que abreviase a la vez el tiempo y la distancia.

Llegado que hubieron al próximo pueblo, que era La Higuera, se encaminaron al Campo Santo, bien denominado así, pues en éste como en los templos, la Iglesia nos acoge, nos hace iguales y nos bendice. Los hombres abrieron un hoyo en tierra; en él depositaron el féretro blanco y celeste, que contenía el pequeño cadáver, ángel dormido al que Dios concedía el descanso sin el cansancio, mientras las campanas de la vecina iglesia repicaban al favorecido de Dios la enhorabuena.

Cuando cayó la primera paletada de tierra sobre la caja, produjo un sonido hueco y sordo, cual si la rechazase, el que fué acompañado por un gemido que exhaló aquel de los tres hombres que había quedado algo apartado, retorciendo entre sus manos el sombrero que se había quitado por respeto al lugar sagrado, donde dejaba al hijo que había sobrevivido a dos hijos mayores que había perdido recientemente.

¡El adiós es siempre una triste fórmula; pero en el Campo Santo es donde se convierte en una solemne verdad!

(Fernán Caballero, novelista español, 1796—1877.)

LA YEDRA.

(Imágenes).

Ella a todo se apega, a todo se arraiga, con la gracia y la benevolencia de la juventud, con la fuerza y constancia de la edad madura: adorna lo desnudo, como un tapicero; tupe los vacíos, como un albañil; aplica sobre las rocas guirnaldas en relieve, como un escultor; abriga a las pobres dolientes ruinas, como una Hermana de la Caridad; pone al árbol muerto, que

fué su amigo, una verde mortaja; y prendiéndose de una en otra rama de los árboles, por entre las cuales pasa la senda del hombre, forma arcos, cual si quisiese honrarle como a rey de todo lo creado. En fin la yerba de los montes, con sus profusas y pequeñas hojas, sus espesos y vistosos ramilletes, es el lujo y compostura de la sierra; fórmale sus moños, sus faralaes, sus bordados y sus perifollos. Es, por último, el rico aderezo de esmeraldas que no aja el calor, que no descolora la humedad, que no marchita el sol, y que no deslustra el tiempo.

(Fernán Caballero.)

LOS BIENES DE LA VIRTUD.

(Amplificación oratoria).

Este es aquel bien que por todas partes es bien, y ninguna cosa tiene mal. Por donde con grandísima razón envió Dios al justo aquella tan magnífica embajada, la más breve en palabras y la más larga en mercedes que pudiera enviar: **Decid al justo que bien.** Decidle que en hora buena él nació, y que en hora buena morirá, y que bendita sea su vida y su muerte, y lo que después de ella sucederá. Decidle que en todo le sucederá bien: en los placeres y en los pesares; en los trabajos y en los descansos; en las honras y en las deshonras; porque a los que aman a Dios, todas las cosas sirven para bien. Decidle que, aunque todo mundo vaya mal, y aunque se trastornen los elementos, y se caigan los cielos a pedazos, él no tiene porqué temer, sino porqué levantar la cabeza; porque entonces se llega el día de su redención. Decidle que bien; pues para él está aparejado el mayor bien de los bienes que es Dios, y está libre del mayor mal de los males, que es la compañía de Satanás. Decidle que bien; pues su nombre está escrito en el libro de la vida, y Dios Padre lo ha tomado por hijo, y el Hijo por hermano, y el Espíritu Santo por su templo vivo. Decidle que bien, pues el camino que ha tomado y el partido que ha seguido, por todas partes le viene bien; bien para el ánima y bien para el cuerpo; bien para con Dios, y bien para con los hombres; bien para esta vida, y bien para la otra; pues a los que buscan el reino de Dios, todo lo demás será concedido. Y si para alguna cosa temporal no viniere bien, ésta, llevada con paciencia, es mayor bien; porque a los que tienen paciencia, las pérdidas se les convierten en ganancias, y los trabajos en merecimientos, y las batallas en coronas.

(Fr. Luis de Granada, 1504—1588.)

MARIA SMA. TIPO PERFECTO DE LA MUJER.

(Oratoria académica.—Fragmento de un discurso sobre la Biblia.)

Para conocer a la mujer por excelencia, para tener noticia cierta del encargo que ha recibido de Dios, para considerarla en toda su belleza inmaculada y altísima, para formarse alguna idea de su infuencia santificadora, no basta poner la vista en aquellos tipos de la poesía hebraica que hasta ahora han deslumbrado nuestros ojos y han embargado nuestros sentidos dulcemente. El verdadero tipo, el ejemplar verdadero de la mujer no es Rebeca, ni Débora, ni la esposa del Cantar de los cantares, llena de fragancias como una taza de perfumes. Es necesario ir más allá y subir más alto; es necesario llegar a la plenitud de los tiempos, al

cumplimiento de la primitiva promesa; para sorprender a Dios formando el tipo perfecto de la mujer, es necesario subir hasta el trono resplandeciente de María. María es una creatura aparte, más bella por sí sola que toda la creación: el hombre no es digno de tocar sus blancas vestiduras; la tierra no es digna de servirle de peana; su blancura excede a la nieve que se cuaja en las montañas, su rosicler al rosicler de los cielos, su esplendor al esplendor de las estrellas. María es amada de Dios, adorada de los hombres, servida de los ángeles. El hombre es una creatura nobilísima, porque es señor de la tierra, ciudadano del cielo, hijo de Dios; pero la mujer se le adelanta y le deslustra y le vence, porque en María tiene nombres más dulces y atributos más altos. El Padre la llama hija y le envía embajadores: el Espíritu Santo la llama esposa y le hace sombra con sus alas; el Hijo la llama madre, y hace su morada en su sacratísimo vientre; los serafines componen su corte; los cielos la llaman reina, los hombres la llaman Señora; nació sin mancha, salvó al mundo, murió sin dolor, vivió sin pecado.

Ved ahí a la mujer, Señores, ved ahí a la mujer; porque Dios en María los ha santificado a todos: a las vírgenes, porque ella fué Virgen; a las esposas, porque ella fué esposa, a las viudas, porque ella fué viuda; a las hijas, porque ella fué hija, a las madres, porque ella fué madre. Grandes y portentosas maravillas ha obrado el cristianismo en el mundo: él ha hecho paces entre el cielo y la tierra: ha destruido la esclavitud, ha proclamado la libertad humana y la fraternidad de los hombres; pero con todo eso, la más portentosa de sus maravillas, la que más hondamente ha influido en la constitución de la sociedad doméstica y de la civil, es la santificación de la mujer, proclamada desde las alturas evangélicas. Y cuenta, Señores, que desde que Jesucristo habitó entre nosotros, ni sobre las pecadoras es lícito arrojar los baldones y el insulto; por que hasta sus pecados pueden ser borrados por sus lágrimas. El Salvador de los hombres puso a la Magdalena debajo de su amparo; y cuando hubo llegado el día tremendo en que se anubló el sol y se estremecieron y dislocaron dolorosamente los huesos de la tierra, al pié de la cruz estaban juntas su inocentísima Madre y la arrepentida pecadora, para darnos así a entender, que sus amorosos brazos están abiertos igualmente a la inocencia y al arrepentimiento.

(Donoso Cortés, orador español, 1809—1853.)

LA VIDA RETIRADA.

(Oda filosófico — moral, estilo clásico).

Qué descansada vida
La que huye del mundanal ruido
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.

Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspe sustentado.

No cura si la fama
Canta con voz, su nombre, pregonera,
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento,
Si soy del vano dedo señalado?
¿Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte, oh fuente, oh río,
Oh secreto seguro y deleitoso!
Roto casi el navió,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqueste mar tempestuóso.

Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero:
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De a quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso, no aprendido,
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanza, de recelo.

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,

Que por la primavera
De bella flor cubierto,
Me muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa
Por ver y acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea
Y ofrece mil olores al sentido;
Los árboles menea
Con un manso ruído
Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confían:
No es mío ver el lloro
De los que desconfían
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro día
Se torna; al cielo suena
Confusa gritería
Y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
Mesa, de amable pan bien abastada,
Me basta, y la vajilla
De oro fino labrada
Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
En sed insaciáble
De riquezas y mando,
Tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oído
Al són dulce, acordado,
Del plectro sabiamente manejado.

(Fray Luis de León, 1528—1591.)

A LA MUERTE DE JESUS.

(Oda sagrada, estilo—clásico).

¿Y eres tú el que, velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? y el ímpio bando
Que eleva contra Ti la osada frente,
Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
Alzas, gimiendo, el rostro lastimado:
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
Y su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena,
Amor más poderoso que la muerte;
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes; y, león fuerte,
Se ofrece al golpe fiero

Bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa
Ante siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y, hostia del amor tierno,
Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! quién podrá mirarte,
Oh paz, oh gloria del culpable mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
A tu fuente divina
Ciño corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles:
Al Santo perdonad, muera el malvado:
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado:
Si la impiedad os guía
Y en la sangre os cebáis, verted la mía.

Más ¡ay! que eres Tú solo
La víctima de paz que el alma espera,
Si del oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado.
No expiación, fuera pena del pecado.

Que no cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendía

Y a la maldad que dominaba el suelo
Y a las malvadas gentes envolvía,
De la diesta potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora;
El sol, amortecida la alba lumbre
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurría;

Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,
Domador de la muerte y del averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cuál clama
"Padre de amor, por qué me abandonaste?"
Señor, extingue la funesta llama
Que en tu furor al mundo derramaste:
De la acerba venganza
Que sufre el Justo, nazca la esperanza.

¿No véis cómo se apaga
El rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
Por el semblante de Jesús doliente;
Y su triste gemido,
Oye el Dios de las iras complacido.

Ven, ángel de la muerte:
Esgrime, esgrime la fulminea espada;
Y el último suspiro del Dios fuerte
Que la humana maldad deja expiada,
Suba al solio sagrado,
Do vuelva en Padre tierno al indignado.

Rasga tu seno ¡Oh tierra!
Rompe ¡Oh templo! tu velo. Moribundo
Yace el criador, mas la maldad aterra
Y un grito de furor lanza el profundo.
Muere....gemid, humanos:
Todos en él pusisteis vuestras manos.

(Alberto Lista, 1775—1848.)

INVOCACION A LA BONDAD DIVINA.

(Oda, estilo neo—clásico).

No amargo desconsuelo
Permitas que del alma se apodere,
Señor, ni el bien que el cielo
Le ofrece, considere
Costoso, y de alcanzarlo desespere.

Tu poderosa mano
Sostenga sobre el ponto mi barquilla,
Siquier el noto insano
La contrastada quilla
Bramando aleje de la dulce orilla.

Es yugo más süave
El de tu ley, es carga más ligera:
Con peso harto más grave
Y angustia verdadera
Aflige el vicio si en el alma impera.

¿A quién, Señor, la vía
No complace, risueña y deleitosa
Que a tu morada guía,
Si en ella, siempre airosa
Entre nardo y clavel crece la rosa;

Si cuanto amena es llana,
Y el pié seguro y sin dolor la huella;
Si de tu frente emana
Consoladora y bella
La luz que alumbra al caminante en ella?

Fuente que eterna dura
Pusiste al fin de la jornada breve:
Quien de su linfa pura
La copa al labio lleve,
Vivir sin sed y para siempre debe.

De su raudal amado,
Lo espero, ha de gustar al labio mío;
Que a tu querer sagrado
Someto mi albedrío,
Y en tu bondad inextinguible fío;

Y en la lucha me acojo,
Padre, a la sombra de tu diestra amiga,
Y no el escudo arrojo
Cediendo a vil fatiga,
Ni el yelmo que me diste y la loriga.

¡Ah! si injusto recelo
Perturba un día mi quietud serena,
Disipa tú mi duelo,
De gracia al alma llena,
Y luego, oh Dios, lo que te plegue ordena.

(Alejandro Arango y Escandón, mexicano, 1821—1883.)

LA NOCHE DE INSOMNIO Y EL ALBA.

(Escuela Romántica. Polímetro.)

Noche
triste
viste
ya,
aire,
cielo,
suelo,
mar.

Mirando
del mundo
profundo
solaz,
esparcen
los sueños
beleños
de paz.

Y se gozan
en letargo
tras el largo
padecer,
los heridos
corazones
con visiones
de placer.

Mas siempre velan
mis tristes ojos,
ciñen abrojos
mi mustia sien,
sin que las treguas
del pensamiento

a este tormento
descanso den.

El mundo el reposo
fatiga mi mente,
la atmósfera ardiente
me abraza doquier;
y en torno circulan
con rápido giro
fantasmas que miro
brotar y crecer.

Dadme aire, necesito
de espacio insuperable,
do del insomnio el grito
se alce en silencio y hable.
Lanzadme presto fuera
de angostos aposentos;
quiero medir la esfera,
quiero aspirar los vientos.

Por fin dejé el tenebroso
recinto de mis paredes;
por fin ¡Oh espíritu! puedes
por el espacio volar.
Mas ¡ay! que la noche oscura,
cual un sarcófago inmenso,
encubre con manto denso
calles, campos, cielo, mar.

Ni un eco se escucha, ni un ave
respira, turbando la calma:
Silencio tan hondo, tan grave,
suspende el aliento del alma.
El mundo de nuevo sumido
parece en la nada medrosa;

parece que el tiempo rendido
plegando sus alas reposa.

Mas ¿qué siento?....!balsámico ambiente
se derrama de pronto! El capuz
de la noche razgando en Oriente,
se abre paso triunfante a la luz.
¡Es el alba! se alejan las sombras,
y con nubes de azul y arrebol
se matizan etéreas alfombras,
donde el trono se asienta del sol.

Tras luenga noche de vigilia ardiente,
¡Cómo este libre y perfumado ambiente
es más bella la luz, más pura el aura.
Ya rompe los vapores matutinos
la parda cresta del vecino monte;
ya ensaya el ave sus melifluos trinos;
ya se despeja inmenso el horizonte.
ensancha al pecho, al corazón restaura!

Cual niño que el beso de amor lisonjero
recibe del aura con vano temor,
del rey de los astros al rayo primero
natura palpita bañada de albor.
Y así cual guerrero, que oyó enardecido
de bélica trompa la mágica voz,
él lanza impetuoso, de fuego vestido,
al campo del éter su carro veloz.

Yo palpito tu gloria mirando sublime,
noble autor de los vivos y varios colores;
te saludo si puro matizas las flores,
te saludo si esmaltas fuglente la mar.
En incendio la esfera safírea que surcas
ya convierte tu lumbre radiante y fecunda,

y aun la pena, que el alma destrozada profunda,
se suspende, mirando tu marcha triunfal.

¡Ay de la ardiente zona do tienes alto asiento,
tus rayos a mi cuna lanzaste abrazador:
por eso en ígneas alas remonto el pensamiento,
y arde mi pecho en llamas de inextinguible amor.
Mas quiero que tu lumbre mis ansias ilumine;
mis lágrimas reflejen destellos de tu luz;
y sólo cuando yerta la muerte se avecine,
la noche tiende triste su fúnebre capuz.

¡Qué horrible me fuera, brillando tu fuego fecundo,
cerrar estos ojos que nunca se cansan de verte,
en tanto que ardiente brotase la vida en el mundo,
cuajada sintiendo la sangre por hielo de muerte!
Horrible me fuera, que al dulce murmurio del aura
unido mi ronco postrero gemido sonase,
que el plácido soplo, que al suelo cansado restaura,
el último aliento del pecho doliente apagase.

Guarde, guarde la noche callada sus sombras de duelo,
hasta el triste momento del sueño que nunca termina;
y aunque hiera mis ojos cansados por largo desvelo,
dale ¡oh sol! a mi frente ya mustia tu llama divina.
Y escondida mi mente inspirada por férvido acento,
al compás de la lira sonora, tus dignos loores
lanzará fatigando las alas del rápido viento,
a doquiera que lleguen triunfantes tus sacros fulgores.

(Gertrudis Gómez de Avellanada, Cuba, 1814—1873.)

TRISTITIA RERUM.

(Estilo romántico—sentimental).

Abierto está el piano....
Ya no roza el marfil aquella mano
Más blanca que el marfil.
La tierna melodía
Que a media voz cantaba, todavía
Descansa en el atril.

En el salón desierto
El polvo ha pentrado y ha cubierto
Los muebles que ella usó:
Y de la chimenea
Sobre el rojo tapiz, no balancea
Su péndola el reló.

La aguja detenida
En la hora crüel de su partida,
Otra no marcará.
Junto al hogar ya frío,
Tiende sus brazos el sillón vació
Que esperándola está.

El comenzado encaje
En un rincón espera quien trabaje
Su delicada red....
La mustia enredadera
Se asoma por los vidrios, y la espera
Moribunda de sed....

De su autor preferido
La obra, en el pasaje interrumpido
Conserva la señal....
Aparece un instante
Del espejo en el fondo su semblante....
Ha mentido el cristal....

En pavorosa calma
Creciendo van las sombras....En mi alma
Van creciendo también.
Por el combate rudo
Vencido al fin, sobre el piano mudo
Vengo a apoyar mi sien.

Al golpear mi frente
La madera, sus cuerdas tristemente
Comienzan a vibrar....
En la caja sonora
Brota un sordo rumor....Alguien que llora
Al verme a mí llorar....

Es un largo lamento
Al que se liga conocido acento
Que se aleja veloz....
En la estancia sombría
Suena otra vez la tierna melodía
Que ella cantaba siempre a media voz.

(Ricardo Gil, 1855—1908.)

LA LAMPARILLA DEL SAGRARIO.

(Estilo moderno).

Fidelidad infatigable,
fuego, humildad, inmolación,
mínimo faro de aquel Puerto,
del Cielo présago arrebol,
la lamparilla del sagrario,
velando siempre ante el Amor,
cumple el afán, roba la envidia
del corazón.

Su savia entrega en luz que salva:
alba perenne de aquel Sol
que para no matar al hombre
con el pavor de su fulgor,
envuelto en cándidos cendales
perennemente se quedó,
¡y allí fecunda y vivifica
toda una eterna floración!

Cuando las sombras que la noche
o el desamparo congregó,
llenan la nave como el alma
con terrorífico negror,
abre su luz como sonrisa
de inmarcesible anunciación,
diciendo en límpido silencio:
Aquí está Dios.

¡Dame tu puesto, lamparilla!
¡Gana ese puesto, corazón!
Y la Presencia inenarrable
te compenetre con su ardor,
y fiel, y mínimo, y gozoso,
en oblación y anunciación,
por sobre todas las tinieblas
diga tu luz: Aquí está Dios.

(Alfonso Junco, mexicano, contemporáneo.)

Pbro. Juan José Hinojosa.

Sonetos Eucarísticos.

(Contribución al Congreso Eucarístico Nacional)

Monterrey, Sep. 25 de 1924.

Puede imprimirse

J. J. Treviño, Vic. Gen.

Aquí Estoy

"¿Dónde encontrarte, amor de mis amores?
¿Cómo subir hasta el excelso cielo
Quién se arrastra penosa por el suelo
Cercada de tinieblas y dolores?

Auras y nubes, pájaros y flores
Me hablan tanto de tí, Señor, que anhelo
A la eterna mansión tender el vuelo
Donde pueda recrearme en tus fulgores.

¡Quiero amarte, Señor, en tu santuario,
Y gozarme en tu luz y en tu victoria!"....
Así el alma a Jesús dijo angustiada,

Y Jesús contestó desde el sagrario:
"¿Por qué vas a buscarme hasta la gloria
Cuando tienes tan cerca mi morada?".....

El Don de Dios

Si quiere Dios de amor y de ternura
Dar una prueba al mísero proscrito,
¿Cuál será de su amor en lo infinito
La dádiva de Dios a su criatura?

Esconderá su gloria y su hermosura,
Bajará en alas de su amor bendito,
Y en el misterio de sagrado rito
No dudará entregarse al que es su hechura.

¡Oh prodigio de amor, Hostia adorada
Que el resplandor y la hermosura velas
Del alma sol de la eternal morada!

¡Sólo tú al hijo del dolor consuelas,
Tú, del Señor la dádiva sagrada
Que su amor infinito nos revelas!....

Tanto Nos Amó

¡Oh caridad de Dios! Anonadado
Y en hermano del hombre convertido,
El Señor de los cielos se ha ofrecido
Por libertar al hombre del pecado.

Y ni en el huerto ni en la cruz saciado,
Cual si su amor le hubiese enloquecido,
Aun la forma de siervo hoy ha escondido
Y a sus hijos se da sacramentado.

¿Cómo, Señor, mi pequeñez creyera
En prodigio tan grande y sin segundo
Si por mí amor tu caridad midiera?

Mas lo infinito de tu amor profundo
Mi turbación disipa y mi ceguera:
¡Ah! ¡Tanto amastes al ingrato mundo!....

La Institución

Ven, alma fiel, que de dolor cautiva
De la pasión de Cristo haces memoria:
Ven a leer su dolorosa historia
Que aquí se encuentra palpitante y viva.

Prepara el corazón a que reciba
La dádiva del dueño de la gloria.
Da a terminar su vida transitoria,
Y su paterna caridad se aviva....

Todo es solemne en tan feliz momento:
Toma el pan en sus manos, y ¡Oh portento!
En su cuerpo sagrado lo convierte.

¡Aquí está el corazón que nos ha amado,
Y su divino pecho traspasado,
Y la memoria viva de su muerte!

Venite ad me

¡Oh buen Jesús! desde la gloria viste
Que nos mataba el duelo y la tristeza,
Y dejando tu gloria y tu grandeza
Hasta la tierra oscura descendiste.

"Venid a mi los que lloráis", dijiste,
Y a los hambrientos les pusiste mesa,
Y dió salud al débil tu largueza,
Al pobre amor, consolación al triste.

Pasaste haciendo el bien....Pero ¿Pasaste?
No, pues vivimos sin cesar contigo,
Que en la tierra por siempre te quedaste

Y nos dices aún: Soy vuestro amigo,
Vuestro gozo y amor, vida y sustento;
¡Aquí estoy, en mi augusto Sacramento!

Ni Ausencia ni Olvido

¡Oh Señor! Cuando el mundo delincuente
Con tu muerte en la cruz fué redimido,
Miró el rebaño a su Pastor querido
A los cielos subir gloriosamente.

Mas corazón de padre no consiente
El soportar la ausencia y el olvido;
Y bajo blancos velos escondido
Hoy nuestra fe te mira aquí presente.

¡Oh tesoro sin par de los cristianos,
Hostia santa por todos ofrecida
Y que a todos nos juntas como hermanos!

¡Oh milagro de amor, dicha escondida,
Obra inmortal de las divinas manos,
Dulce fruto del árbol de la vida!

Quédate con nosotros

Mane nobiscum.... Luc. XXIV. 19.

Traspuso el sol las puertas de Occidente;
Va avanzando la noche, y con presteza
Su negro manto a desplegar empieza
Sobre los restos de la luz sonriente.

Así mi pobre corazón se siente
Invadido de sombra y de tristeza,
Y ocúltase la luz, y horrible pesa
La noche del dolor sobre mi frente.

¡Oh tú, Consuelo y Paz, que nos amaste,
Y por calmar nuestro angustioso llanto
En esta tierra obscura te quedaste!

¡No te vayas, Señor, que ya fenece
La luz en nuestras almas, y entre tanto
La fe se turba y el espanto crece!

Un Padre y un Amigo

Cuando mis ojos hacia ti levanto,
Hostia de amor a cuyas plantas oro,
Viendo ocultos tu gloria y tu decoro,
De tu infinita dignación me espanto.

¡Oh de los tristes regocijo santo!
¡Oh de los pobres celestial tesoro!
¿Conque aquí estás, Señor, donde te adoro?
¿Porqué, Señor te anonadaste tanto?

De tu dolor, dijiste, fuí testigo
Y quise consolarte, y tu destierro
Vine amoroso a compartir contigo.

Y yo al mirarte, mi Jesús, me digo;
¡Ya no es triste el erial por donde yerro,
Pues me acompaña un padre y un amigo!

Consuelo y Gozo

¡Oh buen Jesús! En los revueltos mares
Presa me ví del temporal violento,
Y a buscar vine protección y asiento
Bajo tus santos muros tuterales.

El trabajo me agobia y los pesares,
De amor y de piedad estoy sediento,
Y sé que está mi vida y mi alimento
En el divino pan de tus altares.

¡Pues a ti vengo, Salvador piadoso,
Esperanza y amor, consuelo y gozo,
Del desterrado en el oscuro suelo!

¿Y cómo no venir si en ti se encierra
Cuanta paz y esperanza hay en la tierra,
Cuanta dicha y amor hay en el cielo?

Vida y Fortaleza

Cuando a la luz de la verdad cristiana
Me miro pobre, vacilante, incierto,
Siempre luchando sin llegar al puerto
En este mar de la existencia humana;

Cuando aspiro a la dicha soberana
Y apenas ¡Ay! por áspero desierto
Mi débil paso a dirigir acierto
Hacia la patria celestial lejana;

Sentándome a la orilla del camino
Me digo lamentando mi destino:
¡Aquí llorando esperaré la muerte!

Mas....¿Porqué he de morir aquí olvidado
Si con tu pan, Señor Sacramentado.
Me encuentro sano, y animoso, y fuerte?

Mi Refugio

Passer invenit sibi domum
et turtur nidum. (Psalm. 834)

¡Cómo ruge la mar embravecida!
¡Cómo treme y sacúdese la tierra!
¡Cuál me turba, Señor, cómo me aterra
El tumultuoso estruendo de la vida!

¿Donde hallar para el alma entristecida
Que refugio de paz buscando yerra,
Donde hallar en el campo de la guerra
La paz soñada y la quietud perdida?

"Pues qué, tu obscura ceguedad no sabe
En donde estoy?" dijísteme al oído;
"Ven a mi altar y tu inquietud acabe."

Y fuí a tu altar, Señor, y allí escondido
Halló su albergue delicioso el ave,
Y encontró allí la tórtola su nido.

A la sombra del Amado

Sub umbra illius quem desideraveram, sedi. (Cant. 2, 3)

"Venid todos a mí," Jesús nos dice;
Mientras sordo a su voz el ser humano,
Tras de la vanidad corriendo insano,
Llora su suerte y su dolor maldice.

Yo también dicha y paz encontrar quise
Y a vanas sombras extendí mi mano,
Y afanoso corrí.... mas corrí en vano:
¡Cuán ciego fuí, Señor, cuán infelice!

Y estando así tan dolorido y ciego,
Vine a buscar, Señor Sacramentado,
De tus corrientes límpidas el riego;

Bebí en las fuentes de tu altar sagrado,
Y hallando aquí la dicha y el sosiego,
"A la sombra sentéme de mi Amado."

El Don de Dios

Si scires donum Deil.... Joan IV, 10

¿Por qué el hombre que vive tristemente
De ansiedad y de penas fatigado,
Así se aleja de tu altar sagrado
Donde consuelo bríndasle clemente?

¿Porqué, Señor, la cristalina fuente
De tu amor inmortal dejando a un lado,
Va a apagar en el lodo del pecado,
De dichas y de amor su sed ardiente?

Y mientras corre tan fugaz contento,
Sin hallar otra cosa en su carrera
Sino la triste faz del sufrimiento.

Aquí tu amante corazón te espera
En la paz de tu augusto Sacramento.
¡Ah, si tu don divino conociera!....

Dicha y Consuelo

¿Buscas en el desierto de la vida
Sombra feliz donde tomar aliento,
Y te sientes morir porque sediento
No encuentras ¡Ay! la fuente apetecida?

Pues, ¿No lo sabes? celestial bebida
Jesús te ofrece y místico alimento;
Y embriagarte de amor y de contento
En tan divina mesa te convida.

¡Oh si a Jesús trajeras tus pesares
Y buscaras en El paz y consuelo!
Tus quejas se trocaran en cantares,

Será saciado tu insaciable anhelo,
Y el cielo encontrarás en los altares;
¡Que donde esta Jesús, allí está el cielo!

El día de Corpus

¡Alégrate, Sión! Eras esclava
Y sumergida estabas en el cieno,
Y rompe Cristo el ominoso freno,
Y con su sangre tu injusticia lava.

Su gloria en apariencia menoscaba
Al esconder el esplendor y el trueno;
Y muere en una cruz.... ¡Y era tan bueno,
Que aún contento con morir no estaba!

Y a sus hijos se dió: con ellos mora
De blancos accidentes bajo el velo,
Y su cuerpo les brinda por comida.

¡Alégrate Sión, y a Dios adora!
¡Al templo acude, y hallarás el cielo!
¡Ven a esta mesa y gustarás la vida!

¡ Todo esta aquí !

¡Señor, Señor! ¿Y a tanto tu clemencia
Pudo llegar? Al mísero tu mano
Amoroso tendiste, y soberano
Manjar le preparaste en su indigencia.

¿Qué debo admirar más, tu omnipotencia,
O tu amor infinito al ser humano?
¿Debo ensalzarte en mi lenguaje vano,
O mudo posternarme en tu presencia?

¡Oh sagrado convite! ¡Oh pan divino!
Recíbese al Señor en esta mesa
De cándido accidente bajo el velo;

Y al gustarlo recibe el peregrino
Celeste paz. Y gozo y fortaleza....
¡No hay manjar más espléndido en el cielo!...

Lux Mundi

"¡Luz, más luz!" clama el genio moribundo,
Al advertir que su razón vacila
Cuando escudriña con audaz pupila
De lo infinito el piélego profundo.

¿Que es el genio? Relámpago iracundo,
Cárdena luz que entre la sombra oscila;
Mas la tuya, Señor, brilla tranquila
Por la anchurosa inmensidad del mundo.

¡Oh claridad de Dios, Jesús bendito!
Tu eres el sol suavísimo y potente
Por blancos velos a mi fé ocultado:

Tan potente que alumbras lo infinito;
Y tan suave que dejas al creyente
En éxtasis de amores abrasado.

Arrepentimiento

A tus divinas plantas, Jesús mío,
Ya de luchar y de sufrir cansado,
Del mundo y de los hombres olvidado
Busco la calma y el perdón que ansió.

Mis yerros conociendo y mi desvío,
Vengo a llorar contigo mi pecado.
¿Podrán ser, si tu cruz me ha cobijado,
Vano mi esfuerzo y mi dolor tardío?

A tus pies se postró la Magdalena
Y mucho, mi Señor, le perdonaste;
Postróse Pedro, y a la dulce pena

De confesar tu amor lo sentenciaste;
¿Y habré yo de temer que me condenes
Desde ese altar donde a salvarme vienes?

Desde el Sagrario

¡Silencio y soledad! Pausadas suena
Las horas el vecino campanario;
Desierto está mi templo, y solitario
Estoy con el amor que me encadena.

La voz del hombre de inquietudes llena
Se oye sonar afuera del santuario;
Mas ¡Ay! que al prisionero del sagrario
Ni en su dolor acude ni en su pena.

Vuelve tu paso a mi solar desierto,
Mortal que buscas el tranquilo puerto
Entre las turbulencias de la vida;

Que aquí aunque oculto, silencioso, inerme,
Mi compasivo corazón no duerme,
Y mi cariño paternal no olvida.

Humildad

Si la herencia infeliz de los humanos,
El fardo de dolor, sobre mí pesa;
Si va en mi frente mi maldad impresa
Y lleno estoy de pensamientos vanos,

¿Cómo, Señor, tus ojos soberanos
Pusiste con amor en mi pobreza,
Y ocultando tu gloria y tu grandeza
Viniste a dar en mis indignas manos?

¿Y cómo en tu presencia alzar la frente?
¿Dónde ocultar mi llanto y mi sonrojo?
¡Señor! Cuitado, mísero, indigente,

Tal como soy, a tu bondad me acojo,
¡Y en esa hoguera de tu amor ardiente
Mi indignidad y mi malicia arrojo!

Pbro. Juan José Hinojosa.

Asonancias

Monterrey, N. L.
1926

Advertencias.

Hace dieciocho años que publiqué un pequeño libro de versos con el título de "Asonancias": era una colección de poemitas rimados todos en asonancia y en los que, favorecido por la facilidad de la rima, expresaba con cierta libertad y desahogo ideas y sentimientos muy personales, escritos en esos momentos en que la necesidad de expansión pone en los labios el verso y en las manos la pluma. Agotada hace tiempo aquella edición, he querido ahora reimprimir el librito, añadiendo a las poesías que lo formaban algunas posteriores que tienen con aquellas ciertas semejanzas.

A estas horas creo que puedo juzgar mejor del mérito de esos versos escritos casi todos en una juventud ya lejana, mérito escaso ciertamente, fuera del que les preste por ventura su espontánea sinceridad.

Comprendo también que el arte, o mejor, las formas en que se presenta, han progresado, y creo que quitando a la poesía moderna excentricidades y excesos, tiene dotes muy estimables que se echarán de menos en mis composiciones. Válgales siquiera su sencillez. No publicaría yo actualmente un libro de versos de brillante pensamiento y de rima opulenta, aunque los tuviera; mas la melodía fácil y fluída de la asonancia, y la expresión sencilla pero tal vez agradable de pensamientos que cualquiera puede apropiarse, revestida de las modestas galas de conocidas imágenes, creo que no podrá chocar a nadie ni parecerle anticuada, pues la sencillez siempre es estimable, y también la poesía puede vestirse de trajes sencillos, y venir a ser tanto más grata a la generalidad de las almas, cuanto que para comprenderla y gustarla no exige esfuerzos mentales ni refinada cultura. Este ideal he pretendido al escoger entre mis versos los que forman esta colección; aunque no sabré yo decir si lo he logrado. Y eso es precisamente lo que me mueve a publicarla; pues sus composiciones, si por las materias que tratan pueden encender en las almas santos pensamientos, también podrán por ventura despertar en ellas alguna noble aspiración a la belleza, y (como decía yo de otro librito mío) ayudarles a rimar exteriormente la canción que en su interior entonan.

Cuando nuestro divino Salvador multiplicó los panes en el desierto para alimento de hambrientas multitudes, mandó que se recogieran los fragmentos que quedaron de la abundante comida: "Recoged los fragmentos para que no se pierdan." La poesía gustada o producida, es uno de los bienes con que la bondadosa Providencia ha confortado y alegrado mi vida: antes que ésta termine, ¿Porqué no recoger de ese banquete "algunos fragmentos" que acaso puedan llevar también a otras almas algo de luz, de fuerza y de alegría? Ojalá que así suceda, sobre todo a las almas muy queridas de los jóvenes que Dios me ha confiado: a ellos especialmente he tenido presentes, al publicar este librito.

Para que un nombre de prestigio lo protegiera, pedí unas cuantas líneas de presentación al joven literato D. Alfonso Junco, suplicándole no extremara los elogios que acaso le inspirara el antiguo afecto que nos une; y me envió las siguientes, que aunque me avergüenzan, no dejaré de publicarlas, porque mucho las estimo y por lo que él mismo me decía en su carta de envió: "Procuré omitir elogios, pero no puedo dejar de ser sincero. Tiene que resignarse."

Monterrey, Junio 25 de 1926.

J. J. HINOJOSA.

El Padre Hinojosa.

Hay almas pacificadoras, en quienes la estrepitosa catarata de la vida se acuesta y apacigua en serenos remansos; refugios de encantada suavidad entre los breñales de la SELVA OBSCURA; escondidos rincones de extático silencio en donde se apagan y se pierden todos los fragores de la brusca montaña. Almas pacificadoras cuyo apostolado de dulzura es más dulce hoy que nunca, hoy que la vida se nos ha hecho toda fiebre y tumulto. De estas almas pacificadoras es el asombroso y casi ignorado Monseñor Gay; de estas almas pacificadoras es—bajando de aquellas excelsitudes—el ingenuamente delicioso Fernán Caballero; de estas almas pacificadoras es el Padre Hinojosa.

Pequeño, enflaquecido y sin color, cuerpo casi incorpóreo, deslízase por las calles de Monterrey ajeno a toda cosa exterior, abstraído en El que llena su alma. La fama de su virtud se dilata como un aroma por el valle entero. Mas su humildad abrumadora—a la que exijo el dolor de acoger este prólogo—mezclada con cierta ingénita timidez, hace que no muchos conozcan los tesoros de ciencia, de poesía y de amistad que guarda aquel espíritu pudorosamente efusivo.

En éstas páginas hay algunos destellos. Sin rebuscadas perfecciones, con una espontaneidad fresca y amable que ya vamos perdiendo en nuestro afán de preciosismo, con un gusto delicado y puro en el que hasta los descuidos toman aire de gracia, el alma se derrama, sube y atrae, llora y canta. Se encontrarán varias cosas suavemente magistrales, como MELANCOLIA y EL RETIRO. Todo en asonancias, cuya música blanda y libre hace rima—asonante también —con el alma del poeta.

En el corazón del Padre Hinojosa está la exquisita pasión por la belleza, el gusto de comunicarla, el deleite de hablar de ella. ¿Cómo olvidar nuestras reuniones literarias de los lunes bajo su dulce dirección, en aquel cuartito suyo del Arzobispado—después cuartel y hoy casi muladar? ¡Con qué ilusionada asiduidad acudíamos, menos llevados por nuestra literaria inclinación que por el suave imán del Padre Hinojosa! ¡Qué pláticas gustosas, qué estimulantes ejercicios, qué limpias advertencias y áureas normas! Todos los que allí nos congregábamos, hoy dispersados por la vida, algunos olvidados del sendero bueno, todos, al encontrarnos por azar, volvemos allá los ojos del recuerdo con una dulzura bienhechora. ¡Bienaventurados los mansos!.....

Yo me baño de paz al evocar aquellos días, y siento un gozo agradecido al poder vincular aquí mi nombre con uno de los nombres que me han sido más dulces en esta peregrinación hacia la Patria.

ALFONSO JUNCO.

Méjico, Junio de 1926.

Asonancias

¡ Surge !

¿Y por qué vacilar? ¡Animo! ¡surge!
¿Caer rendido a la primera jornada
Y al ver las asperezas del camino
Desistir de la empresa y de la patria?
¡Jamás! Si al suelo tus cansados ojos
Bajas llorando, si la luz te falta,
Si brota de tu pecho hondo suspiro,
No dejes que rendida caiga el alma.
Un instante detente, cobra aliento,
Alza otra vez la vista, y tu mirada
Vaya en busca del Dios en quien confías....
¡Ah! ¡Qué hermosa es la luz de la esperanza!
Allá del horizonte entre las brumas
¿No ves brillar las puertas de la patria?
Rayo de luz despréndese del cielo
Y viene a herir tu corazón. ¡Avanza,
Peregrino feliz! No el infortunio
Abatir puede a quien la fe cristiana
Presta valor. Prosigue tu camino;
No pierdas el tesoro de tus lágrimas:
¡Ese que llamas infeliz destierro,
Es el camino de la dulce patria!

Post umbram

Cuando se calman los cielos
Tras de espantosa borrasca,
Cuando se esparcen las nubes
Ante el claro sol que irradia,
Y agítase el fresco ambiente,
Y Flora entreabre sus gracias,
¡Qué alegre bulle natura
Y en himnos mil se desata!
¡Qué hermosa es la luz del día
Tras de la negra borrasca!
Y cuando duelo y tinieblas
Que aprisionaron el alma
Rápidas van disipándose
Ante el sol de la esperanza,
Y cuando alienta el afecto,
Y tiende el alma sus alas,
Y del cielo en lo infinito
Encuentra la luz deseada,
¡Cómo se olvidan las luchas!
¡Cómo se secan las lágrimas!
¡Qué dulce es tras la tormenta
La paz bendita del alma!

A la esperanza

¡Aurora del celeste paraíso,
Santa esperanza!
Tú solícita madre del consuelo,
Tú que las lágrimas
Secas del infeliz con celestiales
Plácidas auras,
Tú que disipas del dolor la noche,
Luna argentada,
¡Ven! En el pecho del cristiano fija
Tu grata estancia;
Vierte tu dulce bienhechora esencia
Sobre las almas;
Embalsama la vida con tu aroma;
Del cielo baja,
Y apiadada del pobre peregrino
Que hora te aclama,
Alza a su vista el velo que le encubre
La dulce patria.

Aspiración

¿Sientes sin valor el alma?
¿Está vacío tu pecho?
¿Las frescas flores secáronse,
Y es tu corazón un yermo?
Deja que hasta tu alma lleguen
Las suaves brisas del cielo;
Deja que dulce esperanza
Te descubra un mundo nuevo
Donde no hay odios, ni envidias,
Ni ingratitudes, ni invierno....
"¡Qué triste encuentro la tierra
Cuando alzo la vista al cielo!" (1)

(1) San Ignacio.

Melancolía

¿Escuchas?.... Es el murmullo
Que produce la corriente;
Jamás su ruido interrumpe,
Jamás su curso detiene.
Tal es su destino: corre
Y pasa, pero no vuelve.
¿A qué con tenaz empeño
A tus recuerdos te adhieres?
¿No te enseñan esas notas?
¿Por qué la lección no aprendes?
De la vida de los hombres
Imagen es la corriente:
¡Por eso llora tan triste!
¡Por eso pasa y no vuelve!

_

¿Escuchas?.... Es el lamento
De la hoja que se desprende;
Ya no pertenece al árbol,
En el suelo yace inerte.
Alfombra para el que pasa
Y de los vientos juguete,
Polvo perdido en el polvo
La hoja será muy en breve.
Mañana vendrá inflexible
El aquilón de la muerte,
Y arrancará nuestra vida
Del árbol de los vivientes;

Y obligarán a la tierra
A que nos brinde un albergue,
Y los hombres nuestra fosa
Pisarán indiferentes.....
¡Lo que ha salido del polvo,
No hay remedio, al polvo vuelve!

_

¿Escuchas?... La mansa brisa
Agitan sus alas leves
Tan despacio, tan despacio,
Que ya cansada parece.
Dijérase que los genios
La conducen a la muerte.
Semejan sus tristes notas
Salmodias de miserere,
Ecos de remotos mundos
Que al morir se desvanecen.
¿Qué es lo que canta monótona
En sus gemidos perennes?
¿Los recuerdos que reviven?
¿Las ilusiones que mueren?
¿Será la triste elegía
De los que a solas padecen?
¡Tal vez! Pero yo más creo
Que es del corazón intérprete,
¡Del corazón que en la tierra
Vive oprimido y doliente,
Como viven, si es que viven,
Los sentenciados a muerte! .....

_

¡Ah! ¡Qué sonidos tan lúgubres!
¡Ah! ¡Cómo el alma entristecen!
Nadie responde a esas voces
Que acá en la tierra se pierden.

_

¿Escuchas? ... ¿Por qué de júbilo
La montaña se estremece?
Es un sonido argentino
Que de lo alto se desprende.
Allá está la blanca ermita
Engastada en bosque verde....
¡La campana! ¡Cómo alegra
Ese sonido campestre!
"Ora, dice, alza la vista,
Al cielo eleva tu frente.
¿Por qué el aroma de tu alma
En la baja tierra viertes?
¿No sabes que los aromas
En el cielo han de perderse?"
Ese sonido no es lúgubre;
Ese sonido es alegre.
Escuchémosle, alma mía;
Ya la esperanza amanece;
Ya sabes que son muy tristes
Las notas que acá se pierden;
¡Las tuyas, alma, las tuyas
En el cielo han de perderse!

¡ Ay !

—¡Ay! Me punzan las espinas,
Y al sentirse desgraciada,
Llora el alma su destierro
Y suspira por la patria.
—¿Sí?.... ¡Pues benditas las penas
Que tanto elevan el alma! .....

La vida

No me digáis que es la vida
Festín y danza y torneo:
¡Mentira! Yo sé que el alma
Muere de pena en el suelo.
Ella tiene alas, y siéntese
Encerrada en débil cuerpo;
Ella delira, ama sueña
Con lo infinito; mas presto
Hállase la pobre sola
Al despertar de su sueño,
Con nueva herida que abriera
El desengaño protervo.
¡Ah! ¡Cuántas sombras fantásticas
Se burlan de tus deseos!
¡Gloria! Vapor coloreado
Por matinales reflejos:
Nos alucina un instante,
Y lo disipan los vientos.
¡Riqueza! Fuente inexhausta
De cuidados y desvelos,
Esclavitud miserable
De las almas al dinero.
¡Placer! Mentira risueña,
Brebaje de amargos dejos.
Entre flores y entre músicas
¡Cuántos ¡Ay! dicha fingiendo
Llevan sonrisa en los labios
Y luto y llanto en el pecho!

¡Cuántos van buscando dichas
A mundanales festejos,
Y vuelven envenenados
De la cólera y los celos!
¡Cuántos buscan en la orgía
La saciedad y el contento,
Y vuelven ¡Ay! con el alma
Aun más cansada que el cuerpo!
¡A cuántos llama felices
Del mundo el loco criterio,
Y los devora el hastío,
Y la inquietud, y el despecho!....
No me digáis que es la vida
Festín y danza y torneo!
¡Mentira! Sólo es el mundo
Cruel y espantoso desierto
Donde nos burlan mirajes
De dicha y amor eterno
Que se alejan o disípanse
Cuando marchamos tras ellos.
Y si es que oasis se encuentran
Perdidos en el desierto,
Y si de júbilo y dicha
Hay en la vida momentos,
Sólo son breves relámpagos
Que alucinan al viajero,
Incentivos que, azuzando
La sed de inmensos deseos,
Más torturan a nuestra alma
Con la ambición y el recuerdo.
¡Infeliz quien no conoce

Otra patria que el destierro!
Sólo hay un bien en la vida
Que no amengua el sufrimiento,
Que no nublan los desdenes,
Que no matan los recelos:
¡Dichoso aquel que no puso
En quimeras sus deseos!
¡Dichoso el hombre que lleva
De Dios la gracia en el pecho,
Con la paz de los humildes
Y la esperanza del cielo!

¡ Madre !

¡Madre! Las ilusiones de la vida,
Nubes que el sol de la amistad doraba,
Deshaciéndose van, y las tinieblas
Se extienden ya sobre la tierra ingrata
¿En dónde están mis juveniles bríos?
¿En dónde mi ternura y mi esperanza?
¡Oh Madre! Los afectos que en mi pecho
Anidaron ayer, como bandada
De pájaros canoros, dispersáronse,
Hoy mi marchito corazón no canta.
¿Cómo entonar los cánticos de gozo
Sobre una tierra yerma y desolada?
Sólo queda una nota jubilosa
En el triste silencio de mi alma:
Es tu recuerdo, Madre; es de tu nombre
La dulce cifra, para mí tan grata,
Cual del hogar la imagen al ausente,
Y al desterrado el nombre de la patria.
¡Oh dulce nombre de mi Madre! ¡Joya
Donde brillan mi amor y mi esperanza!
¡Rayo de luz que en medio de mis noches
Me anuncias una aurora no lejana!
¡Dulces amores de la madre mía
Que en el silencio y lobreguez del alma
Me habláis de los divinos resplandores
Y me traéis perfumes de la patria!
A vuestra voz elévase mi frente
Y mi abatido corazón se ensancha.

¡Madre! Las ilusiones de la vida
Huyeron cual palomas espantadas;
Mas no estoy solo, que tu amor me queda,
Rayo de luz que me ilumina el alma.

¡Salve, oh Luz!

Alma luz que los espacios
Llenando vas de alegría,
Tú que llevas en tus alas
Los colores y la vida,
Y embelleces cuanto tocas,
Y cuanto alcanzas animas,
Tú que la sombra aborreces,
De lo sórdido enemiga,
Virgen de blanca pureza,
Hija del cielo bendita,
¡Ven! A tu influjo benigno
Nuestras almas se extasían.
¡Ven! Despierta en nuestra mente
La inspiración adormida;
Dora las nubes oscuras
Que al alma encubren; disipa
La tristeza que la asalta
Como ave negra y fatídica;
Alza la fúnebre losa
Que al alma tiene oprimida;
Y ella al extender su vuelo
Y al ver espléndido el día,
Ella, ¡Oh Luz!, ha de cantarte
Con el himno de la vida.
¡Qué bien á la Luz Increada
Nos recuerdas cuando imitas
Los rasgos de su hermosura,
Las notas de su armonía!

¡Qué bien canta tu belleza
De Dios las glorias magníficas!
¡Salve, oh Luz, júbilo, gloria,
Hija del cielo bendita!

¡Oh Cor Jesu!

Suspiros del pecho mío,
Vagos anhelos del alma
Que luz buscáis entre nieblas,
Realidad en sombras vanas,
Agua viva en los eriales
Y en el destierro la patria!
Volved los torcidos pasos,
Alzad la inquieta mirada,
Y olvidando a las creaturas,
Al Creador tended las alas.
¡Jesús!.... ¡Ah! Miro en su pecho
Un foco de vivas llamas
De donde esplenden mil rayos:
Amor, consuelo, esperanza....
¡Oh Corazón adorable!
¡Oh dulce imán de las almas!
En ti está de amor el piélago
Donde se aquietan mis ansias;
En ti de la luz el foco
Y de la paz la morada;
Sólo en ti miro cumplirse
Mis ensueños y esperanzas.
¡Cuán ciegos son los mortales
Que nunca alzan su mirada,
Ni adivinan tu belleza
Ni solicitan tus gracias!
¡No saben que está en tu pecho
Toda la dicha encerrada!

¡Ah! ¡Permite, Jesús mío,
Que tu Corazón me atraiga;
Y pues la herida que lleva
Ofrece una puerta franca,
Deja que por ella entrando
En ti se abisme mi alma.
  Que me puncen tus espinas
Y que me abrasen tus llamas:
¡Dulce tormento, amor mío,
Si a tu pecho me da entrada!
Olvida, Señor, mis culpas:
Si mi túnica no es blanca,
Purifícala en tu sangre,
Y por ti lavada el alma,
Déjala entrar en tu pecho
Y de él nunca, nunca salga.
  ¡Oh Corazón de Jesús,
Mi descanso y mi morada!
¡Oh Corazón de Jesús:
Sagrado imán de las almas!

¡Mater Dolorosa!

¡Virgen de los Dolores!
La pena amarga
Nubla tu faz, y vierte
Tus dulces lágrimas.
Huyó el consuelo,
Los dolores traspasan
Tu amante pecho.

Y yo causé esas lágrimas....
Y por mí lloras....
¡Ay, madre: no te acuerdes!....
¡Madre, perdona!
Tu llanto acalla,
Que quiero consolarte
¡Madre del alma!

¡ Sursum !

¡Alma! Levanta la vista:
¡Es tan mísera la tierra!
Está cubierta de abrojos,
Oscura, triste, desierta....
Si está en ella tu destierro,
¿Porqué has de fijarte en ella,
Cuando puedes levantarte
Libre, más libre que vuela
Por los espacios el águila,
Y alto, más que las estrellas?
¿Ves? Cuando dejas el tiempo
Y en la eternidad penetras,
Cuando del suelo te olvidas
Y en la patria eterna piensas,
¿Ves como te sientes ágil
Como la nube ligera,
Animosa como un héroe
Y fuerte como un atleta?
¿Ves como hasta ti descienden
Júbilos que te enajenan
Y que no pueden los hombres
Defraudarte, en su insolencia?
¡Ah! sólo es feliz quien vive
De la vida verdadera,
Quien sojuzga bajo instinto,
Y se alza de sus miserias,
Y pone bajo sus plantas
La vanidad de la tierra,

Y en medio de sus dolores
El rico venero encuentra
De placeres inmortales
Y de esperanzas eternas.
¡Alma! Busquemos el cielo:
¡Es tan mísera la tierra!

A Sta. Teresa

de Jesús.

Serafín que en las prisiones
De este mundo, detenido,
Tanto amaste, que rompiendo
Las vallas, en vuelo altísimo
Te llevaron tus amores
Hasta el Corazón de Cristo:
Porque tan alto volaste
Yo te celebro y admiro;
Mas porque llevas tan hondo
De Jesús el nombre, escrito,
Porque amas tanto a mi Amado,
Yo pobre, indigente, mísero,
He de decir que te amo,
Santo serafín de Cristo;
Vaso feliz del perfume
Del Rey de la gloria, henchido;
Casta virgen que en tu pecho
Llevas al dueño divino
A quien devoto reclamo,
Por quien humilde suspiro.

Espera.

¡Espera!....Cuando en la noche,
Aterido por la helada,
La oscuridad te amedrenta
Y los rumores te espantan,
Piensas en la luz bendita
Y en las sonrisas del alba,
Piensas que a la noche lúgubre
Sucederá la mañana,
Que el sol alzará su frente,
Y al calor de su mirada
La vida vendrá a tus miembros
Y a tu corazón la calma.
Si la noche de tus penas
Con su clámide enlutada
Robó la luz de tu espíritu
Y la dulce paz a tu ánima;
Si el temor, ave fatídica,
Junto a ti sus negras alas
Agita; si se apagaron
Las estrellas de tu alma
Cuando mató el infortunio
Tus ilusiones doradas;
Espera: presto a las sombras
Ahuyentará la mañana;
Cuanto más negra es la noche,
Más hermosa será el alba,
Y más espléndido el día,
Y más vívida la llama

Que ha de reanimar tu pecho.
¡Ah! ¡No pierdas la esperanza!
La esperanza es el tesoro
Del pobre a quien todo falta;
La esperanza es la semilla,
Que sembrada en nuestras almas,
Cuando aparezca la aurora,
Cuando se sequen las lágrimas,
Dará frutos inmortales
De gozo y de bienandanza.
¡Alma abatida! ¡No olvides
Que aun vive el sol de las almas!

En Mayo.

A mi alma penetré, Virgen Santísima,
Para buscar en ella
Una flor que traer a tus altares,
Un perfume, una esencia
Que derramada ante tu altar sagrado,
Hasta tu trono celestial subiera;
Y sólo hallando lágrimas y abrojos,
Sólo hallando miserias,
Tomé mis aflicciones y mis lágrimas
Y vine a ti con ellas;
Que si el amor filial las ilumina
Y a tus pies las presenta,
Para ti que eres Madre,
—¡Y una Madre tan buena!—
Los abrojos son flores,
Las lágrimas son perlas....

Plegaria.

¿Aun me llamas, Señor? ¡Qué! ¿No me engaña
Mi pobre corazón cuando adivina
Entre las negras sombras de la noche
La suave lumbre de tu faz purísima?
Y al rugir el turbión, mientras desata
Gigante voz la tempestad bravía,
Es tu voz la que escucho dulce y plácida
Como el gemir de la serena brisa?
¡Te conozco, Señor! Aunque mil veces
Cerré mi oído a tu palabra amiga
Y te volví la espalda, aunque corriendo
Tras fugaz visión, de tus caricias
Ingrato me olvidé—triste demencia
Que abrió en tu pecho la sangrienta herida,—
Tú siempre amable, y compasivo y tierno
Aun me pides, Señor, el alma mía!.....
Y hasta cuándo por fin he de entregarte,
Del polvo de la tierra desasida,
Esta alma que me diste? Ah! si en tu seno
Está el dulce reposo, está la dicha
Del pobre corazón, si luz y amores
Sólo pueden beberse en tus pupilas
Sin que jamás se agoten esas fuentes
Por que sediento el corazón suspira,
¿Aun dudaré arrojarme en esos brazos
Que me esperan abiertos? Si adivina
Que está su centro, el alma, en tu regazo,
¿Por qué presa la tienen y cautiva

Las falaces visiones de este mundo,
Las sombras miserables de la vida?
¡Ah! Largo tiempo con densa nube
Cegó mis tristes ojos la mentira;
Hoy apareces ante mí más bello
Y más radiante que la luz del día,
Tú que eres luz y júbilo y encanto
Del que en tu gloria extático te mira.
Tarde te he amado, tarde te conozco
Belleza siempre nueva y siempre antigua. (1)
Mas ya te busca el corazón; soy tuyo,
Y.....permite, Señor que te lo diga:
Yo te amo.....sí, ¡yo te amo! y si supiera
Que acá en mi corazón alguna fibra
No pronunciara tu adorado nombre,
Del triste corazón la arrancaría. (2)

(1) San Agustín.
(2) San Francisco de Sales.

¡Oh Madre!

Triste, olvidado, lloroso,
Madre, permite que venga
A buscar luz y cariño
Donde sé yo que se encuentran.
¡Mira!.....En mi alma adolorida
Pasó ya la primavera,
Murió el vivaz alborozo,
Y todo es lúgubre en ella.
¡Qué tristes las soledades
Por donde cruza mi senda!
¡Qué descarnada, qué fría
La mano de la tristeza!
Cuando solo y fatigado
Siento, Madre, que mi pena
Va creciendo, va creciendo
Como tempestad que arrecia,
Y que se anublan mis ojos
Y que mis lágrimas ruedan,
Y vuelvo en torno la vista
Sin que nadie me comprenda,
Entonces, Madre, me acuerdo
De que hay quien de mí se duela,
De que guardo una esperanza
Y hay en mi cielo una estrella,
Y a ti levanto los ojos,
A ti, Madre, dulce y buena
Que siempre miras piadosa
Y siempre al mirar consuelas.

Hoy vengo, como otras veces,
Con la carga de mis penas,
A buscar bajo tu sombra
La dulce paz que se ausenta,
A llorar en tu regazo
Y a quejarme en tu presencia....
¿A quejarme dije? ¡Ay, Madre!
¿Cómo quejarme pudiera?
Aquí a tus plantas recuerdo
Que, peregrino en la tierra,
No ha de maldecir los páramos
Que hacia la patria me llevan.
Bajo tu dulce mirada
Se olvidan, Madre, las quejas,
Y torna el grato sosiego,
Y se suavizan las penas;
Aquí halla el alma oprimida
Esperanzas que la alientan,
Amores que la enardecen,
Aire y luz y vida nueva....
¡Con razón te llaman, Madre,
De la mar divina estrella!
¡Oh dulce y casto refugio!
¡Oh Madre piadosa y buena!

El Retiro.

Allá van los que el destierro
Quieren trocar en banquete.
Cantan, aplauden, vocean,
Cual despeñado torrente
Corriendo van tras la dicha
Que una sombra les promete.
¡Ah! ¿Por qué la dicha buscan
Donde encontrarse no puede?
¿Por qué le piden al mundo
Lo que el mundo no posee?
¿Por qué—¡tristes!—desconocen
La paz que los cielos vierten
Sobre el morador tranquilo
Del silencioso retrete,
La dulce quietud del alma
Que, de las lides ausente,
Va fecundando en silencio
De amor y virtud los gérmenes?
Ellos piensan que es desierta
La soledad; ellos temen
Encontrarse en el retiro
El fantasma de la muerte:
¡Se engañan! Aquí la vida
Latir más recio se siente,
Aquí es el aire más puro
Y la estancia más alegre,
El corazón dilatándose
Libre respira el ambiente,

Y lejos del torbellino
Que a los mortales envuelve,
Se quiere más a los hombres
Y mejor se les comprende.
¡Oh dulce, amable retiro!
Grata celda a donde vienen
Como amigos cariñosos
A besar mi mustia frente
Las notas del sentimiento,
La luz que el saber enciende,
Los recuerdos, la esperanza,
Tantos, tan divinos huéspedes!
¡Oh dulce, amable retiro!
Aquí tranquila mi mente
Por los espacios discurre,
Por los espacios asciende,
Y busca, y busca... y vislumbra
Más allá del sol luciente,
Más allá de los abismos
Do los astros se sumergen,
Un nuevo sol que difunde
Claridad más esplendente,
Nuevos mundos, cielos nuevos
Que al infinito se extienden,
Nuevo calor, nueva vida
Para las almas inertes.
¡Oh moradas espaciosas!
¡Oh primavera perenne!
¡Oh dulce y sereno día
De los espacios celestes!
Aquí no hay luchas ni lágrimas,

Aquí el dolor no aparece,
Aquí en un mar de ventura
El ánima se sumerge;
Al rayo de luz increada
Ilumínase la mente,
Y en el amor infinito
Los corazones encienden....
¡No me digáis que esto es sueño!
¡No, no! Es la verdad que esplende,
Es la vida verdadera
Que el alma noble presiente.
Sueño es esa vida humana
Que entre las sombras se pierde,
Azarosa pesadilla
Que desenlaza la muerte;
Sueño es el mundo que pasa,
Y al pasar se desvanece.
Dejadme vivir, dejadme,
Con la vida de los héroes,
Y gustar por anticipo
Lo que mi Dios me promete.
¡Y que las almas mezquinas
Con el mundo se contenten!

¡ Mater Dolorosa !

¡Oh Virgen de los dolores!
Quien contempla ese cuchillo
Que el corazón te atraviesa
Y en el alma llevas fijo,
Quien ve tus lágrimas puras
Caer rodando hilo a hilo
Quien adivina lo acerbo
De ese piélago infinito
De penas, en donde lucha
Tu corazón abatido,
Y a la sombra de tu duelo
Viene a poner sus martirios,
Y al verte llorar, oh Madre,
Se pone a llorar contigo;
Aunque lleve horribles ansias
Devorándole, aunque, mísero,
No haya en la tierra una espina
Que su pecho no haya herido,
Siente al punto del consuelo
Soplar los aires suavísimos,
Siente alzarse la esperanza
Cual visión del paraíso;
Y al recordar que a su lado
Tú sufres y sufre Cristo,
Llega a besar sus cadenas
Y a bendecir sus martirios.
¿Quien consiguió, aunque leyese
De mi pecho en lo más íntimo,

De mis penas y ansiedades
Penetrar en los abismos?
¿Quién pudo de mis dolores
Medir el piélago hondísimo?
Más, lo sé: no son más grandes
Que tus dolores los míos;
Nunca, Madre dolorosa,
Alzó su queja el proscrito
Tan triste, tan angustiada
Como tu triste gemido;
Jamás en humano pecho
Del dolor el dardo inicuo
Penetró tan hondamente
Como en tu pecho purísimo.
Paloma que en el desierto
Lloras sin bosque y sin nido,
Hermoso tallo agostado,
Puro y blanquísimo lirio
Por el rigor inflexible
Del huracán combatido:
Yo comprendo tus dolores,
Yo concibo tu martirio,
Que si eres pura, inocente,
¡Ah! son culpables tus hijos.
Nuestra es la culpa, Señora,
Y tuyo es, Madre, el suplicio.
¡Ah! ¡Si mi llanto endulzara
Ese tu llanto amarguísimo!
Por acordarme del tuyo,
Madre, mi dolor olvido.
Deja, deja que a tus plantas

Se agrupen los redimidos;
Permíteles que a tus lágrimas
Las suyas junten contritos,
Y que al pié de tus altares
Vengan a llorar tus hijos,
Sus pecados, tus dolores
Y la muerte del Ungido!

Mater amabilis.

De bondad y de ternura
Manantial inagotable
Es en el erial del mundo
El corazón de una madre;
Y dos madres darnos quiso
El Señor en sus bondades:
La que nos ame acá abajo,
La que allá arriba nos ame.
¡Oh mi madre la del cielo!
En mis íntimos pesares
Busqué siempre la mirada
De tus ojos maternales;
Y siempre encontré en tu seno
Manantial inagotable
De bondad y de ternura.
¡Oh corazón de mi madre!

Nido del alma.

—Dulce avecilla
De alas pintadas
Con los colores
De la mañana,
Ave que notas
Tan dulces cantas
Y al cielo límpido
Tiendes tus alas,
Ave que vuelas,
Ave que pasas:
¿En dónde tienes
Di, tu morada?
¿A dónde el vuelo
Diriges rápida
Calor buscando,
Reposo y calma?
—Yo tengo un nido
Donde descansa
Todo el afecto
Que hay en mi alma:
Caliente nido
De plumas blandas,
Suave y sereno,
Do calor se halla
Cuando hay afuera
Hielo y escarcha.
—Alma que inquieta
Vuelas y pasas,

Alma que al cielo
Tiendes tus alas:
Busca ese nido
De plumas blandas,
Donde hay reposo,
Y abrigo, y calma;
Donde el afecto
Jamás se acaba,
Mientras afuera
La vida falta.
—¡Jesús! ¡Oh dulce
Dueño del alma!
Ese es tu pecho:
Lo abrió una lanza,
Y es esa herida
La puerta franca
Por donde el ave
Penetra y halla
Lo que afanosa
Tanto buscaba.
¡Corazón santo,
Dulce morada,
Seguro asilo,
Nido del alma!....

Al Divino Esposo.

(Canto de una Religiosa.)

¡Oh cuán hermoso es el huerto
De que Jesús es el Rey!
Cuando yo, tierna avecilla,
En el vuelo me ensayé,
Cuando el mundo me brindaba
Con la copa del placer,
Y seductor y fantástico,
Por cogerme entre su red,
Flores que duran un día
Hizo brotar a mis pies,
Angustiada y temerosa
Al cielo la vista alcé,
Y de luz un rayo vívido
Vi del cielo descender
Que este huerto me mostraba,
Dulce huerto, nuevo Edén,
Hacia el cual tendí mi vuelo
Y en donde mi dicha hallé.
En este jardín sagrado,
De la paz asilo fiel,
Guardado por el retiro,
Por la obediencia y la fe,
Ni se agitan huracanes
Ni monstruos déjanse ver.
Son las amables virtudes
Las flores de este plantel;
Brotan de las claras fuentes
Las aguas del sumo Bien;

Y en perenne primavera
Que aquí reina por doquier,
Brindan a los moradores
Felices del nuevo Edén,
Sus dulces frutos los árboles
Y las abejas su miel.
  Desde este huerto sagrado
De que Jesús es el Rey,
Partió la voz amorosa
Que a mi alma le dijo: ¡Ven!
Y tendió su vuelo el alma,
Y puse mi nido en él;
Y aquí encontré mi reposo
Y aquí mi dicha encontré,
Y ha muchos años que vivo
En tan dulce y grato Edén.
  ¡Oh cuán feliz en el huerto
De que Jesús es el Rey!
¡Ah! dejadme que al pensarlo
Y al gozar de tanto bien,
Pueda mis castos amores
A mi Jesús ofrecer.
  ¡Oh Jesús, manso Cordero,
Que entre los lirios te ves!
¡Oh corona de las vírgenes,
Dulce dueño, esposo fiel!
Mis canciones y mis votos
Haz que lleguen a tus pies:
En la vida siempre guárdame
En tu cercado vergel;
Y en la muerte pueda mi alma
En tu cielo florecer.

Los Santos.

Dulces almas de los santos,
Tan humildes y tan buenas,
Que juntáis con lazo amigo
El candor y la prudencia;
Almas nobles, almas puras
Sin dobleces ni asperezas:
Os requiere el desvalido
Que confiado se os acerca,
Os admiran los sensatos
Y os sonríe la inocencia;
Solamente se confunde
Al mirarnos la soberbia.
Almas dulces y sencillas,
Almas santas, almas buenas
Que sabéis cambiar en rosas
Las espinas de la tierra;
Que pasáis entre los hombres
Sonrientes y serenas,
Perfumando con virtudes
Este mundo de miserias:
¡Ah! los astros de los cielos
En vosotras se reflejan.
Al miraros yo me acuerdo
De la faz divina aquella
Y de aquella voz amable
Que escuchóse en Galilea....
¡Fe divina que haces santos,
No te asustes de la tierra!

Mi Epitalamio Postrero.

Antes que su último rayo
Oculte el sol macilento,
Antes que queden dormidas
En el eterno silencio
Las postreras, tristes notas
Que llorando da a los vientos
Esta lira ya cansada
Del corazón de mi pecho,
¡Oh dolor que me torturas!
Déjame solo un momento,
Deja que alegre module
Mi epitalamio postrero.
Amé la vida, mas nunca
Le juré yo amor eterno;
Nunca me forjé palacios
De graníticos cimientos;
Sólo busqué en este mundo
Un albergue pasajero,
Como alza su débil tienda
El árabe en el desierto;
Porque yo muy bien sabía
Que aqueste mundo es un sueño,
Que esta vida es una sombra,
Que rápido pasa el tiempo
Cual torrente que se abisma
En los mares de lo eterno.
Más allá del horizonte,
Más alto que el bajo suelo,

Fué donde vió mi esperanza
La visión de lo perpetuo.
  ¡Dulce Patria a do tendían
Las alas del pensamiento
Desque a volar lo impulsaban
Mis juveniles deseos!
¡Dulce Patria a la que siempre
Ansioso busqué en mis sueños,
Como busca estrella amiga
En la noche el marinero!
Hoy que se estrecha mi senda,
Hoy que fatigado advierto
Que pasó el día, y las sombras
Sobre el alma van cayendo,
Mi corazón adivina
Que estás cerca; ya presiento,
Como Colón en los mares,
Que en ese horizonte negro,
Te ocultas, tierra bendita
Que vislumbrara mi anhelo.
  La muerte tiene en su mano
La llave de ese misterio;
La muerte abrirá esa puerta
Y rasgará el negro velo.
Y ya adelanta la muerte
Su paso lento, muy lento....
¿Porqué vienes cautelosa?
¡Oh muerte! Creerás que temo
El golpe de tu guadaña?
No tal; lo acepto, lo espero.
Que si no desprecio el mundo

Porque en él hay seres buenos,
Almas que con sus virtudes
Embalsaman el desierto,
Blancas estrellas que esmaltan
El oscuro firmamento;
Si no desprecio la vida
Que es el camino del cielo,
Sé muy bien que el triste mundo
De las almas no es el centro;
Y al sentir sus arideces,
Sus espinas y sus riesgos,
Cada espina que me punza,
Cada piedra en que tropiezo
Me hace levantar los ojos
Y suspirar por el cielo.
  ¡Oh dulce y soñada Patria!
¡Oh grato, anhelado puerto!
En ti está la paz, el gozo
Y el descanso verdadero.
La lumbre que te ilumina,
No es la que los ojos vieron:
Es luz que arroba las almas
En éxtasis sempiterno.
Impregnada está tu atmósfera
De paz, de dicha y sosiego.
Y esa dulzura inefable
Y ese inefable contento,
¡Ah! del corazón humano
No cabe en el vaso estrecho
Y de júbilo desbórdase,
En cánticos sempiternos.

¿Oís? Incontables voces
Fundidas en un acento,
Infinitas armonías
En inefable concierto,
Llenas las inmensas bóvedas
De aquel soberano templo:
¡Es el canto que modulan
Los ciudadanos del cielo!
¡Es la alabanza que sube
Hasta el trono del Excelso!....
¡Oh mi Dios! Sedienta el alma
Vuela en alas del deseo:
¡A ti llegue! Purifíquela
De tu amor el sacro fuego,
Vístase de eternas galas
A tu influjo, Luz del cielo,
Y arrebatada en el éxtasis
De amoroso arrobamiento,
Comience a entonar el himno
Que no habrá de tener término.
¡Oh Dios, bondad infinita!
¡Oh Dios, amor sempiterno!
¡Oh Señor, amigo, esposo,
Padre!....perdida en tu seno
Halla el alma su descanso
Su eterna dicha, su centro;
Adora y ama, y amando
¡Ah! no hace cuenta del tiempo!....
Tristes sombras de la vida:
¡Huíd, a la luz del cielo!
¡Alma! levanta los ojos

Y comienza en el destierro,
El himno de tus amores,
Tu epitalamio perpetuo....

En el Album de un Joven.

Escondido entre el boscaje
Está un rincón de la selva
En donde crece entre el musgo
Alguna pobre violeta.
Así quiero que a la sombra
De la regia florescencia
Que el arte y el pensamiento
En este tu álbum ostentan,
En un rincón escondido,
De lo que brilla a la vuelta,
Quede el débil homenaje
De mi amistad verdadera:
Algún pobre pensamiento
De mi pobre ánima enferma,
Una gota de perfume
Del ya escaso que me queda.

Tú que hoy miras de la vida
Sonreír la primavera,
Tú que hoy entras en la lucha
Con ilusiones excelsas,
Con dorados ideales,
Con ensueños de poeta,
Florece, sí, que de frutos
Son esas flores promesa;
Florece, que a Dios agrada
Ver que sus hijos descuellan
Por las cristianas virtudes

Y aun por las humanas prendas.
Aunque el cierzo te sacuda,
Arbol que gallardo alientas,
Aunque el invierno despoje
Tu grácil verde cimera,
Si estás por Dios amparado,
No te acobardes, no temas:
Que ahonden más tus raíces,
Que más tus ramas se extiendan,
Que te eleves como el roble
Que en los valles señorea;
Mas no olvides que no es tuyo
Lo que de prestado llevas:
Consérvate siempre humilde;
A Dios busca, en Dios espera;
¡Que Dios es la roca inmóvil,
La fecunda madre tierra,
El manantial de la vida,
La Luz, el bien, cuanto anhelas!.....

El que todo lo ha perdido,
Juventud, anhelos, fuerzas,
Y cual fatídico espectro
Ve la muerte que se acerca,
¡Oh, vieras, joven amigo,
Con cuánto consuelo eleva
Sus miradas a la altura
Si ama a Dios y en Dios espera!
La Fe divina sostiénele,
Y le alientan las promesas
De Aquel que en la Cruz muriendo

Venció a la muerte por ella:
Promesas que son al náufrago
Que en la dulce patria sueña,
Brisas de aroma inpregnadas,
Légamos de la ribera,
Voces que la Patria anuncian
Y que claman: ¡tierra, tierra! ...
¡Nunca de la fe te apartes!
¡Jamás la esperanza pierdas!.....

De tu álbum escondida
En la regia florecencia,
He tapizado esta página
Con menuda fresca yerba:
De mi amistad como símbolo
Acaso encuentres entre ella,
Alguna flor delicada,
Débil y pobre violeta,
Que como débil, es tímida,
Y como pobre modesta.

Las prendas del Congregante.

A la Congregación Mariana de Jóvenes.

Mi Crucifijo.

Como una visión del cielo.
Como una sonrisa casta,
Como un jirón de la aurora,
Como un signo de esperanza,
Pende un santo Crucifijo
Del respaldo de mi cama.
Enlazado por dos cintas,
La una azul y la otra blanca.

El es mi mejor tesoro,
Es el amigo de mi alma.
Al terminar cada día
La brega penosa y larga,
Como marino en el puerto
Cuando pasa la borrasca
Vengo a buscar el reposo
De mi cuerpo y de mi alma
A los pies del dulce Cristo
Compañero de mi infancia;
Y él que sabe de dolores,
El que compadece y ama,
Me tiende sus dulces brazos
Cual mi madre me abrazara,
Y me interroga solícito
Con faz expresiva y pálida.
Si he obrado bien, su sonrisa

Melancólica me alarga,
Y como sol entre nubes,
Me acarician sus miradas.
Si he obrado mal, me reprende
Con voz tan queda y quebrada,
Que el corazón me atraviesa
Y el ánima me traspasa;
¡Y siento un dolor tan íntimo!.....
¡Y una pena tan amarga!....
Pero es amargor que endulza,
Pero es contrición que salva.

A veces río a su vera,
A veces lloro a sus plantas;
Y siempre, siempre al alzarme
Siento el alma renovada;
Y después, cual peregrino
Bajo sombra hospitalaria,
Sonriendo a la ventura,
Sonriendo a la esperanza,
Me entrego al dulce reposo
De la Cruz bajo las alas.

¡Cuánto quiero al dulce Cristo
Que tengo junto a mi cama!
¡Encierra tantos recuerdos!....
¡De tan dulces cosas me habla!....
A sus pies, cuando era niño,
Con mis primeras palabras
Mi madre su santo nombre
A repetir me enseñaba,

Formando el signo cristiano
Sobre mi frente inclinada,
Y señalando a mi Cristo
Entre sonrisas y lágrimas,
"Mírale bien, me decía
Mírale bien ¡Cuánto te ama!"
Y cuando suerte implacable
Me arrancó de mi morada,
Y me arrojó entre las olas
De este mundo sin entrañas,
Al despedirme angustiado
De mi madre que lloraba,
Ella me besó en la frente,
Y besó la imagen santa,
Y entregándomela, dijo:
"¡Guárdala, por siempre guárdala;
Es recuerdo de tu madre;
Y advierte que está bañada
De tu Señor en la sangre
Y de tu madre en las lágrimas!"

Y hoy que me agita sin término
La implacable marejada,
Cuando el viento ruge insano
Y la mar abre sus aguas,
Ante el mal que me combate,
Ante el odio que me asalta,
Yo me agarro de mi Cristo
A la Cruz ensangrentada,
Como al cable el que se hunde,
Como el náufrago a la tabla....

Es mi gloria el ser cristiano,
Es mi dicha y mi esperanza,
Y la Cruz es la bandera,
Es el blasón de mi raza;
Por ella no soy un pródigo
Ni vivo en inmundas charcas;
Si valgo, por ella valgo;
Por ella asciende mi alma
A las regiones divinas
De la fe y de la esperanza.
¿Que se burlan los impíos?
¡Qué importa! Les tengo lástima.
¡Que importa! Nunca hizo caso
El ave que vuela rauda,
De la odiosa vocecilla
Del insecto que se arrastra.

Como una visión celeste
De perdón y de esperanza
Abre sus brazos mi Cristo
A la vera de mi cama;
Y aunque allí lo veis pendiente
De una cinta azul y blanca,
Siempre lo llevo conmigo,
Por doquiera me acompaña,
¡Porque lo tengo grabado
En lo más hondo del alma!....

Las prendas del Congregante.

A la Congregación Mariana de Jóvenes.

Mi Medalla.

¡Emblema de mis amores,
Símbolo de mis ensueños,
Blanco metal cincelado
Que te ostentas en mi pecho,
Y que prendido a una cinta
Azul como el claro cielo,
Enciendes como una llama,
Y brillas como un lucero!
Pensarán acaso que eres
Un jirón del firmamento;
Y eres más, cara medalla,
Y es más noble tu abolengo:
Eres protección divina,
Chispa de celeste fuego,
Eres rayo de la gloria
Que cayó sobre mi pecho,
Eres merced de una Reina
Y de una Madre recuerdo.

Es hermosa la mañana:
Inunda la luz el templo;
En el altar, entre flores,
Como una visión del cielo,
Está la Virgen robando
Miradas y pensamientos,
Y en las gradas, almas jóvenes,

Rosas del humano huerto,
Corazones ardorosos,
Frentes cargadas de ensueños,
Van a presentar su ofrenda,
La de su amor más sincero,
A la Madre de los hombres,
A la Reina de los cielos.
Llegó el momento solemne.
Miradlos allí: son ellos;
Abren sus trémulos labios,
Y enuncian su voto excelso:
"Oh Madre, somos tus hijos",
"Oh Reina, somos tus siervos";
"Te juramos vasallaje,
"Toda el alma te ofrecemos;
"En la vida y en la muerte
"Cúbranos tu manto excelso".
Y al vibrar de su plegaria
Palpitan todos los pechos,
La luz sus fuegos aviva,
Alégrase el vasto Templo
Y hasta parece escucharse
Un impalpable aleteo....
Y allá, la Virgen sin mancha
Desde su trono sonriendo,
Parece extender su manto,
Su manto azul como el cielo,
Y cobijar con sus pliegues
A sus hijos, a sus siervos....

¿Veis? ¿Qué llevan en sus hombros?

¿Qué es lo que brilla en sus pechos?
Es el manto de la Virgen,
Que en cinta azul como el cielo,
Viene a prestarles su sombra
Y a ceñir viene su cuello;
Es su querida medalla
Que eleva sus pensamientos,
Que enardece como un ascua,
Y alumbra como un lucero,
Porque es merced de su Reina
Y de su Madre recuerdo.

Cuando allá en la cruenta lucha
Sufra el alma y sufra el cuerpo,
Cuando vengan las pasiones,
Como temporal deshecho,
Azotando su pureza
Y nublando sus ensueños,
Ellos alzarán su frente,
Ellos verán su lucero,
Y besando el sacro emblema
Que arroba sus pensamientos,
Sentirán cómo en sus almas
Vierte la paz y el consuelo
La que serena los mares
Y la que alegra los cielos.

¡Emblema de mis amores,
Símbolo de mis ensueños,
Blanco metal cincelado
Que brillas sobre mi pecho!

¡Cuánto gozo al poseerte!
¡Con cuánto orgullo te llevo!
¡Eres protección divina,
Eres luz y eres consuelo,
Eres rayo de la gloria
Que cayó sobre mi pecho;
Eres merced de mi Reina,
Y de mi Madre recuerdo!

Se acaba Mayo.

Se acaba Mayo; marchítanse
Las flores que en tus altares
Pusieron, Virgen Santísima,
Blancas manos virginales.
¡Ay! en el fondo del alma
También están marchitándose
Las que un día mi inocencia
Te consagró, dulce Madre:
Sencillez, candor, dulzura,
Sinceridad adorable....
¡Es tan tiránico el mundo!
¡Es la voluntad tan frágil!
¡Es tan pesado el esfuerzo
Que en esta lucha incesante
Tiene que poner el alma
Del suelo por levantarse!....
¡Madre! ¡Vuela a mi socorro,
Mira que el alma se abate,
Mira que rotas sus alas
Le faltan la luz y el aire!....
¡Oh sencillez, oh candor,
Oh brisas primaverales!
¡Aquí vuelvo a respiraros,
¡Aquí a los pies de mi Madre!....

Una Espina.

¡Una espina viene a herirme,
Una espina me sangró!
Dura espina que a mi paso
Me acaricias con dolor:
Yo te acepto, porque vienes
A decirme lo que soy;
Al punzarme, me das sabia
Las lecciones del dolor;
Y al sangrarme, de un gran peso
Alivias mi corazón.
Tu caricia es advertencia,
Tu punzada es represión;
Me haces ver lo que no viera
Y me predicas sin voz.
¡Cómo elevas mis anhelos!
¡Cuál mi pecho confortó
La divina fortaleza
Que se fragua en el dolor!

Una espina vino a herirme;
Una espina me sangró.
¿No punzó ella la alba frente
De Jesús, mi Redentor?
El por mí la sufrió un día,
Yo por El la sufro hoy;
Pues si yo por El la sufro,
No es espina, que ya es flor,
Divina flor que a los soles

Del amor se purpuró;
Flor traída a estos eriales,
Del paraíso de Dios.
  ¡Oh mi espina! Tú me aclaras
El enigma de Sansón:
¡A tu influjo, brotan mieles
De las fauces del dolor!

Libertas.

(Kempis. Lib. III, Cap. 38.)

¿Quieres ser libre? Mira, hijo mío,
Que en todo evento y en toda acción
Tu noble espíritu mantengas alto,
Y serás libre, dueño y señor;
Que no las cosas vayan tiránicas
Aprisionando tu corazón;
Antes cerniéndote, como las águilas,
Sobre este mundo bajo y traidor,
Puesta la mira de tus deseos
Y fijo el ojo de tu intención,
No en las terrenas cosas que pasan
Sino en el fúlgido y eterno Sol,
Ascienda tu alma pura y serena,
Noble israelita, hija de Dios!....

Epístola.

Me preguntas por qué todos mis versos
Llevan los dejos de la cuita amarga;
Me preguntas por qué todos parece
Que van humedecidos por mis lágrimas:
Y piensas por ventura que en mi vida
Todo es sombra y dolor que oprime y mata.
Y yo he de contestarte, amigo mío,
Que si tu pié pusieras en la estancia
Donde guardo mis íntimas congojas,
Mis duelos y mis ansias,
Si bajaras al fondo de mi pecho
Donde mora mi alma,
Vieras allí del cielo suspendida
De mi fe excelsa la votiva lámpara,
Que difunde en su luz, paz y alegría
En la que juzgas sepulcral morada.
¿Cómo quieres que viva en sombra eterna
Si nunca, nunca ese fanal se apaga?
Es verdad que allí lucho,
Es verdad que el dolor allí se ensaña,
Destrozando mis íntimos anhelos;
Pero mientras hay luz, hay esperanza,
Y hay sonrisas, y hay dichas
En medio de las lágrimas!....
Y si más hondamente en el santuario
Del pecho penetraras,
En retrete escondido
Vieras la suave almohada
De la confianza en Dios: en ese lecho

Va a refugiarse el alma
Cuando la abruma la tenaz fatiga.
¡Cuán serenas y plácidas
Pasan las horas cuando allí reclínase
Aunque afuera furiosa y desatada
Ruja la tempestad! Pero no juzgues
Que, al dolor insensible, pudo el alma
Olvidar sus deberes, sus afectos
Y sus penas amargas:
No pienses que está muerta
La que sólo descansa;
Lleva allí sus dolores,
Sus cuitas la acompañan,
Mas allí los dolores se mitigan
Y las cuitas se amansan;
Halla paz en su duelo,
Desahogo en sus lágrimas:
Y cuando tiende al porvenir su vista
Y hasta los cielos lanza sus miradas,
Y a la luz del amor sus penas dice
Y sus dolores canta,
Casi olvida el dolor, entre los júbilos
De la resurrección y la esperanza!
¿Me preguntas por qué todos mis versos
Tienen los dejos de la cuita amarga?
Oyelos hasta el fin; porque si en todos
Puede sus quejas exhalar el alma,
Verás que va aquietándose a medida
Que sus versos desgrana;
Y verás cómo todos finalizan
Con notas de esperanza!....

Despedida.

(Dos alumnas del Colegio de S. José.)

Tranquilo está el puerto,
Tranquilas las aguas;
Sobre el límpido azul que acarician
Las brisas que pasan,
Su semblante apacible dibuja
La luna plateada,
Y miles de estrellas
Reflejan sus gracias
Cual diamantes que adornan la clámide
De la espléndida mar sosegada.

Cual blancas palomas
Que extienden sus alas
Como ampos de nieve,
Cual visiones de amor y esperanza,
¿No veis que dos naves
Elevan el ancla,
Y aprestan sus velas
Tan limpias, tan blancas?....
¿No las veis? Con sus brazos de roca
La quieta ensenada
Impedirles el paso quisiera
Y tenerlas por siempre abrazadas.
Porque allá en el inmenso océano
Que a los lejos se extiende, las aguas,
Tan bellas, tan puras
Que al cielo retratan
Y al alma sencilla

Seducen y encantan,
Ocultan escollos
Y sirte ignorada;
Ni siempre estan quietas,
Ni siempre son mansas,
Que a las veces cual líquidos montes
Elévanse airadas;
Y los vientos y nubes en lucha
Sus fuerzas desatan:
Enlútase el cielo
Con tinieblas de muerte que espantan,
Y el rumbo se pierde,
Y se pierde la dulce esperanza.

A entrar en los mares
Se aprestan dos barcas:
Cuando crucen la inmensa llanura
Que se extiende sin rumbos ni playas,
Y rujan los vientos
Y se alcen las aguas,
¿Qué será de esas naves que alegres
Elevan el ancla,
Que aprestan sus velas
Tan limpias, tan blancas?....

Cuando se alza sonriendo la aurora,
Cuando el sol al espacio se lanza
Y adorna el oriente
De rojo y de nácar,
Las fuentes murmuran
Los pájaros cantan,

Despiden las flores
Su dulce fragancia,
Y parece que esparce alegría
La brisa en sus alas.
¿Me creeréis? Siempre reina ese júbilo
Por estas moradas;
En estos jardines
Siempre es "de mañana";
Siempre se abren las rosas de Mayo
Tan bellas, tan blancas....
Al plácido influjo
Del sol de la gracia,
Y al dulce cuidado
De esas Madres tan buenas y santas....
¡Cuán bella es la vida!
¡Qué dulces, qué gratas
Las horas deslízanse
En aquestas serenas moradas!
La Luz de la ciencia
Radiante nos baña,
Y el trabajo, puliendo el diamante
Precioso del alma,
Sus brillos aumenta,
Su precio aquilata
Y en dulce retiro
Al futuro deber nos prepara.
Aquí siempre reinan
La virtud y la dicha y la calma;
En estos jardines
Siempre es "de mañana."
¡Oh dulces praderas!

¡Oh gratas estancias!
Aquí como un día
Los ensueños pasé de mi infancia;
Por esto las amo
Y se oprime mi pecho al dejarlas....

Cual lirio que se abre
Al beso del aurora,
Y que ansioso recibe el rocío
Que en sus hojas el cielo derrama,
Así dulcemente
Recibe nuestra alma
El plácido influjo
Que la fé celestial le depara
¡Y viérais qué fuerza,
Qué luz, qué fragancia,
De Dios al amparo,
En el pecho feliz se derrama!
Al toque divino
Se elevan las almas,
Y bebiendo a raudales la vida
De fé y de esperanza,
Arráiganse en ellas
Virtudes y gracias.
Si han puesto en la cima
Su nido las águilas,
No temáis que las postren a tierra
Las reptantes miserias humanas.
¡Oh fe salvadora!
¡Santo amor en que mi alma se abrasa!
¡Oh dulce tesoro

Que llevo en el alma!
Sin ti yo temiera
dejar esta casa;
Sin ti luz del cielo,
La vida me espanta;
Mas contigo yo iré placentera
Do el deber, voz divina, me llama;
Si tu eres mi brújula,
Mi estrella, mi áncora,
Irá por los mares
Segura mi barca,
Pasaré por el mundo, sonriendo,
Prodigando consuelos y lágrimas,
El alma tranquila
Y la vista muy alta, muy alta!....

¡Adiós, compañeras
Que al abrigo quedáis de esta casa!
¡Adiós preceptoras,
Oh Madres del alma!....

A entrar en los mares
Se aprestan dos barcas.
Cuando crucen la inmensa llanura
Que se extiende sin rumbos ni playas,
Cuide Dios de esas naves que alegres
Elevan el ancla,
Que aprestan sus velas
Tan limpias, tan blancas!....

La Paz de Cristo.

¿A dónde, presa de insano vértigo,
Te precipitas, humanidad?
Te miro ansiosa buscar placeres,
Amor, riquezas, gloria fugaz....
¡Oh ciega! ¿Ignoras que es una sombra
Eso que llamas felicidad?
¿Porqué lo olvidas? Yo a mis discípulos,
Los que en mi pecho grabados van,
No les dí gloria, placer, riquezas,
Sino la paz.

Alzada en medio del ancho mundo
Visible a todos, mi Cruz está:
"¡Locura!" algunos al verla claman,
Otros "¡escándalo!", y otros, —¡los más!--
Pasan, la sombra de mi Cruz báñales
Y no se dignan la vista alzar;
Van preocupados, corren inquietos
Tras de la dicha que se les va,
Y no se acuerdan que al pie de mi árbol
Está la paz.

La paz, del cielo bendita dádiva,
La paz, flor única que en el erial
Del triste mundo, lleva el perfume
De la soñada felicidad;
Gratas primicias de la que esperan
Todos mis hijos gloria eternal,

Hija bendita de la esperanza
Y de la dulce conformidad,
Esa es la dádiva que yo os ofrezco,
Esa es mi paz.

Venid vosotros los que en la vida
De llanto y pena cargados vais!
¡Venid vosotros, los oprimidos,
Que yo he de daros la libertad!
Almas amantes que en vuestro anhelo
Soñáis con otro mundo ideal,
Los que del mundo sois perseguidos,
Los que la amable virtud buscáis:
Venid, que os llamo, venid, que quiero
Daros la paz.

Y tengo entrambos brazos tendidos
El mundo entero para abrazar;
Y en el costado la herida abierta
Porque hasta mi alma llegar podáis;
Y por probaros cómo os espero,
Clavados tengo los pies: ¡mirad!....
Y en tanto crecen las tempestades
Y en tanto arrecia la bacanal....
¡Venid! Asilo mi pecho os brinda,
¡Y en él hay paz!

La entrada en el mundo.

(Canto de juventud.—Fragmento.)

En el peñón enhiesto de la sierra
El águila caudal colgó su nido;
Desde allí, cual intrépido atalaya,
Contempla sus vastísimos dominios,
Los espacios del aire señorea,
Las montañas, los valles, los abismos.
Y cuando el sol por los espacios sube
Y en luz inúndase el peñón altivo,
Tiénde hacia el astro el águila sus ojos
Y le mira anhelante, ¡De hito en hito!

Y cuentan que su encanto tiene el águila
En el fondo de un nido;
Y que la invicta reina de los aires
A quien no asusta el huracán horrísono,
Pliega sus fuertes alas
Al escuchar amante débil pío.
Y cuentan que a las veces, cuando lanza
Todo su fuego el astro matutino,
Toma el ave en sus garras al polluelo
Que acarició en el fondo de su nido,
Y elévase con él, carga preciosa,
Por los espacios límpidos,
Y allá muy alto, frente al sol le pone,
Y en frente del abismo;
Y viendo que ni el vértigo le ofusca
Ni le deslumbra el resplandor vivísimo,
Le acaricia amorosa:

¡Es su sangre, es su hijo!
Y en ademán de previsor cuidado,
De cariño infinito,
Sobre sus propias alas lo acomoda,
Y sosteniendo su volar tardío,
Sobre los montes prados y llanuras
Y bajo el cielo límpido,
En paseo triunfal, llévale amante
Y le da posesión de sus dominios.

¡Oh Iglesia del Señor! Tú que te ciernes
Como el águila altiva,
Sobre toda grandeza que se encumbra,
Sobre toda potencia que domina,
Tú que perdida en el cenit contemplas
Con extática vista,
Al Sol de la verdad, al Infinito,
Al foco eterno de la eterna vida;
¡Oh Iglesia del Señor! tú nos criaste
Bajo de tu ala maternal, solícita
Lavaste nuestras frentes
En celestiales linfas,
Y en nido de condores,
Semillero de estrellas diamantinas,
Forjaste nuestras almas por la tuya;
Y abriendo a nueva luz nuestras pupilas,
Nos enseñastes a mirar al cielo
Y a beber en su fuente luz purísima,
Sin temor, sin orgullo,
Con humilde osadía,
Con el ansia amorosa del que sabe

Que en la lumbre de Dios está la vida!
Si siempre nos proteges con tus alas,
Si allí donde tú anidas
Sobre todos los seres que rastrean,
Bajo todos los astros que cintilan,
Fijamos la mansión en que repose
Y cobre aliento nuestra débil vida,
Si tú eres nuestra madre,
Si tú eres nuestra guía,
Ni excelsa luz nos cegará los ojos,
Ni torpe abismo nos hará sus víctimas.
Ciega el que osado a la verdad provoca,
Baja el soberbio que en su fuerza estriba;
Mas el que alienta humilde
Bajo tu santa egida,
Mas el que no desprecia de tus alas
La tutela suavísima,
Bien puede entrar alegre
En la azarosa vida,
Alta la frente, el corazón sereno,
Y la mirada arriba, muy arriba!

Nihil obstat,

Dr. F. Gómez
Censor.

Monterrey, 30 junii, 1926

Imprimatur,
J. Joannes a J.,
Arch. Montrrejensis.

INDICE

PAGINAS

1 A LA 49	SANTA MARIA DE GUADALUPE.
50 — — 132	LLENA DE GRACIA.
133 — — 191	BREVES LECCIONES DE RELIGION PRIMER GRADO.
192 — — 314	BREVES LECCIONES DE RELIGION TERCERA EDICION.
315 — — 380	CARTAS A UN ESTUDIANTE.
381 — — 488	A MIS CONGREGANTES.
489 — — 519	ELEMENTOS DE SOCIOLOGIA CRISTIANA.
520 — — 548	EL CRISTIANISMO Y EL ARTE.
549 — — 647	BREVES LECCIONES DE LITERATURA.
648 — — 668	SONETOS EUCARISTICOS.
669 — — 745	ASONANCIAS.

En el corazón del Padre Hinojosa está la exquisita pasión por la belleza, el gusto de comunicarla, el deleite de hablar de ella. ¿Cómo olvidar nuestras reuniones literarias de los lunes bajo su dulce dirección, en aquel cuartito suyo del Arzobispado—después cuartel y hoy casi muladar? ¡Con qué ilusionada asiduidad acudíamos, menos llevados por nuestra literaria inclinación que por el suave imán del Padre Hinojosa! ¡Qué pláticas gustosas, qué estimulantes ejercicios, qué limpias advertencias y áureas normas! Todos los que allí nos congregábamos, hoy dispersados por la vida, algunos olvidados del sendero bueno, todos, al encontrarnos por azar, volvemos allá los ojos del recuerdo con una dulzura bienhechora. ¡Bienaventurados los mansos!.....

Yo me baño de paz al evocar aquellos días, y siento un gozo agradecido al poder vincular aquí mi nombre con uno de los nombres que me han sido más dulces en esta peregrinación hacia la Patria.

ALFONSO JUNCO.

Méjico, Junio de 1926.

Nº 0240